

COLECCION
DE
PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO MODERNO

t. 1926093
c. 7462389

DEL MISMO AUTOR

COLECCION

DE

TROZOS ESCOGIDOS

DE LOS MEJORES HABLISTAS

EN PROSA Y VERSO

desde el siglo xv hasta nuestros días

COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO ANTIGUO





DON VENTURA DE LA VEGA

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO MODERNO

POR

DON CARLOS DE OCHOA

PARIS

LIBRERÍA DE CÁRLOS HINGRAY, EDITOR

CALLE DES MARAIS-SAINT-GERMAIN, 20

1860

CUARTA PARTE

TESORO DEL TEATRO MODERNO

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Nació en Madrid el 11 de abril de 1772. Despues de haber hecho sus primeros estudios en la córte, aprendió la latinidad en Córdoba, la retórica y la filosofía en el seminario conciliar de Salamanca, y el derecho civil y canónico en la universidad de la misma.

Dedicóse con preferencia desde su primera juventud á la poesía, á la elocuencia y á la historia, teniendo por maestros á Melendez, Estala y Cienfuegos. Empezó á darse á conocer por los años de 1793 con algunas composiciones líricas; en 1801 dió al teatro la tragedia del *Duque de Viseo*, imitacion de un drama ingles. En 1802 publicó un tomo de poesías, reimpresas despues diferentes veces, y por el mismo tiempo escribió, como principal redactor, en el periódico titulado *Varietades de ciencias, literatura y artes*. Despues dió á luz el *Pelayo*, tragedia representada en los *Caños del Peral* en enero de 1805. Esta obra, eminentemente popular en España, es juntamente con sus poesías líricas patrióticas, lo que mas ha contribuido á cimentar la justa celebridad de que goza Quintana.

En 1807 publicó el tomo primero de las *Vidas de españoles célebres*, y en 1808 la coleccion en tres tomos de *Poesías selectas castellanas*, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias. En el mismo año dió á luz sus *Odas á España libre* y á otros argumentos de igual naturaleza, y entonces escribió tambien en el *Semanario patriótico*, periódico político, emprendido en compañía de otros amigos para fomentar y sostener el espíritu de independendencia contra la invasion francesa. A nombre de los diferentes gobiernos que se sucedieron durante la guerra de la independendencia, publicó Quintana varios *Manifiestos*, *Proclamas* y *Decretos*; y en los años de 1830 y

1833 dió á luz otra coleccion de *Poesias selectas castellanas*, aumentada con diferentes ilustraciones críticas y con dos tomos de poesia épica antigua; el tomo segundo de las *Vidas de españoles célebres* en 1830, y el tomo tercero en 1833.

La carrera política de Quintana ha corrido varias fortunas, ya prósperas, ya adversas, desde principios de este siglo, circunstancia harto comun á las de todos los hombres de mérito en estos tiempos aciagos. Seria muy ageno del espíritu de este libro seguir á Quintana en las diferentes facetas de su vida política, enumerando los muchos destinos y comisiones que tan dignamente ha desempeñado; pero permítasenos solo hacer presente que el autor del *Pelayo* es, una prueba incontestable de que España, tan tachada de ingrata para con sus mejores hijos, sabe tambien premiar el patriotismo y el talento, del mismo modo que sabe producirlos.

Falleció este eminente literato en Madrid el dia 11 de marzo de 1857, siendo individuo de la real Academia española y caballero gran cruz de la órden americana de Isabel la Católica.

PELAYO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS. — PELAYO. — HORMESINDA, su hermana. — VEREMUNDO, deudo de los dos. — LEANDRO, hijo de Veremundo. — ALFONSO, duque de Cantabria. — ALVIDA, confidenta de Hormesinda. — MUNUZA, moro, gobernador de Gijon. — AUDALLA. — ISMAEL. — UN SOLDADO GIJONÉS. — NOBLES ASTURIANOS. — GUERREROS MOROS.

La escena es en Gijon.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de la casa de Veremundo, adornado con varios trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO Y VEREMUNDO.

Alfonso. Sí, respetable Veremundo; hoy mismo
De las murallas de Gijon me ausento,
Donde tanta flaqueza y tanto oprobio
Están mis ojos indignados viendo.
El moro triunfa, los cristianos doblan
A la dura cadena el dócil cuello,
Sin que uno solo á murmurar se atreva

De opresion tan odiosa. No; aunque en medio
 De esta vil muchedumbre apareciese
 Del gran Pelayo el animoso aliento,
 En vano á libertad los llamaria,
 Ya nadie le entendiera.

Veremundo. El en el seno
 De la etérea mansion goza sin duda
 La palma que á los mártires da el cielo
 En premio á su virtud. Fiero, incansable
 Los llanos de la Bética le vieron
 Casi arrancar él solo la victoria,
 Que vendió la perfidia al agareno.
 El atajó el raudal á la fortuna
 Del soberbio Tarif, cuando en Toledo
 Del victorioso ejército sostuvo
 La terrible pujanza un año entero.
 De igual valor fué Mérida testigo;
 Hasta que puesta su cabeza á precio
 Por el infame Munuza, y escondido
 Desde entonces su nombre en el silencio,
 Ni de él ni de Leandro el hijo mio
 La fama volvió á hablar.

Alfonso. ¡ Dichosos ellos,
 Que así por fin descansarán! Sus ojos
 Cerrados ya con sempiterno sueño
 No verán el escándalo, la afrenta
 De su sangre, el sacrilego himeneo
 Que hoy se va á celebrar. ¡O Veremundo!
 Perdona esta vehemencia á mi despecho;
 Ser Hormesinda esposa de Munuza,
 Es duro oirlo y afrentoso el verlo.

Veremundo. Mal pudieran las débiles mujeres
 Resistir al halago lisonjero
 Del moro vencedor, cuando sus armas
 Domaron ya los varoniles pechos.
 Mira á la hermosa viuda de Rodrigo
 Ganar desde su triste cautiverio
 El corazon del jóven Abdalasis,
 Y ser su esposa, y ocupar su lecho.
 Mira á Eudon de Aquitania dar su hija
 A un árabe tambien; y hacerla precio
 De una paz...

Alfonso. ¿Y la hermana de Pelayo
 Debió seguir tan execrable ejemplo?

¿Excederle debió?

Veremundo. Yo deudo suyo,
Que la eduqué, la amé cual padre tierno,
Disculpo su flaqueza, aunque la lloro.

Alfonso. ¿Cabe disculpa en semejante yerro?

Veremundo. Sí, Alfonso, cabe: ¿por ventura ignoras
El bárbaro y terrible juramento
Que hizo Munuza? ¿ignoras que asolada
Gijon hubiera sido en escarmiento
De su noble defensa, si Hormesinda
No la hubiera salvado con sus ruegos?
Si nuestra servidumbre es mas suave,
Si aun ves en pié nuestros sagrados templos;
Los cristianos, Alfonso, á su hermosura,
A ese amor que te indigna lo debemos.

Alfonso. ¡Abominable amor! union impía,
Que Dios va á castigar! y ya estoy viendo
A esa desventurada, á quien seducen
Los engaños del moro, ser muy presto
Objeto miserable de sus iras.

¿Ignoras tú su condicion? Violento,
Implacable y feroz; si es generoso
En la prosperidad, lo es por desprecio,
Por arrogancia. Las inquietas ondas
Que baten las murallas de este pueblo,
No son mas de temer en su inconstancia
Que su alma impetuosa.

Veremundo. Hasta este tiempo,
Gijon solo conoce su clemencia.

Alfonso. Ella se acabará, que no está lejos
(Y plegue al cielo que me engañe) el dia
En que soltando á su violencia el freno,
Del tirano engañoso que ahora alabas
La rabia al fin confesarás gimiendo.
Yo tiemblo su frenética arrogancia,
Y esta llegada repentina tiemblo
Del fiero Audalla, Audalla conocido
Por su celo fanático y sangriento.
Adios; á darme asilo las montañas
Bastarán de Cantabria, cuyos senos
Ofrecen á la sed del africano,
En vez de oro y placer, virtud y fierro.
Ellas me esconderán.... Mas Hormesinda....

ESCENA II.

HORMESINDA EN EL FONDO DEL TEATRO, Y DICHOS.

Hormesinda. ¿Qué le diré, infeliz? á andar no acierto,
Y mis rodillas trémulas se niegan
A sostenerme.

Veremundo. Acércate.

Hormesinda. No puedo,
Señor, que el corazón á vuestros ojos
Siente aumentar su tímido recelo.

Veremundo. ¿Dudas ya de mi amor, cara Hormesinda?

Hormesinda. ¡Dudar yo! no señor, en ningun tiempo.

(*Adelantándose hácia él.*)

A vos mi infancia encomendó mi hermano
Cuando acudiendo de la patria al riesgo,
Voló precipitado al mediodía
A probar en los árabes su acero.
Huérfana y sola, planta abandonada
En temporal tan largo y tan deshecho,
Sola la proteccion de vuestro asilo
Pudo abrigarme del rigor del viento.
En vos hallé mi padre, en vos mi hermano :
¡Qué no pueda mi amor satisfaceros
Tanta solicitud, tantos afanes!
Pero impotente el corazón á hacerlo,
Su inmensa deuda agradecida aclama,
Y para el pago la remite al cielo.
Él, señor, él os recompense : en tanto...
(Perdonad el rubor, el triste miedo
Que me acobarda) en tanto vuestros brazos
Dad á una desdichada, que al momento
Va á dejar este asilo de inocencia
Donde sus años débiles crecieron,
Y sobre ella implorad una ventura
Que su dudoso y angustiado pecho
No se atreve á esperar.

Veremundo. ¡Ah! si bastasen
Mis ruegos á alcanzarla, ni otro premio,
Ni otra fortuna al cielo pediría
Este infeliz y lastimado viejo.
Pero, ¡hija mia!...

(*Asiéndola de la mano afectuosamente.*)

Hormesinda. ¡Ay! no : que las palabras
 Salgan de vuestra boca en son tremendo :
 Llamadme ingrata, pérfida ; llamadme
 Infiel á la virtud, sorda al consejo,
 ¿Qué me podreis decir que yo á mí misma
 Con dureza mayor no esté diciendo ?
 Sabed, que aqueste cáliz de dulzura
 Tras el que anhela el corazon sediento,
 A fuerza de amarguras y martirios,
 Está ya en mi interior vuelto en veneno.
 Sabed...

Alfonso. Si eso es así, ¿porqué un instante
 No levantais, señora, el pensamiento
 A ser quien sois ? la religion sagrada,
 De la virtud os mostrará el sendero ;
 Y la sangre que anima vuestras venas
 Para marchar por él os dará aliento.
 Mostraos hermana de Pelayo : y antes
 De ver que sois escándalo de los vuestros,
 Ludibrio de los bárbaros infieles,
 Esposa de un tirano....

Hormesinda. Deteneos,
 Que si temí las quejas del cariño,
 A la voz del insulto me rebelo.
 ¿Porqué si soy escándalo á los míos,
 Si tan injustos me condenan ellos ;
 Porqué á la seducción, á los halagos
 Del moro vencedor no me escondieron ?
 Cuando el furor y la venganza ardian,
 Cuando ya el hambre y el violento fuego
 Prestos á devorarnos amagaban ;
 Era justo, era honroso en aquel tiempo
 Que yo á los piés del árabe irritado,
 Fuese á ablandar su corazon de acero.
 Fui : mis plegarias el camino
 Hallaron de la piedad en su terrible pecho ;
 Y libre del azote que temblaba
 Este pueblo, su frente alzó contento.
 Todos entonces, sí, me benedecian
 Todos : y en tanto que al enorme peso
 De sus cadenas agobiada España
 Mira asolados sin piedad sus templos,
 Hollados con furor sus moradores,
 Violadas sus mujeres, en el seno

De la paz mas feliz Gijon descansa.
 ¡ Tirano le llamáis, y él en sosiego
 Nos deja respirar, cuando podria
 Con sola una mirada estremecernos!
 ¿ Es un tirano, y amoroso aspira
 A llamarse mi esposo?... ¡ Ah! no lo niego,
 Inexorables godos, á su halago,
 A su tierna aficion, á su respeto
 Mi corazon rendí; vuestra es la culpa,
 Y el fruto ¡ hombres ingratos! tambien vuestro.

ESCENA III.

ALVIDA Y DICHS.

Alvida. Llegó el momento : el séquito está pronto

(*A Hormesinda.*)

Que debe acompañarte al himeneo :
 Munuza espera á su adorada amante,
 Anunciando su gozo y sus deseos
 Con su esplendor hermoso las antorchas,
 La música festiva en sus acentos.

Hormesinda. ¡ Esto es hecho, gran Dios!

Alfonso.

Seguid, señora,

Por donde os lleva tan culpable fuego :
 ¿ Qué teneis que temer ? las luminarias
 Que han de solemnizar vuestro contento,
 Solemnicen tambien y hagan patente
 De vuestro hermano y patria el fin funesto.
 Mi lengua, Veremundo, poco usada
 De las lisonjas á los infames ecos,
 Deja este parabien á los amantes. (*Váse.*)

Hormesinda. ¡ Qué horrible parabien!... Mas ya no hay medio
 De volver el pié atras : que mi destino
 Mas fiero y cruel cada momento
 Tras sí me arrastra, y sin poder valerme
 A su imperiosa voluntad me entrego.
 Adios, adios.

(*Le besa la mano, y se va precipitadamente con Alvida.*)

ESCENA IV.

VEREMUNDO.

Veremundo.

¡ Misero anciano!

¿ Ya qué te resta? el lúgubre silencio,

La amarga soledad que te rodean,
Fieles te anuncian tu postrer momento,
Y cuán acerbo.... ¡O suerte! ¿á qué guardarme
Para tal desamparo?

ESCENA V.

VEREMUNDO, LEANDRO Y DESPUES PELAYO.

Leandro.

Amigo, entremos :

Nadie nos sigue; la fortuna misma
Nos ha guiado hasta el solar paterno.

Veremundo.

¿Qué voz es la que escucho? mis sentidos
¿Me engañan? Mas no hay duda : ¡ellos son! ellos!
¡O providencia eterna! yo te adoro.
¡Hijo!

(*Corre á abrazarlos.*)

Leandro.

¡Padre!

Pelayo.

¡Señor!

Veremundo.

¿Pelayo? Es cierto,
Es cierto que vivis. ¡Ah! ¡que aun se niega
A tal ventura incrédulo mi afecto,
Y abrazándoos estoy! ¿Cómo os salvasteis,
Decid, cómo vencisteis tantos riesgos,
Que la desgracia y el rencor del moro
Amontonaron ya para perderos?
El silencio, el olvido en que os hundisteis
Eran señal de vuestro fin sangriento
Para toda la España, que afligida
Cifró en vosotros su postrer consuelo.

Pelayo.

¡Ah! si bastantes á salvarla fuesen
La constancia, el ardor, el noble celo;
Firme aun se viera, Veremundo, y dando
Envidia con su gloria al universo.
Nuestras fatigas, el valor ilustre
De los que el nombre godo sostuvieron,
Hacer pedazos el infausto yugo,
Pudieran ya que la sujeta el cuello.
Mas vano ha sido nuestro afán, y en vano
Por el nombre de Dios lidiado habemos.
El retiró su omnipotente escudo,
Y coronar no quiso nuestro aliento.
Vednos pues en los términos de España
Prófugos, solos, deplorable resto
De los pocos valientes que mostraron

A toda prueba el generoso pecho.
 La guerra en su furor devoró á todos.
 Yo los ví perecer... ¡O compañeros!
 Que en el seno de Dios ya descansando
 De vuestro alto valor gozais el premio;
 Mis votos recibid y mi esperanza;
 Vengue yo vuestra muerte y muera luego.

Veremundo. ¡Admirable constancia! ¿Mas, Pelayo,
 De qué nos sirve contrastar al cielo?
 Cuando nuestros intentos la fortuna
 Les niega su laurel en el suceso,
 Ceder es fuerza, inútil es el brio,
 Pernicioso el teson. ¿Si estando entero
 Contra el fiero rigor de esta avenida
 No pudo sostenerse nuestro imperio,
 Te sostendrás tú solo? ¿A quién consagras
 Tan heróico valor, tanto denuedo?
 No hay ya España, no hay patria.

Pelayo. ¡No hay ya patria!

¡Y vos me lo decis! Sin duda el hielo
 De vuestra anciana edad que ya os abate,
 Inspira esos humildes sentimientos,
 Y os hace hablar cual los cobardes hablan.
 ¡No hay patria! para aquellos que el sosiego
 Compran con servidumbre y con oprobios;
 Para los que en su infame abatimiento
 Mas vilmente á los árabes la venden,
 Que los que en Guadalete se rindieron.
 ¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
 Todo buen español dentro en su pecho?
 Ella en el mio sin cesar respira;
 La augusta religion de mis abuelos,
 Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
 Tienen aquí un altar que en ningun tiempo
 Profanado será.

Veremundo. Tu celo ardiente
 Te hace ilusion, Palayo: ¿en quién tu esfuerzo
 Puede ya confiar? Quien pierde á España
 No es el valor del moro, es el exceso
 De la degradacion: los fuertes yacen,
 Un profundo temor hiela á los buenos,
 Los traidores, los débiles se venden,
 Y alzan solo su frente los perversos.

Pelayo. Y porque estén envilecidos todos,

¿ Todos viles serán? yo no lo creo :
 Mil hay, sí, Veremundo, mil que esperan
 A que dé alguno el generoso ejemplo
 Y el estandarte patrio levantando
 Despierte á todos de tan torpe sueño.
 Yo vengo á levantarle : aquestos montes
 Serán mis baluartes, á su centro
 Volarán los valientes, y el estado
 Quizá recobre su vigor primero.
 Entremos pues : que mi Hormesinda abrace
 A su hermano, señor ; y que tendiendo
 La noche el manto lóbrego, á seguirme
 Se prepare.

Veremundo. ¡ Buen Dios! llegó el momento
 Desgraciado y terrible.

Pelayo. ¡ Desgraciado
 El instante feliz que ansió mi anhelo
 De abrazar á mi hermana!

Veremundo. ¡ Ay triste! Calla,
 Ese nombre en tu boca es un veneno.

Pelayo. ¿ Porqué, decid, porqué? ¿ vive?

Veremundo. Sí, vive
 Pero su muerte te afligiera menos.

Pelayo. ¡ Qué misterio! acabad : ¿ infiel?

Veremundo. Tu hermana
 Atajó los estragos de este pueblo.

Pelayo. Seguid.

Veremundo. Tu hermana á los feroces ojos
 Del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo
 Do todos los cristianos que la imploran...
 Ella hace nuestros grillos mas ligeros...
 Nada resiste al vencedor... Munuza
 Rendido, enamorado, al himeneo
 De Hormesinda aspiró, y ella vencida...

Pelayo. Por piedad no acabeis... ¿ Estos los premios
 Son que á tanto afanar, tantos servicios
 El cielo reservaba? el vilipendio,
 La mengua, las afrentas. ¡ O Leandro!
 ¿ Porqué al rigor del musulman acero
 A par de tantos héroes no caíamos
 Allá en los campos de Jerez sangrientos?

Leandro. Repórtate, Pelayo; á este infortunio
 Opon tu alta constancia, opon tu esfuerzo:
 En tí la patria su esperanza fia;

No desmayes, aleja el pensamiento
De esa flaca mujer : para tí es muerta.
Pelayo. ¡Muerta! ¡pluguiera á Dios!... ¿Porqué sabiendo
Tal abominacion, al mismo instante

(A Veremundo.)

Un agudo puñal no abrió su pecho?
Ella con su inocencia moriria,
Yo no viviera con borron tan feo.
Veremundo. A apoyar su virtud ya vacilante
Siempre acudió mi paternal consejo;
- La violencia jamas.

Pelayo. ¡Costumbre impía!
¡Tiránica opinion! ¡injusto fuero!
¡Las mujeres sucumben y en nosotros
Carga el torpe baldon de sus excesos!
¿Ella esposa de un moro? Mas decidme,
¿Desde cuándo un enlace tan funesto
Se ha estrechado?

Veremundo. Ahora mismo : en este instante
Se celebra quizá.

Pelayo. Pues aun es tiempo;
Volemos á la pérfida : mi vista
La llenará de horror; este himeneo
No se hará, no; si por desgracia es tarde,
La ahogará en mi presencia el sentimiento. (Váse.)

Veremundo. Él en su ardiente frenesí se ciega :
Sigámosle, Leandro; y á lo menos
Si regir su furor no conseguimos,
Con él cuando perezca moriremos.

ACTO SEGUNDO.

La escena en este acto representa un salon del alcázar de Munuza.

ESCENA PRIMERA.

MUNUZA, HORMESINDA EN UN SOFA SOSTENIDA POR ALVIDA EN
LA ACTITUD DE IR VOLVIENDO DE UN DELIQUIO : AUDALLA ALGO
SEPARADO Y MIRÁNDOLOS DESDEÑOSAMENTE DESDE UN LADO DEL
TEATRO.

Munuza. ¡O ingratitud! ¡ó femenil flaqueza!
Con que cuando debiera la alegría
Su corazon henchir, y este momento
Ser el mas delicioso de su vida,

¡Dudar! ¡temblar! ¡desfallecer!... y apenas
Dan sus labios el sí, cuando oprimida
De congoja mortal, yerta la miro
A mis plantas caer!

Alvida. Señor, mitiga

Tu enojo; ya en sí vuelve.

Hormesinda. ¿En dónde, ¡ó cielos!

En dónde estoy?

Alvida. Recóbrate, Hormesinda,

Mis brazos te sostienen, á tu lado

A tu esposo contempla.

Munuza. Ella le irrita

Con esa turbacion.

Hormesinda. Ten, ó Munuza,

Piedad de esta infeliz: ¿porqué afligirla

Tambien los ecos de tu labio airado,

Y esas miradas de furor conspiran?

Munuza. ¿Cuál es, pues, dime, la funesta causa

De aquesta agitacion tan repentina,

De ese pavor horrible que en su frente

Y en tus ojos atónitos se pinta?

Hormesinda. El cielo ve la pena, los temores

Que mi interior ahora martirizan,

Y ve tambien á mi amorosa llama

Esplayarse por él siempre mas viva.

Sed contento, señor; vos ya vencisteis...

El triunfo es vuestro, la vergüenza es mia.

¡Ah! ¿qué dirán ahora los cristianos

(A *Alvida.*)

De esta muger desventurada?

Munuza. Olvida

Sus inútiles quejas; ellos deben

Inclinar á tus plantas la rodilla

Y servirte en silencio.

Hormesinda. ¿En dónde queda

El venerable anciano que solia

Con su amor y consejos ampararme?

Todo me abandonó: tú sola, *Alvida*,

Tú sola no desdeñas mi fortuna.

Alvida. Eterno mi cariño, dulce amiga,

Siempre te seguirá.

Hormesinda. De estas ideas

Tiranzada ya mi fantasía,

Trémula y vacilante á vuestro alcázar

A juraros mi fe fuí conducida
 Jurada está, señor, no me arrepiento ·
 Soy vuestra, lo seré... cuando salian
 Las fatales palabras de mi boca,
 Y el acto solemnísimo cumplan,
 Me pareció que alzándose Pelayo
 En medio de los dos y ardiendo en ira,
 ¿Qué te hicieron, ó pérfida, los tuyos
 Para así abandonarlos? me decia :
 Tiembla entonces el suelo, ante mis ojos
 La luz de las antorchas se amortigüa ;
 Baña el sudor mi frente, el pié me falta,
 Y opresa del afan caigo sin vida.
 ¡O deliquio cruel!

Munuza.

¡O ilusion vana

Que todo mi placer vuelve en acíbar!
 ¿Ha de romper Pelayo á perseguirte
 La noche eterna de la tumba fria
 Que ya le esconde?

Hormesinda.

¿Y si viviese acaso?

¡Ah! cuál entonces su dolor sería!
 ¡Desdichada de mí!

Munuza.

Lanza esas sombras

Que tu tímido espíritu atosigan :
 Serénate ya en fin. ¿Es tan difícil
 Coronar el amor, labrar la dicha
 A un amante, á un esposo?

Hormesinda.

¡Ah! no... Pelayo,

Ya en el cielo ante Dios dichoso asistas
 Gozando el premio á tu valor debido,
 Ya proscripto en la tierra, y triste aun gimas,
 Oye la voz de tu angustiada hermana,
 Perdónala. Tu esfuerzo y osadía
 A defender la patria no bastaron;
 Sufre que yo la alivie en sus desdichas,
 Que yo la madre y protectora sea
 De los vencidos que en su amor confían.
 Él lo quiere... ¿No es cierto? ¡Ah! yo me entrego

(*Mirando tiernamente á Munuza.*)

Al afecto imperioso que me guia,
 Noble Munuza; mas consiente ahora,
 Que sola un breve tiempo recogida
 Tu esposa pueda contemplar su suerte,

Acallar los temores que la agitan,
Y llenar solo su tranquilo pecho
Del tierno y dulce amor que tú la inspiras.

(*Váse con Alvida.*)

ESCENA II.

MUNUZA , AUDALLA.

Munuza. ¿ Es temor, es desden ? ¿ qué es esto, Audalla ?
¿ Pude esperar en semejante dia
Tal confusion ?

Audalla. El sucesor augusto
Del sublime profeta acá me envia,
No á arreglar tus querellas con tu esclava,
Sino á que España nuestros tiros siga
De grado ó fuerza. Nunca los caprichos
Del amor entendí, ni las caricias
Del sexo engañoso rendir pudieron
Un momento jamas el alma mia.
Cercado siempre de armas y soldados,
Entregado á las bélicas fatigas,
Sé pelear y no amar : sé hacer esclavos,
Nunca servir. Que nuestra ley divina
Por siempre triunfe, y que ante el gran profeta
El universo incline la rodilla,
Fué la eterna ambicion del pecho mio :
¿ Pues qué son con la gloria las delicias ?
Por esto siempre vencedor mi brazo
En la guerra triunfó. Tú de esa indigna
Pasion ya poseido, teme al cielo
Que la flaqueza en el valor castiga :
Teme que te abandone la victoria.

Munuza. ¡ Ah ! si tus ojos vieran á Hormesinda
Cuando anegada en llanto y desolada
Por la primera vez ante mi vista
Se presentó su tímida hermosura,
Su ademan, sus palabras compasivas
Llenas de encanto y de dolor, no solo
Las entrañas de un hombre ablandarian ;
Mas rindieran tambien á las serpientes,
Que abortan las arenas de la Libia.
Yo la escuché y venció : Gijon por ella
Del bélico furor libre se mira.

- Audalla.* ¿Y no temes que al fin tanta flaqueza
Llegue á causar tu irremediable ruina?
¡Ay del que es opresor si abre el oído
A la piedad, y si imprudente olvida
Que ante él deben marchar la servidumbre,
La amenaza, el terror! Si así no humillas
Esta fiera nacion que á nuestras plantas
Yace mas espantada que vencida,
Teme tu perdicion. Goza en buen hora
Del amoroso halago y las caricias
De esa cristiana; los demas perezcan,
O en vergonzosa esclavitud nos sirvan,
Mientras al Dios del alcoran no adoren,
Así lo manda nuestro gran califa.
¿Osarás resistir? ¿olvidar puedes
Que al partir de Damasco, esa cuchilla
Para extender su ley puso en tus manos?
- Munuza.* ¿Y contra quién, Audalla, he de esgrimirla?
¿Contra unos miserables que rendidos
Ante mis ojos con pavor se inclinan?
- Audalla.* Esos que tu arrogancia así desprecia
Serán los que castiguen algun día
Bondad tan temeraria.

- Munuza.* Aun soy Munuza :
(*Corta pausa.*)
Pendiente de mis hombros todavía
El formidable alfange centellea
Que huérfanas dejó tantas familias.
Tiemblan de mí velando; aun se estremecen,
Si su atemarizada fantasía
Mi aterradora faz les pinta en sueños.

ESCENA III.

ISMAEL Y DICHOS.

- Ismael.* Dos cristianos, señor, á vuestra vista
Pretenden parecer; es uno de ellos
Aquel anciano, el deudo de Hormesinda,
El otro un jóven que dolor y enojo
En su semblante intrépido respira.
- Munuza.* Entren al punto. (*Váse Ismael.*)
- Audalla.* Acuérdate, Munuza,
Que el decreto supremo del califa

Se tiene al fin de promulgar mañana,
Y aun hoy debiera ser...

Munuza. Basta. (*Váse Audalla.*)

ESCENA IV.

PELAYO, VEREMUNDO Y MUNUZA.

Munuza. ¿Qué os guía,
Decid, á mi presencia?

Veremundo. Una aventura
Para la gente mora, una desdicha
Para el pueblo español : murió Pelayo :
Testigo de su suerte la confirma
Este guerrero, y á Hormesinda trae
La fúnebre y amarga despedida
De su hermano infeliz.

Munuza. Quizá esta nueva *ap.*
Los temores disipe que la ostigan.
Con que ¿murió Pelayo? ¿Veis, cristianos,
En la fortuna nuestra ley escrita?
El cielo la consagra con victorias,
Y os abandona : ¿en qué os parais? seguidla.

Pelayo. Grande, pues, fué mi engaño cuando oyendo
Lo que la fama en tu loor publica,
A pesar de tu secta y de tu sangre,
Virtudes de un valiente en tí creía.
La muerte de un contrario generoso
Solamente el que es vil la solemniza.

Munuza. ¿Y quién eres tú, dí, que tan osado....?

Pelayo. Sabe, moro, que alienta todavía
Pelayo en mí...

Veremundo. Señor, disculpa sea
De tal temeridad su afliccion misma.
En Pelayo su gloria y su esperanza
Los españoles míseros ponian.
Ya pereció : las lágrimas que damos
Al esquivo rigor de su desdicha,
No te ofendan, Munuza.

Munuza. Yo á Pelayo
Ni amé, ni aborrecí : mas su porfía,
Su temeraria obstinacion pudiera
Sernos fatal : así cuando nos libra
Alá de su furor, gracias le rindo

De que siempre propicio nos asista.
¡Cristianos, sois perdidos!

Pelayo.

No te fies

En tu prosperidad : Dios pudo un dia
Separar su favor de aqueste pueblo
Y abandonarle á su terrible ira.
De los godos contempla el poderío.
La suerte en un momento le derriba :
La suerte puede hacer que en un momento
Caiga tambien vuestra soberbia altiva.

Munúza.

¿ Quién sabe si aplacado con nosotros
Ya el cielo un brazo vengador anima
Que ataje vuestra próspera bonanza ?
Será el tuyo tal vez.... Mas Hormesinda
Va á parecer delante de vosostros :
Tú, imprudente, refrena esa osadía,
Usa un lenguaje y ademan conformes
A tu fortuna humilde y abatida ;
Y no al leon irrites que te escucha,
Y por desprecio tu arrogancia olvida. (*Váse.*)

ESCENA V.

VEREMUNDO, PELAYO.

Veremundo. ¡ Gracias al cielo! al cabo con su ausencia
Mi temerario corazon respira.
¡ Cuál me has hecho temblar! ni tus promesas,
Ni el velo que á tus ojos te encubria,
A asegurar mi agitacion bastaban.
Del tirano al aspecto enardecida
Tu mente se arrojaba toda entera,
Y en tus miradas fieras se veia
La mal cubierta indignacion : en vano
La desolada España en tí confia,
Si no atiendes la voz de la prudencia.
¿ No sabrás moderarte?

Pelayo.

¿ Y quién me obliga

A tan torpe disfraz ? nunca Pelayo
Descendió á la flaqueza, á la ignominia
De engañar ; el que engaña es un cobarde
Que confiesa su mengua en su perfidia.
¡ Y yo miento mi nombre ! ¡ yo le escondo

Ya mi pasión para encender tus iras,
 Sin que también destierres de mi seno
 A la naturaleza que en él grita
 Con más fuerza que nunca?

Pelayo.

¿Y no gritaba
 Cuando la vil pasión que te perdía
 Te atreviste á escuchar, y te entregaste
 Al árabe feroz que te esclaviza?
 ¿No pensabas en mí? ¿no contemplabas
 Que era clavar en las entrañas mías
 Un acero mortal, y atar la patria
 Al yugo atroz del musulmán tú misma?

Hormesinda.

¿Qué peso puede hacer en la balanza
 Que los reinos del mundo alza ó inclina,
 De un flaca mujer la resistencia?
 Pelayo, ¡oh cuánta compasión tendrías
 De esta desventurada, en quien ahora
 Tu enojo todo sin piedad fulminas,
 Si vieras mi amargura y mis combates!
 Yo pudiera decirte....

Pelayo.

¿Y qué dirías?

Hormesinda.

Que este amor á la patria que te enciende
 Es la sola ocasión de mi desdicha.
 Yo inocente viví : nunca en mi pecho
 La llama del amor se vió encendida ;
 En todas tus fatigas y peligros
 Mi llanto y mi memoria te seguían.
 Cayo España, Pelayo : y ya aguardaba
 A verme sepultada en sus cenizas,
 A que me arrebatase en su violencia
 El torrente veloz de la conquista ;
 Cuando Gijón amenazada... el cielo...
 Perdona. El cielo mismo mi caída
 Consiente... España oprimida, los cristianos
 Mi favor implorando, y cada día
 De ese moro tan bárbaro á tus ojos
 La generosidad siempre más viva,
 Los ejemplos, tu muerte... ¡oh cuántas veces
 Dije : Pelayo, á defender camina
 Tu amada hermana de tan fiera lucha !
 Y Pelayo implorado no venía,
 Y la triste Hormesinda abandonada
 Del cielo y de la tierra...

Pelayo.

¡Y qué ! ¿por dicha

Aunque tu hermano perecido hubiese,
 La gloria de su nombre no vivía?
 ¿No reflejaba en tí? ¿tú no debiste
 Defenderla, guardarla sin mancilla,
 Y antes morir que recibir los dones
 Con que el moro doró nuestra ignominia?
 Yo ví, yo ví la patria desplomarse
 Del Guadalete en la funesta orilla,
 Y sin perder aliento á sostenerla
 El hombro puse y la constancia mia.
 Tres años siempre combatiendo; España
 De mi sangre y sudor toda teñida;
 El rencor de los árabes, al mundo
 Mi celo y mi fervor publicarían.
 Todo es ya por demas: ¿qué soy ahora?
 Un vil aliado de la gente impía
 Que oprime mi país. ¡Desventurada!
 Los ojos vuelve en derredor, y mira;
 No hallarás sino mártires: los unos
 Pereciendo al rigor de las cuchillas
 Del atroz sarraceno en las batallas:
 Los otros en las cárceles agitan
 Su pesada cadena; otros desnudos,
 Opresos de hambre y de miseria espiran.
 Todos te enseñan á sufrir: ¿qué importa
 Que otras mujeres débiles ó indignas
 Se hayan rendido al musulman halago?
 En medio del contagio debería,
 Mantenerse Hormesinda ilesa y pura,
 Como á su hermano el universo mira,
 Cuando el estado se desquicia y cae,
 Impertérrito y firme entre sus ruinas.

Hormesinda. Pues bien: tú ves mi error y le detestas;
 Yo tambien le detesto, y á mí misma,
 He aquí mi seno, hiere, y en un punto
 Acaba con tu afrenta y con mi vida.

Pelayo. ¿Tienes valor? ¿eres mi sangre? aun tiempo
 Es de enmendar tu ofensa: esas vecinas
 Montañas van á ser el fuerte asilo
 De los cristianos que á vivir aspiran
 Libres de la opresion: deja ese moro
 Que con su infame seduccion fascina
 Tu corazon; y atrévete á seguirme
 A donde lejos del oprobio vivas.

¿No respondes?

Hormesinda. Pelayo, es doloroso,
Sin duda, aqueste lazo que abominas;
Mas ya la suerte le estrechó, y...

Pelayo. Acaba.

Hormesinda. El deber no consiente que te siga.

Pelayo. ¡ El deber ! el amor.

Hormesinda. Yo llamo al cielo
En testimonio...

Pelayo. Calla, y no su ira
Despiertes contra tí.

Hormesinda. Sí, yo le llamo,
Él ve mi corazón y tu injusticia.

Pelayo. Él ve triunfar tu abominable llama
De tu sangre y su ley. ¡Pues qué! ¿No miras
Que no es tuyo su Dios?

Hormesinda. Yo ofrecí al mío
Vivir siempre con él.

Pelayo. ¡Promesa impía!

Hormesinda. Yo la dije, él la oyó; mi pecho nunca
La negará.

Pelayo. ¡Qué horror!

Veremundo. Tu ardor mitiga,

Y acuérdate que la infeliz España
De tí su bien y su esperanza fia.
Huyamos de la vista del tirano.

Pelayo. Adios, mujer sacrilega : acaricia
Al insolente moro á quien adoras ;
Conságrale tu abominable vida :
Será por poco : escucha, los valientes
Se van á levantar ; la tiranía
Contrastada va á ser ; y si vencemos,
Fuerza será que al ver á la justicia
Alzar su brazo inexorable, tiemble
La prevaricacion. Tú dé tí misma
Quéjate entonces, si el horrendo crimen
En el estrago universal espías.

(Váse con Veremundo.)

Hormesinda. ¡ Bárbaro ! mi suplicio está aquí dentro :
No es posible mayor para Hormesinda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LEANDRO Y VEREMUNDO.

Leandro. Resuelto está, señor : aquí debemos
Perecer ó triunfar : Pelayo intenta
Que el mismo sitio que miró el agravio,
Tambien presente á la venganza sea.

Veremundo. ¡Oh qué temeridad! él, hijo mio,
Incauto al precipicio se despeña ;
Que rara vez corona la fortuna
Lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebató : aun me estreñezco
De las amargas y terribles quejas
Con que culpó á Hormesinda ; al fin salimos
Del peligroso alcázar ; y su pena
Sumida en un silencio formidable,
Cuanto menos patente era mas fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo
Donde, no sé : pero quizá ya os cercan
Tantos riesgos...

Leandro. Mayor que todos ellos
El alma de Pelayo los desprecia :
En esta misma noche ; en este sitio
A los patricios de Gijon espera,
Y enardecer sus ánimos confia
A que le sigan en su heróica empresa.

Veremundo. ¿ Y vendrán ?

Leandro. No dudeis : los mas valientes
Lo prometieron. Teudis y Fruela,
Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso :
Alfonso que dejaba estas riberas,
Y ya no parte. Todos deseaban
De Pelayo saber. Todos esperan
Que ha de ser á su vista en esta noche
La suerte de Pelayo manifiesta.
La hora se acerca en fin : y por ventura
El momento feliz tambien se acerca
De empezar otra lid mas peligrosa,
Pero de mas honor que la primera.

Tras de tantas fatigas y combates
 Rendir el cuello á la servil cadena
 Fuera insufrible mengua, y no es posible
 Que nuestro corazón consienta en ella.
 Mas ya llegan aquí.

ESCENA II.

ALFONSO, VARIOS NOBLES DE GIJÓN, Y DICHS.

Alfonso.

De tí dolidos
 Los cielos, Veremundo, te conservan
 A tu amado Leandro, y no consienten
 Que en tan amarga soledad padezcas.
 Todos gozando en la ventura tuya
 El parabien te dan.

Veremundo.

¡ Cuál lisonjea
 Ese tierno interés mi anciano pecho!
 Él os le paga en gratitud eterna;
 Nobles astúres, y pluguiese al cielo
 Que este bien que su mano me dispensa,
 A todos los cristianos se extendiese.
 El generoso celo que os alienta
 Me alcanza á mí, y al contemplarlo, hierve
 La sangre que la edad heló en mis venas,
 ¡ Oh! si en aquesta vez consejos dignos
 De ventura y honor de aquí salieran!
 Mas no es posible: el mal que nos agobia
 Vence á un tiempo al valor y á la prudencia.

Alfonso.

¿ Y porqué desmayar? ¿ No es un anuncio
 Ya de ventura la imprevista vuelta
 De ese jóven? Mis ojos se complacen
 En ver un hombre al fin, donde antes vieran
 Solo viles esclavos... ó Leandro,
 Tú que á su lado en las batallas fieras
 Con generoso esfuerzo combatiste,
 Responde, da este alivio á mi impaciencia:
 ¿ Vive Pelayo?

ESCENA III.

PELAYO Y DICHS.

Pelayo.

Vive, si es que vida
 Se consiente llamar una existéncia

De infortunios sin término acosada,
 Condenada al ultraje y á la afrenta.
 Pelayo soy, el hijo de Fabila,
 El que por tanto tiempo en la defensa
 Del estado sudó, cuyos trabajos
 Por toda España su renombre llevan.
 Soy el que siempre independiente, libre
 De entre la ruina universal ostenta
 Exento el cuello de los hierros torpes
 Que sobre el resto de los godos pesan.
 ¿Qué me sirven empero estos blasones,
 Cuyo bello esplendor me envaneciera,
 Si ajados ya, por tierra derribados,
 ¡O indignacion! un árabe los huella,
 ¿Y Hormesinda los vende?... Ciudadanos,
 Si de vos por ventura alguno tiembla,
 Que en semejante infamia sumergida
 Su hija, su hermana, ó su consorte sea;
 Si en él se escucha del honor el grito
 Como en mi pecho destrozado truena,
 Ese me siga á castigar mi injuria,
 Y así la suya con valor prevenga.

Alfonso.

Sí, yo te seguiré : deja, Pelayo,
 A tu diestra valiente unir mi diestra;
 Alborozarme viéndote, y contigo
 Al moro jure inacabable guerra.
 Alfonso de Cantabria te saluda,
 Y los buenos con él, que en tu presencia
 Ven renacer las dulces esperanzas
 Que ya en tu aciago fin lloraban muertas.
 No solamente á castigar tu injuria
 Te seguiré sino á vengar con ella
 A España que reclama nuestros brazos,
 Y de tanto abandono se querella.
 Será su primer víctima Munuza.

Pelayo.

¡O ardimiento feliz! Yo bendijera
 Mis propios males, si ocasion dichosa
 De que la patria respirase fueran.
 Bien lo sabeis : mis débiles esfuerzos
 Osaron contrastar en su carrera
 Al feroz musulman : nunca mi pecho
 A la esperanza falleció; mas piensa
 Que el árbol encorvado en la borrasca
 Sus ramas levantando ya dispersas

Se enderece mas bello y mas frondoso,
Y con su sombra á defendernos vuelva.

Veremundo. Si el peligro arrostrando denodados,
Y pereciendo en él se consiguiera
El magnánimo fin; mi vida entonces
Al altar de la patria por ofrenda
La primera á inmolarse correria:
Mas la fuerza se abate con la fuerza.
Volved la vista atras: mirad la plaga
Que levanta en la Arabia un vil profeta,
La Asia y la Libia devastar, y al cabo
En la Europa caer: á su violencia
Arrólladas las huestes españolas
El gótico poder cayó con ellas,
Y sobre él orgulloso el agareno
De mar á mar tremola sus banderas.
El español atónito en su estrago,
Y ya domesticado en su cadena
Ni de su daño y su baldon se irrita,
Ni á los clamores del valor despierta.

Pelayo. ¿Qué es pues el hombre? ¡o cielos! A su audacia,
Se ven ceder las indomables fieras;
Los montes rinden su orgullosa cima,
La explosion del volcan aun no le aterra,
¡Y un hombre le subyuga!... Nuestros nietos
Vendrán y exclamarán: « ¿Porqué se sienta
« Sobre nuestra cerviz desventurada
« Del ageno temor la injusta pena?
« ¿Somos quizá los que en Jerez huyeron,
« O los que abandonando la defensa
« De la patria, labraron con sus manos
« Este yugo cruel que nos sujeta? »
Así España habrá contra nosotros,
Recordando ¡ó dolor! que á tanta afrenta,
A una opresion tan mísera pudimos
Añadir el baldon de merecerla.

Alfonso. ¡Perezca aquel que sobre sí le llame!
El pueblo me decís duerme y se entrega
A los serviles hierros que le oprimen;
¿Quién sabe si esa mar ahora serena
El soplo de los vientos solo aguarda
Para bramar, y amenazar soberbia?

Veremundo. No así tan presto en la esperanza fie
Vuestro arrojado ardor. Y si se niega

A seguir vuestros pasos la fortuna,
 Si sois vencidos en tan ardua empresa,
 ¿Quién guarecer á la infeliz España
 Podrá de la venganza que violenta
 En luto y sangre cubrirá al momento
 Las miseras reliquias que aun la quedan?

Pelayo. Es justa nuestra causa, el alto cielo
 La dará su favor.

Veremundo. También lo era
 Cuando en Jerez lidiábamos.

Pelayo. No, amigos,
 No lo fué, yo os lo juro, por la inmensa
 Pérdida que los godos allí hicieron;
 Aun indignado el corazón se acuerda
 Que la molicie, el crimen nos mandaban.
 En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
 De oro la frente orlada, y mas dispuesto
 Al triunfo y al festin que á la pelea,
 El sucesor indigno de Alarico
 Llevó tras sí la maldicion eterna.
 ¡ Ah! yo lo ví : la lid por siete dias
 Duró, mas no fué lid, fué una sangrienta
 Carnicería : huyeron los cobardes,
 Los traidores vendieron sus banderas,
 Los fuertes, los leales perecieron.
 No lo dudeis, los vicios, la insolencia
 De Witiza y Rodrigo á Dios cansaron ;
 Y ya la copa de su enojo llena,
 Abrió la mano, y la vertió en los godos
 Que tan torpes escándalos sufrieran.

Veremundo. Cedamos, pues, al celestial decreto
 Que á afan y cautiverio nos condena.
 Cuando menos debiéramos, sufrimos :
 ¿ Y habremos de escuchar nuestra impaciencia
 Al tiempo que oprimidos y dispersos,
 Sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran
 Las puertas hácia el bien? Dios nos castiga ;
 Pleguemos ya la frente á su sentencia.

Pelayo. Quizá en tantas desgracias ya cumplida,
 O españoles, está. Ved la halagüeña
 Ocasión que nos muestra la fortuna ;
 Ella moviendo su voluble rueda
 Nos manda la osadía. Ved al moro,
 Ansiando en su ambición toda la tierra,

Salvar los montes, inundar las Galias,
 Que hollar tambien y esclavizar desea.
 Allá se precipitan sus guerreros :
 Y á España en tanto abandonada dejan
 A los que ya de combatir cansados
 Al ocio muelle, y al placer se entregan.
 Llena Gijon de nobles fugitivos,
 Llenas tambien las convecinas sierras,
 Brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
 Y acaso culpan la tardanza nuestra.
 Demos pues la señal : ¡ oh cuántos pueblos
 Nos seguirán dẽspues! Mas si se niegan
 A tan bella ocasion... Sirva en buen hora,
 Y la frente cobarde al yugo tienda
 El débil y estragado mediodia :
 ¿ Hijos, vosotros, de estas asperezas,
 A arrostrar y vencer acostumbrados
 De la tierra y los cielos la inclemencia,
 Temblareis ? cedereis ? no. Vuestros brazos
 Alcen de los escombros que nos cercan
 Otro estado, otra patria y otra España
 Mas grande y mas feliz que la primera.
 ¡ Jóven sublime ! tú el camino hermoso
 De la virtud y gloria nos presentas.
 Tu ardimiento á imitarte nos anima !
 Sigámosle, españoles : mas es fuérza,
 Si se ha de conseguir tan arduo intento,
 Que uno mande, los otros obedezcan.
 Rodrigo pereció, y el cetro godo,
 Vilmente roto en su indolente diestra,
 Clama imperiosamente que otras manos
 En su primer honor le restablezcan.
 Nosotros que aspiramos á esta gloria,
 Aquí debemos, á la usanza nuestra,
 El caudillo elegir que nos conduzca,
 El rey alzar que nuestro apoyo sea.
 Mi voz nombra á Pelayo.

Alfonso.

Pelayo.

Nobles godos,
 No abrigueis tal error ; ¡ con qué vergüenza
 Se afligiera la sombra de Ataulfo,
 Descansar viendo su real diadema
 Sobre una frente que el rubor humilla !
 Buscad otro mas digno en que ponerla,
 Ilustres campeones.

Alfonso.

No así injuríes
 A tu espléndido nombre, á tus proezas,
 Al celo de los buenos que te admiran :
 ¿ Degradarte ? jamas. ¡ Ah ! no lo creas,
 No es dado á una mujer frívola y débil
 Manchar la gloria, y trasladar su afrenta
 A aquel que sin cesar sus pasos guia
 Del honor y virtud por la ardua senda.
 Ese escándalo torpe que te ofende,
 En lugar de apocarte, te engrandezca
 Al terrible castigo de la venganza.
 El pueblo adora en tí, la patria espera :
 ¿ Podrás dudar ?... Valientes españoles,
 Respondedme : ¿ quién es, dónde se encuentra
 El que con mas ardor se ha ennoblecido
 En esta grande y desigual contienda ?
 ¿ Quién de tantas desgracias á despecho
 Jamás desesperó ? ¿ quién nos alienta,
 Y en nombre de la patria nos inflama ?

Los nobles. Pelayo.

Alfonso. ¿ Quién, pues, ser nuestra cabeza
 Mas bien merece, y fundador ilustre
 Del nuevo estado que á rayar comienza ?

Leandro. Pelayo.

Alfonso. Él, nuestro rey ; caudillo nuestro
 Debe ser, ciudadanos.

Los nobles. Él lo sea.

Alfonso. ¿ Oyes el voto universal ? Ahora
 Vil desercion tu resistencia fuera ;

(Coge un escudo y se presenta con él á Pelayo en actitud reverente.)

No es el trono opulento de Rodrigo
 Cercado de delicias y riquezas,
 Sumergido en el ocio y la molicie,
 El que á tí los cristianos te presentan.
 Los peligros, la muerte, las batallas,
 Tu débil solio sin cesar asedian.
 Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
 A par de tí se acercarán con ellas.
 Tus vasallos son pocos, mas leales ;
 Todos por mí te ofrecen su obediencia.
 He aquí el escudo, emblema del esfuerzo
 Con que debes velar en su defensa.
 Hasta aquí mi igual fuiste ; desde ahora

Yo te llamo mi rey : y á tus excelsas
 Virtudes y á tu gloria el homenaje
 Rindo, que un tiempo les dará la tierra.
 ¡ Plegue á Dios que la nueva monarquía
 Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
 Abarque toda España, y que tu espada
 Cetro del mundo con el tiempo sea!

Pelayo. Pues yo ofrezco á mi vez, inclitos godos,

(Poniendo la mano sobre el escudo.)

Ser en la dura lid que nos espera
 Siempre el primero y siempre conduciros
 Donde las palmas del honor se elevan.
 Respeto eterno á la justicia juro :
 Si en algun tiempo lo olvidare, puedan
 Verter en mí su indignacion los cielos
 Con mas rigor que el que en Rodrigo emplean.
 Deshecho entonces mi poder...

ESCENA IV.

UN GIJONÉS Y DICHOS.

El Gijonés. Cristianos,
 Volved la vista á la desgracia nueva
 Que asalta nuestra patria : ya Munuza
 Su indigna atrocidad descubre entera.
 La indulgencia y piedad que antes mostraba
 A nuestra desventura, á nuestras penas,
 Fingidas fueron, cebo pernicioso
 De su vil seducccion : la ley perversa
 De ser esclavo ó musulman el godo
 Se publica mañana.

Alfonso. ¡ Oh! si pudiera
 Mañana ser el venturoso día
 De oprimirle!

El Gijonés. Sabed que ahora se observa
 Un repentino y grande movimiento
 En su alcázar; las armas centellean,
 Y la guardia se dobla; un mensagero
 De Mérida enviado es quien altera
 El tranquilo silencio de la noche.

Leandro. Prevengámosle, godos : que perezca
 El tirano mañana á nuestras manos.

Veremundo. ¿ Y no temeis la muchedumbre fiera
De sus soldados? dilatadlo os ruego :
Bastantes aun no sois, haced que vengan
A unirse con vosotros los cristianos
Que esconden fugitivos esas sierras.

Pelayo. O mañana ó jamás. ¿ Quereis por dicha
Vuestra fortuna abandonar expuesta
A la cobarde sujecion del miedo,
De la perfidia á la doblez funesta?
Mañana, cuando el bárbaro en la plaza
Haciendo ostentacion de su insolencia
Diere esa ley fanática, y el pueblo
Hervir de oculta cólera se sienta;
Entonces todos levantando á un tiempo
El fiero grito de imprevista guerra,
Y proclamando en él la fe, la patria,
Los fieles concitad á defenderlas.

Alfonso. Al ardor que en mí siento, á la esperanza
Que en este instante el corazon me alienta,
No hay que dudar, vencemos. ¡ O cristianos!
Traidor se llame, y maldecido muera,
El que sin la victoria ó sin la muerte
Su brazo aparte de tan santa empresa.
Sobre este acero al Dios que nos escucha
O vencer ó morir juro.

Leandro. En tu diestra

(*Asiendo la mano de Alfonso.*)

Lo juro yo tambien.

Veremundo. Y yo.

(*Acercándose á ellos en ademan de asir su mano.*)

Los nobles. No hay nadie

(*Todos hacen el ademan de Alfonso jurando por su espada.*)

Que ansioso no lo jure.

Pelayo. ¡ O Providencia!

Sí, que mañana al acabarse el día,

O vencer ó morir el sol nos vea.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

HORMESINDA Y ALVIDA.

Alvida. Vuelve en tu acuerdo al fin, mísera amiga :
 ¿ De qué te sirve la agitada planta
 Aquí y allí mover, y en hondos ayes
 Los ámbitos llenar de aqueste alcázar ?
 A tu anhelante afan nadie responde ;
 El ceño con que escuchan tus palabras,
 Doblándote la duda y la zozobra,
 Doblan tambien de tu dolor las ansias
 Ven á tu estancia, y el querer del cielo
 Guardemos allí.

Hormesinda. Solo desgracias
 Ordenará : tú ves como en mi daño
 Cuanto pensé ¡ infeliz ! todo se cambia.
 El amor de mi patria y de los míos
 Prendió en mi pecho la funesta llama
 Que me va á consumir : este himeneo
 Juzgaba yo que á la afligida España
 Anuncio fuese de quietud, y al moro
 De templanza y quietud prenda sagrada.
 ¡ Qué engaño tan cruel ! Formado apenas,
 Mi hermano se presenta ; me amenaza,
 Me aterra... ¡ Ah ! ¿ porqué el suelo en aquel punto
 No se abrió y me tragó ?

Alvida. Tú misma agravas
 El peso de tu afan : aunque á Pelayo
 Ardiendo ves en repentina saña
 Por este enlace, al fin de la prudencia
 Escuchará la voz cuando cerradas
 Las sendas todas á vengarse encuentre.

Hormesinda. ¡ Prudencia, Alvida, en él ! ¿ cuándo escucharla
 Se le vió, si á su vista se presentan
 Gloria, virtud, y pundonor y patria ?
 Vino á perderme y á perderse : él fia
 En gentes abatidas y humilladas,
 Donde hallar encendida espera en vano
 De su mismo valor la noble llama.
 ¿ Quién sabe si á estas horas ?... Tú lo viste
 Cuando llegó la misteriosa carta

Que á Munuza de Mérida se envia,
 Todo agitarse aquí, doblar las guardias,
 Y salir Ismael... tiemblo al pensarlo :
 ¿ Si fué un aviso?... incierta y agitada
 No sé qué hacer. Escucha : no á mi esposo
 Vida le dió una tigre en sus entrañas,
 Ni las sierpes de Libia sustentaron
 Con ponzoña y rencor su tierna infancia.
 De hombres nació, y es hombre; y pues que ha sido
 Ya sensible al amor, tambien entrada
 Dará en su pecho á la piedad. Alvida,
 Puede ser que arrojándome á sus plantas,
 Diciéndole yo misma...

Alvida. ¡ Oh! no te fies,
 No al eco atiendas de esperanzas vanas.
 ¿ Munuza usar clemencia con Pelayo?
 Error; ¡ funesto error! Quizá ignorada
 Su suerte aun es del moro; ¡ y tú serias
 La que le señalase á su venganza!

Hormesinda. Con que el perdón á tantos concedido
 ¿ Solo á mi sangre ese cruel negára?
 ¡ Y nada, al fin, conseguirá mi llanto,
 Mis tiernos ruegos, mi cariño!...

Alvida. Nada.
 ¡ Qué vale todo al tiempo que le gritan
 La voz terrible del sangriento Audalla.
 La ambicion de mandar que le devora,
 Su ley feroz que á la crueldad le arrastra!

Hormesinda. Así huirá, pues, mis esperanzas todas;
 ¡ Todas las ilusiones de bonanza
 Que mi amor se fingió!... Sí : de los cielos
 La saña incontrastable desplomada
 Siento que viene sobre mí : la tumba
 Me espera, y allá voy; pero manchada
 Con sangre fratricida, odiosa á un tiempo
 A mi hermano, á mi amante...

Alvida. ¡ Ay triste! Calla :
 Él se acerca : en tí vuelve, hunde en tu pecho
 Por no irritarle tus amargas ansias.

ESCENA II.

MUNUZA Y DICHAS, DESPUES AUDALLA.

Hormesinda. Señor... ya que el rigor fiero y terrible
 De que está vuestra frente acompañada

Otro nombre mas dulce usar me veda...
 Decid, señor, ¿qué súbita mudanza
 Es la que encuentro en vos? ¿Cuáles cuidados
 Ora os perturban? Movimiento y armas,
 Agitacion, sospechas, ¡qué aparato
 Tan diverso de aquel que yo esperaba
 En estas horas ver, en estas horas
 Destinadas á amor y á confianza!

Munuz. ¿Qué mucho al fin, que las sospechas velen
 Donde su acero la traicion prepara?
 Vos misma... quizá cómplice...

Audalla. *Munuz.*
 Ya está tu orden cumplida.

Munuz. A vuestra estancia,
 Señora, os retirad.

Hormesinda. Ya os obedezco;
 Pero entre los consejos de la saña
 Memoria haced de mí; de las promesas
 Que un tiempo vuestro labio pronunciaba
 En favor de este pueblo : nuestro enlace
 Iris debe ser.

(Munuz mueve la cabeza irritado en señal de que se vayan, Hormesinda se estremece y se van las dos.)

ESCENA III.

MUNUZA Y AUDALLA.

Manuz. ¡Oh cómo tardan!

Audalla. Mas yo la causa á concebir no alcanzo
 De la inquietud, de la impaciencia extraña
 Que desde el punto mismo te atormenta
 En que á tus manos se entregó la carta.
 Guardarte de Pelayo ella te avisa;
 La fama de su muerte ha sido falsa,
 Y hácia Asturias camina, donde acaso
 Alguna nueva rebellion se trama.
 ¿Qué mas alto favor de la fortuna
 Pudieras esperar? Ella le arrastra
 A tu poder, y el golpe que le cabe
 Hace espirar la agonizante España.

Munuz. Llegó el instante, sí, que yo me acuerde
 De donde tuve el ser, que yo renazca
 Al noble ardor, á las costumbres fieras
 Que el amor de mi pecho desterraba.

Nunca hasta en este punto la sospecha
 Su atroz ponzoña derramó en mi alma ;
 Supe lidiar, vencer, y despreciarlos,
 Y dejarlos vivir. ¿ Qué me importaba
 Que impacientes mordiesen sus cadenas,
 Si ya á romperlas su valor no basta ?
 ¿ Quieres saber mi agitacion ? pues vuelve,
 Vuelve la vista á la mujer ingrata,
 Por cuyo amor y artificioso halago
 El ímpetu detuve á mis venganzas,
 Y mírala tambien, cual ya la miro,
 Cómplice ser de tan inicuas tramas.

Audalla. Tú sabes bien si mi rencor perdona :
 Cristianos todos son, y esto me basta
 Para odiarlos sin fin : mas por ventura
 Tambien como nosotros engañada
 La muerte de Pelayo ella creia,
 Y es inocente en su traicion.

*Munuza.*No, *Audalla.*

No es inocente : el jóven que aquí mismo
 Hablarla consiguió, vino á avisarla
 De esta traicion acaso. ¿ Porqué ahora
 De la tristeza en vez que antes mostraba,
 De incertidumbre congojosa y viva
 La miro palpar ? Pues tiembla y calla ;
 La perjura me vende ; y sangre, sangre
 Pide á voces mi amor vuelto ya en rabia.

Audalla.

Ahora sí que en tí encuentro aquel *Munuza*
 Educado en los campos de la Arabia ;
 Ahora sí que en tí mira el gran profeta
 El firme musulman que antes no hallaba.
 No haya lugar á la piedad.

ESCENA IV.

DICHOS, PELAYO, LEANDRO, ISMAËL, GUARDIAS.

Leandro.

¿ Qué intentas ?

¿ Porqué así á tu presencia nos arrastran ?
 ¿ Porqué se ha hollado el respetable asilo
 De la hospitalidad, sin que las canas
 De un desarmado anciano librar puedan
 Su inocente mansion de vuestras armas ?

Munuza.

En todos tiempos, en cualquiera sitio.

Al que os venció en el campo, y ahora os manda,
Debeis razon de vuestros pasos todos.
¿Quién sois? ¿dónde vais?

Leandro.

Es nuestra patria

Gijon : mi padre el lastimado viejo,
Que hoy sin respeto tu violencia ultraja;
Este guerrero, en mis desgracias todas
Amigo, fiel, me alivia y me acompaña.
Sin fuerza á quebrantar nuestra coyunda,
Sin paciencia bastante á tolerarla,
Venir á saludar nuestros hogares,
Y huir por siempre de la triste España,
Ha sido nuestro intento.

Munusa.

Alma cobarde,

No encubras la verdad en tus palabras.
Di presto á que vinisteis.

Pelayo.

Si lo sabes,

¿Para qué lo preguntas? si en tu alma
Ya las sospechas sin cesar te gritan
La suerte que mereces, ¿á qué aguardas?
Junta á la usurpacion la tiranía,
Y ahuyente tu temor nuestra desgracia.

Munusa.

Mal el orgullo que tu lengua anima,
Y esa arrogante ostentacion de audacia,
Con la bajeza infame y alevosa
De tus acciones pérfidas se hermanan.
Rebelde, vil y miserable espía
Viniste á sorprender mi confianza,
Mi esposa á acongojar, y de este pueblo
A alterar la obediencia á mí jurada.
Pelayo que os envia no os defiende
Del peligro mortal que ós amenaza;
Y si aun negais lo que saber deseo,
La muerte y los tormentos os lo arrancan.
¿Dónde está ese insensato? respondedme :
¿Cuáles son sus intentos y esperanzas?

Pelayo.

Quizás si lo supieses temblarias :
Mas tú, arrogante musulman, te engañas
Cuando en la fuerza y el poder fiando
Piensas que todo á tu querer se allana.
No cuanto sabe ansiar logra un tirano :
Talar los campos, demoler las casas,
Inundarlas en sangre, esto le es fácil ;
Mas degradar por miedo nuestras almas,

- Mas mover nuestro labio á tu albedrío,
 Bárbaro, á tanto tu poder no alcanza.
- Audalla.* No así oscurezcas tu esplendor supremo
 Dando ocasion á su arrogancia vana :
 Jamas así se explica la inocencia,
 Y ya culpables son, pues que te ultrajan.
 Mueran, y sirvan de escarmiento á todos.
- Munuza.* Caerán ; pero no solos : tambien caigan
 Los nobles de Gijon, Teudis, Fruela,
 Alfonso, Atanagildo...
- Pelayo.* De mi audacia,
 De mi silencio cómplices no han sido :
 Respétalos, tirano.
- Munuza.* Sin tardanza
 Vuela, Ismael, y encadenados todos
 Vengan á mi presencia en este alcázar.
- (Váse Ismael.)
- Pelayo allá donde se esconde tiemble
 Viendo así fenecer sus esperanzas :
 Y guarde con terror la suerte que ellos.

ESCENA V.

HORMESINDA Y DICHOS.

Hormesinda. No tan gran sacrificio á la venganza
 (Corriendo á su hermano, y en ademán de defenderle.)

Permitido ha de ser : Pelayo, el cielo
 No ha concedido á tu infeliz hermana
 Ser grande como tú ; pero á lo menos
 Te defiende en tu riesgo, te acompaña
 En tu muerte, Munuza, este el camino

(Puesta entre los dos y señalando su pecho.)

Es el que se ha de abrir tu injusta espada
 Si va á buscar su corazon.

Audalla.

¡ Pelayo !

Munuza.

¡ Su hermano !

Leandro.

¿ Qué pronuncias, desdichada ?

¿ Sabes lo que revelas ?

Pelayo.

¿ Ya, qué importa ?

Pelayo soy : la suerte se declara

(A Munuza.)

Entera á tu favor, no la desprecies :

Suelta la rienda á tu impaciente saña ;
 Envuelve á esa infeliz en mi destino,
 Y en el morir iguálanos : ¿ qué tardas ?
 Yo te aborrezco y te persigo ; y ella
 (No hay delito mayor) ella te ama.

Hormesinda. Cesa, cesa, cruel. ¡ Divinos cielos !

¿ A quién irán primero mis plegarias ?
 ¿ A quién persuadirán que de su pecho
 Despida esa altivez, esa arrogancia,
 Que al uno lleva á perdicion segura,
 Y á abusar de su fuerza al otro arrastra ?
 Si mis suspiros débiles no os vencen,
 Si este llanto que vierto no os ablanda,
 Saciad en mí los dos aun mismo tiempo
 Esa sed de venganza que os abrasa.
 Nadie es culpable aquí sino yo sola :
 Yo he faltado á mi sangre y á mi patria,
 Y á mi esposo tambien : ¿ cuál es el brazo
 Que de una vez mi desventura acaba ?
 ¡ O Munuza ! ese alfange tan teñido,
 Ya enseñado á verter sangre cristiana,
 Será mas diestro á derramar la mia.
 Siega al punto con él esta garganta ;
 Siégala, y presta á tu infeliz esposa
 En tan fiero rigor su última gracia.

Munuza. No abuses mas de la indulgencia mia ;

(*A Hormesinda.*)

Que aun á pesar de tus ofensas habla
 En favor tuyo, y con silencio y miedo
 Mis soberanas órdenes aguarda.
 Tú el duro trecho en que te ves contemp.a.

(*A Pelayo.*)

Ni arbitrio ya te queda, ni esperanza,
 Sino en mi compasion.

Pelayo.

Munuza.

Yo no la imploro.
 Conozco tu valor, sé tu constancia,
 Y entiendo bien que á contrastar tu pecho
 Vano es el riesgo, inútil la amenaza.
 Pero esos infelices que arrastrados
 Son en aqueste instante hácia el alcázar ;
 Pero toda Gijon, que al pronto incendio
 De mi furor se mirará abrasada,
 Todo te manda doblegar tu orgullo :

¿Quieres salvarlos, dí, quieres salvarla?
¿Qué pretendes de mí?

Pelayo.

Munuza.

Que á su presencia

Humilles esa frente temeraria;
Y de obediencia dándoles ejemplo,
La autoridad augusta y soberana
Del califa respetes. De perfidia
Sé que no eres capaz; tu fe me basta:
Júralo por tu honor y el Dios que adoras,
Y Gijon y tus cómplices se salvan.

Pelayo.

Dices bien, musulman, en este pecho
Jamás halló la falsedad entrada;
Y primero faltará el sol al día,
Que á sus pactos Pelayo y sus palabras.
Mas oye: si en mi vida algún momento
Hubo en que esta lealtad idolatrada
Pude animarme á profanar, es este
En que me incitas á jurar mi infamia.
Fe te jurára, sí, mas solamente
Por librar de la muerte que ahora amaga
Ese afligido pueblo y mis amigos;
Mas solo por el tiempo que tardára
En hallar un puñal que en sangre tuya
Lavase al fin de mi baldon la mancha.
Pero nunca el oprobio salva á un pueblo:
Nunca áquel que cobarde se degrada,
A la opresion doblando la rodilla,
Después su frente hácia el honor levanta.
Esto bien lo sabeis, viles tiranos.

Munuza.

Tú dictas, insensato, en tus palabras
Tu sentencia.

Pelayo.

Ejecútala.

Munuza.

Al instante.

ESCENA VI.

ISMAEL Y DICHOS.

Ismael.

Pronto acudid, señor; Gijonalzada
Se niega á obedecer; los nobles fieros
De la atroz sedicion soplan la llama;
Y al nombre de Pelayo que repiten,
El pueblo fiero con furor se exalta;
La sangre corre; vuestros guardias caen:
Todo es ya confusion.

Munuza. ¡Qué escucho! Audalla,
Vamos á alzar el formidable azote
Sobre esa muchedumbre vil y esclava.

Audalla. ¿Mas qué ordenas en fin de estos cristianos?

Munuza. Ellos á las mazmorras del alcázar;
Ella á la torre.

Pelayo. Su tremendo brazo
Ya el Dios de los ejércitos levanta
Contra tu usurpacion, tiembla, caiste :
Tu hora llegó.

Munuza. Dí que la tuya, marcha ;
Sé mi esclavo hasta el fin : cualquier que sea
La suerte que me aguarda en la batalla,
Vencedor te condeno al escarmiento,
Vencido te consagro á la venganza.

ACTO QUINTO.

El teatro representa una mazmorra.

ESCENA PRIMERA.

PELAYO Y LEANDRO.

Leandro. En esta cárcel lóbrega, espantosa,
Donde toda esperanza se nos niega ;
Dondé tiene la muerte en nuestro daño
Su mano inevitable ya suspensa ;
No al fin el hado adverso que nos pierde
Enteramente su rigor desplega,
Y el alivio aunque amargo nos permite
De unir nuestro dolor y nuestras quejas.
Mas tú entre tanto silencioso escuchas ;
Y sumergido en tu profunda pena
Ni aun levantas los ojos á tu amigo.

¿Acaso el heroismo, la firmeza
Que tantos males superaba un tiempo,
En el último trance ya flaquea ?

Pelayo. ¡Tu amigo desmayar! ¡Ah! Tú lo sabes
Si de tan santa causa en la defensa
Esquivé alguna vez riesgo ó fatiga.
Mas mientras dura la mortal pelea,
En ocio vil y vergonzoso verme
Esperando la muerte como espera

La maniatada víctima el cuchillo!

Leandro. Cuando el forzoso término se acerca,
¿Qué vale murmurar contra el camino
Que sin recurso á fenecer nos lleva?
No empero sin venganza moriremos,
Y ya nuestros amigos...

Pelayo. ¡Ah! ¡pudiera
Llamarlos con mi voz, darles aliento,
Al eco ronco de las armas fieras
Exaltarme y lidiar! y si el destino
Triunfaba de mi vida en la pelea,
Muriera; pero al menos combatiendo
Contra esos fieros árabes muriera.
Así el fin á mi vida igualaría;
Así el poder y dignidad suprema
A que ayer me ví alzar se autorizaban;
Mas yo preso aquí estoy, y ellos pelean;
Ellos mueren con honra, yo en oprobio.

Leandro. Basta á tu gloria inmortal carrera;
Y el mundo todo al contemplar tu suerte,
Llanto y admiracion hará sobre ella.
Tú cual Pelayo morirás: mi alma
De ardor sublime y de constancia llena
Se elevará á tu ejemplo, y el destino
Sabrá á tu lado resistir la fuerza.
Digna de tí será mi última hora:
Y cuando en las edades venideras
Los hijos de la patria honren tu nombre,
Tambien de mí se acordarán sus lenguas:
En vida, en muerte acompañó á Pelayo,
Dirán, y mi alabanza será eterna.

Pelayo. ¿Sabes si tienes patria todavía,
Infeliz? ¿Si á este tiempo ya deshecha
La flaca resistencia de los nuestros,
Coronan sus cabezas las almenas
En los muros del pueblo?... ¡O Dios del mundo,
Señor de la victoria y de la guerra!
¿Has resuelto otra vez abandonarnos?
¿Viven pintadas en tu mente excelsa
Las culpas de Witiza y de Rodrigo,
Sin que ya nuestra fe borrarlas pueda?
¡Piedad! ¡piedad! Tiempo es aun, perdona.
Cuando entregada esta region se vea
A la supersticion abominable

Con que tu nombre el árabe blasfema,
 ¿Será mayor tu gloria?... ¡Ay! que algun día
 Ha de llegar en que sereno vuelvas
 Hacia España tus ojos, y mirando
 Las plagas que tu enojo echó sobre ella,
 De tan fiero rigor tú mismo llores,
 Y entonces tarde á la clemencia sea.

Leandro. ¿Oyes, Pelayo? La mazmorra se abre;

(*Ruido de puertas.*)

Llegó el momento de morir.

Pelayo.

Que venga:

Yo á Dios bendigo en él; venga, y acabe
 La horrible incertidumbre, la impaciencia
 Que ya no puedo tolerar.

ESCENA II.

HORMESINDA, ALVIDA Y DICHS.

Pelayo.

¿Qué buscas,

Desventurada? ¿Acaso la fiereza
 De ese bárbaro atroz aquí te envía
 Para que á nuestro fin presente seas?

Hormesinda.

No, Pelayo; tu riesgo y mi cariño
 Me hacen volar ansiosa á tu presencia.
 Vengo á salvarte.

Pelayo.

¡O Dios! ¿con que vencido

Es tambien nuestro esfuerzo en esta prueba?

Hormesinda.

Tal vez ya lo será: desde la torre
 Vi con terrible estrépito las puertas
 Abrirse del alcázar, y furiosos
 Arrojar los árabes por ellas.
 Ya allí el tumulto bélico llegaba,
 Cuando al ver á Munuza, al ver su diestra
 Armada del alfanje irresistible
 Que tantas veces vencedor le hiciera,
 En aquel primer impetu arrollados
 Los nuestros de repente titubean;
 Y aunque siempre luchando, al fin el campo
 Les es fuerza ceder. La lid se aleja,
 Y entre los espantosos alaridos
 Que al batallar horrisono se mezclan,
 De cuando en cuando el eco se distingue

En que ¡Pelayo! y ¡libertad! resuenan.
 Un momento despues esos guerreros
 A quienes nuestra guardia y la defensa
 De aqueste alcázar encargada ha sido,
 Casi todos ardiendo á la pelea
 Se precipitan : los demas al ruego
 Cediendo, y á mis dádivas, nos dejan
 La senda libre que al mar conduce.
 Armas allí teneis; el tiempo vuela;
 Venid, huyamos; que Hormesinda al menos...
 ¡Ah, perdona estas lágrimas postreras
 Que un desdichado amor saca á mis ojos!
 Que Hormesinda en salvarte feliz sea.

Pelayo. ¿Qué pronuncias? ¿Huir? ¿Leandro?...

(*En ademan de marchar.*)

Hormesinda.

¿A dónde

(*Deteniéndole.*)

A dónde vas, cruel? ¿No ves mi pena,
 No contemplas tu riesgo?

Pelayo.

A la batalla,

A la victoria voy : ya nos entrega
 El Dios omnipotente ese tirano,
 Puel al fin libres combatir nos deja.

(*Dirigiéndose hácia el sitio del combate.*)

Amigos, alentaos ; nuestro es el dia,
 Como fué suyo el de Jerez : mi diestra
 Victoriosa os conduzca hácia este alcázar ;
 Ella os enseñe á derribar las puertas,
 A arder sus techos, derrocar sus muros,
 A no dejar en él piedra con piedra. (*Vánse.*)

ESCENA III.

HORMESINDA Y ALVIDA.

Hormesinda. ¿Cómo de un frenesí tan desatado
 El ímpetu atajar?... ¿Mas quién me veda
 Correr tambien de la batalla al campo,
 Y entre esos fieros adversarios puesta
 Sus golpes recibir? Quizá uno y otro
 Con solo mi morir contentos sean.

Alvida.

¿Así, qué lograrás? buscar tu daño,
 Y aumentar su furor con su presencia.
 Ya ni á la sangre ni al temor te fies :

Quando retumba el eco de la guerra
Ellos exhalan en sus endebles gritos,
Y escuchados no son.

Hormesinda.

Naturaleza,
Si este no me conoce por hermana,
Y de esposa el cariño aquel me niega,
Aun de esposa y de hermana el dulce afecto
Para mayor tormento en mí conserva.
Ya en tan amarga situacion yo debo
Al que mas infeliz de ellos se vea
Acudir, defender... Sé que el destino
No me deja eleccion; sé que la senda
De espinas erizada y de amargura,
Por donde al precipicio me despeña,
Me es fuerza andarla toda: tú entre tanto
Abandona á esta víctima dispuesta
Para el golpe fatal...

ESCENA IV.

MUNUZA SIN ALFANGE, ISMAEL, MOROS Y DICHAS.

Munuza.

Moros cobardes,
No así me aconsejeis; tras de la mengua
De ser vencido, la venganza sola
Es el placer que el cielo me reserva.
¡O confusion! ¿Quién de las manos mias
Ha arrancado el alfange? ¿En dónde quedan
Audalla y sus valientes? ¿Por ventura
Todos han muerto en la fatal pelea,
O todos ya mirándome caido
De seguir á Munuza se avergüenzan?

Hormesinda.

Tu esposa no: por medio á los contrarios
Sin aterrarse de sus armas fieras
Ella te salvará: su tierno pecho
Será el escudo en que los golpes hieran:
Ellos se acordarán de tus piedades...

Munuza.

¿Quién te trae ante mí? ¿Porqué renuevas
En mi mente hostigada la memoria
De mi descuido y criminal flaqueza?
Ella es ahora mi mayor verdugo:
Por tí perdonó un tiempo mi clemencia
A esta ciudad rebelde, que al instante
Debió ser igualada con la tierra.
Por tí dejé vivir sus moradores:

Por tí en fin, sin arbitrio, sin defensa
 En la horrenda traicion que me asesina
 Me miro fenecer.

Hormesinda. ¡Cómo te ciega
 Tu imprudente furor! no desconozcas
 La postrera esperanza que te queda:
 Yo soy tu asilo.

Munuza. ¿Tú? Cuando mi imperio,
 Cuando mis muertos árabes me vuelvas,
 Cuando mi gloria... Di ¿por tantos bienes
 Como tu desastrado amor me lleva,
 Ya qué te resta por hacer?

Hormesinda. Salvarte:
 Queda en esta mansion de tu grandeza;
 Yo saldré, yo á las plantas de Pelayo
 Me arrojaré; le rogaré, es fuerza
 Que respete tu vida, ó que contigo
 Perecer á Hormesinda se conceda.

Munuza. ¡De Pelayo! ¿Qué dices? Al instante
 Arrástrale, Ismael, á mi presencia.
 Quiero partirle el corazon yo mismo,
 (Saca un puñal.)

Quiero lanzar al pueblo su cabeza,
 Decirle: ahí le teneis, y complacerme
 Cuando se cubran de terror al verla.

Hormesinda. No le busqueis.

Munuza. Corred.

Hormesinda. Él está libre,
 No le busqueis. ¡O Dios! quizá se acerca
 Ya vencedor aquí: cede á su suerte.

Munuza. ¿Mas quién fué el temerario que las puertas
 Abrió de su prision?

Hormesinda. No lo preguntes.

Munuza. ¡Ah infeliz! ¿fuieste tú? Muere, perversa;

(La hiere.)

Y que mi mano en el abismo te hunda,
 Donde tu aleve ingratitud me lleva.

Hormesinda. ¡Ay de mí!

(Cayendo en los brazos de Alvida.)

Munuza. Me vengué; corred conmigo
 A encontrarle, á acabar...

(Oyese ruido de los cristianos que llegan.)

Ismael. Pelayo llega;

Los cristianos le siguen vencedores.
 ¿Qué resolvéis, señor? la resistencia
 Es aquí por demas.

ESCENA V.

DICHOS, PELAYO, LEANDRO, ALFONSO Y DEMAS NOBLES.

Pelayo. Volad, amigos,
 A Hormesinda salvad : Munuza muera.

Munuza. Munuza muere ; sí ; mas por su mano :
 (*Se hiere y señala donde está Hormesinda.*)

Mas despues de vengarse : mira.

(*Cae : Pelayo y los cristianos acuden á Hormesinda, dejando á Munuza y á los moros detras de sí.*)

Pelayo. Es ella,
 Y espirando... ¡ Ah cruel !...

(*A Munuza.*)

¿ Hermana mia,

Hormesinda, no me oyes ?

Hormesinda. ¡ Cuál penetra

Esa voz amorosa en mis oidos !

¡ Cómo el rigor de mi agonía templal...

¡ Mi amor no halló perdón... vino el castigo,

Y por cuál mano !... Adios ; venciste... reina...

Pero tal vez en tus gloriosos dias

Algun recuerdo esta infeliz te deba...

Esta infeliz... que por tí muere...

(*Espira.*)

Pelayo. ¡ O cielo !

¿ Está ya tu justicia satisfecha ?

Españoles, la sangre de Pelayo

Bañando está la cuna que sustenta

Vuestro imperio naciente, y otro duelo

Que vano luto y lágrimas espera.

Muerto el tirano veis ; ya no hay reposo ,

Siglos y siglos duren las contiendas.

Y si un pueblo insolente allá algun dia

Al carro de su triunfo atar intenta

La nacion que hoy libramos, nuestros nietos

Su independencia así fuertes defiendan,

Y la alta gloria y libertad de España

Con vuestro heróico ejemplo eternos sean.

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Nació en Granada el año 1789. Despues de haberse dedicado al estudio de las humanidades y de algunas lenguas vivas, cursó en la universidad de su pais natal las aulas de filosofía, matemáticas, derecho civil y canónico. En la misma universidad fué catedrático de filosofía y profesor en el colegio de San Miguel.

En esta situacion se hallaba cuando estalló la revolucion de 1808; emigró de su patria antes de la entrada de los franceses, refugiándose primero en Cádiz, y pasando de allí á Inglaterra. Vuelto á España en 1811, publicó algunos opúsculos históricos y varias obras dramáticas, entre las cuales merecen particular mencion la comedia titulada *¡Lo que puede un empleo!* y las tragedias *Moraima* y *la Viuda de Padilla*. A fines de 1813 fué elegido por su provincia diputado á las córtes que se instalaron en Cádiz y continuaron en Madrid hasta mayo de 1814. Envuelto en las persecuciones de aquella época, juntamente con otros diputados, empleó los seis años de su deportacion al Peñon en el cultivo de las letras, y algunas de sus obras aparecen compuestas desde 1814 hasta 1820.

Restablecido entonces el régimen constitucional, volvió á ser elegido diputado á córtes en la legislatura de 1820 á 1821, y posteriormente primer secretario de Estado. Ausentóse de su patria de resultas de la invasion francesa en 1823, y desde aquella época hasta que de vuelta á España fué nombrado, en 1834, primer secretario de Estado y presidente del consejo de ministros; retraido enteramente de los asuntos políticos, dedicó todo el tiempo que duraron sus viages por Europa y su larga permanencia en Paris, al cultivo de la literatura, habiendo publicado en esta capital cinco tomos de obras literarias, y dado al teatro de la *Porte-Saint-Martin* un drama histórico titulado *Aben-Humeya*, cuyo éxito fué muy brillante. Despues de su regreso á España dió al teatro el *Edipo*, *la Conjuracion de Venecia* y *los Zelos infundados*.

Por entonces publicó tambien la vida de *Hernan Perez del Pulgar*, el de las hazañas, y poco despues los tres primeros tomos del *Espiritu del Siglo*. El señor Martínez de la Rosa es uno de nuestros mejores poetas dramáticos, un distinguido crítico y un eminente orador parlamentario. Desempeña en el dia los importantísimos cargos de presidente del congreso de los diputados, del consejo de Estado, del de instruccion pública y de la real Academia española.

Este ilustre escritor es uno de aquellos hombres, rarísimos por desgracia en las altas regiones del poder, sobre todo en tiempos de revolucion, á cuyo noble carácter y nunca desmentida probidad hacen completa justicia los hombres sensatos de todos los partidos.

LA NIÑA EN CASA

Y LA MADRE EN LA MASCARA

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS. — DOÑA LEONCIA, madre de doña Ines. — DOÑA INES.
— DON PEDRO, hermano de doña Leoncia. — DON LUIS. — DON TEO-
DORO. — JUANA, criada de doña Leoncia. — PERICO, criado de don
Teodoro.

La escena en Madrid, en la casa de doña Leoncia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala decentemente adornada, con una puerta en el foro, por la que se entra de la calle; á la derecha la puerta de la habitacion de don Luis; á la izquierda la del cuarto de don Pedro; en el mismo lado otra puerta, que conduce á las demas habitaciones de la casa.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, Y DON PEDRO QUE ENTRA DE LA CALLE.

Don Pedro. ¡Jesus, qué plomo de hombre!...
Perdone usted el mal rato,
Amigo don Luis: ahí cerca
Tropecé por mis pecados
Con un eterno hablador,
Que me ha tenido hora y cuarto
Sin dejarme respirar.

Don Luis. Solo siento que ha pasado
La hora de ir á nuestro asunto.

Don Pedro. ¿Qué remedio? Si no han dado
Las doce, y tocan á misa,
Aun me tiene el judiazo
Del mercader en la calle...
¡Qué charlar! Un escribano
Y un procurador hambriento
No ensartan mas; pero al cabo
Dió una noticia importante;

Y es que á Cádiz ha llegado
Correo de Vera-Cruz.

Don Luis. Ya estaba yo con cuidado
Sin noticias de mi padre.

Don Pedro. Pues mi dichoso cuñado
Tampoco ha escrito en diez meses.
Estarán apisonando
Talega sobre talega,
Y mas que de arriba abajo
Se hunda el mundo. Yo no sé
Como resolvió enviaros
Vuestro padre á pretender...

Don Luis. Nunca me sentí inclinado
Al comercio.

Don Pedro. Pues tampoco.

Aprendereis en diez años
El papel de pretendiente :
Teneis juicio, sois honrado,
Ni adulais ni sois molesto...
¿Y quereis vengá á buscaros
La toga? ¡No es mal capricho!

Don Luis. Pasaré con mas descanso
Mi vida : ¿qué se ha de hacer?

Don Pedro. Eso sí, tan mesurado
Siempre... Mas de algunos dias
A esta parte os he notado
Que estais triste y pensativo :
¿Qué teneis? Habladme claro ;
Ya conoceis mi carácter.
Si aquí en casa os han faltado
Al obsequio que se debe...

Don Luis. No cabe mas agasajo
Que el que todos me dispensan.

Don Pedro. Si algun pícaro criado
No os sirve como á mí mismo...

Don Luis. Todos se esmeran...

Don Pedro. Si acaso

La niña con sus vivezas
Os ha disgustado en algo...

Don Luis. No, no por cierto, don Pedro.

Don Pedro. Ya lo acerté : os ha enfadado
Con alguna impertinencia
Mi bendita hermana ; claro :
Ella es buena, es obsequiosa ;

Tiene un corazon honrado;
 Pero, ¿cabeza? ya va;
 Siempre en sus modas pensando,
 Siempre haciéndose la niña...

Don Luis.

Pero, señor...

Don Pedro.

Ya he notado

Que no estais contento en casa :
 Y si mi hermana ó mi diablo
 Tiene la culpa, le juro...

Don Luis.

Por Dios, que os estais cansando,
 Y no es nada, nada de eso...

Don Pedro.

La verdad : yo he sospechado
 Que ya no os gusta Inesita,
 Como al principio : soy franco ;
 Y segun mis conjeturas,
 Vuestro padre y mi cuñado
 Os enviaron á España
 Con el proyecto entre manos
 De casar los herederos.
 No porque felices ambos
 Vivais en el paraiso ;
 No por cierto, ni soñarlo :
 A estilo de comerciantes,
 Con el tintero en la mano,
 Ajustarian la boda
 Como azúcar y cacao :
 Veinte pones, veinte pongo,
 Son cuarenta, y llevo cuatro.
 Esto es solo una sospecha ;
 Pero, pues solos estamos,
 Imitando mi franqueza
 Decidme si voy errado.

Don Luis.

No lo sé ; pero Inesita...

Don Pedro.

No os desagrada...

Don Luis.

Es un pasmo,

De belleza, su carácter
 Ingenuo, afable su trato,
 Dócil, discreta, festiva...

Don Pedro.

Pues hombre, ¿ en qué estais pensando
 Que no la sacais de penas?...
 ¿ Me poneis los ojos bajos
 Y callais á lo novicio?
 Será preciso con garfios
 Arrancaros las respuestas :

Tiene ligeros los cascos
 La muchacha; ¿no es así?...
 Mujer, diez y siete años,
 La educacion de la córte,
 Las amiguitas, el trato
 Con mozalvetes del dia,
 La madre... ya tropezamos.
 Con la piedra... ¿No es verdad?

Don Luis.

Puesto que estais empeñado
 En que he de satisfaceros;
 Os mostraré ingenuo y franco
 Mi corazon.

Don Pedro.

Por supuesto.

Don Luis.

Con usted solo; y guardando
 El secreto que es debido,
 Tomar pudiera en mis labios
 A una familia á quien debo
 Tantos favores...

Don Pedro.

Al grano.

Don Luis.

Omito el decir á usted
 Cuan pronto quedé prendado
 De Inesita : la amé tierno ;
 Busqué en sus ojos el pago
 De mi amor ; cobré esperanzas :
 Mis expresiones hallaron
 Ternura, en vez de desvío ;
 Y ciego de enamorado
 No aspiraba á mas ventura
 Que á lograr su hermosa mano.
 Pero bien pronto mis gustos
 Acibará el desengaño :
 Hallé voluble su genio,
 Y que los malos resabios
 De una educacion de moda
 Iban sin cesar labrando
 En su corazon sencillo :
 A tertulia desde el palco,
 Al baile desde el paseo,
 Sin aficion al cuidado
 Ni al arreglo de la casa,
 En los objetos mas vanos
 Consumió su atencion toda.
 Desde entonces fuí notando
 Que á su pasion sucedia

El despego mas extraño;
 Que hallaba adusto mi genio,
 Porque su bien anhelando,
 No alababa sus caprichos,
 Como los jóvenes fatuos
 Que de continuo la cercan :
 Uno de ellos...

Don Pedro.

El bellaco

De don Teodoro.

Don Luis.

Ese mismo :

Su orgullo lisonjeando,
 Pintándole el matrimonio,
 No como el yugo templado
 Del amor y de las leyes,
 Sino como el medio franco
 De gozar mas libertad,
 Le hizo ver en mí un tirano
 Que aspiraba á esclavizarla.
 A los consejos dañados
 De su amistad lisonjera
 Muy en brevè se mezclaron
 Los obsequios amorosos...
 En fin, para no cansaros,
 Me robó (¡ay triste!) el amor
 De Inesita, siendo vanos
 Mis esfuerzos por mostrarle
 La razon : su pecho incauto,
 Mas expuesto por mas dócil,
 No resistió al falso halago
 Del amor propio, al deseo
 De lucir en el teatro
 Del mundo, cual sus iguales,
 Al mal ejemplo inmediato
 De una madre inadvertida...
 Pero hablar con un hermano
 De estas cosas, es muy duro...

Don Pedro.

Sí; pues estaré esperando
 A que me digais que es loca...
 Hace unos cuarenta años
 Que tuve yo esa noticia.

Don Luis.

No quise yo decir tanto,
 Ni fuera razon tampoco;
 Solo sí manifestaros
 Que, no menos que su hija,

Es víctima del contagio
 General de las costumbres :
 Por no sufrir los sarcasmos
 De la turba corrompida
 De insolentes cortesanos,
 Sigue del lujo y la moda
 Los extravagantes pasos,
 Sin que la edad la corrija
 Ni la enmiende el desengaño.
 Sé muy bien que es incapaz,
 Aunque en riesgo tan cercano,
 De faltar á los deberes
 Del honor y de su estado ;
 Pero á un orgullo pueril
 Su opinion sacrificando,
 Mas que ser mala, procura
 Ante el mundo aparentarlo.
 A su hija misma disputa
 Los obsequios y agasajos
 De jóvenes pisaverdes ;
 De esta lucha resultando
 Mil lances, que dan materia
 De diversion á los vagos
 Y de lástima á los cuerdos :
 Yo que tan interesado
 Estoy en su propio honor...
 Me parece que oigo pasos,
 Y sintiera...

Don Pedro.

Hétela aquí,
 Que viene por su retrato.

ESCENA II.

DON LUIS, DON PEDRO, Y DOÑA LEONCIA QUE ENTRA
 DE LA CALLE, Y SE SIENTA DESPUES.

Doña Leoncia.

Si no me da un tabardillo,
 Tengo la sangre de hielo :
 ¡Qué Madrid! Ni un lugaron
 De la Mancha estará menos
 Surtido... Nada de gusto...

Don Pedro.

Téngalos usted muy buenos.

Doña Leoncia.

¿ Ahí estás tú, linda maula ?
 Vengo para cumplimientos
 Segun el humor que traigo.

- Don Luis.* ¿ Venis mala ?
- Doña Leoncia.* No por cierto,
Don Luisito; son cuidados
Que las señoras tenemos.
- Don Pedro.* ¿ Y cuál es el que te aflige ?...
Un abanico te apuesto
A que lo acierto.
- Doña Leoncia.* ¿ A que no ?
- Don Pedro.* ¿ No hay palco en el coliseo
Este carnaval ?
- Doña Leoncia.* El doce.
- Don Pedro.* ¿ Se ha puesto el doguillo enfermo ?
- Doña Leoncia.* Tampoco.
- Don Pedro.* Va la tercera :
- Doña Leoncia.* No te devanes los sesos,
Porque no lo has de acertar.
- Don Pedro.* Ello es de grave momento.
- Doña Leoncia.* Ya se ve.
- Don Luis.* ¿ Podrá saberse ?
- Doña Leoncia.* Para la noche tenemos
Una máscara dispuesta;
Y esta mañana me encuentro
Que me faltan mil adornos
Para el trage... Busco, veo,
Registro, tiendas, modistas...
Todo antiguo, todo viejo,
Ningun capricho gracioso...
- Don Pedro.* ¡ Vaya ! si no hay ya gobierno
En este Madrid.
- Doña Leoncia.* ¿ Te burlas ?
- Don Pedro.* No tal; antes me lamento
De que está el mundo perdido;
Pero, dime : ¿ dónde bueno
Va la música esta noche ?
- Doña Leoncia.* Casa de aquel caballero
Tan rico de Andalucía...
- Don Pedro.* Así es muy fácil el serlo :
Con deber y no pagar...
- Doña Leoncia.* Eso sí, darle de recio
A la espada de dos filos,
Desollar... ¿ Y qué tenemos ?
Con tomar agua bendita,
Te quedas luego tan fresco.
- Don Pedro.* Supongo que irá la niña

- A la fiesta.
- Doña Leoncia.* No por cierto :
Se queda en casa.
- Don Pedro.* ¿ Y porqué ?
La máscara es un portento
Para escuela de moral.
- Doña Leoncia.* Pues por lo mismo no quiero
Llevarla donde hay desórden.
- Don Pedro.* En dándole el buen ejemplo
De ir su madre la primera...
- Doña Leoncia.* ¡ Ola ! ¿ Con que ya tenemos
Predicador cuaresmal ?
- Don Pedro.* Fuera sermón en desierto.
- Doña Leoncia.* Te he dicho ya que voy sola,
Que en casa á Inesita dejo,
Porque luego no me gruñas.
- Don Pedro.* Maldito si te agradezco
La fineza : ¿ te parece
Que la causa no comprendo ?
Es que el padre provincial
Se deja encerrado al lego
Para retozar mas libre...
- Doña Leoncia.* ¡ Ay, que lengua !
- Don Pedro.* Porque entiendo
A la gente veterana :
¿ No ves que soy perro viejo ?...
Yo no sé, amigo don Luis,
Si os divertirá lo mesmo
Que á mí : cuando voy á un baile,
Como ni danzo ni juego
Ni echo flores á las damas,
De una silla me apodero ;
Y no pasa alma viviente
Sin que pague su derecho,
Como en portillo de guardas.
Pero en nada me entretengo
Como en mirar á las viejas,
Cuando grita el bastonero :
¡ Contradanza ! Aquí fué Troya...
Las jóvenes al momento,
Cada cual con su pareja,
Se colocan por supuesto
A la cabeza del baile :
Los generales mas diestros

Desde allí ordenan el plan ;
 Dan la voz de mando, y luego
 Las órdenes se circulan
 Al batallon de refuerzo,
 Que se extiende á retaguardia,
 Por lo regular compuesto
 De muchachuelas bisoñas
 Y cadetes inexpertos.
 Pues aquí, amigo don Luis,
 Es donde encuentran su puesto
 Las inválidas ilustres,
 Que llenas de honrosos premios
 En cien años de servicio,
 Aspiran á mas trofeos.

Doña Leoncia.

¿Callarás?

Don Pedro.

Allí es el verlas

Mover el pesado cuerpo
 Al veloz paso de ataque ;
 Allí el correr sin aliento,
 Descargando medio siglo
 Sobre el pobre compañero...

Doña Leoncia.

No basta ya la paciencia

(Levantándose.)

Para un hablador tan necio.

Don Pedro.

Pues callaré; estate quieta :

Si no te enfadas, te tengo

Que preguntar una cosa.

Doña Leoncia.

Pues dila.

Don Pedro.

¿Saber podremos...

Dónde has dejado á Inesita?

Doña Leoncia.

Estará de vuelta luego :

Fué casa de unas amigas...

Don Pedro.

¿No lo dije?... Devaneos

De una madre casquivana,

Descuidos que en algun tiempo

Pueden costarnos muy caros.

Doña Leoncia.

Fué con Juana...

Don Pedro.

¡Buen sugeto!

Doña Leoncia.

Es muchacha de razon.

Don Pedro.

No la iguala el Cancerbero

Para guardar un serrallo...

Doña Leoncia.

Ni hay honra que esté á cubierto

De tu lengua.

Don Pedro.

Pero, dime,

- Mujer : ¿ te parece cuerdo
Dejar ir con la criada
A la niña ?
- Doña Leoncia.* No está lejos
La casa.
- Don Pedro.* Pues mas cercano
Está á las veces el riesgo.
- Doña Leoncia.* Ya les dije que cuidado...
Don Pedro. El aviso fué discreto !
¿ Y porqué no fuiste tú ?
- Doña Leoncia.* ¿ Con que no podré un momento
Separarme de mi hija ?...
- Don Pedro.* Por mi voluntad, ni medio.
Doña Leoncia. ¡ No era mala esclavitud !
Don Pedro. Para madres de estos tiempos
Dices bien : les duele mucho
En las calles y paseos
Llevar la fe de bautismo
Por delante ; y yo por eso
No les diera otro castigo :
¿ Ni cabe mayor tormento
Que ver andar á la niña
Como un bergantin velero,
Y detras ir á remolque
El casco pesado y viejo
De la madre, aparentando
Que sale del astillero ?...
Y lo mas triste del caso
Es cuando el diablo travieso
Les sugiere á las muchachas,
Que al ir pasando por medio
De un corro de pisaverdes,
Vuelvan la cara diciendo :
Madre... madre... ¡ Haya malvadas !...
- Don Luis.* Ola, Inesita...
Doña Leoncia. Me alegro.

ESCENA III.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA,
DOÑA INES, JUANA.

- Doña Ines.* Luisito, muy buenos dias ;
Felices, tio : ¿ no he vuelto
Pronto, mamá ?

- Doña Leoncia. Si, mis ojos.
- Doña Ines. Hemos venido corriendo
Por no tardar.
- Juana. Y unos coches
Sin querer nos detuvieron
Ahí en la Puerta del Sol.
- Don Pedro. Por eso, Juana, no es bueno
Ir por calles excusadas.
- Juana. Pues siempre busco lo menos
Concurrido...
- Don Pedro. Se conoce.
- Juana. No tengo sabroso el genio
Para sufrir los moscones.
Que al pasar echan requiebros.
- Don Pedro. Haces bien.
- Juana. Yendo cruzando
Por la esquina de Correos,
Nos requebró un perillan;
Y si el brazo no detengo...
- Don Pedro. Seria algun hombre indecente...
- Juana. Sí, señor.
- Don Pedro. Tan descompuesto,
Tan mal vestido...
- Juana. Seguro.
- Don Pedro. Mala cara...
- Juana. Hasta era tuerto.
- Don Pedro. Viejote...
- Juana. ¿Pues le vió usted?...
- Don Pedro. No, Juana; pero sabiendo
Tu virtud, sospeché al punto
Que era horrible, pobre, y viejo.
- Doña Leoncia. No hagas caso (á Juana). Yo no he visto
Unos colores mas feos... (á doña Ines).

(Doña Leoncia y doña Ines habrán estado examinando, durante este diálogo, algunas cintas que ha traído la última.)

- Doña Ines. Acérquese usted, Luisito,
A dar su voto.
- Don Luis. No entiendo,
Inesita, de esas cosas;
Y errára de medio á medio...
- Doña Ines. ¿Cuándo ha dé aprender usted
A ser un buen consejero
De tocador?

Don Luis.

Me parece
Que si no mudo de genio,
Tarde ó nunca.

Doña Leoncia.

Yo no he visto
Un mozo menos dispuesto
A complacer á las damas :
¿Tan poco le merecemos
A usted ?

Don Luis.

Todo lo contrario :
No hay quien haga mas aprecio
De las señoras que yo ;
Sé la atencion y respeto...

Doña Leoncia.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué atrasado!
Ni un finchado caballero
Portugues dijera mas.
Conviene vayais perdiendo
Los resabios de provincia ;
Es menester mas despejo,
Mayor franqueza en el trato
Con las damas : sois discreto,
Y oscureceis vuestras prendas
Con tanto comedimiento.

Doña Ines.

Lo mismo le digo yo.

Doña Leoncia.

¿No sabeis que fray Modesto
Nunca llegó á provincial?
Adquirid cierto gracejo,
Cierta viveza y donaire
Para hablar al bello sexo.

Doña Ines.

¿Lo ve usted ?

Doña Leoncia.

¡ Y cuántas veces
Un equívoco travieso,
Una alusion maliciosa
Hará lucir vuestro ingenio,
Y os conquistará el amor
De una dama !

Juana.

Yo reniego
De los hombres taciturnos,
Pero los hay hechiceros,
Tan gitanos, tan graciosos...
A mí mas me gusta un feo
Con sal...

Don Pedro.

¡ Bravo! ¿ Tambien tú
Te has metido á dar consejos ?
¡ La de la sal!... de cocina

Y de echársela al puchero
 Entenderá, si la dejan. —
 No os faltan buenos maestros,
 Don Luisito, y en dos dias
 Un cortesano completo
 Podeis salir de esta casa...
 Por mi parte, lo que siento
 Es no hallarme ya en edad...

(A doña Leoncia.)

¿Lo dudas? Pues no soy lerdo;
 Y á mí con pocas lecciones
 Bastaba; que bien comprendo
 Acá traducida en tonto
 La leccion: á ver si miento.
 Escuche usted, don Luisito:
 La urbanidad y el respeto
 Con las damas son ya propios
 De señoritos gallegos
 O mayorazgos de aldea;
 Los jóvenes de talento
 Y educacion cortesana
 Han de ser libres, resueltos
 Con casadas y solteras;
 Y solo se exige de ellos
 Que doren con algun chiste
 Sus insolentes conceptos.
 Entonces no hay que temer;
 La de mas adusto genio
 Os da con el abanico
 Un golpecito, diciendo:
 « ¡Vaya; que es usted el diablo!
 « ¿Cuándo ha de estarse usted quieto
 « Y tener juicio?... » La madre
 De carácter mas severo
 Os dice, guiñando el ojo:
 « Repare usted que hay enfermos,
 Y no es ocasion de hablar... »
 Las niñas, al mismo tiempo,
 Retozándoles la risa
 Y con la vista en el suelo,
 Procuran disimular
 Que la indirecta entendieron...
 ¡Corta!... ¡corta!... ¡Qué tijera!
 ¿No voy bien, señor maestro?

Doña Leoncia.

Don Pedro.

ESCENA IV.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INES,
JUANA, DON TEODORO.

Don Teodoro. Toda la familia junta :
Así me gustan las casas,
Arregladitas... Señoras,
A ustedes fuera insultarlas
Preguntarles cómo están;
Basta el mirarles la cara,
La tez, el color... Me alegro

(*A don Pedro.*)

Don Pedro. De veros, que ha una semana
Que no lograba ese gusto.
Yo le doy á usted mil gracias
Por su atencion.

Don Teodoro. Hay personas
Que naturalmente agradan
Por su buen ángel...

Don Pedro. Seguro.

Don Teodoro. Se lo dije á vuestra hermana
Desde que os ví.

Doña Leoncia. Ciertamente.

Don Teodoro. Aunque uno tenga sus faltas,
Ligerezas de muchacho,
El mérito siempre encanta
Donde quiera que se halle...

Don Pedro. Deje usted...

Don Teodoro. Se me antojaba
Que aun se os conoce un poquito
La fluxion.

Don Pedro. No será nada.

Don Teodoro. Con todo, algun cocimiento
De flor de llanten y malvas...

Don Pedro. Voy mejor, gracias á Dios.

Don Teodoro. Es que si luego se arraiga
Ese dolor... Ya se ve;
Meditaciones, la larga
Lectura, graves cuidados...

Don Pedro. La edad, la edad.

Don Teodoro. ¡Pues no es mala

La aprehension! ¿Usted se burla?

La edad... Quisiera acertarla...

A ver si le yerro mucho:

La vista viva, la planta

Firme... Serán... ¿treinta y ocho?

Y otros doce de adehala.

Don Pedro.

Don Teodoro.

No es posible.

Don Pedro.

Cuenta usted:

Soy el mayor, y á mi hermana

Le llevo unos cinco años...

Doña Leoncia.

Teodoro, oiga usted.

(*Con suma viveza.*)

Don Pedro.

Aguanta, *ap.*

Que yo ya me he sacudido

El zángano.

Doña Leoncia.

¿Qué se habla

Hoy por la Puerta del Sol?

Don Teodoro.

De noticias de importancia

Pocas, muy pocas: anoche

Anduvieron á estocadas

En la partida de juego...

¡Si la paciencia no basta

Para sufrir al marqués!...

¡Qué trapalón!... Triunfa, gasta,

Juega, miente, petardea...

Pues la mujer... ya es alhaja!

Y su eterno cirineo

No es muy bobo... Mesa franca,

Coche puesto, ropa limpia...

Pero ciertas voces andan

De que va á perder el pobre

La prebenda, y que la sacan

A oposicion... Pues yo apuesto

A que el capitán la gana

Entre dos mil concurrentes:

No hay quien asalte una plaza...

De amor, ni un plato sopero

Con mas arte... Hasta á la maula

De la Isabel engañó;

Bien que la niña...

Don Pedro.

Ya escampa.

Don Teodoro.

Desde el año de ocho acá

Ha desplumado en sus garras

Tres oficiales franceses,

Dos polacos, al fantasma
 Del contador italiano...
 ¿Y de los nuestros? No es nada :
 A un consejero, á un doctor,
 Al ricote de la Habana
 Que quebró... ¿No os acordais?

(A doña Leoncia.)

El que tuvo las palabras
 Con aquel capigorrón,
 Que con la andaluza gasta
 Todo el beneficio simple...

Doña Leoncia. No caigo.

Don Teodoro. Y ella se llama...

¿No la conoceis, don Pedro?
 Una buena moza, alta,
 Blanca y rubia... el mejor fruto
 Que han dado las Alpujarras...
 ¿Ni usted, Luisito?

Don Luis. Tampoco.

Don Teodoro. Pues es preciso que Juana
 Haga memoria : la madre
 Va vestida de beata,
 Con sayal de san Antonio.

Juana. ¿La que salió desterrada
 Por hallarle aquel marido
 El contrabando en su casa?

Don Teodoro. La misma ; jamas he oido
 Ocurrencia de mas gracia :
 ¿No la sabe usted, don Pedro?
 Pues fué entonces muy sonada...

Don Pedro. ¿Quiere usted venir, Luisito,
 Concluiremos en mi sala
 La cuentecilla pendiente?

Don Luis. Como usted guste.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA, DONA INES, JUANA, DON TEODORO.

Don Teodoro. Me agrada

El modo de despedirse
 A la francesa... son mañas

De los señores de juicio.
 Si se les dice una chanza,
 Se ponen serios; y luego
 De noche toman la capa;
 Se calan bien el sombrero,
 Van volviendo atrás la cara,
 Y andan armados en corso
 Cruzando por la Fontana.

Doña Leoncia. Hoy venis de buen humor.

Don Teodoro. Pues si es verdad; si me enfadan
 Pecadores vergonzantes
 De guardilla...

Doña Leoncia. No me engañan

A mi tampoco.

Don Teodoro. ¡El Luisito!...

(*A doña Ines.*)

Pues de esta vez no se escapa
 Sin que sepais sus milagros...
 ¿Sonó la puerta?...

Doña Leoncia. No es nada.

Don Teodoro. Capaces son de escucharnos...

Doña Leoncia. Pues vamos á la otra sala,
 Y allí con satisfacción...

Don Teodoro. En sabiendo usted las gracias

(*A doña Ines.*)

De tal novio, no haya miedo
 Que sienta perder la alhaja.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES Y JUANA, EN ADEMAN UNA Y OTRA DE COSER
 ALGUNOS ADORNOS MUJERILES.

Juana. ¿Por eso tan abatida?

No lo creyera á no verlo.

Doña Ines. ¿Te parece poco?

Juana. ¡Vaya!

Nunca ha llorado por menos

Una mujer.... Señorita,
 Si usted no ensancha ese pecho,
 Va á ser mártir en el mundo.
 Yo tambien tuve algun tiempo
 Disgustos y niñerías,
 Quise bien, rabié de zelos,
 Y una riña con el novio
 Bastaba á quitarme el sueño :
 ¿ Y qué saqué ? Desengaños.
 ¿ Querer á los hombres ? ¡ Fuego !
 Fingir amor, engañarlos,
 Echar á cien el anzuelo ;
 Si uno se escapa, otro cae ;
 Si uno se muere, otro al puestó ;
 Y en clavándose algun bobo,
 Casorio, y negocio hecho.

Doña Ines.

No me aflige el no casarme ;
 Aunque en verdad te confieso
 Que amo á Teodoro, y quisiera
 Sin obstáculos ni riesgos
 En breve llamarle mio...
 Solo este estado violento
 De incertidumbre y de dudas,
 El ver sus finos obsequios
 A mi madre, el verme esclava,
 Y que aun decir que le quiero
 Ha de ser en mí un delito...

Juana.

¡ Ahí es nada ! ¿ No ha de serlo ?
 ¡ Una soltera querer !
 No faltaba mas. Un gesto,
 Una seña, una mirada,
 Es peor que un sacrilegio
 En una pobre doncella :
 « Niña, cuidado con eso ;
 « No vuelvas atras la cara ;
 « No me gustan secreteos ;
 « No te asomes á la reja... »
 ¡ Mal haya tantos consejos
 De las madres ! ¿ Y porqué
 No dan ellas el ejemplo?...
 Pero es la ley del embudo.
 En ellas todos está bueno :
 Bailan, juegan, se divierten,
 Llevan al lado el cortejo,

Dejan en casa al marido...
 Y el pueblo, el bendito pueblo
 ¿Qué dice?... Nada; que es moda.
 ¿Pues cuándo llegará el tiempo
 De moda para nosotras?
 Calla, loca.

Doña Ines.
Juana.

Si me quemó
 De ver lo que pasa hoy día :
 Las unas tienen derecho
 De hacer cuanto les da gana ;
 ¿Y las otras ? Ni por pienso :
 La opinion... el qué dirán...
 El pudor, el embeleco...
 ¡Ay, Dios mio ! ¡Quién saliera
 De este triste cautiverio,
 Y lograra echar el gancho
 Aunque fuera á un moro negro !
 Pero no : que al tal Perico
 Le he de cantar un solfeo
 Que no ha de querer oirme...
 Y usted, señora, lo mesmo
 Debiera hacer con su amo...
 No dices mal.

Doña Ines.
Juana.

Pues á ello :
 Hoy mismo, si hay ocasion,
 Hablarle poquito y bueno.
 Por él ha dejado usted
 A don Luis, que aunque es tan serio,
 Al fin es jóven y rico ;
 Por él está usted sufriendo
 La mala cara del tio ;
 Por él no tiene un momento
 De tranquilidad y gusto :
 Si habló á mi madre en secreto,
 Si la acompañó al teatro,
 Si juntos los dos se fueron
 Al baile...

Doña Ines.

Mira esta noche
 Lo que me espera !...

Juana.

¡Reniego
 De quien lo sufre ! Nosotras
 En nuestro cuarto cosiendo,
 Luego á cenar como monjas,
 Y á la cama ; mientras ellos

A la comedia, á la danza,
 A estar bailando y riyendo
 Hasta ya salido el sol...
 Vendrá muy cansada luego
 La mamá; se acostará;
 Nos levantaremos quedo,
 No despierte y se incomode...
 ¡Vaya! No tengo yo genio
 De sufrir tanto.

Doña Ines.

¿Y qué quieres

Que haga yo?

Juana.

Poner remedio :

Decir al tal don Teodoro
 Cuantas son cinco; y si luego,
 Luego, no quiere casarse,
 Sin mas plazo ni mas tiempo
 Que el que se le da á un ahorcado,
 Pasaporte y viento fresco.

Doña Ines.

Pero ¿cómo he de atreverme
 A manifestar deseos
 De que acelere la boda?

Juana.

Pues pudrirlos en el pecho,
 Sufrir, rabiarse, y entre tanto...

Doña Ines.

No sé qué hacer... pero temo
 Dar un disgusto á mi madre.

Juana.

Pues dejarle libre y quieto
 Al don Teodoro, y despues...

Doña Ines.

Calla, mujer...

Juana.

No hay mas medio

De que haya paz en la casa

Doña Ines.

Tienes razon...

Juana.

Pues hacedlo;

Olvidarle...

Doña Ines.

No mas, Juana...

Juana.

Decirle que en ningun tiempo
 Tiene que pensar...

Doña Ines.

Por Dios...

Juana.

¿Pues qué adelantais sufriendo
 Y dilatando el martirio?

Doña Ines.

Pero, ¿y mi madre?...

Juana.

¡No es bueno

El escrúpulo! ¿Y porqué
 Le ha de tener tanto miedo
 Al dulce nombre de *suegra*?

Si al principio le hace gestos,
Ella se acostumbrará;
Y si no, pronto remedio:
Antes de pasar tres años
Ya le llamará algun nieto:
Abuela, abuelita mia...
Siempre estás de fiesta.

Doña Ines.
Juana.

Y siento

No estarlo mas; pero chito:
Que me parece han abierto
Una puerta...

Doña Ines.
Juana.

Si es don Luis..

Ese mismo caballero.

ESCEÑA II.

DOÑA INES, JUANA, DON LUIS.

Don Luis.

¡Válgame Dios, qué aplicada!
Hasta en la siesta...

Doña Ines.

Tenemos

Que acabar estos adornos
Para la noche, y no hay tiempo
Don Luis. Supongo ireis á lucirlos
Al teatro.

Doña Ines.

No por cierto:

Son para mamá; ni aun voy
Esta noche al coliseo.

Don Luis.

¿Y porqué?

Doña Ines.

No tengo humor.

Don Luis.

¿De veras?

Doña Ines.

Como lo siento.

Don Luis.

No es decir que me engañeis;
Pero lo extraño.

Doña Ines.

¿Y no puedo

Tener tambien mis caprichos?

Don Luis.

Ya... pero con todo eso...

Carnaval... no ir al teatro...

Y aun me parece que advierto

Que estais un poco encendida...

Doña Ines.

Estoy há rató cosiendo,

Y me duele la cabeza.

Don Luis.

Yo dijera... pero temo

Que me llameis malicioso.

- Doña Ines.* Decidlo, no tengais miedo.
- Don Luis.* Si lo acierto, ¿sereis franca?
- Doña Ines.* Sí, lo seré.
- Don Luis.* No lo creo.
- Doña Ines.* ¿Porqué?
- Don Luis.* Porque las mujeres
Muy rara vez suelen serlo.
- Doña Ines.* No está mala la lisonja; -
Por mi parte la agradezco.
- Don Luis.* No es la culpa de ellas, no.
- Doña Ines.* ¿Pues de quién?
- Don Luis.* Bien podeis verlo
Por vuestra propia experiencia...
- Doña Ines,*
Don Luis. Os juro que no os entiendo.
Harto será : ¿Pues acaso,
Desde los años mas tiernos,
A qué enseñan á las niñas?
A ocultar dentro del pecho
Los gustos mas inocentes,
A disfrazar sus deseos,
A desmentir con sus voces...
¿Qué, suspirais?
- Doña Ines.* No por cierto;
Seria casualidad.
- Don Luis.* Mas vale así. ¿Pero tengo
Razon en lo que decia?
- Doña Ines.* Tal vez...
- Don Luis.* En este momento
Lo está probando usted misma...
- Doña Ines.* ¿Cómo?
- Don Luis.* Con ese silencio.
- Doña Ines.* ¿Pues qué quiere usted que diga?
- Don Luis.* Lo que sintais.
- Juana.* Sin rodeos
Ni embustes : cuanto habeis dicho
Es, señor, el evangelio.
- Doña Ines.* ¡Ay, don Luis! ¡Y cómo envidio
El ser hombre!
- Don Luis.* Así lo creo :
Ni fingen ni disimulan...
- Doña Ines.* Al menos, pueden no hacerlo ;
¡Pero nosotras... nosotras!...
Una voz, un solo acento,
Una mirada es un crimen...

- Don Luis.* ¿Mas, en fin, yo no merezco
De usted ni una confianza?
- Doña Ines.* No tengo ningun secreto,
Ni estoy triste.
- Don Luis.* (Con vehemencia.) Yo quisiera
Que me contaseis, al menos,
Por vuestro mejor amigo;
Ninguno con mas derecho,
Ninguno, Inesita, nadie...
Mas me olvidaba... Mudemos
De conversacion.
- Doña Ines.* ¿Porqué?
- Don Luis.* ¿Ha salido ya don Pedro,
Juana?
- Juana.* Hace mas de una hora.
- Don Luis.* En el café...
- Juana.* Por supuesto :
Allí estará con su gente
De peluquin, revolviendo
Los huesos á todo el mundo;
Hablando mal y gruñendo
De los jóvenes del dia,
Para celebrar sus tiempos.
- Doña Ines.* ¿Cállarás, Juana, esta tarde?...
Me parece estais suspenso,
Don Luisito.
- Don Luis.* Estoy pensando
Dónde he de pasar el tiempo
Hasta ir al Prado...
- Doña Ines.* ¿Y no mas?
- Don Luis.* ¡Qué sé yo!...
- Doña Ines.* ¿Si el mal ejemplo
Del disimulo en las niñas...
- Don Luis.* Acabad.
- Doña Ines.* Irá cundiendo
Como contagio á los hombres ?
- Don Luis.* No sé... Voy á ver si encuentro
En el café á vuestro tio.
- Doña Ines.* Divertirse.
- Don Luis.* Lo agradezco.
A los piés de usted... (Se queda parado)
- Doña Ines.* ¿No os vais ?
- Don Luis.* Pensaba... Mas voy corriendo
No se vaya... Hasta la noche.

Doña Ines. Haceis bien en huir del riesgo.
 Don Luis. ¿De qué riesgo?...
 Doña Ines. Del contagio.
 Don Luis. ¿Qué contagio?... No me acuerdo.
 Doña Ines. Del disimulo en las niñas...
 Don Luis. Yo estoy libre.
 Doña Ines. Lo celebro.

ESCENA III.

DOÑA INES Y JUANA.

Juana. Señorita... señorita...
 Doña Ines. ¿Qué dices, Juana?
 Juana. Sospecho
 Que hay reliquias...
 Doña Ines. No; te engañas.
 Estimo á don Luis, le aprecio,
 Le quise; pero me inspira
 Mas amistad y respeto
 Que no amor: el no encontrar
 Obstáculos ni tropiezos
 Para nuestra union, el verle
 De continuo y sin recelo,
 Y el no oponerme rival
 Que despertase mi afecto,
 Le hizo entibiar poco á poco.
 Juana. Quizá quisiera usted menos
 A don Teodoro, si no...
 Doña Ines. ¡Ay Juana!
 Juana. ¿Os toqué muy recio
 En la herida?
 Doña Ines. Yo no sé...
 Ni yo misma decir puedo
 Lo que sufro.
 Juana. Lo conozco.
 Doña Ines. Mirarle á cada momento,
 Y apenas poder hablarle;
 Estar con rostro sereno
 Y la sonrisa en los labios,
 Cuando me falta aun aliento;
 Sufrir sin poder quejarme;
 Callar, y abrasarme en zelos...
 No, Juana, no me es posible

Tolerar tantos tormentos;
Sin juicio estoy.

Juana.

No, por Dios,

No os aflijais.

Doña Ines.

Y no encuentro

Ni remedio ni esperanza,

Ni aun una persona al menos

Que tome parte en mi suerte...

Juana.

No lloreis.

Doña Ines.

Mi padre lejos...

Mi tío, es verdad, me quiere;

Pero aborrece en extremo

A Teodoro, y por su gusto...

Juana.

¿Cómo ha de querer el viejo

Que un jóven franco y garboso

Saque á lucir su dinero?

Primero os verá cien veces

Llevar palma en el entierro.

Doña Ines.

Si es mi madre...

Juana.

¿Vuestra madre?

¡Pues no era malo el empeño!

Si esperais para casaros

Tener su consentimiento,

Ahí cerca están las Descalzas...

¡Y con Teodoro! Por cierto

Celebrará la eleccion.

Doña Ines.

¿Con que nunca esperar debo

Ser su esposa?

Juana.

¿Y por qué causa?...

¿No le amais? ¿No os tiene afecto?

Pues queriendo dos amantes,

¿Qué son cien viejas, cien viejos,

Padres, abuelos y tíos,

Familia, amigos y deudos?

Doña Ines.

Pues, Juana, mucho le amo;

Pero á tanta costa...

Juana.

Creo

Que le amais poco.

Doña Ines.

Mi vida...

Juana.

Pues si le amais, y estais viendo

Que si os parais en pelillos,

Nunca llegará á ser vuestro...

Doña Ines.

¡Nunca!...

(Levantándose.)

Juana.

¿Pues lo duda usted?

Doña Ines. (Con vehemencia.) Y en este sitio, aquí mismo,
A mi vista, ante mis ojos
Otra mas feliz!... ¿Qué es esto?...
¿Ines, has perdido el juicio?
¡Qué sospecha!... Me avergüenzo
De mí mismo... Compadece
El estado en que me veo,
Juana, y por Dios, no me culpes.
Juana. ¡Yo, señora!
Doña Ines. En ningun tiempo
Sepa nadie...
Juana. ¿Qué decis?
Doña Ines. Yo en adelante te ofrezco
Ser mas prudente...
Juana. Señora.
Doña Ines. Sabré encerrar en mi pecho
Mi pasion; sabré ocultarla,
Aunque me cueste el esfuerzo
La vida; diré á Teodoro...

ESCENA IV.

DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

Don Teodoro. ¿Qué, bien mio?
Doña Ines. ¡Ay, Dios!
Juana. Por cierto
Nunca á mejor ocasion
Pudierais llegar.
Doña Ines. Si os debo
Algún cariño, Teodoro,
Dejadme en este momento
A solas...
Don Teodoro. ¿Porqué?
Doña Ines. Mañana...
Don Teodoro. (Se sienta.) De esta silla no me muevo
Sin saber cuanto ha pasado.
Doña Ines. En otra ocasion; que temo
No se levante mi madre.
Don Teodoro. ¡Pues tengo bonito genio
Para volverme á la calle
Con la píldora en el cuerpo!
Doña Ines. Yo os lo diré.
Don Teodoro. Dilo ahora.

¿Ha echado sermón el viejo?

Doña Ines. No señor.

Don Teodoro. ¿Fué la mamá?

Doña Ines. Tampoco.

Don Teodoro. ¿Pues qué hay de nuevo
Para tantas ceremonias?

Doña Ines. Nada... nada...

Don Teodoro. Así lo creo.

Juana. Y acierta usted. Todo el caso...

Doña Ines. Calla, Juana...

Juana. Sin rodeos...

Doña Ines. Calla.

Juana. No me haga usted señas;
Si no lo digo, reviento.

Doña Ines. Pues yo me iré...

Don Teodoro. No, mi vida.

(Levantándose y deteniéndola.)

Doña Ines. Si algo os merece mi afecto,

Dejadme que me retire

Un instante, pronto vuelvo.

Don Teodoro. Ahora mismo has de escucharme.

Doña Ines. Mi madre...

Don Teodoro. Estará durmiendo.

Juana. Ya se ve: para ir despues,

Sin soltar su sirineo,

A bailar toda la noche.

Don Teodoro. Calla, bachillera...

Juana. Y luego:

« ¡Mucho te quiero, Inesita! »

Don Teodoro. ¡Mala lengua!

Juana. Usted al juego,

Al Prado, á la fiesta, al baile;

Y ella llorando y gimiendo...

Doña Ines. Yo te aseguro...

Juana. La pobre

Hecha un mártir...

Don Teodoro. No hay remedio:

Ha de hablar aunque la ahorquen.

Doña Ines. Juana!

Juana. Si ya en estos tiempos

Es malo decir verdades.

Don Teodoro. Por san Francisco te ruego

Que calles solo un minuto.

- Juana.* Ya pasó.
- Doña Ines.* Yo no sosiego,
No despierte mi mamá...
- Don Teodoro.* Pues que Juana esté en acecho
En la puerta, y nos avise...
- Juana.* ¡Yo avisar!... lo que deseo
Es que os coja en el garlito,
Y os arranque los cabellos.
- Don Teodoro.* Con mil diablos, ve á la puerta,
Que mañana te prometo...
- Doña Ines.* Ve, Juana, yo te lo pido.
- Juana.* Ya voy.
- Don Teodoro.* Pronto...
(*Cogiéndola del brazo.*)
- Juana.* Cepos quedos;
Que puede verlo la vieja...
- Don Teodoro.* ¡Ah, bribonaza!
- Juana.* En tosiendo...
- Don Teodoro.* Ya estamos.
- Doña Ines.* No te descuides.
- Juana.* Buena atalaya habéis puesto.
(*Yéndose hácia la puerta.*)
- Don Teodoro.* Ines mia, ¿y es posible
Que puedo hablarte un momento
Con alguna libertad?
- Doña Ines.* ¡Son tantos vuestros deseos!
- Don Teodoro.* ¿Pues lo dudas?
- Doña Ines.* Yo no dudo
Lo que por mis ojos veo.
Pero, en fin, no es ocasion
De perder estos momentos
En quejas; solo quisiera
Saber de usted...
- Don Teodoro.* ¿Qué?
- Doña Ines.* Si puedo
Mereceros un favor...
- Don Teodoro.* Cuanto valgo, cuanto tengo,
Mis bienes, mi vida, todo
Es tuyo.
- Doña Ines.* Yo no apetezco
Tanto...
- Don Teodoro.* ¿Pues qué es lo que quieres?
- Doña Ines.* Que vuelva usted á mi pecho

Juana. La paz (¡ay Dios!) que ha perdido...
Que no sea usted embustero ;

(*Viniendo y hablando de prisa.*)

Que le cumpla la palabra ;
Que no engañe á dos á un tiempo...
Don Teodoro. Que el diablo te lleve, amen.

(*Remedándola.*)

Doña Ines. Juana, por Dios.

Juana. (*yéndose.*) Ya me vuelvo.

Don Teodoro. ¿ Ahora callas, y suspiras ?

¿ Ni una palabra merezco ?

Doña Ines. No me es posible, Teodoro,
Explicaros los tormentos
Que sufro ; ni está en mi mano
Disimularlos mas tiempo.

Don Teodoro. ¡ Tú sufrir !... ¿ Y qué, cruel ?...

Doña Ines. Ahora no se trata de eso :

Solo sí...

Don Teodoro. ¿ De qué, mi vida ?

Doña Ines. De que pongamos remedio.

Don Teodoro. El que gustes : por mi parte...

Doña Ines. Dadme palabra.

Don Teodoro. La ofrezco.

Doña Ines. Mirad que es duro el partido.

Don Teodoro. Dilo, pues.

Doña Ines. Nunca mas vernos.

(*Despues de una breve suspension.*)

Don Teodoro. ¿ Y tienes valor siquiera
De decirlo ?... Mas sospecho
Que te burlas.

Doña Ines. No, Teodoro :

Harto me cuesta el esfuerzo ;

Pero es preciso.

Don Teodoro. ¿ Y porqué ?

Doña Ines. Porque lo tengo resuelto.

Don Teodoro. Sin duda ya no me amas...

Doña Ines. ¡ Ojalá !

(*Con ternura.*)

Don Teodoro. ¿ Pues á qué efecto
Separarnos ?

Doña Ines. Porque así

Será mas fácil...

Don Teodoro. Te entiendo :

Olvidarme ; ¿ no es verdad ?

Doña Ines. Bien quisiera ; mas no puedo.

Don Teodoro. ¿ Lo quisieras ?

Doña Ines. ¡ Que sé yo !...

En tal situacion me veo,

Que ni sé lo que me pasa,

Ni tampoco lo que quiero ;

Solo sé que es insufrible

Este continuo tormento ;

Y que si callo, me abraso ;

Y se llego á hablar, me pierdo.

Don Teodoro. No llores, mi bien, no llores.

Doña Ines. Pues abrazad ese medio

De salvar á una infeliz.

Don Teodoro. ¿ Y no hay otro ?

Doña Ines. No le encuentro.

Don Teodoro. Yo sí.

Doña Ines. ¿Cuál ?

Don Teodoro. Hablar hoy mismo

A tu madre.

Doña Ines. Es vano intento.

Don Teodoro. ¿ Porqué ?

Doña Ines (con ternura). ¡ Ingrato, tú lo sabes !

Don Teodoro. No lo sé ; pero si vemos

Que se obstina en oponerse

A nuestros justos deseos,

Entonces... Ines... ¿ me amas ?

Doña Ines. ¿ Lo preguntas ?

Don Teodoro. No tardemos

En ser felices...

Doña Ines. ¿ Y cómo ?

Don Teodoro. Pronto la sabrás.

Doña Ines. ¿ No puedo

Saberlo ahora mismo ?

Don Teodoro. ¿ Quieres ?

Doña Ines. Sí, Teodoro, te lo ruego.

Don Teodoro. Quizá no tengas valor...

Doña Ines. Te adoro ; y no he de tenerlo !

Don Teodoro. ¿ Juras ser mi esposa ?

Doña Ines. Sí.

Don Teodoro. Pues oye el único medio
De ser en breve dichosos...

(Sale Juana corriendo.)

Juana. Que viene...

Don Teodoro. A Dios.

Juana. Ya no hay tiempo.

(Don Teodoro se queda en medio de la sala, doña Ines se sienta, y coge la costura, inclinando la cabeza para ocultar el rostro : Juana se queda en pié hasta despues.)

ESCENA V.

DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO, DOÑA LEONCIA.

(Doña Leoncia al salir se encara con don Teodoro.)

Doña Leoncia. ¡Ola!... ¡Que sea norabuena!
¿Tanto bueno por mi casa,
Sin saberlo yo?

Don Teodoro. Ahora mismo...

Juana. En este momento acaba...

Doña Leoncia. Calla tú.

Juana. Yo iba á llamaros...

Don Teodoro. Dije que no os despertára,
Por dejaros sosegar.

Doña Leoncia. Yo le doy á usted mil gracias
Por su fineza...

Don Teodoro. Previendo
La mala noche que aguarda...

Doña Leoncia. Si os digo que lo agradezco.

Don Teodoro. Estarse hasta la mañana
Sin dormir...

Doña Leoncia. Lo estimo mucho.

Don Teodoro. Hallándoos tan delicada...

(Se acerca y le dice en tono bajo.)

Y sabiendo el interes

Que me tomo...

(Aparte á don Teodoro.)

Doña Leoncia. ¡Ah, buena maula!...

Ya las pagará usted todas.

(Juana estará ya sentada, cosiendo al lado de doña Ines, y le habla en tono bajo.)

Juana. Señorita.

Doña Ines (en voz baja). Juicio, Juana.

(En voz alta.)

Don Teodoro. Pues ha de estar divertida

La funcion...

Doña Leoncia *(en voz baja.)* Bien preparada
Voy yo para divertirme.

(En voz baja.)

Don Teodoro. ¿Por qué motivo?

Doña Leoncia *(en voz baja.)* Por nada.

(En voz baja.)

Don Teodoro. ¿Pues qué habeis visto?

Doña Leoncia *(en voz baja.)* Negadlo.

(En tono alto.)

Juana. Señora; ¿usted no repara
Que esa labor va torcida?

Doña Ines. Bien lo advierto.

Juana. Pues quitarla.

(Don Teodoro se aparta de doña Leoncia, y dice alto, paseándose por el teatro, y acercándose algunas veces, segun denoten los versos.)

Don Teodoro. Banca, baile, buena cena,
Mucha gente convidada...

(Aparte á doña Leoncia.)

Yo os daré satisfaccion.

(Aparte á don Teodoro.)

Doña Leoncia. No es menester.

Juana *(en tono alto).* Si se os pasa
El punto.

Doña Ines. Ya le cogí.

Don Teodoro. Si es la fiesta cual la alaban,
No ha de haber otra en la córte;
Los disfraces y las galas
Van á asombrar.

Juana En mi tierra

Tambien salen mogigangas
Por el córpus; yo ví una
Con diablillos de dos caras...

Don Teodoro. Mujer, ¿qué entiendes tú de eso?

Doña Leoncia. Aquí, Juana, no te llaman...

(En tono bajo.)

Don Teodoro. Siempre usted con niñerías...

(En tono bajo.)

Doña Leoncia. No piense usted que me engaña ;
Aunque callo y sufro... puede...

Juana. ¡Maldita sea mi garganta!

(Tose de propósito.)

(En tono alto.)

Don Teodoro. Pues... como digo la cosa...

(Apártese y levantándose.)

Doña Ines. No puedo mas : vente, Juana.

Doña Leoncia. ¿A dónde vas?

Doña Ines. A mi cuarto.

Doña Leoncia. ¿Qué tienes?

Doña Ines. Un poco mala

De la cabeza.

Don Teodoro. Si es cosa

De médico...

Doña Ines. Muchas gracias.

Don Teodoro. Voy volando...

Doña Ines. No, señor.

Don Teodoro. Será de estar aplicada
Por la siesta.

Doña Ines. Puede ser.

Doña Leoncia. Si es jaqueca, se le pasa
En acostándose un poco.

Don Teodoro. Siempre es bueno que le hagan
Una taza de café...

Doña Leoncia. Sí, niña ; y luego descansa,
Aunque sea en el sofá :
Juana quedará encargada
De mandarme los vestidos...

Doña Ines. Yo lo haré.

Doña Leoncia. No, que estás mala ;
Juana lo hará : el de teatro
Y el otro.

Juana. Estoy enterada.

Doña Leoncia. Y que al tiempo de vestirme
No me empiencen á hacer falta
Otras mil cosas...

Don Teodoro. ¿Pues dónde
Vais á vestiros?

Doña Leoncia. A casa
De mis primas : desde anoche

Quedamos apalabradas
 Para ir juntas al teatro...
 Supongo, si hay quien nos haga
 El favor de acompañarnos...

Don Teodoro. Es regular que yo vaya
 Un rato... Quedan tres noches...

Doña Ines. A Dios, mamá.

Doña Leoncia (*á Juana*). Hazle la taza
 De café; (*á Ines*) y antes de irnos
 Te dejaré sosegada.

Doña Ines. Me aliviaré; no me acuesto.

Don Teodoro. Es que si luego recarga...

Doña Ines. No querrá Dios.

Don Teodoro. Mas con todo,

Si la jaqueca se agrava...

Doña Ines. No temais; segun me siento,

(*Con énfasis.*)

Pronto me veré curada.

(*Doña Ines se retira: Juana habrá recogido la costura,
 y la sigue hácia los cuartos de adentro.*)

ESGENA VI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

(*Doña Leoncia se sienta mostrando disgusto: don Teodoro se
 acerca fingiendo timidez, siéntase á corta distancia, y se
 aproxima por grados.*)

Doña Leoncia. Para enfermero mayor
 De un hospital sois alhaja.

Don Teodoro. ¡Maliciosa!...

Doña Leoncia. ¿Pues es malo
 Celebrar vuestra eficacia?

Don Teodoro. En viendo yo padecer...

Doña Leoncia. Y mas en teniendo faldas
 La paciente...

Don Teodoro. Y aunque no.

Doña Leoncia. Y si es bonita y muchacha...

Don Teodoro. ¡Como á mí me gustan tanto!...

Doña Leoncia. ¡A usted! ¿Y quién le levanta
 Ese falso testimonio?...

Don Teodoro. No lo diga usted por chanza;
 Que es una verdad.

Doña Leoncia. Lo creo.
Don Teodoro. Nunca á mí me han hecho gracia
 Las mozuelas : presumidas,
 Inconstantes, casquivanas ;
 Ni saben querer, ni saben
 Como se cautiva el alma...

Doña Leoncia. En eso teneis razon :
 Yo no sé qué gusto sacan
 Los hombres de enamorarse
 De esas mocosas.

Don Teodoro. ¡Qué fatuas!
 Risas, señajos, melindres,
 Cuatro frases estudiadas,
 Y ve aquí todo su amor.
 A mí tan solo me agrada
 Una mujer de talento,
 De una edad proporcionada,
 Juiciosa, bella, sensible,
 Que sepa como se paga
 El amor... ¿pongo un ejemplo?...

Doña Leoncia. ¡Ah, bribon!...

Don Teodoro. Sin otra falta
 Que ser un poco zelosa
 Con quien de veras la ama.

Doña Leoncia. Y tiene razon.

Don Teodoro. Ninguna.

Doña Leoncia. Le sobra.

Don Teodoro. Estais engañada.

Doña Leoncia. Me desespero... (*alzando la voz.*)

Don Teodoro. Si os digo... (*lo mismo.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. ¿Ha de ir la cinta plegada,
 O solo cosida al aire?

Doña Leoncia. ¿Pues no te dije que á tablas?

Juana. Se me olvidó.

Doña Leoncia. ¡Qué cabeza!

Juana. Ni que fuera valenciana.

(*Al irse hace señas de amenaza á don Teodoro.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Don Teodoro. Todo es aprehension, capricho...

Doña Leoncia. Si á mi nada se me escapa.

Don Teodoro. Es engaño.

Doña Leoncia. Va de muchas.

Don Teodoro. Si no le hablé dos palabras.

Doña Leoncia. Si os ví yo con estos ojos...

Don Teodoro. Pregúntelo usted á Juana.

Doña Leoncia. ¡Buen testigo!

Don Teodoro. ¿Porqué no?

ESCENA IX.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. Me parece que no alcanza
La cinta.

Doña Leoncia. Pues poner otra.

Juana. Voy al instante...

Doña Leoncia. Pues anda...

*(Juana se retira, y habiendo entrado, vuelve luego á salir
habla á su turno.)*

(A don Teodoro.)

Yo quiero ser sola, sola.

Don Teodoro. Teneis razon.

Doña Leoncia. Sola, ó nada.

Juana (al salir). ¿Pongo la azul ó la verde?

Doña Leoncia. Pon la que te diere gana.

Juana. Yo por no errar...

Doña Leoncia. Si me ardo...

Don Teodoro. No os impacienteis.

Doña Leoncia. Despacha;

Que es muy tarde.

Juana. Voy, señora...

Doña Leoncia. Mas despacio.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Doña Leoncia. Se me abrasa

La sangre con gente torpe.

- Don Teodoro.* Y luego el pecho lo paga.
- Doña Leóncia.* ¡ Ben cuidado le da á usted!
- Don Teodoro.* Mas que si yo lo pasára.
- Doña Leóncia.* ¡ La pícara que lo crea!
- Don Teodoro.* Dejad por Dios esas chanzas...
- Doña Leóncia.* Son veras.
- Don Teodoro.* Tengamos paz :
Se echó la bandera blanca,
Y esto se acabó.
- Doña Leóncia.* ¡ Si acaso!...
Me teneis muy enfadada.
- Don Teodoro.* ¿ Quereis amargar la fiesta?
Pues á fe que bien amarga
Me espera á mí.
- Doña Leóncia.* Pues , ¿ porqué ?
- Don Teodoro.* Y por fin, si la encontrára
Tan grata como otras veces...
- Doña Leóncia.* Expliquese usted.
- Don Teodoro.* No es nada.
- Doña Leóncia.* Hablad claro...
- Don Teodoro.* Mi familia
A cien leguas de distancia !
Yo en Madrid contra su gusto,
Porque una pasion me arrastra...
- Doña Leóncia.* Pero ¿ no puedo saber?...
- Don Teodoro.* Me ven así, y se propasan...
- Doña Leóncia.* Por Dios, Teodoro, por Dios,
Que ya me teneis en ascua...
- Don Teodoro.* No es cosa grave...
- Doña Leóncia.* Decidla :
Quizá podré remediarla.
- Don Teodoro.* Bien podeis; pero... primero!...
Le diré que si me agravia
Esta noche, si me insulta,
Aun sé manejar la espada.
- Doña Leóncia.* Pero , ¿ quién?...
- Don Teodoro.* Ese villano
De asentista... echar bravatas
Por tres miserables onzas...
Al fin plebeyo.
- Doña Leóncia.* Acabára
Usted con doscientos santos!
Que estaba como azogada,
Creyendo que era otra cosa.

Don Teodoro. Cuando del honor se trata
De un hombre... Si lo supiera
Mi tío el oidor de Canarias!

Doña Leoncia. Pero, ¿porqué ha de saberlo?
¿Acaso en Madrid os faltan
Amigos?

Don Teodoro. ¡Pedirles yo!
Antes...

Doña Leoncia. Pero, si se halla
Una persona que os sirva,
Aunque no cual deseára...

(*Saca una bolsita con dinero.*)

Don Teodoro. ¡Verme así!

(*Fingiendo distraccion.*)

Doña Leoncia. Mucho mas siendo
Persona de confianza...

(*Le alarga la bolsa con timidez.*)

Don Teodoro. Mas ¿qué es esto? usted tambien
Contra mí?... Porque me hallan
Sin recursos!...

Doña Leoncia. ¿Pero acaso?...

Don Teodoro. Solo dándome palabra...

Doña Leoncia. Por Dios, no me saque usted
Los colores á la cara:
Así como así, la bolsa
La llevaba preparada
Para jugar esta noche;
Hago cuenta que jugaba
Con usted de compañía,
Y que perdimos tres cartas.

Don Teodoro. Si supiera tener suerte...

Doña Leoncia. No me dejeis desairada.

(*Instándole.*)

Don Teodoro. Solo con la condicion
De que partamos ganancias...

Doña Leoncia. Como gustéis.

Don Teodoro. Y aun así...

Doña Leoncia. No me avergonceis, tomadla;
Yo os lo ruego.

Don Teodoro. ¡Ay! ¿quién resiste

(Toma la bolsa.)

A una persona á quien ama ?

Doña Leoncia. ¿De veras? ¿no me engañais?

Don Teodoro. No, dulce prenda adorada,
Mi ángel tutelar!..

(Cógele con ternura una mano, en ademan de ir á besársela; y mirando hácia la puerta, descubre á doña Ines y á Juana, que llegan al mismo tiempo y se quedan paradas.)

¡A Dios! ap.

(En tono alto.)

Débaos esta sola gracia,
Y soy dichoso... Aquí mismo,
En union eterna y santa...

Doña Leoncia. ¿Qué decis?

(Sigue don Teodoro estrechándole la mano, y hablando con pasión, que irá graduando insensiblemente.)

Don Teodoro. A vuestro lado,
Sin salir de vuestra casa...

Doña Leoncia. No os entiendo, por mi vida.

Don Teodoro. Un sí, una sola palabra,
Y soy feliz.

Doña Leoncia. ¿Estais loco?

Don Teodoro. Yo os lo ruego: pronunciadla;
Por usted, por mí, por ella...

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

(Doña Ines corre precipitada, se arroja de rodillas, y coge la otra mano de su madre: esta se levanta sorprendida.)

Doña Ines. Sí, ¡madrecita del alma!
Hacedlo por mí tambien.

Doña Leoncia. ¿Qué es lo que dices, muchacha?

Doña Ines. No habrá mujer mas querida,
No habrá madre mas amada
En el mundo...

- Doña Leoncia.* Si no sé...
- Doña Ines.* Ya es inútil que se haga
Usted la desentendida;
Yo he escuchado cuanto hablaba
Teodoro...
- Doña Leoncia.* Pero ¿qué oíste?
- Doña Ines.* Si sus súplicas no alcanzan,
Mi amor, mis ruegos, mi llanto...
- Doña Leoncia.* Alzate, muchacha, alza,
Y expíciate.
- Doña Ines.* No me muevo...
- Doña Leoncia.* Por Dios, que ya estoy cansada;
Habla claro.
- Doña Ines.* Y tú, Teodoro,
Ruega, dobla tus instancias,
Échate á sus piés.
- Doña Leoncia.* ¿Qué dices?
- Doña Ines.* Si le quiero, y él me ama...
- Doña Leoncia.* ¿A quién?
- Doña Ines.* Si os pide mi mano...
- Doña Leoncia.* ¡Pide tu mano!... ¿Qué hablas?
Quita, infame, si no quieres...
- Doña Ines.* Si en algo os ofendo...
- Doña Leoncia.* Calla,
Deshonra de tu familia...
- Doña Ines.* Oídme, por piedad...
- Doña Leoncia.* Aparta.
- Doña Ines.* No, madre mia...
- Doña Leoncia.* ¡Tu madre!...
Yo sabré serlo, hija ingrata;
Yo sabré serlo.
- Doña Ines.* ¡Por Dios!...

(A don Teodoro.)

- Doña Leoncia.* ¿Y así, vil hombre, se engaña
A una inocente?
- Don Teodoro.* Escuchadme.
- Doña Leoncia.* Salid pronto de mi casa,
Y nunca mas...
- Don Teodoro.* Pero, oídme...

(A doña Ines.)

- Doña Leoncia.* ¿Aun estás aquí, malvada?
- Doña Ines.* Yo me iré...

Doña Leoncia. Quitate al punto
De mi vista, antes que haga
Un ejemplar.

Doña Ines. Yo me iré...

Doña Leoncia. Pronto...

Doña Ines. Ya me voy...

Doña Leoncia. ¿No acabas?

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

(*A don Teodoro.*) (*A Juana.*)

Doña Leoncia. ¿No os he dicho?... ¿Y tú también
Qué esperas aquí?

Juana. Aguardaba
A saber si los vestidos. .

Doña Leoncia. Tiralos por la ventana.

Juana. Es que si...

Doña Leoncia. Vete allá dentro.

Juana. Pero yo...

Doña Leoncia. La mas culpada
Eres tú.

Juana. ¿Yo?

Doña Leoncia. ¡Encabridora!

Juana. ¡Decirle á una mujer blanca
Esa expresion!...

Doña Leoncia. Mas mereces.

Juana. Mi familia es tan honrada
Como la mejor.

Doña Leoncia. A dentro.

Juana. Tengo una hermana casada
Con un cuadrillero.

Doña Leoncia. Vete.

Juana. Y un primo hidalgo en la Mancha.

Doña Leoncia. Vete con mil de á caballo.

Juana. Y nunca ha habido en mi casta
Ningun sambenito.

Doña Leoncia. Vete.

Juana. Que si tuviéramos plata,
No nos faltáran papeles
Como todos...

Doña Leoncia. Vete, Juana.

Juana. Pero sin el din, no hay don.

Doña Leoncia. ¿Qué demonio de ensalada
Estás revolviendo?

Juana. Digo...

(*Con mucha rapidez.*)

Digo que no digo nada.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO

(*Despues de una breve suspension.*)

Doña Leoncia. No creyera, caballero,
Hallarme nunca en el caso
De deciros...

Don Teodoro. Yo tampoco
Pude nunca imaginarlo.

Doña Leoncia. No tema usted que le haga
Reconvenciones ni cargos :
Que si sois hombre de honor,
Bien podeis adivinarlos.
Solo le suplico á usted
Que jamas, ni por acaso,
Ni de mí ni aun de mi nombre
Volvais siquiera á acordaros.

Don Teodoro. ¿Y habla usted de veras?

Doña Leoncia. ¡Cómo!

¿Teneis acaso el descaro
De fingir?

Don Teodoro. Pero, hable usted;

Y por lo menos sepamos
Qué motivo ó qué pretexto...

Doña Leoncia. El hablar es escusado
Con un hombre...

Don Teodoro. Siga usted.

Doña Leoncia. Que acaba de dar tal pago
A mi amistad.

Don Teodoro. Si á lo menos
Se explicára usted mas claro,
Yo os diera satisfaccion.

Doña Leoncia. ¡Satisfaccion! Ni pensarlo.

Don Teodoro. Pues callaré : ¿quereis mas?
Aun siendo yo el agraviado...

Doña Leoncia. ¿En qué? Diga usted.

Don Teodoro. En nada :

Si ya os he dicho que callo.

Doña Leoncia. ¿Y qué pudierais decirme?

Don Teodoro. Que me está usted insultando,
Debiendo darme las gracias.

Doña Leoncia. ¡Las gracias! ¿Estais soñando?

Don Teodoro. Lo dicho dicho : las gracias.

Doña Leoncia. Será de haberme engañado.

Don Teodoro. ¡Yo engañar!

Doña Leoncia. Y á una hija incauta

Habérmela alucinado

Con esperanzas...

Don Teodoro. ¿De qué?

Doña Leoncia. ¿No lo dijo ella bien claro?

Don Teodoro. ¿Y qué dijo?

Doña Leoncia. ¿Estabais sordo,

O os agrada el escucharlo?

Don Teodoro. ¡Y una señora de mundo,

De talento despejado,

Va á hacer caso de una niña!

Doña Leoncia. ¿Pues no tengo de hacer caso?...

¿No dijo que usted la amaba,

Que anhelaba usted su mano?

Don Teodoro. Pero yo ¿qué contesté?

Doña Leoncia. Nada.

Don Teodoro. Pues pleito acabado.

Doña Leoncia. Quien calla otorga, y usted...

Don Teodoro. Iba ya á desengañaros,

Y me cerrasteis la boca.

Doña Leoncia. Si no tuviera ella datos,

No hubiera dicho...

Don Teodoro. Es verdad :

Las niñas de quince años

Nunca piensan que las quieren

Sin motivos muy fundados.

Doña Leoncia. ¿Con qué nunca le habeis dicho

Que la quereis?

Don Teodoro. Supongamos

Que se lo haya dicho ; bien :

¿En eso se perdió algo?

¿O es un delito tan grave

Echar un requiebro vano?...

¿No vengo acá con frecuencia?

¿No la estoy viendo y tratando
De continuo?... Yo soy jóven,
Vivo, alegre, atolondrado,
Si quereis; ella muchacha,
Y ademas vivo retrato
De una persona... ¡Ah, señora!
Perdonad si iba á nombraros.
Ya sé que os disgusto en ello,
Mas no es tan fácil mandato
Olvidar á una persona
A quien de veras se ha amado.
Solo le aseguro á usted
Que jamas le he insinuado
Nada de boda...

Doña Leoncia. Y entonces

¿Cómo creyó?...

Don Teodoro.

No es extraño.

¿Ignora usted que las niñas
Con el mas leve agasajo
Ya piensan que las adoran?
¿No sabeis que están soñando
Con novios y casamientos,
Y mas si por sus pecados
Han leído cuatro novelas
Que les trastornen los cascos?

Doña Leoncia. Pero usted mismo, usted mismo,

¿Qué me estaba suplicando
Cuando ella entró?

Don Teodoro.

¿No lo oisteis?

Licencia para casarnos.

Doña Leoncia. ¿Y así me lo dice usted?

Don Teodoro. ¿Pues yo acaso lo he negado?...

¿Hice mal?

Doña Leoncia.

Usted me insulta...

Don Teodoro.

Y viéndome en aquel caso,
¿Qué otro arbitrio me quedaba?
Yo me hallaba á vuestro lado,
Recibo vuestra fineza,
Siento un violento arrebató
De pasion, pierdo el sentido,
Voy á besar vuestra mano,
Miro á la puerta, y las veo
Llegar, quedarse escuchando...

Doña Leoncia.

¿Con qué usted las vió?...

Don Teodoro.

¡Señora!

¿Pues no os habeis enterado
Hasta ahora?

Doña Leoncia.

No, á fe mia.

Don Teodoro.

Pues lo único que ya extraño
Es vuestra santa paciencia :
Desde ahora mismo os declaro
La prudente Abigail,
Cuando no me habeis matado.
¿Hablar yo de veras?... ¡Vaya!
¿No me visteis tan turbado
Que no supe qué decir,
Y anduve titubeando?...
Os miré ; no me entendisteis ;
Os hice señas ; fué en vano :
Yo en ademan de cariño,
Una hija vuestra mirando,
Usted afable, su honor
Expuesto á algun juicio falso...
¿Y qué quiere usted que hiciera ?
Echar por cualquier atajo :
Si al pronto me ocurre, os pido
Casarme con vuestro hermano.

Doña Leoncia.

Yo anduve torpe...

Don Teodoro.

No tal ;

Yo solo soy el culpado.

Doña Leoncia.

Pero si yo no sabía...

Don Teodoro.

No merezco vuestro trato,
Ni pisar vuestros umbrales...

Doña Leoncia.

Mirad que aun estoy temblando
Del suto...

Don Teodoro.

Y ahora me voy,
Cumpliendo vuestro mandato.

Doña Leoncia.

No se vaya usted.

Don Teodoro.

Preciso.

Doña Leoncia.

¿Quereis matarme á quebrantos?...
Pues haga usted lo que quiera.

Don Teodoro.

¡Vaya! Las paces hagamos,
Y pelitos á la mar.

¿Porqué no os vais aviando
Para salir, que ya es hora?

Doña Leoncia.

Segun me siento, no salgo.

Don Teodoro.

¿Y porqué?

Doña Leoncia.

No estoy muy buena.

- Don Teodoro.* En distrayéndoos un rato,
Os aliviareis.
- Doña Leoncia.* No tengo
Humor.
- Don Teodoro.* ¿Ni vais al teatro?
- Doña Leoncia.* No, señor.
- Don Teodoro.* ¿Ni al baile?
- Doña Leoncia.* Menos.
- Don Teodoro.* ¿Con qué es riña de muchachos
La nuestra?
- Doña Leoncia.* ¿Pues yo qué digo?
- Don Teodoro.* Juicio, señora, y tengamos
La fiesta en paz : sea usted dócil ;
Compóngase usted, y vamos
Casa de las primas, luego
Podeis pensar mas despacio
Lo que hayais de hacer.
- Doña Leoncia.* Si voy,
Me estoy sentada en un lado
Sin ir á parte ninguna.
- Don Teodoro.* No será poco milagro.
- Doña Leoncia.* ¿Porqué razon?
- Don Teodoro.* Yo me entiendo.
- Doña Leoncia.* Se engaña usted.
- Don Teodoro.* ¿Qué apostamos
A que vais á la funcion?
- Doña Leoncia.* Antes bien quiero dejaros
Mas libertad, yendo solo.
- Don Teodoro.* ¿Se vuelve á torcer el carro?...
No sea usted niña.
- Doña Leoncia.* Pues bien :
Solo por no disgustaros
Voy á casa de las primas.
- Don Teodoro.* Muchas gracias.
- Doña Leoncia.* Y cuidado
Que no me muevo de allí.
¡Juana, Juana!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. (desde adentro). Voy volando...

(Al salir.)

Doña Leoncia. ¿Qué manda usted?
La mantilla.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Doña Leoncia. Por usted tan solo hago
Este sacrificio.

Don Teodoro. Siento
Que se moleste usted tanto
Por mi causa.

Doña Leoncia. Ya no voy.

Don Teodoro. ¡Dale, bola! ¿A que me enfado?...

ESCENA XVI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

(Yendo á poner la mantilla á doña Leoncia.)

Juana. Aquí está.

Doña Leoncia. Préndela bien.

¿Se ha acostado ya la niña?

Juana. No, señora.

Doña Leoncia. ¿Y dónde está?

Juana. En su cuarto recogida.

Doña Leoncia. ¿Ha tomado ya el café?

Juana. Un poco.

Doña Leoncia. Si no se alivia,
O se empeorare, avisad...

Juana. ¿Dónde?

Doña Leoncia. Aun estoy indecisa...

Quizá... no sé... que primero
Vayan casa de mis primas;
Y si no estuviere allí...

(A don Teodoro.)

Me quema usted con sus risas.

Don Teodoro. ¿Pues yo acaso?...

Doña Leoncia. ¿Estoy yo ciega?

Juana. ¿Y los vestidos se envían?

Doña Leoncia. No.

Don Teodoro. Tenerlos á la mano

Por si luego...

Doña Leoncia. ¡Hay tal porfía?

¿No he dicho ya que no voy?... .

Y cuenta no estes dormida

Cuando vuelva nuestro huésped

Y mi hermano; y á Inesita

Le has de decir de mi parte...

Mejor es que no le digas

Nada : acuéstala temprano,

Hazle unas yemas megidas,

O cualquier cena ligera...

Y dile que esté tranquila,

Que no voy tan enfadada...

¿Me entiendes?

Juana. Ya entiendo.

Doña Leoncia. Y cuida

De que no sepa que yo...

Juana. Le diré que es cosa mia.

Doña Leoncia. Pero temo que las dos

Teneis la capa cosida;

Y así como tú le encubres...

Juana. ¿Qué dice usted? Mi familia

Es tan buena y tan honrada...

Doña Leoncia. Vámonos de aquí de prisa,

Don Teodoro, no nos vuelva

A ensartar la retahila.

¡Y cuidado con la casa!

Juana. Yo voy con mi cara limpia

Por todas partes.

Doña Leoncia. A Dios. (Yéndose.)

(En voz alta.)

Don Teodoro. Quede usted con Dios, Juanita :

(Con secreto.)

Está al cuidado, que luego...

Doña Leoncia. ¿Qué dice usted?

(Volviendo la cara.)

Don Teodoro. Le decia

Que no haga caso.

Juana. Eso no;

Yo he de chillar si me pisan.

(*Al ir á entrar por la puerta de adentro.*)

¡Pues anda buena la casa
Con la vieja y con la niña!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, PERICO.

(*Entran los dos por la puerta del foro, Juana delante, y Perico con timidez. Habrá una luz en una mesa.*)

Perico. ¿Estamos solos?

Juana. Sí, entra.

Perico. ¿Y el viejo?

Juana. Fuera de casa.

Perico. ¿Y el señor que no se rie?

Juana. Tambien. ¿De cuándo acá gastas
Tanto miedo?

Perico. Es que ahora traigo
La mas solemne embajada
Que se encomendó á escudero;
Y está en un tris que me valga
Cien doblones ó cien palos.

Juana. Dila.

Perico. ¿Dónde está tu ama?

Juana. En su cuarto. ¿Quieres verla?

Perico. Dile que al momento salga;
Que le traigo...

Juana. Antes de ir,
Te he de decir dos palabras
Por última vez...

Perico. Despues
Te escucharé.

Juana. Aunque me hagas
Mil pedazos, no he de ir.

Perico. Si no es tu gusto, no vayas;
Solo va á decir en ello
Que no se case tu ama
Ni tú, cuando en esta noche.

Juana. Hombre, ¿qué dices?

Perico.

¿Yo? nada.

(Acariciándole.)

Juana.

¡Cáspita, qué genio tienes!

Perico.

Déjate de juego, y anda
A llamarla.

Juana.

Dime antes...

Perico.

Si no me replicas nada,
Te lo digo.

Juana.

Me convengo.

Perico.

Hace un rato que entró en casa

El amo, con un sujeto

Muy serio y de mala traza :

Se encerraron los dos solos,

Hubo voces y patadas ;

Se fué el tal ; y el amo al punto

Me preguntó dónde estaban

Las maletas y demas

Preparativos de marcha ;

Y mientras yo los reuno,

Escribe, me da esta carta

Para Inesita, y me dice :

« En mano propia has de darla,

« Y vuelve ; que aquí te espero

« Con las cosas preparadas

« Para marchar esta noche. » —

¿Qué dice usted? — « Hazlo y calla : »

Me responde secamente ;

Y al ir á salir, me llama

Y me dice : « Si tú quieres

« Casarte tambien con Juana,

« Y se resuelve á seguirnos

« Acompañando á su ama,

« Yo os ofrezco cien doblones. »

Juana.

¡Cien doblones!... Voy...

(En accion de irse corriendo.)

Perico.

Aguarda.

Juana.

Es que si se pierde tiempo.

Perico.

Cuidado que persuadas

A Inesita...

Juana.

¿ Soy yo tonta ?

Perico.

¡ Cien doblones y casaca !

No te des contra esa puerta.

ESCENA II.

DOÑA INES, JUANA, PERICO.

- Doña Ines.* ¿Qué ruido es este?
- Perico.* Que Juana...
- Juana.* Que Perico...
- Doña Ines.* Dilo tú.
- Perico.* Señora, mi amo me manda
Con esta carta, y me dijo...
- Doña Ines (tomándola).* ¿Tiene respuesta?
- Perico.* Y la aguarda
En casa con impaciencia.
- Doña Ines.* ¿Qué será?... Yo estoy turbada
Hasta saber...
(*La abre, y lee con mucho interes.*)
- Perico.* ¡Ay, señora!
Si le viera usted la cara
Al dármela! ¡qué agitado!
Hasta la voz le temblaba:
(*Aparte á Juana.*)
Daba pena... Instale tú.
- Juana (ap. á Perico).* ¡Pues me dormiré en las pajas
Con cien doblones al ojo!
(*Doña Ines leyendo la carta, prorrumpe con agitacion.*)
- Doña Ines.* ¡No; nunca!
- Perico.* Hasta las palabras
Se le ahogaban en la boca.
- Doña Ines (con ternura).* ¡Ay, Teodoro! No me amas,
Cuando me quieres perder.
- Juana.* Señorita...
- Doña Ines (distráida).* Y me juraba
Quererme toda la vida!...
- Perico.* Pues, señora, ¿en qué os agravia,
Si está loco el infeliz?
- Doña Ines (con sequedad).* Bien: devuélvele su carta...
- Perico.* ¿Y la respuesta?
- Doña Ines.* Ninguna.
- Perico.* No vuelvo allá si me matan.
- Doña Ines.* ¿Porqué?
- Perico.* Si no sabe usted
El estado en que se halla:
¡Qué hablar solo! qué suspiros!

¡Pues no digo las miradas!
Daba miedo.

Doña Ines (alargándole la carta). Toma y vete.

Perico. ¿Con qué está usted empeñada
En darle ese trabucazo?...
Pobre señor, no te pagan

El cariño que tú tienes!

Doña Ines. ¡Ojalá no le pagaran!

Perico. Pocas pruebas le da usted.

Doña Ines. ¡Ay! si no tuviera tantas,
No se atreviera el cruel
A proponerme... ¡insensata!

Yo le culpo, conociendo

Que solo soy la culpada :

Yo le abrí mi corazón ;

Yo le amé con toda el alma

Yo le juré ser su esposa...

Pero ¿quién imaginára

Que abusára hasta el extremo

De proponerme mi infamia?

Juana. Y al fin, ¿qué es lo que pretende?

Doña Ines. Hacerme desventurada

Por toda mi vida.

Perico. ¿Quién?

¿El amo?... Mas bien se echára

En un pozo de cabeza.

Juana. Señorita, yo soy clara :

No puede ser.

Doña Ines. Yo tampoco

Nunca de él lo sospechára ;

¡Pero al fin hombre!

Juana. No creo...

Doña Ines. Oye, y verás si te engañas.

(Lee la carta, interrumpiendo su lectura, según denoten los versos que van interpuestos.)

« Amada Ines : al leer estos renglones recuerda
« tus promesas : llegó el momento de darme una
« prueba de tu pasión ; y la mía exige de tí un gran
« sacrificio. No hay medio : ó te resuelves á ser mía,
« ó esta misma noche me pierdes para siempre... »

¿No ves tú lo que me quiere?

Mira como me amenaza

Con dejarme para siempre...
Y lo hará.

Juana.

Siga usted; vaya.

Doña Ines.

« Cansado de tener condescendencias con tu madre, me determiné hoy á pedirte por esposa... Tú
« viste las resultas: apenas pude sufrir sus imperios, que acabaron con la mas severa prohibición de volver á hablarte en mi vida. En esta situación, anduve indeciso sobre el partido que
« debia tomar; pero al fin preferí disimular por el pronto, para desvanecer sus sospechas y persuadirle que saliese de casa. Ahora mismo la de-
« jo en el teatro, y voy á manifestarte la resolución que
« mi pasión me dicta: si estás resuelta á ser mi
« esposa, sígueme esta misma noche, y venzamos
« de una vez tantos obstáculos. »

Juana.

¿Acerté ó no?

Perico.

Por supuesto.

Juana.

No veis como os da palabra
De casamiento?

Doña Ines.

¿Dejando

Mi familia abandonada
Y expuesto mi honor?... Jamas!
Solo en pensarlo me agravia...

« Pasado mañana podremos estar en Toledo: allí
« quedarás depositada en casa de un canónigo, tío
« mio, mientras se disponen las cosas como corres-
« ponde. Tu familia misma, dado ya este paso, ten-
« drá que ceder y prestar su consentimiento. ¡Ah,
« Ines mia! un momento de valor, y antes de una
« semana eres mi esposa... Pero si por timidez ó
« falta de cariño no te determinas á seguirme, óyelo,
« Ines, y grábalo en tu alma: antes de tres horas
« ya estaré fuera de Madrid, y jamas volverás á oír
« ni mi nombre... ¡Quién sabe! Perdiéndote á tí,
« no le importa la vida á tu infeliz... »

« TEODORO. »

(Se sienta en una silla con abatimiento y distraccion.)

Juana.

¡Pobrecillo!... Se conoce
Que estaba muy afligido
Al escribir esa carta.

Perico.

Si ustedes le hubieran visto

- Mas pálido que un difunto,
Con los ojos encendidos...
- Juana.* No tengo yo corazón
Para oír lástimas.
- Perico.* Ni á tiros
Vuelvo allá sin la respuesta;
Es capaz de un desatino
Segun le dejé.
- Doña Ines.* ¡Infeliz!...
- Perico.* ¡Con qué tristeza me dijo:
« Ahora veré si mi Ines
« Me tiene tanto cariño
« Como me juró mil veces! »
- Juana.* Va el pobre á perder el juicio.
- Perico.* ¿Tanto le queda?... ¡ojalá
Fuera ese solo el peligro!
Yo le escondí las pistolas...
- Doña Ines.* ¿Y quedó solo?...
(*Con inquietud.*)
- Perico.* Preciso,
Si yo me vine...
- Doña Ines.* Pues vuelve
Al instante.
- Perico.* ¿Y qué le digo?
- Doña Ines.* ¿No lo sabes?
- Perico.* Para eso
Mas vale tirarle un tiro.
Dice bien: así que sepa
Que siquiera habeis querido...
- Doña Ines.* Pero, ¿qué quiere de mí?
(*Con sentimiento.*)
- Juana.* ¡Yo qué sé! ¿No habeis leído
Su carta?
- Perico.* Bien clara está:
Solo quiere...
- Doña Ines (con sequedad).* ¿No has oído
Que te vayas?
- Perico.* Sí, señora;
Ya me voy... ¡Pobre amo mio!
No sabes lo que te espera.
Si en algo puede serviros
Fuera de Madrid, yo siempre...
- Doña Ines.* No, Pedro; yo te lo estimo...

(*Con tristeza.*)

Perico. Quede usted con Dios.
Doña Ines. Adios.
Perico. Yo soy hombre agradecido,
 Y no he de dejarle ahora
 Expuesto á tantos peligros.
Doña Ines. Haces bien...

(*Con abatimiento.*)

Perico. Al fin del mundo
 Estoy resuelto á seguirlo,
 Sin abandonarle nunca...
Doña Ines. ¡Ay, Ines!
Perico. Ya que he comido
 Su pan y todos le dejan...
 Però no quiero afligiros;
 Quede usted con Dios.

(*Doña Ines se levanta velozmente.*)

Doña Ines. No; ¡aguarda!
 Cuida de él... Yo te lo pido
 Con lágrimas de mis ojos...
 Quizá un dia... ¡Qué delirio!
 Nunca mas volveré á verle!..
Perico. A media noche salimos
 Sin falta.

Doña Ines. ¡Nunca mas verle!
Perico. Todo está ya prevenido
 Para marchar... Y va bueno
 Para emprender el camino;
 Triste, con poca salud...
Juana. Cuéntele usted por perdido.
Doña Ines. Pero ¿tengo yo la culpa?
Juana. ¿Y no podeis impedirlo
 Con una sola palabra?
Doña Ines. Dile... yo te lo suplico...

(*Con turbacion y vehemencia.*)

Dile que no me aborrezca,
 Que nunca me eche en olvido,
 Que me escriba alguna vez...
 Dile que tan solo exijo
 Saber que vive, y se acuerda
 De esta infeliz... No le pido

Que me conserve su amor;
 Viva dichoso y tranquilo
 Con otra... ya que su Ines
 Tan desgraciada ha nacido...
 No lllore usted.

Juana.

Doña Ines.

Qué ninguno
 Le robará mi cariño
 Ni mi mano... que le quiero
 Mas que nunca le he querido
 Que soy suya hasta la muerte...
 ¿Se lo dirás?

Perico.

Yo, lo mismo
 Que usted me lo está diciendo.
 Y nota bien si al oírlo
 Se enternece...

Doña Ines.

Perico.

Doña Ines.

Per.

Doña Ines.

Bien está.
 Si pregunta con ahinco
 Si me dejaste muy triste.
 Bien.

Y si está convencido
 De mi amor, ó si me culpa...
 Todo, todo has de advertirlo
 Para contármelo.

Perico.

Doña Ines.

¿Cómo,
 Si á media noche partimos?...
 Tienes razon... ¡Pobre Ines,

(*Suspensa y abatida.*)

A qué estado te ha traído
 Tu mala suerte!

Juana.

Doña Ines.

Juana.

Doña Ines.

Juana.

Doña Ines.

Juana.

Doña Ines.

Señora,
 Usted está sin sentido,
 Y va á costarle la vida.
 ¿Qué me importa?... Así me libro
 De padecer.

Si quedára
 Al menos algun arbitrio...
 Ninguno, Juana, ninguno.
 A mi solo me ha ocurrido
 Si quisiera usted...

¿Qué?

Hablarle

Esta noche con sigilo.

¿A quién? ¡A ese ingrato!... No :

Pues ha tomado el partido
De dejarme para siempre,
Vaya con Dios.

Juana. Yo confío
En que si os viera... tal vez
Pudiera usted disuadirlo.

Doña Ines. No, Juana.

Juana. Pero á lo menos
Lograba usted el alivio
De despedirse.

Doña Ines. ¿Y qué logro
Con redoblar mi martirio?

Juana. Consolarse con llorar,
Hablar, reñir, conveniros
En el modo de escribirse...

Doña Ines. No querrá.

Juana. ¿Por qué motivo?
Así que usted se lo diga...

Doña Ines. ¿Cómo?

Juana. De un modo sencillo :
Viniendo á casa...

Doña Ines. ¿Qué dices?

Juana. ¿Y hay en eso algun peligro?

Doña Ines. ¿Y si luego se supiera?

Juana. ¿Por quién?

Doña Ines. No me determino.

Juana. Déjelo usted á mi cargo;
Y en quedando recogidos
Los señores...

Doña Ines. ¿Y mi madre?

Perico. La deja pegando brincos
El amo, y viene de oculto...

Doña Ines. Le pueden ver los vecinos.

Juana. No hay miedo : abro la puerta,
Entra primero Perico
A reconocer el campo,
Y el otro queda escondido
En la esquina.

Doña Ines. No me atrevo :

Yo sola, ¡yo sé el conflicto
En que está mi corazón!...

Juana. ¿Y el suyo estará tranquilo?

Doña Ines. ¿Y qué he de hacer?

Juana. Darle al menos

Esa prueba de cariño,
Dejarle alguna esperanza,
Evitarle un precipicio...

Doña Ines. Yo bien quisiera...

Juana (á Perico). Pues corre...

Doña Ines (á Perico). No, aguarda...

Juana. Lleva el aviso...

Perico. Voy de un vuelo.

(*Váse corriendo.*)

Doña Ines. Aguarda...

Juana. Sí;

Ni un galgo puede seguirlo.

ESCENA III.

DOÑA INES, JUANA.

Juana. ¡Quiere tanto á su señor!

Doña Ines. ¿Qué voy á hacer?... Yo me pierdo.

(*Abatida.*)

Juana. ¿Será la primera vez
Que se han hablado en secreto
Dos personas que se quieren?

Doña Ines. Pues yo, Juana, no me atrevo.

Juana. ¡No faltaba mas ahora!

Doña Ines. Tú le dirás que lo siento;

Pero que no puede ser.

Juana. ¿Quereis pagar con desprecios
Tanto amor?

Doña Ines. ¿Y lo has creido?

Juana. ¿Pues cabe un hombre mas ciego?

Doña Ines. ¡Por eso quiere dejarme!

Juana. Quizá si os amára menos,

No os dejára.

Doña Ines. ¿Y quién le obliga

A ausentarse?

Juana. El mismo extremo

De su pasion; el no estar

A todas horas expuesto

A lances como el de hoy...

Doña Ines. ¿Y no ha encontrado otro medio

Mas que el de dejarme así?

Juana. Par mi parte no le veo:

Doña Ines. Sabiendo ya la señora...
Quizá en pasando algun tiempo
Cediera...

Juana. ¡Ceder el ama!
¿No conoce usted su genio?
¿No sabe usted que á ella sola
Quiere le rindan obsequios
Los hombres, y hasta le duele
Que os hagan un cumplimento?
El pobre de don Teodoro,
Solo á fuerza de quereros
Ha podido el infeliz
Tolerarla tanto tiempo.

Doña Ines. ¿Y no sufro yo por él?

Juana. No por él; por no atreveros
A hablar claro á vuestra madre.

Doña Ines. Tú sabes cuanto la quiero,
Y cuanto me adora á mí.

Juana. Lo disimula á lo menos.

Doña Ines. Basta, Juana : calla, y vete.

(*Con sequedad.*)

Juana. Si cada vez que me acuerdo
De lo que pasó esta tarde,
No sé como me contengo.
El pobre mozo afligido,
Haciendo vanos esfuerzos
Por alcanzar la licencia :
Llega usted, oye su ruego,
Corre á los piés de su madre,
Se arrodilla con respeto,
Insta, llora... ¿Y cuál fué el fruto?
Solo sufrir sus dicterios.

Doña Ines. Esa es mi suerte.

(*Con abatimiento.*)

Juana. Ni aun quiso
Daros siquiera el consuelo
De escuchar á uno ni á otro...
Ya se ve : si ella en su pecho
Sabe que teneis razon,
¿Qué ha de hacer? Lucir los fueros
De madre, y dar muchos gritos
Para salir del aprieto.

- Yo no sé lo que sentí,
 Cuando ví con el desprecio
 Que os echó fuera del cuarto.
Doña Ines. De acordarme me avergüenzo.
Juana. Y estando allí don Teodoro...
Doña Ines. Yo siquiera tuve aliento
 Para levantar la vista...
Juana. ¡ Afrentar á un caballero,
 Y echarle fuera de casa!...
 Pero ¿ con qué fundamento?
 Porque siendo hombre de bien,
 Quiere con un fin honesto
 A una niña que le ama,
 Y la pide en casamiento.
Doña Ines. Es así.
Juana. Y se encontrára
 El motivo mas pequeño
 Para oponerse...
Doña Ines. Verdad.
Juana. Pero si todos sabemos,
 Aunque nos quiera hacer tontos,
 El motivo verdadero.
Doña Ines. No mas, Juana.
Juana. Y lo peor
 Del caso es que va cundiendo
 La noticia, y hace usted
 Muy mal papel en el pueblo.
Doña Ines. No hay mas que tener paciencia.
Juana. Mas vale poner remedio.
Doña Ines. ¿ Y tengo alguno en mi mano?
Juana. ¿ Le ha olvidado usted tan presto?
Doña Ines. No me hables de eso en tu vida.
Juana. Así lo haré; pero temo
 Que si vuela la ocasion,
 Despues la echará usted ménos.
Doña Ines. No lo temas.
Juana. Puede ser;
 Pero es difícil : en viendo
 Que da mañana la hora
 De venir á casa, y lejos
 De mirarle á vuestro lado,
 Ni aun sabeis su paradero...
Doña Ines. Mucho sufriré.
Juana. Y al fin,

Si fuera el plazo ligero ;
Pero por toda la vida!...

Doña Ines.

¡Ay, Juana!...

Juana.

Y con el recelo

De que ya desesperado

Vaya á hacer un desacierto...

(*Abatida.*)

Doña Ines.

No querrá Dios.

Juana.

O si acaso

Le sucede un contratiempo...

En el camino... ¿Y porqué

Tantas molestias y riesgos?

Porque una madre obstinada

Prefiere sus devaneos

A hacer feliz á su hija...

Como da con un cordero,

Abusa, y hace muy bien :

Ya se anduviera con tiento,

Si-diera con otra ; ó puede
Que ella perdiera en el juego.

Doña Ines.

Pues yo mas quiero sufrir...

Juana.

¿Le parece á usted que es cuento

Lo que digo? Pues yo sola

Puedo contar cien ejemplos.

¿Qué le pasó á aquella amiga

Que se casó de secreto

Con el alferez?... Los padres

Quisieron tocar el cielo

Con las manos ; ¿y despues?

Usted misma lo está viendo :

El viejo y la vieja riñen

Por mecer la cuna al nieto.

Si eso es mas claro que el agua :

En no teniendo remedio,

¿Qué pueden hacer los padres?

Darse por muy satisfechos,

Y sino, suponga usted

Que al fin cede á los deseos

De don Teodoro...

Doña Ines.

No tienes

Juana.

Siquiera que suponerlo.

Ya lo sé ; pero supongo

Que todo se halla dispuesto

Para marchar; que partimos;
 Que llegamos á Toledo,
 Que paramos en la casa
 Del canónigo, y nos vemos
 Regaladas cual princesas.
 Él escribe á algun sujeto
 De importancia : viene acá,
 Sufre el temporal deshecho
 De la señora ; la amansa ;
 Se queda el tiempo sereno :
 « Yo la perdono ; que venga... »
 Parte volando un correo
 Con la noticia : « á Madrid ;
 « El coche, los tiros, presto ! »
 El tio (que será gordo)
 Viene llenando el testero
 Del coche, ustedes al vidrio,
 Yo en un calesin con Pedro...
 Me parece, señorita,
 Que ahora mismo lo estoy viendo.
 ¿ No callas, mujer, no callas?...
 Mas si no me engaño, siento
 Ruido de pasos...

Doña Ines.

(*Levantándose.*)

Juana.

Y cerca.

Si no que llevó don Pedro
 Su llave?

Doña Ines.

Bien puede ser.

Juana.

Pronto se ve... Dicho y hecho.

ESCENA IV.

DOÑA INES, JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

Don Pedro.

No esperábamos, don Luis,
 Encontrar tan buen hallazgo.

Don Luis.

Mire usted si hicimos bien
 En recogerlos temprano.

Doña Ines.

Ha sido casualidad :
 Nos estuvimos un rato
 Cosiendo... luego allá dentro
 Sin saber qué hacer... y al cabo
 Iba á recogerme ahora...

- Don Pedro.* Nosotros hemos andado
Sin saber qué hacer tampoco :
Se acabó tarde el teatro ;
Dieron al salir las once,
Y anduvimos vacilando
Sobre ir ó no á alguna fiesta ;
Pero al fin...
- Don Luis.* Y la acertamos
En no pasar mala noche.
- Don Pedro.* Pues alguien está escuchando
Que quizá de buena gana...
- Doña Ines.* Está usted muy engañado
Si habla por mí.
- Don Pedro.* Por ventura
¿Y qué tuviera de extraño ?
- Doña Ines.* No digo yo que tuviese.
- Don Pedro.* Es propio en los pocos años
El gusto de divertirse ;
Y mas teniendo cercano
El ejemplo de una madre...
Yo, don Luis, no he visto cascos
Mas ligeros en mi vida :
A la comedia, al sarao...
¿Y su casa ? ¿y esta niña ?
Mas que se las lleve el diablo.
Contemple usted con el gusto
Que estará Ines...
- Doña Ines.* ¿Pues yo acaso
Estoy triste ?
- Don Pedro.* ¿Y no es así ?
- Doña Ines.* Hace tiempo que no he estado
De mejor humor... Las dos
Hemos estado jugando
Y riyendo...
- (A Juana.)
- ¿No es verdad ?
- Don Pedro.* Y ahora de cerca reparo
Que estás pálida y llorosa.
- Doña Ines.* Tendré los ojos cargados
De coser ; pero no sé...
Solo he sentido hace rato
Algún dolor de cabeza.
- Don Pedro.* Será quizá de reir tanto.

Doña Ines. ¿Que por fuerza he de estar triste?
Si ustedes quieren...

Don Luis. Cuidado
Que yo no he dicho palabra.

Doña Ines. Aun dice usted mas callando.

Don Luis. ¿Porqué hablé esta tarde erré,
Y ahora yerro porque callo?

Doña Ines. No digo tal : las mugeres
Somos las que siempre erramos
Segun los hombres.

Don Luis. Tampoco
Tengo un concepto tan malo...

Doña Ines. ¿No dijo usted esta siesta?...

Don Luis. Solo dije que era raro
Hallar franqueza en ustedes;
Y ahora lo estais confirmando.

Doña Ines. Pues estoy triste.

Don Pedro. A mí es,
Y me tiene incomodado
El verte sola en la casa,
Y la otra vieja bailando.

Doña Ines. Deje usted que se divierta.

Don Pedro. ¿Y yo se lo impido acaso?
Pero lo siento por tí;
Y ya me voy enfadando
De sufrir y de callar.

Doña Ines. ¿No sufro yo mas, y callo?

Don Pedro. Este angelito aquí solo,
Puesta mano sobre mano...
Sin divertirse; aburrida...
Si quieres jugar un rato
Entre los tres...

Juana. ¡Con jaqueca!

Don Pedro. Si estás mala, no tratamos
De incomodarte.

Doña Ines. Yo solo
Me detuve á saludaros;
Pero ya me iba á acostar.

Don Pedro. Pues anda ve, y dale un baño

(A Juana.)

De piés : quizá te mejores;

(A doña Ines.)

Y si se ofreciere algo,

Que me llamen.

Doña Ines.

Está bien.

Juana.

Yo quedo con el cuidado.

Don Luis.

Que usted se alivie.

Doña Ines.

Mil gracias :

Buenas noches.

ESCENA V.

JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

Don Pedro.

Lleva al cuarto

A la niña, y luego vuelve.

Juana.

¿Y traigo ya preparado

El cocimiento?

Don Pedro.

No pienso

Acostarme tan temprano.

Juana.

Pues me parece que advierto

Mas hinchazon en el lado.

Don Pedro.

No me duele mucho ahora.

Juana.

No se ande usted chanceando

Con las muelas...

Don Pedro.

Si no es nada...

Juana.

¡He visto yo tantos casos!...

Mas vale que usted se acueste.

Don Pedro.

¿Y de cuando acá has tomado

Tanto interes en mis muelas?

Juana.

¿Ve usted, don Luis, lo que gano

Con ser cuidadosa?

Don Pedro.

No;

Yo te lo estimo.

Juana.

Los amos

Todos son unos; y siempre

Saca una pobre este pago.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON LUIS.

Don Pedro.

Esta es otra que bien baila :

¡Mire usted á quien se fia

El cuidado de la casa

Y la guarda de una hija!
 Con mas juicio las he visto
 Encerradas en Sevilla.

Don Luis. No tiene mucho en verdad.

Don Pedro. Así se pierden las niñas,
 Adquieren malos resabios,
 Se despierta su malicia...

Don Luis. Seguramente es fortuna
 El que descubra Inesita
 Tan buen fondo.

Don Pedro. ¿Y piensa usted

Que su carácter la libra
 De riesgos? Ella es un ángel,
 Es dócil, franca, sencilla;
 Pero mas le temo así.
 Si solo tiene á la vista
 El espejo de una madre
 Casquivana y distraida,
 Y para aumentar el daño
 Está al lado todo el dia
 De una moza desenvuelta,
 ¿Qué espera usted en su vida?

Don Luis. En eso teneis razon.

Don Pedro. Lo que á mí me maravilla
 Es que con tales ejemplos
 Aun conserve todavía
 Algun candor.

Don Luis. Ya vió usted

Como se puso encendida
 Al faltar á la verdad.

Don Pedro. Aun es la pobre novicia
 En el arte de fingir;
 Mas con todo, si se aplica,
 Es muger y aprenderá.

Don Luis. Por mas esfuerzos que hacia
 Parà fingir buen humor,
 Mostraba hasta en su sonrisa
 Algun pesar.

Don Pedro. Yo jamas
 La he visto tan distraida
 Ni tan triste... Ya se ve;
 Tiene la pobre la espina
 De la máscara...

Don Luis. Pues yo

- Sospeché si ya sabria
 Alguna cosa... Las voces
 Suelen cundir tan aprisa...
Don Pedro. ¿Pero es cierto?
Don Luis. Por su casa
 He sabido la noticia,
 Aunque con mucha reserva.
Don Pedro. Veremos si se confirma :
 Él es pájaro de cuenta.
Don Luis. Pues todas sus picardías
 No le valen ya en Madrid :
 Los acreedores le ostigan,
 Uno le amenaza á palos,
 El otro con la justicia...
Don Pedro. Pues entonces no hay recurso.
Don Luis. ¿Qué recurso? Si le pillan,
 Al hospital ó á la cárcel.
 Él ya se ha puesto en franquía,
 Y anochece y no amanece.
Don Pedro. Pues no será poca dicha
 Para esta casa.
Don Luis. Así es.
Don Pedro. Habrá paz en la familia ;
 Y veremos si mi hermana
 Conoce sus tonterías,
 Y acaba de abrir los ojos...
 Por lo menos mi sobrina
 Ganará mucho... ¿Y quién sabe
 Si en perdiéndole de vista?...
 Dicen que el primer amor
 O tarde ó nunca se olvida :
 ¿No es usted de ese dictámen?
Don Luis. Así dicen.
Don Pedro. Yo creía
 Que usted por propia experiencia...
Don Luis. Quizá...
Don Pedro. Las cosas sencillas :
 ¿Podreis olvidar á Ines?
Don Luis. ¡Olvidarla yo! en mi vida.
Don Pedro. ¿Y os da vergüenza el decirlo?
Don Luis. Soy franco : me mortifica
 El verme pospuesto á otro.
Don Pedro. Pues yo no tengo perdida
 La esperanza de llamaros

Mi sobrino : ¿ os pesaria?
Don Luis. ¡ Ah, don Pedro ! Ines, ó nadie.

(*Con expresion.*)

Don Pedro. Jóven honrado, esa misma
 Pasion, que á usted le sonroja,
 A mis ojos le acredita ;
 Pues no cabe amor tan puro
 En un alma corrompida.
 Ame usted, amigo mio,
 Ame usted ; que vendrá el dia
 Del premio, y quizá no tarde.

Don Luis. Solo esas voces me animan.

Don Pedro. Yo salgo fiador : ¿ os basta ?
 Yo conozco á mi sobrina,
 Sé que os amó, y siempre queda
 Algun fuego en las cenizas.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DON LUIS, Y SALE JUANA CON EL COCIMIENTO

Juana. Aquí va.

Don Pedro. Llévalo adentro.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DON LUIS.

Don Pedro. Este es el mundo : á Inesita
 No le dejan ir al baile ;
 Y esta privacion le aviva
 Las ganas ; y usted pudiendo...

Don Luis. A mí muy poco me incitan
 Esas fiestas : era tarde,
 Mal tiempo, usted se venia ;
 ¿ Qué habia de hacer ? Ahora tomo
 Cualquier obra entretenida,
 Y me divierto leyendo
 Hasta que el sueño me rinda.

ESCENA IX.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

Juana. Ya está todo prevenido.

Don Pedro. Vamos... No sé qué daria

Por dormir toda la noche ;
Pero estas muelas malditas...

Don Luis.

Quizá con el cocimiento
Paseis la noche tranquila.

Don Pedro.

Dios lo quiera . hasta mañana.

(*Yéndose.*)

Juana.

Oiga usted, señor : ¿ se estila
Despedirse á la francesa ?

Don Pedro.

Perdone usted, señorita.

Juana.

Mire usted, mas honra tengo
Que tienen muchas usías.

ESCENA X.

DON LUIS, JUANA.

Don Luis.

A Dios, Juana, buenas noches.

(*Al irse.*)

Juana.

Que duerma usted bien... y aprisa,

(*Volviéndose.*)

Sin que pueda despertarle
Ni un cañon de artillería.

ESCENA XI.

DOÑA INES, JUANA.

Juana.

Vamos á ver...

(*Yendo á entrar por la puerta del interior de la casa.*)

Doña Ines.

¿ Se acostaron ?

Juana.

Cuidado que no nos sientan.

Doña Ines.

Dices bien : vente allá dentro.

Juana.

Antes...

Doña Ines.

Si aun no estoy resuelta...

Juana.

¿ Cómo no ? Pues ahora mismo

¿ Qué dijo usted ?

Doña Ines.

Ya me pesa.

Juana.

¿ Y porqué ?

Doña Ines.

Si no me atrevo...

Si no sé lo que recela

Mi corazon... Tú saldrás ;

Y le dirás que siquiera
Me dé este gusto.

Juana.

Si salgo,
Antes de escuchar mi arenga
Toma la posta y se va.
¿No es mejor que se convenza
Por sí mismo? ¿que os escuche,
Que os hable, que él propio os vea
Llorar?

Doña Ines.

No tengo valor.

Juana.

Quizá lograreis que ceda
A vuestro ruego, ó le dais
El último *adios* siquiera.

Doña Ines.

¡El último! ¡Ay, Juana mia!

Juana.

Así á lo menos os queda
Ese consuelo; sino,
Se marcha antes que amanezca,
Y hasta la muerte.

Doña Ines.

Pues ve...

(*Con vehemencia.*)

Pero no, detente, espera...

Juana.

¿Qué quiere usted?

Doña Ines.

Que me dejes.

Juana.

¿Y no voy?

Doña Ines.

No.

Juana.

Me da pena
El veros en ese estado;
Y si dura mas...

(*Doña Ines se sienta con abatimiento.*)

Doña Ines.

No temas;

No durará este pesar
Tanto como tú recelas...
Teodoro, yo te lo juro!...

Juana.

Si en este instante os oyera,
Si os viera tan abatida...

Doña Ines.

Por Dios, Juana, no te muevas
De mi lado...

Juana.

¿Qué teneis?

Doña Ines.

Yo no sé qué angustia es esta,
Que ni aun puedo respirar...

Juana.

Háblele usted, aunque sea
Un minuto, y que se vaya.

Doña Ines. No, Juana, ya estoy resuelta. /
 Juana. Pero un solo instante...
 Doña Ines. No.
 Juana. ¿Y si el infeliz espera?
 Doña Ines. Tú le desengañarás.
 Juana. Yo... la verdad... mejor fuera
 Mandar con otro el recado.
 Doña Ines. ¡Tú también, Juana!

(Con sentimiento.)

Juana. Me cuesta
 Tanto trabajo el decirle....
 Doña Ines. Pues bien: no vayas.
 Juana. Si fuera
 Otra cosa...
 Doña Ines. Ya lo sé.
 Juana. Perico estará á la puerta,
 Y él mas bien... Si quiere usted,
 Verá usted que pronto entra.
 Doña Ines. No dices mal.
 Juana. El vendrá
 Para hacer la descubierta,
 Como quedamos; y entonces
 Le dice usted lo que quiera.
 Doña Ines. Es que si entiende Teodoro...
 Juana. ¿No se dijo que estuviera
 En la esquina? Verá abrirle
 Al descubridor; se alegra;
 Y cuando piense él entrar,
 Ya se encuentra al otro fuera.
 Doña Ines. Y luego el pobre Teodoro...
 Juana. Yo no sé como os entienda;
 Tan pronto quereis hablarle,
 Tan pronto decis que os pesa,
 Luego quereis que yo vaya,
 Despues que Perico venga...
 Doña Ines. ¡Ni yo me entiendo á mí misma!
 Juana. Pero, al fin, ¿en qué se queda?
 Doña Ines. Yo no sé...
 Juana. ¿Llamo á Perico?
 Doña Ines. Haz, Juana, lo que tú quieras.

ESCENA XII.

DOÑA INES SÓLA.

(Continúa sentada, mostrando agitacion y abatimiento.)

Ines... Ines... un momento
 De valor... Ni él mismo sepa
 Lo que le quiero... ¡Cruel!
 Yo sola, afligida, espuesta
 A las iras de mi madre,
 Y él por su gusto se ausenta...
 ¡Quién sabe!... Quizá ha buscado
 El pretexto de la ausencia
 Para burlarse; quizá
 Otro amor... Pero, ¿qué pruebas
 Tengo yo?... ¿No habló á mi madre?
 ¿No le pidió la licencia?
 ¿No me propone el ser mio?
 Pues, Ines, ¿de qué te quejas?...
 ¡Ay! yo sola, yo le pierdo;
 Por mí el infeliz se aleja;
 Por mí todo lo abandona;
 Por mi culpa á la hora esta,
 Quizá mañana... ¡Dios mio!
 Ya en el mundo no me queda
 Ni aun la esperanza de verle...
 Pero, Teodoro, no temas
 Que tu Ines te falte nunca,
 Ni que olvide sus promesas;
 Su amor, su vida, su alma,
 Todo es tuyo... Donde quiera
 Que vayas, aunque me olvides,
 Aunque nunca mas te vea,
 Tú sabrás, Teodoro mio,
 Si tu Ines te amó de veras.

ESCENA XIII.

DOÑA INES, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(Doña Ines se levanta sobresaltada, al oír la voz baja de don Teodoro: este habrá estado parado en la puerta desde el final de la escena anterior: vendrá con un vestido de baile, cubierto con un sobretodo. Perico y Juana vienen detras, y todos con silencio.)

Don Teodoro. Ines...

Doña Ines.

¡Ay!

Don Teodoro. ¿ Te vuelvo á ver ?
Doña Ines. ¿ Qué has hecho, Juana, qué has hecho ?...
Juana. ¿ Yo... señora ? si al abrir
 Él mismo se metió dentro
Doña Ines. Todos me venden... á Dios.
Don Teodoro. Oyeme solo un momento.

(*Deteniéndola.*)

Doña Ines. No, Teodoro.
Don Teodoro. Un solo instante.
Doña Ines. Si nos sienten, nos perdemos.
Don Teodoro. No nos oirán.
Doña Ines. Compadece
 El estado en que me veo...
Don Teodoro. ¿ Temes mis reconvencciones ?
 No, Ines : yo sé lo que tengo
 Que esperar de tí ; lo sé.
Doña Ines. Tú verás...
Don Teodoro. Sé que te pierdo,
 Que voy á ser desgraciado,
 Que para siempre me alejo
 De tu vista...
Doña Ines. ¡ Para siempre !
Don Teodoro. Lo dije, y no me arrepiento.
Doña Ines. ¿ Y así lo dices, ingrato ?
Don Teodoro. ¿ Tú quejas ? ¡ tú que me has hecho
 Infeliz !
Doña Ines. Yo no, Teodoro.
Don Teodoro. ¿ Tú que olvidaste tan presto
 Tus palabras, tus promesas,
 Los mas santos juramentos !...
Doña Ines. No es culpa mia.
Don Teodoro. ¿ No es tuya ?
 ¿ Pues de quién ?... Pero ya veo
 Tu turbacion. ¿ No respondes ?
 ¿ No tienes siquiera aliento
 Para hablarme ?... No es tu culpa.
 Dices bien : yo que tan ciego
 Me abandoné á mi pasion ;
 Yo que olvidé por tu afecto
 Bienes, fortuna, familia,
 ¿ Yo soy quien te reconvento ?
 No, Ines ; tú tienes razon :
 Yo solo soy el que debo

Reconvenirme.

Doña Ines.

¡ Teodoro !

Don Teodoro.

Yo que imaginé sincero

Tu cariño...

Doña Ines.

¿ Y no te amo ?

Don Teodoro.

¡ Amárme tú !... Hubo algun tiempo

En que necio lo creia ;

Pero ese mismo recuerdo

Me atormenta mas ahora.

Yo tranquilo, satisfecho

Con tus promesas, ansiando

Llegase el feliz momento

De verte mia... Lo juras ;

Ni un instante me detengo

En pedir tu mano, y sufro

Insultos y menosprecios...

Pero me queda mi Ines ;

Ese era el solo consuelo

De mi corazon : me ama ;

Sabe que no hay otro medio

De ser mi esposa ; verá

Que á costa de un leve riesgo

Somos felices... Te escribo,

Vuelven, pregunto... ¡ Qué lejos

Estaba yo de esperar !...

Doña Ines.

¡ Ay, Teodoro ! No lo niego :

Te quiero mas que á mi vida ;

Pero no con tal extremo,

Que sacrifique á mi gusto

De una familia el sosiego,

El tierno amor de una madre,

Mi inocencia, mi concepto,

Mi honor...

Don Teodoro.

¡ Tu honor !... ¿ Pues acaso

He tratado de ofenderlo ?

¿ Podrá tu madre á su antojo

Negar su consentimiento

Para nuestra union, y tú

Por un temor indiscreto

Dejarás de ser mi esposa ?

¡ Tú por su capricho necio

Infeliz toda tu vida,

Por no esponerla á un momento

De pesar, de que ella propia

Ha de avergonzarse luego !...
 ¡ Tu familia !... Y por ventura
 ¿ Quién le ha otorgado el derecho
 De esclavizarte á su gusto ?...
 Pregunta, indaga qué hicieron
 Ellos mismos, ó si acaso
 No nos dieron el ejemplo.
 ¿ Callas ?... ¿ dudas ? ¿ ó presumes
 Que seremos los primeros
 En burlar la tiranía
 De unos padres indiscretos ?...
 No, Ines mia ; tú me amas ;
 Tú puedes premiar mi afecto
 Con tu mano... ¿ Y la retiras ? *(la accion.)*
 Déjame, yo te lo ruego.

Doña Ines.

(Con abatimiento.)

Don Teodoro. ¿ Que te deje ?...

Doña Ines.

Sí, Teodoro.

Don Teodoro.

A Dios. *(Con resolucion.)*

Doña Ines.

¿ Te vas ?

Don Teodoro.

¿ No te dejo ?

¿ No hago tu gusto ?

Doña Ines.

¡ Tan pronto !

Don Teodoro.

Y para nunca mas vernos.

Doña Ines.

¿ Nunca, Teodoro ?...

Don Teodoro.

Jamás.

Doña Ines.

Pues... á Dios...

(Con suma languidez.)

Don Teodoro.

¿ Lloras ?

Doña Ines.

No puedo

Resistir mas... Pero, dime :

¿ Podré esperar á lo menos
 Que te acuerdes de tu Ines ?

Don Teodoro.

Sí, Ines : yo te lo prometo.

Doña Ines.

¿ Me escribirás ?

Don Teodoro.

Quizá antes

Acabarán mis tormentos :

Tú lo sabrás... Ines mia,
 No te ha de quedar recelo
 De que fué falso mi amor :
 A Dios.

Doña Ines.

Espera un momento...

- Don Teodoro.* ¿ Para qué ?
- Doña Ines.* ¿ Te canso ya ?
- Don Teodoro.* No, Ines ; ¿ pero á qué esponernos Sin fruto ? A qué atormentarnos ?
- Doña Ines.* Ingrato, bien te comprendo : Te soy modesta, y quizá Se ha convertido tu afecto En odio...
- Don Teodoro.* ¿ En odio, mi vida ?
- Doña Ines.* Pero yo no lo merezco ; No, Teodoro : ¡ Dios lo sabe ! Si pudieras ver mi pecho, Tú mismo me disculpáras.
- Don Teodoro.* ¿ Y es posible que te pierdo Con tanto amor ?...
- Doña Ines.* Si, Teodoro ; Mi suerte así lo ha dispuesto
- Don Teodoro.* ¿ No está en tu mano el vencerla ?
- Doña Ines.* No me es posible.
- Don Teodoro.* ¿ Y nos vemos Por última vez ahora ?
- Doña Ines.* ¡ Ay !...
- Don Teodoro.* ¿ Ni nos queda el consuelo De morir juntos ?...
- Doña Ines.* ¡ Dios mio !!!
- Don Teodoro.* ¡ Y yo vacilo un momento ! Ines mia, á Dios, á Dios...
- Doña Ines.* Aguarda... Yo desfallezco...
- Don Teodoro.* Ines mia, hasta la muerte.

(Toma su mano con espresion, en ademan de despedirse : doña Ines se arroja á sus piés : y él procura sostenerla.)

- Doña Ines.* Tuya soy... tuya...
- Don Teodoro.* ¿ Qué es esto, Ines ?
- Doña Ines.* ¡ Ten piedad de mí ! Mi vida misma te entrego ; Mi honor, que es mas que mi vida...
- Don Teodoro.* ¡ Esposa mia !... (Ya puedo Llamarte con este nombre) Mi esposa, mi bien, mi dueño, ¿ Tú arrodillarte á mis piés ?
- Doña Ines.* ¿ Quieres mas ?... Mira cual beso Tu mano, y la riego en llanto...

- Don Teodoro. Alzate.
 Doña Ines. ¿ No estás contento ?
 ¿ Me quieres mas humillada ?
 Don Teodoro. ¡ Tú humillada, cuando debo
 Besar la tierra que pisas !
 Doña Ines. Mi honor, mi honor... Y te ofrezcò
 Ser tu esclava, no tu esposa...
 Don Teodoro. No me traspases el pecho
 Con tus sospechas.
 Doña Ines. ¿ Lo juras?...
 Don Teodoro. Te lo juro por el cielo,
 Por mi vida, por mi amor...
 Pero, Ines, no malogremos
 Ocasion tan favorable...

(Doña Ines muestra abatimiento y profunda distraccion hasta el fin de la escena.)

- Doña Ines. Dispon de mí... Ya no tengo
 Mas voluntad que la tuya.
 Don Teodoro. Juana, Perico, al momento
 A disponer...

(Perico y Juana habrán estado en el fondo del teatro, como hablando en secreto, hasta este punto en que se acercan.)

- Juana. ¿ Es verdad,
 Señorita?... Pero advierto
 Que está usted llorosa...
 Doña Ines. No...
 Juana. Si yo claro lo estoy viendo,
 ¿ A qué oculta usted la cara ?
 Doña Ines. De mí misma me avergüenzo :
 Vuélveme, Teodoro mio,
 Mi inocencia...
 Don Teodoro. Está á cubierto
 Con tu esposo.
 Perico. ¡ Y qué marido !
 Don Teodoro. Pero no perdamos tiempo :
 Vamos, Juana.
 Juana. ¿ Saco ropa ?
 Don Teodoro. Ya me ofende ese silencio ;
 Ines ; ¿ te pesa el ser mia ?
 Doña Ines. No, Teodoro ; pero al menos
 Deja que piense en mi suerte :
 ¿ En eso acaso te ofendo ?

Don Teodoro. Me afliges.

Doña Ines. Harto me pesa ;
 Pero déjame el consuelo
 De llorar... No pido mas.
 ¿Te parece que no he hecho
 Bastante por ti?...

Don Teodoro. Alma mia,
 Pide mi sangre y la vierto :
 Pero no miren mis ojos
 Que lloras en el momento
 Mas dichoso de mi vida.

Doña Ines. ¿No es justo mi sentimiento ?

Don Teodoro. Sí.

Doña Ines. ¿Pues cómo he de olvidarle ?
 ¿No abandono cuanto quiero
 En el mundo ; casa, padres ?

Don Teodoro. ¿Y no sabré agradecerlo ?

Doña Ines. Aquí mismo, aquí nací...

Don Teodoro. Desecha esos pensamientos.

Juana. ¿Con que saco aquel vestido?...

Doña Ines. El que quieras

Don Teodoro. Vuelve presto.

ESCENA XIV.

DOÑA INES, DON TEODORO, PERICO.

Don Teodoro. ¿Porqué tan triste, Ines mia ?

Doña Ines. Temprano, temprano empiezo
 A temer.

Don Teodoro. Pero, ¿qué temes ?
 Quizá aun antes que creemos
 Estemos aquí de vuelta.

Doña Ines. Pero ¡cuánto en ese tiempo
 Va á sufrir mi pobre madre !...

Don Teodoro. ¿A qué viene ese recuerdo ?
 ¿Tienes gusto en afligirte ?

Doña Ines. No puedo, por mas que quiero,
 Dejar de pensar en ella...

Don Teodoro. Piensa en los gustos completos
 Que has de gozar á su lado...

Doña Ines. ¡Hija ingrata, este es el premio
 Que das á tanta ternura !...

Don Teodoro. ¡Qué vano temor ! si luego

- Ella propia ha de alegrarse.
Doña Ines. Y entre los dos cuidaremos
 De hacerla feliz... ¿Lo harás?
Don Teodoro. Tendrá en mí un hijo, no un yerno.
Doña Ines. Pero... ¿y si no me perdona?...
Don Teodoro. No te inquiete ese recelo,
 Ines mia; en nuestros brazos
 Muy pronto la estrecharemos.
Doña Ines. ¡Dios lo quiera! Y si consigo
 Que olvide mi desacierto
 Y me eche su bendicion,
 Nada en el mundo apetezco.
Don Teodoro. ¿No lo has de lograr, mi vida?
 Te ha de perecer un sueño
 Que lo dudaste siquiera.

ESCENA XV.

DOÑA INES, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

*(Juana saca un lio de ropa y un vestido de camino para doña Ines.)**Don Teodoro.* ¿Viene todo?*Juana.* Aunque revuelto.*(Juana coloca el lio sobre la mesa, y viene á poner el vestido á doña Ines que se muestra muy triste y pensativa.)**Don Teodoro.* ¿Qué tienes, mi bien, qué tienes?
 No sabes cuánto padezco
 De verte así.*Doña Ines.* Yo no sé
 Qué triste presentimiento...*Don Teodoro.* No te violentes; suspira
 Con libertad.*Doña Ines.* Si no puedo...*Juana.* Señorita, ¿está usted muerta?
 Teneis tan pesado el cuerpo,
 Que me cuesta...*Don Teodoro.* Ayuda, Ines.*Doña Ines.* Mira, mira como tiemblo;
 ¡Y ten compasion de mí!*Don Teodoro.* Animo, Ines, un esfuerzo,
 Y nos salvamos.*Don Pedro.* Valor!

- Doña Ines. ¡Ay, Teodoro! yo no acierto
A dar un paso...
- Don Teodoro. Yo al lado
Te sostendré.
- Doña Ines. ¿No hay remedio?
¿Por fin, Teodoro?
- Don Teodoro. ¿Ahora dudas?
- Doña Ines. Quizá tú mismo en tu pecho
Me estes culpando...
- Don Teodoro. No, Ines :
¿Imaginas que no aprecio
Tu fineza?
- Doña Ines. ¡Madre mia!
¿Qué será de tí en sabiendo
Mi fuga?...
- Don Teodoro. No te acongojes.
- Doña Ines. Quizá en el primer momento
Me echará su maldicion...
- Don Teodoro. Desecha vanos recelos...
- Doña Ines. Yo voy á ser su deshonra;
Y voy á cubrir de duelo
A una familia inocente...
- Don Teodoro. Por Dios, Ines, no tardemos.

(Conduciéndola.)

Juana. Yo alumbraré hasta bajar.

(Toma la luz y el lio.)

- Don Teodoro. ¡Animo!
- Doña Ines. ¡Qué desconuelo
Cuando mañana lo sepan!...
- Juana. Vamos saliendo con tiento...

(Juana lleva la luz, y va un poco delante de doña Ines : esta camina hácia la puerta, conducida de la mano por don Teodoro : Perico va detras. En este punto suena un fuerte campanillazo, como de llamar á la puerta de la calle : doña Ines va á caer desmayada, y la sostiene Juana, que en el mismo momento deja caer la luz, la cual se apaga. Don Teodoro y Perico muestran la turbacion que es natural.)

- Doña Ines. ¡Ay de mí!...
- Don Teodoro. Ines...
- Juana. Noş perdimos.

- Don Teodoro. ¿Quién será?
- Juana. No sé.
- Don Teodoro. ¿Qué hacemos?
- Perico. Tirarnos por un balcon...
- Don Teodoro. Vamos á ver si podemos
Moverla...
- Juana. Si está cadáver...
- Perico. El diablo mismo la ha muerto,
Para hacer que nos ahorquen...
- Juana. Señorita...
- Don Teodoro. Ines...
- Perico. Mas recio :
¡Señorita!!!
- Don Teodoro. Calla, bruto.
- Perico. Si encontrará un agujero *ap.*
Donde agazaparme...
(*Suena otro campanillazo.*)
- Juana. Aprieta.
- Don Teodoro. No hay que abrir.
- Perico. Ya lo sabemos :
Pierda usted cuidado.
- Don Pedro. (*desde su alcoba*). ¡Juana!
- Juana. ¿Esto tambien?
- Perico. ¿Es el viejo?
- Juana. Él mismo ; y si sale...
- Don Pedro. ¡Juana!!!
(*Desde adentro, y esforzando la voz.*)
- Juana. Vamos á llevarla adentro,
Y ustedes se esconden...
- Don Teodoro. Bien :
(*A Perico.*)
Ayuda aquí.
- Perico. Voy corriendo...
(*Continúa sin hacer caso.*)
Pero es á esconderme. *ap.*
- Don Teodoro. Aprisa.
- Perico. Tengo tan maldito tiento
Para andar á oscuras...
- Don Teodoro. Ven.
- Perico. Ya dí con la puerta... bueno. *ap.*
(*Se entra por la puerta del cuarto de don Pedro, creyendo ser la que conduce á las habitaciones interiores de la casa.*)

ESCENA XVI.

DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

Don Teodoro. ¿Dónde te has metido, infame?

Juana. Perico, vente derecho
Hácia mi voz.

Don Teodoro. ¿No respondes?

(*Suena ruido dentro del cuarto de don Pedro.*)

Juana. Me parece que allá dentro
Suena ruido.

Don Teodoro. ¿Qué hago?

Juana. ¿Y yo?

Si usted no acude, la suelto.

Don Teodoro. Tenla.

Don Pedro (*al salir*). Ladrones!.. ladrones!
No te has de escapar, gran perro.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES,
JUANA, PERICO.

(*Don Teodoro se encamina hácia el lado opuesto á aquel en que suena el ruido; á tiempo que don Luis sale de su cuarto, con una luz en la mano izquierda y en la derecha una espada: doña Ines sigue desvanecida en los brazos de Juana: don Pedro sale con bata y traje de dormir, agarrando á Perico que se desase de sus manos en aquel momento de sorpresa; todos quedan inmóviles y suspensos por un instante.*)

Don Luis. ¡ Infame!...

(*Yendo á acometer á don Teodoro.*)

Don Teodoro. Tened.

Don Pedro. ¿Qué haceis?

Don Luis. Derramar su sangre indigna.

Don Pedro. Pero, sepamos...

Don Luis. ¿Qué mas?

¿No veis á vuestra sobrina
Y á estos malvados?..

Don Teodoro. Yo vine...

Don Luis. ¿A qué?

- Don Teodoro. La hallé... que salía...
- Don Luis. ¡ Vil seductor! Yo sabré
Arrancarte con la vida
La verdad...
- Don Pedro. Tened, don Luis.
- Don Teodoro. Por Dios...
- Don Pedro. Juicio; y no consiga
Perdernos este villano.
- Don Teodoro. Yo... mi honor...
- Don Luis. ¿Veis su osadía?
Aun se atreve á hablar...
- Don Pedro. Mirad
Que en este lance peligra
El honor de Ines y el nuestro.
Calma, don Luis; no se diga
Que nos faltó la prudencia
Cuando mas se requeria.
- Don Luis. ¿Pero ha de quedar impune?
- Don Pedro. Luego hay tiempo: lo que insta
Es cuidar de esa infeliz...

(Don Pedro y don Luis se acercan á doña Ines : don Teodoro permanece á alguna distancia inmóvil y turbado.)

- Ines...
- Don Luis. Apenas respira...
- (Mirando á don Teodoro.)

- ¡Malvado!
- Don Pedro (á Juana). ¿Le has dado agua?
- Juana. Yo por mí me resistía;
Pero...

- Don Pedro. No pregunto eso.
- Juana. Y tambien la señorita;
Pero ellos instaron tanto...
- Don Pedro. Yo la sostendré: una silla

(A Juana.)

Y un vaso de agua... ¿No vas?...

(Colocan en la silla á doña Ines, y Juana recoge del suelo la vela, la enciende, y se va adentro.)

- Juana. ¡Qué cara!... Dios nos asista. ap.

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES,
PERICO.

- Don Luis.* Será una congoja.
Don Pedro. Puede :
 El susto, la lucha misma
 De pasiones, la violencia
 Que la infeliz sufriria...
Don Luis. ¡Malvado, ve aquí tu obra!
 (*A don Teodoro.*)
 ¿No osas levantar la vista ?
 Mira y complácete.
Don Pedro. Juicio ;
 Que no ha sido poca dicha
 Que nos cueste esto tan solo...
 Y sino, por buenos dias
 Nos quedaba que llorar.
 Mire usted si yo sentia
 Con razon tanto abandono ;
 Pero esta infeliz me inspira
 Solo lástima ; su madre,
 Su madre es la que me irrita.

ESCENA XIX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES,
PERICO, JUANA CON UN VASO DE AGUA.

- Don Pedro.* Tráela aquí.
Don Luis. Dadle una poca.
Don Pedro. Me parece que suspira...
 Ines...
Doña Ines. ¡Ay!
Don Pedro. Haz por llorar.
Doña Ines. Juana... ¿quién?...
Don Pedro. Soy yo, Inesita.
 (*Doña Ines mira á un lado y á otro ; y al ver á don Pedro y á don Luis, esclama :*)
Doña Ines. ¡Dónde me escondo, Dios mio!
Don Pedro. Vamos, hija, no te aflijas :
 Ya pasó ; no temas nada.

Don Luis. Beba usted, no le repita
La congoja...

Doña Ines. ¡Por piedad,
Dejadme morir!

Don Pedro. ¿Deliras,
Muchacha?... Estando á mi lado
Ya debes estar tranquila :
Lo sé todo, y te disculpo.

Doña Ines. ¡Disculpame!

Don Pedro. Sí, hija mia.

Doña Ines. No merezco yo ese nombre.

Don Pedro. ¿Porqué?

Doña Ines. Esa bondad misma
Es un puñal para mí :
Reñidme, llamadme indigna
De vuestro amor; insultadme...
Decidme lo que me dicta
Mi corazon; nada mas...
Así veré si se alivia
Este peso que me ahoga...

Don Pedro. Llorá, no temas; suspira...

Doña Ines. ¿No lo haceis... Ríñame usted;
No tema usted que le diga
Ni una palabra siquiera...
Vereis si os oigo sumisa,
Si os pido perdon, y os beso
Los piés.

(*En ademan de arrodillarse.*)

Don Pedro. Levántate, hija,
Y en mis brazos...

Don Luis. Mira, infame,

(*A don Teodoro.*)

La víctima que perdias.

(*Doña Ines vuelve con sorpresa la cara, y ve á don Teodoro, que está á alguna distancia.*)

Doña Ines. ¡Es él!... ¡O Dios!...

Don Pedro. ¿Porqué tiemblas?

Doña Ines. Que se aparte de mi vista;
Yo os lo suplico...

Don Pedro. Aun no sabes

Quién es.

Don Teodoro. Yo solo querria...

Don Luis. ¿Ve usted, ve usted su insolencia?
¿Y quiere usted que reprima
Mi cólera?

Don Pedro. No olvidemos
Que el honor de mi sobrina
Pende de que esto se calle...
La ofensa no es vuestra, es mia;
Y yo sé...

Don Teodoro. Si usted me oyera,
Quizá compadecería...

Don Pedro. No abuseis de mi paciencia :
Sé quien sois, sé vuestra vida,
Vuestros vicios, y la causa
De vuestra fuga... Hija mia,
Da muchas gracias á Dios,
Que ya en el borde te libra
Del precipicio... Sino,
Deshonrada, envilecida,
Abandonada cual otras,
De su infame mano ibas
A recibir tu castigo...

Doña Ines. ¡Me estremezco !...

Don Pedro. Tu familia,
Tus pobres padres, tú propia
Víctimas de la perfidia
De un seductor...

Doña Ines. Me juró
Ser mi esposo; con su firma
Me lo ofreció... Vedla, vedla...

(*Dándole la carta.*)

No os engaño : así encubria
Su intencion; solo así pudo
Persuadirme... Ingrata hija,
No tienes disculpa, no.

Don Luis. No se abata usted.

Doña Ines. Yo misma
Quiero confesar mi crimen ;
Quiero quedar confundida
A vuestros ojos; y luego
Llorar por toda la vida...

Don Luis. Antes debéis consolaros ;
Y que este suceso os sirva
De leccion, no de tormento.

Doña Ines. ¡Ah, don Luis! ¡cuánto me humilla
Esa virtud! Todos, todos
A sonrojarme conspiran.

Don Pedro. ¡Qué maldad!... Si no mirára...

(*Al acabar de leer la carta.*)

Don Teodoro. Ruego á usted que me permita
Decir solo...

Don Pedro. ¿Qué quereis?

Don Teodoro. Sé que es justa vuestra ira;
Que teneis razon en todo;
Que en usted tan solo estriba
Mi suerte, y podeis perderme:
Si lo haceis, la culpa es mia;
Lo sufriré sin quejarme.
Mas ya que por buena dicha
Se ha evitado tanto mal,
Haced la gracia cumplida:
No por mí, no lo merezco;
Pero una honrada familia,
Mi anciana madre infeliz
En quien caerá mi ignominia...
Don Luis. No hay que fiarse.

Don Pedro. Dejadle.

Don Teodoro. Si teme usted que ahora finja,
Don Luis, se engaña usted mucho;
Yo os lo juro: y Dios permita
Que este horror á mi conducta
Me dure toda la vida!

Don Pedro. Id con Dios, infeliz jóven;
Que si es tal vuestra malicia
Que olvidais esta leccion,
Pronto hallareis vuestra ruina.
Solo tengo que advertiros
Que si sé que un solo dia
Permaneceis en Madrid...

Don Teodoro. No lo temais: yo me iba...

Don Pedro. Ya lo sé.

Don Teodoro. Y aun cuando no,
Con mucho gusto lo haria
Por pagar vuestra bondad.

Don Pedro. Y cuenta que alma nacida
Llegue á entender... porque entonces...

Don Teodoro. No me haga usted la injusticia

De creerme ya tan malvado :
 Esta noche, á la hora misma
 Que salga de aquí, me voy ;
 Y no omitiré fatiga
 Hasta abrazar á mi madre...
 ¡Quién sabe!... Quizá afligida
 Con mi culpable abandono,
 Habrá muerto en la desdicha...

Don Pedro. Bien, Teodoro, buen anuncio :
 Quien se enternece no dista
 De la virtud... Id con Dios.

Don Teodoro. Antes dejadme que os pida
 Perdon á todos...

Don Pedro. ¿Qué haceis ?

Don Luis. ¡Qué bondad! ¡cuánto me admira

(*A don Pedro.*)

Don Pedro. Vuestra prudencia! Yo ciego...
 Dejaos de filosofías
 A media noche... Al negocio.

(*Se dirige hácia Perico, que estará en un rincon del teatro.*)

Perico. Bribon, de buena te libras,
 Porque Dios quiere; mas oye :
 Como llegue á mi noticia
 Que hablas, solo una palabra...
 Descuide usted ; que aun me pican
 Las espaldas, y no dejo
 De correr en veinte dias.

ESCENA XX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES,
 JUANA.

Don Pedro. Tambien, en amaneciendo,
 (*Fijando la atencion en Juana.*)

Se hará una limpia por casa...
 Idos, Teodoro, por Dios ;
 No vuelvan los que llamaban...

Don Teodoro. Os repito...

Don Pedro. No tardeis ;
 Mirad que el tiempo se pasa.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES,
DOÑA LEONCIA, JUANA.

(Al salir don Teodoro, encuentra con doña Leoncia, que viene vestida lujosamente de turca, con una mascarilla en la mano, y entra con precipitacion. Don Teodoro vuèlve á entrar en la sala, y se aparta á un lado.)

Doña Leoncia. ¡No lo dije!... Aquí el bribon...

Don Pedro. Esto solo nos faltaba.

Doña Leoncia. (á Ines). Y tú tambien, picarona...
¿Qué es esto?

Don Pedro. ¿Qué ha de ser? Nada.

Doña Leoncia. ¡Yo lo sabré... indigna hija!

Doña Ines. ¡Madre!

Don Pedro. ¿Estás loca?

(Deteniendo á doña Leoncia.)

Doña Leoncia. ¿Te apartas,
O vive Dios?...

Don Pedro. Tente, loca.

Doña Leoncia. Ya nos veremos las caras
Despues.

Don Pedro. Déjala, y no apures
Mi paciencia.

Doña Leoncia. ¡La malvada!

Don Pedro. Chito.

Doña Leoncia. (á Juana). Y tambien esa infame.

Don Pedro. Chito.

Doña Leoncia. Y el otro canalla
Que encontré al salir... Bribones!

Don Pedro. Muger del diablo, ¿no callas?

Doña Leoncia. Pero ¿qué es esto? ¿qué es esto?...

Don Pedro. ¿No lo ves? Que nos dió gana
De ir de máscara esta noche.

Doña Leoncia. No me estreches á que haga
Un desatino...

Don Pedro. Cuidado,
Que la paciencia se acaba,
Y te has de acordar. ¡No es cosa,
Que siendo la mas culpada,
Nos venga á quemar la sangre!

Doña Leoncia. Pero...

- Don Pedro.* No hay peros que valgan;
Que ya me enfadaste.
- Doña Leoncia.* Hermano,
Si yo solo preguntaba...
- Don Pedro.* ¿Lo quieres saber? Pues oye;
Te lo diré en dos palabras:
A esta pobrecita niña
Le tocó por su desgracia
Una madre vieja y loca;
Se vió sola, abandonada...
- Doña Leoncia.* Por Dios, Pedro...
- Don Pedro.* Ama á un hombre;
Dió crédito á sus palabras;
Quiso salir de tu yugo;
Y si un momento te tardas,
La pierdes y nos deshonoras...
¿Quieres mas?
- Doña Leoncia.* Bien me lo daba
(*A don Teodoro.*)
El corazon... ¡Hombre infame!...
- Don Pedro.* Váyase usted, y no haga
Caso...
- Don Teodoro.* Yo quisiera antes...
- Don Pedro.* Id con Dios; que á ella le basta
Lo que yo le diga... A Dios.

ESCENA XXII.

DON PEDRO, DON LUIS, DOÑA INES, DOÑA LEONCIA,
JUANA.

- Don Pedro.* A veces, don Luis, no alcanza
La paciencia: por un tris
No sucede una desgracia;
Sabe que tiene la culpa;
Y en vez de darme las gracias
Porque callo...
- Doña Leoncia.* Que me ahogo...
(*Echándose sobre una silla.*)
Por Dios, un vaso de agua,
Que me muero...
- Doña Ines.* ¡Madre mia!
¿Qué tiene usted?

- Doña Leoncia.* Pronto, Juana,
Este turbante...
- Don Pedro.* Así fuera...
- Doña Leoncia.* Aflójame la lazada
Del ceñidor...
- Don Pedro.* Con cien años,
Y andar de reina sultana.
- Don Luis.* Ya eso pasó, y nunca mas...
- Don Pedro.* ¿Nunca mas?... Hasta mañana.
- Don Luis.* Con este lance...
- Don Pedro.* No importa:
En dando en ser mentecata
Una vieja, hasta la muerte.
Pero ella allá se las haya;
Que la estafen, que la burlen,
A mí no me importa nada;
Mas por lo tocante á Ines...
- Doña Ines.* Yo sola, yo soy la causa
De estos pesares.
- Don Pedro.* No, hija.
- Doña Ines.* Por mí no hay paz en la casa;
Por mí es infeliz mi madre;
Por mí riñe usted...
- Don Pedro.* Te engañas:
La muy loca...
- Doña Ines.* Y yo quisiera
Que de una vez se cortáran
Tantos disgustos.
- Don Pedro.* ¿Y cómo?
- Doña Ines.* Si mis padres...
- Don Pedro.* Vamos, habla;
¿Qué quieres?
- Doña Ines.* En un convento...
- Don Pedro.* ¿Oye usted á esta muchacha,
Don Luis?... ¡Buena vocacion!
¿Mas porqué no alzais la cara
Y respondeis?... ¡Ah, hijos míos!
Yo no pierdo la esperanza
De daros quizá este nombre.
- Don Luis.* No sabeis cuánto me agrada
En vuestra boca.
- Don Pedro.* ¿Y á tí?...
(A doña Ines.)
No hay que ponerse encarnada;

Que no exijo la respuesta.
Doña Ines. Por Dios, tío, no me haga
 Usted sonrojarme mas;
 Otra mas afortunada...
Don Pedro. Bueno ; lo que tú quisieres :
 Tranquilízate y descansa
 En mí, que yo sé muy bien
 Que el tiempo todo lo allana,
 Y cuando dos se han querido...
 Pero, ¿ qué es eso, muchacha ?
 ¿ Lloras ?

Doña Ines. Mi madre... mi madre...
 Si su cariño me falta,
 No tengo gusto en el mundo.
 ¿ Está usted muy enfadada
 Conmigo ?

(*Acercándose á su madre con timidez.*)

Don Pedro. Acércate á ver.

Doña Ines. ¡ Madre mia !

(*Abrazando á su madre.*)

Doña Leoncia. ¡ Hija del alma !

¡ Hija ! ! !

Don Pedro. Don Luis, ¿ qué os parece ?

Don Luis. Que no sé lo que me pasa

En este instante.

Don Pedro. Id tambien,

Que me parece os aguarda

Como á un hijo : ello es así...

Pero en el fondo no es mala...

Llegue usted.

(*Don Luis se acerca y besa con respeto la mano de doña Leoncia.*)

Don Luis. ¡ Señora !

Doña Leoncia. ¡ Hijo !

Don Pedro. ¿ Has sentido nunca, hermana,

Un placer igual?... Responde.

Doña Leoncia. Estoy tan avergonzada...

Don Pedro. No hay que hablar ya de ese asunto...

Pero, muger, ¿ te se saltan

Las lágrimas ?

Doña Leoncia. ¡ Hija mia !

(*Volviendo á abrazarla.*)

- Doña Ines.* ¿ Me perdona usted mi falta ?
Me quiere usted como antes ?
- Doña Leóncía.* Déjame, que me traspasas
El corazon... Aquí, Inés,
No te muevas para nada ;
Que aun me parece mentira
Que te tengo ; y por mi causa...
- Doña Ines.* Yo tuve la culpa, yo.
- Don Pedro.* ¿ Volvemos á las andadas ?
¡ Pues es cómoda la hora !..
Vámonos pronto á la cama,
Que es lo que importa ; y cuidado
Que el que vuelva á hablar palabra
De este lance, ahora ni nunca...
- Doña Leoncia.* Tú verás desde mañana
Mi conducta.
- Don Pedro.* Bien está ;
Pero mira que si andas
Otra vez con tonterías...
- Doña Leoncia.* No, no lo temas : mi casa,
Mis hijos, y nada mas.
¿ Sí ?

(*A doña Ines.*)

- Don Pedro.* Tú verás lo que ganas
En ello ; pero sino,
Ya te tengo decretada
La sentencia.

(*Coge del suelo la careta que traía doña Leoncia, y se la muestra.*)

- Di : ¿ la ves ?..
Pues ahora voy á encerrarla ;
Y en viendo torcerse el carro,
Sin hablarte una palabra,
Te la enseño... y ya me entiendes.
- Doña Leoncia.* No haya miedo.
- Don Pedro.* Ella va al arca.
- Doña Leoncia.* No saldrá ; yo lo aseguro :
Estoy muy desengañada.
- Don Pedro.* Será así, pero con todo,
Nada se pierde en guardarla :
¡ Y ojalá todas las madres
Tuvieran otra en su casa !

DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

Nació el 13 de noviembre de 1790 en Veracruz, donde era gobernador su padre, general que dejó muy buen nombre en el ejército español. Su madre doña María del Rosario Cepeda, descendiente, como indica su apellido y comprueban los papeles de su casa, de la sublime Santa Teresa de Jesus, fué tambien señora de extraordinario mérito, tanto que á la temprana edad de 42 años la concedió la ciudad de Cádiz, su patria, honores de regidora perpetua, de resultas de unos exámenes públicos en que se distinguió singularmente.

Don Manuel Eduardo de Gorostiza y Cepeda se hizo conocer en Madrid por los años de 15 ó 16, dando sucesivamente al teatro sus celebradas comedias *Indulgencia para todos*, *Don Dieguito*, *Las costumbres de antaño*, *Tal para cual* y algunas pequeñas piezas de circunstancias que fueron muy bien recibidas, principalmente despues de restablecida la constitucion el año 20, sistema político que adoptó con ardor, y cuya caida le obligó á emigrar á Inglaterra. Allí fué buscado por los mejicanos, que tratando de hacer reconocer su independencia en las principales córtes de Europa necesitaban para ello agentes hábiles, y habiéndose valido de Gorostiza, desempeñó tan bien su comision en Holanda, en Prusia y en otros paises, que pocos años despues se le vió en Lóndres de ministro plenipotenciario, y luego dos veces en Paris, haciendo el tratado de comercio y alianza con el gobierno francés.

Por entonces fué cuando en algunos momentos de desahogo en medio de sus graves tareas diplomáticas, compuso su tan celebrada comedia *Contigo pan y cebolla*, que es una de las mejores suyas, y que probablemente inspiraría á M. Eugenio Scribe su pieceta titulada *Une chaumière et son cœur*. Se trasladó luego á Méjico, en donde fué nombrado individuo del consejo de gobierno, y allí compuso algunas comedias, que se representaron en aquel teatro, pero cuyos títulos ignoramos. Murió algunos años despues, creemos que hallándose todavia en Méjico.

INDULGENCIA PARA TODOS

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS. — DON FERMIN DE PERALTA, vecino de una villa de Navarra, y padre de DOÑA TOMASA, y de DON CÁRLOS, amigo de DON SEVERO DE MENDOZA, caballero vizcaino, aunque con su familia establecida en Castilla, y tratado de casar con doña Tomasa. — DON PEDRO ARISMENDI, alcalde mayor del pueblo, y amigo de don Fermin. — COLASA, criada de doña Tomasa. — GASPAS, criado de don Severo de Mendoza.

La escena se figura en una villa pequeña de Navarra.

La acción principia á las seis de la tarde, y da fin á las doce del día siguiente.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de la casa de don Fermin, adornada con decencia, pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con algun otro cuadro, etc., y esta sala tendrá dos puertas; una que conduce á la entrada de la casa, y será la del foro, y otra que conduce á las habitaciones de la familia.

ESCENA PRIMERA.

DON FERMIN Y DON CÁRLOS.

Don Fermin. ¿Con que hoy llega?
Don Carlos. Sí, señor,
 Hoy mismo, ó miente la carta
 Que acabo de recibir
 De don Jaime.

Don Fermin. Su tardanza
 Me empezaba á dar cuidado.

Don Carlos. Pues á fe que no me daba
 A mí ninguno.

Don Fermin. ¿Y porqué?
Don Carlos. Porque fuera una bobada.
 En un camino, señor,
 La menor cosa embaraza,
 Y detiene y descompone.
 Además no encuentro tanta
 La diferencia. Él nos dijo
 Que llegaría sin falta

- El lunes, y llega el martes.
Don Fermin. Ya se ve. Con la cachaza
 Que gastan los mozalvetes
 Ahora, nada importa nada.
 Lunes dijo; y llega martes :
 Lo mismo es.
- Don Carlos.* La cuenta es clara.
 De todos modos un dia
 Mas ó menos...
- Don Fermin.* Hombre, calla
 Con Barrabas, y no digas
 Disparates. Que el que viaja
 Por interes ó capricho
 Se engañe en su cuenta, vaya
 Con mil diablos; pero un novio
 A quien espera la blanca
 Mano de una doncellita,
 Por fin y postre, ¿no es gaita
 Que se venga equivocando
 A la primera jornada?
- Don Carlos.* A veces...
- Don Fermin.* Nunca hay disculpa.
 Ahora y siempre quien se casa
 Debe conocer al menos
 El almanaque.
- Don Carlos.* Tomasa
 No juzgará ciertamente
 A su novio con tan rara
 Severidad.
- Don Fermin.* Que lo juzgue
 Como quiera. Todo cambia,
 Y en todo hay moda. Por eso
 No estrañaré que á tu hermana
 Le parezca una lindeza,
 Lo que en mis tiempos bastaba
 Para aguar mas de mil bodas.
- Don Carlos.* Ya tenemos en campaña
 Aquellos benditos tiempos.
- Don Fermin.* No que no. Si fuera chanza...
 Por mucho menos tu tia
 Doña Leonor de Peralta
 Y Quincoces dió á su novio
 Unas sendas calabazas,
 Sin mirar que era marques,

Y rico, y tonto.

Don Carlos. ¡ Ay que es nada
Lo del ojo! Y diga usted
¿ Porqué hizo tal mogiganga
La buena doña Leonor?

Don Fermin. Yo lo diré; pues me hallaba
Precisamente en la iglesia
Cuando el caso. Todo estaba
Preparado : el organista
En su puesto : las arañas
Encendidas : los chiquillos
A la puerta, y las tapadas
Muy cerquita de la novia
Para ver si se cortaba.
Solo en fin, faltaba el cura
Para casarlos.

Don Carlos. Pues falta
Era.

Don Fermin. No tanta, que estuvo
La cosa mas apurada
De lo que á tí te parece.
El sacristan era rana,
No lo niego, y aun el mejor
Tabernero de Navarra,
Segun dijeron entonces;
Pero él solo fué la causa
De todo, con las mejores
Intenciones, y las mas malas
Resultas que puede haber.

Don Carlos. La intencion siempre le salva.
Don Fermin. Sí; pero ¿ á quien se le ocurre,
Sin esperar á que salga
El cura, y por abreviar
Y pillar pronto las tarjas,
El decir á novio y novia,
Que las manos se tomáran?
Ya se ve, el pobre cuitado,
A fuerza de amor, estaba
Como están todos los novios,
Sin saber lo que les pasa,
Ni lo que hacen, y por dar
La mano derecha alarga
La zurda, y zas, mi marques
Equivoca la estocada.

Don Carlos. ¡Oiga y qué lance!

Don Fermin. Tu tia

Era muy buena. Una santa
Casi, casi; pero en punto
A el honor muy delicada.
Así, ó porque tuvo agüero,
O porque le diese rabia
Al ver que todos riyeron
Del marques la borricada,
Lo cierto es, que una congoja
Le dió allí mismo tan larga,
Que la tuvimos por muerta.
El doctor, que la enterráran
Dispuso ya.

Don Carlos. ¿Y se enterró?

Don Fermin. No; porque como esperanzas
Nos diera el sepulturero,
Quisimos ver si acertaba,
Y quiso Dios que acertase.
Pero ¡ay Carlos! ¡qué mudanza!
Luego que tornó á la vida,
Dijo que no se casaba,
Y no se casó, no hay mas,
Que no se casó.

Don Carlos. Pues basta,
Y sobra cuanto habeis dicho
Para probar que se amaba
De otro modo en vuestros tiempos;
Pero, padre, está mi hermana
En un caso muy distinto
Que su tia. Si el novio tarda,
Ignoramos los motivos.
Dejad que llegue, y la causa
Sabremos.

Don Fermin. Lo que te digo
Es, que entonces no escapára
Tan aínas.

Don Carlos. Señor, entonces
Una mula se encojaba
Con igual facilidad
Que ahora. Tambien en posadas
Quedaban trasconejados
Gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompía,

Si un zagal se emborrachaba,
 Como se rompen y aturcan
 Los presentes; si en España
 No se andaba por los aires,
 Dígole á usted...

Don Fermin.

Que me cansas,
 Y me secas y fastidias :
 Basta ya por Dios. ¿Colasa?

(Desde adentro.)

Colasa.

¿ Señor?

Don Carlos.

Otras son las cosas
 Que á mí me asustan.

Don Fermin.

¿Qué?

Don Carlos.

Nada.

Don Fermin.

Vaya, dilo, no me vengas
 Ahora con medias palabras
 A guisa de covachuelo.

Don Carlos.

Pues, señor, no es la tardanza,
 Que es el genio de mi amigo
 El que solo me acobarda :
 Su genio, su poco mundo,
 Su austeridad, su...

Don Fermin.

¿ Muchacha?

(Llamando.)

Esta maldita está sorda.

ESCENA II.

COLASA Y LOS DICHOS.

Colasa.

¿ Mande usted?

Don Fermin.

¿ Dónde te hallabas,
 Diablo, que siempre es preciso
 Desgañitarse?

Colasa.

¡ Caramba!
 Despues que estoy todo el dia
 Hecha un azacan, regaña
 Usted.

Don Fermin.

Muger, no es reñir,
 Es preguntar dónde estabas,
 Y qué hacias.

Colasa.

Limpiar el cuarto
 Del huésped, hacer la cama,

- Y tenerlo todo pronto
Para cuando llegue.
- Don Fermin.* Brava
Mozuela. Y dime, ¿qué colcha
Has puesto?
- Colasa.* ¡Toma! la blanca
De damasco.
- Don Fermin.* Te confieso
Que temí no le encajaras
La de filipichin.
- Colasa.* Bueno
Hubiera sido.
- Don Fermin.* Y la tohalla,
El espejo, la escobilla,
El jarro y la palancana,
¿Está todo en su lugar?
- Colasa.* Todo está.
- Don Fermin.* Pues ahora, marcha,
Y clávate en el balcon,
Sin andar en garambainas,
Ni muecas con el herrero
De enfrente; y avisa, Colasa,
En sonando campanillas.
- Colasa.* Para autorizar las casas
Nunca hace falta una mona,
En tanto que haya criadas.
- Don Carlos.* Ya está aquí nuestro don Pedro.
- Don Fermin.* ¿Qué don Pedro ó calabaza?
- Don Carlos.* ¡Toma! el alcalde mayor.

ESCENA III.

DON PEDRO Y DICHS, MENOS COLASA.

- Don Fermin.* ¡Jesus, qué milagro! vaya,
No esperaba tan temprano
A usted.
- Don Pedro.* Usted es la causa,
Amigo.
- Don Fermin.* Pues me lo cuelgo
Con gusto.
- Don Pedro.* Anoche quedaba
Usted con tal impaciencia
Por su yerno, que...

- Don Fermin.* Mil gracias ;
Mas ya salí del cuidado.
- Don Pedro.* ¡Ola!
- Don Fermin.* Sí señor. La carta
Que veis es de aquel don Jaime,
Un hidalgo de Tafalla,
Que antes fué torero...
- Don Pedro.* ¿Aquel
Que vive en la misma plaza
Entre el cura y la botica?
- Don Fermin.* El mismo que viste y calza.
- Don Pedro.* ¿Y qué dice el buen hidalgo?
- Don Fermin.* Dice que durmió en su casa
Antes de anoche mi yerno,
Y que hoy llegará sin falta
A la tardecita.
- Don Pedro.* Sea,
Pues que tanto se deseaba,
Mil veces enhorabuena.
- Don Fermin.* Mucho, en verdad, me alegráa
Si ya estuviese hecho todo;
Porque á lo menos me ahorra
De camorras.
- Don Pedro.* ¿Qué camorras?
En cosa ya tan tratada,
Y que tanto os acomoda,
No se debe hablar palabra,
Y dejar obrar al tiempo.
- Don Fermin.* Pues ahí verá usted. Acaba
Ahora mismo el señor mio
De volver á las andadas,
Y repetir cuanto dijo
Anoche.
- Don Carlos.* Si me dejára
Usted hablar...
- Don Fermin.* ¡Dios nos libre!
- Don Carlos.* La ventura de mi hermana
La encuentro comprometida :
Ella será desgraciada
Sin duda. Siempre lo dije,
Y lo diré mientras haya
Remedio.
- Don Fermin.* ¿Pues tú no fuistes,
Hijo ó demonio, la causa

De saber yo que existia
 Tal hombre? ¿No le alababas
 A troche y moche? ¿Te acuerdas
 Cuando fui por tí á Vergara,
 Qué pesado y qué chinchoso
 Estuvistes con las raras
 Prendas, y torna las prendas,
 Y el talento, y la motriaca
 De tu amigo, hasta obligarme
 A que le vieses y tratára?
 Y entonces ¿de que te admiras
 Si me gustó? ¿porque estrañas,
 Que no siendo un pelagatos
 Ademas, para Tomasa
 Le haya escogido? Su padre,
 Que se casó en Salamanca,
 Siendo jóven y estudiando
 Lo que allí enseñan, gastaba
 Coche, y era un caballero
 A quien yo traté en mi infancia,
 Y con quien siempre seguí
 Correspondencia por cartas.

Don Carlos. Lo mismo que dije entonces,
 Repito ahora; y si palabra
 Me da usted de no enfadarse,
 Esplícáre lo que llama
 En mí una contradiccion.

(*A don Fermin.*)

Don Pedro. Oigámosle.

Don Fermin. ¿Sí? pues charla
 Cuanto quieras, hijo mio;
 Te concedo carta blanca.

Don Carlos. Don Severo de Mendoza
 Es un hombre á quien la sabia
 Naturaleza ha tratado
 Con tal indulgencia y tanta
 Prodigalidad, que apenas
 Se encuentra entre las humanas
 Ciencias, una, no que ignore,
 Sino en que no sobresalga.
 Su talento, aplicacion
 Y lectura : su estremada
 Facilidad para cuanto

Quiere aprender, y que allana
 En su favor los escollos,
 Que á tantos detienen, causan
 Verdadera admiracion.

Yo le conocí en Vergara,
 En donde de humanidades
 La cátedra profesaba,
 Y en donde tuvo principio
 La amistad que nos enlaza;
 Su figura es agradable,
 Su corazon noble; se halla
 En aquella edad preciosa
 En que ya desenrolladas
 Nuestras facultades, pueden
 Realizar sus esperanzas.

Don Pedro.

¿Qué edad tiene?

Don Carlos.

Treinta y cinco.

Don Fermin.

Sí, sin lo que anduvo á gatas.
 El año de ochenta y cuatro...

Don Carlos.

En fin, una sola mancha
 Desluce cuadro tan bello,
 Y un defecto es el que se halla
 En él.

Don Fermin.

¿Y cuál?

Don Carlos.

No tener

Ninguno.

Don Fermin.

¡Miren qué tacha!

Don Carlos.

Aun mas de lo que os parece,
 Que la popia desconfianza
 Es solo quien nos inclina
 A escusar ajenas faltas.
 Tiene el hombre mil tiranos,
 Que le sujetan ó arrastran,
 Que le empujan ó detienen,
 Que le humillan ó levantan :
 El interes, la opinion,
 Las pasiones exaltadas,
 Los encontrados deberes,
 Las distintas circunstancias
 En que cada cual se encuentra,
 Son otras tantas borrascas
 Donde el piloto mas diestro,
 Sino perece, naufraga.
 Y bien, ¿cómo exigiremos

Indulgencia y tolerancia
De quien jamas ha sufrido,
De quien ignora las varias
Vicisitudes que afligen
Nuestra existencia precaria?
Este es el caso, señor,
Del novio. Desde su infancia
Fué conducido al colegio;
Allí dió tanta esperanza,
Sus progresos fueron tales,
Que sus mismos camaradas,
Y los profesores mismos
Vencieron su desconfianza,
Y le obligaron á que
Se opusiese á la espresada
Cátedra en lugar de irse
Con su padre á Salamanca,
Como quiso : hace, en efecto,
Esta oposicion, la gana,
Y desde entonces gustoso
Se dedica á la enseñanza
De aquellos que poco antes
Sus iguales se juzgaban.
Sin embargo, en nada influye
Esta rápida mudanza
Para sus inclinaciones :
Desde su estudio á las aulas,
Desde su casa al colegio
Su vida entretiene y pasa
Sin mas trato que sus libros ;
Y aquesta pasion le aislára
De suerte que desconoce
El suelo que pisa. Su alma
Engañada, enardécida
Por lecturas exaltadas,
Otra existencia se crea
Tan ficticia como vana.
Grecia y Roma en su universo :
Las virtudes celebradas
De sus hijos, son las solas
Que le admiran y le inflaman :
Con él no hay medio : á su lado
No se disimula nada ;
Y merece su desprecio,

Sino vive á la Espartana
 Él que le quiere tratar.
Don Fermin. ¿Y qué consecuencia sacas
 De toda esa relacion
 De méritos?

Don Carlos. Una y clara.
 Que quien no conoce el mundo
 Sino por libros, quien trata
 De encontrar en cada hombre
 Un Caton, mucho se engaña
 A sí mismo, y mil pesares
 Para los demas prepara.
 La perfeccion está lejos
 De nosotros por desgracia;
 Y el que se juzga perfecto,
 Mal podrá sufrir las trabas
 Que el lazo social impone,
 Ni tolerar con cachaza
 De una muger los caprichos,
 De un amigo la inconstancia,
 De un hijo los devaneos,
 O de un suegro la acendrada
 Impertinencia.

Don Fermin. Pues, mira,
 Pienso que esos alpargatas
 Que dices, no dejarian
 De tener una manada
 De chiquillos, como tiene
 Cualquiera que ahora se casa;
 Y no obstante...

Don Carlos. Es que la historia
 Nos recuerda las hazañas;
 Pero no las peloterias,
 Que dentro de puertas pasan.
 Tomasa, señor, es viva,
 Y en Madrid acostumbrada
 Al buen trato y diversiones,
 No me parece muy ardua
 Empresa pronosticar
 Que no será afortunada,
 Teniendo siempre á su lado
 Un censor, que la eche en cara
 Hasta lo mismo que forma
 La existencia de una dama.

Tal es mi opinion. Usted
 Hacer podrá de su capa
 Un sayo, nada me importa,
 Pues cumplí con la sagrada
 Obligacion que tenia.

Don Fermin. Señor don Pedro de mi alma,
 ¿No es verdad que cuanto dice
 Este mozo es una sarta
 De desatinos?

Don Pedro. No tal.
 Las reflexiones que acaba
 De manifestar don Cárlos
 Antes bien son muy sensatas.

Don Fermin. ¿Qué dice usted?

Don Pedro. Lo que digo :
 Que no arriendo la garancia
 A Tomasita, si el novio
 Es tal cual nos le retrata
 Su hermano.

Don Cárlos. Nada pondero.

Don Pedro. ¿Y á Tomasita le agrada

(A don Fermin.)

Don Fermin. Ese carácter adusto?
 No lo sé; pero apostára
 A que sí; pues ella y todas
 Lo que quieren es casaca.

Don Pedro. ¿Se conocen?

Don Fermin. No se han visto

Jamas.

Don Pedro. Y la repugnancia
 De su hermano ¿no la asusta?

Don Fermin. Como está bién educada,
 Nunca tuvo voluntad
 Propia.

Don Pedro. ¿O á manifestarla
 No se atrevió nunca? Amigo,
 Vamos claros : la muchacha
 Puede que felice sea ;
 Pero boda cimentada
 Sobre bases tan endeblés,
 Promete cortas ventajas.

Don Fermin. Pero, señor, ¿qué remedio
 Tiene el asunto? Avisada

Ya la parentela, escrito
 Al tio sumiller, las galas
 Compradas, y en casa... vamos,
 No es posible. Campanada
 Igual ni un negro la diera.
 Tampoco se desbarata
 Con esa facilidad
 Un lazo, en que interesadas
 Están dos nobles familias.
 Así, pues, yo aconsejára
 Se ensayase solamente
 Un medio...

Don Pedro.

Don Fermin.

¿Alguna demanda
 Ante el vicario ?

Don Pedro.

No es eso.

Don Fermin.

Pues lo que es ir la sala
 No me atrevo : lo confieso.
 Tengo mi casa atrasada
 De tal modo con la guerra...
 Luego, ya ve usted las cargas
 Que se pagan, el granizo
 Que sufrimos por marzo.

Don Pedro.

¡Anda !

Ya escampa y llueven guijarros.
 No, don Fermin, no se zanja
 Tamañas dificultades
 Con pleitos, y aquel que trata
 De componer un asunto
 De familia sin jaranas
 Ni ruidos, nunca conviene
 Que empiece rompiendo lanzas.

Don Fermin.

Pues eso quise decir.

Don Pedro.

Ahora bien, yo me inclinára
 A que inventásemos juntos
 Un buen ardid, que de chanza
 Tuviese el nombre, y que fuese
 Una leccion que enseñára
 A ese filósofo grave,
 Que todos á igual distancia
 Están de la perfeccion,
 Y que...

Don Fermin.

Ya estoy. Usted trata
 De que caiga de su burro,
 ¿ No es verdad ?

Don Pedro.

Pues.

Don Fermin.

Y de que abra

Los ojos, y reconozca
Que él es de la misma pasta
Que su padre y que su madre,
¿No es así?

Don Pedro.

Cabal.

Don Fermin.

Pues basta,

Corre de mi cuenta.

Don Pedro.

¿Cómo?

Don Fermin.

Lo dicho, dicho. Mañana
Estará mas blando el hombre
Que una breva.

Don Pedro.

Pero...

Don Fermin.

Nada :

Fíese usted en mí. Se hará,
Y usted me dará las gracias.

Don Pedro.

Pero, en fin, sepamos cómo.

Don Fermin.

Mañana al romper el alba
Tomo la mula, y me voy
Al convento de las Claras.
Conozco allí al capellan,
Que es un piquito de plata,
Todo un hombre, que estuvo
Consultado por la cámara
Para una racion en Ceuta;
Y á saber donde se hallára
En el día, si él no la hubiera
Renunciado ; pero, vaya,
Lo que él dice : vale mas
Servir con mucha eficacia
Media docena de madres,
Que agradecen y que pagan,
Que no meterse en cabildos.
Al grano por Dios.

*Don Pedro.**Don Fermin.*

Cachaza,

Que no seré muy difuso.
Digo, que mi confianza
Entera la deposito
En la prudencia, en la labia
De este docto sacerdote ;
Que lo traeremos á casa,
Y en dos ó tres encerronas
Le pondrá como una malva.

Don Pedro. ¡ Ay, don Fermin ! y cuán poco
 Conoce usted nuestra humana
 Flaqueza ! ¿ Usted se figura
 Que se curan con palabras
 Los ridiculos, los vicios
 Que la educacion arraiga
 En nosotros ? ¿ Usted piensa
 Que una obra cimentada
 Por el tiempo y la costumbre,
 Se destruye ó desbarata
 Con retóricos discursos ?
 Pues no, amigo, usted se engaña.
 El hombre es tan material,
 Que para que se persuada
 De un error, es fuerza que antes
 Se enteren y satisfagan
 Los sentidos ; que lo toque,
 Que lo vea, que la acerada
 Espuela del desengaño
 Sienta, y sufra...

Don Fermin. Con qué ¿ nada
 Aprovecha un buen talento ?

Don Pedro. ¿ Quién dice que no ? Él acaba
 La conversion, apreciando
 Las ventajas que se ganan,
 Y los riesgos que se evitan.

Don Carlos. Es el cachetero.

Don Fermin. Calla.

Don Pedro. Ejemplos y no sermones
 Es mi receta.

Don Fermin. Pues caigan
 Mas ejemplos sobre el novio,
 Que pelos quiere una calva,
 Y amigos tiene un ministro.

Don Pedro. ¿ Con que ustedes me dan amplias
 Facultades ?

Don Fermin. Sí señor.

Don Pedro. Pues, amigos, oid mi traza,
 La escalera de la vida
 Está con jabon untada,
 Y el que baja mas confiado,
 Si se descuida, resbala,
 Y da con su cuerpo en tierra
 Como los demas : se trata,

Me parece, de que el novio
 Dé tambien su costalada,
 Para que luego no riña
 A los que en el suelo se hallan.
 Pues bien, pongamos chinitas
 De trecho en trecho; y si baja
 Él tropezará.

Don Fermin.

Asi sea;

Pero temo que la trampa
 Llegue á conocer, la evito,
 Y despues á carcajadas
 Se burle y mofe de todos.

Don Pedro.

No tal, que nadie se escapa
 Sin su chichon en la frente
 Al menos.

Don Fermin.

¿ Y si pesada

Le pareciese la burla,
 Y se picase?

Don Pedro.

Si alcanza

La medicina, no importa
 Que nuestro enfermo al tragarla
 Se queje un poco; que luego
 Sano, nos dará las gracias;
 Y sino alcanza, tampoco
 Importa un pito; pues clara
 Prueba será qué su mal
 No tiene cura.

Don Fermin.

Pues nada

Nos detenga.

Don Pedro.

Principiemos

Por decirle, que Tomasa
 No está en casa; y el papel
 De una jóven desgraciada
 Y sensible podrá entonces
 Representar la muchacha.

Don Fermin.

¿ Con qué fin?

Don Pedro.

Yo lo diré.

ESCENA IV.

COLASA Y DICHOS.

Colasa.

¿ Señor, señor?

Don Fermin.

¡ Qué embajada

Será esta!

- Colasa.* ¡ Toma! Que llegan
Ya.
- Don Fermin.* ¡ Ay, Dios!
- Colasa.* Ya están en la plaza.
- Don Fermin.* Pronto, pronto, la peluca,
Dadme los guantes, la caña
Y el sombrero.
- Don Pedro.* ¿ Para qué?
- Don Fermin.* ¿ No es fuerza, pues, que yo salga
A recibirle?
- Don Pedro.* Antes no.
Si hemos de efectuar la farsa
Proyectada, deberemos
Primero sus circunstancias
Comprender, y repartir
Los papeles.
- Don Fermin.* ¿ Dónde?
- Don Pedro.* ¡ Brava
Dificultad! En cualquiera
Parte, aunque sea en la cuadra :
El caso es que nos juntemos.
(Intendenta, comisaria),
(A don Fermin.)
¿ No oye usted cómo vocea
El mayoral?
- Don Fermin.* ¿ La sala
(A don Pedro.)
Que ocupaba el alojado,
Será buena?
- Don Pedro.* Soberana,
Vamos á ella.
- Colasa.* ¿ Y yo qué digo
Si se me pregunta?
- Don Fermin.* Nada ;
Que las mugeres no dicen
Poco cuando están calladas.
- Colasa.* ¿ Y he de callar siempre?
- Don Fermin.* Siempre.
- Don Pedro.* Vamos.
- Don Carlos.* Presto.
- Colasa.* A la ventana
Me vuelvo, que quiero ver
Si aprisa ó despacio baja,

Si entra con el pié derecho,
 Si estornuda ó si se rasca;
 Pues son dignas de notarse
 Las menores circunstancias
 En un hombre tan valiente,
 Como el guapo que se casa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

COLASA.

Al arma, pues, que tenemos
 Nuestro moro ya en campaña,
 Y su porte y su presencia
 Son, á la verdad, gallardas;
 Pero á mí ¿qué se me da?
 ¡Por cierto que es de importancia
 El papel que se me ha dado!
 ¡Qué insulsez! ¡Ay! si me enfadan,
 Les he de pedir á gritos
 Me pongan una mordaza;
 Porque sino... ¡qué se yo!
 Mala es la fruta vedada
 Para las hijas de Adan,
 Y á fe que hay muchas manzanas.
 ¡Callar yo! Si sueño á gritos,
 Como disperta... ¡qué rabia!
 Porque charlar me dejasen,
 Les diera ahora mi soldada
 De este mes. Luego este novio
 Es fuerza traiga una gana
 De conversacion... cual todos.
 Querrá hacerme la confianza
 De su pasion, los temores
 Que le asustan, la esperanza
 Que le anima, sus deseos,
 Sus sacrificios, sus ansias,
 Con toda la letanía
 Que rezan los que se casan,
 Sin conocer del oficio

Las quiebras... ¿y yo una estatua.
 Estaré sin responderle,
 Ni tomar si me regala ?
 No haré tal por vida mia.
 Ya suben : vamos, Colasa,
 Ojo alerta, y no digamos
 Nada que un comino valga,
 Y pueda comprometer ;
 Pero sí, medias palabras,
 Y aun enteras, siempre que
 Sean palabras cortesananas ;
 Pues dicen son muy lucidas,
 Y de muy poca sustancia.

ESCENA II.

DON SEVERO, GASPAR Y COLASA.

(A Gaspar.)

Don Severo. Lo dicho, dicho, Gaspar.

(A Colasa.)

Colasa. Niña ¿ es usted de la casa ?
 Sí señor, soy la doncella
 Que hay en ella.

Don Severo. Pues bien, haga
 Usted, si gusta, el favor
 De anunciarle mi llegada.

Colasa. ¿ A quién ?

Don Severo. A su amo de usted.

Colasa. ¿ No mas ?

Don Severo. ¿ Y qué mas ?

Colasa. No gasta ap.

El hombre mucha saliva
 Si las señas no me engañan,
 No me costará ya tanto
 Callar, como imaginaba.

ESCENA III.

DON SEVERO Y GASPAR.

Don Severo. Y bien, ¿ porqué te detienes ?
Gaspar. Señor, por santa Susana

Bendita, usted reflexione,
Que yo... si...

Don Severo. En vano te cansas :
Toma tu maleta y busca
Otro amo.

Gaspar. Pero...
Don Severo. Escusada,

Para genios como el mio,
Son todas esas plegarias.
Marcha.

Gaspar. Diez años comí
Pan de usted y así se pagan...
Don Severo. Nada te debo.

Gaspar. Cariño.
Don Severo. El que sirve mal, poco ama
Al dueño que le mantiene.

Gaspar. En fin, señor, ¿ una falta
Solo en diez años merece
Que usted me eche de su casa ?

Don Severo. Quien hace un cesto, hace ciento.

Gaspar. ¿ Y que hice yo para tanta
Crueldad ?

Don Severo. Una bagatela,
A la primera jornada
Volverte y dejarme solo
Sin avisarme.

Gaspar. La causa
La sabe usted.

Don Severo. Y es muy justa :
¿ Qué ! Dejarme en la estacada,
Por una muger.

Gaspar. No hay tal,
Y yo no soy tan batata,
Que por mugeres faltase
A mi obligacion.

Don Severo. Repara
En que me dijiste anoche
Lo contrario.

Gaspar. ¿ Yo ?

Don Severo. Tú.

Gaspar. Flaca
Memoria tiene usted.

Don Severo. ¿ Cómo !

¿ Con que no fué por Olalla,

La chica del sacamuelas
Por quien volviste ?

Gaspar. ¡ Caramba !

¿ Pude acaso, despedirme
Antes de ella ?

Don Severo. ¡ Habrá tal mandria !

¿ Con que fué por ella ?

Gaspar. Sí.

Don Severo. ¿ Y Olalla no tiene faldas ?

Gaspar. Si tiene ; pero es mi novia,
Y hay muchísima distancia
De una cosa á otra.

Don Severo. ¡ Por vida !

Ya mi paciencia se acaba.
¿ No es lo mismo una muger
Que una novia ?

Gaspar. Vaya vaya

¿ Con que es lo mismo ?

Don Severo. Sí tal.

Gaspar. ¿ Y se aman lo mismo ?

Don Severo. ¡ Vanas

Sutilezas ! Salte afuera.

Gaspar. ¿ Y se aman lo mismo ?

Don Severo. Marcha,

Te digo.

Gaspar. ¿ A que no responde ?

¡ O razon, lo que tú alcanzas !

¿ Pues reduces al silencio

A los mismos que nos pagan ?

Pero por si acaso, voy

A implorar con eficacia

El favor de don Fermin :

Que tal vez podrán mis lágrimas

Enternecerle : él es suegro,

Pero es hombre y tiene entrañas.

ESCENA IV.

DON SEVERO SOLO.

Bueno fuera pese á tal
Que así al deber se faltase,

Y uno luego se escudase
 Con la causa de su mal :
 No, señor, el criminal
 Cuando halaga su cadena,
 A sí mismo se condena,
 Y pues no tiene disculpa,
 Ya que cometió la culpa,
 Que sufra tambien la pena.
 El alazan corredor
 Halla incómoda barrera
 Que le corta su carrera,
 Que inutiliza su ardor :
 Brama al verla de furor,
 Tasca el freno, su atrevida
 Mano hiere la endurecida
 Tierra ; pero él se detiene,
 Y su ginete previene,
 Por si acaso espuela y brida.
 Así mismo la pasion
 Tambien encuentra barreras,
 Que establecieron severas
 Ya la ley, ya la razon ;
 Que una vez á la opinion
 O al capricho se permita
 Despreciar lo que limita
 Nuestro humano desenfreno,
 Y si hallasen hombre bueno
 Pueden ponerle en su ermita,
 La indulgencia es flojedad,
 La tolerancia simpleza,
 Que indican mucha torpeza,
 O mucha necesidad.
 Yo lo digo con verdad,
 Compadezco al desgraciado ;
 Pero si encuentro un culpado
 Por criminal ó por necio,
 Le doy solo mi desprecio,
 Y sale muy bien librado.

ESCENA V.

DON CÁRLOS y DON SEVERO.

Don Carlos.

¡ Severo !

Don Severo.

¡ Carlos !

- Don Cárlos.* ¡ Por vida
De sanes! abraza, abraza.
¿Cómo estas?
- Don Severo.* Como quien viene
A realizar la esperanza
De su dicha. ¿Y tú?
- Don Cárlos.* Mas gordo
Que un necio.
- Don Severo.* ¿Y tu buen padre?
- Don Cárlos.* Anda
Con el cachican á vueltas :
Y vendrá. ¡Qué! ¿por Tomasa
No me preguntas? Muy tibio
Traes el cariño.
- Don Severo.* Esperaba,
Si te he de decir verdad,
Que su vista me escusára
Tal pregunta.
- Don Cárlos.* Pues no, amigo,
Porque la pobre muchacha
No puede estar en dos partes.
- Don Severo.* ¿Cómo?
- Don Cárlos.* Desde la semana
Pasada está en el convento
Donde niña se educára.
Quiso hacer una novena
A santa Rita de Cásia,
Y fué fuerza darla gusto.
- Don Severo.* ¿Y qué le pide á esa santa
Abogada de imposibles?
- Don Cárlos.* ¿Qué se yo? Pero apostára
A que pide un buen marido;
Que una muger no repara
En gollerías.
- Don Severo.* Segun veo,
Tú siempre el mismo humor gastas,
Y á fe que bien te lo envidio.
- Don Cárlos.* ¿Qué se ha de hacer? No se saca
Otra cosa de esta vida.
Para eso el tuyo no cambia,
Siempre serio y circunspecto.
¿No es verdad?
- Don Severo.* Si es que tú llamas
Seriedad á no gustar

De juveniles borrascas,
Ni de locos devaneos,
Verdad es.

Don Cárlos. Hombre, ¡qué guapa
Pareja hicieras con Flora!

Don Severo. ¿Con quién?

Don Cárlos. Con Flora.

Don Severo. Y esa dama
¿Quién es?

Don Cárlos. Mi novia.

Don Severo. ¿Tu novia?

Don Cárlos. La misma : pues que, ¿mi hermana
Sola ha de ser quien se case?

Don Severo. No por cierto, y si lograrás
Buena eleccion, bien hicieras.

Don Cárlos. ¡Oh! lo que es eso estremada,
Pues la jóven es preciosa.
No merezco descalzarla,
Ya ves, y no soy del todo
Mal pellejo.

Don Severo. Tú la ensalzas
Sobremanera.

Don Cárlos. Es justicia.
Lo que es de la Iglesia al papa,
Y no mas. En fin, tú pronto
Podrás, si quieres, juzgarla
Que no está lejos.

Don Severo. ¿Pues dónde?

Don Cárlos. La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
Lo será luego.

Don Severo. Ignoraba
Que tal parienta tuvieses.

Don Cárlos. ¡Jesus! pues la fecha es rancia.
¿No te acuerdas de mi tio
Don Sempronio de Peralta,
Que siendo oidor de Sevilla,
Pasó luego á la otra banda,
Y allí murió?

Don Severo. No me acuerdo
De tal don Sempronio.

Don Cárlos. ¡Yaya!

¿Con que no te acuerdas?

Don Severo. No.

Don Carlos.

Lo siento.

Don Severo.

Haces muy mal

Don Carlos.

¡Lástima

Como ella!... morirse el pobre

Apenas pasó la charca,

Y antes de hacer pacoilla,

Dejando solo á su amada

Florita por dote un loro,

Un coco vacío, dos cajas

De azúcar, cien apellidos,

Y muchos miles de trampas.

Don Severo.

¡Rica herencia de un indiano!

Don Carlos.

Pero padre que idolatra,

Como buen navarro, á todos

Sus parientes, pronto á casa

La trajo, donde dispuso

Casarme con ella, y trata

De que mi boda y la tuya

Se celebren juntas.

Don Severo.

¡Cuánta

No debe ser tu alegría,

O Carlos, con la fundada

Esperanza de que pronto

Harás feliz á tu amada!

Elia, sin duda, te quiere

Y congenia, y...

Don Carlos.

Tú desbarras.

Ni ella me quiere, ni es fácil

El hallar en media España

Dos genios mas encontrados

Que los nuestros.

Don Severo.

¿Y te casas?

Don Carlos.

Sí.

Don Severo.

Pero ¿tienes certeza

Que no te quiere?

Don Carlos.

En mis barbas

Ella misma me lo ha dicho.

Don Severo.

¿Y te casas?

Don Carlos.

Sí.

Don Severo.

¡Caramba,

Y qué valor!

Don Carlos.

Si ha de ser,

Lo mismo es hoy que mañana.

Padre exige que me case,

Yo no tengo repugnancia
Al estado...

Don Severo.

Ya lo veo.

Don Cárlos.

Ademas, he visto tantas
Que me juraban cariño,
Y entonces me la pegaban,
Que ¿quién sabe si mi Flora
Tendrá, al fin, la extravagancia
De adorarme? Ella es muger
Y yo soy hombre.

Don Severo.

Mil gracias

Por la noticia.

Don Cárlos.

Pues mira,

En estas dos circunstancias,
Y con la ayuda del tiempo
Fundo toda mi esperanza.
La posesion y el amor
Riñen pronto, se separan,
Y cuando mas, la amistad
Suele ser quien la reemplaza.
Así, supuesto que todos
Tarde ó temprano se igualan,
Es fuerza que me concedas
Llevo á todos la ventaja
De empezar por donde siempre
Ellos concluyen.

Don Severo.

¡Qué ganga!

Don Cárlos.

Yo me caso como juego :
Pienso perder cuantas cartas
Apunto, las pierdo, ¡bueno!
Otra cosa no esperaba.
Pero si se dan los sietes
Me trago banquero y banca;
Que solo soy jugador
De bonitas, y quien gana
Con ellas, gana dos veces
Si logra provecho y fama.

Don Severo.

Si tal concepto tuviese
Del bello sexo, me ahorcaba
Primero que me casase.
Qué, ¿yo mismo arriesgára
Al capricho de un buen dado
Mi dicha, la de mi casa,
La de mis hijos... ¡Oh! nunca,

Nunca jamas me casára
 Si tal creyese. Yo busco
 Para mi esposa en tu hermana
 Una muger cariñosa,
 Amable, fiel, moderada ;
 Una madre de familias
 En el cumplimiento exacta
 De los inmensos deberes
 De su estado, una apreciada
 Amiga, cuyo consejo
 Me dirija, y cuya sana
 Doctrina pueda servirme
 De norte , por fin, un ama
 De casa, que cuidadosa
 Sapa dar á tanta máquina
 El impulso conveniente.
 Esto busco.

Don Cárlos. Dime, ¿y si hallas
 En vez del melon que buscas
 Una insulsa calabaza ;
 Qué tal ?

Don Severo. Se indigestaria.
Don Cárlos. Pues por si fuesen mal dadas
 Compra jarave de altea,
 Y tenlo á mano.

Don Severo. ¡Qué gracia !
Don Cárlos. Segun eso, tú no apruebas
 Mi eleccion ?

Don Severo. ¿Quién ? ¿yo aprobarla ?
 Ni por pienso.

Don Cárlos. Pues, Severo,
 Si supieras lo que falta...
Don Severo. Pero hombre ¿qué faltar puede ?
Don Cárlos. No es tampoco una cosaza
 Del otro jueves : simplezas,
 O si tú quieres niñadas
 De mi novia.

Don Severo. Y bien, tu novia...

Don Cárlos. Mi novia está enamorada.

Don Severo. ¿De tí ?

Don Cárlos. No por cierto.

Don Severo. Alabo

La frescura.

Don Cárlos. ¿Importa nada ?

Don Severo. Nada, pues tú conformas.

Don Carlos. ¿Y quieres que me asustára
De una simple niñería?

No por cierto. Flora estaba
Por San Fermin en Pamplona...

Don Severo. ¿Este año?

Don Carlos. Sí, este año.

Don Severo. ¡ Calla !

Y yo tambien: sigue, sigue.

Don Carlos. Allí en la calle, en la plaza
De toros, ó en el paseo

(No se bien dónde se hallaba),

Pero lo cierto es que vió

Un hombre, cuya bizarra

Presencia, cuya finura

Y porte la enamorára.

Desde entonces tan galan

Belianis no se separa

Ni un instante de sui dea

Y le ha jurado constancia

Eterna, bien que mental,

Y un si es ó no es temeraria,

Porque ni sabe su nombre,

Ni su estado, ni su estancia,

Ni su genio, ni siquiera

Si él echo de ver la llama

Amorosa que encendió

Su simple vista en mi amada.

Don Severo. ¡Estraño caso!

Don Carlos. Antes no:

Sino le habló una palabra

En su vida, ¿ cómo diablos

Puede saberlo?

Don Severo. Me pasma

Semejante idolatría.

Don Carlos. Y ahora bien, ¿ es cosa estraña

No tema yo tal rival?

Don Severo. No es temible, mas repara

Que este hecho, sin embargo,

Siempre indica que exaltada

Y novelesca tu Flora

Es un poco estrafalaria,

¿ En qué cabeza, di, Carlos,

Que esté un poco organizada

Puede caber tal amor ?

Don Carlos. En la de mi Flora se halla :
¡ Ha leído tanta novela !...

Don Severo. ¡ Malo !

Don Carlos. ¡ Ah ! no : me equivocaba.
Nunca gustó de novelas ;
Pero es muy aficionada
A los librotos de historia.

Don Severo. Eso es distinto.

Don Carlos. Se pasa
Las noches de claro en claro
Leyendo á nuestro Mariana,
Cuando no son los anales
De Tácito ó la Farsalia.

Don Severo. ¡ Ola ! ¿ Pues sabrá latin ?

Don Carlos. ¿ Latin ?

Don Severo. Pues.

Don Carlos. Si sabrá, vaya,
Al menos el que sabian
Las madres de Santa Clara
Cuando estuvo en su convento.

Don Severo. ¿ Luego estuvo con Tomasa ?

Don Carlos. Precisamente. Si son
Uña y carne.

Don Fermin. ¿ Carlos ?

(Desde adentro.)

Don Carlos. ¡ Gracias *ap.*

A Dios, que ya no podia
Mentir mas ! Mi padre llama,
Y es fuerza ver lo que ordena,
Mas ya sale.

ESCENA VI.

DON FERMIN, DON PEDRO Y DICHOS.

Don Severo. Ya tardaba
A mi impaciencia, señor,
La hora tan afortunada
De estrecharos en mis brazos.

Don Fermin. Apriete usted buena alhaja,
Que bien tiene que apretar,
Si á fuerza de brazos trata
De pagarme mi cuidado.

¿ Es hoy lunes ?

Don Severo.

 Mi tardanza
Fuera en verdad reprehensible,
A no ser involuntaria.

Don Fermin.

Ya es usted buen perillan.
Anoche eran las diez dadas,
Y espera que espera ; sí,
No eran malas esperanzas.
El guisado se pegó,
Y no es estraño, que estaba
Cociendo desde las cinco :
Hasta la maldita gata,
Por entretener el hambre,
Afianzó un capon, que daba
Envidia : no hubo remedio,
Todo lo llevó la trampa ;
Y gracias á las gallinas,
Y á que jamas huevos faltan
En casa, porque sino
La cena fuera ensalada
Muy fresca y muy picadita,
Pero de endeble sustancia
Para estómagos navarros.

Don Severo.

¡ Cuánto me pesa !...

Don Fermin.

 Desgracias
Como las de anoche, nunca,
Nunca se vieron en casa.
La criada medio dormida
Se cayó de la colada
En la caldera, y allí estuvo
Un cuarto de hora.

Don Severo.

 ¡ Muchacha
Infeliz ! Se coceria.

Don Fermin.

No, porque estaba sin agua
Casualmente, mas con todo
Se tiznó manos y cara.

Don Carlos.

Y el susto tambien se cuenta.

Don Pedro.

Si en ello usted no se enfada
Dejarlo para otro dia,
Y sepamos por qué causa
Este caballero pudo
Detenerse.

Don Severo.

 Fueron faltas
De un criado, que no merecen

Vuestra atencion.

Don Fermin.

¡ Calla, calla !

Olvidado se me habia :
¡ Pobre Gaspar ! con la zambra
De anoche está mi cabeza
Como una cesta de ranas.

Don Severo.

¿ Conoce usted á Gaspar ?

Don Fermin.

El pobre cuitado acaba
De hablar conmigo.

Don Severo.

¿ Y ha tenido

La osadia ?...

Don Fermin.

¿ Es menester tanta

Cuando se pide perdon ?
Vaya, que vuelva á tu gracia,
* Y pelitos á la mar.

Don Severo.

Yo quisiera que empleára
Usted mejor mi obediencia.

Don Fermin.

Si le he dado mi palabra
¿ No es fuerza que se la cumpla ?

Don Severo.

Repare usted...

Don Fermin.

No repara

En nada mi caridad.
Si al caido no se levanta,
Solo porque tropezar
No ha debido, ¿ quién pasára
Por las calles ?

Don Severo.

Yo no soy

De ese parecer. El que anda,
Debe saber como pisa,
Y si tropieza, que caiga
Enhorabuena ; pues torpe
El equilibrio no guarda.

Don Fermin.

¿ Y no le he de dar la mano ?

Don Severo.

No, señor, que si trabaja
Por levantarse ; * si suda
Por lograrlo ; si se afana ;
Esta fatiga, este empeño
Dejan recuerdos que bastan
Muchas veces para que
Pueda evitar otras faltas
Iguales ; mas si al contrario
Se le ayuda, y se le halaga,
Lo toma por chiste, y cae
Diez veces cada semana.

Don Fermin. Nunca entendí semejantes
Filosofías. La cristiana
Religion de mis abuelos,
Que ayude al caído me manda
Y no mas. ¿ Es cierto ?

Don Pedro. Cierto.
« La ley castiga las faltas,
« Y el hombre las compadece. »
Por supuesto.

Don Severo. ¡ Qué ignorancia ! *ap.*

Don Fermin. Así, pues, con tu permiso
Me marchó á que Gaspar salga
De dudas.

Don Severo. Perdóne usted :
Mi conducta es arreglada
A mis principios. Jamas
Me separo de la raya
Del deber ; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.

Don Fermin. ¿ Esto dices ?

Don Severo. Esto digo.

Don Fermin. Pues, amigo, quien desaira
Antes de casarse el suegro,
Casado lo descalabra
Cuando ménos, y en verdad
Que esta entrada de pavana
Me gusta muy poco.

ESCENA VII.

DOÑA TOMASA Y DICHO.

Doña Tomasa. Tío,
¿ Se echa vinagre á la salsa
Del pato ? ¡ Ay, Jesús mil veces !

Don Carlos. ¿ Qué te asusta ?

Don Fermin. Alguna rata,
Sin duda, que se pasea,
Segun costumbre.

Doña Tomasa. ¿ Me engaña
El deseo ? ¿ Sois vos, señor ?

(*A don Severo.*)

Don Severo. Y yo ¿ qué soy ?

- Doña Tomasa.* Nada, nada.
Perdonad: mi fantasía,
Si... Cuando... ¡el cielo me valga!
Don Fermin. Desmayóse.
Don Pedro. Sostenedla.
Don Severo. No sé lo que por mí pasa. *ap.*
Don Fermin. Don Severo, ¿qué es aquesto?
Don Severo. Yo ¿qué sé?
Don Fermin. Si habrá entruchada.
Don Pedro. Un poco de éter sería
Muy bueno.
Don Cárlos. No tal, echadla
Agua fresca solamente.
Don Fermin. Sí, que despues calaguala
La daremos para el susto
Que don Severo la causa.
Don Severo. Pero ¿en qué asustarla puedo?
Don Pedro. Ya vuelve en sí.
Don Cárlos. Albricias, alma.
Don Fermin. Hija mia, digo, sobrina,
Responde por Dios... Palabra.
(*A don Pedro ap.*)
¿Cómo se llama hoy la chica?
Don Pedro. Flora.
Don Fermin. ¡Ah! sí: Flora, muchacha,
Vuelve en tí.
Doña Tomasa. ¡Ay Dios!
Don Fermin. Don Severo,
Si Flora en usted repara
Quizá vuelva á desmayarse:
Háganos usted la gracia
De separarse un poquito,
Un poco mas... á la espalda
De nuestro alcalde.
Don Severo. Paciencia. *ap.*
Y veamos en lo que para.
Doña Tomasa. ¿Dónde estoy?
Don Cárlos. En el estrado.
Doña Tomasa. ¿Quién son, pues, estas fantasmas
Que me rodean?
Don Cárlos. Son tu tío,
Un primo que te idolatra,
Con el alcalde mayor;
Y en fin, nuestro don...

- Don Fermin.* ¡Caramba!
¿Qué es lo que vas á decir?
- Don Cárlos.* Es verdad.
- Don Fermin.* ¿Quieres matarla?
- Don Severo.* Pues, señor, estamos frescos : *ap.*
No hay duda que es de una estraña
Brillantez el papelito
Que represento en la casa.
- Doña Tomasa.* Permitid que me retire.
- Don Pedro.* Sí, es mejor : Cárlos, llevadla,
Conducid á vuestra prima.
- Don Fermin.* Que se eche sobre la cama,
Si no quiere desnudarse.
- Don Pedro.* Cuidado con las ventanas
Y las puertas.
- Don Cárlos.* Vamos, prima.
- Don Pedro.* Cubridla bien con las mantas.

ESCENA VIII.

DON SEVERO, DON FERMIN Y DON PEDRO.

- Don Fermin.* ¡Pobre Flora, pobre Flora,
Tan jóven, tan desgraciada,
Señor! cuidado que es obra.
- Don Pedro.* Sosegaos.
- Don Fermin.* Se me traspasa
El corazon siempre que
Sucede.
- Don Severo.* Pues ¿se desmaya
Muy á menudo?
- Don Pedro.* Padece
Unos vapores...
- Don Fermin.* ¡Mal hayan
Los vapores! Nunca, nunca
He conocido en mi infancia
Semejante enfermedad :
Entonces solo se usaban
Indigestiones, viruelas,
Golondrinos, almorranas,
Y otros males conocidos ;
Pero ahora todo es de estringia :
Histérico, nervios, bilis,
Flato ardiente, y calabazas

Fritas, y Dios me perdone;
 Porque me lleva la trampa,
 Notando que hasta el morir
 Ha de ser á uso de Francia.

Don Pedro.

Es preciso seamos justos.
 Una jóven educada,
 Como se acostumbra hoy dia,
 Es fuerza padezca varias
 Dolencias desconocidas
 A sus madres, que ignoraban
 Por necesidad sus nombres:
 Verbigracia: una estremada
 Aficion á la lectura,
 Muchas veces arrebatada
 El color á la cabeza,
 Y de ahí se siguen las bascas,
 Las jaquecas, los vapores,
 Y otros alifafes.

Don Fermin.

¡Brava
 Dificultad! ¿Pues hay mas
 Que no leer?

Don Pedro.

Señor ¿qué dama
 Pudiera alternar entonces
 En cuestiones literarias,
 Como hoy alternan?

Don Fermin.

¿Qué importa?
 Mi madre, que de Dios haya,
 Aunque no supo de letras,
 Siempre estuvo embarazada
 O parida; y esto es, amigo,
 Lo que ser madre se llama.

Don Pedro.

¿Y quién puede disputar
 A mi señora doña Ana
 Lo que ganar así supo?

Don Fermin.

Ademas, ¿qué fruto sacan
 Con todas esas lecturas?

Don Severo.

Poco ó nada, si son malas:
 Si son buenas y escogidas
 Mucho; pues hallarán sana
 Doctrina, máximas puras,
 Ejemplos, modelos, sabias
 Instrucciones...

Don Fermin.

Y tambien
 Embelecocos y patrañas.

Don Severo. Con que ¿no hallará una jóven,
Si lee la historia romana,
Que aprender en la firmeza
De una Porcia, en la constancia
De una Lucrecia?

Don Fermin. Hombre, á luengas
Tierras las mentiras largas.
Esas Porcias y Lucrecias,
Si de cerca se miráran,
Se vieran, ni mas ni menos,
Como se ven hoy las Juanas,
Las Pepas y las Franciscas.
En todo tiempo hubo gaitas,
Severo, y no nos cansemos.

Don Severo. Eso es ya negar...

Don Fermin. Yo nada
Niego; mas sí dudo.

Don Severo. Pero...

ESCENA IX.

COLASA Y DICHOS.

Colasa. La cena.

Don Fermin. ¡Santa palabra!
¿Y Flora?

Colasa. Cena en su cuarto.

Don Fermin. ¿Y Cárlos?

Colasa. Está en la sala

De comer.

Don Fermin. Y diga usted.

(*A don Severo.*)

¿Doña Lucrecia cenaba?

Don Severo. Es natural.

Don Fermin. Pues entonces,
Cenemos todos, que tarda
A mi estómago este instante.

Don Severo. ¡Ay don Fermin! me olvidaba
De entregaros un dinero,
Que me dieron en Tafalla
Para vos.

Don Fermin. Ya me lo avisa
Don Jaime : tiempo hay mañana.

- Don Severo.* Aquí lo tengo yo en oro.
Don Fermin. Pues no quiero : ¡hay tal machaca!
 Vamos, vamos á cenar.
Don Severo. Vamos pues, ¡cosa mas rara!
 ¿Porqué se habrá desmayado?
 No puedo dar con la causa.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA Y COLASA.

- Doña Tomasa.* ¡Qué larguísima es la cena!
Colasa. ¿Y cuándo el tiempo no tarda
 Para el hambriento que aguarda?
Doña Tomasa. La consecuencia no es buena;
 Pues tú sabes que he cenado.
Colasa. Pero os queda el apetito
 De que caiga en el garlito
 Ese novio desdichado.
Doña Tomasa. Dime, Colasa, por Dios,
 ¿Le encontrastes muy galan?
 ¿Es bizarro?
Colasa. ¡Lindo afan!
 Ahora es galan para vos,
 Mas no sé lo que será
 Cuando os santifique el cura.
Doña Tomasa. Gala que tan poco dura
 Muy mala espina me da.
 Sin embargo, te confieso
 Que me ha parecido bien.
Colasa. Si viene á casarse, ¿quién
 Puede, señora, hablar de eso?
 Pues los hombres mas tranquilos
 Son parecidos al paño,
 Y mientras no pasa un año
 Nunca descubren los hilos.
Doña Tomasa. Lo mismo de una doncella
 Dirán con distintos modos.
Colasa. Dicen que es fénix, y todos
 Hablan bien sin conocella.
 Solo un diestro cazador

La ve en sus redes cogida ;
 Mas no temais que en su vida
 Disminuya su valor,
 Que aquel que suda y se afana
 Por coger una nuez verde,
 Trabajo y mérito pierde,
 Si confiesa que está vana.
 Pero hablando de otra cosa,
 ¿Qué esperais, señora, aquí?
 ¿Quereis ser viros de mí?

Doña Tomasa. Antes no, siendo forzosa
 Necesidad que te alejes
 Luego que sintamos ruido ;
 Y si acaso es mi querido
 Severo, sola me dejes.

Colasa. ¿Teneis, pues, que hablar con él?

Doña Tomasa. Mucho tengo que decir.

Colasa. ¿Y qué?

Doña Tomasa. Voile á descubrir
 Un secreto.

Colasa. Con que, infiel,
 Hollando promesa y fe
 ¿Vais á decir la verdad?

Doña Tomasa. ¡Jesus, y qué necedad!
 Cuando me case lo haré ;
 Porque antes muy mal hiciera,
 Y ninguno se casára
 Si una muger encontrára,
 Que la verdad le dijera.
 Ahora esta conversacion
 Solo á esforzar nuestro enredo
 Se dirige.

Colasa. Tengo miedo
 Que como los hombres son
 Ladinos y redomados,
 No descubra la maraña.

Doña Tomasa. ¡Ay Colasa ! les engaña
 Su amor propio á los cuitados.
 Este sexo protector
 Convierte todo en sustancia :
 No temo su vigilancia,
 Temo mas bien su rencor :
 Porque el orgullo ofendido
 Perdona muy rara vez.

- Colasa.* Marido con altivez
No puede ser buen marido.
- Doña Tomasa.* ¿Y á quién tal cosa acomoda?
Por eso y por mi sosiego
Tomo cartas en un juego
En que arriesgo amor y boda.
- Colasa.* No temais ya, que por vos
Con toditas las mugeres
Está amor.
- Doña Tomasa.* ¿Y entonces quieres
Que tema?
- Colasa.* Señora, adios,
Pues siento abrir la mampara.
- Doña Tomasa.* Adios, pues, y el cielo quiera
Que esta mentira primera
No se conozca en mi cara.

ESCENA II.

DOÑA TOMASA.

Quiero sentarme y tomar
Una postura elegante,
Compañera de un semblante,
Que demuestre mi pesar.
Apóyese la mejilla
En la mano; el pié pulido
Descanse como al descuido
En el palo de esta silla.
Mis ojos lánguidos, bellos,
Respiren amor y enojos,
Y encubran tan tristes ojos
Mis desgreñados cabellos.
¡Ay! si un espejo tuviera,
No era dudoso el efecto,
Que un amigo tan perfecto
Ni engañara ni mintiera;
Mas si el destino cruel
Me priva de tal consejo,
Sea el interes mi espejo,
Que otros se miran en él,
Y les sale bien la cuenta.
¿Porqué no ha de ser así

Con mi engaño? Ya está aquí :
 Quiera Dios no me arrepienta.

ESCENA III.

DON SEVERO Y DOÑA TOMASA.

Don Severo.

Vaya, ¡y qué pesados son!
 Tanto beber y brindar,
 Y despues vuelta á empezar
 La eterna conversacion
 Del abuelo don Rodrigo,
 Y del tio don Sempronio :
 Parentela del demonio,
 ¿ Quereis acabar conmigo?
 Yo pienso que hasta mañana
 Permanecen en la mesa
 Segun su ninguna priesa.
 ¡ Buen provecho! A la ventana
 Me voy á tomar el fresco;
 Y á fe que lo necesito,
 Pues este vino maldito
 De Peralta, es un refresco
 Singular para verano.
 ¡ Si quema mas que la lumbre!
 Como no tengo costumbre
 De beber, y este inhumano
 Suegro quiso que bebiese
 Como ellos beben, á estajo,
 No estrañára que un trabajo
 Esta noche sucediese.

Doña Tomasa.

¡ Ay Dios!

Don Severo.

Se quejan, suspiran :
 ¿ Quién? pues... ¡ mas, cielos, qué veo!
 ¿ Es ilusion del deseo
 La que mis ojos admiran?
 ¿ Sois vos, graciosa Florita?

Doña Tomasa.

Sí, señor, la misma soy.

Don Severo.

Mil gracias al cielo doy,
 Pues tan bella os resucita.

Doña Tomasa.

¡ Lisonjas á mí, señor!
 Pienso que os equivocais.

Don Severo.

No sé por qué lo digais.

- Doña Tomasa.* Dígolo, porque mejor
Se empleáran en mi prima.
- Don Severo.* ¿ En quién?
- Doña Tomasa.* En doña Tomasa,
Que aunque está fuera de casa,
Y no os conoce os estima.
- Don Severo.* El amar sin conocer,
No es fácil de concebir.
Porque si amar es sentir,
¿ Cómo se siente sin ver?
- Doña Tomasa.* Gusta el veros de un humor
Tan grato y tan placentero;
Y sacar partido quiero.
- Don Severo.* ¿ Cómo?
- Doña Tomasa.* Pidiendo un favor,
Que espero no me negueis.
- Don Severo.* Disponed, Florita hermosa,
De mi ser.
- Doña Tomasa.* Es corta cosa :
Tan solo que me escuchéis.
Temo, caballero,
Que os ha de cansar
Mi triste relato ;
Pero pues que ya
Fui tan infelice
Que disimular
No supe esta tarde,
Por Dios perdonad ,
Y sabedlo todo,
Porque mi pesar
Ha llegado al punto
En que es fuerza optar
Entre odio y desprecio ;
Y en apuro tal ,
Del odio prefiero
Esperimentar
La herida dudosa
Y no la mortal
Con que los desprecios
Matan sin chistar.
Bien sé que mi tío,
Lleno de bondad,
Habrá disculpado
A mi ceguedad,



Tambien os diria,
Que una enfermedad
Es solo la causa
De todo mi mal.
¡Donosa bobada
De un viejo que ya
Olvidado tiene
Qué cosa es amar!
¡Ay, no ha mucho tiempo
Que mi mocedad
Alegre ignoraba
Del ciego sagaz
Los fieros ardides,
La impune maldad!
Pensaba yo entonces
Que ni el bien ni el mal
Pudieran un dia
Turbar mi horfandad :
Gozosa burlaba
En mi oscuridad
Los titulos vanos,
Las honras que dan
Orgullo á los ricos,
Al triste pesar.
¡Dichosa mil veces,
Si tanta humildad
Con tanta ventura
Pudiesen durar!
Mas no, que huyó luego
Mi felicidad,
Luego que la flecha
Sentí del rapaz.
¡Mal haya este instante
Para mí fatal!
Pues perdí la dicha,
Y hallé en su lugar
Dudas, sinsabores,
Envidia falaz,
Y zelos, y zelos,
Que son el dogal
Que al enamorado
Incomoda mas.
Esta digresion,
Señor, perdonad,

Que una amante lengua
No sabe callar;
Y vamos al caso.
Siete meses ha
Que estuve en la feria,
Allá en la ciudad,
Por la temporada
En que todos van
(Los buenos navarros
Digo) á celebrar
Comiendo y bebiendo
La festividad
Del santo Patrono.
Allí cuando mas
Descuidada estaba,
Ví cierto galán.
Ignoro quien sea,
Que una principal
Muger, por recato
No puede saciar,
Como otras mugeres,
Su curiosidad.
Pero sea quien fuere,
Yo no puedo amar
Sino á aquel que supo
Con solo mirar
Fijar mi inconstante
Grata veleidad.
Volvíme á la aldea,
Creyendo encontrar
En ella el sosiego
Que huyó en la ciudad.
¡ Insensata, cuánto
Me pude engañar!
¿ Sosiego un amante?
Mas fácil es dar
Constancia á la suerte;
Límites al mar.
Si al menos pudiera
En la soledad
Del bosque sombrío
Quejarme y llorar :
Si no me inquietasen,
No fuera yo tan

Desafortunada,
Pero por mi mal
Se empeña mi tío
Que me ha de casar
Con mi primo Cárlos,
A quien yo jamas
Podré hacerle dueño
De una voluntad
Que está enagenada
Y es mala de dar.
En vano les dije
Toda la verdad ;
En balde eché mano
De la seriedad,
Del desden severo,
Del odio mortal,
De cuantos afectos
Pueden demostrar
Mi aserbo disgusto,
Y su necedad.
Todo ha sido en vano,
Y contrarestar
La razon no puede
A su terquedad.
Mi boda y la vuestra
Se han de celebrar
En un mismo dia.
Yo no os digo mas.
Si sois caballero,
Si sabeis amar,
Vuestra cortesía
Puede adivinar
Lo que yo no digo
Y reflexionad
Que el que es bien nacido
Obra como tal,
Y en nada lo prueba
Mas que en respetar
La flaca modestia.
Don Severo, obrad,
No por lo que dije,
Sí porque callar
Debí, y porque os toca
A vos lo demas.

Don Severo. Lo que ahora llevo á entender
No se si deba dudar.

Doña Tomasa. Será porque el desconfiar
Acompaña al merecer.
Mas no perdamos, señor,
Nuestro tiempo en platicar,
¿ Puedo tranquila contar
Con vuestro auxilio y favor?
Al menos por compasion,
Ya que otra cosa no sea,
A esta union que se desea,
A esta aborrecida union
¿ Os opondreis ?

Don Severo. Sí, mi bien,
O quien soy no seré yo.

Doña Tomasa. ¿ Y lo prometéis ?

Don Severo. ¿ Pues no ?

Doña Tomasa. ¿ Y lo juraréis tambien ?

Don Severo. Pongo al cielo por testigo,
Y lo juro á vuestros piés.

ESCENA IV.

DON CARLOS Y DICHS.

Don Carlos. Pues el juramento es
Mas de amante que de amigo.

Doña Tomasa. Señor don Carlos, si en daño
Tan vuestro escuchasteis necio,
Agradeced un desprecio
Que os produce un desengaño.
La ley castiga al sugeto
Que robar lo ageno trata,
Y el amor al que arrebató
La posesion de un secreto.
Culpad vuestra necedad
Que aquí tan mal os sirvió,
Y no os quejeis porque yo
Siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona
Me pusierais á los piés,
No la admitiera, pues es
Vuestro amigo el de Pamplona.

Y pues ya tuve el consuelo
De ver lo que apetecía :
Voy á gozar mi alegría
A solas. Guárdeos el cielo.

ESCENA V.

DON SEVERO Y DON CÁRLOS.

- Don Carlos.* Hombre vil, mal caballero,
Falso amigo, humana fiera,
Engañoso cocodrilo,
O venenosa culebra
Que abrigó mi triste pecho ;
Di, vascongada pantera,
Por casualidad nacida
Entre los montes de Azpeitia...
- Don Severo.* *Carlos,* calla, ¿ estas borracho,
O has perdido la chaveta ?
No añadas mas disparates
A tamañas desvergüenzas.
Qué, para que yo responda
A cuanto preguntar quieras,
¿ Necesitas echar mano
De esas palabras groseras,
Que solo mala crianza
O poca razon demuestran ?
¿ Qué quieres, pues, que te diga ?
- Don Carlos.* Nada ya, porque tu lengua
No puede decirme mas
De lo que sé.
- Don Severo.* Pues bien, cesa,
Cesa ya en tales injurias,
Y el partido que convenga
Mejor á tu situacion
Toma.
- Don Carlos.* Mi intencion es esa.
Y pues el uso establece
Entre hombres de nuestras prendas,
Solo un medio de borrar
Todo género de ofensas,
Ese escojo.
- Don Severo.* Dí cuál es.
- Don Carlos.* Que conmigo al campo vengas.

- Don Severo.* Pues ¿ á qué?
Don Carlos. A satisfacerme.
Don Severo. ¿ Cómo?
Don Carlos. Quedando uno en tierra.
Don Severo. ¡ Bueno! Pero no sabia
 Que romperme la cabeza
 Pudiera satisfacerte.
- Don Carlos.* ¿ Qué quieres? Así lo ordena
 El que llamamos honor.
- Don Severo.* ¿ Qué derecho se reservan
 Entonces las santas leyes?
- Don Carlos.* En semejantes materias
 La opinion y la costumbre
 Deciden.
- Don Severo.* Pero el que piensa
 Con madurez, el que trata
 De seguir siempre la senda
 Del deber y la virtud,
 Debe transigir con ellas.
- Don Carlos.* Si se complace en la infamia,
 Que transija enhorabuena.
- Don Severo.* ¿ En la infamia?
- Don Carlos.* Pues, ¿ y cómo
 Se puede llamar la befa,
 El desprecio, los baldones,
 Que á los prudentes esperan
 En premio de su conducta?
Don Severo. Les sobra en su conciencia.
Don Carlos. Muy bien defiendes tu causa.
Don Severo. ¿ Es confesion ó indirecta?
Don Carlos. Como quieras entenderlo,
 Pero permite que crea
 Que ese tono magistral,
 Esa estudiada elocuencia
 Y una cierta timidez,
 Que á pesar tuyo se muestra,
 Dan á entender...
- Don Severo.* ¿ Qué?
Don Carlos. Tan solo
 Que es mas miedo que prudencia.
Don Severo. ¿ Volvemos á los insultos?
Don Carlos. Al contrario : á mí me alegra
 Infinito que á tu Flora
 Se le ofrezca tan risueña

Perspectiva. Un sempiterno
 Marido con la moderna
 Cualidad de no gustar
 De lances ni de quimeras,
 Es un fortunon desecho.

Don Severo.

¿Callas?

Don Cárlos.

¿Hay toros de cuerda
 En tu lugar? Si los hay
 No asistas, porque se llevan
 A veces sendos porrazos.

Don Severo.

Ya me falta la paciencia. *ap.*

Don Cárlos.

Y siempre es mucho mejor
 Morir de gota serena.

Don Severo.

Hablador de Barrabas,
 Lo que buscas es pendencia,
 Y la tendrás porque calles.

Don Cárlos.

¿Cuándo ha de ser?

Don Severo.

Quando quieras.

Don Cárlos.

Pues ahora mismo.

Don Severo.

Ahora mismo.

Don Cárlos.

¿Tienes padrino?

Don Severo.

¿Tú sueñas?

¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
 O se bautiza, ó se vela?

Don Cárlos.

El ceremonial exige
 La indispensable presencia
 De dos amigos, que juzguen
 Si ambos se matan en regla.

Don Severo.

Yo aquí no conozco á nadie.

Don Cárlos.

Muy bien, y pase por esta.

¿Vamos?

Don Severo.

Vamos.

Don Cárlos.

Oyes, baja
 Poco á poco la escalera,
 Que yo voy por las pistolas.

Don Severo.

Cuidado no te detengas.
 Bueno es que un loco me obligue

(*Aparte yéndose.*)

Mis principios. ¡Qué remedio
 Tiene! Y ¿quién tiene paciencia
 Para sufrir sin motivo
 Dictorios, insultos, befas
 Y provocaciones? Vaya,

Ya no estraño que sucedan
 Dos mil lances cada dia,
 Y que un hombre de prudencia
 Sin gustar de espadachines,
 Muchas veces lo parezca.

ESCENA VI.

DON CÁRLOS, DON FERMIN, COLASA, DOÑA TOMASA
 Y DON PEDRO.

Don Carlos. Señores, oid, escuchad
 Al rey de armas.

Colasa. ¿Qué me ordena?

Don Fermin. ¿Qué quieres?

Don Carlos. Solo deciros
 En dos palabras y media,
 Que gracias á mis ardides,
 Y á su ninguna esperiencia,
 Tenemos ya al señor mio
 Cogido en la ratonera;
 Que vamos desafiados,
 Que las pistolas no llevan
 Sino pólvora, que así
 Es probable que no muera
 Ninguno, que arrepentidos
 De nuestra injusta pendencia,
 Juraremos olvidarla;
 Y yo lleno de terneza
 A mi Flora cederé,
 Y mis derechos con ella;
 Pero como siempre es bueno,
 Que nada de esto lo sepan
 Ustedes por disimulo,
 Irá, que quiera ó no quiera,
 A pasar toda la noche
 Al garito de la Pepa.
 El fastidio, la ocasion,
 Y cierta condescendencia
 Que se debe á los estraños,
 Harán que juegue, y que pierda
 El poco ó mucho dinero
 Que lleve en la faltriquera:
 Y aburrido y descontento

Lo traeré cuando amanezca
A que ustedes, padres graves,
Pongan fin á la comedia.

ESCENA VII.

DON FERMIN, DON PEDRO, COLASA Y DOÑA TOMASA.

Don Fermin. Carlos, mira, escucha, aguarda.

Don Carlos. Sí, llame usted á otra puerta,
Que segun va no le alcanza
Una bala de escopeta.

Don Fermin. ¡Válgame Dios con el chico!

Don Pedro. ¿Cuál era la intencion vuestra
En detenerlo?

Don Fermin. No sé.

Estas armas me revientan,
Que al fin el diablo las carga.

Don Pedro. Déjese usted de simplezas.

¿No las ha visto cargar?

Don Fermin. Sí; pero...

Don Pedro. ¿Pero qué?

Don Fermin. ¡Buena

Pregunta! al fin son pistolas.

Don Pedro. Buenas noches.

Don Fermin. Qué, ¿nos deja
Usted?

Don Pedro. ¿Pues hay que velar
Algún enfermo?

Don Fermin. Quisiera

Saber en lo que paraba.

Don Pedro. Amigo, larga la lleva

Usted entonces; porque
Ahora son las diez y media,
Y hasta las siete lo menos...

Don Fermin. Segun eso, me aconseja

Usted me desnude.

Don Pedro. Y que

Duerma usted á pierna suelta.

Fuera lo demas locura.

Don Fermin. No sé si podré.

Don Pedro. Agur.

Don Fermin. Ea.

Hasta mañana temprano,

¿No es verdad?

Don Pedro.

Sin duda.

Don Fermin.

Buenas

Noches. Nicolasa, alumbra

Al señor... Tú ¿no te acuéstas?

(*A Tomasa.*)

Doña Tomasa. ¿Porqué no?

Don Fermin.

Como es tu novio.

Doña Tomasa. ¿Qué importa para que duerma?

Demasiado velaré

Luego que ya no lo sea;

Porque entonces, los cuidados

Ya ve usted siempre desvelan.

Don Fermin.

Tienes razon, hija mía,

Duerme bien, y toma fuerzas

Para sufrir los cuidados

Que, segun dices, te esperan.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DON SEVERO Y DON CÁRLOS.

Don Carlos.

¿Quién pudiera preveer
Que te cegaras, maldito?

Don Severo.

Todo el que entra en un garito

Ha de jugar y perder.

Así nada es de extrañar

Que yo jugara y perdiera;

Ló que sí me desespera,

Es me dejase arrastrar

Por un loco como tú

A esa lóbraga mansion.

Don Carlos.

Es casa de diversion.

Don Severo.

Es casa de Bercebú.

Don Carlos.

¿Aun la cólera te dura?

¿Qué viste tan malo allí

Que así te altera?

Don Severo.

Yo ví

Un infierno en miniatura,

Y no merece otro nombre,

Porque se deja al entrar
Cuanto puede recordar
Los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
Anegado en porquería,
He visto en un solo día
Lo que no pudiera en ciento.
Sobre una mesa ó bufete
Allí un mandil se descubre,
Que mas empuerca que encubre,
Y al que se llama *tapete*.
Yace encima un mal velon
Moribundo, desdichado,
Quien, á pesar de su estado,
Manifestó la intencion
Que de alumbrarnos tenia;
Mas le faltó un requisito,
Y fué el aceite maldito,
Que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa al redor,
Y por tal luz alumbrados,
Encontramos ya sentados,
Esperando un redentor,
A una porción de estafermos,
Que por ser desaliñados,
Flacos, puercos y estropeados,
Me parecieron enfermos.
Pero ¡ay Dios y qué sudores
Tuve! ¡qué susto me diste
Cuando al oído me dijiste
Estos son los jugadores!
Luego descubrí al banquero
Fumando su cigarrito,
Manejando aquel librito,
O recogiendo dinero.
A bosquejar no me atrevo
Ni sus dedos, ni sus uñas,
Ne se quejen las garduñas,
O chille un cristiano nuevo;
Pero añadiré sencillo,
Que si le encuentro en la calle,
En lugar de saludalle
Le doy mi capa y bolsillo.
Qué juramentos! ¡qué horrores!

¡Qué reniegos! ¡qué porvidas!
 Y otras voces conocidas
 Tan solo entre jugadores.
 Acá gana una *judía*,
 Allí las sotas *se dan*,
 Piérdese un buen *ganarán*
 O quiebra *contra judía*.
 Allí sin sogá, *se amarra*,
 Se *apunta* sin escopeta,
 Sin necesidad *se aprieta*,
 Se *mata* sin cimitarra :
 También *se entierra* sin ser
 Doctor ni sepulturero,
 Y en fin se pierde el dinero
 Sin oír, sin hablar, sin ver.
 Estos, amiguito, son
 Los primores, que sin tasa
 Se encuentran en esa casa,
 Que llamas de diversion.
 Y no siento, ciertamente,
 Haber jugado y perdido,
 Sino el haber conocido
 Pocilga tan indecente.

Don Carlos.

Es verdad; pero disculpa
 Tengo, y sabes que el entrar
 Fué solo disimular.

Don Severo.

No : tú no tienes la culpa :
 Bien lo sé. La culpa es mia,
 Mi confesion es bien clara,
 Y obré anoche, cual obrára
 Un chico de escuela pia.
 Si yo hubiera despreciado
 Tus bravatas, si me rio
 Y no admito el desafio,
 Todo estaba remediado.
 El deber y la amistad
 Me lo mandaban así,
 Y aunque yo lo conocí
 Me cegó la vanidad.
 Luego, ya se ve, quisimos
 Disimular este error,
 Cometiendo otro mayor.
 ¿Y qué es lo que conseguimos?
 Pasar una noche entera

- Mezclados con gariteros,
 Malgastar nuestros dineros,
 Y perder la lisonjera
 Opinion de la honradez.
- Don Carlos.* ¿Y quién saberlo podrá?
Don Severo. La conciencia.
- Don Carlos.* Callará.
Don Severo. ¿Calla jamas este juez?
Don Carlos. Vamos, vamos, ten paciencia,
 Que segun voy entendiendo,
 Aun están todos durmiendo
 En casa; y por consecuencia
 Nuestra falta no han notado.
- Don Severo.* ¿Y los criados?
Don Carlos. ¿Presumir
 Quieres que lo han de decir?
Don Severo. Un secreto en un criado
 Se indigesta luego, luego.
Don Carlos. Es que yo les prevendré
 Que callen.
- Don Severo.* Peor.
Don Carlos. ¿Y porqué?
Don Severo. Porque pierdes criado y ruego.
 Dependier del dependiente,
 Es trocar los frenos, Carlos;
 Y quien llega á equivocarlos
 No deshace fácilmente
 Tamaña equivocacion,
 Lográndose de este modo
 Que uno pierda su acomodo,
 Y el otro su estimacion.
- Don Carlos.* No importa, voiles á hablar.
Don Severo. ¿Al fin te decides?
Don Carlos. Si.
Don Severo. Haz lo que quieras, y dí,
 Pues vas adentro, á Gaspar,
 Que venga sin dilacion.
- Don Carlos.* ¿Tienes algo que mandarle?
Don Severo. Sí : se me ha ocurrido enviarle
 A casa.
- Don Carlos.* Alguna comision
 Para el viejo, eh?
Don Severo. Pues.
Don Carlos. Ya estoy :

Quizá será por dinero.

Don Severo. Hombre, no seas majadero :

Anda si quieres.

Don Carlos. Voy, voy.

ESCENA II.

DON SEVERO SOLO.

¡ Ya mi paciencia se apura!
 No existe mayor tormento
 Que estar uno descontento
 De sí mismo. ¡ Qué locura
 La de anoche, y qué vileza
 Al mismo tiempo! Qué! ¿ Es dable
 Que, jugador miserable,
 Perdiera yo la cabeza,
 Hasta el punto de jugar
 Dinero que no-era mio?
 ¡ Y despues de un desafio!...
 ¡ Y despues de enamorar
 La novia de quien me debe
 Su primera educacion!...
 Pues, señor, en conclusion,
 Soy un picaro, un aleve.
 ¿ Y era yo quien presumia
 No tener ningun defecto?
 ¿ Era yo el hombre perfecto?
 Y al primer tapon... Daria
 Cuanto tengo y tener puedo
 Por morirme ahora, ahora...
 Pero ¡ es tan linda esta Flora!
 ¿ Y quién sabe si por miedo
 Hubieran todos tenido
 Mi prudencia...? A nadie agrada
 Pasar por cobarde... y nada
 Mas simple que enfurecido
 Cuando Carlos me injurió,
 Me acordase que primero
 He nacido caballero
 Que no su amigo... pues no,
 No he sido tan delincuente;
 Y cuanto mas reflexiono
 Encuentro mas en mí abono.

Si Gaspar va diligente,
 Y vuelve con el dinero,
 Antes que este don Fermín
 Me lo pida, ya por fin
 Del mal el menos. Yo quiero
 Suponer por un momento
 Que se ignore lo ocurrido :
 Entonces nada hay perdido.
 Pues bien, tomemos aliento,
 Que quizá no se sabrá,
 Y siempre que en adelante
 Viva mas cauto, es constante
 Que el mundo me apreciará
 Como me apreció hasta aquí.
 Bien dice Cárlos, que soy
 Muy tímido : así desde hoy
 He de ser lo que antes fui.

ESCENA III.

DON SEVERO Y GASPAR.

- Don Severo.* ¿Gaspar?
Gaspar. Señor, os confieso
 Que yo he sido un malandrín,
 Un borracho, un puerco-espín.
Don Severo. Vamos, no hablemos ya de eso :
 Si la primera impresion
 De una culpa nos altera,
 Luego la hacen mas ligera
 El tiempo y la reflexion.
 Así que ya no me irrita
 Lo que ayer juzgué gran culpa.
Gaspar. Cuando mi amo me disculpa *ap.*
 Sin duda me necesita.
Don Severo. Siempre fiel te he conocido,
 Servicial, de buen humor.
Gaspar. ¡Ay que me alaba, señor! *ap.*
 ¿Qué es lo que habrá sucedido?
Don Severo. Y darte una prueba quiero,
 Gaspar, de mi estimacion,
 Enviándote en comision
 A casa.
Gaspar. ¿Por?

Don Severo.

Por dinero.

Gaspar.

¡Ya!

Don Severo.

A mi padre has de decir
Algun cuento, una ficcion,
Que perdí por distraccion
La bolsa, que...

Gaspar.

Eso es mentir.

Don Severo.

Mentir no, que en realidad
Para dañar no conspira.

Gaspar.

Ello no será mentira;
Mas no es decir la verdad.

Don Severo.

Con que ¿no quieres?

Gaspar.

Querré

Si usted lo toma á su cuenta.

Don Severo.

Tu escrúpulo me revienta.
Sí tomo.

Gaspar.

Pues mentiré.

Don Severo.

Le dirás que en Villafranca
Me ha sucedido un fracaso...
Cualquier cosa, porque el caso
Es que no tengo una blanca;
Pero por Dios te suplicó
Que vayas y vuelvas pronto.

Gaspar.

¡Toma! Pues ¿soy yo algun tonto?
Voy á ensillar el borrico
De don Fermin.

Don Severo.

¿Estás loco?

¿En borrico?... dame risa.

Si esto llamas ir aprisa

¿Qué será tu poco á poco?

No, señor, has de alquilar

La mejor mula de paso;

Y dia y noche (este es el caso)

Has de andar sin descansar.

¿Lo entiendes?

Gaspar.

Sí que lo entiendo.

Don Severo.

Pues bien, marcha á prevenir
Mula y alforja.

Gaspar.

¿Y me he de ir

Sin carta de usted?

Don Severo.

¿Corriendo

Voy á escribir una esquila

Para padre que razon

Tienes.

Gaspar.

Pues, señor, alon.

Don Severo.

Oyes, no olvides la espuela.

ESCENA IV.

DON SEVERO SOLO.

¡Cuánto cuesta el enmendar
 Un error! si se supiera,
 Mas fácil mil veces fuera
 Obrar bien, que no faltar.
 Y aunque nuestro orgullo es ciego,
 El desengaño no es mudo,
 Por eso lo que no pudo
 El crimen, lo puede luego
 La vergüenza de que clara
 Se descubra su fealdad.
 ¡Qué compasion en verdad
 Merece el que se separa
 De la línea del deber!
 ¡Infeliz! Harto le cuesta,
 Y el tiempo me manifiesta
 Lo que no supe entender,
 Cuando venturoso el nombre
 Ignoraba del disgusto;
 Mas ¡ay! que siempre fué injusto,
 Si fué venturoso el hombre.

ESCENA V.

DON PEDRO Y DON SEVERO.

Don Pedro.

¡Cuánto agradezco á mi estrella
 Don Severo el encontraros
 Soló!

Don Severo.

¡Ola, señor don Pedro!
 ¿Levantado tan temprano?

Don Pedro.

¡Ay amigo de mi vida!
 Siempre madruga un cuidado.

Don Severo.

Es verdad.

Don Pedro.

Y por desgracia
 Yo me encuentro hoy en el caso
 De necesitar consejos,

De reclamar los sagrados
Derechos de la amistad.

Don Severo.

Pues ¿cómo?

Don Pedro.

Solos estamos,

¿Supongo?

Don Severo.

Sí.

Don Pedro.

Es que sintiera

Que pudieran escucharnos,

Y despues...

Don Severo.

No tema usted,

Pues aun no se ha levantado

Don Fermin, y la familia

Anda en sus quehaceres.

Don Pedro.

¡Bravo!

Nada entonces me detiene.

Don Severo.

¿Qué será esto?

ap.

Don Pedro.

Amigo, me hallo

En un fiero compromiso.

Don Severo.

¿Y puedo servir de algo,

Señor don Pedro?

Don Pedro.

Sí tal,

Me podeis servir de tanto,

Que solamente confio,

Para salir del barranco

En que estoy, en vuestro celo

En la amistad, en el raro

Y prodigioso talento

Que os adorna.

Don Severo.

Demasiado

Me honra usted, amigo mio;

Y os suplico, que dejando

Esos elogios, digais

En qué tan afortunado

Podré ser, que útil os sea.

Don Pedro.

Pero siempre es necesario

Establecer los motivos

Que me impelen á buscaros.

De otro modo os sorprendiera,

Sin duda que entre los varios

Amigos que tengo, os busque

Y prefiera, siendo el lazo

Que nos une tan reciente;

Y esto fuera muy extraño

A no mediar lo que media.

Mas, amigo, vamos claros,
Nunca se repara en fechas
Cuando se necesita.

Don Severo.

Hartos

Ejemplos pueden citarse
De esta verdad.

Don Pedro.

Yo ahora trato

De buscar un hombre serio,
Justo, desinteresado,
Imparcial, fiel, virtuoso,
Y este sois vos.

Don Severo.

El retrato

ap.

No es del todo parecido.

Don Pedro.

Sus luces de usted, sus vastos
Conocimientos, sus rectos
Principios, y su exaltado
Amor á la virtud, pueden
Asegurarme que el sano
Consejo que necesito,
Estará exento de humanos
Intereses, de pasiones,
Y de esos afectos bajos,
Que dirigen comunmente
Los que damos y tomamos.
Don Severo. En lo que alcanzan mis luces,
Señor don Pedro...

Don Pedro.

Bien. Paso

Al asunto. Yo me encuentro,
Como juez y magistrado,
En la dura alternativa,
En el caso triste y raro
De tener que atropellar
Un amigo, ó los sagrados
Derechos de un ministerio
Terrible, mas necesario.

Don Severo.

¿Y este amigo ha delinquido?

Don Pedro.

La ley le condena.

Don Severo.

¿El caso

Os parece tan difícil?

Don Pedro.

Sí me parece; pues varios
Incidentes favorecen
Y escudan su atropellado
Arrojo. Luego es mi amigo,
Nos tratamos como hermanos

Ambas familias, y es fuerte
Cosa verse precisados...

Don Severo.

Pero la ley.

Don Pedro.

En cuanto á eso

No puedo disimularlo :
Le coge de medio á medio.

Don Severo.

Pues, señor, un magistrado
No debe entonces dudar ;
Y es un crimen el retardo
Mas pequeño, la menor
Dilacion, si fuere en daño
De su augusto ministerio.

Don Pedro.

Ni yo de ofenderlo trato ;
Pero pudiera, como hombre,
Encontrar mas avisado
El medio de conciliar...

Don Severo.

Imposible es encontrarlo.
La ley indica la senda,
Y el juez los ojos cerrados,
Debe seguirla y llegar
Al fin propuesto. Si incauto
Los abre, arriesga el perderse,
Pues buscará los atajos,
Y con ellos los peligros.

Don Pedro.

¿ Con que prescindo de cuanto
Me interese en su favor ?

Don Severo.

Sí, señor, ó vais errado.
Y no os parezca tampoco
Que haceis un extraordinario
Sacrificio. No, en la historia
Encontraréis un romano
Dictador que condenó
A su hijo. Tambien un Casio
Y un Bruto que dieron muerte,
Uno al padre, otro al amado
Bienhechor. En fin, mil hechos
Iguales, que demostraros
Podrán, cuanto los afectos
Se miran subordinados
A los deberes, y cuánta
Gloria nos da el sujetarlos.

Don Pedro.

Mil gracias, amigo mio.
Confieso habeis disipado
Todas mis dudas, y pronto,

- Pronto conoceréis si hago
Caso de vuestros consejos.
- Don Severo.* ¡Ola! ya se ha levantado
Don Fermin.
- Don Pedro.* Tanto mejor.
Ahora vereis lo que valgo
Cuando amigos como vos,
Me infunden valor.
- Don Severo.* El diablo
Me lleve, si yo comprendo
Qué analogía...

ESCENA VI.

DON FERMIN, DOÑA TOMASA, DON CÁRLOS, COLASA
Y DICHOS.

- Don Fermin.* ¡Levantados,
Y á estas horas ya en visita!
Pues esto, ó mucho me engaño,
O es pedirme chocolate.
- Don Pedro.* Sí, chocolate, el que traigo
No es muy bueno para usted.
- Don Fermin.* ¡Oiga!
- Don Pedro.* Soy muy desgraciado,
Don Fermin.
- Don Fermin.* ¿Que dice usted?
- Don Pedro.* ¿Y he de ser yo, cielo santo,
Quien entregue esta familia
Al dolor?
- Don Fermin.* Pues ¿cómo? claro,
Diga usted lo sucedido,
Que esos gestos y esos ascos
Me matan á confusiones,
Y me indican...
- Don Pedro.* Mucho y malo
Deben indicar á usted,
Y nunca hubiera encontrado
En mí bastante valor
(Lo confieso) para daros,
Siendo tan amigo vuestro,
Semejante trabucazo,
Si los prudentes consejos

Del hombre que estais mirando,
 Mis deberes, como juez,
 No me recordasen sabios :
 Si una lógica elocuente
 No me hubiese demostrado
 Que la ley no tienè amigos,
 Sino aquellos que observando
 Sus preceptos, siguen siempre
 La línea que ella ha trazado.
 Por eso, al fin me decido...
 Y á mi pesar... violentando
 Mis afectos... he venido...

Don Fermin.

¿A qué, señor? Concluyamos.

Don Pedro.

A prender á don Carlitos.

Don Severo

¡Qué escucho!

ap.

Don Fermin.

¿Qué es esto, Cárlos?

Don Cárlos.

Lo ignoro, y como no sea
 Por un lance, un altercado
 Que con un desconocido
 Tuve ayer noche, no caigo
 En lo que pueda ser.

Don Fermin.

Vaya,

(*A don Pedro.*)

¿Es esto?

Don Pedro.

Lo han acertado

Ustedes.

Don Fermin.

¿Y tal friolera

Bastará para?...

Don Pedro.

Despacio,

Señor don Fermin, que yo
 No soy ningun mentecato
 Para obrar tan de ligero.
 Sepa usted que han delatado
 A Cárlos por desafio
 Tenido anoche; por varios
 Conductos me vino el soplo;
 Y yo, como magistrado,
 No puedo disimular
 Un hecho que saben tantos.
 Fuera esto comprometerme
 Sin ton ni son, y en tal caso
 El individuo... ¶

Don Fermin.

Ya entiendo,

Y despues aconsejado
Por don Severo...

Don Pedro.

Cierto.

Don Fermin.

Hombre,

¿Está usted endemoniado?

¡Este es un cuñadicidio!

Don Severo.

Señor don Fermin, reclamo
Vuestra indulgencia. Escuchadme
Y juzgadme si he faltado
Al deber, ó á la amistad.

Don Fermin.

Déjeme usted por san Pablo.

(*Alejándose de él.*)

A lo menos si ya hubiesen
Ustedes emparentado,
Anda con Dios, que no fuera
Usted el primer cuñado,
Ni el último que lo hiciese;
Pero antes es un milagro,
Una cosa nunca vista.

Don Severo.

Cárlos, tú que me has tratado
Y me conoces á fondo,
Di, si me juzgas tan malo,
Tan perverso, que...

Don Cárlos.

No sé;

(*Alejándose de él.*)

Pero solo si reparo,
Que no aconsejas muy bien.

Don Severo.

Flora, por Dios...

Doña Tomasa.

Muy villano

(*Alejándose de él.*)

Vuestro proceder parece;
Suspendo mi juicio, y no hago
Poco.

Colasa.

Oiga usted un consejo

(*Alejándose de él.*)

Pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
En callar.

Don Severo.

¡Estoy soñando!
Me desprecian, y huyen todos

De mí, cual si fuera el diablo,
 Sin oirme, sin informarse
 Tan siquiera hasta qué grado
 Soy criminal. ¿ Y porqué
 Me huyen? ¿ Porqué soy malvado?
 Porque tengo la apariencia
 Contra mí : si así juzgamos
 Siempre, no me maravilla
 Encontrar tantos culpados.

Don Pedro.

Juzgamos, ni mas ni menos,
 Lo mismo que aconsejamos.
 Cuando no nos duele duro,
 Y cuando nos duele blando.

Don Severo.

Diga usted, señor don Pedro,
 A estos señores, si acaso
 Pude saber se trataba
 De Carlos.

Don Pedro.

No le nombramos,
 En efecto.

Don Fermin.

¡Ola! Pues eso
 (Acercándose.)

Es otra cosa.

Don Carlos.

En salvando
 (Acercándose.)

Tu amistad nada me importa
 Lo demas.

Doña Tomasa.

Pues yo no parto
 (Acercándose.)

Tan de ligero, por eso
 Hice muy bien en dudarlo.

Colasa.

Sí, señora, siempre dije
 (Acercándose.)

Lo mismo.

Don Severo.

¡Qué desengaño,
 Y qué leccion! Lo que siento,
 Señor don Pedro, y lo extraño
 A la verdad, es que usted
 Me comprometiese tanto.

Don Pedro.

Señor, yo busqué un consejo
 Que me ilustrase en tamaño

Compromiso; usted no debe
Resentirse, si arrastrado
Por la opinión de sus luces...

Don Severo. Pero en empeño tan arduo
Usted debió, cuando menos,
Nombrarme al interesado,
Para que yo...

Don Pedro. ¿Y qué hace el nombre
Para el hecho?

Don Severo. Sí, que Cárlos
Es mi amigo, y...

Don Pedro. Se prescinde
De estos febles y mundanos
Afectos, cuando se trata
Del bien social.

Don Severo. Sin embargo...

Don Pedro. Y sino, acuérdesse usted
De aquel dictador romano
Que me citó, no hace mucho.

Don Severo. Diré que ha sido un borracho;
Pues de otra suerte no hiciera
Tan repugnante atentado.
La naturaleza nunca
Pierde sus derechos santos,
Y aquel que los desconoce
Es imbécil ó malvado.

Don Pedro. ¿Y Bruto?

Don Severo. ¡Oh! no le nombreis :
Fué un parricida.

Don Pedro. Pues Casio
No le fué entonces en zaga.

Don Severo. ¡Ya se ve!

Don Pedro. Mas lo contrario
¿No dijisteis hace un credo?
O al menos lo habré soñado.

Don Severo. Es que entonces...

Don Pedro. Es que entonces

Era el paciente un extraño,
Y á su costa siempre es bueno
Ser justo y cargar la mano.

¿No es verdad?

Don Severo. Que responder *ap.*

No sé.

Don Fermin. Pero ese adversario

De Carlos, ¿quién es? ¿Se puede
Saber?

Don Pedro. Señor, lo ignoramos;
Y si Carlos no lo dice...

Don Severo. Lo diré yo.

Don Carlos. ¡Mentecato!

(*A Severo aparte.*)

¿No ves que á tu amada Flora
Comprometes?

Don Severo. Pero, Carlos,

(*A Carlos aparte.*)

¿He de permitir?...

Don Fermin. ¿Qué es eso
Señores?

Don Carlos. Nada, un encargo
Que le dejo.

Don Fermin. ¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
Como los consejos...

Don Pedro. Vaya,
Si usted no tiene reparo,
Don Carlos, nos marcharemos
Juntos.

Don Carlos. No lo tengo. Vamos.

Don Fermin. ¡Ay, virgen santa! Oiga usted

(*Aparte á don Pedro.*)

¿Dónde va el chico?

Don Pedro. A su cuarto

(*Aparte á don Fermin.*)

A que se desnude, y duerma
El tiempo que ha trasnochado.

Don Fermin. ¡Con qué, á la cárcel!

(*Alto.*)

Don Pedro. No hay me lío :

Es fuerza formar sumario,
Y remitirlo á Pamplona.

Don Fermin. Pues, señor, acompañarlo
Quisiera yo hasta la cárcel.

Don Pedro. Venga usted.

Don Fermin. Pronto despacho,
Y á mi vuelta, don Severo,

(*A don Severo.*)

Tenemos que hablar un rato
A solas.

Don Severo. Está muy bien.

Don Pedro. Vamos, que es muy tarde.

Don Carlos. Vamos.

Doña Tomasa. ¡Qué desdicha!

Colasa. ¡Señorito

De mi vida!

Don Fermin. ¡Qué quebranto!

¡En la cárcel un Peralta!

¡Ay, si mis antepasados

Levantáran la cabeza,

No se armára mal fandango!

ESCENA VII.

DON SEVERO SOLO.

¡Qué me sucede! ¿Qué pasa

Por mí? No se lo que fué;

Mas desde que puse el pié

En esta maldita casa,

Ni me conozco, ni puedo

Hacer sino desatinos.

¡Cuál será, cielos divinos,

El fin de todo este enredo!

Si se llega á descubrir

Que fui yo quien ha reñido

Con Carlos, estoy lucido;

Y si no, ¿he de permitir

Que él sufra en dura prision

Mientras que alegre paseo?

Es imposible, y yo creo

Que fuera una vil accion

Silencio tan criminal.

Así romperlo sabré...

Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?

¿Mi mal calmará su mal?

No por cierto, y solamente

So logrará en realidad,

Sin curar la enfermedad,
 Aumentar otro paciente.
 Mi temor crece á medida
 Que los riesgos se acrecientan,
 Y las dudas atormentan
 Mas mi pecho que lo herida :
 Fuerza será que yo busque
 Mi remedio en un consejo,
 Antes de que vuelva el viejo
 Y su cólera me ofusque.
 A Flora voy á buscar,
 Ella será mi doctor,
 Si un mal que ha causado amor,
 Amor lo sabe curar.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA Y DON SEVERO.

- Doña Tomasa.* Señor, vuestra desconfianza
 Al desaliento os entrega,
 Y os arruina porque os ciega.
 El amor ¿ no os da confianza ?
- Don Severo.* Él es toda mi esperanza.
- Doña Tomasa.* Pues bien, si confiais en él,
 A su culto sed mas fiel,
 Y no ofendais su respeto.
- Don Severo.* ¿ En qué ?
- Doña Tomasa.* En dudar de mi afeto ;
 Que si yo no soy infiel
 A la fe que prometida
 Os tengo, no sé lo que
 Podais temer.
- Don Severo.* Yo lo sé.
 Temo mi opinion perdida
 Y el grito de una ofendida
 Conciencia, temo tambien
 El merecido desden
 Del anciano don Fermin,
 Y temo á todos; que en fin,
 Teme bien quien no obra bien.

Doña Tomasa. Nunca comprender pudiera
 Vuestro estraño sentimiento,
 Si una parábola ó cuento
 Su esplicacion no me diera.
 Dicen, que allá en la Bavie.a
 Cierta *quidam* se encontró
 Un pendiente, y que le halló
 Tan fino, terso y brillante,
 Que desde luego diamante
 Y bueno le pareció.
 Por su desgracia un platero,
 A quien lo quiso vender,
 Hizo pronto conocer
 A este pobre caballero,
 Que su valor era cero;
 Y á pesar de su jactancia,
 Confesó al fin, que en sustancia
 La joya tan ponderada
 Era (si usted no se enfada)
 Solo una piedra, y de Francia.
 En vano se desespera,
 Lloro, se queja y maldice
 Hallazgo tan infelice.
 Nunca consolado fuera,
 Si la fortuna no hiciera
 Que á su lado reparó,
 Cuando menos lo pensó,
 Un pequeñuelo inocente
 Jugando con el pendiente
 Compañero del que halló.
 ¡Óla! dijo él aburrido,
 Este niño se complace,
 Y alegre se satisface
 Con un diamante fingido :
 ¿Por qué si no hubiera tenido
 Per fino, terso y brillante
 A mi soñado diamante,
 Tambien con él jugaria :
 Luego la culpa fué mia,
 Y no del hado inconstante.

Don Severo.

¡Ay Flora! teneis razon :
 Ya conozco mi flaqueza.

Doña Tomasa.

Perdonad á mi franqueza
 Hija de mi estimacion,

Don Severo. Agradezco la leccion,
Que ingeniosa me habeis dado :
La violencia de mi estado
La debo á mi necio error,
Pues quise darme un valor
Demasiado exagerado,

Doña Tomasa. ¿Lo conoceis ?

Don Severo. Sí, señora.

Doña Tomasa. Probadlo.

Don Severo. ¿Decid en qué ?

Doña Tomasa. Lo diré, y no tardaré ;
Pero no puede ser ahora.

Don Severo. Entonces, amable Flora,
Satisfaceros no puedo.

Doña Tomasa. Tengo una especie de miedo...

Don Severo. ¿ En qué fundais tal engaño ?

Doña Tomasa. En que á vuestro desengaño
Todavía no concedo
Toda la fe que pudiera.
Quedad, Severo, con Dios.

Don Severo. Qué, ¿ os vais ?

Doña Tomasa. Sí, que con vos

Mas arriesgo que debiera,

Don Severo. Señora, daros quisiera

Esa prueba que pedis.

Doña Tomasa. ¿ De buena fe lo decís ?

Don Severo. ¿ Lo dudais ?

Doña Tomasa. ¡ Ay don Severo!

Si el desengaño es sincero

Mas sabreis que presumis.

ESCENA II.

DON SEVERO SOLO.

Se va y me deja entregado
A la incertidumbre fiera,
Sin que pueda mi cuidado
Verse jamas aliviado
De un mal que le desespera
¿ Qué será lo que tendrá
Que decirme esta muger ?
Ignoro lo que será ;
Mas si el tiempo lo dirá,
Dejémosle, pues, correr.

ESCENA III.

COLASA Y DON SEVERO.

- Colasa.* ¿Don Severo?
- Don Severo.* ¿Nicolasa?
- Colasa.* Aunque usted siempre está serio
Conmigo, yo, sin embargo,
Hace dos horas que espero
La ocasion de hablar á solas
Con usted.
- Don Severo.* ¡Ola! ¿En qué puedo
Yo servirte?
- Colasa.* No, señor,
Si la que puede aqui hacerlo
En favor de usted soy yo.
- Don Severo.* ¿En mi favor?
- Colasa.* Sí por cierto.
¿Estamos solos?
- Don Severo.* ¡Dios mio, *ap.*
Volvemos á los misterios
Y á los tapujos! Si estamos.
- Colasa.* Pues sepa usted, don Severo,
Que aunque parezco criada,
Soy mas de lo que parezco;
Pues soy el único archivo
Dónde todos los secretos
De los Peraltas se guardan;
Soy ademas consejero
Nato del padre, de la hija,
Del hermano, de los deudos,
De los amigos de casa,
De los criados, y aun de aquellos
Que llamamos conocidos,
Porque conocemos menos.
- Don Severo.* Pues, Colasa, en parangon
Tuyo ¿qué hace ese consejo
De Navarra?
- Colasa.* Yo no sé,
Sino solo que no miento
Ni exagero; y para prueba
De lo dicho, decir debo
A usted que tambien conozco
Sus pesares y secretos.

Cabalito.

Don Severo.

¿Los conoces?

Colasa.

Sí, señor, ni mas ni menos :
Sino, dígalo el amor
A doña Flora, los zelos
De Cárlos, el desafío,
Luego la casa de juego,
La noche pasada en claro,
El natural sentimiento
Por la prision del amigo,
Los temores y recelos
De que se descubra el ajo,
Y tambien ciertos enredos,
Como mentiras, ficciones,
Efugios y...

Don Severo.

Basta, veo
Que estás al cabo de todo,
Y no es necesario...

Colasa.

Bueno
Era quitaros la duda,
Por si acaso.

Don Severo.

No la tengo,
Por cierto.

Colasa.

Pues bien, entonces
Os diré, sin mas rodeos,
Que una cierta inclinacion
Simpática que os profeso...

Don Severo.

¡Calla! ¿Tambien se conoce
En aqueste triste pueblo
La simpatía?

Colasa.

Sí, señor.
Si cualquiera en estos tiempos
Simpatiza con cualquiera.

Don Severo.

Pues, hija, bendiga el cielo
Tales tiempos. Sigue, sigue.

Colasa.

Digo yo, que cierto afecto,
Cuya causa desconozco,
Aunque siento sus efectos,
Me determina á serviros,
Dándoos, señor, un consejo.

Don Severo.

Venga, pues aunque no sea
Un gran partidario de ellos ;
Pues dados, son arriesgados,
Y si se reciben, necios.

- Coasa.* Mire usted lo que es el mio,
Como conozco el terreno,
No haya miedo que nos dañe.
- Don Severo.* Vaya, dílo.
- Coasa.* Os aconsejo
Que os quiteis la mascarilla.
- Don Severo.* ¡La mascarilla!
- Coasa.* No veo
Otro camino que pueda
Salvaros.
- Don Severo.* Ni yo comprendo
Lo que me quereis decir
Con eso.
- Colasa.* ¿No? pues muy presto
Lo sabreis si me escuchais :
Atencion, y va de cuento.
Entre los varios quehaceres
Que atosigan á los viejos,
El primero y principal
Es la eleccion de los yernos.
Mi amo don Fermin, no solo
Por su mal tuvo este empeño,
Sino que quiso tambien
Buscar un yerno perfecto ;
Y eso es, señor, imposible.
¿No es cierto?
- Don Severo.* Cierto, y muy cierto.
- Colasa.* Cuando al fin se decidió
Por usted, fué, por supuesto,
Convencido de que habia
Encontrado aquel modelo
De perfeccion que buscaba ;
Y ya ve usted si está lejos
De haberlo hallado : ¿ no digo
Bien?
- Don Severo.* Muy bien.
- Colasa.* Si sus defectos
De usted, sus calaveradas,
Y todos sus devancos
Se pudieran descubrir,
No hay duda que nuestro viejo
Andana se llamaria.
Entonces usted, perdiendo
El engañoso barniz

Que ocultaba los remiendos,
 Se quedára tal cual es,
 Y tal cual son entre ciento
 Los noventa y nueve : entonces
 Libre del pasado empeño
 Pudiera usted contratar
 Con Flora otro empeño nuevo,
 Y casarse, y tener hijos,
 Y conseguir luego un...

Don Severo.

¡Fuego

Con el consejo que das !
 ¿ Y quieres tú que yo mismo
 Diga y confiese ?...

Colasa.

¿ Qué importa

Que sea usted ó sea un tercero
 En discordias, el que cuente
 Todo? Así siempre es muy bueno
 El tomar la delantera.

Don Severo.

Con todo, tengo recelo ;
 Y despues el amor propio
 Padece mucho con estos
 Desenlaces.

Colasa.

¡ Ay, señor,

El amor propio y los zelos,
 Como á los paracaídas
 Los sostiene solu el viento.

Don Severo.

Sí; pero yo me conozco,
 Y aunque estuviera año y medio,
 Estoy seguro, Colasa,
 Que me faltára el aliento,
 Si tuviera que decir
 Cara á cara...

Colasa.

¿ No es sino eso ?

Pues bien, corre de mi cuenta :
 Yo me encargo.

Don Severo.

Ni por pienso,

No quiero que me descubras.

Colasa.

Usted lo que tiene es miedo,
 Y pues milagrosamente
 Nuestro enemigo tenemos
 En campaña, verá uste
 Si merezco ó no merezco
 La confianza general.

Don Severo.

Calla, por Dios.

ESCENA IV.

DON FERMIN Y DICHOS

Don Fermin.

Don Severo,

Estoy contra usted lo mismo
Que si fuera ya su suegro.

Don Severo.

Pues, señor, lo siento mucho.

Don Fermin.

Dígame usted, ¿qué embelecos,
Qué enredos, qué trapisondas
Son estas? ¿porqué está preso
Cárlos? ¿porqué la Florita
Llora? ¿porqué está usted serio,
Cabizbajo y taciturno?
Responda usted.

Don Severo.

Yo me siento

Algo malo, y á eso atribuyo
Mi tristeza.

Don Fermin.

¿Es del cerebro

El mal?

Colasa.

¡Jesus! no señor,

Si es mal del descontento,
Dolencia, que solamente
Suele cebarse en aquellos
Que han estado mas robustos,
Porque los encuentra menos
Hechos á padecer.

Don Fermin.

Dime,

Colasa, ¿y qué sabes de eso?

Colasa.

Con que ¿no lo sé? Pues vaya,
Preguntadle á don Severo,
Si no es cierto que padece
Una zozobra, un interno
Disgusto, una comezon
A manera de recelos,
Y sobre todo, señor.
Un peso en la frente, un peso...
Ese es mal de novios.

*Don Fermin.**Colasa.*

Suele

Tambien muchas veces serlo :
Pero aquí no es mal de novios,
Que es solo...

Don Fermin.

¿Qué?

Colasa.

Descontento

De sí mismo, precision
 De hablar con usted, gran miedo
 De que se enfade, y por fin,
 Indigestion de un secreto
 Que necesita salir,
 Y no puede.

(A don Severo.)

Don Fermin.

¿Es esto cierto?

Don Severo.

Nicolasa se chancea,
 Y su genio placentero
 Quiere sin duda á mi costa...

Colasa.

No, señor, no me chanceo :
 Usted tiene un secretazo...

Don Severo.

Nicolasa...

Colasa.

Yo no entiendo

De señas : harto he callado,
 Y si ahora no hablo, reviento.

Don Severo.

Pues mejor será que yo
 Me retire. Hoy es correo,
 Precisamente dos cartas
 Tengo que escribir.

Colasa.

No quiero

Que tales cartas se escriban
 Hasta salir del aprieto
 Consabido. Venga usted
 Acá, señor don Severo,
 Y diga al que en infusion
 Está para ser su suegro,
 Cómo ha pasado la noche.
 No en su cama, ni al sereño,
 Sino en casa de la Pepa
 La muger del estanquero.

Don Fermin.

¿Fumando?

Colasa.

No tal, jugando

Y perdiendo su dinero,
 Y aun el vuestro de Tafalla.

Don Fermin.

¿Y qué mas?

Colasa.

Que si fué al juego

Fué solo por disimulo ;
 Pues estuvo antes riñendo
 Don Carlos.

Don Fermin.

¡Con Cárlos!

Colasa.

Sí,

Por unos ciertos requiebros
Dichos á doña Florita.

Don Fermin.

¡Qué! ¡Tambien esa!

Colasa.

Y no fueron,

Por parte del señorito,
Infundados estos zelos,
Que el señor gusta de Flora,
Y Flora no gusta menos
Del señor. ¡Ay!... Ya salimos
Del apuro.

Don Fermin.

¡Qué oigo, cielos!

Dígame usted, señor mio,
Si dar entera fe puedo
A lo que dice Colasa.

Don Severo.

Señor... hay ciertos momentos
En que...

Don Fermin.

No quiero disculpas :

Bien sé que no hay hombre cuerdo
A caballo, y por lo tanto,
Sin dilacion ni rodeos,
Solo exijo una respuesta
Categorica.

Don Severo.

No encuentro

Qué decir.

Don Fermin.

Vamos, ¿sí ó no?

Don Severo.

Pues, señor, yo lo confieso :
Es verdad cuanto ella dijo.

Don Fermin.

¿Cierto?

Don Severo.

Cierto.

Don Fermin.

Eso supuesto,

Dame los brazos, y aprieta,
Que estoy loco de contento.

Don Severo.

¿Qué es esto?

Don Fermin.

¡Válgame Dios,

Qué fortuna!

Don Severo.

¿Estoy durmiendo?

Don Fermin.

¿Un yerno amable, sensible,
Y enamorado en extremo;
Un yerno pundonoroso
Y nada cobarde; un yerno
Amigo de diversiones,
De trasnoches y de juegos?

¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,
 Teniendo un yerno perfecto,
 Ser mártir de su virtud,
 Hallarme uno, de quien puedo
 Murmurar, quien sabrá darme
 A cada instante pretextos
 Para reñirle, y quejarme
 A los vecinos y deudos?
 Vaya, vaya, ¡qué fortuna!
 Ahora sí que seré suegro
 En forma, sin menoscabo
 De mi clase y privilegios.
 Mas ¿qué es lo que me detiene?
 ¿Porqué no marchó corriendo
 A buscar un escribano
 Y un cura, que os casen luego?

Colasa.

¡Qué los case! ¿Quién, con quién?

Don Fermin.

Mi Tomasa con Severo :

¡Buena pregunta!

Colasa.

¿Y Florita?

Don Fermin.

Que se vaya á los infiernos.

A Dios, á Dios, yerno mio,

Ten paciencia, pronto vuelvo.

Don Severo.

Esperad, por Dios, señor,

Escuchadme

Don Fermin.

Ya no hay tiempo:

Pero cuando estés casado

Te escucharé como un muerto.

ESCENA V.

DON SEVERO Y COLASA.

Don Severo.

Ahora bien, Colasa,

¿Qué podrás decir

De tal aventura?

Colasa.

Callar y reír.

Don Severo.

¿Reír?

Colasa.

Sí por cierto.

Don Severo.

¿Te burlas de mí?

Colasa.

No tal; pero ¿cómo

Podré resistir

El flujo de risa

Cuando don Fermin
En vez de enfadarse,
Te casa?

Don Severo. Y por tí,
Por tí solo ha sido.

Colasa. ¿Y quién presumir
Pudiera este lance?
Mas, en fin, decid,
¿Os casais?

Don Severo. ¿Y cómo
Lo puedo eludir?

Colasa. Pronunciando un *no*
En lugar de un *sí*.

Don Severo. ¡Qué extraño suceso!

Colasa. De un viejo mastin
Es el tragadero
Puerta de toril.

Don Severo. Colasa ¿qué haremos?

Colasa. Fuerza es discurrir
Un medio.

Don Severo. ¿Y qué medio?

Colasa. ¿Queréis por san Gil,
Que os dé otro consejo?

Don Severo. Vaya por Dios. Di.

Colasa. Quien es tan cobarde
Que teme sufrir,
No busque en los otros
Lo que no halla en sí;
Que el valor ageno
No puede servir
En daño tan propio
Como el suyo; así
Sufra su quebranto
O aprenda á vivir.

ESCENA VI.

DOÑA TOMASA Y DICHO.

Doña Tomasa. Severo, Colasa,
¡Ay triste de mí!
Perdidos estamos.

Don Severo. ¿Qué sucede? di.

Colasa. ¿Qué es esto, señora?

Doña Tomasa. ¡Ay, que entrar yo ví
Al señor don Pedro!

Colasa. ¿Solo?

Doña Tomasa. Un ministril
Enjambre le sigue,
Y vienen por tí,
Sin duda, Severo.

Don Severo. Dejadlos subir,
Que nunca he temido
La cárcel por sí,
Sino porque pude
Antes delinquir.

ESCENA VII.

DON PEDRO Y DICHS.

Don Pedro. Señor don Severo,
¿Prometeis decir
Verdad?

Don Severo. Jamas supe
Qué cosa es mentir.

Don Pedro. ¿Sois vos quien con Cárlos
Hubo de reñir
Ayer por la noche?

Don Severo. Sí, señor, yo fui.

Don Pedro. ¿Qué puede escusaros?

Don Severo. Ser hombre, y que en mí
Se hallen las flaquezas
Que en los otros ví.

Don Pedro. Pues debo prenderos.

Don Severo. Prended y cumplid
Como juez, que yo
Como hombre cumplí.

Don Pedro. Alguaciles, hola,
Al punto venid.

ESCENA ÚLTIMA.

DON FERMIN, DON CÁRLOS Y NIÑOS.

Don Cárlos. Aquí está un cuñado.

Don Fermin. Y un suegro está aquí.

Colasa. Dos son solo, y sobra

- Mas de un alguacil
 Para sujetar
 Aunque fuera al Gid.
- Don Severo.* Pero, señores, ¿qué es esto?
 ¡Qué dichosa novedad!
 ¿Cárlos puesto en libertad
 Tan impensado, tan presto?
 Todos callan: ¡lindo afán!
 ¿No se me quiere decir
 De dónde pudo venir
 Tanta dicha?... y ¿dónde están
 Los alguaciles, que preso
 Debieron ponerme ahora?
 Dilo, Cárlos; hablad, Flora,
 O ¿quereis que pierda el seso?
 De una duda tan cruel
 Evitadme los temores.
- Don Fermin.* Y ¿quién le pone, señores,
 A este gato el cascabel?
 ¿Quién le dice la verdad?
 A vos os toca.
- Don Pedro.* A mí no.
- Don Fermin.* Yo no lo digo.
- Don Cárlos.* Ni yo.
- Colasa.* Don Pedro, hablad.
- Don Fermin.* Padre, hablad.
- Don Cárlos.* Habla tú.
- Don Fermin.* ¿Quién esto vió?
 Los hijos deben callar.
- Don Severo.* Con que ¿nadie quiere hablar?
- Doña Tomasa.* Si no quieren lo haré yo.
 Ignoro si me asegura
 Mi sexo la impunidad;
 Pero sabed la verdad
 Aunque arriesgue mi ventura.
 Señor don Severo, si
 De alguno os podeis quejar,
 No teneis que titubear,
 Pues debe de ser de mí.
 Y en prueba, deciros quiero,
 Aunque á Flora hayais querido,
 Que Flora es nombre fingido,
 Y Tomasa el verdadero.
- Don Severo.* Señora, ¿vos sois Tomasa?

- Doña Tomasa.* Sí señor, de mala gana.
- Don Severo.* ¿Y sois de Cárlos hermana?
- Doña Tomasa.* No tiene otra hermana en casa.
- Don Severo.* Luego ha sido fingimiento.
Su pasión, vuestro desvío,
Sus zelos y el desafío.
- Doña Tomasa.* No hay duda : todo fué cuento.
- Don Severo.* ¿Y qué causa provocó
Tal enredo?
- Doña Tomasa.* Vuestra fama.
- Don Severo.* ¿Mi fama?
- Doña Tomasa.* Sí, que una dama
Siempre un marido temió
Con la rara cualidad
De perfecto en demasía,
Que un necio solo confía
En la agena necesidad.
- Don Severo.* Luego quisisteis que yo
Desatinos cometiera.
- Doña Tomasa.* Y quisimos bien, pues era
El camino que se halló
Para haceros conocer
El valor de la indulgencia.
- Don Severo.* ¡Tan bella y con tal prudencia!
- Doña Tomasa.* Siempre es bueno preveer.
- Don Severo.* La lección es harto dura.
- Doña Tomasa.* ¿Cuándo es blanda una lección?
- Don Severo.* ¿Quién á tal conjuración
Resistiera? la hermosura,
La amistad y la experiencia
Se reunieron en mi daño;
Por lo mismo no es extraño
Sucumbiera mi inocencia.
- Doña Tomasa.* Aquestas conjuraciones
Solo os pueden enseñar :
Temed las que han de formar
Muy pronto vuestras pasiones.
Estas son, sin duda alguna,
Las que mas debeis temer,
Y si las lograis vencer
Benedicid vuestra fortuna;
Sin que por eso, señor,
Insulteis al que es vencido,
Pues él hubiera querido

Ser como vos, vencedor.

Don Severo. Conozco, señora mia,
Vuestra razon, y la aprecio
De tal modo, que en desprecio
De mi orgullo, quiero un dia
Ser de todos conocido
Por tolerante y prudente,
Que es lo mismo que indulgente.

Doña Tomasa. ¿De veras?

Don Severo. Nunca he mentido.

Doña Tomasa. Entonces esta es mi mano,
Si es que mi padre lo aprueba.

Don Fermin. Dios os bendiga y os llueva
Mas hijos que en el verano
Hay chinches. Pero, Severo,
No olvides esta leccion,
Que siempre los buenos son
A perdonar los primeros.

Don Severo. ¡Olvidar esta leccion!
¡Jesus, señor, qué demencia!
Y en prueba de mi indulgencia
Obtendreis vuestro perdon.

Don Fermin. ¿Qué dices? ¡oh qué delirio!
¡Perdon yo! ¿de qué ó por qué?

Don Severo. Porque vuestra casa fué
Donde he sufrido el martirio
De una burla asaz pesada,
Siendo los actores de ella
Un anciano, una doncella
Con ínsulas de casada,
Un juez, y en fin, un amigo
A quien conocí en su infancia;
Confesad, pues, que en sustancia
Os escedisteis conmigo :
Y pues por distintos modos
Todos, don Fermin, le erramos,
Bueno será que pidamos
Indulgencia para todos.

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

Nació en el Escorial el día 4 de diciembre de 1796. Siendo todavía muy niño, apenas contaba nuestro autor ocho años de edad, le envió su padre á Francia para que se educase en un excelente colegio establecido en Passy, donde se distinguió sobremanera por su talento y aplicacion. Regresó á España en 1814, y hubo de dedicarse lo primero á recordar el idioma de su pais que habia echado lastimosamente en olvido, y seis años despues volvió segunda vez al vecino imperio con ánimo de perfeccionarse en las ciencias físico-matemáticas, á que se habia dedicado principalmente con tanto celo como aficion. Vuelto á España en 1819, no pudiendo conseguir el regentar una cátedra científica, que era su mayor y único desco, logró en 1820 ser colocado en el ministerio de la gobiernacion del reino, en donde ascendió hasta oficial del archivo. Cambiado el sistema de gobierno hallándose en Cádiz, se vió imposibilitado de venir á Madrid por haber sido oficial de la milicia nacional : permaneció, pues, en aquella ciudad, y allí escribió sus tres únicas comedias : *El Entremetido*, *Cuidado con las novias* y *Un año despues de la boda*, que fueron representadas posteriormente con buen aplauso.

En 1827, tradujo la tragedia de *Don Pedro de Portugal*, que se estrenó en el teatro de la Cruz, no sin haber vencido enormes dificultades por parte de la censura. Desanimado por otros varios disgustos que le ocasionó la *censura* de aquella aciaga década, tuvo el señor Gil de Zárate que pensar en trabajos mas lucrativos que los poéticos, desempeñando por espacio de siete años, la cátedra de lengua francesa en el consulado de Madrid.

Desde 1832 hasta abril de 1835 fué redactor del *Boletin de Comercio*, que luego cambió su título por el del *Eco del comercio*. En 1835 le nombraron oficial del ministerio de la gobernacion, destino que ha desempeñado muchos años. Posteriormente ha sido *Director general de Instruccion pública*, y *Consejero de Estado*. Don Antonio Gil de Zárate es en la actualidad individuo de la *Real Academia Española*, *Consejero de Instruccion pública*, y caballero gran cruz de la orden de Isabel la Católica. Ha sido ademas vicepresidente del *Ateneo científico y literario* y del *Liceo de Madrid*, en donde explicó la cátedra de historia.

Las obras dramáticas del señor Gil de Zárate que han tenido mas éxito en España, son : *Blanca de Borbon*, *Rosmunda*, *Cárlos II el hechizado*, *Guzman el Bueno*, *Don Alvaro de Luna*, *Cecilia la Ciegucecita* y *Don Trifon*. Debemos ademas al señor Gil de Zárate un excelente *Manual de la literatura española*, y una obra de suma importancia y utilidad : *De la instruccion pública en España*.

GUZMAN EL BUENO

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS. — DON ALFONSO PÉREZ DE GUZMAN. — DON PEDRO, su hijo. — NUNO. — DON JUAN, infante de Castilla. — ABEN-COMAT. — ABEN-SAID. — DOÑA MARÍA, esposa de Guzman. — DOÑA SOL, hija de don Juan. — CABALLEROS, DAMAS, SOLDADOS, ESCUDEROS, PAGES, HOMBRES Y MUGERES DEL PUEBLO.

La escena es en Tarifa, año de 1294.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de arquitectura árabe, En el fondo una capilla.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, DON PEDRO, DOÑA MARÍA, DON JUAN, DOÑA SOL, NUÑO, CABALLEROS, DAMAS, SOLDADOS, ESCUDEROS, PAGES, PUEBLO.

(Al correrse el telon se está en el acto de armar caballero á don Pedro. La capilla del fondo está abierta.)

Guzman. Pues ya el sacerdote las armas bendijo,
Doblad la rodilla, don Pedro, ante mí,
Que en nombre del cielo mi voz os dirijo,
Mi voz, que proclama sus glorias aquí.
La frente inclinando, con golpe ligero
Os hiera esta espada, del moro terror :
El sello os imprima de fiel caballero,
Y á par os infunda constancia y valor.

(Le dá el espaldarazo : don Pedro se alza, y doña Sol se acerca á él para ceñirle la espada.)

Doña Sol. Mi mano, aunque débil, os ciñe la espada
Que armar debe un dia la vuestra en la lid :
En sangre de infieles traedia manchada,
Con ella emulando las glorias del Cid.
Guzman, vuestro padre, de honor y victoria
La senda os trazára : marchad en pos de él ;

Y unidos al templo subid de la gloria,
 Al vuestro enlazando su eterno laurel.
Don Pedro. ¡Ah! ya en sacro fuego mi pecho inflamado,
 Las lides aguarda con noble ansiedad :
 Qué gloria me espera, pues hoy me han armado
 Tan fuerte guerrero, tan rara beldad !
 Que venga el Alarbe, que venga, y en breve
 Mi esfuerzo invencible probar yo le haré :
 Asedie á Tarifa, si á tanto se atreve,
 Que en lagos de sangre su furia ahogará.
Guzman. Bien, hijo : me agrada tan noble ardimiento,
 Que es ya de victoria presagio feliz :
 En tí se renueven mi sangre, mi aliento,
 Por tí rinda el moro la altiva cerviz ;
 Y allá de Granada las fuertes murallas
 Cediendo á tu esfuerzo se humillen también ;
 Y en ellas de Cristo, tras tantas batallas,
 La enseña tus manos al viento le dén.

(*A doña María.*)

Y vos, noble madre, por qué, retirada,
 Al hijo valiente feliz no abrazáis ?
 Por qué estar debiendo de gozo inundada,
 Hoy mística, abatida, la frente mostráis ?
 En fuertes matronas ser suele tal día
 De dicha inefable, de inmenso placer :
 Perder hora acaso vuestra alma podría
 La audacia que siempre me alienta á vencer ?
Doña María. Esta alma no tiembla de Marte al estruendo,
 Ni menos conoce flaqueza ó pavor :
 Bien sé que á las lides el hombre naciendo,
 Sus timbres infama si esquivá su horror.
 Valiente el esposo yo quise que fuera :
 No es menos heróico mi amor maternal ;
 Mas ¡ay ! mal mi grado, con vana quimera,
 El pecho me aterra presagio fatal.
Guzman. Qué indignos temores ! Dejad...

Hijo mio !

Doña María.

Don Pedro. O madre !

Doña María. En mis brazos refúgiate, ven.

Don Pedro. ¿ A qué tal flaqueza ? Vencer yo confío.

Guzman. ¿ Quién esos recelos te inspira, di, quién ?

Doña María. Un hombre... Miradle.

Guzman. María... ¡el infante !

¿Te atreves?...

Doña María.

Me aterran sus ojos, su faz.

El crimen retrata su torvo semblante;
Su pérfido pecho de todo es capaz.

Guzman.

Le injurias. Es cierto : con torpes pasiones
Don Juan infamára su edad juvenil ;
Mas ya desengaños y crudas lecciones
De honor le trajeron al recto carril.
Por Dios... apartaos... que atento nos mira.

Don Juan.

(*Ap.*) ¿Por qué en mí sus ojos clavados están ?
Envidia y rencores mi pecho respira :
Mas hoy disimula tus odios, don Juan.

Guzman.

Amigos, que sea Tarifa la fuerte
Hoy júbilo toda, placeres sin fin :
En justas y cañas probad vuestra suerte,
Y dulces licores nos brinde el festin.
Mañana, sonora la trompa guerrera,
Al campo nos llamé tal vez del honor :
Gozad de este dia ; que ya nos espera
La lid afanosa con muertes y horror.
Jacob ambicioso legiones de infieles
Sobre estas orillas se apresta á lanzar,
É intenta de Muza los negros laureles,
A España fatales, audaz renovar.
Mas no como entonces, Tarifa en sus muros
Cobardes abriga ni infame traicion :
Encierra soldados leales y duros
Que al moro preparan acerba leccion.
Don Juan, vuestro brazo nos mandan los cielos,
El brazo que teme la pérfida grey ;
Y ya no me inspira la lucha recelos,
Pues cerca el hermano nos mira del rey.
Diréisle, si el cielo la palma nos diere,
Cómo estos leales le saben servir :
Si acaso el destino contrario nos fuere,
Diréisle que al menos supimos morir.
Don Juan. Contad, don Alonso, contad con mi espada,
Que á viles contrarios jamas perdonó ;
Veréis muy en breve con prueba sobrada
Que en vano á Tarifa don Juan no llegó.
Ven, hija, conmigo.

(*Váse con doña So!.*)

Doña María.

(*A Guzman.*)

¿Notais de su aceto

La amarga ironía ?

Guzman.

¡Qué injusta aprension!

(*A todos.*)

Marchad, y entregaos al dulce contento.

Doña María.

¡Ah! tú no me engañas, leal corazón.

(*Vánse todos.*)

ESCENA II.

GUZMAN, DON PEDRO, NUÑO.

Nuño.

Por fin, don Pedro, teneis
 Á vuestro lado una espada;
 No, no estará mal templada,
 Buen batallador sereis.
 De valiente teneis traza;
 Mas decirlo es por demas :
 No han existido jamas
 Cobardes en vuestra raza.
 Dadme la mano... apretad;
 ¡Ah! buen rapaz : teneis puño!
 Blandireis, como soy Nuño,
 Vuestra lanza sin piedad.
 ¿Quereis que portentos obre ?
 A mí arrimaos ; que á fé,
 De seguro os llevaré
 Do se bata bien el cobre.
Guzman. Mirad que es aun muy niño
 Para esponerle...

Nuño.

Aprension!

Entre hombres de corazón
 Así se muestra el cariño.
 Y, en verdad, no erais muy viejo
 En vuestra primer batalla,
 Y disteis de la canalla
 Buena cuenta. — En este espejo,
 Don Pedro, os debeis mirar.
 ¡Qué hazaias! Digalo Fez :
 Con endriagos hubo vez
 Que le vimos pelear.
 ¡Qué lástima de proezas
 De los moros en favor!

¿No se empleáran mejor
 En abatir sus cabezas?
 Yo mil veces renegué :
 Por fin, volvimos á España,
 Y ya con mas de una hazaña
 El mal humor aplaqué.
 Solo el haberle esta plaza
 Al perro moro quitado,
 El corazon me ha ensanchado,
 Que no cabe en la coraza.
 El hace muy grande apresto
 Por recobrarla; mas yerra :
 La presa que el leon aferra
 No se la arrancan tan presto.
 No será mientras yo viva,
 Que en sus muros moriré,
 O mas bien abatiré
 Del moro la furia altiva.
 Sí, don Pedro, la ocasion
 En breve tendreis aquí
 De que pruebas dén de si
 La mano y el corazon.
 Los deberes recordad
 Que os impone en este dia
 La ley de caballería :
 Valor, honor y lealtad.
 Sed en la lid atrevido,
 Mas prudente; fiel al rey ;
 De Dios defended la ley,
 Y amparad al desvalido.
 No dejéis por interés
 De ser en todo cabal,
 Con los hombres liberal,
 Y con las damas cortés.
 En fin, temed de faltar
 A la palabra empeñada,
 Que aunque fuere á un moro dada,
 La es fuerza siempre guardar.
 Él hará lo que conviene,
 Que es de vos digno heredero ;
 Y será buen caballero
 Porque en la sangre lo tiene.
 Venga el moro, voto á tal,
 Que él y todos ya sabemos

Guzman.

Nuño.

Lo que hacer aquí debemos.
 ¿ Todos he dicho? Hice mal.
 Hay uno... ¡Qué buena pieza!
 Maldito si de él me fio;
 Tiene cara de judío.
 Os lo digo con franqueza,
 Señor : si fuera que vos,
 Hoy mismo sin mas tardar
 De aquí le hiciera saltar.
 ¿ Quién es?

Guzman.

Nuño.

Don Juan.

Guzman.

¡ Vive Dios!

Cosas teneis... ¡ Al infante!

Nuño.

Al infante : de ese os hablo.

Guzman.

Al hermano de...

Nuño.

Del diablo.

¿ A qué vino ese bergante?

A vendernos. Id con tiento :

Turbulento y sin valor,

Fué ya mil veces traidor;

Quién hizo un cesto hará ciento.

Siempre pérfido y villano,

No hay maldad que no le cuadre :

Primero vendió á su padre,

Y vendió luego al hermano.

Contra el señor de Vizcaya

Hierro asesino asestó;

Y en un fuerte le encerró

El rey por tenerle á raya.

Dejárale allí que pene;

Mas le ha soltado : mal hecho :

Jamas andará derecho

Quien tan malas mañas tiene.

Guzman.

Palabra ha dado don Juan

De ser ya súbdito fiel.

Nuño.

Ni aun así me fio de él;

En fin, allá lo verán.

Por mi parte os aseguro

Que no le pierdo de vista;

Yo le seguiré la pista;

Y si hace alguna, le juro...

Guzman.

Basta, Nuño : respetad

Al príncipe.

Nuño.

Callo, pues.

Guzman.

Iremos luego los tres
 A la justa. Preparad
 Vuestras armas, hijo mio;
 En este ensayo primero
 Que á todos mostreis espero
 A do alcanza vuestro brío.

Don Pedro.

Si el cielo me dá favor,
 Satisfecho os dejaré.

Nuño.

No le han de ganar, á fé,
 Ni en destreza ni en valor.

(*Vánse Guzman y Nuño.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

Apenas siente ya robusta el ala
 El águila caudal, sus padres deja,
 Y hasta el trono del sol rauda se aleja,
 O en atrevida lid su ardor señala.
 Del no probado esfuerzo haciendo gala,
 Así el valor paterno en mí refleja
 Y mi brazo al combate se apareja,
 Y la audacia del Cid mi arrojo iguala.
 Águila soy que al sol subir pretende,
 Que altiva desafía al buitre insano;
 Pero vana quimera el alma emprende.
 De la gloria sin fruto en pos me afano:
 Hoy que en mi pecho amor su llama enciende,
 Todo, si él no me ayuda, será en vano.

ESCENA IV.

DON PEDRO, DOÑA SOL.

(*Sale doña Sol pensativa sin reparar en don Pedro.*)

Doña Sol.

¿Qué es esto, corazón mio?
 ¿Por qué suspiras así?
 ¿Qué es lo que pasa por tí?
 ¿Qué dolor es este impío
 Que yo jamas conocí?
 ¿Por qué cuando pienso en él

Estremecida me siento,
Y este tenaz pensamiento
Vuelve mas fijo y crüel
Cuanto mas lanzarlo intento?
Pero, ¿qué miro?... Él es... ¡ah!

(Reparando en don Pedro.)

Huyamos pronto.

Don Pedro. ¿Qué veo?

¡Doña Sol!

Doña Sol. Me ha visto ya...

Luchando mi pecho está
Entre el temor y el deseo.

Don Pedro. ¿Huis de mí, Sol hermosa?

Doña Sol. ¿Yo?... Don Pedro... os engañais.

¿Mas cómo aquí solo estais?

¿Acaso á la palma honrosa

De la justa no aspirais?

Don Pedro. Aunque aspire á tanto honor,

Lucharé sin esperanza.

Doña Sol. ¿Pensais que tan poco alcanza,

Don Pedro, vuestro valor?

Don Pedro. ¡Ah! Mi justa desconfianza...

Doña Sol. Es indigna de un Guzman.

Mucho del novel guerrero

Todos esperando están;

Y ya la victoria dan

A que yo armé caballero.

Don Pedro. Solo esa dicha, señora,

Hoy puede alentarme ufano;

Pues la espada cortadora

Que ciñera vuestra mano

Debe ser la vencedora.

Mas perdonad, si ofendiendo

A quien tanta gloria ofrece,

Mi espíritu desfallece,

Para alcanzarla sintiendo

Que de otro impulso carece.

Doña Sol. ¿Cuál es?

Don Pedro. No me atrevo...

Doña Sol. Hablad;

Y si á mi poder no escede...

Don Pedro. ¿Qué ardor, qué virtud no puede

Inspirar esa beldad?

Doña Sol.

Aun no os comprendo... explicad...

Don Pedro.

¿Qué le importa al justador
La noble liza hollar fiero?

¿Qué le importa su valor,

Ni del pecho en derredor

Un muro tener de acero?

Si allá en el alto balcon

No hay un solo corazon

Que, atento á su noble empresa,

Con tierna palpítacion,

Por su triunfo se interesa;

Si entre tantos ojos bellos,

Ninguno afable le mira,

Y al contemplar sus destellos,

No puede beber en ellos

El ardor que aliento inspira;

Si la impresion dulce, blanda,

Junto al pecho enamorado

No siente de flor ó banda,

Don del objeto adorado,

Que amor y entusiasmo manda.

Doña Sol.

¿Quién que no existe asegura

Ese corazón que os ame,

Ni esa prenda de ternura,

Ni ese mirar que derrame

En vos aliento y bravura?

Acaso entre las hermosas

Que luego justar os miren

Mil hallareis que suspiren,

Mil que penen silenciosas,

Y amantes por vos deliren.

Don Pedro.

¿Y qué me importa su amor?

Mi alma á todas las detesta,

Si, despreciando mi ardor,

Una sola con rigor

A mi fiel pasion contesta.

A una sola amar me es dado,

Y una que me adore quiero:

Responda á mi amor sincero,

Y entonces, afortunado,

Mas que me odie el mundo entero.

Doña Sol.

¡Cómo!... ¿Amais?

Don Pedro.

Sin esperanza.

Doña Sol.

¡Sin esperanza! ¿Por qué?

- Don Pedro.* Porque el deseo llevé
Do mi fortuna no alcanza.
- Doña Sol.* ¿Os desprecia?
- Don Pedro.* No lo sé.
- Doña Sol.* ¿Vuestro amor acaso ignora?
- Don Pedro.* Sus fieros rigores temo.
- Doña Sol.* Sois cobarde con extremo.
- Don Pedro.* Es ley de quien bien adora.
- Doña Sol.* Amor, cual númen supremo,
Vence imposibles tal vez.
- Don Pedro.* ¡Ah! sí... Decid que piadosa,
Deponiendo la altivez,
No abrigará su alma hermosa
Ni rigores, ni esquivez :
Decid que oirá mis querellas
Con benigna compasion,
Y por dulce galardón,
Dejará á sus plantas bellas
Que ponga mi corazón :
Decidme ha de permitir
Que cuando la lid me llame
Su nombre adorado aclame,
Y ese nombre, al combatir,
De invencible ardor me inflame.
- Doña Sol.* Si, sí, don Pedro, alentad,
Sed su noble caballero,
Por ella á la lid marchad,
Esgrimid el fuerte acero,
Y la victoria alcanzad.
Si á vuestros golpes zozobra
El poder de los infieles,
Y España su honor recobra,
Al mirar vuestros laureles
Dirá ufana : esa es mi obra ;
Y cuando el carro triunfal
Mire desde sus ventanas,
Premiando ese ardor marcial,
Hará su lecho nupcial
Con banderas musulmanas.
- Don Pedro.* ¿Qué escucho ? ¡O dicha ! ¡O placer !
¿ Vos aprobais mi ternura ?
¿ No es un sueño ? ¿ No es locura ?
¡ Ah ! me siento fallecer
De entusiasmo y de ventura.

Doña Sol.

Calmad, don Pedro, ese ardor :
 ¿Qué vale el que yo lo apruebe ?
 Solo, tal vez por error,
 He supuesto aquí el amor
 Que otro pecho abrigar debe.

Don Pedro.

¡ Otro pecho ! Así, señora,
 ¿ Desvanecéis mi ilusion ?
 Halagábais mi pasion,
 ¡ Y cual con daga traídora
 Desgarrais mi corazon !
 ¿ No han dicho mis ojos ya
 Quién amo, por quién deliro ?
 ¿ Mi voz, con hondo suspiro,
 Publicándolo no está,
 Y hasta el aire que respiro ?
 ¿ Pensais que do sin rival
 Vuestra hermosura descuella,
 Puedo hallar otra mas bella,
 Ni en mi ceguedad fatal,
 Querer, ansiar si no es ella ?

Doña Sol.

¡ Cómo !... ¿ Qué decis ?... ¿ Soy yo ?...

Don Pedro.

Castigad mi atrevimiento
 Si este amor os ofendió,

Doña Sol.

¡ Ofenderme !... no... eso no.

Don Pedro.

¿ Que no, respondeis ? Ya aliento.
 Colmad mi felicidad.

Doña Sol.

Yo... ¿ don Pedro ?... ¿ De qué modo ?...
 Mi padre viene... Tomad...
 Esta banda os dice todo...
 Id, y por mí pelead.

(*Se quita una banda que lleva al pecho y se la dá. Váse.*)

ESCENA V.

DON PEDRO, luego DON JUAN.

Don Pedro.

¡ Esta banda !... ¡ O gozo !... ¡ Me ama !
 ¡ Me ama !... No hay duda... No es sueño,
 No es ilusion... Banda hermosa,
 Ven, cubre mi amante pecho :
 Tú le harás invulnerable
 A los golpes del acero.

Don Juan.

(*Ap.*) (Los dos estaban aquí...)

¿Sí, mi hija es la que va huyendo...
Esa banda suya es...
Se amarán?... Disimulemos.)
De gozo miro brillar
Vuestro semblante, don Pedro;
Y el fuego que arde en los ojos
Revela el fuerte guerrero.

Don Pedro. Don Juan, digno de mi padre
En todo mostrarme anhelo;
É igualaré su valor
Cuando no sus altos hechos.

Don Juan. La justa os aguarda ya :
Marchad ; que en lances como estos,
Quien de valiente blasona
Debe acudir el primero.

(*Váse don Pedro.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, luego ABEN-SAID.

Don Juan. Vé, gózate por ahora
En tus ilusiones, necio ;
Halaguen tu pecho altivo
Esos soñados trofeos,
Mientras en tu padre, en tí,
Descargo el golpe tremendo.
Pero Aben-Said espera :
De introducirle ya es tiempo.

(*Abre una puerta secreta y sale Aben-Said.*)

Ven... Solo me encuentro ya ;
Entra, Aben-Said, sin miedo.

Aben-Said. ¿Nadie nos escucha ?

Don Juan. Nadie.

Aben-Said. ¿Y esas puertas ?

Don Juan. Ya las cierro.

(*Cierra las dos puertas laterales.*)

Puedes hablar.

Aben-Said. ¿Y Guzman ?

Don Juan. No abriga el menor recelo.

Aben-Said. ¿Qué ruido es ese que se oye ?

- Don Juan.* Que á la justa acude el pueblo.
Aben-Said. ¿Y si á buscarte vinieren ?
Don Juan. Por esa puerta al momento
 Huirás.
- Aben-Said.* ¿No pueden abrirla ?
Don Juan. Yo sé solo este secreto.
Aben-Said. Bien está...
Don Juan. ¿Nadie te ha visto ?
Aben-Said. No.
Don Juan. Ese traje...
Aben-Said. Con él puedo
 Por do quiera discurrir
 En esta ciudad sin riesgo :
 No há dos años que los moros
 Eran de Tarifa dueños,
 Y en ella hay mil que se adornan
 Con el turbante agareno.
- Don Juan.* ¿Y bien, noble Aben-Said,
 De Africa el monarca escelso,
 El poderoso Jacob,
 Conoce ya mis deseos ?
Aben-Said. Los conoce.
Don Juan. ¿Y qué resuelve ?
Aben-Said. Apoyando tus intentos,
 Ya ejército numeroso
 Ha traspasado el estrecho,
 Y tal vez en este dia
 A Tarifa ponga cerco.
- Don Juan.* Lo sabemos ; y Guzman
 Está al combate dispuesto.
Aben-Said. ¿Piensa acaso resistir ?
Don Juan. Y rechazar el asedio.
Aben-Said. ¿No cuenta nuestros soldados ?
Don Juan. Le ciega el atrevimiento.
Aben-Said. Inmenso es nuestro poder.
Don Juan. Él tiene valor y esfuerzo
Aben-Said. Tarifa sucumbirá.
Don Juan. Por la fuerza no lo creo.
Aben-Said. ¿Pues cómo ?
Don Juan. La astucia ; no hay
 Para rendirla otro medio.
Aben-Said. ¿Estás dispuesto á emplearla ?
Don Juan. A emplearla estoy dispuesto.
Aben-Said. Eso Jacob de tí espera.

Don Juan. ¿Mas cuál ha de ser el premio?

Aben-Said. Si le entregas esta plaza,
Si sus huestes conduciendo,
Hasta el Bétis caudaloso
Estiendes su vasto imperio,
Tuyos serán de Leon
Y de Castilla los reinos.

Don Juan. Acepto, y á mi palabra
Quiero siga el cumplimiento.
Entregada á mi cuidado
La puerta de tierra tengo:
Mañana cuando la noche
Estienda su obscuro velo,
Con sigilo la abriré;
Vosotros estad dispuestos;
Y al mirar lucir en ella
De débil luz los reflejos,
Acudid, que sin combate
El castillo será vuestro.

Aben-Said. ¿Eso, don Juan, nos prometes?

Don Juan. Esto, Aben-Said, prometo.

Aben-Said. Pues llevo tan feliz nueva
Al caudillo sarraceno.
A mañana. Alá te guarde.

Don Juan. Adios... Prudencia y secreto.

(Váse Aben-Said por la puerta secreta.)

Don Juan. *(Solo.)* Al fin, logrados veré
Mis ambiciosos deseos.
Mas vamos pronto á la justa
Antes que adviertan...

(Abre la puerta y retrocede viendo llegar á Guzman.)

¿Qué veo?

Guzman se dirige aquí.
¡Cuán alterado aquel pliego
Leyendo viene!... Me ha visto...
Qué miradas!... Esperemos.

ESCENA VII.

DON JUAN, GUZMAN.

Guzman. ¿Vos aquí, señor infante?

Don Juan. ¿A qué tanta admiracion?

Guzman. ¡Retirado y solo estais
 Cuando todo en derredor,
 De ver tan brillantes fiestas
 Aprovecha la ocasion!
 ¿No quereis, señor, honrarlas?
Don Juan. El honrado fuera yo;
 Mas no es de estrañar las deje,
 Pues tambien las dejais vos,
 Vos, Guzman, cuya presencia
 Les diera tanto esplendor.

Guzman. La sangre de nuestros reyes
 Ilustra vuestro blason,
 Y mal puedo donde esteis
 Obscureceros, señor.
 Demas, que justos cuidados
 Reclaman hoy mi atencion,
 Y cuando me habla el deber
 Tan solo escucho su voz.

Don Juan. ¿Temeis por dicha, Guzman,
 El nuevo asedio?

Guzman. Eso no:
 Que jamas ante el peligro
 Desmaya mi corazon.
 Todo en buena y noble lid
 Lo espero de mi valor;
 Mas do la espada no alcanza
 Llega tal vez la traicion.

Don Juan. ¡La traicion!

Guzman. ¿Os asombrais?
 Razon teneis, vive Dios;
 Y yo me asombro tambien
 Al mirar algun traidor.

Don Juan. ¿Acaso habeis descubierto?...
Guzman. No... nada... es suposicion.
 Mas ya que solos estamos,
 Pediros quiero un favor.

Don Juan. Hablad.
Guzman. Lo veis : aunque fuertes,
 Pocos los soldados son
 Que encierra esta débil plaza
 Do en defensa de su Dios,
 Mas que trofeos, esperan
 De mártires el honor.
 Que nosotros perezcamos

Tal es nuestra obligacion ;
 ¡ Mas vos, hermano del rey,
 Su inmediato sucesor !...
 No, jamas desdicha tanta
 Consentir pudiera yo.

Don Juan. En verdad, buen don Alonso,
 Pasmado oyéndoos estoy ;
 ¿ Y á qué ese estraño discurso
 Se dirige en conclusion ?

Guzman. ¿ Necesitaré decirlo ?
 ¿ Tan poco entendido sois ?

Don Juan. ¿ Quereis salga de Tarifa ?

Guzman. Eso espero.

Don Juan. Guzman, no.

Guzman. Es forzoso.

Don Juan. ¿ Quién lo manda ?

Guzman. De Tarifa alcalde soy.

Don Juan. Y yo infante.

Guzman. En otro sitio

Seré vuestro servidor ;
 Mas aquí reemplazo al rey :
 ¿ Quién es mas, el rey ó vos ?

Don Juan. Os comprendo, don Alonso :
 No ocultéis vuestra intencion.

De traidor antes el nombre
 Vuestra lengua pronunció :

¿ Soy ese traidor acaso ?

Guzman. Vos lo sabreis si lo sois.

Don Juan. ¿ Pensais ?

Guzman. Lo que vos pensáreis,

Eso, don Juan, pienso yo.

Don Juan. Esplicaos.

Guzman. Es inútil :

Dispensadme ese rubor.

Don Juan. Vive el cielo, tal injuria...

Esplicaos, ó sino...

Guzman. ¿ Lo quereis ? — Ved esta carta.

Don Juan. ¿ Y bien, qué ?

Guzman. Noticias son

De Fez... Un secreto amigo,

Privado de Aben-Jacob,

Me avisa que cauteloso

Aquí nos vende un traidor.

¿ Quereis ahora que os diga,

Aquí para entre los dos,
Quién es ?

Don Juan. Algúna calumnia.

Guzman. Vos sois, don Juan.

Don Juan. ¿Yo ?

Guzman. Sí, vos.

Don Juan. ¡Yo !

Guzman. Si no lo declarára
La carta, esa turbacion,
Ese rubor, esos ojos
Lo dijeran.

Don Juan. ¡O furor !

Guzman. ¿Y porque un moro lo diga ?...

Don Juan. No lo dice él solo, no.

Guzman. ¿Quién mas ?

Guzman. Colocad la mano,

Don Juan, en el corazon :
Recordad los hechos vuestros :
Ese es vuestro acusador.

Don Juan. ¿A un infante de Castilla
Así hablais con torpe voz ?

Guzman. Por ser hermano del rey
Así os hablo, que sino
Ya estuviérais á estas horas
Colgado de aquel balcon.

Don Juan. ¡Que sufra tal insolencia !

Guzman. ¿Saldreis, en fin ?

Don Juan. ¿Cuándo ?

Guzman. Hoy.

Don Juan. ¿Y no temeis mi venganza ?

Guzman. Cumpla con mi obligacion,
Y lo que fuere despues
Allá lo dispondrá Dios.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON PEDRO.

(Acudiendo apresurado.)

Don Pedro. Padre, á las armas : se acerca
De la ansiada lid la hora.
Por el lejano horizonte

La hueste enemiga asoma :
 Entre el polvo que levanta
 Su marcha atrevida y pronta,
 Con la luz del sol heridas
 Brillan sus lucientes cotas,
 Y en alas del viento llega
 El ronco son de sus trompas.
 Nuestros guerreros llevando
 En sus ojos la victoria,
 Cual si fuesen á un festin
 El alto muro coronan ;
 Y allí con gritos de guerra
 Al odiado infiel provocan,
 Blandiendo con fuerte mano
 Las espadas cortadoras.
 Venid, que para vencer
 Vuestra vista aguardan sola.

Guzman.

Bien, me agrada ese ardimiento :
 Nunca yo esperé otra cosa :
 Cada día de batalla
 Un día será de gloria.

(S: oye á lo lejos un rumor que se va acercando por grados.)

¿ Mas qué rumor ?...

Don Pedro.

Son las voces

Que el entusiasmo denotan
 Con que corren ardorosos...

Guzman.

No... la causa ha de ser otra...
 Silencio... ¿ Ois ?... Muera, dicen,
 ¡ Muera !

Don Juan.

Sí

Guzman.

(Abre un balcon y miran.)

Mirad... furiosa,

La plebe aquí se encamina...
 Arrastra á un hombre... sus rotas
 Vestiduras manifiestan
 Que es un moro.

Don Juan.

Un moro.

Guzman.

¿ Y osan ?...

Don Juan.

(Ap.) (¿ Será acaso Aben-Said ?)

Guzman.

¡ Oh ! ¡ cuál su faz se trastorna !

(Ap. observando á don Juan.)

¡ Qué sospecha ! — Pronto... vamos...
 Sepamos quién ocasiona...

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA SOL.

Doña Sol. Ah! padre, os encuentro al fin.
Huid, huid sin demora;
Que el alborotado pueblo
Vuestra vida, en su ira loca,
Viene pidiendo.

Don Juan. ¡ Mi vida!

Don Pedro. ¡ Cielos!

Guzman. ¿ Qué decis?

Don Juan. Me ahoga

La rabia.

Doña Sol. Que muera dicen
Con furor mil y mil bocas.
Salvadle... ¡ cielos!... Ya suben...
¡ Ay! una hija os implora...
Defendedle.

Don Pedro. Os lo prometo.

Guzman. Nada temais, Sol hermosa.

¿ Quién podrá donde yo mando
Atreverse á su persona?

ESCENA X.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

Nuño. Aquí está... miradle... á él.

Pueblo. Muera el traidor!

(Desnudando la espada y colocándose delante de don Juan.)

Don Pedro. Si alguien osa...

Guzman. Tened.

Nuño. Dejad que llevemos

Ese infame á la picota...

Guzman. ¡ Nuño!

Nuño. Señor...

Guzman. ¿ Y te atreves?...

Nuño. Es que... se ven tales cosas...

Señor, os lo tengo dicho :

Aquí se arman mil tramoyas;

Y ese traidor...

Guzman.

¡ El infante!

Nuño.

El infante... ¿ Qué me importa?
Aun al lucero del alba,
Sin andarme en mas retóricas,
Si le hallo en un mal fregado,
Le colgaré de una horca.

Guzman.

¿ Pero qué?...

Nuño.

Que yendo al muro

Topé de manos á boca
Con cierto moro de Fez
Aun mas traidor que Mahoma.
Quiere escapar... le detengo...
Viene gente... le interrogan...
Se turba... declara al fin...
Lo que yo decia, ¡ toma!
Que para entregar la plaza
Ese traidor que deshónra
Su sangr.; ese nuevo Dolfos,
Aun mas vil que el de Zamora,
Se ha vendido al marroquí.

Don Juan.

Miente.

Nuño.

No : que muchas otras
Habeis hecho.

Guzman.

Nuño, basta :

Reportaos. ¿ No os sonroja
Así sospechar de un noble
Á quien sangre real abona?
¿ Por solo el dicho de un moro,
Creereis que tan fea nota
Eche en su fama un guerrero
Que hermano del rey se nombra?
No, no : saled que don Juan
Marcha de Tarifa ahora
Á pedir al rey don Sancho
Que sin tardar nos socorra.
Colociendo él mismo há poco
Cuánto este socorro importa,
Ir se ofrecia á Sevilla
Con riesgo de su persona.
¿ No es verdad, don Juan?

Don Juan.

Mas yo...

(*Bajo y con energía á don Juan.*)

Guzman.

Si vivir os acomoda,

Decid, infante, que sí;
 Pues de otra suerte os ahorcan.
Don Juan. Así es... Compartir queria
 Con vos la muerte ó la gloria;
 Mas imperioso deber
 Hoy me aleja de esta costa,
 Y solo porque así os sirvo
 Mi alma con él se conforma.
 Marcho hora mismo.

Doña Sol. (Ap.) Dios mio,
 Lejos de él!

Don Pedro. (Ap.) ¡ Ah, me la roban!
Nuño. (Ap.) Con todo, mejor sería
 Meterle en una mazmorra.

(A doña Sol.)

Don Juan. Ven, hija.
Don Pedro. (Bajo.) ¿ Sol, me dejais?
Doña Sol. Es separacion forzosa.
Don Juan. Quedad con Dios.
Guzman. Él, don Juan,
 Os guarde.
Nuño. (Ap.) Bajo una losa.

ESCENA XI.

GUZMAN, DON PEDRO, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

(Oyéñse á lo lejos clarines que tocan al arma.)

Guzman. ¿ Oís, soldados? La sonora trompa
 Ya nós llama á la lid : corramos luego,
 Y alarde haciendo de guerrera pompa,
 Al brazo no hay que dar paz ni sosiego .
 Pechos infieles nuestra espada rompa,
 Sus tiendas de oro y seda trague el fuego,
 Y véannos trocar la mar cercana
 En otra mar de sangre musulmana.
 No os asusten los fieros escuadrones
 Que en torno al muro su furor ostentan,
 Que al número no atienden los leones
 Cuando en débil rebaño se ensangrientan :
 Siempre los esforzados corazones

Sus contrarios combaten, no los cuentan :
 Seguidme, y descargando golpes ciertos,
 Los contareis mejor despues de muertos.

¿ Españoles no sois? pues sois valientes ;
 A fuer de castellanos sois leales :
 Ni al peligro jamas volveis las frentes,
 Ni os pueden abatir hados fatales ;
 Antes que aquí rendidos, hoy las gentes
 Verán vuestros honrosos funerales,
 Renovando con inclita constancia
 Las glorias de Sagunto y de Numancia.

Sí, castellanos : si el rigor del cielo
 Negase á nuestras armas la victoria,
 En el trance fatal, para consuelo,
 Nos queda siempre de morir la gloria.
 Guarde este ardiente ensangrentado suelo
 De Tarifa tan solo la memoria,
 Y conquiste el Alárabe entre asombros
 Montones de cadáveres y escombros.

Pero no, no será : ya vuestros ojos
 En sacrosanta llama ardiendo veo,
 Y alzar vuestras espadas con despojos
 En estos muros inmortal trofeo :
 Dejándolos do quier con sangre rojos,
 El moro llore este fatal bloqueo ;
 Y estrechado entre el mar y nuestras lanzas,
 Completen hierro y mar nuestras venganzas.

Venid, que desde el alto firmamento,
 El Dios por quien lidiamos ya nos mira,
 Y dando á nuestras almas ardimiento,
 Lanza al infiel los rayos de su ira.
 Nuestras hazañas, desde el régio asiento,
 Con nobles premios, el monarca admira.
 ¡ Feliz quien por los dos su sangre vierte!
 ¡ A morir ó vencer!

Todos.

¡ Victoria ó muerte !

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, DOÑA MARÍA.

Doña María. ¡ No vuelve, ay cielos! no vuelve.

¡Madre infelice!

Guzman.

Calmaos:

Mostrad, per Dios, fortaleza,
Y reprimid ese llanto.

Doña María.

¡Reprimir el llanto! ¡Yo!
¡Una madre! Al hijo amado
Pierdo, y quereis... ¡Ah! vosotros,
Hombres de hierro, gozaos
En la sangre; ved morir
Sin duelo á hijos, hermanos;
Pero al menos á las madres
Dejadnos llorar, dejadnos.

Guzman.

A par de vos tambien siento
Mi corazon destrozado,
Y no es menos mi dolor
Porque lo sufro y lo callo.
Pero ¿somos por ventura
Los únicos que en el campo,
Combatiendo por la patria
Perdieron los hijos caros?
Mil hay, sí, que cual nosotros
Sienten los golpes infaustos
De la guerra, mil que lloran,
Y lo ocultan sin embargo.
¿Quereis que en lágrimas viles
Muestre los ojos bañados,
Y en Tarifa de flaqueza
El infame ejemplo dando,
Con lamentos importunos
¿Siembre do quiera el desmayo?
¿Quereis que al mirarme caigan
Las espadas de las manos,
Y tantos fuertes guerreros
Convierta en viles esclavos?
No, señora, no.

Doña María.

¡Qué bien

Que discurre un inhumano!
¡Qué bien se encuentran pretextos
Cuando un corazon de mármol
Disculpa lo que no siente
Con esos deberes vapos!
Mas soy madre : mi dolor
Es legitimo, sagrado :
Dad vos el hijo al olvido,

Guzman. Mi obligacion es llorarlo.
 Llorad, pues; mas ocultad
 El lloro en este palacio.
 Yo tambien, luego que tienda
 La noche el oscuro manto,
 A solas aquí con vos
 Daré á mis lágrimas vado :
 Sin que nadie aquí lo sienta
 En vuestro seno llorando,
 Vereis que tambien es padre
 Este rústico soldado.
 ¿ Pero qué digo ? Tal vez
 Sin razon nos alarmamos.
 Novel guerrero, don Pedro
 Por su audacia arrebatado,
 Dió rienda al bridon fogoso
 Persiguiendo al africano :
 Pronto volverá, sin duda,
 Ceñido de noble lauro,
 En puro y sublime gozo
 Esas lágrimas trocando.
 Ya Nuño salió en su busca :
 Demos treguas al quebranto ;
 Que sin tener nuevas de él
 No volverá el buen anciano.
 ¿ Mas qué miro?... Él es... ¡ Ay!... ¡ Solo!
 Dadme valor, cielo santo.

ESCENA II.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS.

Guzman. ¿ Y bien, Nuño ?
Doña Maria. ¿ Y mi hijo?... Hablad...
 ¡ Mi hijo!... ¿ Qué es de él ?
Nuño. ¡ Voto al diablo!
 No lo sé.
Guzman. ¿ No lo sabeis ?
Doña Maria. ¡ Murió... murió... desdichado !
Nuño. Tanto como eso no creo ;
 Pero...
Guzman. Acabad.
Nuño. Todo el campo
 He recorrido... Busqué

Su cadáver... ¡qué!... ni rastro,
Nada : ni vivo, ni muerto,
Se le halla por ningun lado.

Doña María.

¡Dios mio!

Guzman.

¿Pues dónde?...

Nuño.

¿Dónde?

Vive Dios, mucho me engaño,
O está...

Guzman.

Decid,

Nuño.

Prisionero.

Guzman.

¡Prisionero!

Nuño.

Sí,

Doña María.

Pues vamos,

Vamos al campo enemigo,
Pronto, pronto, á rescatarlo.
Mis tesoros, mis preseas,
Cuanto tengo, al africano,
Si al hijo mio me vuelve,
Prometo dar... No perdamos
Tiempo, venid.

Nuño.

¡Qué ocurrencia!

¿Por ventura es necesario?...

Guzman.

Sí, Nuño, sí... Marchad vos,

Os doy este dulce encargo.

Id, y ofreced cuanto pida

Al caudillo mahometano.

Nuño.

¡Ir yo con esa embajada!

¿A la postre de mis años,

Rescatar con el dinero

Lo que puedo á cintarazos?

No, señor : ¡bueno sería,

Teniendo acero en las manos!

Dejadme á mí... yo sabré...

Guzman.

¿Qué intentais?

Nuño.

¡Toma! está claro :

Si al chico nos quitó el moro,

De sus garras arrancarlo.

¡Pues cabalmente me pinto

Yo solo para estos casos!

Voy esta noche á sus tiendas,

Entro en ellas por asalto,

Pego á diestro y á siniestro;

A este hiero, á este otro mato,

Y queda antes que amanezca

Guzman. El negocio despachado.
Nuño. O mas bien perecereis.
 Que perezca : ¡vaya un daño !
 Mejor : así como así
 Me estará bien empleado.
 Porque yo tengo la culpa :
 Yo le levanté de cascos,
 Diciéndole : « Vamos, hijo,
 A ellos, ya llegó el caso :
 Aquí se ha de ver á un hombre.
 ¡ Castilla y viva Santiago ! »
 Y él, que no lo necesita,
 Echó á correr como un rayo.
 Eso sí, votó va briós,
 ¡ Qué valiente, qué bizarro !
 Como que atras me quedé,
 Y ya no le ví... ¡ Y dejarlo
 He podido en la estacada !
 ¡ Y sin él vivo he tornado !
 No tengo honor ni vergüenza
 Si hoy libre aquí no os le traigo.
 Voy... ¿ Mas qué veo?... ¿ No es él ?
 ¿ Quién ?
Guzman. ¡ Mi hijo !
Doña María. Sí... apresurado
Guzman. Corre hácia aquí.
Doña María. Sí... sí... él es.
Guzman. Gracias, cielos soberanos.

ESCENA III.

DICHOS, DON PEDRO, SOLDADOS.

Doña María. ¡ Hijo !
Don Pedro. ¡ Madre !
Guzman. ¡ Amado Pedro !
Don Pedro. ¡ Padre querido !
Nuño. Un abrazo.
Don Pedro. ¡ Nuño !
Doña María. ¡ Al fin, te vuelvo á ver !
 ¡ Ah ! por qué has tardado tanto ?
 ¿ Estás herido ?
Don Pedro. No, madre !

Doña María. Ven otra vez á mis brazos.
No le hemos perdido, no.
Vedle... aquí está... ya le hallamos.
¿Lo ves, Nuño?

Nuño. Sí, ya veo.
Que buen susto nos ha dado.

Doña María. ¡Hacernos así penar!
¿Dónde te hallabas, ingrato?
¿No pensabas en tu madre?

Don Pedro. ¡Ay! harto pensaba.

Nuño. ¡Bravo!

Guzman. Don Pedro, por la primera,
Como un Cid habeis lidiado.
Mas de lo que es menester;
Pues buen guerrero no llamo
Al que en la lid no reúne
Lo prudente á lo esforzado.

Nuño. ¿Y quién diablos, si es valiente,
Se contiene peleando?

Guzman. Otra vez en la batalla
Vendreis, don Pedro, á mi lado.
Mas hora habreis menester
Entregaros al descanso.
Venid.

Don Pedro. No puedo.

Doña María. ¿No puedes?

Don Pedro. Hoy mismo, señor, me marchó.

Doña María. ¿Te marchas?

Guzman. ¿Dónde?

Don Pedro. Señor...

No me atrevo á pronunciarlo.

Guzman. ¿Pues qué sucede?

Doña María. Di pronto.

Don Pedro. Si os he vuelto á ver, si os hablo,
Lo debo, señor, tan solo
A la piedad del contrario.

Guzman. ¡A su piedad!

Doña María. ¿Cómo?

Don Pedro. En mí

Ved á un miserable esclavo.

Guzman. ¿Pues qué, acaso prisionero?...
Don Pedro. Sí.

Doña María. ¡Dios mio!

Guzman. ¡Desgraciado!

Nuño.

¿No lo dije?

Don Pedro.

En la refriega

Cayó muerto mi caballo.
 Entonces de la morisma
 Por todas partes cercado,
 Contra tantos enemigos
 Procuero lidiar en vano.
 Rota en mil trozos la adarga,
 Y rodando en tierra el casco,
 Sobre mi frente desnuda
 Vi cien alfanges alzados.
 Un moro me reconoce,
 Y grita al punto : « Apartaos,
 Respetad á este guerrero,
 Pues le defiendo y le guardo. »
 Era Aben-Comat, á quien
 En días menos aciagos
 Con vos, despues de vencido,
 Unió de amistad el lazo.
 Mas llega el caudillo moro :
 « Eres mi esclavo, cristiano, »
 Dice, y al punto me cercan,
 Y mírome desarmado.
 Sabiendo quién soy, pretende
 Hora entrar con vos en tratos
 Sobre mi rescate, y tiene
 Aben-Comat este encargo.
 Al pie del muro se encuentra
 Vuestro seguro esperando.
 ¡Aben-Comat! venga luego.
 Id... traedle... ya le aguardo.

Guzman.

(Váse un soldado.)

Don Pedro.

A su sincera amistad
 Debo el placer de abrazaros,
 Pues que aquí le acompañára
 Del jefe Amir ha alcanzado,
 Mi palabra de volver
 Cuando él regrese empeñando.

Doña María.

¡O Dios! ¿y nos dejarás?

Don Pedro.

Lo manda el honor sagrado.

Doña María.

¡Ah! nunca consentiré...

Guzman.

Cese ya tu sobresalto,

- María, nada receles,
 Pues hoy será rescatado.
 Si el oro apetece Amir,
 Le daré tesoros tantos,
 Que pueda igualar con ellos
 La pompa de un soberano.
- Don Pedro.* Amir en el campo moro
 Menos, señor, manda acaso,
 Que un traidor, baldon de España,
 Que está su estirpe infamando.
- Guzman.* ¿Quién es?
Don Pedro. ¡Don Juan!
Guzman. ¡El infante!
Don Pedro. De aquí viéndose arrojado,
 Ha ofrecido al musulman
 El apoyo de su brazo.
- Nuño.* ¿No lo dije?... Si su cara
 De Judas es el retrato.
 ¡Qué poco nos vendería
 Si le hubiéramos ahorcado!
- Guzman.* Suya la infamia será;
 Yo cumplí cual buen vasallo.
- Don Pedro.* A par del caudillo Amir,
 Por los moros acatado
 Alzar le ví mas que nunca
 La frente, orgulloso y vano.
 Brilló al mirarme cautivo
 Feroz sonrisa en sus labios,
 Y retrataban los ojos
 Su corazón inhumano.
- Doña María.* ¡Ah! Me estremece.
Guzman. Se acerca
 Aben-Comat : sosegaos.

ESCENA IV.

DICHOS, ABEN-COMAT.

- Aben-Comat.* Salud, noble Guzman.
Guzman. Dame los brazos,
 Generoso Comat.
- Aben-Comat.* Dios solo es grande :
 Él te proteja, Castellano insigne.

- Guzman.* ¡Cuán dulce á mi amistad es estrecharte
Sobre este corazon! Tú solo, amigo,
La memoria de Fez grata me haces :
De los lazos que allí con vil perfidia
Me tendiera un traidor, tú me libraste ;
Y hoy deteniendo los mortales golpes,
La prenda de su amor vuelves á un padre.
Gratitud para siempre.
- Aben-Comat.* Amistad santa
Nuestras almas, Guzman, por siempre enlace.
- Doña María.* Permite, Aben-Comat, que agradecida
Bese tus plantas una triste madre.
- Aben-Comat.* ¿Qué haceis?... ¡Ah! levantad... Eso, señora,
Mas bien que agradecer, es humillarme.
- Nuño.* ¡ Bien !
- Aben-Comat.* ¡ Pero, Nuño aquí !... ¿ Valiente anciano,
No te acuerdas de mí ?
- Nuño.* Moro del diantre,
Mas de lo que quisiera.
- Aben-Comat.* ¿ Siempre guardas
Á los míos rencor ?
- Nuño.* ¡ Si, voto á sanes !
Solamente á ti no.
- Aben-Comat.* La mano.
- Nuño.* Toma.
- Guzman.* (Ap.) Lástima que este Moro no se salve.
Y bien, Aben-Comat, di tu embajada.
Si á proponerme vienes el rescate
Del hijo que idolatro, hablar ya puedes.
Estados tengo que señor me llamen,
Ricos tesoros en mis arcas guardo
Que á comprar todo un reino son bastantes :
Si Amir los apetece, suyos sean ;
Pues mientras este acero no me falte,
Y existan en España pueblos moros,
Riquezas, vive Dios, non han de faltarme.
- Aben-Comat.* No exige tanto Amir : antes desea
Que esos estados y tesoros guardes.
Al hijo te dará, y á par, si quieres,
Con él nuevos estados y caudales,
Que en Africa encumbrando tu fortuna,
Á los mas altos príncipes te igualen.
Una cosa no mas pide.
- Guzman.* ¿Cuál? Dila.

- Aben-Comat.* Qué el fuerte de Tarifa has de entregarle.
Guzman. ¡Yo entregar á Tarifa!
Doña Maria. ¡O Dios!
Nuño. ¡Infamia!
- Don Pedro.* ¿Eso á Guzman propones, miserable?
Guzman. Dale gracias, Comat, al ser mi amigo,
 Y á que el seguro que te dí te ampare;
 Pues nadie osára hacerme tal propuesta,
 Sin que la torpe lengua le arrancase.
- Aben-Comat.* Modera ese furor, Guzman, y advierte...
Guzman. Solo advierto que quieres infamarme.
 ¡Tú proponerme á mí!... ¿No me conoces?
 ¿Qué hicieras tú, si en mi lugar te hallases?
- Aben-Comat.* ¿Yo?... Dejemos inútiles preguntas.
 Puedo acaso saber?...
- Guzman.* Harto lo sabes;
 Y que, cual yo rehusó, rehusáras,
 Diciendo está el rubor de tu semblante.
- Aben-Comat.* Solo de quien me envía los mandatos
 Fiel debo aquí cumplir, y sin exámen.
- Guzman.* Pues lleva á quien te envía, por respuesta,
 Que, cual cumple á mi gloria y á mi sangre,
 Para entrar en Tarifa ha de servirle
 De sangriento camino mi cadáver;
 Y que sus condiciones yo desprecio,
 Como tambien desprecio á quien las hace.
- Aben-Comat.* Piénsalo bien, Guzman : tuya es Tarifa;
 Tú solo con valor la conquistaste;
 Hora con tus tesoros la sostienes,
 La defienden tus deudos y parciales :
 Nada á tu rey le debes.
- Guzman.* Ten la lengua ;
 Que no discurren tanto los leales.
 A Tarifa guardar juré en su nombre,
 Y nunca hombres cual yo juran en balde.
- Aben-Comat.* ¡Ah! duélate el destino que le espera
 En Africa á tu hijo. ¿Que allí arrastre
 La vil cadena dejarás que á un tiempo
 Sus fuerzas mengüe y su deshonra labre?
 Mientras en la abundancia aquí te goces,
 ¿Que sufra dejarás la sed, el hambre,
 Y lejos de su patria acaso encuentre
 Temprana sepultura entre arenales?
- Guzman.* Moro, como quien es, al hijo mio

- En Africa yo espero se le trate.
- Don Pedro.* ¿Y qué importa, señor? Dejad que apuren
Esas fieras en mí sus crueldades.
¿Trátase del honor, de patria y gloria,
Y en mi triste existir puede pensarse?
¿Un inútil guerrero que sin fuerzas
Rendir se deja en el primer combate,
Con la suerte de un reino osára acaso
Ponerse en parangon un solo instante?
No, no, jamás... Señor, á vuestro hijo
Ya no mireis en mí... Soy un infame,
Un vil esclavo soy... Mi cobardía
Con la cadena vil justo es que pague;
Y en tamaño baldon, no pertenezco
Á la sangre inmortal de los Guzmanes.
- Doña María.* ¿Qué dices, hijo? ¡O Dios! ¿Quieres que muera
Esta madre infeliz?
- Don Pedro.* Madre, dejadme :
No se quieren aquí lágrimas viles,
Se necesitan pechos indomables.
¿Tarifa ha menester mi sacrificio?
Mi sacrificio, pues, no se retarde.
¡Ah!
- Doña María.* Bien, hijo, muy bien... Ven á mis brazos :
Guzman. Eres digno de mí, eres mi sangre.
Lo ves, Aben-Comat; puedes la infamia
Á otra parte llevar, que aquí no cabe.
- Aben-Comat.* Ilusos, delirais. ¿Pensais acaso
Que ni aun así Tarifa ha de salvarse?
¡Perdeis por ella libertad y vida!
¿Para qué, si es su ruina inevitable?
Mirad esas legiones que la asedian :
Pequeña muestra son de las falanges
Que pueden, cual torrente irresistible,
Sobre España lanzar los Almohades.
Ya se congregan en inmensas huestes
Los hijos del desierto : ya el alfange
Desnudan vengador cuantos respiran
Desde el fecundo Nilo hasta el Atlante;
Y tantos son, que con las flechas pueden
Obscurecer el dia sus enjambres.
¿Contra tanto poder, Tarifa acaso
Espera resistir? Espera en balde.
Caerá, logrando solo entre sus ruinas

- Sus necios defensores sepultarse.
- Guzman.* Mas caerá con honor; pero cayendo,
Nuestra fama y virtud serán mas grandes.
No es la gloria tan solo del que vence,
Éslo tambien del que lidió constante;
Y tal vez sobre ruinas, mas lozanas
Suelen crecer las palmas inmortales.
Tambió cayó Numancia: en sus escombros
Las alas tendió el águila triunfante;
Mas solo allí vergüenza alcanzó Roma,
Y Numancia es honor de las edades.
¿Pensas que nuestros pechos amedrentas
De ese inmenso poder haciendo alarde?
Moro, te engañas; Españoles somos,
Que do mas riesgos hay, menos se abaten:
Su muerte cierta ven, y no desmayan,
Pueden vencidos ser, mas no cobardes;
Y siempre superiores al destino,
Láuros, donde otros mengua, encontrar saben.
- Aben-Comat.* ¿Luego hoy tus esperanzas llegan solo
Á perecer con gloria en el combate?
- Guzman.* No, que aspiro á vencer. Dios, por quien lidio,
Me prestará la fuerza que me falte;
Y dispuesto á morir, la palma aguardo.
De tus inmensas huestes no te jactes.
¿Ves los pocos guerreros que me cercan?
Del triunfo en la esperanza todos arden;
Y ser un héroe cada cual creyendo,
De los tuyos por mil piensa que vale.
- Aben-Comat.* Guzman, te admiro, aunque á la par me duele
Tu ceguedad funesta.
- Guzman.* No te canses;
Que esto exige mi honor, y esto resuelvo.
Vuélvete, Aben-Comat, á tus reales,
Y lleva á tu caudillo mi respuesta.
Nuño, le seguirás; y del rescate
Tratarás con Amir: cuantos tesoros
Hoy tengo en mi poder, ofrezco darle;
Pero si mis ofertas despreciando,
Á devolverme el hijo se negase,
Si cual esclavo al Africa le lleva,
Del Africa yo mismo iré á sacarle.

(Váse.)

ESCENA V.

DONA MARÍA, DON PEDRO, ABEN-COMAT, NUÑO.

- Aben-Comat.* Oídme, doña María :
Si al hijo, prenda del alma,
Ansiais conservar, venced
Esa bárbara constancia.
Ved que peligra su vida.
- Doña María.* ¡O Dios!
- Don Pedro.* ¿Qué decis?
- Nuño.* ¿Osarán?...?
- Aben-Comat.* Mi intento ocultaros era
El riesgo que le amenaza;
Mas ya es preciso sepais...
Doña María. Hablad : no me oculteis nada.
- Aben-Comat.* Don Juan en el campo moro
Cual dueño absoluto manda ;
Y aun Amir, obedeciendo
Las leyes de su monarca,
Sus consejos, sin osar
Contradecirlos, acata.
Si al real vuelve don Pedro
Sin que Tarifa nos abra
Sus puertas, lo temo todo
De su implacable venganza :
En mi presencia ha jurado
Sacrificarlo á su rabia.
- Doña María.* ¡Ah! lo hará... sí... le conozco :
Ninguna maldad le espanta.
- Aben-Comat.* Puesto que Guzman desoye
Mis amistosas palabras,
Probemos si vuestro llanto,
Si vuestros ruegos le ablandan.
Aprovechad los instantes
Que aun de estar aquí me faltan :
Ved que si llego á marchar,
Si don Pedro me acompaña,
Por mas que estorbarlo quiera
Mi amistad acrisolada,
Segará tal vez hoy mismo
Un cuchillo su garganta.

(Váse.)

ESCENA VI.

DONA MARÍA, DON PEDRO, NUÑO.

Doña María. ¿Qué dice?... ¡O cielos!... ¡Morir
El hijo de mis entrañas!
¡Y yo lo consentiría!
¡Y yo marchar le dejára!
No, no será, si primero
De mis brazos no le arrancan.

Don Pedro. Calmaos, madre.

Nuño. Señora...

Doña María. Vamos, vamos sin tardanza,
No perdamos tiempo... Vea
Tu padre mi pena amarga...
Y tú también, Nuño, ven :
Vamos los dos á sus plantas.
No desoirá nuestros ruegos;
Y si estos ruegos no bastan,
Cuantas madres en Tarifa
Presencian hoy mi desgracia,
Á nosotros se unirán
En triste llanto bañadas.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, ABEN-COMAT.

Aben-Comat. ¿Entro, por fin, doña Sol?
Nuño. Mi palabra te cumplí :
Con sigilo, cual deseas,
La acabo de introducir ;
Y en una secreta estancia
Está no lejos de aquí.

Aben-Comat. Bien... ¿Nada sabrá Guzman ?
Nuño. Nada. ¿ Mas dirás al fin
Qué estraña venida es esta ?
¿Qué es lo que quiere decir

- Este misterio?
Aben-Comat. Tal vez
 Se salve don Pedro así.
 Prendado se halla hace tiempo
 De ese bello serafin;
 Y puesto que en mi mensaje
 Tan poco dichoso fuí,
 Amor con dos bellos ojos
 Será acaso mas feliz.
- Nuño.* ¿Pero lo sabe don Juan?
Aben-Comat. Él lo quiere.
Nuño. ¡Malandrin!
 Alguna nueva tramoya :
 Me pesa ya consentir...
- Aben-Comat.* En que se hablen dos amantes
 No hay peligro.
- Nuño.* A veces sí;
 Y en cuanto don Juan dispone
 Hay oculto algun ardid.
- Aben-Comat.* Bien... si temes...
Nuño. Ya ha venido;
 Y es tan buena, tan gentil...
 Trabajo cuesta el creerla
 Hija de padre tan ruin :
 No cabe en su corazon
 Ningun pensamiento vil;
 Ni en don Pedro mucho menos...
 Conque pecho al agua, y...
- Aben-Comat.* Esta secreta entrevista
 Debe, Nuño, decidir
 Si habrá de volver don Pedro
 Al campo del Marroquí,
 O bien quedarse ya libre
 En Tarifa; y pues salir
 Me es fuerza antes que se oculte
 El sol, corre; y que por tí
 No se pierda tiempo.
- Nuño.* ¿Al cabo
 Te marchas?
- Aben-Comat.* Me anuncia Amir
 Que al nuevo dia embarcarme
 Me manda Jacob.
- Nuño.* Pues di :
 ¿No podrias retardar?...

- Aben-Comat.* Con ser tan fuerte adalid,
Si en obedecer tardase,
Cayera, triste de mí,
Pronto al suelo mi cabeza.
- Nuño.* Par diez, que hila muy sutil
Vuestro califa : á nosotros
No nos manda el rey así :
De nobles fueros gozamos ;
Y alta siempre la cerviz,
No dejamos que nos quiten
La cabeza así en un tris.
- Aben-Comat.* Esto nuestra ley ordena.
- Nuño.* Sea en buen hora ; que al fin
En algo se debe un moro
De un cristiano distinguir.
Mas voy luego por la infanta.
- Aben-Comat.* Traerla puedes aquí ;
Y cuida de que tambien
Don Pedro pueda venir. (*Váse.*)

ESCENA II.

ABEN-COMAT.

Con una infernal astucia
Don Juan calculó sus planes.
De una madre los lamentos,
Los halagos de una amante,
Mas que el temor de la muerte
Serán hoy sus auxiliares ;
Pero él de los otros juzga
Por su corazon infame,
Y estos pechos á la voz
Del honor tan solo latén.
Con repugnancia obedezco ;
Mas si don Pedro aceptase,
Serviré á un tiempo al califa
Y lograré que él se salve.

ESCENA III.

ABEN-COMAT, DOÑA SOL.

- Aben-Comat.* Venid,-venid, Sol hermosa...
¿Mas por qué en vuestro semblante

De inoportuno dolor
 Miro impresas las señales?
 ¡ Vais á ver al noble objeto
 De un amor puro, constante,
 Y miro esos tristes ojos
 En lágrimas anegarse!
 Jóven, gallardo, valiente,
 En merecimientos grande,
 Digno es don Pedro de vos,
 Y sola vos podeis darle
 El galardón que merecen
 Su virtud, sus altas partes.
 ¿Por qué, pues?...

Doña Sol. Sí, lo confieso :

Sus prendas, nobles, brillantes,
 Con encanto irresistible
 Consiguieron cautivarme.
 Siendo suya, mi ventura
 Envidiarían los ángeles;
 Mas no puede á tanta costa
 Esa ventura aceptarse.

Aben-Comat. Sé que un triste sacrificio
 Exige de él vuestro padre;
 ¿Mas quién para poseer
 Tal tesoro?...

Doña Sol. ¡ Medio infame!
 Tan vil traición no consiente
 La hidalguía de su sangre;
 Y si capaz fuese de ello
 Yo dejaría de amarle.

Aben-Comat. Considerad...

Doña Sol. ¿ Y han creído
 Que él á Tarifa entregase?
 ¿ Premio me hacen de quien venda
 Á su patria, vil, cobarde?
 ¿ Y he de ser yo quien proponga?...
 Ah! fuera un horrible enlace
 Comprada á tal precio... nunca...
 Consentir en él no es dable.

Aben-Comat. Mas si peligrá su vida...

Doña Sol. Aun estremecer me hacen
 Estas horribles palabras :
 « O de esa ciudad me abre
 La puerta, y suya es tu mano,

O su cabeza un alfange
 Divide luego... » Esto dijo
 Con voz terrible mi padre...
 Y me estremecí... A sus plantas
 Me arrojé... Con abundante
 Llanto las regué... mis súplicas,
 Mi lloro, todo fué en balde.
 Ah! sin tan fiera amenaza,
 Cielo santo, bien lo sabes,
 No viniera á ser aquí
 Mensagera de maldades.

Aben-Comat.

Calmaos... Oid tan solo
 Esa pasion que en vos arde.
 Don Pedro viene... Mirad
 Que es tiempo aun de salvarle,
 Y á decretar vais ahora

Doña Sol.

O su muerte ó su rescate. (*Váse.*)
 ¿Qué haré? ¿Qué diré? Dios mio,
 Mi espíritu vacilante
 Sostened... dadme valor,
 O de este abismo sacadme.

ESCENA IV.

DOÑA SOL, DON PEDRO.

Don Pedro.

¿Sol, lucero de mis ojos,
 Es verdad que torno á veros?
 ¿Cesando ya mis enojos,
 Me es permitido ofreceros
 El corazon por despojos?
 Á esas plantas permitid...

Doña Sol.

¡Ah! de mí, don Pedro, huid.

Don Pedro.

¡Huïr cuando al colmo llega
 Mi dicha!... No, recibid...

Doña Sol.

Un funesto error os ciega.
 Huidme, sí.

Don Pedro.

¿Qué terror
 Altera vuestro semblante?

Doña Sol.

Hoy mi padre en su furor...

Don Pedro.

¿Sabe ya mi amor constante?

Doña Sol.

Es vuestra muerte ese amor.

Don Pedro.

Entiendo : injusto, insensible,

- Le ofende mi pura llama.
Doña Sol. ¡Pluguiese á Dios!... Preferible
 Fuera su enojo inflexible.
- Don Pedro.* ¿Eso decís á quien ama?
Doña Sol. Esto quien os ama os dice.
- Don Pedro.* ¿Cómo? Cuando nuestro amor
 Un padre no contradice...
- Doña Sol.* Antes aprueba este ardor.
Don Pedro. ¿Y osais llamarme infelice?
Doña Sol. ¿Quereis mas? El inhumano,
 Con despiadada ironía,
 Consiente en daros mi mano.
- Don Pedro.* ¿Qué escucho? ¡Al fin sereis mia!
Doña Sol. ¡Ah! no mostreis tan ufano.
 Sí, vuestra ya puedo ser;
 ¿Pero sabeis á qué precio
 Me teneis que poseer?
- Don Pedro.* Todo lo prometo hacer
 Por un bien que tanto aprecio.
 Decidme dónde en España,
 Fuera de ella, háy una hazaña
 Que emprender por vos yo pueda :
 Si el corazon no me engaña,
 Nada hay que á mi ardor no ceda.
- Doña Sol.* Hora camino el honor
 Para obtenerme no es.
- Don Pedro.* ¿Cuál?
- Doña Sol.* Otro lleno de horror.
- Don Pedro.* Qué me es preciso hacer, pues?
Doña Sol. Es preciso... ser traidor.
- Don Pedro.* ¡Traidor!
- Doña Sol.* Sí... Sabéislo ya.
- Don Pedro.* ¡Cielos, aterrado estoy!
Doña Sol. Dispuesto el altar está :
 Si á Tarifa entregais hoy,
 Si á la patria, al soberano,
 Si la santa ley de Dios
 Vender consentís villano,
 Unida quedo con vos.
- Don Pedro.* ¿Aceptais?... Esta es mi mano.
Doña Sol. ¿Señora, me conoceis?
 Porque os conozco sobrado,
 Por vos la respuesta he dado.
- Don Pedro.* ¿Por mí respondido habeis?

- ¿Queréisme, pues, deshonorado?
 ¿Eso recelais de mí?
 Atenta á vuestro decoro,
 Vuestra muerte preferí;
 Porque para vos creí
 La honra el mayor tesoro.
- Don Pedro.* Ahora sí, Sol hermosa
 Conozco que me adorais :
 En esa respuesta honrosa
 De vuestra llama amorosa
 La mejor prueba me dais.
- Doña Sol.* Al precio de vuestra fama
 No compro yo mi ventura ;
 Mas esta mujer que os ama,
 Ay triste! si no es infama,
 Os dá una muerte segura.
- Don Pedro.* ¿Y qué me importa el morir?
 Con mi honor he de cumplir;
 Y pues no os prefiero á vos,
 Menos lo haré, vive Dios,
 Con un mísero existir.
 Don Juan me ha juzgado mal
 Si al poder de esa belleza
 Piensa hacerme desleal :
 Ni he de perder mi firmeza,
 Ni ha de faltarme un puñal ;
 Que aunque es inmenso mi amor,
 Sabré dar á mi querida,
 De mí mismo matador,
 Mas bien que un traidor con vida,
 Un cadáver con honor.
- Doña Sol.* Y ella, aunque débil mujer,
 Así tambien te prefiere :
 Firme cual tú sabrá ser ;
 Y si te ha de envilecer,
 Cadáver tambien te quiere.
 Mas puesto que tú perezes
 Por una causa tan bella,
 Que ella te imite mereces ;
 Y no una sola, mil veces
 Debe morir tambien ella.
 Y morirá te lo jura
 Quien nunca supo mentir :
 Si en la tierra, con fé pura,

A tí no se logra unir,
 Se unirá en la sepultura;
 Y libres de todo afan,
 Nuestras almas subirán
 Una de otra al cielo en pos,
 Y felices se amarán
 En la presencia de Dios.

Don Pedro. ¿Qué escucho? ¡Mujer sublime!
 Tu grata voz de tal suerte
 Consuelo en el alma imprime,
 Que ya de su mal no gime,
 Y haces dulce hasta la muerte.
 ¡Pero tú morir!... jamás:
 Vive... ¿Cuando de tí en torno
 Sembrando la dicha vas,
 De su mas precioso adorno
 Privar al mundo podrás?
 Deja que yo solo muera:
 Dentro del pecho mezquino
 Me dice voz lastimera

Doña Sol. Que morir es mi destino
 En mi tierna primavera.
 No morirás si el acento
 Escuchas de quien te adora.
 Libre aquí te ves ahora;
 No vuelvas al campamento
 Do hallarás muerte traidora.

Don Pedro. ¡Yo á mi palabra faltar!
 No exijas eso de mí:
 Al real debo tornar
 Por mas que me espere allí
 La muerte fiera al llegar.

Doña Sol. Mi ruego...

Don Pedro. Vano es en esto:
 Te lo digo con dolor.

Doña Sol. ¿Tan poco podrá mi amor?

Don Pedro. Aunque me sea funesto,
 Puede en mí mas el honor.
 Vé, y dile á tu padre fiero]
 Que soy fiel á mi deber;
 Y que cual buen caballero,
 Sin tardanza á su poder
 Volverá su prisionero;
 Que pues al cielo le plugo,

Prepare para mi cuello
 De la esclavitud el yugo,
 O si mas se goza en ello,
 El hacha vil del verdugo.
 Cautivo, tú de mis penas
 Sabrás templar los rigores;
 Y pensando en tus favores,
 Al ruido de las cadenas
 Yo cantaré mis amores :
 O si es mi suerte morir,
 Al dar el postrer suspiro
 Seré feliz si te miro,
 Creyendo aun que es vivir
 Si á tus ojos, Sol, espiro.

ESCENA V.

DICHOS, NUÑO.

Nuño. Ah! don Pedro, vuestra madre,
 En lágrimas anegada,
 Á voces por el palacio
 Os busca ansiosa y os llama.
 Vos, retiraos, señora,
 Que ya se acerca á esta estancia.
Doña Sol. Don Pedro, en el campo moro
 Esta mujer os aguarda;
 Si mis súplicas allí
 A un padre cruel no ablandan,
 Si no rompe vuestros hierros,
 Ú os diere muerte inhumana,
 En tal extremo, yo sé
 Lo que amor y honor me mandan.
 Adios. (*Váse.*)
Don Pedro. Adios.—¡O cuál sufre
 Mi corazon! Si á mi amada
 Resistí, con una madre
 Dame, cielo, igual constancia.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DOÑA MARÍA, NUÑO.

Doña María. ¡Ah! te hallo al fin, hijo mio.
 Mírame desesperada.

Tu padre, ¡ay cielos! tu padre,
 Bárbaro, cruel, sin alma,
 Ha repelido insensible
 Mis maternales instancias.
 En vano, en vano he regado
 Con triste llanto sus plantas;
 Ni le mueven mis suspiros,
 Ni mis lágrimas le apiadan.
 Él solo me habla de honor,
 De juramentos, de patria...
 Cual si una madre entendiera
 Esas mentidas palabras.
 Mi honor, mi patria, mi dicha,
 Es mi hijo, mi prenda cara;
 Él es mi bien, mi tesoro,
 Y fuera de eso no hay nada.

Don Pedro.

Si vos no entendeis, señora,
 Esas voces sacrosantas,
 En el pecho de mi padre
 Con eco tremendo claman.
 A vos os toca llorar,
 Dal al llanto rienda larga;
 Pero no exijais, por Dios,
 Se cubra un Guzman de infamia.
 Si él entregase á Tarifa...

Doña María.

¿Y quién dice que tal haga?
 ¿No estás aquí? ¿Quién por fuerza
 De nuestro lado te aparta?
 ¿Será que él mismo te entregue
 Á la horrible cimitarra?
 No, no... Pues te trajo el cielo
 Do del peligro te salvas,
 Para correr á la muerte
 Ya de Tarifa no marchas.

Don Pedro.

¡Ah! ¿qué decis?... ¿Olvidais
 Que mi palabra empeñada?

Doña María.

¡Siempre palabras, honor!

Don Pedro.

Partir ese honor me manda.

Doña María.

Pues yo mando que te quedes;
 Yo, tu madre... ¿Qué, ya nada
 Puede una madre?... ¿Se oirán
 No sé qué vanos fantasmas,
 Y de una madre las quejas
 Solo serán despreciadas?

Don Pedro.

Pero mi padre...

Doña María.

¡ Tu padre!

Si su proteccion te falta,
La mia te queda, sí,
Y esta proteccion te basta.
Ven, sígueme... Yo conozco
Una secreta morada
Do no te podrá alcanzar
De tus verdugos la rabia.
Sabrán soy yo quien te oculto :
No me importa... Ni amenazas,
Ni aun los mas fieros tormentos,
Me harán descubrir tu estancia.
Ven, hijo, ven... ¿ No es verdad
Que vendrás?... Mira estas lágr.mas...
Dame la mano... Ven... llega...
Tócalas... ¿ Sientes cuál bañan
Esta mano ¡ ay Dios! que beso,
Y en la cual exhalo el alma ?

Don Pedro.

Por Dios, cesad... ¿ Qué quereis ?
¿ Si aceptase mengua tanta,
Ante mi padre, ante el mundo
Cómo presentarme osára ?
Volver al campo enemigo
Es obligacion sagrada :
Lo prometí; y vale mas
Que mi vida, mi palabra.

Doña María.

Hijo digno de Guzman,
No, no desmientes tu raza,
Y tienes de dura roca,
Cual tu padre, las entrañas.
Marcha, pues, corre á morir,
Si tanto el morir te agrada.
Deja que tu triste madre
En llanto aquí se deshaga,
Y en su dolor... Mas no pienses
Permita que solo vayas.
Adonde quiera que fueres,
Yo seguiré tus pisadas :
A tí me asiré cual yedra
Que al árbol tenaz se agarra ;
Y cuando sobre tu cuello
Caiga del verdugo el hacha,
A un tiempo dividirá

Con la tuya mi garganta,
Regando la tierra en torno
Nuestras dos sangres mezcladas.

Don Pedro. ¡Ah! ¡qué horror!... No quebranteis
De esa muerte mi constancia.
¿Por qué hablar de vuestra muerte,
Si la mía no me espanta?
Cielos, piedad : dadme fuerzas,
Que las que tengo me faltan.

Doña María. ¡Ah! ¿cedes al fin?
Nuño. No cede,
No, señora : ni esa mancha,
Vive Dios...

Doña María. ¿Y tú también,
Tú, contra mí te declaras?

Nuño. ¿Yo?... ¿Contra vos?... ¡Voto á tal!
¿No veis el llanto que arrasa
Mis ojos?... ¡Nuño llorar!
¡Si Guzman lo presenciara!
Mas ya sé lo que he de hacer :
Secad, señora, esas lágrimas;
Que yo salvaré á don Pedro.

Doña María. ¡Tú!

Don Pedro. ¡Vos!

Nuño. Yo.

Doña María. ¿Cómo?... Di... habla.

Nuño. Él ha jurado volver;
Mas yo no he jurado nada,
Ni los soldados, ni el pueblo :
Con que vaya al campo, vaya;
Que yo lo sabré estorbar.

Don Pedro. ¿Osareis?

Nuño. Sobre la marcha
Junto á los míos, les cuento
El peligro que os amaga...

Doña María. Sí... sí.

Don Pedro. Mas Nuño...

Nuño. Vereis,

Vereis qué bolina se arma :
No ha de haber uno en Tarifa
Que á defenderos no salga;
Y aunque se oponga Guzman,
Y el moro brame de rabia,
No hay remedio, os quedareis,

O es fuerza que el mundo se arda.
Doña María. ¡Ah! buen Nuño; sí, sí, corre :
 No tardes... sálvale.

Don Pedro. Aguarda.
Nuño. ¡Qué aguardar!... Podeis hacer
 Vos lo que os diere la gana ;
 Que yo haré mi voluntad,
 Y nadie de ello me saca.
 ¡Dejar yo que le degüellen !
 ¡Esto solo nos faltaba! (*Váse.*)

ESCENA VII.

DOÑA MARIA, DON PEDRO.

Don Pedro. ¿Qué es lo que pretende hacer ?
 ¡Ah! yo lo debo estorbar.
 (*Quiere seguir á Nuño.*)

Doña María. Detente.

Don Pedro. Dejadme.

Doña María. No,

De este sitio no saldrás,
 O primero sobre el cuerpo
 De tu madre has de pasar.

Don Pedro. ¡Ah! (*Horrorizado.*)

Doña María. ¡Cruel! ves mi dolor,
 ¿Y de él no tienes piedad?
 ¿En dónde está tu cariño?
 No me quisiste jamás.

Don Pedro. ¡Yo, madre!

Doña María. Deja ese nombre,
 Que en tus labios está mal ;
 Tú quieres, hombre insensible,
 Tú quieres verme espirar.
 Pues quedarás satisfecho :
 Vé, no te detengo ya :
 Corre á la muerte; mas sabo
 Que tú la mía me dás.

Don Pedro. ¿Qué decís?... Yo seré causa?...
 Madre mia, perdonad.
 Vencisteis, vencisteis.

Doña María ¡Cielos!

¿Conque ya no partirás?
Don Pedro. ¡Ay! ¿Al llanto de su madre

Doña María. Qué puede un hijo negar?
¡Ah!... bien... bien... te reconozco :
Eres mi hijo... sí... serás
Mi amor, mi consuelo... Ven,
Ven á mis brazos.

Don Pedro. ¡Qué afán!
Doña María. Alégrate... ¿No ves yo
Cuán contenta estoy?... Mi faz
No riegan ya tristes lágrimas :
Todas secadas están.

Y tú tambien, hijo mio,
¿Tú estás contento, es verdad?
Don Pedro. Yo... señora... Mas ¡mi padre!
Doña María. ¡Ah! no nos separará.

ESCENA VIII.

DICHOS, GUZMAN.

Guzman. Abrazad, señora, al hijo ;
Haceis bien : aprovechad
Estos instantes que restan
Á vuestro amor maternal ;
Que en breve debe partir.

Doña María. ¡Partir, él!... ¡Ah! no, jamas.

Guzman. ¡Jamás! ¿Qué decis?

Doña María. Sabedlo ;

De aquí no le arrancarán.

Guzman. Ved que Aben-Comat le espera.

Doña María. Pues solo puede marchar.

Guzman. ¡Solo!... Delirais, señora.

No puede ser.

Doña María. ¿Quién podrá

Estorbarlo?

Guzman. Su palabra

Y su honor lo estorbarán.

Doña María. Te engañas, hombre cruel.

Ese lenguaje falaz

No puede ya seducirle ;

Me ha prometido quedar

Guzman. ¡El!

Doña María. Sí.

Guzman. ¿Qué decis?

Don Pedro. Señora..

- Guzman.* ¿Don Pedro, es esto verdad?
Don Pedro. Padre...
Guzman. Comprendo ¡O baldon!
 O flaqueza!... Bien está.
 Señora, dejadnos solos:
 Con él necesito hablar.
Doña María. Y yo también necesito
 Velar sobre él.
Guzman. ¿Recelais?
Doña María. Sí, recelo que en mi ausencia...
Guzman. Juro que antes de marchar
 Le vereis.
Doña María. Pero...
Guzman. Esta es,
 Señora, mi voluntad.
Doña María. Bien... me voy. — (Ap.) Mas los designios
 Vamos de Nuño á ayudar. (Váase.)

ESCENA IX.

GUZMAN, DON PEDRO

- Guzman.* Acércate... ¿Por qué lejos
 Así de tu padre estás?
 ¿Huyes, cuando á partir vas,
 Mis abrazos, mis consejos?
Don Pedro. Señor...
Guzman. Ven... Dame la mano...
 ¡Vive Dios, temblar la siento!...
 ¿Qué se hizo aquel ardimiento
 Que ostentabas tan ufano?
 ¿Es miedo? ¿Es vergüenza? Dí.
 ¡Ah! mi pecho en furor arde!
 ¿Estoy mirando á un cobarde,
 O á un hijo digno de mí?
Don Pedro. ¡Cobarde!... Si otro, señor,
 Esa pregunta me hiciera,
 De existir dejado hubiera.
Guzman. Pues bien, si tienes valor,
 Si hay en tu pecho virtud,
 ¿Por qué temblar, y turbarte?
 Pero comprendo... arredrarte
 No puede la esclavitud...
 Fué tu flaqueza ficcion:

De tu madre viste el llanto,
Y aborrrarle mayor quebranto
Quisiste á su corazon.

Don Pedro.

No, no... yo soy criminal
Y mi lengua os lo confiesa :
De no partir la promesa
Hizo aquí mi amor filial.
Una madre lo exigia :
¿Quién á una madre resiste?
Lloró, suplicó, y ¡ay triste!
Conmigo morir queria.
¡Dadme un contrario, señor,
Que á mi altiva audacia cuadre;
Mas combatir á una madre!
¡Ah! no tengo ese valor.

Guzman.

Y dime : si ese contrario
Á tu vista se ofreciera,
Si morir lidiando fuera
Por la patria necesario;
Y entonces, para guardar
Una vida que infamára,
Esa madre te mandára
La noble lid evitar :
¿Á sus ruegos, á su llanto
Cedieras con vil flaqueza?
¿Cegárate su terneza
Hasta aceptar baldon tanto?

Don Pedro.

Guzman.

¡Ah!
No lo aceptáras, no.
Callas... te asusta esa mengua...
Mucho mejor que tu lengua,
Tu silencio respondió.

Don Pedro.

¿Conque es preciso cien dagas
Clavar en su corazon?

Guzman.

Cumplir con tu obligacion,
Eso es preciso que hagas.
En lo que el honor previene
Se halla solo el buen sendero :
Oidos un caballero
Para otra cosa no tiene.
¿Piensas tú que es este pecho
Sordo de natura al grito?
Tambien sollozo y palpito
En triste llanto deshecho :

Tambien padezco al mirar
 De una esposa á quien adoro
 El justo dolor y el lloro
 Que no me es dado secar.
 Tú, al menos, te marcharás;
 Y en el árido desierto,
 Ora estés esclávo ó muerto;
 Su pena ya no verás;
 Mas yo la tendré á mi lado,
 Oiré su queja incesante
 Y de impío á cada instante
 Seré por ella acusado;
 Y para doble dolor,
 Deberé en mi afan prolijo
 Sufrir la falta de un hijo
 Y de una madre el furor.

Don Pedro.

¡ Ah! perdonad mi flaqueza :
 Me avergüenzo de mí mismo...
 ¿ Mas para tanto heroismo
 Dónde encontráis fortaleza ?

Guzman.

¿ Qué, solo el valor se muestra
 Por ventura en la batalla ?
 Ese fácilmente se halla,
 Pero hay mas ruda palestra :
 Palestra, sí, donde son
 Inútiles peto y lanza ;
 Que en ella á lidiar se lanza
 Sin defensa el corazon.
 Dichoso mil veces fuera
 El hõmbre, si su existir
 Á pelear y morir
 Tan solo se redujera :
 Su vida es el bien tal vez
 Que á menos afan le obliga,
 Y cuanto mas la prodiga,
 Alcanza mas gloria y prez ;
 Mas otro bien Dios le dió
 Que es fuerza conserve y ame ;
 Pues un poco que derrame,
 Todo con él lo perdió.
 Este bien es el honor :
 Será fantasma, quimera ;
 Pero el mundo donde quiera
 Á ese solo dá valor.

Este te manda partir;
 Y aunque el dolor que me aqueja
 Detenerte me aconseja,
 Crimen fuera resistir.
 Ni pienses que de otra suerte
 Tu vida salvar podrias :
 Siempre, Pedro, morirías,
 Pero de mas triste muerte;
 Que do el honor muerto está,
 No hay ya de vida esperanza ;
 Y muerte es esa que alcanza
 Del sepulcro aun mas allá.
 Basta... no vacilo... Adios,
 Padre : do el honor lo exige
 Vuestro hijo se dirige,
 Y digno será de vos.
 Solo os pido al ausentarme
 En este instante fatal,
 Un favor inmenso.

Don Pedro.

Guzman.

¿Cuál ?

Dí.

Don Pedro.

Que os digneis perdonarme,
 Y me abraceis.

Guzman.

Hijo, sí.

Ven sobre este pecho, ven ;
 Hijo, mi prenda, mi bien ,
 Abraza á tu padre... así.

Don Pedro.

Ah! siento en el corazon
 Un consuelo celestial.

Guzman.

El ósculo paternal
 Recibe, y mi bendicion.
 Recibe tambien el llanto
 Que de mis ojos te envió....
 Perdonádmelo, Dios mio :

Don Pedro.

Soy padre... y le quiero tanto!
 ¡Dios!... ¿qué veo ? ¿Llorais?... Vos!
 ¡ Vos ! ¡ Guzman !

Guzman.

¿Nadie nos ve ?

No... nadie... Llorar podré,
 Que estamos solos los dos.

Don Pedro.

¡O dulce llanto ! ¡O placer!
 ¡ Mil veces feliz instante !

Guzman.

De esos crueles distante,
 Pueda este llanto correr ;

Deja, sin que á nadie asombre,
Ni mi dolor nadie vea,
Que padre un momento sea :
Despues volveré á ser hombre.

Don Pedro. ¡ Ay ! aunque tuviero ciertas
Mil muertes, ya con valor...

(*Oyense voces del pueblo. Guzman corre á mirar por el balcon.*)

Guzman. ¿ Mas qué es esto ?... ¿ Qué rumor ?...
Agolpados á las puertas
De este alcázar, los soldados...
¿ Qué podrá ser ?

Don Pedro. ¡ Santo cielo !

Guzman. ¿ Te turbas ?... ¡ Ah ! ¡ qué recelo !

Don Pedro. Me olvidaba... Alborotados
Por Nuño... vienen...

Guzman. ¿ A qué ?

Don Pedro. No me atrevo...

Guzman. Dí.

Don Pedro. A impedir,

Que de aquí pueda salir.

Guzman. ¡ Ah ! ¡ maldicion ! ¿ Qué escuché ?

¿ Eso intentan ?... Y tú, alevé,
Traidor, perjuro, villano...

Don Pedro. Oponerme quise en vano ;
Que Nuño...

Guzman. ¡ Nuño ! ¿ Y se atreve ?...

Mas yo sabré, juro á Dios,
Castigar tanta osadía.

Don Pedro. Su afecto...

Guzman. Nos perdería
Su infame trama á los dos.
Autorizada por mí
La va á creer toda España ;
Y este dia solo empaña
Cuantas glorias adquiri.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA MARÍA.

Doña María. ¡ Ah ! triunfamos, sí, ¡ triunfamos !
No partirás, hijo mio :

No, no saldrás de Tarifa;
Que prestándome su auxilio,
Todo un pueblo entusiasmado
Te conserva á mi cariño.

Don Pedro.

Madre...

Guzman.

¿Qué es lo que decis?

Doña María.

¿Estais ahí, padre inicuo?

No, no cumplireis, al fin,
Este cruel sacrificio.

Abrazado aquí le tengo;
Miradle bien; este es mi hijo:
Quitármelo no esperéis:
Venid, que ya os desafío.

Guzman.

¿Osareis?...

Doña María.

¿Ois? ¿ois?

Del pueblo esos son los gritos;
Del pueblo que mas humano
Que un padre, mas compasivo,
Atiende á mi triste queja
Y viene á romper sus grillos.
Vos le perdeis, yo le salvo;
Ya triunfé de vos, impío.

Guzman.

Pues no imagineis...

ESCENA XI.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

Nuño.

Entrad:

Vedle allí... Salvadle, amigos.

Pueblo.

¡Viva don Pedro!

Nuño.

Sí, viva;

Y ningun perro judío...

Guzman.

¡Nuño! (*Con grande energia.*)

Nuño.

(*Aterrado.*) ¡Señor!

Guzman.

¿Qué tumulto

Es este? ¿Qué ha sucedido?

¿Acaso ha logrado entrar

En la plaza el enemigo?

Nuño.

No; pero...

Guzman.

Pues si no es eso,

¿Por qué de esta suerte os miro

Entrar aquí? ¿Quién os llama?

¿O temeis ya ser vencidos?

- Nuño.* ¡Temer nosotros!
- Guzman.* Pues bien,
Acercaos... ¿Qué motivo?
¿Bajais los ojos?... ¿Callais?
¡Nuño! ¡Nuño!
- Nuño.* (*Ap.*) Está ya visto:
No hay medio de resistirle.
- Guzman.* Algun infame designio
Os trae aquí... lo conozco...
Que si de vos fuera digno,
Ni mudo estuviera el labio,
Ni temblárais, fementido.
- Nuño.* ¡Ah!... Sabed...
- Guzman.* Yo nada quiero
Saber... Ignore un delito
Que debiera castigar...
Pero salid de este sitio.
- Nuño.* Bien... señor... os obedezco.
- Doña María.* ¿Qué veo?... ¿Cedeis?... ¡Indigno!
¿Así cumplis?... Pero yo
No cedo, no.

ESCENA XII.

DICHOS, ABEN-COMAT.

- Aben-Comat.* ¿Qué he sabido?
¿Guzman, estorbar pretendes
Que tu hijo vuelva conmigo?
- Guzman.* ¿Cuándo, Moro, que un Guzman
Faltase á su fé has oido?
Ahí está para seguirte
Abierto tiene el camino.
- Doña María.* No, no le tiene... Primero
Ha de pasar tu cuchillo
Mi garganta... No, de aquí
No saldrá, no lo permito.
Soldados, ¿consentireis
Que un Moro lleve cautivo
Al hijo, sola esperanza
De un noble guerrero invicto?
¿Consentiréis que saciando
En él su rabia un inicuo,
Vaya el triste á perecer

Entre bárbaros suplicios?

Pueblo.

No, no.

Doña María.

¿Quereis que se salve?

Pueblo.

Sí.

Guzman.

Pues bien, no me resisto;
Se quedará... Ya, señora,
Teneis libre á vuestro hijo.
Mas un santo juramento
Ha hecho, y hay que cumplirlo.
El Moro espera á su esclavo;
Y puesto que se le quito,
Yo debo ocupar su puesto:
Aben-Comat, ya te sigo.

Don Pedro.

¡Ah! ¿qué haceis?... Señor...

Doña María.

¿Qué dices?

¿Piensas que he de consentirlo?
Soldados, tenedle.

(Los soldados hacen ademán de adelantarse para detener á Guzman.)

Guzman.

¿Y quién

Osa los mandatos míos
Desobedecer? Soldados,
Respeto á vuestro caudillo.
Abrid paso.

(Los soldados se retiran y dejan libre la puerta.)

Doña María.

¡Desdichada!

¡Cobardes, y habeis cedido!
Mas no me le arrancarán
De mi lado... Atrás, impios,
Es mi hijo, mi bien.

(Se abraza á don Pedro, y le detiene á pesar de sus esfuerzos para desasirse.)

Don Pedro.

Señora...

Guzman.

Solo una palabra os digo:
Libre está el paso: elegid
Entre el esposo y el hijo.

Doña María.

¡Yo elegir!... ¡Bárbaro!... ¿Osais
Imponerme tal martirio?

(Se arroja á sus plantas.)

¡ Ah! yo beso vuestros pies :
 Ved mis lágrimas... ¡ Dios mio!
 Compadeceos... Mirad
 Que han jurado su esterminio,
 Que van á matarle... y nunca
 Ya le vereis.

Guzman. ¡ O suplicio!
 Don Pedro. Este instante aprovechemos.
 Seguidme, Comat.

(Mientras doña María está abrazando las rodillas de Guzman, don Pedro y Aben-Comat se dirigen rápidamente á la puerta.)

Doña María. ¿ Qué miro?

¡ Ah!

Dñ Pedro. Madre, adios... Adios, padre.

(Doña María quiere dirigirse hácia don Pedro. Nuño y los soldados se adelantan y estorban el paso. Don Pedro desaparece.)

Doña María. No... no irás solo... te sigo.

Nuño. Tened, señora.

Doña María. Inhumanos!
 Dejadme... dejadme... Espiro.

(Cae sin sentido.)

Guzman. Protegedle, santos cielos;
 Pues mi deber he cumplido.

ACTO CUARTO.

El teatro representa parte de la fortificacion de Tarifa. En el fondo se verá el muro al cual se sube por una rampa. A los lados casas y árboles. Cerca del proscenio á la derecha del actor un grupo de árboles con un banco debajo.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, DONA MARÍA, SOLDADOS.

(Es de noche. Guzman está durmiendo sobre el banco, manifestando mucha agitacion. Varios soldados están tambien durmiendo esparcidos por el suelo. Encima del muro un centinela. Sale doña María muy agitada.)

Doña María. ¡ Ah! no puedo sosegar :
 En esta tremenda duda,

Es el lecho un potro horrible,
 Ni acaba la noche nunca.
 En vano el sueño un instante
 Vino á suspender la furia
 De mis males : aun durmiendo
 Tristes presagios me asustan.
 ¿Hijo mio, dónde estás?
 ¿Cuál será la suerte tuya?
 ¿No respondes á una madre
 Que te llama, que te busca?
 ¿Te he perdido para siempre?
 Crueles, mirad mi angustia,
 Mis lágrimas... ¿de qué sirven?
 ¿Vencerán sus armas rudas,
 Si un esposo las desprecia,
 Si un padre de ellas se burla?
 ¡Bárbaro!... Mi vista teme :
 Huye de mis quejas justas...
 Hace bien... Mas no imagine...

(*Durmiendo y muy agitado.*)

Guzman. ¡Cruelles!
Doña María. ¿Qué voz se escucha?
Guzman. Tened... tened..
Doña María. ¿Quién será?
Guzman. No le mateis.
Doña María. ¡Virgen pura!
 Es Guzman.
Guzman. ¡Ah! ¿No os apiada
 Su juventud?
Doña María. ¿Cuál le turba
 Horrible ensueño!
Guzman. ¡Malvados!

(*Se levanta, pero siempre durmiendo.*)

Verdugo... aparta... Sepulta
 Ese acero en mis entrañas;
 Mas respeta...
Doña María. ¡Qué locura!
Guzman. Es mi hijo, mi hijo querido...
 Tomad oro... Por la suya
 Tomad mi vida...

Doña María.

Desecha

Esa ilusion que te ofusca.

Guzman.

¿Qué es lo que pedis, infames?

¿Quereis que al crimen sucumba?

¿Que sea traidor?... ¿Que venda

Al rey, á la patria?... Nunca.

A ese precio, no... Que muera...

¡Mas cielos! su sangre!... Inunda

La tierra... ¡Qué horror!... Fallezco.

Doña María.

¡Esposo!

(Le coge entre sus brazos, y agitándole fuertemente le despierta.)

Guzman.

¿Quién es?... ¿Quién turba

Mi sueño?... ¿Do estoy?... ¿Quién eres?

Doña María.

Soy tu esposa.

Guzman.

¿Tú?... ¿Qué buscas?

¡Infeliz!... Huye... ¿No sabes?

Doña María.

¡Ah! Cálmate.

Guzman.

No... no subas

A esa muralla... Verias...

Doña María.

Desecha el terror que abrumba

Tus sentidos.. Todo fué

Vana ilusion.

Guzman.

¿Lo aseguras?

Doña María.

Sí... mírame... mira en torno

De tí...

Guzman.

Es verdad... Fué sin duda

Un sueño... Sí... sí... soñaba...

¡Pero qué sueño!... Aun me asusta

La horrible vision.

Doña María.

Hablabas

De tu hijo.

Guzman.

En la llanura...

Allá... cerca de la torre...

Le creí ver... Y una turba

De verdugos... Y con ellos

Don Juan... que Dios le confunda...

Y á una señal relumbrar

Una cuchilla desnuda...

Y luego sangre... ¡Gran Dios!

No... no puede ser la suya.

Doña María.

No lo es... Pero sosiega.

(Amanece. Los soldados se van levantando.)

Huyan de ti lejos, huyan,
 Esos crueles fantasmas
 Que engendra la noche obscura.
 Ya desterrando sus sombras,
 El nuevo sol nos alumbrá ;
 Y la aurora...

Guzman.

¿Mas no adviertes
 Cuán opaca?... Cuál la anublan
 Negros vapores!... Parece
 Que solo males anuncia.
 ¿Aun no ha vuelto Nuño?

Doña María.

No.

Guzman.

¡Cuánto tarda! ¿Serán nulas
 Sus instancias con Amir?
 ¿Tan implacable la furia
 Será del Moro, que en vano
 El oro á sus ojos luzca?
 Pues juro que si así fuere
 Con todas mis huestes juntas
 Hoy he de asaltar su campo;
 Y en fiera, sangrienta pugna,
 O rescato al hijo mio,
 O encuentro mi sepultura.

Doña María.

Y yo te acompañaré,
 Pues las lanzas no me asustan;
 Y aunque el llanto maternal
 En mí cual flaqueza culpas,
 Si es forzoso por un hijo
 Blandir el hasta robusta,
 O verter mi sangre toda
 Sin duelo á par de la tuya,
 Verás que lo sé cumplir,
 Sirviendo en la horrible lucha,
 Cuando no para vencer,
 Para encerrarme en la tumba.

Guzman.

Pues bien, que no se retarde,
 Y al valor por fin se acuda.
 Söldados, pronto, á las armas:
 Los rayos del sol ya inundan
 El campo moro : de sangre
 Y horror á la par se cubra.
 Lancémonos denodados
 Sobre esa canalla inmunda :
 Ante nuestras santas cruces

Huya la infiel media-luna,
Y el mar sepulte sus huestes
Allá en sus simas profundas.

ESCENA II.

DICHOS, NUÑO.

Guzman. Vamos... ¡Pero Nuño!
Doña María. ¡Nuño!
Guzman. Sí... Ven á calmar mi pena...
 Ven, amigo... ¿Has visto á Amir?
 ¿Consiente por fin que vuelva
 Mi Pedro?... ¿Admite el rescate?
 Habla... luego... di... ¿qué esperas?
Nuño. Amir, señor, ya no manda
 Las falanges agarenas.
Guzman. ¿No?... ¿Pues quién?
Nuño. Don Juan.
Guzman. ¡Don Juan!
Doña María. ¿Qué dices?... ¡Suerte funesta!
Nuño. Su voluntad en el campo
 Musulman ya solo impera.
Guzman. ¿Y mi hijo?
Nuño. Vive, señor,
 Sin que su sangre desmienta.
Guzman. ¿Pero qué suerte?...
Nuño. Este pliego
 Os dirá la que le espera.
 (*Le dá el pliego: Guzman lo toma con ansia.*)
Guzman. ¿Ese pliego?... Dame... pronto...
 Veamos... ¡Cielos!
Doña María. ¿Te alteras?
Guzman. ¡Ay!... Sí... que una ascua encendida
 Mi mano en él tocar piensa.
 ¿Qué contendrá?... Con espanto
 Mirándolo estoy... Se hiela
 Mi sangre al pensar que aquí
 Mi vida ó muerte se encierra.
 Abramos por fin... La vista
 Se ofusca... la mano tiembla...
 No puedo.
Nuño. Valor.

(Con curiosidad inquieta y recelo.)

Guzman. Decid...
 -Don Juan... ¿le visteis?
 Nuño. Por fuerza.
 Guzman. Y él... ¿os dió?...
 Nuño. Con propia mano.
 Guzman. Su faz... entonces?...
 Nuño. Perversa
 Como siempre.
 Guzman. ¿Sus miradas?
 Nuño. Falsas.
 Guzman. Y... ¿brillaba en ellas
 Algun gozo?
 Nuño. El de una hiena.

(Con impaciencia.)

Guzman. Pero... ¿vos no adivináis
 Lo que este pliego contenga?
 Nuño. Don Juan me habló de rescate.
 Guzman. ¡De rescate!... ¡Si así fuera!
 Doña María. ¿Qué otra cosa puede ser?
 Guzman. Es verdad... No sé qué idea...
 Mucho pedirá... No importa...
 Llévase allá mis riquezas...
 Todas se las doy gustoso
 Como al hijo me devuelva.
 Eso será... sí... veamos...
 Mi alma á respirar empieza.

(Abre el pliego, lee, lanza un grito de desesperacion, y va á dejarse caer en el banco.)

¡Cielos!... ¡Maldicion!

Doña María. ¡Dios mio!

Nuño. ¡Señor!

Doña María. ¿Qué funesta nueva

Contiene ese pliego?... Dí:

¿Ha muerto mi hijo?

Guzman. ¡Plugiera

A Dios!

Doña María. ¿Qué dices?... ¡Ah! Dame,

Dame... déjame que lea...

Guzman. No... no... apártate, María...
 No lo mires... Si supieras...
 ¡O perversidad!... Mas es
 Imposible... sí... Me quema
 La frente... Estoy delirando...
 Lei mal... Oh! no... no... es cierta
 Mi desgracia... Que yo mate
 A mi hijo el bárbaro intenta!

Nuño.

Doña María.

Guzman.

¡Cielos!

¡Qué horror!... ¡Tú!

Mirad,

Mirad... Lo dice... es su letra.
 Hoy mismo, si al tercer toque
 Del clarín, no se le entrega
 Esta plaza, al pie del muro
 Veré caer su cabeza.

Doña María.

Nuño.

Doña María.

¡Ah!

¡Infame!

¡Bárbaro!... No,

Tú no darás esa muestra
 De ferocidad... El hijo
 No dejarás que perezca.

Guzman.

(*Mirándola con aire de asombro é indecision.*)

Doña María.

¿Quién?... ¿Yo?... No... pero...

¡Dios mio!

Tu vista de horror me llena.
 Le matarás... sí... lo leo,
 Lo leo en tus ojos... Fiera,
 Le matarás.

Guzman.

Nunca... nunca...

¡O patria! ¡O terrible prueba!—
 Idos... dejadme.

Doña María.

Permite...

Guzman.

Dejadme... Vuestra presencia
 Me es enojosa... Idos todos...
 Dejad que aquí solo muera.

Doña María.

Este cruel sacrificio
 No esperen, no, que consienta.
 Ven, Nuño... Para estorbarlo
 Nada habrá que yo no emprenda.

(*Vánse todos, quedando solo Guzman.*)

ESCENA III.

GUZMAN.

(Guzmán ha quedado abismado en su dolor sentado en el banco. Despues de un rato de silencio, vuelve á desdoblar el pliego, y lo lee de nuevo sollozando.)

« Si mañana, despues de tres toques del clarin,
« no me habeis entregado á Tarifa, la cabeza de
« vuestro hijo caerá sin remedio al pie de los muros
« que obstinadamente me negais. »

Sí... no hay duda... esto dice... En vano, en vano
Vuelvo á leer este fatal escrito...

Palabras busco en él que lo desmientan...

Y estas líneas de sangre solo miro.

No me engañan mis ojos... Desdichado!

Parricida ó traidor ser es preciso.

¿Esto á un padre propones?... ¿Esto quieres

De un noble, de un soldado, fementido?

¡Y eres tú caballero!... ¡Y de un Alfonso,

De un castellano rey eres el hijo!

No, no lo eres... Te abortó en su furia

Para baldon de España el negro abismo.

(Se levanta.)

Pero no puede ser... Un vano amago

Es sin duda, un ardid, conque he creído

Mi constancia vencer... Ah! le conozco,

Y es de ello harto capaz su pecho inicuo.

Le matará el traidor... ¡Cielos! ¡tan jóven!

¡Tan valiente!... ¿Y habré de consentirlo?

¿Le entregaré yo mismo á sus verdugos?

¿Quién me puede imponer tal sacrificio?

Nadie... Perdona, oh rey, perdona, oh patria,

En vano lo pedis, no he de cumplirlo.

Ya mi deuda os pagué... Ya en cien combates

Mi sangre por vosotros he vertido,

Y con ella do quier en toda España

Mi lealtad y valor se hallan escritos.

¿Quereis aun mas de mí? ¿Quereis los muros

Del poder musulman bello residuo?

¿Á Granada quereis?... Pues á Granada

Os daré por Tarifa... ¿Mas qué digo?
 ¡Necia, vana ilusion!... ¡Hazañas sueño,
 Y á darles voy con la traicion principio!
 ¡Y aun espero vencer, cual si quedára
 Valor alguno en pecho envilecido!
 No, la infamia, Guzman, será tu suerte:
 Tu preclaro blason verás marchito,
 Y el hecho de Julian, fatal á España,
 Infiel renovarás; y aborrecido,
 Con ese hijo que salvar pretendes
 Te ocultarás entre ignorados riscos.
 No, mas vale morir... ¿Qué es él?... ¿Tan solo
 Sangre mia que está en vaso distinto;
 Y de ella avaro me verán ahora
 Cuando tanto otras veces la prodigo?
 La patria la reclama, suya sea:
 No tengo yo poder para impedirlo.
 Viviendo, á eterna infamia le condeno;
 Muriendo, á mejor vida le destino.

ESCENA IV.

GUZMAN, DOÑA MARÍA.

(Sale doña María antes de concluirse el anterior monólogo, y oye los últimos versos.)

Doña María. Sí... sí... muy bien haceis... y yo os lo apruebo...
 Tal designio, Guzman, de vos es digno.

Guzman. ¡Dios!... ¡María! ¿Y venis?...

Doña María. No os dé cuidado:

No vereis con mis lágrimas que impido
 Resolucion tan noble... antes pretendo
 Alentaros yo misma al sacrificio.

Guzman. ¡Vos!

Doña María. ¿Lo dudais?

Guzman. Señora...

Doña María. ¿Se halla acaso

Reservado á vos sólo el heroismo?
 Venid... yo os guiaré... Ya desde el muro
 Los aprestos se ven... ya circuido
 Vuestro hijo de bárbaros sayones
 Marcha al sitio fatal.

Guzman. ¡Ah! ¿qué habeis dicho?

Doña María. Nada, señor, que conmoveros deba.
Es cuanto apeteceis... Marcha al martirio,
A la gloria... Venid... Veréisle pronto
Entregar la garganta al vil cuchillo;
Veréisle por la herida, entre agonías,
Verter su noble sangre hilo á hilo;
Y os envaneceréis, y nuevos timbres
Dará á la fama vuestra este suplicio.

Guzman. ¿Estais sin seso?

Doña María. ¡Qué placer! ¡qué triunfo!
Cuando el pueblo os aclame, y con delirio
Vuestro nombre inmortal al viento dando,
Siembre de flores mil vuestro camino.
Esas flores, es cierto, con la sangre
Manchadas estarán de un tierno hijo...
¿Pero qué importa?... Un héroe no repara
En un poco de sangre... Permitido
No le es sentir, llorar... ¡Flaqueza!... ¿Hay gloria?
Basta : ya es bello, grande hasta el delito.

Guzman. Señora, proseguid... Herid furiosa,
Desgarrad á placer el pecho mio.
No basta á mi dolor la horrible prueba
Que me imponen los cielos : es preciso
Que vos me atormentéis, y que esta muerte
Me echeis en cara con rabiosos gritos.
Pues bien, si lo quereis, yo soy un mónstruo,
Un bárbaro cruel, padre asesino :
Al hijo mato... Vos ansiáis salvarlo...
Salvadlo, pues, señora... os lo permito.
Id... marchad... no tardeis... Abrid al Moro
Las puertas de Tarifa... En este sitio
De nuevo plante su pendon sangriento,
Y triunfe en la traicion vuestro cariño.
La traicion!

Doña María.

Guzman. La traicion. Decid si acaso
Encontrarle podeis nombre distinto.
Alegad vuestro amor, mostrad al mundo
En lágrimas los ojos sumergidos,
Que sois madre decid... ¡Vanas disculpas!
El mundo esclamará : ¡traicion! ¡castigo!
Doña María. Clame en buen hora, su clamor desprecio.

Guzman.

Doña María. ¿Cuál?

Guzman. Señaladme una region, un clima,

Do me pueda ocultar... Porque os lo digo :
 No penseis que despues muestre á las gentes
 Un rostro por la infamia enrojecido.
 ¿Dónde me ocultaré? Decid.

Doña María.

Do quiera

Que al hijo de mi amor tenga conmigo.

Guzman.

¡Vuestro hijo!... ¡Infeliz!... ¿Y esa es la suerte
 Que vos le destinais?... Mofa, ludibrio
 Del mundo habrá de ser... ¿Pensais que acepte
 Vuestro funesto don?... ¿Envilecido
 Consentirá en vivir?... ¡Él, tan valiente,
 Tan noble, tan honrado!... ¡Ah! no, lo afirmo.
 ¿Qué hacer, pues, osará?

Doña María.

Guzman.

Su propia mano

A su afrenta pondrá término digno.

Doña María.

¡Él! ¡Qué horror!

Guzman.

¿Lo dudais?

Doña María.

No, no lo dudo :

Tiene cual vos el corazon de risco ;
 Y cual vos ¡ay de mí! será el ingrato
 Insensible á mi llanto, á mis suspiros.
 No lo será, María... no... te engañas :
 Será tu llanto su mayor suplicio...
 Y lo es mio tambien. ¿Mujer injusta,
 Tan mal juzgas de mí?... Si no resisto
 A un horrible deber, ¿piensas que ignoran
 Lo que es llanto tambien los ojos míos?
 No, no lo ignoran... Si le niegan paso,
 Es ¡ay! porque aquí dentro, en lo mas vivo,
 Cae del corazon... ¡Ah! son atroces
 Los tormentos ocultos con que lidio.
 Dírate compasion si un solo instante
 En este triste pecho permitido
 Te fuera penetrar... Con mis dolores,
 Allí tambien los tuyos, los de mi hijo,
 Hallarías, allí... pero mas fieros
 En union tan horrible, mas activos,
 Y envidiables haciendo en su barbarie
 Las penas todas del infierno mismo.

Doña María.

¡Ah! mal te conocí... Perdona, esposo,
 Mi insensato furor... Mas pierdo el juicio
 Al pensar que tan jóven me arrebató
 La muerte á un hijo que...

Guzman.

Te lo suplico :

Ten ánimo, valor... Piensa que el cielo
 Va, entre glorias á darle eterno asilo.
 No es él quien compasion aquí merece :
 Nosotros de piedad somos mas dignos.
Doña María. Sí... yo tendré valor... Tu voz me alienta.
 Gran Dios, pues tú lo quieres, si es preciso,
 Ahogar mi pena me verás sumisa :
 Á tu alta voluntad ya me resigno.
Guzman. Ven á mis brazos, ven... Y tú, Dios justo,
 Acepta este cruento sacrificio :
 Abre las puertas de tu santo alcázar,
 Y esta víctima admite en su recinto.
 Tambien muere por ti... Mas ¡ay! perdona
 Si baña nuestros ojos llanto indigno :
 En trance tan cruel, séale al menos
 Llorar á un triste padre permitido.

(*Caen los dos abrazados de rodillas.*)

ESCENA V.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

(*Al tiempo de caer de rodillas Guzman y doña María, óyese al otro lado del muro el primer toque del clarín. Ambos se estremecen, y doña María se alza fuera de sí, abandonando su resignacion. A poco rato van saliendo Nuño, soldados y hombres y mujeres del pueblo. Los unos se esparcen por el teatro y los otros coronan el muro.*)

Doña María. ¡Ah! ¡La horrible señal!

Guzman. Cielos piadosos,
 Dadme fuerza y valor.

Doña María. Ese sonido

Renueva mi furor... ¡Ah! Yo no puedo...
 En vano consentí... no lo permito.
 ¡Mi hijo morir!... Jamás... Quiero salvarlo :
 Quiero salvarlo... sí... ¿lo habeis oido?
Guzman. ¿Mas cómo?

Doña María. ¿Cómo? ¡O Dios! ¿Esa pregunta
 Á hacerme os atreveis? — Nobles vecinos
 De esta ilustre ciudad, soldados, todos,
 Sed á mi triste llanto compasivos.
 Una madre os implora.

(A Nuño que sale con soldados.)

Y tú, buen Nuño,
Ven, accede á mis ruegos... Salva á mi hijo,
Sálvale, por piedad.

Nuño. Eso queremos,
Y ya todos aquí lo resolvimos.

Doña María. ¿Es cierto?

Guzman. ¿Qué decis?

Nuño. Ceda Tarifa :

Bien merece don Pedro un sacrificio.

Guzman. ¿Osais?

Nuño. Pero despues, sin perder tiempo,
Sitiémosla nosotros... ¿No supimos
Arrancarla al infiel? Pues eso haremos
Otra vez y otras ciento si es preciso.
No han de pasar tres dias sin que vuelva
Esta plaza á ser nuestra, voto á Cristo.

Doña María. ¡Ah! sí, sí..

Guzman. ¿Delirais? Aunque segura
Tuviese la victoria, en tal peligro,
No es justo corra, por salvar mi sangre,
La sangre de otros mil, todos mas dignos.

Doña María. ¡Cómo! ¿Os negais?

(Suená el segundo toque del clarín.)

Gran Dios!... ¿Oís?... se acerca

El instante fatal.

Nuño. Vamos, amigos :

No hay tiempo que perder.

Doña María. Sí, pronto.

Todos. Vamos.

(Hacen todos ademán de dirigirse hácia el muro.

Guzman los detiene.)

Guzman. ¿Qué intentais? Deteneos... No, yo mismo
La respuesta daré.

Doña María. ¡Vos!

Guzman. Paso... Al muro

Dejadme ya subir. — Cielos divinos,
Valor.

(Sube al muro y dirige la palabra á los de afuera.)

¡Don Juan! Si mi lealtad pensaste,

Pérfido, quebrantar, mal has creído.
 Un hijo dióme Dios para mi patria;
 Su apoyo debe ser, no su enemigo;
 Pereciendo por ella, eterna gloria
 Le aguarda, y solo á tí baldon indigno;
 Y porque te persuadas cuán distante
 Me encuentro de faltar al deber mio,
 Si arma no tienes para darle muerte,
 Toma, allá va, verdugo, mi cuchillo.

(Aroja su puñal : todos dán un grito de asombro.)

Todos. ¡Ah!
 Doña María. ¡Qué horror!
 Nuño. ¿Qué habeis hecho, desdichado?

(Bajando vacilante y cayendo en brazos de Nuño.)

Guzman. Nuño, no puedo mas : sosténme, amigo.
 Doña María. ¡Al fin triunfaste, bárbaro!

(Óyese dentro ruido y la voz de doña Sol.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA SOL.

Doña Sol. (Dentro.) Dejadme :
 Abridme paso, abrid.
 Guzman. ¿Oís? ¡Qué gritos!
 ¿Cuál causa?
 Nuño. Una mujer que presurosa
 Se acerca aquí.
 Doña Sol. (Saliendo.) ¡Guzman! ¡Guzman!
 Guzman. ¿Qué miro?
 ¡Doña Sol!
 Doña Sol. Sí... yo soy.
 Doña María. ¡Cielos! ¡La hija
 Del pérfido don Juan!
 Guzman. En este sitio
 Vos, ¡señora!... ¿Y osais?...
 Doña Sol. ¿Os causa asombro?
 Hora explicarme más veda el peligro.

La piedad... el amor... aquí me traen :
 Libertar á don Pedro es mi designio.

Guzman.

¡Vos!

Doña María.

¿Es cierto?

Guzman.

¿Mas cómo?

Doña Sol.

En este trance

Partir quiero con él riesgo y destino.
 Vea mi padre que en el alto muro
 Amenaza á mi vida igual suplicio,
 Y sepa que al cumplir su horrible fallo
 Le es preciso pagar hijo con hijo.

Guzman.

¡O asombro!

Doña Sol.

No tardemos.

Doña María.

Los instantes

Son preciosos.

Nuño.

Venid.

Doña María.

Vamos.

Doña Sol.

Ya os sigo.

(*Se dirigen todos hácia el muro, y suena el tercer toque del clarín. Grito general.*)

Todos.

¡Ah!

Doña María.

¡Tan pronto!

Doña Sol.

Corramos.

Nuño.

Sí, corramos.

(*Nuño se adelanta á todos y sube el primero al muro. Al llegar, dá un grito de espanto, retrocede, se vuelve, é impide que suban los demás.*)

Nuño.

¡Qué veo!... ¡Ah!... No paseis... ¡Vil asesino!
 ¡No es tiempo ya!

Doña Sol.

¡Murió!

Doña María.

¡Jesus mil veces!

(*Doña María cae desmayada en brazos de doña Sol y de mujeres del pueblo. Guzman se deja caer de rodillas, alzando las manos al cielo.*)

Guzman.

¡Recíbele en tu seno. Dios benigno!

Nuño.

¡Infeliz! de su sangre generosa
 Corre por la ancha herida horrible río.

(Alzándose furioso y sacando la espada.)

Guzman. ¡Compañeros, venganza!

(Sacando las espadas.)

Todos. Sí, ¡venganza!

(Desde el muro, mirando al campo.)

Nuño. La tendrás, la tendrás... Cerca la miro.
Hacia el campo, veloz de espeso polvo
Estensa nube, en anchos remolinos,
Acercándose va... Su seno ardiente
Lanza á lo lejos el fulgente brillo
De mil cotas y mil... Ya de Castilla
Miran mis ojos el pendon invicto.
Él es, no hay duda, él es... Regocijáos:
Somos por el monarca socorridos.

Guzman., ¡Cielos! ¿Será verdad?

Nuño. Sí; que ya el Moro
De espanto huye do quier despavorido.

Guzman. Gracias, eterno Dios!... Pues sin tardanza
Llevemos á esos viles su esterminio.
A la lid.

Todos. A la lid.

Guzman. No ha sido inútil
De mi mas pura sangre el sacrificio.
Con ella en esos campos un ejemplo
Del honor castellano dejo escrito,
Y de este suelo para eterna gloria
Sabrán honrarlo los futuros siglos.
A la voz de la patria nunca tenga
Límite en nuestro pecho el heroísmo:
Y siempre que peligre, sepa España
Que otros tantos Guzmanes son sus hijos.

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Don Manuel Breton de los Herreros, el mas fecundo y popular de nuestros poetas dramáticos contemporáneos, nació en la villa de Quel, provincia de Logroño, el día 19 de diciembre de 1796. Hizo sus primeros estudios en Madrid, bajo la direccion de los PP. Escolapios de San Antonio Abad, y sirvió despues en el ejército en calidad de voluntario distinguido desde 1814 hasta 1822. Colocado entonces en el ramo de hacienda, y encargado de la secretaría de la intendencia de Játiva y luego de la de Valencia, defendió en la tribuna y con las armas en la mano la causa de la libertad hasta en sus últimos atrincheramientos. Retirado al seno de su familia desde la restauracion del gobierno absoluto, vivió el señor Breton de los Herreros consagrado al culto de las musas y muy particularmente al estudio de la literatura dramática, dando ejemplos de aplicacion, no obstante el rigor de la censura y lo aciago de aquella década. En 1824 dió á la escena su primera obra dramática, la comedia en tres actos titulada *A la vejez viruelas*, que había compuesto á los 19 años de edad, y cuyo éxito tan feliz como merecido le animó á seguir escribiendo para el teatro, con una constancia y sobre todo con una fecundidad que raya en los limites de lo maravilloso. Y en efecto, si hubiéramos de enumerar todas las composiciones dramáticas con que ha enriquecido nuestra escena desde aquella época hasta nuestros días, sería menester citar los títulos de *doscientas*, entre obras originales, refundiciones del teatro antiguo y traducciones del francés y del italiano. Las que mas celebridad le han dado son : *A la vejez viruelas*, *A Madrid me vuelvo*, *Marcela*, ó *¿á cuál de los tres?*, *Un tercero en discordia*, *El cuarto de hora*, *Todo es farsa en este mundo*, *El pelo de la dehesa*, *¡ Muérete y verás !... ¿ El qué dirán ? y el ¿ qué se me da á mi ?*, *La escuela del matrimonio*, *¿ Quién es ella ?*, *Una de tantas*, *Ella es él*, y *Mi secretario y yo*. Entre sus traducciones la mas notable que recordamos es la que hizo en verso de *Los hijos de Eduardo*, de Mr. Casimiro Delavigne, traduccion que tiene todo el mérito de una composicion original.

El señor Breton de los Herreros ha publicado posteriormente una edicion de todas sus obras en cinco volúmenes, de los cuales cuatro comprenden sus comedias, y el último sus poesias y composiciones en prosa. La última obra que ha dado á luz es su *poema joco-serio*, titulado *la Desvergüenza*, del cual hemos extractado algunas octavas reales, que pueden ver nuestros lectores en la *Coleccion de trozos esejidos de los mejores hablistas, en prosa y verso, desde el siglo xv hasta nuestros días*, que publicamos hace poco meses por encargo del editor de esta *Antología*.

El señor Breton de los Herreros ha desempeñado por espacio de algunos años el destino de *Administrador de la Imprenta Nacional*, y *Director de la Gaceta*. Mas tarde fué nombrado *Director de la Biblioteca Nacional*. Es actualmente secretario perpetuo de la Real Academia Española, y caballero gran cruz de la orden de Isabel la Católica.

¡MUÉRETE Y VERAS!...

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS. — ISABEL. — JACINTA. — DON PABLO. — DON FROILAN. — DON ELÍAS. — DON MATÍAS. — DON ANTONIO. — DON LUPERCIO. — DON MARIANO. — UN BARBERO. — UN NOTARIO. — RAMON. — UN CIEGO. — UNA CIEGA. — GUARDIAS NACIONALES. — HOMBRES Y MUJERES DE DUELO. — DAMAS Y CABALLEROS CONVIDADOS. — PUEBLO.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

Calle. Un café en el foro con puerta vidriera.

ESCENA PRIMERA.

(Durante esta escena atraviesan de un lado al otro del teatro algunos milicianos nacionales equipados como de camino, y gentes del pueblo que se supone van á ver salir la tropa.)

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO,

Saliendo del café.

Don Antonio. Salgamos, Lupercio, á ver
Lo que pasa por la calle.

Don Lupercio. Ya transita poca gente.

Don Mariano. Como por aquí no sale
La columna...

Don Lupercio. Quiera Dios
Que á los facciosos alcancen
Y los destruyan.

Don Antonio. ¿Qué fuerza
Va á marchar?

Don Lupercio. Dos mil infantes
Y ciento veinte caballos.

Don Mariano. ¿Cuántos son los nacionales
Movilizados?

- Don Lupercio.* Mil hombres
Que en vivos deseos arden
De purgar el noble suelo
Aragonés de esa infame
Canalla.
- Don Mariano.* Vamos al Coso,
Que ya es regular que marchen
En breve.
- Don Antonio.* No tengas prisa.
Cuando están los oficiales
Tan despacio en el café...
- Don Lupercio.* Sí. Ahí quedan don Pedro Yagüe
Y don Matías Calanda;
Pero este es un botarate
Que cuando está en una broma
No oye cajas ni timbales,
Y don Pablo embelesado
En los ojos de su amable
Jacinta...
- Don Antonio.* Pues malas lenguas
Dicen que el otro compadre
Gusta también de la niña,
Y si puede desbancarle...
- Don Lupercio.* Por ahora es el preferido
Don Pablo. Mas adelante.
No diré... Porque en mujeres
No hay que fiar, y el carácter
De Jacinta es en mi juicio
Mas veleidoso que el aire.
- Don Mariano.* Sin embargo, tiene mil
Apasionados, y nadie
Piensa en Isabel, su hermana,
Aunque yo creo que vale
Mucho mas.
- Don Antonio.* Mal gusto tienes.
Ella podrá ser un ángel,
Mas tan callada...
- Don Mariano.* Es modestia.
- Don Antonio.* Sosería. Aquel donaire
De Jacinta, aquel mirar,
Aquél despejo, aquél talle...
- Don Mariano.* No es menos bella Isabel,
Pero desconoce el arte
De coquetear y fingir.

Si yo hubiera de casarme
Con alguna de las dos...

Don Antonio. Eh, no digas disparates.

Don Lupercio. Filósofo estas, Mariano.

Don Antonio. Perdió anoche dos mil reales
Al ecarté, y no me admiro...

Don Mariano. No reprobará el enlace
De su hermana don Froilan,
Pues sufre que la acompañe
Don Pablo, y la dé convites...

Don Lupercio. Como en ellos tenga parte,
No haya miedo que por eso
Se incomode. Es el mas grande
Egoista...

Don Antonio. Es un amigo,
Y no debo criticarle ;
Mas por no mover un brazo
Morir dejára á su padre
Si lo tuviera.

Don Lupercio. Y en todo
Ve peligros y desastres.
¡Qué agorero! Otra campana
De Velilla.

Don Antonio. Eso lo hace
Para escusar su egoismo.
Ya se ve, cuando á los males
No hay remedio, es escusado
Que los médicos se cansen.

Don Mariano. ¡Antonio! ten caridad.
Y nosotros, paseantes
Y ociosos de profesion,
¿Qué hacemos en este valle
De lágrimas?

Don Antonio. ¡Eh!... Nosotros,
Aunque somos holgazanes,
Servimos de algo en el mundo.
Acreditamos á un sastre,
Alegramos las tertulias,
Sostenemos los villares,
Y brindamos en la fonda
Por las patrias libertades.

Don Lupercio. A propósito. Estarán
Almorzando hasta la tarde?
Pero ya sale don Pablo.

ESCENA II.

LOS MISMOS, DON PABLO CON UNIFORME DE TENIENTE DE
NACIONALES MOVILIZADOS.

Don Pablo. (Ese usurero bergante
No parece, y necesito
Que me preste para el viaje
Diez onzas. Estos tal vez
Me dirán...) ¿Ustedes saben
Dónde para don Elías?

Don Mariano. No.

Don Lupercio. No sé.

Don Pablo. Voy á buscarle.

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO.

Don Antonio. Ya anda en busca de usureros.

Don Mariano. Ya se ve, tanto gastar...

Don Lupercio. Ese hombre se va á arruinar.

Don Antonio. Le vamos á ver en cueros.

Don Mariano. Su patrimonio es crecido.

Don Lupercio. Su vanidad es mayor.

Don Antonio. Libertino...

Don Lupercio. Jugador...

Don Mariano. Disipado...

Don Antonio. Corrompido.

¿Veis el ardor con que pinta

La pasión que le sujeta?

Pues que me lleve pateta

Si se casa con Jacinta.

Don Lupercio. Yo sé que tiene otra moza.

Don Mariano. Sí; la viuda de Quirós.

Don Antonio. Pues se olvida de las dos

Al salir de Zaragoza.

Don Lupercio. Con la seducción y el dolo

Otras hallará al momento.

Don Mariano. Presume tener talento...

Don Antonio. Es un ignorante, un bolo.

Don Lupercio. Aunque atusando el bigote

Se tiene por muy galán,

Me parece á mí un gañán.

Don Antonio. Y á mí un Judas Iscariote.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, DON FROILAN.

- Don Froilan.* ¿Todavía por aquí,
Caballeros?
- Don Antonio.* ¡ Don Froilan!
- Don Froilan.* ¿ No van ustedes á ver
La columna desfilar?
- Don Lupercio.* Eso pensamos. Supongo
Que tambien usted irá
Con las niñas...
- Don Froilan.* No por cierto.
Hoy tengo un esplin mortal.
Estoy malo. Hace mal día.
- Don Mariano.* ¡ Hombre, si hace un sol que da
Regocijo!
- Don Froilan.* Sin embargo,
El viento se va á mudar...
Y yo tengo para mí
Que esta tarde nevará.
- Don Antonio.* El calendario de usted,
Amigo, es siempre fatal.
- Don Froilan.* Nevará. ¡Pobre milicia!
¡Qué trabajos va á pasar!
- Don Antonio.* Mucho sentirá don Pablo
Marcharse de la ciudad
Dejándose aquí á la bella
Jacinta. Dicen que ya
Se trataba de la boda.
- Don Froilan.* Sí; pero buenos están
Los tiempos para casorios!
Yo no quiero contrariar
El gusto de mis hermanas;
Pero pronostico mal
De ese casamiento.
- Don Lupercio.* ¡ Cómo!
¿ No iban con gusto al altar
Ambos contrayentes?
- Don Froilan.* Mucho;
Mas si la fatalidad
Hiciera... Anoche Jacinta
Vertió en la mesa la sal

Nombrando á don Pablo.

Don Mariano.

Y eso

Qué puede significar...

Don Froilan.

Es mal agüero. Ese viaje

Inesperado es quizá

Otro aviso de los cielos...

Piensa mal y acertarás,

Dice el refran.

Don Antonio.

Si es funesta

Esa coyunda nupcial,

¿Porqué no interpone usted

Su fraterna autoridad

Para que no se efec'úe ?

Don Froilan.

No, amigo; no haré yo tal.

Las voluntades son libres;

Las chicas tienen ya edad

Para saber lo que se hacen.

Mi individuo y nada mas.

Yo sé que puedo vivir

Sin una cara mitad.

Si ellas piensan de otro modo,

Si ellas se quieren casar,

Para ellas será la dicha

O la pena : me es igual.

Ellas comen de su dote...

Ni me quitan, ni me dan.

Don Antonio.

Vaya, que es filosofía

La de usted... original!

(*Sigue hablando con los ociosos don Froilan.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS, JACINTA, ISABEL Y DON MATÍAS CON UNIFORME
DE SUBTENIENTE DE MILICIA MOVILIZADA.

Jacinta.

Cómo ¡Aun no viene don Pablo!

Don Matias.

No tardará. Aquí en la puerta

Estarémos mas alerta...

(*A un mozo que llega á la puerta.*)

¡Hola! mozo!... ¿Con quién hablo?

Trae sillas aquí : al momento.

Isabel.

(Dios mio, ¡vela por él!)

(*Trae sillas el mozo, y se sientan don Matias y Jacinta.*)

Jacinta. ¿No te sientas, Isabel?
 Isabel. Sí... me sentaré... (¡O tormento!)

(Se sienta.)

Don Matias. Mil veces afortunado

(Don Matias y Jacinta hablan en voz baja.)

Mi cautivo corazon
 Si fuese yo la ocasion
 De ese amoroso cuidado.

Jacinta. Vamos, deje usted esa chanza.

Don Matias. Chanza cuando gimo y ardo,
 Y tengo en el pecho un dardo...

He dicho poco. ¡Una lanza!
 Aun ese desden fatal
 Amára yo con delirio

Si no viese mi martirio
 En la dicha de un rival.

Isabel. (¡Qué desgraciada nací!)

Jacinta. ¡Qué temeraria porfia!

Mi voluntad ya no es mia.

¿Qué pretende usted de mí?

Don Matias. O tan divina beldad

No estrechen brazos ajenos,
 O vuélvame usted al menos
 Mi perdida libertad.

Jacinta. Si basta decirlo yo,

Libre es usted desde ahora;

Libre y sin costas.

Don Matias. ¡Traidora!

¿Te burlas de mí?

Jacinta. Yo no...

Don Matias. Si otro consuelo no halla
 El afan que me atormenta,
 Me hago dar muerte sangrienta
 En la primera batalla.

¡Qué temeraria virtud!

Jacinta. ¿Con que usted quiere un favor?...

Bien. Portarse con honor,
 Buen viaje y mucha salud.

Don Matias. Eso se dice á cualquiera.

Jacinta. Mas no como yo lo digo.

- Le amo á usted... como á un amigo.
- Don Matías.* ¿Porqué no de otra manera?
- Jacinta.* Porque estoy comprometida
Y así la suerte lo quiso.
- Don Matías.* ¿Y á no mediar compromiso?
- Jacinta.* Entonces...
- Isabel.* (¡Fatal partida!)
- Jacinta.* Me apura usted demasiado.
Eso es ponerme en un potro.
- Don Matías.* Si no amara usted á otro...
- Jacinta.* Usted sería el amado.
- Don Matías.* Ya que victoria no cante,
Aunque la razon me sobre,
No es malo que aspire un pobre
A la primera vacante.
- Jacinta.* Basta. Merece castigo
Quien á la dama echa flores
De su amigo.
- Don Matías.* Hija, en amores
No hay amigo para amigo.
- Jacinta.* Pues de camarada fiel
Se la echa usted.
- Don Matías.* Estoy loco.
Anímeme usted un poco,
Y hoy mismo riño con él.
- Jacinta.* Busque usted mas alta gloria
Combatiendo al vandalismo,
Y vénzase usted á sí mismo,
Que es la mas noble victoria.
- Don Matías.* ¡Amonestacion discreta!
Mas quien mira esos encantos...
- Jacinta.* Déjeme usted con mil santos.
Yó no quiero ser coqueta.
- Don Matías.* Cruel...
- Jacinta.* (Lástima me da,
Mas el deber... ¡Y es buen chico!)
- Don Matías.* Tus ojos.
- Jacinta.* Calle usted el pico,
Que viene Pablo.
- Isabel.* (¡Allí está!)

(Se levantan viendo venir á don Pablo, y reparando en las damas los otros interlocutores se incorporan con ellas.)

ESCENA VI.

Los mismos, DON PABLO, DON ELÍAS.

Don Pablo. Me vienen perfectamente
Los tres mil reales y pico,
Y con la vida y el alma
Quedo á usted agradecido.

Jacinta. (Mi Pablo... No, no es posible
Que yo ponga mi cariño
En otro hombre.)

Don Elías. El interes
Es muy corto. Un veinticinco
Por ciento...

Don Pablo. Sí; en cuatro meses...

No me parece excesivo.

Don Elías. Ser servicial y económico
Son mis dotes favoritos.
Sin lo segundo no hiciera
Lo primero. Economizo,
Y de esta manera puedo
Ser útil á mis amigos.

Don Pablo. ¡Bien! Lo explica usted á modo
De charada ó logogrifo.

Don Elías. No tomará usted á mal
Que estendamos un recibo...

Don Pablo. Sí, sí; que somos mortales.

Don Elías. No es decir que desconfío...

Ahí en el café lo pongo
En dos plumadas...

Don Pablo. Lo firmo,

Y estamos del otro lado.

(Se reune con los demas interlocutores. Don Elías va á entrar
en el café, y á la puerta le detiene don Antonio.)

Cierto negocio preciso
Ha motivado mi ausencia...

Don Elías. Tengo prisa.

Don Antonio. Necesito...

(Siguen hablando los dos en voz baja.)

Don Pablo. Ahora soy todo de ustedes
Hasta ponerme en camino.

Isabel. (Le quiero mas que á mi vida,
Y me parece delito
El mirarle!)

Don Elías. Ya hablaremos.
Ya sabe usted donde vivo...
(¡Cuando el otro va á partir
Me detiene este maldito!)

Don Antonio. La hipoteca es abonada.

Don Elías. Bien, sí...

Don Antonio. Corrientes los títulos...
Si hoy no me socorre usted
Mañana me pego un tiro.

Don Elías. (No hay quién te lo pegue ahora!)
(*Con un pié dentro del café.*)
Veremos...

Don Antonio. Pero...

Don Elías. Lo dicho.
(*Se entra en el café.*)

Don Lupercio. Vamos á ver la columna.
(*A don Antonio y á don Mariano.*)
¿Qué hacemos en este sitio?

Don Antonio. Sí; vámonos. Señoritas,
A los piés de ustedes. Chicos,
¡Buen viaje!

Don Matías. ¡Abur!

Jacinta. Beso á ustedes
La mano.

(*Don Pablo está muy entretenido hablando con Jacinta desde que se acercó al carro.*)

Don Pablo. A Dios...

Don Lupercio. Si servimos
De algo...

Don Mariano. Que escribais...

Don Froilan. Señores...
¡Gracias á Dios que se han ido!

ESCENA VII.

JACINTA, ISABEL, DON PABLO, DON MATÍAS,
DON FRÖILAN.

Don Matías. (Ellos en dulce coloquio
Y yo aquí siendo testigo...

Me largo con viento fresco,
Que es cruel este suplicio.)
La columna va á marchar
Y yo no me he despedido
De mi familia. ¡Madamas,
Hasta la vuelta!

Don Froilan.

Repito...

Isabel.

Buen viaje.

Jacinta.

Abur, don Matías.

Don Matías.

(¡Ah! voy hecho un basilisco.
Vosotros lo pagareis,
Soldados de Carlos Quinto.)

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON PABLO, DON FROILAN, LUEGO
DON ELÍAS, Y SIGUEN HABLANDO APARTE DON PABLO
Y JACINTA.

Isabel.

(¡Qué felices són! Y yo...
¡Suerte infeliz, suerte amarga
La de una mujer! Mis labios
Sella la vergüenza. El alma
Se me arranca, y yo no puedo
Decir : ¡ese hombre me mata!)

(*Se sienta afligida.*)

Don Froilan.

Despacio la toman. ¡Mozo!
(*A la puerta del café.*)
La Gaceta. Nunca acaban
De hablar los enamorados.

(*El mozo le trae la Gaceta, se sienta y la lee. Sale don Elías del
café con el recibo en la mano.*)

Don Elías.

¿No es droga que en estas casas
Nunca ha de haber un tintero
Corriente? Ya solo falta

(*Acercándose con el recibo en la mano á don Pablo, que entretenido
con Jacinta no le ve.*)

Que firme usted...

Jacinta.

Si; mi Pablo,

Mi corazon se desgarrá

Al verte partir. Si el freno
 Del pudor no me atajara,
 Tan briosa como amante
 Te siguiera á la campaña.
 Ni el agua, ni el sol, ni el frio,
 Ni privaciones, ni balas
 Entibiarian mi ardor.
 Quizá á manejar las armas
 Aprenderia de tí,
 Y con tu amor alentada
 Lidiaria defendiendo
 La libertad sacrosanta;
 Que tambien late en mis venas
 La sangre zaragozana;
 Y á ejemplo de las gloriosas
 Heroínas que las águilas
 En este suelo humillaron
 De la usurpadora Francia,
 Verter sabria mi sangre
 En el altar de la patria.
 Mas, ya que de este placer
 Me privan leyes tiranas;
 Ya que viva no te sigo,
 Ya que el cielo nos separa,
 He aquí mi retrato : toma,

(Se lo da.)

Bien mio, y amor le haga
 Escudo que te defienda
 De las enemigas lanzas.
 (¡Qué suplicio!)

Isabel.

Don Elías.

Don Pablo.

Con permiso...

¡O don precioso! Tú inflamas

(Besando el retrato que guarda luego en el pecho.)

Mi valor, que con la pena
 De ausentarme desmayaba.
 Ahora me siento capaz
 De las mayores hazañas.

Isabel.

Don Elías.

Don Froilan.

(¡Que no me muriera aquí!)

Con licencia de esa dama,
 La firma...

¡Ah, señor don Pablo!

(Levantándose, y acercándose á don Pablo.)

Don Elías. (¡ Este lloron me faltaba!)
 Don Froilan. ¡ Inútil valor! Inútil
 Patriotismo! Está ya echada
 La suerte. ¡ Pobre nacion!
 Volverá á gemir esclava.
 El genio del mal persigue
 A la miserable España.
 Tanto afan, tantos tesoros,
 Tanta sangre derramada
 ¿ De qué han servido? La hidra
 De la rebelion levanta
 Sus cien cabezas. El cielo
 Nos abandona... ¡ No hay patria!
 Don Elías. Mientras don Froilan parodia

(A don Pablo.)

La tragedia de Quintana,
 Firme usted...

Don Pablo. Mucho me admiran,
 Don Froilan, esas palabras
 En boca de un Español,
 De quien liberal se llama.
 Cuando humillada en Bilbao
 Toca á su fin la malvada
 Faccion carlista, ¿ habla usted
 De hidras y de desgracias?
 Don Froilan. Ya verá usted...

Don Pablo. Ese cuadro
 Es el parto de una amarga
 Misantrópia... No quiero
 Atribuirle otra causa.
 Mas yo supongo que es fiel;
 Que mil desastres amagan
 Al estado; que peligra
 La libertad. ¿ Por ser ardua
 La lid debernos acaso
 Abandonar la demanda?
 ¿ Ha de faltarnos el brio
 Primero que la esperanza?
 ¿ Doblarémos la cerviz
 Antes de probar la espada?

Sacrificios; no clamores,
 Teson, virtudes; no lágrimas
 La nación pide á sus hijos.
 ¿Cuál es mas pesada carga,
 El fusil ó la cadena?
 Con declamaciones vanas
 No se desarma el contrario.
 Si hoy se pierde una batalla,
 No se recobra el honor
 Sino venciendo mañana.

Jacinta.

¡Bien dicho!

Isabel.

(¿Y no le he de amar?)

Don Elías.

El recibito...

Don Froilan.

La llaga

Es muy profunda, don Pablo.
 Nuestras discordias infaustas
 Nos llevan al precipicio.
 Las pasiones enconadas
 Nos ciegan : los pueblos gimen;
 No hay dinero; esto no marcha;
 No vamos todos á un fin;
 Los partidos...

Don Pablo.

Así hablan

El egoismo y el miedo.
 En las tristes circunstancias
 Se acrisola el patriotismo;
 Y el que noble tiene el alma
 No se deja dominar
 De miras interesadas,
 Ni de ocultas influencias;
 Ni de pasiones bastardas.
 En tierra por tanto tiempo
 Con las lágrimas regada
 De mísera esclavitud,
 Fácilmente no se planta
 El árbol de libertad.
 Donde un hombre sólo mandá;
 Y los demas obedecen
 Sumisos, ciegos, es llana
 La ciencia de gobernar;
 Pero es forzoso que haya
 Encontradas opiniones
 En un pueblo que trabaja
 Por regenerarse. ¡Y qué!

Porque tengamos en casa
Disputas, ¿olvidarémos
A la faccion de Navarra?
¿No hay un comun enemigo
A quien osado combata
Quien blasone de patriota?
Hoy argüir en la plaza,
Lidiar mañana en el campo;
Hoy en el cuerpo de guardia,
Y mañana en la tribuna;
Hoy votar que haya dos cámaras,
Mañana andar á balazos
Para no quedar siñ nada;
Hoy escribir un artículo
Contra el ministro que no anda
Derecho, y mañana dar
Un buen susto á Sopolana.
¿Es esto acaso imposible?
En el establo regañan
Los alanos entre si,
Mas contra el lobo se lanzan
Siempre que le ven hambriento
Perseguir á la manada.
Senado y pueblo romano
En el foro se acosaban,
Pero solò al enemigo
Era funesta su saña.
Deponga el buen Español
Sus rencillas ante el ara
De la hermosa libertad;
Y pues á todos aguarda,
Moderados y exaltados,
Servidumbre, muerte, infamia,
Si ciñe Cárlos un día
La diadema soberana,
Acuda animoso adonde
La voz del honor le llama;
Y mientras una bandera
Liberal se alce en España,
Ella á combatir le guie
Contra la servil canalla.
Y el que diga lo contrario
Es un pancista, es un mandria.
Don Pablo es buen caballero,

Don Elías.

Y así maneja la espada
 Como la pluma. A propósito :
 ¿ Quiere usted hacerme la gracia
 De firmar... ?

Don Pablo.

¡ Ah! Sí. El recibo...

(*Va á entrar en el café, y le detiene don Froilan.*)

Vamos...

Don Froilan.

Nadie me aventaja
 En patrio amor; mas al ver
 Tantos errores y tantas
 Calamidades confieso
 Que mi corazon desmaya.
 ¡ Ay don Pablo! Rara vez
 Mis presentimientos fallan.
 El yerro mayor de Troya
 Fué no escuchar á Casandra.
 Crea usted á un fiel amigo.
 No salga usted á campaña.
 ¿ Porqué ?

Jacinta.

Don Pablo.

Isabel.

Don Froilan.

¡ Es honroso el consejo!
 (¡ Si pudiera hablar !)

La baja
 De un hombre, sea quien fuere,
 No es tan grave importancia...
 Quédese usted en Zaragoza.

Don Pablo.

¡ Bravo! Si esa cuenta echára
 Cada cual, pronto estaríamos
 En una paz octaviana.

Don Froilan.

¡ Mire usted que ya en el cielo
 Leyendo estoy una página
 ¡ Sangrienta! Ya en mis oidos
 Está silbando la bala
 Homicida! ¡ Ay infeliz!
 En vez de bélica palma,
 Tu generoso ardimiento
 Va á buscar... ¡ una mortaja!

Isabel.

Jacinta.

(¡ Maldita tu boca sea!)
 ¡ Ah! ¿ Qué estás diciendo? Calla.
 ¿ Porqué afligirnos así ?
 ¡ Qué idea... !

Don Pablo.

Ba! Es una chanza.
 Si yo creyese en agüeros

Seria un poco pesada.
 Pero, en fin, morir lidiando
 Por la mejor de las causas
 Es muerte gloriosa.

Jacinta. ¡Ah! No.

Don Pablo. Dios oirá mis plegarias...
 Solo por tí lo sintiera.
 Por lo demas, no me espanta
 La muerte á mí. Y casi, casi,
 Muriera de buena gana
 Solo por dar un petardo
 A mis acreedores.

Don Elías. ¡Cáscaras!

Jacinta. Vamos, deja ya esa broma.

Don Elías. (¡Ah! si no firma y le matan...)
 Vamos, don Pablo. Esa firma...

Don Pablo. Vamos...

(*Tocan dentro llamada y tropa. Isabel se levanta.*)

Don Froilan. ¡Ya suenan las cajas!

Jacinta. ¡O pena!

Isabel. (¡Amargo momento!)

Don Elías. (Voto á!...) Si usted me firmára...

Don Pablo. ¡A Dios, bien del alma mia!

(*Abrazando á Jacinta.*)

La ausencia no será larga.

¿Serás fiel?

Jacinta. Hasta la tumba.

¡Oh! Poco he dicho. La llama

Que abraza mi corazón

Ni en el sepulcro se apaga.

Don Elías. (Los momentos son preciosos.

Traeré el tintero...) ¡Despacha!

(*A un mozo desde la puerta del café.*)

¡Un tintero! (Por el gusto

De que yo me ahorque dè rabia

Se hará matar.)

Don Pablo. En tus ojos

Prisionera dejo el alma.

Jacinta. ¡A Dios!... ¡la pena me ahoga!

(*Solloza.*)

Mi corazon te idolatra
 Mas de lo que yo creia.
 Si mi desventura es tanta
 Que por la postrera vez
 Tu Jacinta fiel te abraza,
 ¡Ay! te seguiré muy pronto
 A la tumba solitaria.
 ¡A Dios!

Don Pablo. ¡A Dios!

(*Desprendiéndose de sus brazos.*)

Don Froilan. ¡Caro amigo!

(*Abrazando á don Pablo.*)

Don Elías. (No me dejan meter baza

(*Con el papel en una mano y el tintero en la otra.*)

Don Froilan. El amor y la amistad.)
 ¡A Dios! La lengua me embarga
 El sentimiento...

Don Pablo. ¡Qué llantos!...

(*Volviendo á Jacinta, que llora.*)

Aunque me fuese á la Habana...

(*Yéndose.*)

sabel. Ea, á Dios... No mas... A Dios...
 (¡Y á mí no me dice nada!)

(*Con amargura y llorando.*)

Don Elías. ¡Don Pablo!... Señor don Pablo!...

Don Pablo. ¡Pobre Isabel!... Me olvidaba..

(*La abraza.*)

Venga un abrazo.

Isabel. (¡Ah, Dios mio!)

(*Estremecida de gozo.*)

Don Pablo. Case usted á esta muchacha,
 Don Froilan. Está tan triste...
 A Dios. Cuidame á tu hermana.

Isabel. (¡Infeliz!...) Así lo haré.

Don Elías. Antes de romper la marcha...

(Viendo don Pablo que don Elías se dirige á él con los brazos abiertos, le estrecha en los suyos, y ruedan por tierra papel y tintero.)

Don Pablo. Sí. ¡A Dios, don Elías!

Don Elías. (En vez de firmar me abraza...
¡A Dios, tintero! El papel...)

Jacinta. ¡Pablo!

Don Pablo. ¡Jacinta!

(Le da el último abrazo, y vase corriendo.)

Don Elías. Mal haya...

(Buscando la pluma despues de haber recogido el tintero.)

¡Don Pablito!... ¡Echale un galgo!
¡Don Pablo!... ¿Ya quién le alcanza?

(Arroja enfadado el tintero.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, MENOS DON PABLO.

Jacinta. Vamos á verle marchar...

Don Froilan. No. La gente... Los caballos...
¡Eh! ya no es tiempo... Y los callos
Que no me dejan andar...

Don Elías. ¡Esta noche gran escarcha!
(¡Ahí es un grano de anís!
¡Diez onzas!)

Jacinta. Vamos...

(Una música militar toca marcha á lo lejos.)

Don Froilan. ¿Oís?

Partió. Ya suena la marcha.

Jacinta. ¡No podré vivir sin él!

Don Elías. ¡Libertale de un balazo,
Virgen del Pilar!

Don Froilan. El brazo,

(Da el brazo á Jacinta.)

Y á casa. Usted á Isabel.

(Don Elías da el brazo á Isabel.)

- Don Elías.* Con mucho gusto. (¡Qué bella!
Esto alivia mi dolor.
A estar de mejor humor
Hoy me declaraba á ella.)
- Don Froilan.* ¿Qué hace usted tan pensativo?
Ande usted.
- Jacinta.* ¡Qué desconsuelo!
- Isabel.* (Me ha dado un abrazo. ¡O cielo!)
- Don Elías.* (¡No me ha firmado el recibo!)

ACTO SEGUNDO.

LA MUERTE.

ESCENA PRIMERA.

Sala en la casa de don Froilan. A la derecha del actor la puerta que conduce á la de la escalera: á la izquierda otra que guia á las habitaciones interiores, y otra en el fóro con vidriera y cortinas. Muebles decentes, y entre ellos una mesa con escribanía.

ISABEL, SENTADA JUNTO A UN VELADOR DONDE HABRA VARIOS PERIÓDICOS, Y ACABANDO DE LEER UNO.

Ni cartas confidenciales,
Ni partes, ni conjeturas
Siquiera... Desde que entró
La brigada en Cataluña
No ha vuelto á saberse de ella.
¡Qué suerte será la suya!
No escribir en tantos dias
Don Pablo... ¡Mortal angustia!
¿Habrán sido derrotados
Por esas hordas inmundas
Nuestros valientes? Tal vez
Alguna emboscada, alguna
Sorpresa... Pero muy pronto
Las malas nuevas circulan.
Parciales y confidentes
Tiene la rebelde turba
Donde quiera, y cuando callan

Es seguro que no triunfan.
 Esta reflexion me vuelve
 La esperanza. Si, me anuncia
 El corazon...

ESCENA II.

ISABEL, DON FROILAN.

Don Froilan.

¡Hola! cómo
 Te aplicas á la lectura
 Estos dias; ¿ tambien tú
 Te afionas como muchas
 A las cuestiones políticas
 Mas que á la plancha y la aguja?

Isabel.

A todos nos interesa
 Saber quién vence en la lucha
 Funesta que nos divide.

Don Froilan.

Eso ya no admite duda;
 Al fin cantarán victoria
 Don Carlos y la cogulla.
 Ya todo esfuerzo es inútil.
 Nuestro mal no tiene cura.
 La libertad es aquí
 Planta exótica, infecunda.
 La sociedad se desquicia,
 Y la patria se derrumba.

Isabel.

(*Entre dientes.*)

Si como tú se echan todos
 En el surco...

Don Froilan.

¿Qué murmuras?
 Yo soy un buen ciudadano;
 Yo siento que la fortuna
 Nos vuelva la espalda, y son
 Mis intenciones muy puras;
 Pero, en fin, estaba escrito
 Allá arriba, y es locura...
 Repasaré esos periódicos
 Sin embargo. Ni disputas
 Políticas, ni noticias
 Busco en ellos: son absurdas
 Comunmente las primeras
 Y fatales las segundas;

Pero en tanto que me sirven
 El desayuno, me gusta
 Recrearme con un trozo
 De amena literatura,
 Descifrar una charada,
 Reirme con una pulla...
 Así me distraigo un poco,
 Y las lágrimas se enjugan
 Que á mi corazón arrancan
 Las calamidades públicas!

(*Se iba con los papeles, y vuelve.*)

¡Ah! ¿Viene aquí alguna nueva
 De nuestra marcial columna?

Isabel.

¡Nada!

Don Froilan.

¡Pues! Lo que yo digo!
 ¡Pereció! ¡Todo se frustra!
 Habrán caído en poder
 De esa maldecida chusma.
 La falta de dirección...
 Alguna mano perjura
 Sin duda los hizo presa
 De *Tristany ó Camac-Cruas*.
 ¡Qué dolor de juventud!
 La flor de César-Augusta...
 ¡O amigo! Soy con usted.

(*A don Elías que entra.*)

¡Qué horror!... El almuerzo, Bruna.

(*Yéndose.*)

ESCENA III.

ISABEL, DON ELÍAS.

Isabel.

(¡Ay desgraciada! su triste
 Presagio me hace temblar.)

Don Elías.

(Yo la voy á declarar
 Mi amor... y *laus tibi, Christe.*)
 Para un asunto de urgencia,
 Que diré en lenguaje esplicito,
 Concédame usted, si es licito,
 Cuatro minutos de audiencia.

Yo la amo á usted. Mas conciso
Ningun amante seria,
Y es que entra en mi economía
No hablar mas de lo preciso.
En paz y en gracia de Dios
Que hemos de vivir entiendo;
Y no es maravilla, siendo
Capitalistas los dos.
Mi caudal es la salud,
El dinero y la alegría;
Y el de usted, señora mia,
La hermosura y la virtud.
(Paso en silencio su dote,
Que es lo que mas me acomoda.)
Ajustemos pues la boda,
Y casémonos á escote.
Mucho vale el ser hermosa:
Mi amor sea el testimonio;
Pero un rico patrimonio
Tambien vale alguna cosa.
No sé qué será peor
En este mundo embustero;
Si hermosura sin dinero,
O dinero sin amor;
Mas siempre que á lo segundo
Lo primero unido va,
Allí la ventura está;
O no hay ventura en el mundo.
Aunque en la ciudad se suena
Que soy dado á la avaricia,
Comer bien es mi delicia...
(Cuando como en casa agena.)
Ello sí, como está en moda,
La economía cursé,
Y á todo la aplicaré...
Menos al pan de la boda.
Poco avaro en fin soy yo
Cuando á casarme me allano.
¿Con que... acomoda mi mano?
Responda usted; sí, ó no.
Aunque debo celebrar
Con mas risa que sorpresa
El sumo donaire de esa
Declaracion singular,

Isabel.

- Merece el que así me honró
Igual franqueza de mí.
No puedo decir que sí.
- Don Elías.* ¿Luego dice usted que no?
¡Cruel mujer!
- Isabel.* No. Sincera.
- Don Elías.* ¡Tal desvió á mi pasión!
¡Ah! ¿Tiene usted corazón?
- Isabel.* ¡Ojalá no le tuviera!
- Don Elías.* Si no ha de ser para mí,
Si otro hombre le cautivó...
- Isabel.* No puedo decir que no.
- Don Elías.* ¿Luego dice usted que sí?
¿Habrá fortuna mas perra?
¿Habrá mujer mas ingrata?
Si dice que no, me mata;
Si dice que sí, me entierra.
- Isabel.* ¿Ay, don Elías, que el cielo
Con mayor mal me atormenta!
Ese no que usted lamenta
Fuera para mí un consuelo.
¡Cómo!...
- Don Elías.* Basta ya, si es chanza.
- Isabel.* Si habla usted de veras...
- Don Elías.* Sí.
- Isabel.* Oh!...
- Isabel.* Yo no tengo, ¡ay de mí!
Ni puedo dar esperanza.
Con harta pena lo digo.
- Don Elías.* ¡Qué va á ser de mí, Isabel!
- Isabel.* Sea usted mi amigo fiel...
Yo he menester un amigo.
- Don Elías.* Algo mas quise alcanzar;
Mas lo seré. (Y me conviene,
Porque al fin y al cabo tiene
Haciendas que administrar.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, JACINTA.

- Jacinta.* ¡Oh, que está aquí don Elías!
Lo celebro mucho.
- Don Elías.* Siempre

- A los piés de usted. ¿Qué tal,
Hay noticias del ausente?
Jacinta. Ninguna. Nada se sabe
Ni hay cartas, ni los papeles
Públicos me dan indicios
De si vive ó de si muere.
- Don Elías.* No es extraño que en la guerra
Los correos se intercepten;
Mas no tenga usted cuidado,
Porque la facción rebelde
O no osará combatir
Con nuestra tropa valiente,
O pagará su osadía
Muy cara.
- Jacinta.* ¡Pero tenerme
Sin saber de él tanto tiempo!
Si es cierto que bien me quiere,
Cómo no ha hallado camino
Para hablarme de su suerte,
De su amor... su amor...! *Jacinta.*
Ya tal vez no lo merece.
Quizá á los piés de otra dama
Há puesto ya sus laureles.
- Isabel.* No digas tal de don Pablo,
Pues ningun motivo tienes
Para dudar de su fé.
- Jacinta.* ¡Ah, que la ausencia es la muerte
Del amor! Los hombres...
- Don Elías.* Son
Pérfidos, inconsecuentes...
¡Hombres! Oh! Yo no los quiero...
Me gustan mas las mujeres.
- Un ciego.* (Gritando dentro.) El suplemento al Patriota ara-
gonés que acaba de salir ahora nuevo, con noticias
interesantes.
- Isabel.* ¿Qué grita ese ciego? Oigamos...
- Jacinta.* Suplemento...
- Isabel.* (Ay Dios! Si fuese...)
- El ciego.* Con la completa derrota de la facción del Canónigo,
por la columna que salió de esta capital en su perse-
cucion.
- Isabel.* ¿Has oído...? Ah! don Elías...
- Jacinta.* ¡Qué gozo!
- Isabel.* Corra usted, vuele...

Don Elías. El suplemento... Si... Voy...
 (Es chasco que se me peguen
 Los cuartos...) No tengo suelto...
Isabel. ¡O Dios mio!...
Jacinta. Aquí habrá.

(*Dándole el ridiculo, del cual saca cuartos don Elías.*)

Don Elías. Nueve...
 Diez... Hay bastante.
Jacinta. ¡Qué plomo!
Isabel. ¡Vamos!
Don Elías. Si lo saco en siete...
 (*Yéndose.*)

ESCENA V.

JACINTA, ISABEL.

El ciego. El suplemento al Patriota aragonés que ahora
 acaba de salir nuevo, con la derrota... ¿Quién llama?
Isabel. Ya los afanes cesaron.
 Nuestros milicianos vencen.
 Pronto á los dulces hogares
 Volverán... ¡Ah! Cuán alegre
 Estoy...!
Jacinta. ¡Pablo de mi vida!
 Vuelve á mis brazos. ¡Oh! vuelve
 La dicha á mi corazón.

ESCENA VI.

LAS MISMAS, DON ELÍAS CON UN IMPRESO.

Don Elías. ¡Victoria! Escuchen ustedes.

(*Lee.*)

« La columna expedicionaria de Zaragoza ha dado
 « un dia de gloria á la nacion. La gavilla del mal-
 « vado Canónigo ha sido batida, destrozada á las
 « inmediaciones de Gandesa. Así lo afirma de oficio
 « el alcalde constitucional de dicha villa, y se espera
 « de un momento á otro el parte circunstanciado.

« Mientras llega y lo publican las autoridades, no
 « queremos retardar á nuestros lectores tan fausta
 « noticia. Nuestros bizarros milicianos han rivalizado
 « en pericia y valor con las beneméritas tropas que
 « han tenido parte en la accion. ¡Viva la libertad!
 « ¡Viva Isabel II! »

Isabel.

¡O cielo! Yo te bendigo.

Don Elías.

Doy á usted mil parabienes,

Jacinta.

Jacinta.

¡Y Pablo no escribe!

Isabel.

Querrá tal vez sorprenderte...

Don Elías.

Aquí viene don Froilan.

¡Qué cara de *miserere!*

ESCENA VII.

LOS MISMOS, DON FROILAN.

Don Froilan.

Todo el barrio se alborota;
 Los ciegos van dando gritos...
 ¿Qué anuncian esos malditos?
 Sin duda, alguna derrota.

Jacinta.

Derrota. Tienes razon.

Don Froilan.

¿Lo veis? ¡O dias aciagos!

Isabel.

Mas quien llora sus estragos
 Es la enemiga faccion.

Don Froilan.

Dirán que es suyo el reves,
 Mas yo tengo que en el lance...

Don Elías.

¡Oh...! Lea usted el alcance
 Del Patriota aragonés.

(Le da el impreso, y lo lee para sí don Froilan.)

Jacinta.

En todo ve mal agüero.

Isabel.

En nada encuentra placer.

Don Elías.

Corneja debía ser
 Ese hombre, ó sepulturero.

Don Froilan.

Es muy vaga la noticia.
 Es atrasada la fecha...
 Si fué la faccion deshecha,
 ¿Qué se hizo nuestra milicia?
 En la guerra hay mil azares;

Y, además, la exactitud
 No siempre fué la virtud
 De los partes militares.
 Muchos planes y cautelas,
 Y marchas y contramarchas,
 Y tempestades y escarchas,
 Y curvas y paralelas.
 Mucho de causar zozobras
 A las fuerzas enemigas;
 De encarecer las fatigas,
 De describir las maniobras;
 Mucha recomendacion;
 Mucho de Roma y Numancia;
 ¿Y qué nos dice en sustancia
 El gefe de division?
 Que anduvimos cuatro leguas;
 Que el faccioso echó á correr
 Dejando en nuestro poder
 Una mochila y dos yeguas;
 Que allí hubieran muerto muchos
 De la gavilla perjura
 A no ser la noche oscura
 Y á no faltar los cartuchos;
 Que el cabecilla vasallo
 Huyó á tiempo de la quema
 Y se salvó... por la extrema
 Ligereza del caballo;
 Que por falta de refuerzo
 Deja el campo de batalla
 Y va á esperar la vitualla
 A Villafranca del Vierzo;
 Que envian francas de portes
 Diez cruces de San Fernando;
 Y concluye suplicando
 Al ministro y á las córtés
 Que sin exigir recibo
 Le traigan los maragatos
 Seis mil pares de zapatos
 Y un millon en efectivo.
 Gefes hay que en tu pintura
 Su historia acaso verán;
 Pero no todos, Froilan,
 Merecen esa censura.
 Ver siempre males eternos

Jacinta.

Isabel.

Don Elías. Es fatal filosofía.
Se previene por si un día
Va á parar á los infiernos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, RAMON.

Ramon. Esta carta para usted.

(*Da una carta á Jacinta.*)

Jacinta. ¡Es letra de don Matías!
¿Y don Pablo?... ¿No hay mas cartas?

Ramon. No hay mas que esa, señorita.

ESCENA IX.

JACINTA, ISABEL, DON FROILAN, DON ELÍAS.

Isabel. ¡No escribir don Pablo! (¡O Dios!)

Don Froilan. Eso me da mala espina.

Jacinta. ¡Qué ingratitud!

Don Elías. Abra usted

Pronto esa carta, Jacinta,
Y saldremos de inquietudes,
Y ahorraremos profecias.

Jacinta. (*Abre la carta y lee.*) « En el mismo campo de batalla, cubierto de cadáveres enemigos, me apresuro á participar á usted la victoria de nuestras armas. Los restos de la faccion huyen dispersos y aterra- dos, y una parte de la columna los persigue y acosa en todas direcciones. Yo tambien parto ahora en su seguimiento. La pérdida del enemigo es grave, la nuestra muy corta : cuatro soldados muertos y unos veinte heridos, todos de tropa... »

Isabel. (¡Ah! Respiro.)

Don Elías. (*A don Froilan.*)

¿Lo ve usted?

Don Froilan. Déjela usted que prosiga
Leyendo, y harto será
Que alguna mala noticia...

Jacinta. Lo demas son cumplimientos,
Memorias, galanterías...
¡Es tan fino ese muchacho!
En el campo, entre las filas,
Rendido acaso del hambre,
De la sed, de la fatiga,
Me escribe tan obsequioso;
¡Y al que en la amarga partida
Me juró constancia eterna
No le merezco dos líneas!
Así son todos los hombres.

Isabel. ¡Necia la que en ellos fia!
No habrá podido escribir.
Don Elías. Muchas cartas se estravian...

Don Froilan. Mi corazon es leal.
No en vano me lo decia.
Don Pablo es un aturdido.
Engolfado en la milicia,
Y no se acuerda de tí.

Isabel. (¡No tuviera yo esa dicha!)

Don Froilan. Alguna linda patrona
En sus brazos le cautiva.

Isabel. (¡Ay! ¡Eso no!)

Jacinta. ¡Quién creyera
Que su amor fuese mentira!

Una ciega. (Dentro.)

¡El supimiento al Boletin oficial! ¡El supimiento
extraordinario!

Isabel. ¿Habeis oido? Otro parte
Sin duda...

Don Elías. Será la misma
Relacion...

Jacinta. Manda á comprarlo,
Froilan.

Don Froilan. Alguna engañaifa...

ESCENA X.

LOS PRECEDENTES, RAMON.

Ramon. Aquí está el impreso.

Don Elías. Venga.

Ramon. Parece que se confirma...
 Don Froilan. Bien está, sí. Ya sabemos
 Leer. Vete á la cocina.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, MENOS RAMON.

Don Elías. (Lee.) « Capitanía general de Aragon. Hago saber
 « al público para su satisfaccion que los rebeldes
 « han sido en efecto batidos completamente entre
 « Mora y Gandesa por la valerosa columna de mili-
 « cianos y tropa que salió últimamente de esta ca-
 « pital. Mientras se imprime y publica el parte cir-
 « cunstanciado, me complazco en asegurar á este
 « heróico vecindario que nuestra pérdida solo ha
 « consistido en seis hombres muertos, entre ellos un
 « oficial, y diez y ocho heridos, ascendiendo la del
 « enemigo á ciento veinte de los primeros, sobre
 « trecientos de los segundos, y mas de quinientos
 « prisioneros. ZARAGOZA, etc. »

Isabel. ¡Ah! ¿Quién será ese oficial
 Muerto? ¿Será por desdicha...
 Don Pablo?

Don Froilan. ¡Pues! ¡Si lo dije!

Jacinta. ¡Jesus, qué fatal mania
 De presagiar infortunios!

Don Elías. Si alguno de la milicia
 Hubiera muerto en la accion,
 En su carta lo diria
 Don Matías.

Jacinta. Cierto. Esa
 Reflexion me tranquiliza.

Don Froilan. Aun seguian nuestras tropas
 A las huestes fugitivas
 Cuando se escribió la carta;
 Esto y el no haber noticias
 De don Pablo hacen temer
 Que alguna bala enemiga
 Abrevió ¡desventurado!
 La carrera de sus dias.

Isabel. ¡Ah! Fundado es su temor!
 Jacinta. Que lo tema y no lo diga.

Parece que se deleita
En afligir...

Don Elías.

¿Y no había
Mas oficiales allí?
¿Qué razon nos autoriza
A suponer que entre tantos
Tocó á don Pablo la china?
Otro pudo ser el muerto;
Quizá el mismo que escribia
Tan gozoso...

Jacinta.

¡Oh! Sí. Quién sabe...
Dice en su carta que él iba
A marchar segunda vez
Contra la infame gavilla.

Don Froilan.

Pues bien; el uno ú el otro,
Ya no hay duda, han sido víctimas.
¡Tal vez entrambos! ¡O guerra!
¡Guerra infausta, fratricida!
¡Pobres muchachos!... En fin,
Estaba escrito allá arriba!
No han de dar vida á los muertos
Nuestras lágrimas tardías.
Yo me voy á mis negocios.
Esas cosas me contristan
Sobremanera. De hoy mas
Nadie me hable de política.
Soy sensible... ¡Eh! No llloreis...

(*A Jacinta é Isabel.*)

Dios guarde á usted, don Elías.

ESCENA XII.

ISABEL, JACINTA, DON ELÍAS.

Don Elías.

Maldita sea tu estampa,
Y otra vez sea maldita.
¿Porqué no llevā á una gruta
Su negra misantropía?
Malo está ese hombre. Yo creo
Que padece de ictericia.

Jacinta.

(¡Mi Pablo! Será posible...
¡La prenda del alma mia!

¡Ah! ¡Qué amargura! Y el otro...
El amable don Matías...
Lástima fuera por cierto...)

Don Elías. (Y ello,... si bien se examina...
No es temerario el pronóstico.
Lo cierto es que los carlistas
No tiran con algodón.

Broma pesada seria
Haberse muerto don Pablo
Dejándome á mí *per istam*
Sin cobrar aquella cuenta,
¡Y en circunstancias tan críticas!)

Isabel. (Saber la verdad anhelo,...
Y tiemblo de descubrirla.)

Jacinta. (¡ Tan bizarros y morir
En lo mejor de su vida!)

Don Elías. (Diez onzas me debe el uno
Y el otro solo una fina

Amistad. Si el uno de ellos
Espiró, vírgen santísima,
¡Que sea el vivo don Pablo
Y el difunto don Matías!)

Isabel. (No quiero que nadie muera ;
Quiero que don Pablo viva,
Aunque otra mujer le goce,...
¡Y yo me muera de envidia!)

Don Matías. (Dentro.)

¿Dónde están?

Jacinta. ¡Qué oigo!

Isabel. Esa voz...

ESCENA XIII.

Los MISMOS, DON MATÍAS.

Don Elías. ¡Amigo!

Isabel. ¡Cielos!

Don Matías. ¡Jacinta!

Jacinta. ¡Bien venido el vencedor!

Isabel. ¿Y don Pablo?

Jacinta. ¡Cuánto polvo!

Don Matías. Apenas hace una hora

Que llegué...

Isabel.

Pero...

Don Elías.

Usted solo...

Don Matías.

Solo. Yo he traído el parte
De nuestro triunfo glorioso.
En casa del general
Me han tenido hasta hace poco;
He abrazado á mi familia,
Y sin quitarme este lodo
Vengo á saludar á ustedes.

Jacinta.

¿Y sabes que viene gordo,
Isabel? Pero don Pablo...

Isabel.

¡Ah! ¿Qué es de él? ¿Vive?

Don Matías.

El destrozo

Del enemigo fué grande;
Pero los humanos gozos
¡Cuán rara vez son completos!
Cómo...

Jacinta.

Isabel.

¡Acabe usted!

Don Matías.

El rostro

De la fortuna no siempre
Sonríe al valor heroico.
Será posible...

Jacinta.

Isabel.

¡Ah! Murió!

Jacinta.

¡Cumplióse el fatal pronóstico
De Froilan!

Don Matías.

Siento afligir

A ustedes. Su ciego arrojó...

Isabel.

¡Ay dolor! ¡Ay desventura!

(*Se deja caer en una silla, y llora amargamente.*)

Don Elías.

(¡Mi dinero!) ¡Pobre mozo!...

Jacinta.

Bien mi corazón temía...

Don Matías.

Justo es, Jacinta, ese lloro;
Mas si la flor de su vida
Cortó el enemigo plomo,
Al menos murió vengado,
Y en los siglos mas remotos
Vivirá inmortal su nombre.

Isabel.

¡Dios mío! Salvarse todos,
Y él solo morir!

Jacinta.

¡Mi Pablo!

Don Matías.

Persiguiendo á los facciosos

Con mas v̄alor que cautela...

Isabel.

¿Y nadie le dió socorro?

Don Matias.

¿Y quién detiene una bala
Traidora? En su ciego encono
Contra la servil caterva
Se desvió de nosotros
Demasiado cuando ya
La columna, despues de ocho
O diez horas de pelea,
Necesitando reposo,
Se acantonaba triunfante
En los pueblos del contorno.

Jacinta.

¡Ah! ¿Quién se lo hubiera dicho?
¡Infeliz!

Don Elias.

(¡Diez onzas de oro!)

Isabel.

¡Y abandonado en el monte
Será presa de los lobos
Sú cadáver insepulto!
Y quién sabe si esos monstruos
Ceban la impotente saña
En sus sangrientos despojos!
¡Ah!

(*Queda abismada en su dolor.*)

Don Elias.

¡Qué horror!... Murió sin duda
Ab intestato.

Don Matias.

Supongo...

Don Elias.

(Y no tenia herederos
Forzosos... ¿ De dónde cobro?
¿ De quién reclamo?... Ese hombre
Estaba dado al demonio.
¿ A quién le ocurre morirse
Sin arreglar sus negocios?)

(*Se sienta en otra silla junto á Isabel, y de cuando en cuando
la dirige la palabra como para consolarla.*)

Don Matias.

Tambien yo corrí peligro
De quedar allí.

Jacinta.

(*Con interes.*)

¿ Pues cómo?...

Don Matias.

Me pasó el chaco una bala,
Y otra me alcanzó en el hombro.

Jacinta. ¡Cielos! ¿Fué grave la herida?

Don Matías. No; me lastimó muy poco.

Venia cansada. Y siento
No haber caido redondo
En el campo de batalla.

Jacinta. No diga usted despropósitos.

Don Matías. Mas vale morir amado
Que pasar el purgatorio
En vida siendo el objeto
Del menosprecio, del odio
De una ingrata.

Jacinta. ¿Y es posible

Que cuando lloran mis ojos
La desgracia de don Pablo,
Usted me hable de ese modo?

Don Matías. ¡A! Si el muerto fuese yo,

No bañára usted su rostro
En lágrimas de amargura.

Jacinta. ¿Porqué no? ¿Soy algun tronco
Insensible?

Don Matías. Usted me dijo...

Burla fué; bien lo conozco,
Que me amaria á no estar
Comprometida con otro.

Jacinta. Y crea usted... ¡Pero, ay Dios!

Dejemos ese coloquio.
Necesito desahogar
Mi corazon en sollozos.
No debo pensar ahora
Sino en mi Pablo. Aun le oigo
Decirme el último á Dios
Tan tierno, tan amoroso...
¡Y eterna fidelidad

Le juré yo! Si de pronto
Aquí se alzára su sombra
¡Cuál-seria mi sonrojo!

Don Matías. No. Don Pablo desde el cielo

Aprueba nuestro consorcio.
¿Sabe usted lo que me dijo...
(Apelemos al embrollo)

Cuando rompimos el fuego
Contra el rebelde Canónigo?

« Tu eres mi mejor amigo,

« Matías. Si cierro el ojo,

« A ti dejo encomendada
 « Mi Jacinta. Sé su esposo,
 « Y el Ser Supremo bendiga
 « Vuestro casto matrimonio. »
 ¿ Eso dijo ?

Jacinta.

Don Matias.

¡ Ah, sí señora ;

Y lo dijo con un tono
 De solemnidad profética
 Que llenó mi alma de asombro !

Jacinta.

¡ Pobrecillo ! ¡ Ay Dios ! Ahora
 Con mas motivo le lloro.

Don Matias.

Yo tambien lloro y me aflijo,
 Y mas cuando reflexiono,
 Jacinta, que no merezco
 Heredar tanto tesoro.

Jacinta.

Merecerlo... ¡ ah ! Sí...

Don Matias.

¿ De veras ?

Esa palabra es el colmo
 De mi gloria.

Jacinta.

¿ Yo que he dicho ?

Por ahora nada respondo.
 La memoria de don Pablo
 Es un cordel, es un tósigo
 Que me mata. Si algun dia
 La paz del alma recobro...

Don Matias.

¡ Bien mio !

Jacinta.

¡ Ah ! Váyase usted,

(*Bajando la voz.*)

Que no estamos entre sordos.
 (*Dice bien.*)

Don Matias.

Jacinta.

Usted vendrá

Fatigado, y es forzoso
 Descansar.

(*Siguen hablando aparte.*)

Don Elias.

(No me responde.)

(*Se levanta.*)

Veo que en vano la exhorto
 A consolarse. ¿ Y á mí
 Quién me consuela ? Hoy no como
 De pena... aunque esto no e:traba

En mis planes económicos.
 Vámonos de aquí.) Señora...
Don Matias. Si viene usted hácia el Coso,
 Vamos juntos. Señoritas...

(*Bajo á Jacinta.*)

No olvide usted que la adoro.

(*Allo.*)

Hasta luego.
Jacinta. A Dios, señores.
Don Elias. (Otra vez yo ataré corto
 Al que me pida dinero
 Sin recibo... y testimonio
 De no morir insolvente,
 No vuelvo á prestar al prójimo.)

ESCENA XIV.

ISABEL, JACINTA.

Jacinta. ¡Tu, Isabel, llorando así!
 Me admira tu amargo duelo.
 ¿Habrá de darte consuelo
 Quien lo esperaba de tí?
Isabel. ¡Viendo en mi frente la pena

(*Se levanta.*)

Dices que admirada estás!...
 Yo debo admirarme mas
 De ver la tuya serena.
Jacinta. ¡Ah, que es mucha mi afliccion
 Aunque ves mi rostro enjuto!
Isabel. Cuando en el rostro no hay luto
 No hay pena en el corazon.
Jacinta. Sabe el cielo...

Isabel. Sabe el cielo
 Que en desesperado amor
 No es verdadero dolor
 Dolor que pide consuelo.
 No hipócrita al cielo implores.
 ¡Aun el cuerpo no está frio

Jacinta.

Del que te dió su albedrío,
 Y de otro escuchas amores!
 Siempre me amó don Matías;
 Y aunque en tan mala ocasion
 Me recuerda su pasion
 Yo no sé hacer groserías.
 No es culpa mia, Isabel,
 Que ese muchacho me quiera:
 Ni porque Pablo se muera
 He de enterrarme con él.
 Yo le amé mientras vivió;
 Si el cielo cortó sus dias,
 Y no ha muerto don Matías,
 ¿ Puedo remediarlo yo?
 No es decir que esté dispuesta
 A admitir amante nuevo,
 Aunque en justicia no debo
 Darle una mala respuesta.
 Don Pablo, que era su amigo,
 Le dijo que si él moria,
 Y yo en ello consentia,
 Se desposase conmigo.
 Harto en mi dolor demuestro
 Cuán de veras he sentido
 Que se haya ¡ay de mí! cumplido
 Aquel presagio siniestro;
 Mas yo ahora te pregunto :
 ¿ Si al otro llego á querer,
 Hago mas que obedecer
 La voluntad del difunto?
 ¿ Su voluntad ? ¡ Impostura !
 ¡ Maldad ! Quien de veras ama
 Con el amor que le inflama
 Desciende á la sepultura.
 Si el pago que tú le das
 Sabido hubiera al morir,
 Pudiérate maldecir,
 ¿ Pero olvidarte ? ¡ Jamas !
 Así tu lengua le infama!
 ¿ Qué amante, si de este nombre
 Es merecedor, á otro hombre
 Deja en herencia su dama ?
 No; que es la dulce mitad
 De su alma, y en la agonía

Isabel

- Tras sí llevarla querria
A la inmensa eternidad.
- Jacinta.* Tanta exaltacion me asombra
Y tan estraña amargura.
¿Le amabas tú por ventura,
Que así defiendes su sombra?
- Isabel.* Le amaba... ¿Qué dijo? le amo,
Le idolatro todavía,
Y él solo me arrancaria
Las lágrimas que derramo.
Él ignoró mi tormento,
¡Triste ley de la mujer!
Y ni aun pude merecer
Cortés agradecimiento.
Ahora sin rubor quebranto
Del silencio la cadena;
¡Ahora que la dicha agena
No turbaré con mi llanto!
Ya no temo adversa suerte,
Ni rivales, ni baldon.
Sagrada es ya mi pasión.
¡La divinizó la muerte!
- Jacinta.* ¿Tu le amabas, Isabel?
Absorta me dejas.
- Isabel.* ¡Cielos!
Sin esperanza... ¡con zelos!...
¿Hay suplicio mas cruel?
Y otra vez le sufriria
Aunque penando muriera
Porque á la vida volviera
El dueño del alma mia.
Yo infeliz no borraré
Su imágen de mi memoria;
¡Y tú que fuiste su gloria
Le guardas tan poca fé!
- Jacinta.* Deja ya reconvenciones.
No porque zelos te di
Te quieras vengar de mí
Con importunos sermones.
¡Jacinta!
- Isabel.* ¡Calla por Dios!
Jacinta. Amar sin consuelo es duro;
Mas tambien es fuerte apuro
El verse amada por dos.

Mujeres hay mas de diez
 Que á dos suelen contentar;
 Pero yo no puedo amar
 Mas que uno solo á la vez.
 Pues basta con un esposo,
 Querer á dos es punible;
 Pero mi pecho es sensible
 Y no puede estar ocioso.
 Iguales galanterías
 Debí á los dos de que hablo;
 Mas mientras vivió don Pablo
 No quise yo á don Matías.
 ¿Y no será un desacierto,
 Si ahora de amarle me privo,
 Matar sin piedad al vivo
 Porque no se ofenda el muerto?
 Su especial filosofía
 Cada cual tiene en secreto,
 Y pues la tuya respeto,
 Déjame en paz con la mia.

ESCENA XV.

ISABEL.

¡Alma á quien el alma dí,
 Si á las dos nos escuchaste,
 Mira á qué mujer amaste!
 Júzgala y júzgame á mí!

ACTO TERCERO.

EL ENTIERRO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una plazuela con fachada y puerta de iglesia en el foro. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y alumbrado. En frente de dicha casa hay una barbería.

DON FROILAN, DON ELÍAS, JACINTA, DON MATÍAS.

(Don Matías viene delante con Jacinta de braceró; los cuatro dirigen al portal abierto. Todos con capas.)

Don Matías. Mucho sufriré esta noche,
 Jacinta.

- Jacinta. ¿Porqué lo dices?
 Don Matias. Porque estás bella en extremo,
 Y vendrán de quince en quince
 A colmarte de lisonjas
 Los que conmigo compiten.
 Jacinta. ¿Qué importa, si solo á tí
 El alma mia se rinde?
 Don Matias. ¡O dicha! Solo te ruego
 Que no bailes con el títere
 De Ferminito.
 Jacinta. Contigo
 Solo, mi bien.
 Don Matias. ¡Qué felices
 Seremos cuando el enlace
 Suspirado!....

(*Sigue hablando en voz baja con Jacinta. Los cuatro se han parado junto á la puerta.*)

- Don Froilan. ¿Usted no asiste
 (A don Elias.)
 Al baile?
 Don Elias. Tengo un asunto...
 Don Froilan. Pues yo tambien pienso irme
 A la ópera y volver;
 Porque los bailes me embisten,
 Aun siendo de confianza
 Como este.
 Don Elias. A tales convites
 Soy yo poco aficionado.
 Si ademas de los violines
 Hubiese cena... Lo dijo
 Por la broma y por los brindis.
 Jacinta. ¿Qué hacemos aquí? ¿No subes?
 (Entran en la casa.)
 Don Froilan. Vamos.
 Don Elias. Ea, divertirse.

ESCENA II.

DON ELÍAS.

Horá es de entrar en la iglesia,
 Y aunque un funeral es triste

Funcion, Isabel la paga.
 Y basta que ella me fie
 Sus secretos y yo sea
 Su amigo y correvedile,
 Para acompañarla pio
 Hasta el postrer *parce mihi*.

(*Las campanas tocan á muerto.*)

Esa fúnebre campana
 Me recuerda ¡ay infelice!
 Mis diez medallas difuntas;
 Y á fe que no se redimen
 Las ánimas de esa especie
 Con responsos ni con kiries.
 ¿Y habré de rezar al muerto
 Despues que fué tan caribe
 Que se llevó al otro mundo
 Mis pobres maravedises?
 Si al menos, en justo premio
 De un esfuerzo tan sublime,
 Ya que Isabel no me dé
 Su mano y su dote pingüe,
 Me confriese el empleo
 De su curador *ad litem*...
 Pero en el templo me espera.
 Vamos... ¡Ah! Qué bella efigie!
 ¡Lástima de criatura!
 ¡Por un muerto se desvive,
 Cuando suspira por ella
 Un vivo de mi calibre!

(*Al entrar don Elías en la iglesia llegan hablando don Antonio y sus amigos. Oyese otra vez la campana.*)

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO
 Y LUEGO EL BARBERO.

- Don Antonio.* La noche no está muy fria.
 No entremos, que aun es temprano.
Don Lupercio. ¿Dónde encenderé este habano?
Don Mariano. Ahí está la barbería.
Don Lupercio. Dices bien. ¡Ave María!

(A la puerta, y sale el barbero.)

Barbero. ¿Podré encender este puro?
¡Señor don Lupercio Muro!
Ya sabe usted que en mi casa...

(Entra, y vuelve á salir al momento con la luz; enciende en ella su cigarro don Lupercio, y se la vuelve.)

Don Lupercio. Dame esa luz, Nicolasa.
¿Va usted de baile? Seguro.
Sí; subiremos despues.
Barbero. Cuidadito, que el demonio...
¡Hola! Ahí está don Antonio...
Y don Mariano... (¡Qué tres!)
Ofrezco á ustedes cortés
La justa hospitalidad,
La cena, la facultad,
Conversacion, la guitarra...

Don Antonio. (En voz baja á sus amigos.)

¡No, que el oido desgarrá!
Gracias, maestro. Escuchad.

(Saludan al barbero, y se pasean por la plazuela conversando en voz baja.)

Barbero. Yo celebó que en la plaza
Prefieran pasar el rato,
Porque entre ese triumvirato
No podria meter baza.
Tienen lenguas de mostaza,
Sobre todo el cocodrilo
De don Antonio. ¿Hay asilo
Que de su pico defienda
La honra? No hay en mi tienda
Navaja de tanto filo.
Que hable y murmure un barbero,
Eso es moneda corriente;
¡Pero ser tan maldiciente
Un ilustre caballero!
Ya se ve; el ocio, el dinero...

(Se oye la música del baile.)

¡Hola! El violin se hace rajás,

Y entre tanto las barajas...
 ¡Qué inmoralidad! ¡Qué vicio...!
 Mas cada cual á su oficio
 Afílemos las navajas.

(Al entrarse el barbero en su tienda aparece embozado don Pablo.)

ESCENA IV.

Los mismos, DON PABLO.

Don Pablo. Por aquí atajo camino.
 Tiro despues á la izquierda...
 ¡Oh Jacinta! Cuál va á ser
 Tu alegría, tu sorpresa...
 Quizá no haya recibido
 Mis cartas; quizá me tenga
 Por muerto. De todas suertes
 Es imposible que sepa
 Mi llegada. Entrar de incógnito
 Ha sido feliz idea,
 Y apearne en un meson.
 Antes que llegue á su puerta
 Quiero besar otra vez
 Su adorada imágen bella.

(Saca el retrato y lo besa.)

¡Bien mio! ¿Serán iguales
 Tu hermosura y tu firmeza?
 ¡Ah! No lo dudo. Volemos...

(La música no ha cesado. Las campanas vuelven á sonar.)

¿Mas que campanas son esas?
 ¡Tocan á muerto! Con malos
 Auspicios vuelvo á mi tierra.
 No he temido en la campaña
 A balas ni bayonetas,
 Y sin poder remediarlo.
 Esas campanas me aterran.
 ¡Por cierto que es miserable
 La humana naturaleza!
 ¡A muerto, sí! En ese templo
 Estan celebrando exequias...
 Si entraré... Mejor será

Preguntar en esta tienda.
¡Deo gracias!

Barbero. (Saliendo.)

Adelante.

La navaja está dispuesta.
Entre usted. Le afeitaré
Con primor y ligereza.

Don Pablo. No lo necesito. Gracias.
Parece que en esa iglesia
Hay entierro. ¿Sabe usted
Quién es..., dijo mal, quién era
El muerto?

Barbero. Don Pablo Yagüe.

Don Pablo. (¡Demonio!) ¿Habla usted de veras?

Barbero. Lo que oye usted; sí; don Pablo,
Natural de Cariñena,
Vecino de Zaragoza,
Hacendado, hombre de letras,
De estado soltero, edad
Como de veintiocho á treinta,
Oficial movilizado,
Buen mozo, etc., etc.

Don Pablo. (Peregrina es la aventura;
Y el hombre da tales señas...
Lo mas singular del caso
Es el ser yo á quien lo cuenta.)

Barbero. Ya nadie ignora su muerte;
Ni aun los niños de la escuela.

Don Pablo. (¡Bravo! Puede ser que yo
Me haya muerto y no lo sepa.)

Barbero. Parece que usted se aflige
Al oír tan triste nueva.

Don Pablo. ¡Todas las malas noticias
Que oiga yo sean como esa!

Barbero. ¡Qué dice usted! Con que un muerto...

Don Pablo. Dios le dé la gloria eterna
Pero yo llorara mas
La muerte de otro cualquiera.

Barbero. ¡Hombre! ¿Porqué?

Don Pablo. Yo me entiendo.

¿Ha muerto aqui?

Barbero. No. En la guerra;
En la gloriosa jornada

De los campos de Gandesa.
Murió como un Alejandro
Después de hacer mil proezas.
Cargó él solo á un batallón
Y le quitó la bandera.

Don Pablo.

¡Cáspita!

Barbero.

Treinta facciosos
Le atacan; ¿y él qué hace? Cierra
Con todos, y á veinticuatro
Deja tendidos.

Don Pablo.

¡Aprieta!

Barbero.

Al fin sucumbió. ¡Qué lástima!
Un mozo de tantas prendas...

Don Pablo.

¡Ah! ¿Le conocía usted?

Barbero.

No, señor; y es que, á la cuenta,
Se afeitaba solo. Pero
Todo el mundo le celebra...

Don Pablo.

¡Después de muerto! ¿Verdad?

(Vuelve al oirse el son de las campanas sin cesar el de la música.)

Barbero.

Yo le diré á usted...

(Los tres paseantes se paran en corrillo cerca de la barbería.)

Don Lupercio.

Aun suenan

Las campanas. ¡Pobre Pablo!
Su muerte me causa pena.

Barbero.

Justamente esos señores
Hablan del muerto.

Don Pablo.

Quisiera

Escuchar...

Barbero.

Pues entre usted
En el corro: con franqueza;
Son parroquianos y amigos.

Don Pablo.

No quiero yo que me vean.

Barbero.

¿Porqué?

Don Pablo.

Tengo mis razones.

Barbero.

Si no mienten mis sospechas
Usted es pariente del muerto.

Don Pablo.

Algo hay de eso; sí.

Barbero.

Por fuerza.

(Cuando vi que se alegraba
De oír el *requiem eternam*,
Dijé para mí al momento:
Este es de la parentela.)

Don Pablo. Y allí hay música.
 Barbero. Es un baile.
 Don Pablo. ¡Este es el mundo!
 Don Mariano. Mi lengua

(Don Pablo aplica el oído sin desembozarse.)

Siempre elogiará don Pablo.
 Don Antonio. ¡Qué talento aquel!
 Don Lupercio. ¡Qué amena
 Conversacion!
 Don Mariano. ¡Qué donaire!
 Barbero. ¿Lo oye usted?
 Don Pablo. Sí.
 Don Antonio. ¡Qué nobleza
 De sentimientos!
 Don Lupercio. Su bolsa
 Para todo el mundo abierta...
 Don Pablo. Esos que ahora le alaban
 Le quitaban la pelleja
 Cuando vivo : yo lo sé.
 Maestro, al que está en la huesa
 Nadie le envidia.

(Cesa la música.)

Barbero. En efecto;
 Siempre oigo decir lindezas
 De todos los que se mueren.
 Don Antonio. Dices bien: No lo creyera
 De don Matías. ¡Qué accion
 Tan indigna! ¡Qué bajeza!
 Solicitar á Jacinta...
 Don Pablo. (¡Qué oigo!)
 Don Antonio. ¡Habiendo sido prenda
 De su amigo y camarada!
 Don Pablo. (¡Ah traidor amigo!... Y ella...
 ¡Oh! No; no es posible... Oigamos...
 ¡Ahora que mas me interesa
 Oírlos, bajan la voz!)

(Don Froilan sale de la casa del baile, atraviesa el teatro, y al
 emparejar con los del corrillo le reconoce don Antonio.)

Lupercio. No ví ingratitud mas negra.

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES, DON FROILAN.

- Don Antonio.* ¡Don Froilan! ¿Adónde bueno?
¿Ya deja usted el baile?
- Don Froilan.* Es fiesta
Que me fastidia y me apesta...
Prefiero estarme al sereno.
Diversión es el bailar,
Espuesta á mil contingencias,
Sus fatales consecuencias
He visto á muchos llorar.
Ya pincha como lanceta
El alfiler de un justillo;
Ya se disloca un tobillo
Al hacer una pirueta;
Ya, por estar ajustado,
Se revienta el pantalon;
Ya encaja mal el balcon,
Y entra un dolor de costado.
El ruido, la baraunda
Le vuelven á un hombre loco...
Y no es difícil tampoco
Que se abra el techo y se hunda.
- Don Lupercio.* (*Bajo á don Antonio.*)
Todo es triste para él.
- Don Antonio.* ¿Y las hermanitas bellas?
Allí estarán.
- Don Froilan.* Sí; una de ellas.
- Don Pablo.* (Cielos... ¡Oh! Será Isabel.)
- Don Antonio.* ¿Es Jacinta?
- Don Froilan.* Justamente.
- Don Pablo.* (Ah!)
- Don Mariano.* ¿Cómo no están las dos?
- Don Pablo.* (¡Ella baila, justo Dios,
Y yo de cuerpo presente!)
- Don Froilan.* ¿Baile la otra? Ni el nombre
Sufriría. Es tan adusta...
- Barbero.* Pues mire usted; á mí me gusta...

(*En voz baja á don Pablo. Ambos se mantienen á la puerta de la tienda algo distantes de los demás.*)

- Don Pablo.* Silencio...
- Barbero.* (¿Quién será este hombre?)
- Don Antonio.* ¿Y don Matías, el fiel Adorador de Jacinta?
- Don Froilan.* Tierno está como un Aminta.
- Don Antonio.* ¿Y ella?
- Don Froilan.* Se muere por él.
- Don Pablo.* (¡Eso mas! ¡Pérdida!... ¡Ingratos!...)
- Don Lupercio.* Boda habrá.
- Don Froilan.* ¿No la ha de haber?
Mañana al anochecer
Se celebran los contratos.
- Don Pablo.* (Muérete ¡y verás!... ¡Ah perra!)
- Don Antonio.* Pero, amigo, usted confiese
Que es infamia... ¡Si lo viese
El que está pudriendo tierra!
- Don Froilan.* Sin razon se quejaria,
Porque ¿qué mal hay en esto?
Nada. A rey muerto, rey puesto.
Lo demas es bobería.

(Suena otra vez la campana.)

- Don Pablo.* (¡Habrà pícaro!)
- Don Froilan.* Qué diablo...
Me aturde ese campaneó.
¿Es sermon, ó jubileo?
- Don Mariano.* No. Las honras de don Pablo.
- Don Antonio.* ¡Pues qué! ¿Usted no lo sabia?
- Don Froilan.* ¿Qué he de saber? No por cierto.
- Don Lupercio.* Pues ya. Sabiendo que el muerto
Es don Pablo, asistiria...
- Don Froilan.* No tal. Tengo mil asuntos...
Es muy triste un ataud...
No poseo la virtud
De resucitar difuntos.
- Don Pablo.* (¡Bribon! Aunque tú no quieras,
Resucitaré, y tres mas;
Y mañana sentirás
Que no haya muerto de veras.)
- Don Froilan.* Ya al solemne funeral
El domingo asistí yo
Que por su alma celebró
La milicia nacional.

¡Dos entierros! Qué boato!
 ¿Tanto valia su nombre?
 ¡Dos entierros para un hombre
 Que falleció *ab intestato*.

Barbero.

¡Qué tio!

Don Pablo.

¡Por Dios, maestro!...

(*Haciéndole callar.*)

Don Froilan.

Y es todo en vano. Yo sé
 Que al otro mundo se fué
 Sin rezar un *padre-nuestro*.
 Él buscó su muerte; sí,
 Y por eso no me aflige.
 Yo su horóscopo le dije
 Y no hizo caso de mí.

Don Antonio.

Pero, hombre...

Don Froilan.

Las ocho... Aun llego

Al acto segundo. Estoy
 Convidado. Ea, me voy
 A la ópera. Hasta luego.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, MENOS DON FROILAN.

Don Mariano.

¡Qué entrañas tiene!

Don Antonio.

Es nefando.

Don Lupercio.

¡Y predica como un fraile!

Don Antonio.

Basta. ¿Vámonos al baile?

Don Lupercio.

Sí, sí. Ya estarán tallando.

(*Se entran en la casa del baile.*)

ESCENA VII.

DON PABLO, EL BARBERO.

(*Don Pablo se queda pensativo.*)

Barbero.

¿Sabe usted que el don Froilan
 Es hombre de mala estofa?
 El egoista agorero
 Le llaman en Zaragoza:
 ¡Miren qué disculpas da

Para faltar á las honras
 Del que iba á ser su cuñado!
 Y eso que, segun me informan,
 Le hizo el muerto mil favores.
 ¡Pues dijo! También la otra,
 Que al son de *luceat ei*
 Bailando está la gabota,
 Y con el pérfido amigo
 Concierta alegre la boda!
 Y luego si uno murmura
 Dirán... (Pero no se toma
 La modestia de escucharme.
 Estravagante persona
 Es este *quidam*.)

Don Pablo.

(Estoy

Por subir, y á esa traidora...
 Pero mas que ella me irrita
 Su hermano. ¡Pues no hace mofa
 De mi muerte! A bien que pronto
 Se convertirá en congojas
 Y lamentos el sarcasmo
 Con que á los muertos baldona.
 Aquí le traigo yo un *récipe*
 Que no ha de tomarlo á broma.
 Pero el castigo, aunque duro,
 No satisface mi cólera.
 Yo quisiera otra venganza
 Mas directa; mia sola...
 ¡Ah! Qué idea tan feliz!
 Mi escribano Ambrosio Mora
 Vive al volver esa esquina;
 Don Froilan está en la ópera...
 Voy volando...) Abur, maestro.

Barbero.

Felices noches. (Ahora
 Se va y me deja en ayunas...)

Don Pablo.

¿Oyó usted á aquella boca
 Escomulgada insultar
 Al que está bajo la losa?

Barbero.

Sí; el tal don Froilan...

Don Pablo.

Pues luego

Cantará la palinodia.

Barbero.

¿De veras? Diga usted. Cómo...

Don Pablo.

Es un secreto.

Barbero.

No importa.

Don Pablo. Vamos,... yo no lo diré...
Barbero. Sino á toda la parroquia.
Don Pablo. No tal. Yo soy...
Barbero. Escelente
Barbero. Usted me sonroja.
Don Pablo. Mas...
Don Pablo. Cuente usted con mi barba
 Si me quedo en Zaragoza.

ESCENA VIII.

EL BARBERO.

Por vida de Iturralde...
 Yo quiero su secreto; no su barba;
 Y por salir de dudas
 Consintiera en rapársela de balde.
 ¡Señor! ¿Qué extraño ente
 Es este, que una sola *Ave Maria*
 No reza por el alma de un pariente,
 Y luego si otra lengua
 A escarnecer se atreve su ceniza
 Cual si oyera á Luzbel se escandaliza?
 Calla su nombre, oculta su semblante,...
 Si hablan del muerto, ¡aplica las orejas
 Y las cierra á la fúnebre salmodia!
 ¿Y qué le importa, en fin, que el otro cante
 O deje de cantar la palinodia?
 Ello, el asunto es serio.
 Un embozado, un muerto, un maldiciente...
 ¿Si aclarar no consigo este misterio
 Qué me dirá despues el parroquiano?
 ¿Qué valdrán mi facundia y mi prosodia
 Si no puedo nombrar á ese fulano,
 Ni acierto á definir la palinodia?

ESCENA IX.

EL BARBERO, DON ELÍAS.

Don Elías. ¡Hermosa criatura! Con el llanto,
 Que á otras afea tanto,
 Se aumenta de su rostro peregrino

El seductor encanto.
 Por no ofender á Dios salgo del templo.
 ¡ O ciegos pecadores,
 De mi austera virtud tomad ejemplo !
 Otro en el dulce error se obstinaria,
 Mas yo ni aun en la senda del pecado
 Abandono la sabia economía.
 Ya que es pecar sin fruto
 El adorar las dotes... ¡ y la dote!
 De ese hermoso portento,
 Pongamos al amor veto absoluto,
 Y demos otro giro al pensamiento.
 Dies onzas... ¡ Ay ! Cabales
 Tres mil doscientos reales...
 ¡ Fatal recuerdo ! El corazon le odia,
 Y siempre ha de venir á atormentarme !
Barbero. No puedo echar de mí la palinodia.
Don Elias. Maestro, buenas noches.

(*Don Elias llega paseando á la puerta de la barberia. Suenan por última vez las campanas.*)

Barbero. ¿ Sanguijuelas ?
Don Elias. ¿ Un repaso á la barba ?
Barbero. No, amigo. Mi dolor...
Don Elias. ¿ Dolor de muelas ?
Barbero. ¡ Ah !
 Si hay caries, afuera ; es muy sencillo.
 Prepararé el gatillo...
Don Elias. ¡ Por Dios y por las ánimas benditas !
 Ya me han sacado ¡ diez... ! No de la boca.
 ¡ Ojalá !
Barbero. ¿ Pues de dónde ?
Don Elias. ¡ Del bolsillo !
 Oígame usted : le contaré mis cuitas.
 Ese hombre á quien entierran...
Barbero. A propósito...
 Un embozado aquí que, por lo visto,
 En su pariente...
Don Elias. ¡ Ah ! ¿ Le dejó en depósito
 Alguna cantidad ? ¿ Es su albacea ?
Barbero. Lo contrario barrunto,
 Porque habló con desprecio del difunto.
Don Elias. ¡ No hay esperanza !

- Barbero.* Es hombre misterioso.
Quizá usted le conozca, don Elías.
Quizá usted que era amigo de don Pablo...
- Don Elías.* Enhorabuena se lo lleve el diablo;
¡Mas también mi dinero...!
- Barbero.* A lo que entiendo,
Él tiene trazas de mover un cisco...
Con don Froilan es toda su ojeriza.
- Don Elías.* ¡Sepultadas mis onzas en el fisco!
Al pensarlo me tiro de las greñas,
Y bramo de furor.
- Barbero.* Daré las señas.
Es alto, es rubio...
- Don Elías.* No; no le perdono.
Su muerte fué un suicidio
- Barbero.* Militar parecía...
- Don Elías.* ¡Se ha matado
Por llevarse á la tumba mi subsidio!
- Barbero.* Hombre de buena edad, grueso...
- Don Elías.* ¡Mentira!
- Barbero.* Perdone usted...
- Don Elías.* ¡Mentira! ¡No he rezado,
Aunque usted me haya visto, mal pecado!
Salir del templo.
- Barbero.* ¡Dale!
¡Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro.
Al despedise dijo...
- Don Elías.* Maestro, aquella tumba era mi potro,
Y el duelo era un sarcasmo, una parodia...
Dijo que don Froilan...
- Barbero.* ¡Pérfido! ¡ingrato!
- Barbero.* Cantaría...
- Don Elías.* ¡Ay de mí!
- Barbero.* La palinodia.
- Don Elías.* Su muerte...
- Barbero.* ¡Oígame usted!
- Don Elías.* ¡Es una afrenta!
- Barbero.* ¡Pero, hombre...!
- Don Elías.* ¡Bancarrota fraudulenta!
- Barbero.* ¡Oh! Quedarme prefiero
Con mi curiosidad.
- Don Elías.* Yo...
- Barbero.* ¡Basta, basta!
¡Atajar la palabra de un barbero!

Don Elías. Es que...

Barbero. ¡Maldita, amen, sea tu casta!

(Se entra en la tienda y la cierra por dentro. Cesan las campanas.)

ESCENA X.

DON ELÍAS.

¡Cierra la puerta y me planta!
 ¿Qué diablos tiene ese hombre?
 ¿Prestó también al difunto
 Y perdió sus patacones?
 Mas huele á cera apagada;
 Las campanas no se oyen...
 Vamos; se acabó el entierro;
 Y pues yo hago los honores
 Funerales, despedamos
 El duelo.

(Se coloca á la puerta de la iglesia, y van saliendo varias personas de luto, hombres y mujeres, á quienes saluda entre afectuoso y compungido.)

Una mujer. Dios le perdone.

Don Elías. Amen. Gracias. Caballeros...
 Señoras...

Un hombre. Felices noches.

Una mujer. Dios le dé la gloria eterna.

Don Elías. Así sea.

Un hombre. ¡Pobre jóven!

Don Elías. Que Dios se lo pague á ustedes...

(Mejor que él á mí.) Señores...

Una mujer. Beso á usted la mano.

Don Elías. Amen...

Dijo; gracias.

Un devoto. Pater noster...

(Rezando.)

Don Elías. Gracias por mí y por el muerto.

(¡Qué tormento! Echó los bofes
 De rabia, y tengo que hacer
 Cumplidos...)

Una vieja rezagada. Ora pro nobis...

Don Elías. Abur. Isabel no sale.

¿Pensará pasar la noche
En la iglesia?... ¡Ah! ya está aquí.

ESCENA XI.

ISABEL, DON ELÍAS, RAMON.

(Isabel estará vestida de luto; Ramon trae una linterna encendida. Suenan otra vez los violines.)

Isabel. ¡Aun bailan! qué corazones!
Ten piedad de ellos, Dios mío.
Suspende et terrible golpe
De tu justicia por mas
Que su maldad le provoque.

Don Elías. ¡O Isabel, Isabelita!
Usted es un ángel.

Isabel. ¡Pobre
Don Elías! Usté es fiel
A la amistad. ¡Alma noble,
Alma sensible y piadosa!

Don Elías. No merezco esos loores.
Crea usted...

Isabel. Olvidan otros
Sagradas obligaciones,
Y usted que nada debía
A don Pablo...

Don Elías. ¿Yo de dónde?
Al contrario...

Isabel. Pero Dios
Premia las buenas acciones.

Don Elías. Yo confío en su infinita
Misericordia... (¡Este postre
Me faltaba!)

Isabel. La que fué
Su delicia, sus amores,
Su único bien, ni aun escucha
El son del místico bronce
Que anuncia su funeral.
Ceñida la sien de flores,
No deposita una sola
Sobre la tumba del hombre
Que la adoró. Ni un suspiro
Lanza aquel pecho de roble,

Sino á la grata memoria
 Del que iba á ser su consorte,
 Siquiera al sincero amigo,
 Siquiera al valiente jóven
 Que el alma rindió invocando
 De patria y de amor el nombre. —
 Bien haces. Dios no se paga
 De sacrílegos clamores.
 No insultes ¡ay! á su sombra.
 Déjala que en paz repose,
 Ingrata mujer; no mandes
 A tus ojos que le lloren
 Si en otro semblante luego
 Se han de fijar seductores.
 Mas puro será mi llanto,
 Mas veraz, y desde el orbe
 Celestial quizá benigno
 Mi Pablo amado le acoge.
 Mi tálamo es su sepulcro.
 Deja que en él me corone
 Yo sola. Yo sé que su alma
 Al alma mia responde,
 Y pues yo la he merecido
 Mas que tu, no me la robes!

(*El sacristan sale de la iglesia, cierra la puerta y se retira.
 Sigue la música.*)

Don Elias. ¡Ah, señora! Yo tendria
 Un corazon de alcornoque
 Si no derramase lágrimas...
 (Por mis cuarenta doblones.)
 Pero al fin... ¿Cómo ha de ser?
 Aunque usted gima y solloce,
 Dios lo hizo. No hay esperanza
 De que su fallo revoque.
 Y ya han cerrado la puerta
 Y sopla un viento de norte...

(*Isabel se arrodilla en el umbral de la puerta, y cruza las
 manos en actitud de orar.*)

(No me escucha; se arrodilla
 En los yertos escalones,
 Y orando por el difunto

Estatua parece inmóvil.
 O virgen madre, que ruegas
 Por nosotros... ¡acreadores!
 ¿Merece un muerto insolvente
 Tan devotas oraciones?)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, DON PABLO.

Don Pablo. Ya ha recibido el papel;
 Ya es otro hombre; ya me llora.
 ¿Qué apostamos á que ahora
 Soy un santo para él?
 ¡Otra vez en el salon
 Suena la música impía!
 ¡O vil, infame alegría!
 Oprobio... Prostitucion!!!
 ¿Y no arrojaré del pecho
 Al ídolo torpe, ingrato...?
 (*Saca el retrato, lo despedaza, y lo pisa.*)
 ¡He aquí su falaz retrato...!
 Caiga á mis plantas deshecho.
 Si un dia fui tu cautivo,
 Ya no, mujer inconstante.
 Quien vende muerto al amante,
 Vendiera al esposo vivo.
 Qué se diria de mí
 Si me rindiese al dolor...
 Entierra, Pablo, al amor,
 Pues te han enterrado á tí.
 Engañadora sirena,
 Te creí sincera y firme...
 ¡Pues si acierto á no morirme,
 Como hay Dios que la hago buena!
 Olvidemos á la infiel;
 Que si airado resuscito,
 ¿Que haré con alzar el grito?
 Un ridículo papel.
 Vuelva á mi pecho la calma;
 Y pues soy muerto viviente,
 Voy á ver que buena gente
 Pide al cielo por mi alma.
 Y á fe que, si al catecismo

Doy un repaso, quizás
 Tampoco estará de mas
 Que yo me rece á mi mismo.
 ¡ Vaya que es rara aventura !
 Para mí es niño de teta
 Ei austero anacoreta
 Que cava su sepultura.
 Mas eco hará en los anales
 El nombre de un ciudadano
 Que concurre vivo y sano
 A sus propios funerales.

*(Dá algunos pasos hácia la iglesia, siempre embozado,
 y se para.)*

Por hoy ya no puede ser,
 Que la iglesia está cerrada.
 ¡ Mas qué veo ! ¡ Arrodillada
 Al umbral una mujer !
 ¿ Quién será el alma bendita
 Que así me llora insepulto ?
 En este esquinazo oculto
 Observaré...

Don Elías.

¡ Isabelita !

Don Pablo.

¿ Si será la hermana bella
 De Jacinta ? No. A qué asunto
 Suspirar por un difunto
 Que en su vida... ¡ Pues es ella !

*(El criado que se pasea silencioso con la linterna en la mano,
 pasa por junto á Isabel, y la reconoce don Pablo. Cesa la
 música.)*

¡ La otra tan malas entrañas
 Y esta adorando mi nombre !
 No hay como morirse un hombre
 Par ver cosas estrañas.
 Sombra que amo y reverencio,
 Perdóname si llorosa
 Interrumpo de tu losa
 El venerable silencio.

Isabel.

Don Pablo.

(¡ Qué oigo !)

Isabel.

Mas grata oblacion

Díerate la amada prenda ;
 Mas no rehuses la ofrenda

De mi tierno corazon.
Don Pablo. (Me amaba, me ama... ¡Oh portento!)
Isabel. Si de una triste mortal
 Desde el trono celestial
 Oyes benigno el acento,
 No á Dios le pidas que yo
 Deje, sin dejar el mundo,
 El dolor veraz, profundo
 Que tu muerte me infundió.
 No turbe, no, mi quebranto
 Las delicias de tu Eden;
 Que Dios ha puesto tambien
 Gloria y delicia en el llanto!
Don Pablo. (¡Qué alma! ¡Y no la conocí!)
Isabel. Pídele solo al Señor
 Que eterno sea el amor
 Con que el alma te rendí:
 Que nunca humana flaqueza
 Me conduzca á no quererte.
 ¡Antes un rayo de muerte
 Caiga sobre mi cabeza!

(*Calla y contemplativa alza los ojos al cielo.*)

Don Pablo. ¡No puedo mas! Qué pasion!
 Yo llego... ¡O ventura mia!

(*Deteniéndose.*)

Mas la súbita alegría
 Tal vez...

Isabel. Vámonos, Ramon.

(*Despues de un profundo suspiro.*)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, DON FROILAN.

Don Froilan. Entremos. Aun será tiempo...
 Pero la iglesia cerraron.

Don Pablo. (Ya está aquí mi hombre.)

Don Froilan. ¡Isabel!

¡Don Elías! ¿Cómo os hallo
 A estas horas por aquí?

¿Salís del entierro acaso?
¡Ah! sí; no hay duda. Ese luto...
Parece que se ha acabado
El funeral.

Don Elías. Si, señor.

Don Froilan. ¡Y fué para mí un arcano!
Porqué no habermelo dicho,
Y mis ardientes sufragios...

Isabel. ¿A qué, si ya en otra tumba
Le habias tú sepultado
Mas profunda?

Don Froilan. ¡Yo! No entiendo...

Isabel. ¡En el olvido!

Don Froilan. ¿A mi Pablo?

¿Al mejor de mis amigos?
¿A quien ya llamaba hermano?

Don Pablo. (¡Para el necio que te crea!)

Don Froilan. ¡Pues si le queria tanto!...
Poco he dicho. Le adoraba.

Don Pablo. (No sé cómo no le mato.)

Don Elías. (¡Estraña metamorfosis
Por cierto!)

Don Froilan. ¡Tan buen muchacho!...

¡Ah!... Me nombró su heredero.

Don Elías. ¿Qué dice usted?

Don Froilan. Aquí traigo
Su postrera voluntad.

Don Pablo. (Eso no, que ya he tomado
Mis medidas por si muero
Antes de reir el chasco..)

Don Elías. ¡Usted su heredero!

Don Froilan. Sí.

Don Elías. ¿No habla de otros legatarios
El testamento? O de deudas...

Don Froilan. No. Todo me lo ha dejado.
Qué mucho si nos unió
Desde los primeros años
La dulcisima amistad
Cuyos halagüenos lazos...

Don Pablo. (¡Hipocriton!)

Don Froilan. Nuestras almas
Llenaron siempre de encantos!

Don Elías. Vea usted; y yo creia...

Don Froilan. ¡Ay caro amigo! Este rasgo

De cariñosa bondad
 Hace mayor mi quebranto.
 Qué son todos los tesoros
 Del mundo si los comparo
 Con la delicia de verte,
 De hablarte... Mi acerbo llanto
 No podrá ¡triste de mí!
 Arrancarte al duro mármol
 Que te esconde...

Isabel.

¡Calla, impío!

¡Blasfemo, sella los labios!
 Guárdate el oro que heredas
 Y no turbes el descanso
 De aquella alma generosa,
 Que acaso estará penando
 Porque tan mal empleó
 Sus dádivas...

Don Froilan.

Ese agravio...

Isabel.

¡Calla por piedad! No me hagas
 Testigo del vil escarnio
 Con que insultas las cenizas
 De tu bienhechor. Huyamos...

Don Pablo.

(¡Ah, qué angel!)

Don Froilan.

Oye...

Don Elías.

Si usted

Quiere servirse del brazo...

Isabel.

¡No! Sola me quiero ir.
 Detesto al linage humano.
 Perfidia, maldad, bajeza
 Donde quiera... ¡Ay Pablo, Pablo!

ESCENA XIV.

DON PABLO, DON FROILAN, DON ELIAS.

Don Pablo.

{¿Es sueño acaso? ¿Es delirio?
 ¡Tanto amor!...}

Don Froilan.

¡Qué sin razon!

¡Qué ruin interpretacion
 De mi profundo martirio!

Don Elías.

Y en efecto, el testamento...

Don Froilan.

¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta!
 — Y ahora volver á esa fiesta...
 He aquí mi mayor tormento.

- Mas debo forzosamente
Acompañar á mi hermana.
- Don Elías.* La herencia es mas que mediana,
Y usted que era ya pudiente...
- Don Froilan.* Yo baile, oh Dios, yo concierto,
Cuando mi pena es tan grave...
- Don Elías.* Yo tenia, usted lo sabe,
Relaciones con el muerto...
- Don Froilan.* No toque usted ese punto,
Que mi afliccion...
- Don Elías.* Sin embargo...
Usted debe hacerse cargo
De las deudas del difunto.
- Don Froilan.* ¿Cuándo volverá la calma
A mi pecho?
- Don Elías.* Él me debia
Unos cuartos...
- Don Froilan.* Noche y dia
He de rezar por su alma.
(El diálogo me divierte.)
- Don Pablo.* (El diálogo me divierte.)
- Don Elías.* Si me olvidó, no es portento,
Que sin duda el testamento
Lo hizo...
- Don Froilan.* ¡Antes de su muerte!
- Don Elías.* Ya; si...
- Don Froilan.* ¡Mi alma se destroza!
- Don Elías.* (¡Diablo de hombre!) Yo decia...
- Don Froilan.* Lo dejó en la escribanía
Al salir de Zaragoza.
- Don Elías.* Bien; y luego...
- Don Froilan.* ¡Amigo fiel!
Aunque venda mis camisas
Mañana doscientas misas
Mandaré rezar por él.
- Don Pablo.* (Eso me encuentro. Por Dios
Que de él no esperaba tanto.)
- Don Elías.* Mas yo le hice un adelanto...
- Don Froilan.* ¡Ah! Sí; lloremos los dos.
- Don Elías.* Pero...
- Don Froilan.* Con ojos serenos
¿Quién ve á su amigo morir?
Pero usted puede decir:
Los duelos con pan son menos.
Y quién vuelve á mi escritorio

El dinero...

Don Froilan. Acerba llaga,
¡Cruel!

Don Elías. Alma que no paga
No sale del purgatorio.
Diez onzas...

Don Froilan. No cuestan tanto
Las doscientas misas.

Don Elías. ¡Oh!

Don Froilan. A peseta...

Don Elías. No hablo yo

De misas...

Don Froilan. Me ahoga el llanto.

(*Hablando, han llegado á la casa del baile.*)

Don Elías. Oiga usted...

Don Froilan. Ni á hablar acierto.

(*Ya dentro del portal.*)

¡A Dios!

Don Elías. Hombre...

Don Froilan. ¡Pobre Pablo!

Don Elías. ¡Me plantó! L'éveos el diablo
A tí, á la herencia, y al muerto!

ESCENA XV.

DON PABLO, DON ELÍAS.

(*Llega don Pablo por detras de don Elías, y le toca en el hombro.*)

Don Pablo. Tenga usted mas caridad
Con los difuntos.

Don Elías. Qué voz...

(*Volviéndose asustado.*)

Si yo creyera en visiones
Diría... Sí; él es! Favor...

(*Reconociéndole.*)

Don Pablo. ¡Silencio! No soy fantasma.
Venge...

Don Elías. De parte de Dios

Te digo, sombra iracunda...

Don Pablo. No hay tal sombra. Vivo estoy.

Acérquese usted sin miedo.

Tenemos que hablar los dos.

Don Elías. Si en el otro mundo penas

Como en este peno yo,

Al heredero le toca

Procurar tu redencion;

No á mí, difunto don Pablo;

A mí que soy tu acreedor,

A mí...

Don Pablo. Basta. Sabe usted

Que soy hombre de razon,

Y si yo me hubiera muerto;

No lo negarja, no.

Caí herido de un balazo

En medio de la faccion.

Sin duda al verme tendido

Sin aliento y sin color

Todos me dieron por muerto

Sin mas averiguacion;

Y como nadie despues

De mí ha sabido hasta hoy,

No estraño que en mis exequias

Haya graznado el fagot.

Recobrados mis sentidos

Con el frio y el dolor,

Medio vivo, medio muerto,

Me levanté del monton.

En vano pedia auxilio;

Nadie escuchaba mi voz...

Por fin llegué como pude

A la choza de un pastor.

Por buena suerte la herida

No era mortal aunque atroz.

Aquella familia honrada

Tuvo de mí compasion;

Y curándome en sigilo,

Sin botica ni doctor,

Me libertó de las uñas

De *Tristany* ó *Caragol*.

Recobradas ya mis fuerzas

Mi marcha emprendo veloz

De regreso á Zaragoza,
Y hoy llego á puestas de sol
Para reir desengaños
De este mundo pecador.

Don Elías. ¡Es posible! ¡Ah! Mi alegría...

Don Pablo. Usted es un hombre de pró.
Usted ha rezado en mi entierro.

Don Elías. ¡Oh! Sí; con mucho fervor.

Don Pablo. Y gracias por su cristiana
Misericordia le doy.

Solo á usted me he descubierto...

Don Elías. Usted me hace sumo honor...

Don Pablo. Mas nadie sepa que vivo
Hasta mejor ocasion.

Usted sabrá mis proyectos,

Y cuento con su favor

Para llevarlos á cabo.

Don Elías. Sabe usted que siempre estoy

A su obediencia... A propósito :

El papel que se quedó

Sin firmar... Aquí lo traigo.

Si á la luz de ese farol

(*El que habrá en el portal de la casa donde se baila.*)

Quisiera usted... Pediremos

Un tintero...

Don Pablo. ¿No es mejor

Que se venga usted conmigo

Y le daré en el meson

Las diez onzas consabidas,

Los réditos y otras dos

En muestras de gratitud...

Don Elías. ¡Oh qué bello corazón!

Don Pablo. Justamente ya ha debido

Cobrar mi administrador

Unas letras...

Don Elías. No es decir

Que yo tenga prisa, no.

Solo por acompañar

A usted... (¡Dios de Sabaot,

No me le mates ahora,

Cumpla su buena intencion!)

Don Pablo. Vamos...

Don Elías. Abríguese usted.

(*Componiéndole el embozo de la capa. Don Pablo tose.*)

Don Pablo. ¡Cuidarse!—¿Qué es eso? ¿Tos?
No es nada.

Don Elías. Es que usted estará

Delicado; y el pulmon...

Don Pablo. Cálmese usted, don Elías,

(*Riéndose.*)

Que mi palabra le doy

De no morirme otra vez

Sin pagarle.

Don Elías. (¡Oígate Dios!)

ACTO CUARTO.

LA RESURRECCION.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON PABLO, DON ELÍAS.

(*Entran con precaucion. El teatro está oscuro.*)

Don Pablo. Si alguno nos ha observado...

Don Elías. Solo lo sabe Ramon,

Y ese es de satisfaccion.

Puede usted entrar descuidado.

Jacinta está de jolgorio

Con su novio y los amigos

Que servirán de testigos

Para el impío casorio.

Luego que apuren los platos

Del opíparo banquete

Vendrán á este gabinete

Para firmar los contratos.

Don Pablo. Isabel...

Don Elías. No fué posible

Hacerla entrar en la fiesta.

La maldice y la detesta

Como sacrilegio horrible.

Don Pablo. ¡Pobrecilla! ¿Y don Froilan?

- Don Elías.* Muerto está de pesadumbre;
Mas, ya se ve, la costumbre...
La etiqueta, el *qué dirán*...
- Don Pablo.* Al bien y al mal se acomoda
Esa frase; ¿y qué ha de hacer
Quien por fuerza ha de escoger
Entre un duelo y una boda?
- Don Elías.* Ya, pero, entre el mundo y Dios,
Don Froilan gime... ¡y devora;
Luego apura el vaso... y llora!
Y así cumple con los dos.
- Don Pablo.* ¿Está todo preparado?
- Don Elías.* Todo como usted desea.
- Don Pablo.* Sentiré que alguien me vea.
- Don Elías.* ¿Cómo? En un cuarto escusado.
- Don Pablo.* Quisiera un instante hablar
Con Isabelita... Pero
Prepárela usted primero.
- Don Elías.* Entiendo. Voila á buscar.
Pues llevan largo el convite
Y Ramon está advertido,
Fácil será...
- Don Pablo.* Siento ruido...
- Don Elías.* Traen luces... ¡Al escondite!

(Don Pablo corre á esconderse en el cuarto del forro y cierra por dentro las vidrieras. Ramon trae luces.)

ESCENA II.

DON ELÍAS, RAMON.

- Don Elías.* ¿Ha visto alguien á don Pablo?
- Ramon.* No, señor; nadie le ha visto.
- Don Elías.* ¡Vete, y silencio!
- Ramon.* No chisto.
- Don Elías.* Se va á desatar el diablo.

ESCENA III.

DON ELÍAS.

Por hacer aquí el rufian
Dejo la opípara mesa...!

Pero servir me interesa
 Al escondido galan.
 ¿Qué no he de esperar de tí,
 Difunto que espresamente
 Resucitas complaciente
 Solo por pagarme á mí?
 ¡Y con qué rumbo! Ea, pues;
 Busquemos á Isabelita
 Y anunciemos la visita...
 ¿Mas quién se acerca...? Ella es.

ESCENA IV.

DON ELÍAS, ISABEL.

Isabel. ¿Qué hace usted tan solo aquí?
Don Elías. Señora, no es de mi gusto
 Esa infame bacanal,
 Y aquí me estoy hecho un buho
 Contemplando las flaquezas
 Y aberraciones del mundo.
Isabel. ¿Dejarán la mesa pronto?
Don Elías. No sé.
 Desde aquí descubro...

(*Mirando por la puerta de la izquierda.*)

Los postres sirven.—No acaban
 Ni en veinticinco minutos.
Isabel. ¡Qué contraste! Ellos riendo,
 Y usted vestida de luto!
 Y quizás de mi afliccion
 Se mofan.
Don Elías. ¡Atroz insulto!
 ¡Y acaso aun están calientes
 Las cenizas del difunto!
Isabel. ¡Ah!
Don Elías. Si apareciese ahora
 Entre ellos vivo y robusto
 El mismo á quien juzgan muerto,
 Como figuras de estuco
 Se quedarían.
Isabel. ¡Ay Dios!
Don Elías. ¿Y qué maravilla? Algunos

Isabel. Suelen tornar á la vida
Desde el borde del sepulcro.
No con vanas ilusiones
Aumente usted mi profundo
Dolor.

Don Elias. No quiero decir
Que Dios, aunque sea sumo
Su poder, haga un milagro,
Y se alcen á mis conjuros
Los que descansan en paz;
Pero, señor, yo pregunto,
¿Quién da fe de que haya muerto
Don Pablo? Un parte confuso...,
La declaracion verbal
De un amigo infiel, perjuro...

Isabel. Y otros ciento que en el campo
Le vieron yerto, insepulto;
Y los facciosos tambien
Le contaron en el número
De los muertos. Si él viviera
No podria estar oculto
Su destino tantos dias.

¡Nunca se verán enjutos
Mis ojos! ¡No hay esperanza!
Don Elias. Pues yo la tengo y la fundo
En razones poderosas.
Oh! ¡Cómo de esos renunciados
Se cometen en los partes!

¿No ha afirmado mas de uno
La muerte del *Serrador*,
De *Cabrera* y otros tunos,
Que han multiplicado luego
Muertes, incendios y estupros?
Bien pudo caer don Pablo
Herido en el campo y pudo
Salvarse despues... En fin,
Aunque parezca un absurdo,
Yo creo... yo tengo datos...
Ah! ¿Cuáles son?

Isabel.

Don Elias.

Isabel.

Don Elias.

Dios es justo...
¡Insensata! Cómo puedo
Esperar...

Si de su puño
Enseñase yo una carta...

Isabel. Basta, basta. Yo no sufro
Que usted se burle de mí
Tan cruelmente.

Don Elias. No me burlo.
Vive don Pablo.

Isabel. ¡O Dios mio!
¿Será posible?

Don Elias. Lo juro.

Isabel. Dónde...

Don Elias. Baje usted la voz.
Si no temiera que un susto
Repentino...

Isabel. No; mi gozo...
Venga esa carta...

Don Elias. Presumo
Que usted daría mas crédito
A un testigo... y me aventuro
A presentarlo...

Isabel. ¿A quién? Cómo...

Don Elias. Usted le conoce mucho.

Isabel. Yo... ¿Dónde está?

Don Elias. Salga usted.

(Junto á la puerta del foro, que habia entreabierto don Pablo.)

El momento es oportuno.

ESCENA V.

DON PABLO, ISABEL, DON ELÍAS.

Don Pablo. ¡Isabel!

Isabel. ¡Ah!... ¡Pablo mio!

(Al verle grita y retrocede asustada, y despues de un instante de silencio le abraza con la mayor ternura.)

¿Es posible que te ven
Mis ojos? ¡Pablo! ¿Tú vives?
Mi alma se anega en placer.
¡Dios de bondad! Si es delirio,
Muera yo dichosa en él.
Mas no; mis brazos amantes
Le están estrechando. ¡Él es!

(Avergonzada se desprende de los brazos de don Pablo, y baja los ojos.)

(¡Qué estoy diciendo, insensata!
O rubor...) Perdone usted...

Don Elías. Ya han retirado los postres

(*Observando á la puerta.*)

Y las copas de Jerez.

Don Pablo. Isabel, ese cariño
Que en el alma grabaré
Viene á endulzar la amargura
De un desengaño cruel.

Isabel. Dios sabe con qué afliccion
Tu muerte, Pablo, lloré...

Don Elías. Ya recogen la vajilla;
Ya levantan el mantel.

Don Pablo. Aunque por muerto me dieron,
De mis heridas sané.
Otra me han hecho en el alma.
Yo la curaré tambien.

Isabel. ¡Pablo!...

Don Pablo. ¡Hermana de mi vida!

Isabel. (¡Hermana!... ¡Ay de mí!)

Don Pablo. Isabel,

Tú sola sabes que vivo.
Otros lo sabrán despues.
¿Querrás por breves instantes
Guardarme el secreto fiel?

Isabel. Lo guardaré; mas qué intento...

Don Elías. Ya están tomando café.

Don Pablo. A ese contrato nupcial
Presente quiero que estés.

Isabel. ¡Tú lo exiges!

Don Pablo. Y no importa

Que les des el parabien.

Yo se lo doy desde luego;

Y ya jamas fiaré

Ni en lisonjeros amigos,

Ni en palabras de mujer.

Isabel. (¡Qué oigo!)

Don Pablo. ¡En la tumba se aprende

Mucho!

Don Elías. ¡Que ya están en pié!

Don Pablo. A Dios... Yo seré mas cauto

Por si me muero otra vez.

(*Se entra en el cuartio del foro, cerrando las vidrieras.*)

ESCENA VI.

ISABEL, DON ELÍAS.

Don Elías. ¡Confiante y centinela
De mi rival! Por usted,
Solo por usted haría
Tan subalterno papel;
¡Papel que entrará en el farrago
De deuda sin interes!

Isabel. (*Sin oírle.*)
¡No me ama! ¡Infeliz de mí!
Mas al fin no le veré
En los brazos de Jacinta.
Y si otra me roba el bien
Que el alma anhela... ¡No importa!
¡Perezca yo, y viva él!

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES, DON FRÓILAN, JACINTA, DON MATÍAS,
DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DAMAS, CABALLEROS.

(*Toman todos asiento en varios grupos. Don Matías, Jacinta con otras damas y caballeros á un lado; don Lupercio con los demas convidados á otro; don Antonio junto á don Froilan; don Elías é Isabel á un extremo.*)

Don Matías. Adentro. Sin ceremonia.

Jacinta. Tomen ustedes asiento.

Don Lupercio. ¡Oh, que está aquí don Elías!

Don Elías. Buenas noches, don Lupercio.

Don Matías. ¿Cuándo viene ese notario?
Que en verdad, ya me impaciento
Esperándole.

Jacinta. Ya poco

Puede tardar.

Don Matías. Mira: luego
Que se firmen los contratos
Conyugales, bailaremos.

Una señora. Sí, sí; un poquito de baile.

Un caballero. Y será el día completo.

Don Froilan. Esa boda se va á hacer

(*Hablan en voz baja.*)

Bajo auspicios muy funestos,
Don Antonio.

Don Antonio. Qué sé yo...

Se quieren y están contentos...

Jacinta. Por fin ya nos favorece

(*Aparte con Matías.*)

Mi hermana. ¡Pero qué gesto!

Y es un insulto el entrarse

Aquí con vestido negro.

Don Matías. Como es tan sentimental,

No me admiro...

Jacinta. Pues yo creo

Que tiene mas de envidiosa

Que de santa.

Don Matías. Y aun por eso

A falta de otro galan

Se resigna á los obsequios

Del buen don Elías.

Jacinta. Siempre

Tuvo ruines pensamientos.

Una dama. ¿Qué dote lleva la novia?

(*En voz baja.*)

Don Lupercio. No es gran cosa. Seis mil pesos.

Isabel. ¿Cuáles serán los designios

(*Aparte con don Elías.*)

De don Pablo?

Don Elías. Es un secreto,

Señorita; y como yo

De económico me precio,

Quiero ahorrar las conjeturas,

Pues al fin he de saberlo.

Don Froilan. Es un cargo de conciencia;

(*Aparte con don Antonio.*)

Sí señor; yo no debo

Autorizar...

Don Antonio. ¡Bobería!

Los que se casan son ellos,

No usted.

- Don Froilan.* ¡Casamiento horrible!
- Don Antonio.* Peor sería no hacerlo.
- Don Froilan.* ¡Don Pablo amaba á Jacinta!
- Don Antonio.* Sí señor;... pero se ha muerto.
- Don Froilan.* Don Matías fué su amigo.
- Don Antonio.* Ya; pero no es su heredero.
- Don Froilan.* ¡Yo lo soy á mi pesar!
- Don Antonio.* ¿Cómo ha de ser? Ya lo veo.
- Don Froilan.* Mis lágrimas...
- Don Antonio.* Yo tambien
Las vertería... á ese precio.
- Don Matías.* Ya está aquí el notario. ¡Viva!

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES, EL NOTARIO.

- Notario.* Buenas noches, caballeros.
- Una señora.* Ese curial incivil

(*Aparte á don Lupercio.*)

- Don Matías.* No saluda el bello sexo.
Vamos; ¿vienen ya estendidos
Los contratos?

- Notario.* Sí por cierto.
No falta mas que firmar;
Los contrayentes primero
Y los testigos despues
En sus respectivos huecos.
- Don Froilan.* Ese hombre, que para mí

(*A don Antonio bajo.*)

- Notario.* Es una especie de cuervo,
Despierta en mi corazon
Atroces remordimientos.
Si ustedes me lo permiten,
Calo las gafas y leo...
- Don Matías.* ¡No por Dios! ¿A qué cansarnos
Con ese eterno proceso?
- Notario.* No tal. Yo soy muy lacónico.

Don Matías. Tendrá veintisiete pliegos...
¡ Misericordia! ¡ Una pluma!

(Llega á la mesa y la toma.)

¿ Da usted fe de que en efecto
Me caso con la que adora
Mi corazón?

Notario. Por supuesto.

Con doña Jacinta...

Don Matías. Basta.

Firmo como en un barbecho.

(Firma.)

Don Froilan. ¡ Ah! que horror! ¿ Y sufro yo

(Tapándose los ojos.)

Tan bárbaro sacrilegio?
¿ Qué le ha dado á don Froilan?

Don Elías.

(A Isabel.)

Suspira; se pone trémulo...
Ahora la novia.

Notario.

Jacinta. *(Se acerca á la mesa.)*

Volando,
Que mi gloria cifro en esto.

Don Froilan. ¡ No puedo mas!

(Se levanta, y se acerca tambien á la mesa.)

Jacinta. ¿ Dónde?

Notario. Aquí.

Don Froilan. ¡ Deten en nombre del cielo
Esa mano temeraria!

¿ Olvidas tus juramentos?

¿ Menosprecias tu opinion?

¿ No sabes que hay un infierno
Para los perjuros? ¡ Ah!...

Don Matías. ¿ Qué dice ese majadero?

Don Froilan. ¿ Vas á casarte con otro
Cuando la sangre del muerto
Está humeando? Aun escucho
Las campanas de su entierro...

Jacinta. ¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?

Un caballero. Ese hombre ha perdido el seso.

Una dama. ¡Qué hipocresía!

(*A don Antonio.*)

Don Antonio. ¡La herencia!

Don Elías. Como soy que me divierto.

(*A Isabel.*)

Don Matías. Ea, firma, y no hagas caso

De un fastidioso agorero.

Jacinta. Sí; el corazón me lo manda...

¿Aquí?... (No sé por qué tiemblo.

¡Animo!) (*Firma.*) Ya está.

Don Froilan. ¡Gran Dios!...

¡Ella ha firmado! esto es hecho!

¡Ah! qué sería de ti,

Falsa mujer, si del centro

De la tumba aquí se alzase

Don Pablo y con voz de trueno...

Don Matías. ¡Oiga!...

(*Todos los interlocutores á escepcion de Isabel rien estrepitosamente.*)

Don Lupercio. ¡Donosa ocurrencia!

Una dama. ¡Qué visionario!

Un caballero. ¡Qué necio!

Don Antonio. Se nos viene con sandeces

Del siglo décimotercio.

Don Matías. No hablaba usted de ese modo

Dos días ha.

Don Froilan. Me arrepiento...

Don Elías. Oportuno es el sermón.

(*A Isabel.*)

Parce que está de acuerdo

Con don Pablo. ¿Mas qué aguarda,

Que no sale del encierro?

Don Froilan. Don Matías, no es la herencia

La que ha obrado este portento.

Mueve mi labio divina

Inspiracion. Yo preveo...

Don Matías. ¡Eh! Basta ya de simplezas,

Que estamos perdiendo el tiempo.

Concluyamos... ¡Los testigos!

Notario. Don Antonio Mollinedo...

Don Antonio. Servidor. Sea mil veces

(*Va á la mesa y firma.*)

En buen hora.

Notario. Don Lupercio...

Don Lupercio. Allá voy... (*Firmando.*) Y con el alma
Y la vida lo celebro.

Notario. Don Elías Ruiz...

Don Elías. (*Va y firma.*) Presente.

Sea enhorabuena, y *laus Deo.*

Notario. Hemos concluido.

Don Pablo. (*Dentro.*) No!

¡Falta un testigo!

(*Sorpresa general.*)

Don Matías. ¿Qué es eso?

Jacinta. Qué voz...

Don Froilan. Por allí ha sonado...

Don Matías. ¿Quién es el testigo?

(*Óyese una fuerte detonacion en el cuarto del foro, ábrese la puerta y aparece don Pablo cubierto de piés á cabeza con un manto blanco. Un vivo resplandor rojizo alumbrá el cuarto de donde sale.*)

Don Pablo. ¡El muerto!

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES, DON PABLO.

(*Al aparecer don Pablo retrocede Jacinta aterrada; las demas señoras chillan, y una ó dos se desmayan en brazos de los caballeros que las rodean; don Froilan se queda estático; don Elías suelta la carcajada, y hace notar á Isabel los gestos de los demas; don Matías calla, entre dudoso y amostazado; don Antonio y don Lupercio dan muestras de admiracion; y el notario se esconde detras de la mesa.*)

Jacinta. ¡Cielos!

Notario. ¡Oh!

Don Matías. ¡Don Pablo!

Don Froilan. ¡Es él!

Don Elías. ¡Lindas figuras!

Una dama. ¡Qué espanto!

Don Froilan. ¡Yo no lo dije por tanto!

Jacinta. ¡Aparta, sombra cruel!

Un caballero. Señora...

(*Abanicndo á una que está desmayada.*)

Una dama. ¡Qué horrible vista!

(*Volviendo del desmayo.*)

Un caballero. (Yo tengo mas miedo que ella.)

Don Elías. La tramoya ha estado bella.

(*Aparte á Isabel.*)

Jacinta. ¡Se ha portado el polvorista!
(¡ La imágen de mi conciencia
Veo en su rostro fatal!)

**Don Froilan.* (Si es aparicion, tal cual;
Si está vivo, ¡á Dios la herencia!)

Jacinta. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdon.

Don Matías. ¡Locura!

Jacinta. Ten compasion
De una frágil criatura.
A tus plantas...

(*Va á arrodillarse, y don Matías la detiene.*)

Don Matías. Eso no,

Por vida de san Matías!

¿Tú á sus plantas? ¡No en mis dias!

Él ha muerto, y vivo yo.

Y nos veremos las caras,

Pues ya se firmó el concierto,

Si quiere meterse el muerto

En camisa de once varas.

Ni él ha muerto; no hay tal cosa;

Que si difunto estuviera

No alzára así como quiera

La yerta y pesada losa.

Yo no le disputo á Dios

El poder de hacer milagros;

Mas los muertos están magros,
 Y este abulta como dos.
 Le quisiste vivo: es cierto;
 Y ahora á mí. — Sea en hora buena.
 Eso no vale la pena
 De resucitar á un muerto.
 ¿Si él ha muerto, qué hace aquí?
 Vuelva al panteon profundo;...
 Y si vive para el mundo,
 Muerto sea para tí.
 En fin, que viva ó que muera,
 Tuyo no ha de ser jamas.
 Veremos quién puede mas;
 Él muerto, y yo... calavera.
 No he muerto, gracias al cielo,

Don Pablo.

(Soltando el manto y dando algunos pasos.)

Ni por una infiel y un loco
 Quiero esponerme tampoco
 A dar la vida en un duelo.
 Que perdone este mal rato
 Pido á la tertulia toda,
 Pues mal sienta en una boda
 El funeral aparato;
 Pero hombre de calidad,
 Cuya muerte es tan sentida,
 Justo es que vuelva á la vida
 Con cierta solemnidad.
 Conozco que algun menguado
 En está cómica escena
 Mas me quisiera alma en pena
 Que muerto resucitado;
 Pero si alguno desea
 Ser pasto á la muerte avara,
 Yo no: ya he visto su cara
 Y me parece muy fea;
 Y puesto que debo tanto
 Al sumo Hacedor, no es justo
 Que por dar á nadie gusto
 Me vuelva yo al campo-santo.
 Mis quejas no escucharán
 Los amigos fementidos;
 No; porque á muertos y á idos...

Conocido es el refran.
 Que matan los desengaños
 Dice la gente... No á mí,
 Que como muerto los ví
 No han de abreviarme los años. —
 Nada de rencor, Matías.
 Querer á una dama hermosa
 Mas que á un fiel amigo, es cosa
 Que se ve todos los dias.
 Siempre amor en tal pelea
 Ha de triunfar : esto es cierto ;
 Y mas si el amigo ha muerto
 Y la dama pestaña.
 Yo la quise, tu la quieres...
 Tuya debe ser la bella,
 Pues yo he muerto para ella,
 Y tú por ella te mueres. —
 Ni á tí, Jacinta del alma,
 Culparé. ¿ Con qué derecho
 Pidiera yo á tu despecho
 Una tumba y una palma ?
 ¿ Se olvida al galan mas pulcro,
 Vivo, lozano, fornido,
 Y no ha de echarse en olvido
 Al que yace en el sepulcro ?
 El amor en nuestros dias
 Como el fénix se renueva,
 Que ya no hay almas á prueba
 De balas y pulmonías.
 Yo te creia mas firme ;
 Mas si otro me reemplazó,
 La culpa la tengo yo.
 ¿ Quién me mandaba morirme ?
 No haya duelo. ¿ En qué lo fundo
 Si no hay rival á mi amor ?
 Mucho aplaudo el buen humor
 Con que vuelves á este mundo.
 Pablo, la sorpresa... el gozo...
 Pero... Ya ves... He jurado...
 (Despues que ha resucitado
 Me parece mejor mozo.)
 Señoras, cese ya el susto,
 Que si lo causo viviente,
 Me moriré de repente

Don Matías.

Jacinta.

Don Pablo.

Estando sano y robusto.

¿Y el notario fugitivo

Adónde fué?

Notario.

Me escondí...

(Sacando la cabeza.)

Don Pablo.

Ea, salga usted de ahí

A dar fe de que estoy vivo.

Aquiete usted la conciencia,

Que, á fe del nombre que tengo,

Del purgatorio no vengo

A tomarle residencia.

¡Don Lupercio! ¡don Antonio!

De ustedes muy servidor.

Hasta ahora, aunque pecador,

No me ha llevado el demonio.

Don Antonio.

Yo lloraba...

Don Pablo.

Si por cierto.

Don Lupercio.

Yo...

Don Pablo.

Como hablan las paredes,
Ya sé que me han hecho ustedes
Justicia... despues de muerto.

¡No era tan feliz mi suerte

Cuando vivo!... ¿Con que soy

Un ángel ahora? Doy

Muchas gracias á la muerte.

Ruego á ustedes, pues advierto

Que me va mejor así,

Que siempre que hablen de mí

Se figuren que estoy muerto.

Don Antonio.

¡Pallas, despues que en mil puntos

(Aparte á Lupercio.)

Su elogio hicimos ayer!

Ya no se puede tener

Caidad... ni con difunto.

Don Pablo.

Don Froilan, siento en verdad

Decir á un amigo fiel

Que el consabido papel

No es mi postier voluntad

Don Froilan.

Es accion muy valadí

Que perdonarse no puede

El resucita a:rel

Para burlarse de mí.

(*Risa general.*)

Señores, nada de risas,
Que es sobrada impertinencia
Despojarme de la herencia
Y quedarse con las misas.

Don Elías.

Agorero ceji-junto,
Justo es que á Dios satisfagan
Herederos que no pagan
Los créditos del difunto.
Era insigne mala fe,
Riendo de mi abstinencia,
Comerse, amen de la herencia,
Lo que yo economicé.
No era usted quien merecía
Tanta dicha, alma de Anás,
Tartufo... No digo mas...

Don Matías.

¿Porqué?...

Don Elías.

Por economía.

Don Froilan.

Por vida...

Don Pablo.

Tenga usted calma.

Yo las misas pagaré...
A no ser que quiera usted
Que se endosen á su alma.
Lea usted ahora en desquite
Esta carta que Melchor
Me dió...

Don Froilan.

Sí; mi arrendador

(*Toma la carta, la abre, y la lee para sí.*)

Isabel.

De la hacienda de Belchite.
¡Qué será!

(*Despues de una breve pausa.*)

Don Matías.

Le tiembla el pulso...

Don Antonio.

Gime...

Don Elías.

Un color se le va
Y otro se le viene...

Don Froilan.

¡Ah!

Jacinta.

Mira al cielo...

Don Lupercio.

Está convulso...

Don Froilan.

¡Cruel, funesta noticia!

¡Desventurado de mí!
 Yo esperaba el bien ageno,
 Y pierdo el mio! Infeliz!
 ¡Me ha arruinado, me ha perdido
 La infame faccion servill!
 ¡Me ha subastado el aceite,
 Me ha saqueado el maiz,
 Me ha destruido el molino,
 Me ha secuestrado el redil!
 ¡A mí, que no me metia
 Con nadie... canalla ruin!
 Y ni he sido diputado,
 Ni prócer, ni alcalde, ni...
 Si hasta los neutrales tienen
 Su hacienda y vida en un tris.
 ¿Quién quieres, alevé principe,
 Que te doble la cerviz?
 Ya es crimen la indiferencia.
 ¡Guerra! Un ¡fusil! ¡Un fusil!
 Traidor don Carlos! la sangre
 Siento ya en mi pecho hervir.
 Yo moriré peleando
 O me vengaré de tí.

ESCENA ULTIMA.

LOS PRECEDENTES, MENOS DON FROILAN.

Jacinta. ¡Dios mio!
Isabel. ¡Pobre Froilan!...
 ¡Funesta guerra civil!
Don Pablo. Le está muy bien empleado.
 ¡El cielo castigue así
 A todo infame egoista
 Que á la patria ve gemir
 Y ni acude á sus miserias,
 Ni la defiende en la lid!
 Volviendo á lo de la boda,
 En buen hora sea mil
 Y mil veces. Yo tambien
 Me caso.
Isabel. (¡Ay!)
Jacinta: ¿De veras?
Don Pablo. Sí.

Si ustedes quieren mañana

A mi contrato asistir...

Isabel. (¡Mañana!...)

Las damas. Quién...

(A Jacinta, mostrando todas mucha curiosidad.)

Don Antonio. Quién será...

(A los caballeros, que forman tambien corrillo.)

Don Matías. ¿Quién es la novia feliz?
Díme...

Don Pablo. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
De este mundo.

Don Matías. Alguna momia...

Don Pablo. No. Fresca como el abril.
¡Flor de mi tumba! ¿porqué
Tan tarde te conocí?

Isabel. (Me mira... ¡Ah! Como palpita
Mi corazón!)

Don Antonio. Pero en fin...

Jacinta. (Será Isabel...)

Una señora. ¿No sabremos?...

Don Pablo. Aunque á su gracia gentil
Sabe hermanar la modestia,
Su nombre puedo decir,
Que pues la ofrezco mi mano,
No la alejará de sí

(Isabel no puede reprimir su agitacion.)

La señora. Quien ya me dió el corazón.
Hacia aquí mira. ¿Advertis?

(Aparte á las otras.)

Don Pablo. ¡Ah! Sí. Ya anuncia mi dicha
En su labio de carmin
La sonrisa del amor.

La señora. (¡Yo soy! Me ve sonreír...)

Don Pablo. Y esa mirada... ¡Isabel!

(Acercándose á ella, y presentándole la mano.)

Isabel. ¡Pablo mio!

(Tomando la mano de don Pablo, y reclinando la cabeza en el pecho del mismo como para ocultar el exceso de su gozo.)

Là señora. (¡No era á mí!)

(Con un suspiro y abanicándose.)

D. Antonio, D. Lupercio, Damas, Caballeros. ¡Isabel!

Don Matías. ¡Era tu hermana!

(A Jacinta.)

Don Elias. (¡Ya llegó mi San Martin!)

Don Matías. ¿No dijiste que tu esposa
No era de este mundo?

Don Pablo. Sí.

Mujer de un alma tan pura
Cuya virtud sin igual
Compite con su hermosura,
Es un ser angelical;
No es humana criatura...
Mujer de tanta virtud,
Mujer de amor tan profundo
Que en su tierna juventud
Se inmolaba... ¡á un ataúd!...
No pertenece á este mundo.
Yo, que su ventura anhelo,
Ya no me juzgo habitante
De este miserable suelo;
Que Isabel me mira amante
Y sus brazos son... ¡el cielo!

Isabel. Yo que te lloré en la losa;
Yo, que con verte, no mas,
Me tenia por dichosa,
¿Qué haré ahora que me das
El dulce nombre de esposa?

Don Pablo. ¡Cuán de veras lo mereces!
Dichosa muerte mil veces!
Muérote y verás, Matías...

Don Matías. ¡Lindo regalo me ofreces!

Don Pablo. ¿Qué dice usted, don Elias?

Don Elias. Que el mundo es un entremes,
Don Pablo.

Don Matías. Es cierto.

Don Lupercio. Así es.

- Don Antonio.* Para aprender á vivir...
Don Elías. No hay cosa como morir...
Don Pablo. Y resucitar despues.

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Nació este ilustre literato en Madrid el 6 de setiembre de 1806. Hizo sus estudios en San Isidro el Real, donde cursó el latin y los dos primeros años de filosofía. En 1835 entró en la redaccion de la *Gaceta* como taquígrafo temporero. Mas tarde fué nombrado oficial de la *Biblioteca nacional*, habiendo ascendido por rigurosa antigüedad á la plaza de bibliotecario primero, cargo que desempeña actualmente con la inteligencia y laboriosidad que le caracterizan.

Las obras dramáticas del señor Hartzenbusch que mas han contribuido para elevarle á la alta gerarquía que hoy ocupa en la república de las letras, son : *Los Amantes de Teruel*, *Doña Mencía*, *La Jura en Santa Gadea*, *La Madre de Pelayo*, *Don Alfonso el Casto*, *La Ley de raza*, *Un sí y un nó*, *La Archiduquesita*, *Vida por honra*, y sus dos comedias de mágia *Los Polvos de la madre Celestina* y *La Redoma Encantada*.

El señor Hartzenbusch ha coleccionado para la *Biblioteca de Autores Españoles*, que hace años está publicando en Madrid el distinguido editor don Manuel Rivadeneyra, las obras dramáticas de *Lope de Vega*, *Calderon*, *Tirso de Molina* y *Alarcon*, las cuales forman nueve tomos de aquel importantísimo monumento literario. Este trabajo del señor Hartzenbusch es muy notable, no solo per el gran número de piezas que ha sacado del oscuro rincón de un archivo ó de una biblioteca, en donde yacian cubiertas de polvo, sino tambien por las interesantes noticias biográficas, críticas y literarias que nos ha dado acerca de aquellos inmortales ingenios y de sus admirables comedias.

El señor Hartzenbusch ha publicado ademas varias poesias líricas de indisputable mérito, una coleccion de fábulas y un sin número de artículos y juicios críticos en los principales periódicos de España.

Hace años que el autor de *LOS AMANTES DE TERUEL* ocupa un asiento en la *Real Academia Española*, en donde ha pronunciado algunos discursos que pasarán de seguro á la posteridad. — El señor Hartzenbusch es caballero de las órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica. El drama que leeran nuestros lectores á continuacion, tiene, hace yá muchos años, una reputacion europea.

LOS AMANTES DE TERUEL

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS. — JUAN DIEGO MARTINEZ GARCÉS DE MARCILLA Ó MARSILLA. — ISABEL DE SEGURA. — DOÑA MARGARITA. — ZULIMA. — DON RODRIGO DE AZAGRA. — DON PEDRO DE SEGURA. — DON MARTIN GARCÉS DE MARSILLA. — TERESA. — ADEL. — OSMIN. — SOLDADOS MOROS. — CAUTIVOS. — DAMAS. — CABALLEROS. — PAJES. — CRIADOS. — CRIADAS.

*El primer acto pasa en Valencia, y los demas en Teruel.
Año de 1217.*

ACTO PRIMERO.

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; á la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas á los lados.

ESCENA PRIMERA.

ZULIMA, ADEL, JUAN DIEGO MARSILLA,

(Adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre.)

Zulima. No vuelve en sí.
 Adel. Todavía
 Tardará mucho en volver.
 Zulima. Fuerte el narcótico ha sido.
 Adel. Poco há se lo administré. —
 Dignate de oír, señora,
 La voz de un súbdito fiel,
 Que orillas de un precipicio
 Te ve colocar el pié.
 Zulima. Si disuadirme pretendes,
 No te fatigues, Adel.
 Partir de Valencia quiero,
 Y hoy, hoy mismo partiré.
 Adel. ¿Con ese cautivo?
 Zulima. Tú
 Me has de acompañar con él.

Adel. ¡ Así al esposo abandonas ?
Un Amir, señora, un Rey !

Zulima. Ese Rey, al ser mi esposo,
Me prometió no tener
Otra consorte que yo.
¿ Lo ha cumplido ? Ya lo ves.

A traerme una rival
Marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva sultana
Mi puesto le dejaré.

Adel. Considera...

Zulima. Está resuelto.

El renegado Zaen,
El que aterra la comarca
De Albarracin y Teruel,
Llamado por mí ha venido,
Y tiene ya en su poder
Casi todo lo que yo
De mis padres heredé,
Que es demas para vivir
Con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
Á poco de anochecer.

Adel. ¿ Y ese cautivo, señora,
Te ama ? ¿ Sabes tú quién es ?

Zulima. Es noble, es valiente, en una
Mazmorra iba á perecer
De enfermedad y de pena,
De frio, de hambre y de sed :
Yo le doy la libertad,
Riquezas, mi mano : ¿ quién
Rehusa estos dones ? ¡ Oh !
Si ofendiera mi altivez
Con una repulsa, caro
Le costara su desden
Conmigo. Tiempo hace ya
Que este acero emponzoñé,
Furiosa contra mi aleve
Consorte Zeit Abenzeit :
Quien es capaz de vengarse
En el príncipe, también
Escarmentara al esclavo,
Como fuera menester.

Adel. ¿ Qué habrá escrito en ese lienzo

Con su sangre? Yo no sé
 Leer en su idioma; pero
 Puedo llamar á cualquier
 -Cautivo...

Zulima. Él nos lo dirá,

Yo se lo preguntaré.

Adel. ¿No fuera mejor hablarle
 Yo primero, tú despues?

Zulima. Le voy á ocultar mi nombre :
 Ser Zoraida fingiré,
 Hija de Mervan.

Adel. Mervan!

¿Sabes que ese hombre sin ley
 Conspira contra el Amir?

Zulima. A él le toca defender
 Su trono, en vez de ocuparse,
 Contra la jurada fe,
 En devaneos que un dia
 Lugar á su ruina den.
 Mas Ramiro no recobra
 Los sentidos : buscaré
 Un espíritu á propósito... (Váse.)

ESCENA II.

OSMIN (*por una puerta lateral*), ADEL, MARSILLA.

Osmín. ¿Se fué Zulima?

Adel. Se fué.

Tú nos habrás acechado.

Osmín. He cumplido mi deber.
 Al ausentarse el Amir,
 Con este encargo quedé.
 Es mas cauto nuestro dueño
 Que esa liviana mujer.—
 El lienzo escrito con sangre,
 ¿Dónde está?

Adel. Allí.

(*Señalando la cama.*)

Osmín. Venga.

Adel. Ten.

(*Le da el lienzo y Osmín lee.*)

Mira si es que dice, ya

Que tú lo sabes leer,
 Dónde lo pudo escribir;
 Porque en el encierro aquel
 Apenas penetra nunca
 Rayo de luz : verdad es
 Que rotas esta mañana
 Puerta y cadenas hallé :
 Debió, despues de romperlas,
 El subterráneo correr,
 Y hallando el lienzo...

(*Asombrado de lo que ha leído.*)

Osmín.

Es posible!

Adel.

¿Qué cosa?

Osmín.

¡Oh, vasallo infiel!

Avisar al Rey es fuerza,
 Y al pérfido sorprender.

Adel.

¿Es este el pérfido?

(*Señalando á Marsilla.*)

Osmín.

No;

Ese noble aragonés
 Hoy el salvador será
 De Valencia y de su Rey.
 Zulima viene.

Adel.

Osmín.

Silencio

Con ella, y al punto ve
 Á buscarme. (*Váse.*)

Adel.

Norabuena.

Así me harás la merced
 De explicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA, ADEL, MARSILLA.

Zulima.

Déjame sola.

Adel.

Está bien. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

Zulima.

Su pecho empieza á latir
 Mas fuerte; así que perciba...

(*Aplicale un pomito á la nariz.*)

Marsilla.
Zulima.

¡Ah!
Volvió.

Marsilla.

(*Incorporándose.*)

¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.

Zulima.

(*Corriendo las cortinas de la ventana.*)

Marsilla.

De aquella horrible mansion
Está á las tinieblas hecho.
No es esto piedra, es un lecho.

Zulima.

¿Qué ha sido de mi prision?
Mira este albergue despacio,
Y abre el corazon al gozo.

Marsilla.

¡Señora!...

(*Reparando en ella.*)

Zulima.

Tu calabozo
Se ha convertido en palacio.

Marsilla.

Dí (porque yo no me esplico
Milagro tal), dí, qué es esto?

Zulima.

Que eras esclavo, y que presto
Vas á verte libre y rico.

Marsilla.

¡Libre! Oh divina clemencia!
Y ¿ á quién debo tal favor?

Zulima.

¿Quién puede hacerle mejor
Que la Reina de Valencia?
Zulima te proporciona
La sorpresa que te embarga
Dulcemente : ella me encarga
Que cuide de tu persona :
Y desde hoy ningun afan
Permitiré que te asija.

Marsilla.

¿Eres?...

Zulima.

Dama suya, hija
Del valeroso Mervan.

Marsilla.

¿De Mervan? (Ah! qué recuerdo!)

(*Busca y recoge el lienzo.*)

Zulima.

¿Qué buscas tan azorado?

¿Ese lienzo ensangrentado?

Marsilla. (Si esta lo sabe, me pierdo.)

Zulima. ¿Qué has escrito en él?

Marsilla. No va

Esto dirigido á tí;

Es para el Rey.

Zulima. No está aquí.

Marsilla. Para la Reina será.

Haz pues que á mi bienhechora

Vea : por Dios te lo ruego.

Zulima. Conocerás aquí luego

A la Reina tu señora.

Marsilla. ¡Oh!...

Zulima. No estés con inquietud.

Olvida todo pesar :

Trata solo de cobrar

El sosiego y la salud.

Marsilla. Defienda pródigo el cielo

Y premie con altos dones

Los piadosos corazones

Que dan al triste consuelo.

Tendrá Zulima, tendrás

Tú siempre un cautivo en mí :

Hermoso es el bien por sí,

Pero en una hermosa, mas.

Ayer, hoy mismo, ¿cuál era

Mi suerte? Sumido en honda

Cárcel, estrecha y hedionda,

Sin luz, sin aire siquiera;

Envuelto en infecta nube

Que húmedo engendra el terreno,

Paja corrompida, cieno

Y piedras por cama tuve.

— Hoy... si no es esto soñar,

Torno á la luz, á la vida,

Y espero ver la florida

Márgen del Guadalaviar,

Allí donde alza Teruel,

Señoreando la altura,

Sus torres de piedra oscura

Que están mirándose en él.

No es lo mas que me redima

La noble princesa mora :

El bien que me hace, lo ignora

Zulima.

Aun la propia Zulima.
 Ella siempre algún misterio
 Supuso en tí, y así espera
 Que me des noticia entera
 De tu vida y cautiverio.
 Una vez que en tu retiro
 Las dos ocultas entramos,
 Te oímos... y sospechamos
 Que no es tu nombre Ramiro.

Marsilla.

Mi nombre es Diego Marsilla,
 Y cuna Teruel me dió,
 Pueblo que ayer se fundó
 Y es hoy poderosa villa,
 Cuyos muros, entre horrores
 De lid atroz levantados,
 Fueron con sangre amasados
 De sus fuertes pobladores.
 Yo creo que al darme ser
 Quiso formar el Señor,
 Modelos de puro amor,
 Un hombre y una mujer,
 Y para hacer la igualdad
 De sus afectos cumplida,
 Les dió un alma en dos partida,
 Y dijo : Vivid y amad.
 Al son de la voz creadora
 Isabel y yo existimos,
 Y ambos los ojos abrimos
 En un día y una hora.
 Desde los años mas tiernos
 Fuimos ya finos amantes ;
 Desde que no vimos... ántes
 Nos amábamos de vernos ;
 Porque el amor principió
 Á enardecer nuestras almas
 Al contacto de las palmas
 De Dios cuando nos crió ;
 Y así fué nuestro querer,
 Prodigioso en niña y niño,
 Encarnacion del cariño
 Anticipado al nacer,
 Seguir Isabel y yo,
 Al triste mundo arribando,
 Seguir con el cuerpo amando

- Como el espíritu amó.
Zulima. Inclination tan igual
Solo dichas pronostica.
- Marsilla.* Soy pobre, Isabel es rica.
Zulima. (Respiro.)
Marsilla. Tuve un rival.
- Zu'ima.* ¿Sí?
Marsilla. Y opulento.
Zulima. Y bien...
Marsilla. Hizo
- Alarde de su riqueza...
Zulima. ¿Y qué? ¿rindió la firmeza
De Isabel?
- Marsilla.* Es poco hechizo
El oro para quien ama.
Su padre, sí, deslumbrado...
Zulima. ¿Tu amor dejó desairado,
Privándote de tu dama?
- Marsilla.* Le ví, mi pasion habló
Su fuerza exhalando toda,
Y, suspendida la boda,
Un plazo se me otorgó,
Para que mi esfuerzo activo
Juntara un caudal honrado.
- Zulima.* ¿Es ya el término pasado?
Marsilla. Señora, ya ves... aun vivo.
Seis años y una semana
Me dieron : los años ya
Se cumplen hoy ; cumplirá
El primer dia mañana.
Zulima. Sigue.
Marsilla. Un adios á la hermosa
- Dí, que es de mis ojos luz,
Y combatí por la cruz
En las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
Crédito allí de guerrero ;
Luego, en Francia, prisionero
Caí del Conde Monforte.
Huí, y en Siria un frances
Albigense, refugiado,
Á quien habia salvado
La vida junto á Besiés,
Me dejó, al morir, su herencia :

Volviendo con fama y oro
 Á España, pirata moro
 Me apresó y traje á Valencia.
 Y en pena de que rompió
 De mis cadenas el hierro
 Mi mano, profundo encierro
 En vida me sepultó,
 Donde mi extraño custodio
 Sin dejarse ver ni oír,
 Me prolongaba el vivir,
 Ó por piedad ó por odio.
 De aquel horrendo lugar
 Me sacais : bella mujer,
 Sentir sé y agradecer :
 Dí cómo podré pagar.

Zulima.

No borres de tu memoria
 Tan debido ofrecimiento,
 Y haz por escuchar atento
 Cierta peregrina historia.
 Un jóven aragonés
 Vino cautivo al serrallo :
 Sus prendas y nombre callo,
 Tú conocerás quién es.
 Toda mujer se lastima
 De ver padecer sonrojos
 Á un noble : puso los ojos
 En el esclavo Zulima,
 Y férvido amor en breve
 Nació de la compasion :
 Aquí es brasa el corazon ;
 Allá entre vosotros, nieve.
 Quiso-aquel jóven huir ;
 Fué desgraciado en su empeño :
 Le prenden, y por su dueño
 Es condenado á morir.
 Pero en favor del cristiano
 Velaba Zulima : ciega,
 Loca, le salva ; — mas, llega
 Á brindarle con su mano.
 Respuesta es bien se le dé
 En trance tan decisivo :
 Habla tú por el cautivo ;
 Yo por la Reina hablaré.
 Ni en desgracia ni en ventura

Marsilla.

- Cupo en mi lenguaje dolo.
 Este corazon es sólo
 Para Isabel de Segura.
- Zulima.* Medita, y concederás
 Al tiempo lo que reclama.
 ¿Sabes tú si es fiel tu dama?
 ¿Sabes tú si la verás?
- Marsilla.* Me matara mi dolor,
 Si fuera Isabel perjura:
 Mi constancia me asegura
 La firmeza de su amor.
 Con espíritu gallardo,
 Si quereis, daré mi vida:
 Dada el alma y recibida,
 Fiel al dueño se la guardo.
- Zulima.* Mira que es poco prudente
 Burlar á tu soberana,
 Que tiene sangre africana,
 Y ama y odia fácilmente.
 Y si ella sabe que cuando
 Yo su corazon te ofrezco,
 Por ella el dolor padezco
 De ver que le estás pisando,
 Volverás á tus cadenas
 Y á tu negro calabozo,
 Y allí yo, con alborozo
 Que mas encone tus penas,
 La nueva te llevaré
 De ser Isabel esposa.
- Marsilla.* Y en prision tan horrorosa
 ¿Cuántos dias viviré?
- Zulima.* ¡Rayo del cielo! el traidor
 Quanto fabrico derrumba:
 Defendido con la tumba,
 Se rie de mi furor.
 Trocarás la risa en llanto.
 Cautiva de-de Teruel
 Me han de traer á Isabel...
- Marsilla.* ¿Quién eres tú para tanto?
- Zulima.* Tiembla de mí!
- Marsilla.* Furia vana.
- Zulima.* ¡Insensato! La que ves,
 No es hija de Mervan, es
 Zulima.

Marsilla. ¡Tú la Sultana!
 Zulima. La Reina.
 Marsilla. Toma, con eso

(*Dándole el lienzo ensangrentado.*)

Correspondo á tu aficion :
 Entrega sin dilacion
 A hombre de valor y seso
 El escrito que te doy.
 Sálvete su diligencia.
 ¡Cómo! ¿Qué riesgo?...

Zulima. A Valencia
 Marsilla.

Tu esposo ha de llegar hoy ;
 Y en llegando, tú y él y otros
 Al sedicioso puñal
 Pereceis.

Zulima. ¿Qué desleal
 Conspira contra nosotros?

Marsilla. Mervan, tu padre supuesto.
 Si tu cólera no estalla,
 Mi labio el secreto calla,
 Y el fin os llega funesto.

Zulima. ¿Cómo tal conjuracion
 A tí?...

Marsilla. Frenético ayer,
 La puerta pude romper
 De mi encierro : la prision
 Recorro, oigo hablar, atiendo...
 —Junta de alevos impía
 Era, Mervan presidia.—
 Allí supe que volviendo
 A este alcázar el Amir,
 Trataban de asesinarle.
 Resuélvome á no dejarle
 Pérfidamente morir,
 Y con roja tinta humana
 Y un pincel de mi cabello
 La trama en un lienzo sello,
 Y el modo de hacerla vana.
 Poner al siguiente dia
 Pensaba el útil aviso
 En la cesta que el preciso
 Sustento me conducia.

Vencióme tenaz modorra,
 Mas fuerte que mi cuidado :
 Desperté maravillado,
 Fuera ya de la mazmorra.
 Junta pues tu guardia, pon
 Aquí un acero, y que venga
 Con todo el poder que tenga
 Contra tí la rebelion.

Zulima.

Dé á la rebelion castigo
 Quien tema por su poder ;
 No yo, que al anochecer
 Huir pensaba contigo.
 Poca gente, pero brava,
 Que al marchar nos protegiera,
 Sumisa mi voz espera
 Escondida en la alcazaba.
 Con ellos entre el rebato
 Del tumulto, partiré ;
 Con ellos negociaré
 Que me venguen de un ingrato.
 Teme la cuchilla airada
 De Zaen el bandolero ;
 Tiembla mas que de su acero,
 De esta daga envenenada.
 ¡ Ay del que mi amor trocó
 En frenesí rencoroso !
 ¡ Nunca espere ser dichoso
 Quien de celos me mató !

Marsilla.

¡ Zulima !... ¡ Señora !...

(Váse Zulima por la puerta del fondo y cierra por dentro.)

ESCENA V.

OSMIN, MARSILLA.

osmin.

Baste

De plática sin provecho.
 Al Rey un favor has hecho :
 Acaba lo que empezaste.

Marsilla.

¡ Cómo ! ¿ tú ?

Osmin.

El lienzo he leído
 Que al Rey dirigiste : allí

Le ofreces tu brazo.

- Marsilla.* Sí,
Armas y riesgo le pido.
- Osmin.* Pues bien, dos tropas formadas
Con los cautivos están :
Serás el un capitán,
El otro Jaime Celladas.
- Marsilla.* ¡ Jaime está aquí ! Es mi paisano,
Es mi amigo.
- Osmin.* Si hay combate,
Así tendrá su rescate
Cada cautivo en la mano.
Con ardimiento lidiad.
- Marsilla.* ¿ Quién, de libertad sediento,
No lidia con ardimiento
Al grito de libertad ?
- Osmin.* Cuanto á Zulima...
- Marsilla.* También
Libre ha de ser.
- Osmin.* No debiera ;
Pero llévesela fuera
De nuestro reino Zaen.

ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS, MARSILLA, OSMIN.

- Adel.* Osmin, á palacio van
Turbas llegando en tumulto,
Y Zaen que estaba oculto,
Sale aclamando á Mervan.
Zulima nos ha vendido.
- Osmin.* Ya no hay perdón que le alcance.
- Marsilla.* Después de correr el lance,
Se dispondrá del vencido.
Cuando rueda la corona
Entre la sangre y el fuego,
Primero se triunfa, luego...
Se castiga.
- Osmin.* Se perdona.
- Marsilla.* Muera el tirano !
- Voc. dent.* ¡ Mi espada !
- Marsilla.* ¡ Mi puesto !

Osmin.

Ven, ven á él.
Guarda el torreón, Adel.

Adel.

(*Dásele á Marsilla.*)

Ten tu acero.

Marsilla.

¡Arma ánhelada!
¡Mi diestra te empuña ya!
Ella al triunfo te encamina.
Rayo fué de Palestina,
Rayo en Valencia será.

ACTO SEGUNDO.

Teruel. — Sala en casa de don Pedro Segura.

ESCEÑA PRIMERA.

DON PEDRO, *entrando en su casa*; MARGARITA, ISABEL
y TERESA, *saliendo á recibirle.*

Margarita.

(*Arrodillándose.*)

¡Esposo!

Isabel.

(*Arrodillándose.*)

¡Padre!

Teresa.

¡Señor!

Don Pedro.

¡Hija! ¡Margarita! Alzad.

Isabel.

Dadme á besar vuestra mano.

Margarita.

Déjame el suelo besar
Que pisas.

Teresa.

(*A Margarita.*)

Vaya, señora,
Ya es vicio tanta humildad.
Don Pedro. Pedazos del corazón,
No es ese vuestro lugar.
Abrazadme.

(*Levanta y abraza á las dos.*)

Teresa.

Así me gusta.
Y á mi luego.

Don Pedro. Ven acá,

Fiel Teresa.

Teresa. Fiel y franca,

Tengo en ello vanidad.

Don Pedro. Ya he vuelto por fin.

Margarita. Dios quiso

Mis plegarias escuchar.

Don Pedro. Gustoso á Monzon partí,

Comisionado especial

Para ofrecèr á don Jaime

Las tropas que alistarà

Nuestra villa de Teruel

En defensa de la paz,

Que don Sancho y don Fernando

Nos quieren arrebatar :

Fué don Rodrigo de Azagra,

Obsequioso y liberal,

Acompañándome al ir,

Y me acompaña al tornar;

Mas yo me acordaba siempre

De vosotras con afan.

Triste se quedó Isabel;

Mas triste la encuentro.

Teresa. Ya.

Margarita. ¡Teresa!

Isabel. ¡Padre!

Don Pedro. Hija mia,

Díme con sinceridad

Lo que ha pasado en mi ausencia.

Poco tiene que contar.

Teresa. ¡Teresa!

Margarita. Digo bien. ¿Es

Teresa. Por ventura novedad

Que Isabel suspire, y vos

(A Margarita.)

Receis, y ayuneis á pan

Y agua, y os andeis curando

Enfermos por caridad?

Es la vida que traeis,

Lo menos, quince años há...

Basta.

Margarita. Y hace seis cumplidos

Teresa.

Que no se ha visto asomar
En los labios de Isabel
Ni una sonrisa fugaz.

Isabel.

(¡Ay, mi bien!)

Teresa.

En fin, señor,

Del pobrecillo don Juan
Diego de Marsilla, nada
Se sabe.

Margarita.

Si no callais,
Venid conmigo.

Teresa.

Ir con vos
Fácil es; pero callar...

*(Vánse Margarita y Teresa. Don Pedro se quita la espada
y la pone sobre un bufete.)*

ESCENA II.

DON PEDRO, ISABEL.

Don Pedro.

Mucho me aflige, Isabel,
Tu pesadumbre tenaz;
Pero, por desgracia, yo
No la puedo remediar.
Esclavo de su palabra
Es el varon principal;
Tenga empeñada la mía,
La debo desempeñar.
En el honor de tu padre
No se vió mancha jamás:
Juventud honrada pide
Mas honrada ancianidad.
No pretendo yo...

Isabel.

Don Pedro.

Por otra
Parte, parece que están
De Dios ciertas cosas. Oyo
Un lance bien singular,
Y dí si no tiene traza
De caso providencial.

Isabel.

Don Pedro.

A ver.
En Teruel vivió
(No sé si te acordarás)

Un tal Roger de Lizana,
Caballero catalán.

Isabel.

¿El templario?

Don Pedro.

Si. Roger
Paraba en Monzon. Allá
Es voz que penas y culpas
De su libre mocedad
Trajéronle una dolencia
De espíritu y corporal,
Que vino á dejarle casi
Mudo, imbécil, incapaz.
Pacífico en su idiotez,
Permitíanle vagar
Libre por el pueblo. Un día,
Sobre una dificultad
En mi encargo y sobre cómo
Se debiera de allanar,
Don Rodrigo y yo soltamos
Palabras de enemistad.
Marchóse enojado, y yo
Esclamé al verle marchar :
¿Ha de ser éste hombre dueño
De lo que yo quiero mas?
Si la muerte puede sola
Mi palabra desatar,
Lléveme el Señor, y quede
Isabel en libertad.

Isabel.

Don Pedro.

¡Oh padre!
En esto, un empuje
Tremendo á la puerta dan,
Se abre, y con puñal en mano
Entra...

Isabel.

Virgen del Pilar!

Don Pedro.

¿Quién?

Roger. Llégase á mi,
Y en voz pronunciada mal,
Uno (dijo) de los dos
La vida aquí dejará.
Y qué hicisteis?

Isabel.

Don Pedro.

Yo, pensando
Que bien pudiera quizás
Mi muerte impedir alguna
Mayor infelicidad,
Crucé los brazos, y quieto

Esperé el golpe mortal.
Isabel. ¡Cielos! ¿Y Roger?

Don Pedro. Roger,

Parado al ver mi ademan,
 En lugar de acometerme
 Se fué retirando atras,
 Mirándome de hito en hito,
 Llena de terror la faz.
 Asió con entrambas manos
 El arma por la mitad,
 Y señas distintas hizo
 De querérmela entregar.
 Yo no le atendí, guardando
 Completa inmovilidad
 Como ántes; y él, con los ojos
 Fijos, y sin menear
 Los párpados, balbuciente
 Dijo: Matadme, salvad
 En el hueco de mi tumba
 Mi secreto criminal.

Isabel. ¡Su secreto!

Don Pedro. En fin, de estarse

Tanto sin pestañear,
 Él, cuyos sentidos eran
 La suma debilidad,
 Se trastornó, cayó; dió
 La guarnicion del puñal
 En tierra, le fué la punta
 Al corazon á parar
 Al infeliz, y á mis plantas
 Rindió el aliento vital.
 Huí con espanto: Azagra,
 Viniéndose á disculpar
 Conmigo, me halló; le dije
 Que no pisaba el umbral
 De aquella casa en mi vida;
 Y él, pródigo y eficaz,
 Avisó al Rey y mandó
 El cadáver sepultar.—
 Ya ves, hija: por no ir
 Yo contra tu voluntad,
 Por no cumplir mi palabra,
 Quise dejarme matar,
 Y Dios me guardó la vida:

Su decreto celestial
 Es sin duda que esa boda
 Se haga por fin...—y se hará,
 Si en tres dias no parece
 Tu preferido galan.
 (Ay de él y de mí!)

Isabel.

ESCENA III.

TERESA, DON PEDRO, ISABEL.

Teresa.

Señor,

Acaba de preguntar
 Por vos don Martin, el padre
 De don Diego.

Isabel.

(¿Si sabrá?...)

Teresa.

Como es enemigo vuestro,
 Le he dejado en el zaguan.

Don Pedro.

A enemigo noble se abren
 Las puertas de par en par.
 Que llegue. Ve con tu madre.

(*Váse Teresa.*)

Isabel.

(Ella á sus piés me verá
 Llorando hasta que consiga
 Vencer su severidad.)

(*Váse.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO.

Desafiados quedamos
 Al tiempo de cabalgar
 Yo para Monzon : el duelo
 Llevar á cabo querrá.
 Bien.— Pero él ha padecido
 Una larga enfermedad.

Si no tiene el brazo firme,
 Conmigo no lidiará.

ESCENA V.

DON MARTIN, DON PEDRO.

Don Martin. Don Pedro Segura, seais bien venido.
Don Pedro. Y vos, don Martín Garcés de Marsilla,
 Seais bien hallado : tomad una silla.

(*Siéntase don Martin mientras don Pedro va á tomar su espada.*)

Don Martin. Dejad vuestra espada.

Don Pedro. (*Sentándose.*)

Con pena l o

Don Martin. La grave dolencia que habeis padecido
 Al fin me repuse del todo.

Don Pedro. No sé...

Don Martin. Domingo Celladas...

Don Pedro. Fuerte hombre es, á fé!

Don Martin. Pues aun á la barra le gano el partido.

Don Pedro. Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
 Al duelo aplazado seguro lugar.

Don Martin. Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

Don Pedro. Hablad en buen hora : ya escucho. Decid.

Don Martin. Causó nuestra riña...

Don Pedro. La causa omitid :
 Sabémosla entrambos. Por vos se me dijo
 Que soy un avaro, y os privo de un hijo.
 De honor es la ofensa, precisa la lid.

Don Martin. ¿Teneisme por hombre de aliento?

Don Pedro. Si tal.

Don Martin. Si no lo creyera, con vos no lidiara.

Don Pedro. Jamas al peligro le vuelvo la cara.

Don Martin. Sí, nuestro combate puede ser igual.

Don Pedro. Será por lo mismo...

Don Martin. Sangriento, mortal.

Ha de perecer uno de los dos.

Don Martin. Oid un suceso feliz para vos...

Feliz para entrambos.

Don Pedro.

Decídmelo. ¿Cuál?

Don Martin.

Tres meses hará que en lecho de duelo
 Me puso la mano que todo lo guía.
 Del riesgo asustada la familia mia,
 Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
 Con tino infalible, con pródigo celo
 Salud en la villa benéfica vierte,
 Y enfermó en que airada se ceba la muerte,
 Le salva su mano, bendita del cielo
 Con vos irritado, no quise atender
 Al dulce consejo de amante inquietud.
 No cobre (decía) jamás la salud,
 Si mano enemiga la debe traer.
 Mayor mi tesón á mas padecer,
 La muerte en mi alcoba plantó su bandera.
 Por fin una noche... ¡Qué noche tan fiera!
 Blasfemo el dolor haciame ser;
 Pedía una daga con furia tenaz,
 Rasgar anhelando con ella mi pecho...
 En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
 Llegó un peregrino, cubierta la faz.
 Ángel parecía de salud y paz...
 Me habla, me consuela; benigno licor
 Al labio me pone; me alivia el dolor,
 Y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
 La noche que tuve su postrer visita,
 Ya restablecido, sus pasos seguí.
 Cruzó varias calles, viniendo hácia aquí,
 Y entró en esa ruina de gótica ermita,
 Que á vuestros jardines términos limita.
 Detúvele entonces: el velo cayó,
 Radiante la luna su rostro alumbró...
 Era vuestra esposa.

Don Pedro.

¡Era Margarita!

Don Martin.

Confuso un momento, cobréme despues,
 Y vióme postrado la noble señora.
 —Con tal beneficio, no cabe que ahora
 Provoque mi mano sangriento reves.
 Don Pedro Segura, decid á quien es
 Deudor este padre de verse con vida,
 Que está la contienda por mí fenecida.
 Tomad este acero, ponedle á sus piés.

(*Da su espada á don Pedro, que la coloca en el buf*

- Don Pedro.* ¡Feliz yo, que logro el duelo escusar
 Con vos, por motivo que es tan lisonjero!
 Si pronto me hallásteis, por ser caballero,
 Cuidado me daba el ir á lidiar.
 Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
 Con susto la vida que lleva, dichosa?
 Ella me será desde hoy mas preciosa,
 Si ya vuestro amigo quereisme llamar.
- Don Martin.* Amigos seremos.

(*Dánse las manos.*)

- Don Pedro.* Siempre.
- Don Martin.* Siempre, sí.
- Don Pedro.* Y al cabo, qué nuevas teneis de don Diego?
 En hora menguada, vencido del ruego
 De Azagra, la triste palabra le dí.
 Si ántes vuestro hijo se dirige á mí,
 ¡Cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
 No lo quiso Dios.
- Don Martin.* Yo su nombre santo
 Bendigo; mas lloro por lo que perdí.
- Don Pedro.* Pero ¿qué?...
- Don Martin.* Despues de la de Maurel,
 Dónde cayó en manos del Conde Simon,
 De nadie consigo señal ni razon,
 Por mas que anhelante pregunto por él.
 Cada dia al cielo con súplica fiel
 Pido que me diga qué punto en la tierra
 Sostjénele vivo, ó muerto le encierra:
 Mundo y cielo guardan silencio cruel.
- Don Pedro.* El plazo otorgado dura todavía.
 Un hora, un instante le basta al Eterno:
 Y mucho me holgara si fuera mi yerno
 Quien á mi Isabel tan fino queria.
 Pero si no viene, y cúmplese el dia,
 Y llega a hora... por mas que me pesa,
 Me tiene sujeto sagrada promesa:
 Si fuera posible, no la cumpliria.
- Don Martin.* Diligencia escasa, fortuna severa
 Parece que en suerte á mi sangre cupo:
 Quien á la desgracia sujetar no supo,
 Sufrido se muestre cuando ella le hiera.
 A Dios.

Don Pedro. No han de véros de aquesa manera.
Yo quiero esta espada; la mía tomad

(*Dásela.*)

Don Martin. En prenda segura de fiel amistad.
Acepto : un monarca llevarla pudiera.

(*Váse don Martin, y don Pedro le acompaña.*)

ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

Margarita. (*Aparte, siguiendo con la vista á los dos que se retiran.*)

Aunque nada les oí,
Deben estar ya los dos
Reconciliados.

Isabel. (*Que viene tras su madre.*)

Margarita. Por Dios,
Madre, haced caso de mí.
No, que es repugnancia loca
La que mostrais á un enlace,
Que de seguro nos hace
Á todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
Que quien su amor os consagra
Es don Rodrigo de Azagra,
Que goza mas calidad,
Mas bienes : en Aragon
Le acatan propios y ajenos,
Y muestra, con vos al menos,
Apacible condicion.

Isabel. Vengativo y orgulloso

Es lo que me ha parecido.
Margarita. Vuestro padre le ha creído
Digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
No es lícito á una doncella,
Ni hay mas voluntad en ella
Que la que tenga su padre.
Hoy día, Isabel, así
Se conciertan nuestras bodas :

Así nos casan á todas,
Y así me han casado á mí.

Isabel. ¿No hay á los tormentos míos
Otro consuelo que dar?

Margarita. No me tenéis que mentar
Vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

Isabel. En vano esperé.

(*Sollozando al retirarse.*)

Margarita. ¿Qué? ¿llorais?

Isabel. Aun no me fué
Vedado este desahogo.

Margarita. Isabel, si no os escucho,
No me acuseis de rigor.
Comprendo vuestro dolor
Y le compadezco mucho;
Pero, hija... cuatro años há
Que á nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...

Isabel. !No, madre, vive!...

¡Pero cómo vivirá!
Tal vez, llorando, en Sion
Arrastra por mí cadenas,
Quizá gime en las arenas
De la líbica region.
Con aviso tan funesto
No habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme;
Y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
A olvidarle, sospechando
Que infiel estaba gozando
Caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
Los acentos desabridos,
Y logré de mis oídos
Que no me sonaran mal.
Pero ¡ay! cuando la razon
Iba á proclamarse ufana
Vencedora soberana
De la rebelde pasion,

Al recordar la memoria
 Un suspiro de mi ausente,
 Se arruinaba de repente
 La fortaleza ilusoria,
 Y con ímpetu mayor,
 Tras el combate perdido,
 Se entraba por mi sentido
 A sangre y fuego el amor.
 Yo entonces á la virtud
 Nombre daba de falsía,
 Rabioso llanto vertía,
 Y hundirme en el ataud
 Juraba en mi frenesí
 Antes que rendirme al yugo
 De ese hombre, fatal verdugo,
 Genio infernal para mí.

Margarita.

Por Dios, por Dios, Isabel,
 Moderad ese delirio :
 Vos no sabeis el martirio
 Que me haceis pasar con él.

Isabel.

¡Qué! ¿mi audacia os maravilla ?
 Pero estando ya tan lleno
 El corazon de veneno,
 Fuerza es que rompa su orilla.
 No á vos, á la piedra inerte
 De esa muralla desnuda,
 A esa bóveda que muda
 Oyó mi queja de muerte,
 A este suelo donde mella
 Pudo hacer el llanto mio,
 A no ser tan duro y frio
 Como alguno que le huella,
 Para testigos invoco
 De mi doloroso afán ;
 Que, si alivio no le dan,
 No les ofende tampoco.

Margarita.

¿Quién con ánimo sereno
 La oyera?—El dolor mitiga ;
 De una madre, de una amiga
 Ven al cariñoso seno.
 Conóceme, y no te ahuyente
 La faz severa que ves :
 Máscara forzosa es
 Que dió el pesar á mi frente ;

Pero tras ella te espera,
 Para templar tu dolor,
 El tierno, indulgente amor
 De una madre verdadera.

Isabel.

¡Madre mia!

(*Abrázanse.*)

Margarita.

 Mi ternura

Te oculté... porque debí...
 ¡Há quince años que hay aquí
 Guardada tanta amargura!
 Yo hubiera en tu amor filial
 Gozado, y gozar no debo
 Nada ya, desde que llevo
 El cilicio y el sayal.

Isabel.

¡Madre!

Margarita.

 Temí, recelé

Dar á tu amor incentivo,
 Y solo por correctivo
 Severidad te mostré;
 Mas oyéndote gemir
 Cada noche desde el lecho,
 Y á veces en tu despecho
 Mis rigores maldecir,
 Yo al Señor, de silencioso
 Materno llanto hecha un mar,
 Ofrecí mil veces dar
 Mi vida por tu reposo.

Isabel.

¡Cielos! ¡Qué revelacion
 Tan grata! ¡Qué injusta he sido!
 ¿Que tanto me habeis querido?
 ¡Madre de mi corazon!
 Perdonadme... ¡Qué alborozo
 Siento, aunque llorar me veis!
 Seis años há, mas de seis,
 Que tanta dicha no gozo.
 Mi desgracia contemplad,
 Cuando como dicha cuento
 Que mis penas un momento
 Aplaquen su intensidad.
 Pero este rayo que inunda
 En viva luz mi alma yerta,
 ¿Dejaréis que se convierta

En lobreguez mas profunda?
 Madre, madre á quien adoro,
 El labio os pongo en el pié :
 Mi aliento aquí exhalaré
 Si no cedéis á mi lloro.

(*Póstrase.*)

Margarita.

Levanta, Isabel; enjuga
 Tus ojos; confía... Si :
 Cuando dependa de mí...

Isabel.

Ya veis que en rápida fuga
 El tiempo desaparece.
 Si pasan tres dias, ¡ tres !
 Todo me sobra despues,
 Todo esperanza fallece.
 Mi padre, por no faltar
 A la palabra tremenda,
 Le rendirá por ofrenda
 Mi albedrío en el altar.
 Vuestras razones imprimen
 En su alma la persuasion :
 En mí toda reflexion
 Fuera desacato, crimen
 Y yo, señora, lo veo :
 Podrá llevarme á casar;
 Pero en vez de preparar
 Las galas del himeneo,
 Que á tenerme se limite
 Una cruz y una mortaja;
 Que esta gala y esta alhaja
 Será lo que necesite.

Margarita.

No, no, Isabel : cesa, cesa ;
 Yo en tu defensa me empeño :
 No será Azagra tu dueño,
 Yo anularé la promesa.
 Me oirá tu padre, y tamaños
 Horrores evitará.
 Hoy madre tuya será
 Quien no lo fué tantos años.

ESCENA VII.

TERESA, MARGARITA, ISABEL.

- Teresa.* Señoras, don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.
- Margarita.* Hazle entrar. A buen tiempo llega. (*Váse Teresa.*)
- Isabel.* Permitid que yo me retire.
- Margarita.* Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversacion.
- Isabel.* ¿Qué vais á decir?
- Margarita.* Oyélo, y acabarás de hacer justicia á tu madre.
- (*Váse Isabel.*)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, MARGARITA.

- Margarita.* Ilustre don Rodrigo...
- Don Rodrigo.* Señora... al fin nos vemos.
- Margarita.* Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.
- Don Rodrigo.* Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (*Siéntase.*) ¿Qué me decis de mi desdeñosa?
- Margarita.* ¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?
- Don Rodrigo.* Con franqueza pregunto yo.—Hablád.
- Margarita.* Mi esposo os prometió la mano de su hija única; y, por él, debeis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevacion de vuestro carácter ¿se satisfarian con la posesion de una mujer, cuyo cariño no fuese vuestro?
- Don Rodrigo.* El corazon de Isabel no es ahora mio, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.
- Margarita.* Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuido.
- Don Rodrigo.* No me inspira celos un rival, cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.
- Margarita.* ¿Y si volviese aun? ¿Y si ántes de cumplirse el término, se presentara tan enamorado como se fué, y con aumentos muy considerables de hacienda?

Don Rodrigo. Mal haria en aparecer ni ántes ni despues de mis bodas. Él prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecia en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

Margarita. Vuestro lenguajè no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdoneis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble don Rodrigo, yo que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

Don Rodrigo. Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podréis impedir.

Margarita! Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

Don Rodrigo. Mucho alcanzais con él: adora en vos, y lo merecis, porque há quince años que os empleais en la caridad y la penitencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

Margarita. ¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

Don Rodrigo. Sí, loco y mudo, segun estaba; desgraciadamente, segun merecía; y á los piés de don Pedro, como era justo.

Margarita. ¡Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

Don Rodrigo. Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

Margarita. ¡Don Rodrigo!

Don Rodrigo. La esposa mas respetable entre las de Teruel.

Margarita. Por compasion... Si Roger ha muerto...

Don Rodrigo. Casi espiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, yo hallé sobre su corazon unas cartas...

Margarita. ¡Cartas!

Don Rodrigo. De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

Margarita. ¡Callad! ¡callad!

- Don Rodrigo.* Si no, acudiré á vuestro esposo : bien conoce la letra.
- Margarita.* ¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!
- Don Rodrigo.* Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero.
- Margarita.* ¡Oh!
- Don Rodrigo.* Dios os guarde, señora.
- Margarita.* Deteneos, oidme.
- Don Rodrigo.* Para que os oiga, venid á verlas. (*Váse.*)
- Margarita.* Escuchad, escuchadme. (*Váse tras don Rodrigo.*)

ESCENA IX.

ISABEL, y despues TERESA.

- Isabel.* ¡Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible : solo entiendo que de infeliz he pasado á mas. (*Sale Teresa.*)
- Teresa.* Señora, un jóven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...
- Isabel.* Recíbele y déjame.
- Teresa.* Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho : he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.
- Isabel.* ¿De Palestina?
- Teresa.* Yo me acordé al punto del pobre Don Diego. — Como os figurais que debe estar por allá...

(*Váse Teresa.*)

- Isabel.* Sí. Llámale pronto. ¡Virgen piadosa! Que haya sido sueño lo que pienso que oí! ¡Oh! Pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA X.

ZULIMA (*en traje de noble aragonés*), TERESA, ISABEL.

- Zulima.* El cielo os guarde.
- Isabel.* Y á vos

Tambien.

Zulima. (Mi rival es esta.)

Isabel. Mejor podeis descansar

En esta sala que fuera.

Teresa. Este mancebo, señora,

Viene de lejanas tierras,

De Jerusalem, de Jope,

De Belen y de Judea.

Isabel. ¿Cierto?

Zulima. Sí.

Teresa. Y ha conocido

Allá gente aragonesa.

Zulima. Un caballero traté

De Teruel.

Isabel. ¿Cuál? ¿Quién? ¿Quién era?

Su nombre.

Zulima. Diego Marsilla.

Isabel. ¡ Os trajo Dios á mi puerta!—

¿Dónde le dejais?

Teresa. ¿Entonces,

Era ya rico?

Zulima. Una herencia

Cuantiosa le dejaron

Allí.

Isabel. ¿ Pero dónde queda?

Zulima. Hace poco era cautivo

Del Rey moro de Valencia.

Isabel. ¡ Cautivo! ¡ Infeliz!

Zulima. No tanto.

La esposa del Rey, la bella

Zulima, le amó.

Isabel. ¡ Le amó!

Zulima. ¡ Sí! ¡ mucho!

Teresa. ¡ Qué desvergüenza!

Isabel. ¡ Y qué! ¿ No viene por eso

Marsilla donde le esperan?

Teresa. ¿ Se ha vuelto moro quizá?

Zulima. (Ya que padecí, padezca.

Finjamos.)

Isabel. Hablad.

Zulima. No es fácil

Resistir á una princesa

Hermosa y amante : al fin

Marsilla, para con ella,

Era un miserable.

Teresa.

Pero

Vamos, acabad...

Isabel.

(¡Apenas

Vivo!)

Zulima.

El Rey llegó á saber

Lo que pasaba; la Reina

Pudo escapar, protegida

Por un bandido, cabeza

De la cuadrilla temible

Que hoy anda por aquí cerca;

Y Marsilla...

Isabel.

¿Qué?

Zulima.

Rogad

Á Dios que le favorezca.

Isabel.

¡Ha muerto! ¡Jesús, valedme!

(*Desmáyase.*)

Teresa.

¡Isabel, Isabel! — ¡Buena

La habeis hecho!

Zulima.

(Sabe amar

Esta cristiana de veras;

Yo sé mas, yo sé vengarme.

Teresa.

¡Señora! — ¡Paula! ¡Jimena!)

(*A Zulima.*)

Zulima.

Buscad agua, llamad gente.

(Salgamos. — Con esta nueva,

Se casará.)

(*Váse.*)

Teresa.

¡Dios confunda

La boca ruin que nos cuenta

Noticia tan triste!... Pero

Un prójimo que no prueba

Cerdo ni vino, ¿qué puede

Dar de sí?

(*Salen dos criadas que traen agua.*)

Pronto aquí, lerdas.
¿Dónde estábais? A ver : dadme
El agua.

Isabel. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Teresa!

ESCENA XI.

MARGARITA, ISABEL, TERESA, CRIADAS.

Margarita. ¿Qué sucede?

Isabel. ¡Ay, madre mía!

Ya no es posible que venga..

Murió.

Margarita. ¿Quién? ¿Marsilla?

Teresa. ¿Quién

Ha de ser?

Isabel. Y ha muerto en pena

De serme infiel.

Teresa. Una mora,

Que dicen que no era fea,

La esposa del Reyezuelo

Valenciano, buena pieza

Sin duda, nos le quitó.

Isabel. ¡En esto parán aquellas

Ilusiones de ventura

Que alimentaba risueña!

Conmigo nacieron, ¡ay!

Se van, y el alma se llevan.

Ese infausto mensajero,

¿Dónde está? Dile que vuelva.

Margarita. Sí : yo le preguntaré...

Teresa. Pues como nos dé respuestas

Por el estilo... Seguidme

(*Vánse Teresa y las criadas.*)

ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL.

Isabel. ¿Quién figurarse pudiera
Que me olvidara Marsilla?

¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!
 Pero ¿cómo ha sido, cómo
 Fué que no lo presintiera
 Mi corazón? No es verdad:
 Imposible que lo sea.
 Se engañó, si lo creyó,
 La Sultana de Valencia.
 Solo por volar á mi,
 Quebrantando sus cadenas,
 Dejó soñar á la mora
 Con esa falaz idea.
 Mártir de mi amor ha sido
 Que desde el cielo en que reina,
 De su martirio me pide
 La debida recompensa.
 Yo se la daré leal,
 Yo defenderé mi diestra:
 Viuda del primer amor
 He de bajar á la huesa.
 Llorar libremente quiero
 Lo que de vivir me resta,
 Sin que pueda hacer ninguno
 De mis lágrimas ofensa.
 No he de ser esposa yo
 De Azagra: primero muerta.
 ¿Tendrás valor para?...

Margarita.

Isabel.

Sí,

Mi desgracia me le presta.

Margarita.

Isabel.

¿Y si te manda tu padre?...

Diré que no.

Margarita.

Isabel.

Si te ruega...

No.

Margarita.

Isabel.

Si amenaza...

Mil veces

No. Podrán en hora buena,

De los cabellos asida

Arrastrarme hasta la iglesia,

Podrán maltratar mi cuerpo,

Cubrirle de áspera jerga,

Emparedarme en un claustro

Donde lentamente muera:

Todo esto podrán, sí; pero

Lograr que diga mi lengua

Un sí perjuro, no.

Margarita.

Bien,

Bien. Tu valor... me consuela.
 (Nada oyó : mas vale así.
 La culpa, no la inocencia
 Debe padecer.) Ten siempre
 Esa misma fortaleza,
 Y no te dejes vencer,
 Suceda lo que suceda.
 Matrimonio sin cariño
 Crímenes tal vez engendra.
 Yo sé de alguna infeliz
 Que dió su mano violenta...
 Y... despues de larga lucha...
 Desmintió su vida honesta.
 Muchos años lleva ya
 De dolor y penitencia...
 Y al fin le toca morir

Isabel.

De oprobio justo cubierta.
 ¡ Ah, madre! ¿ Qué dije yo ?
 Me olvidé, con esa nueva,
 De otra desdicha tan grande
 Que á mi desdicha supera,

Margarita.

¡ No te cases, Isabel!

Isabel.

Sí, madre : mi vida es vuestra :
 Dárosla me manda Dios,
 Lo manda naturaleza.

Margarita.

¡ Hija!

Isabel.

Por fortuna mía,
 Marsilla al morir me deja
 El corazon sin amor
 Y sin lugar donde prenda.
 Por mas fortuna, Marsilla
 De mí se olvidó en la ausencia,
 Y puso en otra mujer
 El amor que me debiera.
 Por dicha mayor, Azagra
 Es de condicion soberbia,
 Celoso, iracundo : así
 Mis lágrimas y querellas
 Insufribles le serán ;
 Querrá que yo las contenga,
 No podrá, se irritará,
 Y me matará.

Margarita.

¡ Me aterra,

Hija, me matas á mí!
Isabel. Tengo yo cartas que lea :
 Puede encontrármelas.

Margarita. ¡Oh!
 ¡Si como las tuyas fueran
 Otras!...

Isabel. Y tengo un retrato
 En esta joya.

(*Saca un relicario.*)

¿Son esas
 Sus facciones? Pues sabed
 Que, sin estudio ni regla,
 De amor guiada la mano,
 Al primer ensayo diestra,
 Yo supe dar á ese rostro
 Semejanza tan perfecta.
 Me sirvió para suplir
 De Marsilla la presencia;
 No le necesito ya :
 Mas vale que no le vea.
 ¡Ah! dejadme que le bese
 Una vez... la última es esta.
 Tomad. ¿Veis? el sacrificio
 Consumo, y estoy serena,
 Tranquila .. como la tumba.
 Imitad vos mi entereza,
 Mi calma... y no me digais
 Una palabra siquiera.
 De mí vuestra fama pende :
 La conservaréis ilesa.
 Yo me casaré : no importa,
 No importa lo que me cueste. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA.

Y ¿debo yo consentir
 Que la inocente Isabel,
 Por mi egoismo cruel,
 Se ofrezca mas que á morir?

Pero ¿cómo he de sufrir
 Que, perdida mi opinion,
 Me llame todo Aragon
 Hipócrita y vil mujer?
 Mala madre me hace ser
 Mi buena reputacion.
 A todo me resignara
 Con ánimo ya contrito,
 Si al saberse mi delite,
 Yo sola me deshonrara.
 Pero á mi esposo manchara
 Con ignominia mayor.
 ¡Hija infeliz en amor!
 ¡Hija desdichada mia!
 Perdona la tiranía
 De las leyes del honor.

ACTO TERCERO.

Retrete ó gabinete de Isabel. Dos puertas.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TERESA.

(Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillón junto á una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.)

Teresa. ¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo; tomad el espejo. *(Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.)* A esotra puerta. Miren ¡qué trazas estas de novia! — ¡Ved qué preciosa gargantilla voy á poneros! *(Isabel inclina la cabeza.)* Pero alzá la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar á un difunto.

Isabel. ¡Marsilla!

Teresa. (Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

Isabel. ¡Madre mia!

Teresa.

Si echais menos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella, la caridad es ántes que todo. El Juez de este año, Domingo Celladas, tenia un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conocéis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se lo han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba á parar á un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá mas de un dia, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece, os he püesto hecha una imágen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para ver si os gusta.

Isabel.

Sí: es el último.

Teresa.

¡El dulcísimo nombre de Jesus! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; ántes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

Isabel.

(*Con sobresalto.*) ¿Qué hora es ya?

Teresa.

No tardarán en tocar á vísperas ahí al lado, en San Pedro: Es la hora en que salió de Teruel don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

Isabel.

Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcon estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde habia de pasar, para verle; ahora no miro: no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazan enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, le dije yo; y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. — ¡Suya ó muerta! Y voy á dar la mano á Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

Teresa.

Hija mia, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que

habeis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo porque recobraséis la paz del alma y fuérais feliz, ¡ay! diera yo todos los dias que me faltan que vivir, menos uno para verlo.

Isabel.

¡Feliz, Teresa! Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz? ¡Pesa tanto, me ahoga tanto!... Quitamele, Teresa. (*Levantándose.*)

Teresa.

Señora, que viene don Rodrigo.

Isabel.

¡Don Rodrigo! Busca pronto á mi madre. (*Váse Teresa.*)

ESCENA II.

DON RODRIGO, ISABEL.

Don Rodrigo. Mis ojos por fin os ven
A solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desden
Y un recato rigoroso
Me han privado de este bien.
— Trémula estais: ocupad
La silla.

Isabel.

¡Ante mi señor!

Don Rodrigo.

Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

Isabel.

¡Mentida soberanía!

Don Rodrigo.

De mi rendimiento fiel,
Que dudárais no creia.
¡Si á conocer, Isabel,
Llegáseis el alma mia!

Isabel.

¿Para qué? Señas ha dado
Que indican su índole bella.

Don Rodrigo.

Mi destino desastrado
Solo mostrar me ha dejado
Lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conoceis
Orgullosos y vengativos;
Y otro por fin hallaréis,
Que en vuestro rigor esquivo
Figuraros no podeis.
El Azagra que os adora,
El Azagra para vos,

Aun no le visteis, señora ;
 Y nos conviene á los dos
 Una esplicacion áhora
Isabel. Mis padres pueden mandar,
 Yo tengo que obedecer,
 Nada pretendo saber ;
 Hiciera bien en callar
 Quien ha logrado vencer.
Don Rodrigo. El vencedor, que aparece
 Lleno ante vos de amargura,
 Manifestaros ofrece
 Que sabe lo que merece
 Doña Isabel de Segura.
 Os ví, y en vos admiré
 Virtud y belleza rara :
 Digno de vos me juzgué,
 Y uniros á mí juré,
 Costara lo que costara.
 Maldicion mas espantosa
 No pudo echarme jamas
 Una lengua venenosa,
 Que decir : — No lograrás
 Hacer de Isabel tu esposa.
 — Lidiaré, si es necesario,
 Por ella con todo el orbe,
 Clamaba yo de ordinario.
 ¡ Infeliz el que me estorbe,
 Competidor ó contrario !
 En mi celoso furór
 Cabe hasta lo que denigre
 Mi calidad y mi honor.
 Amo con ira de tigre...
 Porque es muy grande mi amor.
 — No el vuestro, tan delicado,
 Me pinteis para mi mengua :
 Quizá no lo haya espresado
 En seis años vuestra lengua,
 Sin que me lo hayan contado.
 Cuantas cartas escribió
 Marsilla ausente, leí :
 Él su retrato no vió,
 Yo sí : junto á vos aquí
 Siempre tuve un guarda yo.
 Ha sido mi ocupacion

Observaros noche y dia ;
 Y abandonaba á Monzon
 Siempre que lo permitia
 La marcial obligacion.
 Viéndoos al balcon sentada
 Por las noches á la luna,
 Mi fatiga era pagada :
 Jamas fué mujer ninguna
 De amante mas respetada.
 Para romper mis prisiones,
 Para defectos hallaros
 Fueron mis indagaciones ;
 Y siempre para adoraros
 Encontré nuevas razones.
 Seducido el pensamiento
 De lisonjeros engaños,
 Un favorable momento
 Espero hace ya seis años,
 Y aun llegado no lo cuento.
 Pero, por dicha, quizá
 No deba estar muy distante.
 ¡ Qué ! ¿ Pensais que cesará
 Mi pasion, muerto mi amante ?
 No ; lo que yo vivirá.
 Pues bien, amad, Isabel,
 Y decidlo sin reparo ;
 Que con ese amor tan fiel,
 Aunque á mí me cueste caro,
 Nunca me hallaréis cruel.
 Mas si ese afecto amoroso,
 Cuya espresion no limito,
 Mantener os es forzoso,
 Yo, mi bien, yo necesito
 El nombre de vuestro esposo.
 No mas que el nombre, y concluyo
 De desear y pedir :
 Todas mis dichas incluyo
 En la dicha de decir :
 Me tienen por dueño suyo.
 Separada habitacion,
 Distinto lecho tendréis...
 ¿ Quereis mas separacion ?
 Vos en Teruel viviréis,
 Yo en la córte de Aragon.

Isabel.

Dón Rodrigo.

¿Temeis que la soledad
 Bajo mi techo os consuma?
 Vuestros padres os llevad
 Con vos: mudaréis en suma
 De casa y de vecindad.
 Nunca sin vuestra licencia
 Veré esos divinos ojos...
 ¡Ay! dádmela con frecuencia.
 Si os oprimen los enojos,
 Hablad, y mi diligencia
 Ya un festín, ya una batida,
 Ya un torneo dispondrá.
 Sí llorais... ¡Prendra querida!
 Cuando lloreis, ¿qué os dirá
 Quien no ha llorado en su vida?
 ¿Miseros ambos, hacer
 Con la indulgencia podemos
 Menor nuestro padecer.
 Ahora, aunque nos casemos,
 Me podréis aborrecer?

Isabel.

¡Don Rodrigo! ¡don Rodrigo!

(*Sollozando.*)

Don Rodrigo.

¡Llorais! ¿Es porque me muestro
 Digno de ser vuestro amigo?

¿No sufrí del odio vuestro
 Bastante el duro castigo?

Isabel.

¡Oh! no, no: mi corazón
 Palpitar de odio no sabe.

Don Rodrigo.

Ni al mirar vuestra aflicción,
 Hay fuerza en mí que no acabe

Rindiéndose á discreción

Es ya el caso de manera,
 Que el infausto desposorio

Viene á ser obligatorio

Para ambos: lo demás fuera

Dar escándalo notorio.

Pero el amor que os consagro,

Se ha vuelto á vos tan propicio,

Que si Dios en su alto juicio

Quiere obrar hoy un milagro...

Contad con un sacrificio.

Ayer, si resucitara

Mi aciago rival Marsilla,

Sin compasión le matara,

Y sin limpiar la cuchilla,
Corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado ó no,
Si ántes que me deis el sí,
Viene... que triunfe de mí.

Isabel. ¡ Vos sí que triunfais así
De esta débil mujer !

(*El llanto le ahoga la voz por unos instantes ; luego, al ver á don Pedro y á los que le acompañan, se contiene, exclamando :*)

Oh !

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, DAMAS, CABALLEROS, PAJES,
ISABEL, DON RODRIGO, *despues* TERESA.

Don Pedro. Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra union, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan á que apresure la ceremonia ; pero aun no ha fenecido el plazo que otorgué á don Diego. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado jóven, seis años y siete dias hace : hasta que suene aquella señal en mi oido, no tengo libertad para disponer de mi hija. (*A don Martin.*) Porque veais de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

Don Martin. ¡ Inútil escrupulosidad ! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

Isabel. (¡ Infeliz !)

Don Pedro. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaria viviendo. (*Sale Teresa.*)

Don Rodrigo. Isabel deseará la compañía de su madre : pudiéramos pasar por casa del Juez...

Teresa. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si ántes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desporios : esto me ha dicho.

Don Pedro. La espereemos en el templo. (*A don Martin.*) Si

- la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...
- Don Martin.* Escusadme el presenciar un acto, que debe serme tan doloroso.
- Don Pedro.* Estad seguro de que mientras no oigais las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.
- Isabel.* (Morada de mi pasado bien, á Dios para siempre!) (Vánse todos, menos don Martin.)

ESCENA IV.

DON MARTIN.

Con pena, con celos veo yo á Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija; hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mías!

ESCENA V.

ADEL, DON MARTIN.

- Adel.* Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, según se me dice. ¿Eres tú?
- Don Martin.* Yo soy.
- Adel.* ¿Qué sabes de tu hijo?
- Don Martin.* Moro!... su muerte.
- Adel.* ¿Esa noticia... quién la ha traído?
- Don Martin.* Un jóven forastero.
- Adel.* ¿En dónde para?
- Don Martin.* Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.
- Adel.* ¿Qué ha pasado con Jaime Celladas?
- Don Martin.* Le han herido gravemente al llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.
- Adel.* ¿Luego tú nada sabes?
- Don Martin.* ¿Qué vas á decirme?
- Adel.* Acabo de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

- Don Martin. ¿La que fué causa de la pérdida de mi hijo?
 Adel. Él la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo
 Don Martin. ¡Mintiendo!
 Adel. ¡Anciano! Bendice al Señor: aun eres padre.
 Don Martin. ¡Dios poderoso!
 Adel. Tu hijo libró de un asesinato perdido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta. Sigüeme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (*Váse.*)
- Don Martin. (*Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.*)
 ¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA, DON MARTIN.

- Margarita. (*Dentro.*) ¡Isabel! ¡Isabel! (*Sale y repara en don Martin, que se retiraba con Adel.*) Don Martin...
 Don Martin. (*Deteniéndose.*) Margarita, sabedle
 Margarita. Sabe lo el primero. Jaime Celladas .
 Don Martin. Ese moro que veis...
 Margarita. Ha vuelto en sí.
 Don Martin. Viene de Valencia.
 Margarita. Jaime tambien.
 Don Martin. Vive mi hijo.
 Margarita. Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento. (*Oyese el toque de vísperas.*)
 Don Martin. ¡Ah! ya es tarde.
 Margarita. Dios ha rechazado mi sacrificio.
 Don Martin. ¡Hijo infeliz!
 Margarita. ¡Hija de mis entrañas! (*Vánse.*)

(*Bosque inmediato á Teruel.*)

ESCENA VII.

MARSILLA, atado á un árbol.

Infames bandoleros,
 Que me habeis á traicion acmetido,

Venid y ensangrentad vuestros aceros :
 La muerte ya por compasion os pido.
 — Nadie llega, de nadie soy oido :
 Vuelve el eco mis voces, y parece
 Que goza en mi dolor y me escarnece.
 Me adelanté á la escolta que traia :
 Su lento caminar me consumia.
 Yo vengo con amor, ellos con oro.
 — Enemigos villanos,
 Los ricos dones del monarca moro
 No como yo darán en vuestras manos :
 Tienen quien los defienda.
 Pero las horas pasan, huye el dia.
 ¿Qué vas á imaginar, Isabel mia?
 ¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
 Si esperando abrazar al triste Diego,
 Corrido el plazo ves, y yo no llego?
 Mas por Jaime avisados
 En mi casa estarán : pronto, azorados
 Con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
 Gente. ¿Quién es?

ESCENA VIII.

ZULIMA (*en traje de hombre*), MARSILLA.

Zulima.

Yo soy.

Marsilla.

(¡Cielos! ¡Zulima!)

Zulima.

¡Tú aquí! ¡Presagio horrendo!
 Vecinos de Teruel vienen corriendo
 Á quienes mas que á mí toca librate :
 Yo solo en esta parte
 Me debo detener mientras te digo
 Que Isabel es mujer de don Rodrigo.

Marsilla.

¡Gran Dios! — Mas no : me engañas, impostora.

Zulima.

Zaen, que llega de Teruel ahora,
 Zaen ha visto dar aquella mano
 Tan ansiada por tí.

Marsilla.

Finges en vano.
 Tú ignoras que mi próxima llegada
 Previno un mensajero.

Zulima.

Tú no sabes

Que un tirador certero
 Supo dejar tu prevision burlada,
 Saliéndole al camino al mensajero.
 Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
 La noticia le dí, y á los bandidos
 Encargué que tu viaje detuvieran.
 Yo, celebradas de Isabel las bodas,
 Te las vengo á anunciar.

Marsilla.

Zulima.

¡ Con que es ya tarde!

Mírame bien, y dúdalo si puedes.
 Inútiles mercedes
 El Rey te prodigó : mas he podido
 Prófuga yo que mi real marido.
 Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
 Y te inmolé mi fe y el ser que tengo;
 Tú preferiste ingrato mis rencores :
 Me ofendiste cruel, cruel me vengo.
 A Dios : en mi partida
 Te dejo por ahora con la vida,
 Mientras padeces en el duro potro
 De ver á tu Isabel en brazos de otro.

(Váse.)

ESCENA IX.

MARSILLA.

Mónstruo, por cuya voz ruge el abismo,
 Vuelve y dí que es engaño
 Todò lo que te oi.

(Forceja para desatarse.)

Lazos crueles,

¡Cómo me resistís! ¡Ligan cordeles,
 Al que hierros quebró! ¿No soy el mismo?
 ¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
 Me quedan que vivir, si no has mentido;
 ¡Pero permita Dios que mueras ántes!

ESCENA X.

ADEL, *pasando por un altura*, MARSILLA.

Adel.

Rumor aquí he sentido.
 Atraviesan el valle bandoleros

Con Zulima á caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
La tengo de prender : voy á ver si hallo
Cerca mis compañeros.

Marsilla.

¿Quién va?

Adel.

Marsilla es este.

(*A voces.*)

¡Aquí! Por este lado, caballeros!

(*Váse.*)

ESCENA XI.

DON MARTIN, CABALLEROS, CRIADOS, MARSILLA.

Don Martin.

(*Dentro.*)

Él es.

Marsilla.

¡Mi padre!

Voces.

(*Dentro.*)

Él es.

Marsilla.

¡Padre!

Don Martin.

(*Dentro.*)

¡Hijo mio!

Subid, corred, volad : libradle pronto.

(*Salen caballeros y criados.*)

Marsilla.

Desatadme, decidme...

(*Desatan á Marsilla.*)

Don Martin.

(*Saliendo.*)

¡Hijo querido!

Marsilla.

¡Padre!

Don Martin.

Por fin te hallé.

Marsilla.

Decid... ¿Es tarde?

Don Martin.

Yo quisiera dudar... Mi mal ¿es cierto?

Respóndante las lágrimas que vierto.

Hijo del alma, á quien su hierro ardiente

La desgracia al nacer marcó en la frente,

Tu triste padre, que por verte vive,

Con dolor en sus brazos te recibe.

¿Quién tu llegada ha retardado?

Marsilla.

El cielo...

El infierno... No sé... Facinerosos...

Una mujer... Dejadme.

Don Martin.

¿La Sultana?

¿Esos bandidos que cobardes huyen
De los guerreros que conmigo traje? —

¿Te han herido?

Marsilla.

¡Ojalá!

Don Martin.

¿Te han despojado?

Marsilla.

Nada he perdido. La esperanza solo.

Don Martin.

¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
De la campana término ponía...

Marsilla.

¡Esa tigre anunció la muerte mía!

Don Martin.

¿Lo sabes?

Marsilla.

De ella.

Don Martin.

¡Horror! Entónces era

Cuando Jaime, el sentido recobrando,

La traidora noticia desmentía.

Corro al templo á saber... Miro, enmudezco...

¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...

Dios lo ha querido así... Pere aun te quedan

Padres que lloren tu destino triste.

Marsilla.

El ajeno dolor no quita el mio.

¿Con qué llenais el hórrido vacío

Que el alma siente, de su bien privada?

¡Padre! sin Isabel, para Marsilla

No hay en el mundo nada.

Por eso en mi doliente desvarío

Sed bárbara de sangre me devora.

Verterla á rios para hartarme quiero,

Y cuando mas que derramar no tenga,

La de mis venas soltará mi acero.

Don Martin.

Hijo, modera ese furor.

Marsilla.

¿Quién osa

Hijo llamarme ya? ¡Fuera ese nombre!

La desventura quiebra

Los vínculos del hombre con el hombre

Y con la vida y la virtud. Ahora,

Que tiemble mi rival, tiemble la mora.

Breve será su victorioso alarde :

Para acabar con ambos aun no es tarde.

Don Martin.

¡Desgraciado! ¿qué intentas?

Marsilla.

Con el crimen

El crimen castigar. Una serpiente
Se me enreda en los piés : mi pié destroce
Su garganta infernal. Un enemigo
Me aparta de Isabel : desaparezca.
Hijo...

Don Martin.

Marsilla.

Perecerá.

Don Martin.

No...

Marsilla.

¡Maldecido

Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto!

Don Martin.

Es poderoso...

Marsilla.

Marsilla soy.

Don Martin.

Mil deudos le acompañan...

Marsilla.

Mi furia á mí.

Don Martin.

Merézcate respeto

Ese lazo...

Marsilla.

Es sacrílego, es aleve.

Don Martin.

En presencia de Dios formado ha sido.

Marsilla.

Con mi presencia queda destruido.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de don Rodrigo. Dos puertas á la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON MARTIN.

Don Pedro.

Ya cesó la vocería.

Don Martin.

Ya se tranquiliza el pueblo.

Zaen en la cárcel queda
Con los demas bandoleros.

Don Pedro.

Milagro ha sido salvarlos
Mayor que lo fué prenderlos.

Don Martin.

Y no los prenden quizá,
Si no acuden tan á tiempo
Los moros que de Valencia
Con los regalos vinieron
De su Rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!

¡Castigue Dios á quien tiene
La culpa!

Don Pedro. ¡Oh! lo hará.—Primero

Que vayamos esta noche
Los dos al Ayuntamiento,
Donde ya deben hallarse
Juntos el Juez y mi yerno,
¿Tendréis, don Martin, á bien
Que los dos conferencemos
Un rato?

Don Martin. Hablad.

Don Pedro. Aquí está

Zulima.

Don Martin. Bien me dijeron

Los moros.

Don Pedro. En esta calle
Arremetió con los presos
Un tropel de gente: y ella,
Puesta en libertad en medio
Del tumulto, se arrojó
Por estas puertas adentro.

Don Martin. Confesad que don Rodrigo
La salvó.

Don Pedro. No lo confieso...

Porque no lo ví.

Don Martin. Yo, en suma,

No diré que fué mal hecho:
Él debe á la mora estar
Agradecido en extremo.
Por ella logra la mano
De Isabel.

Don Pedro. Resentimiento

Justo mostrais; pero yo,
Que he sido enemigo vuestro,
Necesito de vos hoy.

Don Martin. Aquí me teneis, don Pedro.

Don Pedro. Sois quien sois. — Esa mujer

Nos pone en terrible aprieto.
Ya veis, los moros reclaman
Su entrega con mucho empeño.

Don Martin. Y miéntras el Juez resuelve,

Cercada se ve por ellos

Esta casa.

Don Pedro. Y bien, ¿quisiérais

- Que entre vos y yo, de un riesgo
 Libráramos á Teruel?
- Don Martin.* Crímen fuera no quererlo.
- Don Pedro.* Si en la junta de la villa
 Negamos, como debemos,
 La entrega de la Sultana,
 Va á ser enemigo nuestro
 El Rey de Valencia, y puede
 Gravísimo daño hacernos.
- Don Martin.* Y el que recibimos ambos
 De su mujer, ¿es pequeño?
- Don Pedro.* Pero es mujer, y nosotros
 Cristianos y caballeros.
- Don Martin.* Proseguid.
- Don Pedro.* El compromiso
 Queda evitado, si hacemos
 Que huya en el instante.
- Don Martin.* Hagámoslo.
 — Págueme Dios el esfuerzo
 Que me cuesta no vengarme.
 Disponed.
- Don Pedro.* Con un pretesto
 Llevad los moros de aquí.
 De vos harán caso.
- Don Martin.* Creo
- Que sí.
- Don Pedro.* Lo demas es fácil.
 Puesta ya en salvo, diremos
 Que ella huyó por sí.
- Don Martin.* Voy pues,
 Y ya que la manó tiendó
 Al uno de los autores
 De mi desventura, quiero
 Dársela tambien al otro.
 Decid al dichoso dueño
 De esta casa y de Isabel,
 Que mire en estos momentos
 Por su vida; que mi hijo
 Va, loco de sentimiento
 Y de furor, en su busca
 Por Teruel: y, ¡vive el cielo
 Que, doliente como está,
 Valor le sobra al mancebo
 Para vengar!... Perdonadme.

A Dios. Voy á complaceros,
Y á buscarle y conducirle
Esta noche misma léjos
De unos lugares en donde
Vivimos los dos muriendo.

(*Váse por la puerta de la izquierda, mas cercana al proscenio.*)

Don Pedro. Id con Dios. — ¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezco
Al pensar en Isabel,
Cuando de todo el suceso
Llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA, DON PEDRO.

Teresa. (*Dentro.*)
¡Favor!
¡Que me vienen persiguiendo!

(*Sale.*)

Don Pedro. ¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?
Teresa. Las ánimas del infierno...
Las del purgatorio... No
Sé cuáles; pero las veo,
Las oigo...

Don Pedro. ¿Mas qué sucede?

Teresa. ¡Ay! Muerta de susto vengo.
¡Ay! — Isabel me ha enviado
Por mi señora corriendo,
Que volvió, no sé por qué,
A la casa del enfermo;
Y antes de llegar, he visto
En un callejon estrecho,
Junto á la ermita caida...
¡Jesus! convulsa me vuelvo
A casa.

Don Pedro. ¿Qué viste? Di.

Teresa. Una fantasma, un espectro
Todo parecido, todo,
Al pobrecito don Diego.

Don Pedro. Calla: no te oiga Isabel.

Guarda con ella silencio. —
Marsilla ha venido, y ella
No lo sobe.

Teresa. Pero, ¿ es cierto,

Que vive?

Don Pedro. No ha de ser ?

Teresa. ¡ Ay!

Pues otra desgracia temo.

Don Pedro. ¿Cuál ?

Teresa. No lo aseguraré,
Por si es aprension del miedo ;
Sin embargo, yo creí
Ver que se llevaba el muerto
Asido del brazo al novio.

Don Pedro. ¿Qué dices?

Teresa. Aun traigo el eco

De su voz en los oídos.
Con alarido tremendo
Decia : Vas á morir,
Has de morir. — Lo veremos,
Replicaba don Rodrigo ;
Y echando votos y retos,
Iban los dos como rayos
Camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
La salve y el padre nuestro
En latin.

Don Pedro. Se han encontrado

Y van á tener un duelo.

Esto es ántes.

ESCENA III.

ISABEL, por la segunda puerta del lado izquierdo, DON PEDRO,
TERESA.

Isabel. ¡ Padre !

Pon Pedro. Aguárdame

Aquí ; pronto volveremos
Tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa.

(Vánse los dos.)

Isabel.

¿Qué es esto?

¡Mi padre me deja sola,
 Cuando con tanto secreto
 Un moro me quiere hablar!
 Sin duda están sucediendo
 Cosas estrañas aquí.

(Acércase á la segunda puerta.)

Llegad. Al mirarle, tiemblo.

ESCENA IV.

ADEL, ISABEL.

Adel.

Cristiana, brillante honor
 De las damas de tu ley,
 Yo imploro, en nombre del Rey
 De Valencia, tu favor.

Isabel.

¡Mi favor!

Adel.

Tendrás noticia

De que salió de su córte
 Zulima, su infiel consorte,
 Huyendo de su justicia.

Isabel.

Sí.

Adel.

Mi señor decretó

Con rectitud musulmana
 Castigar á la Sultana,
 Ya que á Marsilla premió.

Isabel.

¡Premiar!... ¿Ignoras, cruel,
 Que le dió muerte sañuda?

Adel.

Tú no le has visto, sin duda,
 Entrar como yo en Teruel.

Isabel.

¿Marsilla en Teruel?

Adel.

Sí.

Isabel.

Mira

Si te engañas.

Adel.

Mal pudiera.

Infórmate de cualquiera,
 Y mátenme si es mentira.

Isabel.

No es posible. — ¡Ah! ¡sí! que siendo
 Mal, no es imposible nada.

Adel.

Por la villa alborotada

Tu nombre va repitiendo.

Isabel.

¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
Nacimos! — ¿Cuándo ha llegado?
Cómo es que me lo han 'callado?
— Y tú, por qué me lo dices?

Adel.

Porque estás, á mi entender,
En grave riesgo quizá.

Isabel.

Perdido Marsilla, ya
¿Qué bien tengo que perder?

Adel.

Con viva lástima escucho
Tus ansias de amor estremas;
Pero aunque tú nada temas,
Yo debo decirte mucho.
Marsilla á mi Rey salvó
De unos conjurados moros,
Y el Rey vertió sus tesoros
En él, y aquí le envió.
Él despreció la liviana
Inclinacion de la infiel...

Isabel.

¡Oh! ¡Sí!

Adel.

Y airada con él,
Vino, y se vengó villana
Contando su falso fin.

Isabel.

¡Ella!

Adel.

Con una gavilla
De bandidos, á Marsilla
Detuvo, ya en el confin
De Teruel, donde veloces
Corriendo en tropel armado,
Le hallamos á un tronco atado,
Socorro pidiendo á voces.

Isabel.

Calla, moro: no mas.

Adel.

Pasa
Mas, y es bien que te aperciba.
— La Sultana fugitiva
Se ha refugiado en tu casa:
En ésta.

Isabel.

¡Aquí mi rival!

Adel.

Tu esposo la libertó.

Isabel.

¡Eila donde habito yo!

Adel.

Guárdate de su puñal.
Por celos allá en Valencia

Isabel.

Matar á Marsilla quiso.
Á tiempo llega el aviso.

Adel. Confirma tú la sentencia
Que justq lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada,
Para siempre separada
De Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
Tálamo de don Rodrigo.
Envíala tú conmigo
Al que le apresta su esposo,
Pena digna del ultraje
Que siente.

Isabel. Sí, moro : salga
Pronto de aquí, no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa : pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca : voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡ Jesus! Cuando yo recuerdo
Que hoy pude... ¡ Jesus mil veces!
No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella,
Ni Reina. ¡ Si soy por ella
Tan infeliz! ¡ tanto, tanto!...
Díme, pues, dí : tu señor,
¿ Qué suplicio le impondrá?

Adel. Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.

Isabel. ¡ Su amor! ¡ Amor desastrado!
Pero es amor...

Adel. Y ¿ es bastante
Esa razon?...

Isabel. ¡ Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole. — ¡ Y yo, que hacia
Tanto que no le veia...
Y ya no le puedo ver!

— Moro, la víctima niego
 Que me vienes á pedir :
 Quiero yo darle á sufrir
 Castigo mayor que el fuego
 Ella con feroz encono
 Mi corazon desgarró...
 Me asesina el alma... yo
 La defiendo, la perdono.

(*Váse.*)

ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasion.
 Suele tener esta gente
 Acciones, que de un creyente
 Propias en justicia son.
 Yo dejara con placer
 Este empeño abandonado ;
 Pero el Amir lo ha mandado,
 Y es forzoso obedecer.

(*Váse.*)

ESCENA VI.

MARSILLA, *por la ventana.*

Jardin... una ventana... y ella luego.
 Jardin abierto hallé y hallé ventana ;
 ¿ Mas dónde está Isabel ? — Dios de clemencia,
 Detened mi razon, que se me escapa ;
 Detenedme la vida, que parece
 Qué de luchar con el dolor se cansa.
 Siete dias hace hoy, ¡ qué venturoso
 Era en aquel salon ! Sangre manaba
 De mi herida, es verdad ; pero agolpados
 Al rededor de mi lujosa cama,
 La tierna historia de mi amor oian
 Los guerreros, el pueblo y el monarca,
 Y entre piadoso llanto y bendiciones —

Tuya será Isabel — juntos clamaban
 Súbditos y Señor. Hoy no me ofende
 mi herida, rayos en mi diestra lanza
 El damasquino acero... ¡No le traigo...
 Y hace un momento que con dos me hallaba!
 — Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
 Viene á ser esta que me rinde el alma,
 Cuando acabada la cruel ausencia,
 Voy á ver á Isabel?

ESCENA VII.

ISABEL, MARSILLA.

Isabel.

Por fin se encarga

Mi madre de Zulima.

Marsilla.

¡Cielo santo!

Isabel.

¡Gran Dios!

Marsilla.

¿No es ella?

Isabel.

¡Él es!

Marsilla.

¡Prenda adorada!

Isabel.

¡Marsilla!

Marsilla.

¡Gloria mia!

Isabel.

¿Cómo, ¡ay! cómo

Te atreves á poner aquí la planta?

Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

Marsilla.

Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,

Para que hácia Isabel vuele Marsilla,

Querer, deber, necesitar mirarla?

¡Oh! ¡qué hermosa á mis ojos te presentas!

Nunca te ví tan bella, tan galana...

Y un pesar sin embargo indefinible

Me inspiran esas joyas, esas galas.

Arrójalas, mi bien; lana modesta,

Cándida flor, en mi jardín criada,

Vuelvan á ser tu virginal adorno:

Mi amor se asusta de riqueza tanta.

Isabel.

(¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo

Su dolorida, atónita mirada.)

¿No entiendes lo que indica el atavío,
 Que no puedes mirar sin repugnancia?

Nuestra separacion.

- Marsilla.* ¡Poder del cielo!
- ¡Sí, funesta verdad!
- Isabel.* ¡Estoy casada!
- Marsilla.* Ya lo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,
Tendí las manos, y volé al tocarla.
- Isabel.* Me engañaron : tu muerte supusieron
Y tu infidelidad.
- Marsilla.* ¡Horrible infamia!
- Isabel.* Yo la muerte creí.
- Marsilla.* Si tú vivias,
Y tu vida y la mia son entrambas
Una sola no mas, la que me alienta,
¿Cómo de tí sin tí se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
Que gozo y pena distribuye sábia :
Juntos al fin de la mortal carrera
Nos toca ver la celestial morada.
- Isabel.* ¡Oh! ¡si me oyera Dios!...
- Marsilla.* Isabel, mira,
Yo no vengo á dar quejas : fueran vanas
Yo no vengo á decirte que debiera
Prometerme de tí mayor constancia,
Cumplimiento mejor del tierno voto
Que invocando á la Madre inmaculada,
Me hiciste amante la postrera noche
Que me apartó de tu balcon el alba. —
Para tí (sollozando me decias),
¡O si no, para Dios! — ¡Dulce palabra,
Consoladora fiel de mis pesares
En los radientes páramos del Asia
Y en mi cautividad! Hoy ni eres mia,
Ni esposa del Señor. Dí, pues, declara
(Esto quiero saber) de qué ha nacido
El prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.
- Isabel.* La tiene.
- Marsilla.* Grande.
- Isabel.* Poderosa, invencible : no se casa
Quien amaba cual yo, sino cediendo
Á la fuerza mayor en fuerza humana.
- Marsilla.* Dímelo pronto, pues, dílo.
- Isabel.* Imposible.
- Marsilla.* No has de saberlo.
- Marsilla.* Sí.

Isabel.

No.

Marsilla.

Todo.

Isabel.

Nada.

Pero tú en mi lugar también el cuello
Dócil á la coyunda sujetaras.

Marsilla.

Yo no, Isabel, yo no Marsilla supo
Despreciar una mano soberana
Y la muerte arrostrar, por quien ahora
La suya vende y el por qué le calla.
(¡Madre, madre!)

*Isabel.**Marsilla.**Isabel.*

Responde.

(¿Qué le digo?)

Tendré que confesar... que soy culpada.
¿Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa ,

(Llora.)

Marsilla.

Mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes,
Para el golpe mortal arrodillada.
Idolo mio, no; yo sí que debo
Poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
Que esos luceros fúlgidos empaña;
Ese llanto es de amor, yo lo conozco,
De amor constante, sin doblez, sin tacha,
Ferviente, abrasador, igual al mio.
¿No es verdad , Isabel? Dímelo franca :
Va mi vida en oírte lo.

Isabel.

¿Prometes

Obedecer á tu Isabel?

Marsilla.

¡Ingrata!

¿Cuándo me revelé contra tu gusto?

¿Mi voluntad, no es tuya? Dispon, habla.

Júralo.

*Isabel.**Marsilla.*

Sí.

*Isabel.**Marsilla.*

Pues bien... Yo te ame. — Vete.

¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
Me matase á sus piés, si su dulzura
Con venenosa hiel no iba mezclada?

¿Cómo esas dos ideas enemigas
De destierro y de amor hiciste hermanas?

Isabel.

Ya lo ves, no soy mia; soy de un hombre
Que me hace de su honor depositaria,

Y debo serle fiel. Nuestros amores
 Mantuvo la virtud libres de mancha:
 Su pureza de armiño conservemos. —
 Aquí hay espinas, en el cielo palmas.
 Tuyo es mi amor y lo será : tu imagen
 Siempre en el pecho llevaré grabada,
 Y allí la adoraré : yo lo prometo,
 Yo lo juro; mas huye sin tardanza.
 Libértame de tí, sé generoso :
 Libértame de mí...

Marsilla.

No sigas, basta.

¿Quieres que huya de tí? Pues bien, te dejo.
 Valor... y separémonos. — En paga,
 En recuerdo si nó, de tantas penas
 Con gozo por tu amor sobrellevadas,
 Permite, Isabel mia, que te estrechen
 Mis brazos una vez...

Isabel.

Deja á la esclava

Cumplir con su señor.

Marsilla.

Será el abrazo

De un hermano dulcísimo á su hermana,
 El ósculo será que tantas veces
 Cambió feliz en la materna falda
 Nuestro amor infantil.

Isabel.

No lo recuerdes.

Marsilla.

Ven...

Isabel.

No : jamas.

Marsilla.

En vano me rechazas.

Isabel.

Detente... ó llamo...

Marsilla.

¿A quién? ¿A don Rodrigo?

No te figures que á tu grito salga.

No lisonjerés plácemes oyendo,

Su vanidad en el estrado sacia,

No; léjos de los muros de la villa,

Muerde la tierra que su sangre baña.

¡Qué horror! ¿Le has muerto?

Isabel.

Marsilla.

¡Pérfida! ¡te afliges!

¿Si lo llego á pensar, quién le librara?

¿Vive?

Isabel.

Marsilla.

Merced á mi nobleza loca,

Vive : apenas cruzamos las espadas,

Furiosa en él se encarnizó la mia :

Un momento despues, hundido estaba

Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.

¡Oh! ¡maldita destreza de las armas!
 Maldito el hombre que virtudes siembra,
 ¡Que le rinden cosecha de desgracias!
 No mas humanidad, crímenes quiero.
 A ser cruel tu crueldad me arrastra,
 Y en tí la he de emplear. Conmigo ahora
 Vas á salir de aquí.

Isabel.

¡No, no!

Marsilla.

Se trata

De salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
 El cobarde que lloras desolada,
 Al caer en la lid? Triunfante quedas;
 Pero mi sangre costará bien cara.

Isabel.

¡Qué dijo! ¿Qué?

Marsilla.

Me vengaré en don Pedro,

En su esposa, en los tres: guardo las cartas.

Isabel.

¡Jesus!

Marsilla.

¿Qué cartas son?...

Isabel.

¡Tú me has perdido!

La desventura sigue tus pisadas.
 ¿Dónde mi esposo está? Dímelo pronto,
 Para que fiel á socorrerle vaya,
 ¡Y á fuerza de rogar venza sus iras!
 ¡Justo Dios! Y decia que me amaba!
 ¿Con su pasion funesta reconvienes
 A la mujer del vengativo Azagra!
 ¡Te aborrezco!

Marsilla.

Isabel.

(Váse.)

ESCENA VIII.

MARSILLA.

¡Gran Dios! Ella lo dice.
 Con furor me lo dijo: no me engaña.
 Ya no hay amor allí. Mortal veneno
 Su boca me arrojó, que al fondo pasa
 De mi seno infeliz, y una por una,
 Rompe, rompe, me rompe las entrañas!
 Yo con ella, por ella, para ella
 Viví... Sin ella, sin su amor, me falta
 Aire que respirar... ¡Era amor suyo
 El aire que mi pecho respiraba!

Me le negó, me le quitó : me ahogo,
No sé vivir.

Voces.

(Dentro.)

Entrad, cercad la casa.

ESCENA IX.

ISABEL, *trémula y precipitada*, MARSILLA.

Isabel. Huye, que viene gente, huye.

Marsilla. (Todo trastornado.)

No puedo.

Voces. (Dentro.)

¡Muera, Muera!

Marsilla. Eso sí.

Isabel. Ven.

Marsilla. ¡Dios me valga!

(Isabel le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

ADEL, *huyendo de varios CABALLEROS con espadas desnudas*.
DON PEDRO, MARGARITA, CRIADOS, ISABEL Y MAR-
SILLA, *dentro*.

Caballeros. ¡Muera, muera!

Pedro y Marg. Escuchad.

Adel. Aragoneses,

Yo la sangre vertí de la Sultana;
Pero el Rey de Valencia, esposo suyo,
Tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impía,
La muerte de Marsilla maquinaba,
La muerte de Isabel...

Isabel. (Dentro.)

¡Ay!!!

Adel.

Ved en prueba
Esta punta sutil envenenada.

(Muestra el puñal de Zulima.)

DON VENTURA DE LA VEGA.

Hijo de don Diego de la Vega y de doña Dolores Cárdenas, nació don Ventura en Buenos Aires el 44 de julio de 1807. Hizo sus primeros estudios en San Isidro el Real y luego en el colegio de San Mateo, bajo la direccion de los sabios maestros don Alberto Lista y don José Gomez de Hermosilla.

Auxiliar, y luego Oficial de la secretaría del Ministerio de la Gobernacion, mas tarde maestro y secretario particular de S. M. la Reina, por último Comisario regio del Teatro Español, el señor Vega, despues de haber ejercido estós importantes destinos, desempeña en el dia el de director del Real Conservatorio de música y declamacion. Es ademas caballero gran cruz de la Orden americana de Isabel la Católica, oficial de la Legion de Honor de Francia, gentilhombre de S. M. é individuo de número de la Real Academia Española.

Como poeta lírico merecen ser estudiadas sus magníficas poesias *El cantar de los cantares*, una cantata epitalámica para celebrar las bodas de la marquesa de Quintana, una imitacion de los Salmos, un canto en octavas reales dedicado á Fernando VII á su vuelta de Cataluña, otro á la venida á España de la reina Cristina, una elegía á la muerte de la duquesa de Frias, una oda á la Defensa de Sevilla (premiada en un certámen del Liceo de Madrid), una sátira titulada *El hambre, musa diez*, una epístola dirigida al marqués de Molins, un soneto á don Francisco Javier de Burgos, una oda titulada *El diez y ocho de junio*, otras dos al *Entusiasmo* y á la *Agitacion*, una loa á la traslacion de las cenizas de Calderon al cementerio de la puerta de Atocha, titulada *La tumba salvada*, y por último, entre otras varias que seria tarea larga ir enumerando, parecennos superiormente bellas su composicion á *Orillas del rio Pusa* y la oda al *Nacimiento del príncipe imperial de Francia*, que hallarán nuestros lectores en el primer tomo de la *Antología española*.

Don Ventura de la Vega no ha escrito mas producciones originales que el drama histórico *Don Fernando de Antequera* y la comedia de costumbres *El hombre de mundo*. Hace algunos años tuvimos el gusto de oírle leer dos cuadros de un drama inédito, titulado *Cervántes*, y el primer acto de una tragedia, igualmente inédita, titulada *Julio César*. Todos los inviernos, al tiempo de abrirse los teatros de Madrid, el señor Vega promete formalmente á sus amigos y á los empresarios concluir dentro de la temporada cómica aquellas dos producciones. Hace tiempo que hemos perdido la esperanza de verlas en escena : creemos que seguirán encerradas, largos años todavía, en el pupitre de su autor, juntamente con el argumento, plan y algunas escenas de una comedia que promete ser interesante : *La mujer de mundo*.

Tambien ha dado al teatro, á mas de un sin número de traducciones en prosa, algunas zarzuelas en verso, tales como *Jugar con fuego*, *El estreno de una Artista*, *El marqués de Caravaca*, *La Cisterna encantada*, *Estebanillo* y *El planeta Venus*, que han sido extraordinariamente aplaudidas.

En cuanto á su comedia *El hombre de mundo*, creemos que es la primera produccion en su género que se ha escrito en España en el presente siglo. Nuestros lectores juzgarán si tenemos razon.

EL HOMBRE DE MUNDO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS. — DON LUIS. — DON JUAN. — ANTOÑITO. — CLARA.
EMILIA. — BENITA. — RAMON.

La escena en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante en casa de don Luis. Una puerta á la derecha que da al cuarto de este. Otra á la izquierda que conduce á lo interior. Por la del foro se sale á la calle. — Está puesta la mesa para almorzar.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, EMILIA.

Emilia. ¡ No, por Dios !
Clara. Pues ello; Emilia,
Preciso es que algo resuelvas :
Así no puede seguir.
Emilia. ¡ Ay Clara !
Clara. Tú no me dejas
Que hable á mi marido.
Emilia. No.
Clara. Tú... despedirlo... confiesas
Que no te es posible. Pues
Entonces, ¿ cuál es tu idea ?
¿ Qué plan es el vuestro ? ¿ estaros
Toda la vida con señas
Y cartitas ? ¿ tú asomando
A escondidas la cabeza
Por detrás de la cortina
Del balcon, y él en la puerta

Del tirolés de ahí enfrente
 Hecho una estatua de piedra
 De noche y de día ? ¿ A qué hora
 Come ese hombre ? ¿ A qué hora almuerza ?
 Cuando se abren los balcones,
 Ahí está : cuando se cierran,
 Ahí está : cuando salimos
 A paseo ó á las tiendas,
 Detrás : si vuelvo la cara
 Tal vez, da un brinco y se cuele
 En algun portal, huyendo
 Y tomándome las vueltas.
 ¿ A qué vienen esas farsas,
 Señor ? ¿ Por qué no se acerca,
 Y nos habla, y viene á casa ?
 En fin, Emilia, me seca
 Andar haciendo el papel
 De una madre de comedia.
 Si vivo, y Dios me dá hijos,
 Tendré que hacerlo por fuerza
 Algun dia ; pero ahora,
 Ni soy madre, ni soy vieja.

(*Mirándola, despues de una pausa.*)

Lo de siempre. Con callar
 Sales del paso.

Emilia.

¡ Y tú, al tema
 De siempre ! ¿ Qué he de decirte,
 Si yo no sé ?... Pues no es buena
 Que ha de venir el muchacho
 Y ha de decir lo que piensa,
 Y con qué intencion me mira,
 Y qué plan... Pues ya te acuerdas
 Cuando Antoñito iba á casa
 Antes, siendo tú soltera,
 ¡ Qué elogios hacias de él !
 Y los hago : tiene prendas
 Apreciables... ¿ Pero Emilia,
 Un niño que cuenta apenas
 Veinte años, piensas que puede
 Hacerte dichosa ?

Clara.

Emilia.

Vuelta
 A lo mismo. ¡ Qué sé yo !
 Tú que tienes esperiencia,
 Dices que el hombre de mundo...

Clara.

Ya estas viendo que la regla
 No falla Cuando se supo
 Que la cosa iba de veras,
 Y Luis pedia mi mano...
 ¡ Qué anónimos! ¡ qué indirectas!
 ¡ Qué pronósticos! ¡ qué chismes!
 Cuántas amiguitas de esas
 Que dicen que nos adoran,
 Y que tanto se interesan
 Por nuestra suerte, vinieron
 Con mil dengues y reservas
 A contarme atrocidades
 Del novio. « Clarita, vea
 Usted lo que hace: ese hombre
 Tiene una fama perversa:
 Con él no ha habido muger
 Segura: tiene una lengua
 De escorpion: trasnochador,
 Quimerista, calavera... »
 Y yo decia: ¡ mejor!

Emilia.

¿ Con que, mejor? ¡ Pues es buena!

Clara.

Sí: porque esas aventuras
 Tiene el hombre que correrlas;
 Y si no lo hace soltero...
 ¡ Despues de casado es ella!

Emilia.

Así será. Pero á mi
 Esos que tanto se precian
 De haber sido libertinos
 Como Luis... Yo en su presencia
 Ni me atrevo á respirar;
 Y nunca tendré franqueza
 Con él: todo en las mugeres
 Lo censura y lo interpreta.
 — ¡ Ay! ¡ qué hombre! — No, Clara: ¡ Dios
 Me libre de su tijera!
 Por Jesuscrito te ruego,
 Hermana, que nunca sepa
 Lo de Antoñito.

Clara.

¿ Y no ves
 Que es mas fácil que lo advierta
 Si seguís como hasta aquí,
 Y le vé de centinela?
 Entonces sí que podrá
 Sospechar... ¿ En fin, te empeñas

En quererle? — Pues, Emilia,
Vendrá á casa.

Emilia.

¿Y Luis?

Clara.

No temas.

Emilia.

¿Pero, cómo, sin decirle?...

Clara.

Eso corre de mi cuenta.

Emilia.

¡Por Dios, Clara!...

Clara.

Yo lo haré

Con Luis de modo que crea

Que es cosa mia, que es un

Amigo.... — Las once y media,

(*Llama.*)

Y Luis no viene á almorzar.

Emilia.

Verás como al fin sospecha...

Mejor es que no...

Clara.

Descuida.

ESCENA II.

DICHAS, RAMON,

(*Que sale del cuarto de don Luis.*)

Ramon.

¿Señora?

Clara.

¿Y tu amo? ¿No piensa

Almorzar?

Ramon.

Se está vistiendo.

Le diré...

Clara.

Dile que venga,

Que le estamos esperando.

Ramon.

— Muy bien. — Ya está aquí.

Clara.

Pues ea,

Sirve el almuerzo.

(*Ramon se entra á lo interior de la casa, y poco despues viene con el almuerzo.*)

ESCENA III.

DICHAS, DON LUIS.

Don Luis.

Perdona.

(*Acariciando á Clara.*)

¿He tardado, sí? — Por fuerza
Te he hecho pasar un mal rato.

Desde las ocho con media
Taza de café...

Clara. Ya estaba
Desfallecida.

Don Luis. ¡ Me pesa
En el alma! — Buenos dias,
Emilia.

Emilia. Felices.

Clara. ¿ Piensas
Salir ?

Don Luis. No.

Clara. Como te veo
Tan elegante, con esa
Corbata...

Don Luis. Regalo tuyo.
Pues no: como tú no quieras
Que salgamos... — Me he vestido
Para tí.

Clara. ¡ Jesus! me llenas
De orgullo. Pues bien, yo así
Que almuerce, voy á las tiendas...

Don Luis. Iremos juntos. Si no,
Mi plan; ya lo sabes, era
Pasar el dia á tu lado,
Como siempre. No me queda
Mas ilusion en la vida
Que tu cariño, y sintiera,
Por culpa mia, perder
La única cosa en la tierra
Que he creido... entre las mil
Mentiras que he visto en ella.

Clara. ¡ Ay! qué galante amanece
Hoy el dia.

Don Luis. Sí: de veras
Te lo digo. Haber hallado
Una muger de tus prendas,
Clara mia, es poco menos
Que un milagro.

Clara. Eso ya peca
De exageracion. — Yo estoy
Muy lejos de ser perfecta;
Y en el mundo hay infinitas
Mugeres...

Don Luis. ¿ Que se parezcan

A tí?

Clara. Mejores que yo.

Don Luis. No las he visto.

Clara. Pudiera

Consistir en que tampoco
Las has buscado. Y observa
Que está aquí Emilia, y según
Tu opinion, se mira envuelta
En la regla general.

Emilia. ¡Cómo ha de ser!

Don Luis. No: no es esa

Mi intencion. ¡ Como es posible!...
Lo bueno también se pega;
Y Emilia es tu hermana. — Pero
No juzgues por tí y por ella
De las demas: créeme á mí,
Que soy voto en la materia.

Clara. ¡Ay! ¡pobres mugeres! — Eso

Es juzgar con ligereza,
Luis. — Como tú no has tratado
De acercarte sino á aquellas
De quienes ya se sabia
Que eran materia dispuesta
Para aventuras galantes,
Sacas hoy la consecuencia
De que á ese círculo estrecho
Que conoces, se asemejan
Todas las demas mugeres;
Y eso permite que crea
Que no es conocer el mundo,
Sino conocerle á medias.

Don Luis. Bien: eso quiere decir
Que yo por mi mala estrella
He visto la parte mala...
Y ahora empiezo á ver la buena.
Siento no haber encontrado
Antes...

Clara. No: á mí no me pesa
Que la hayas visto: al contrario.
Dicen que los calaveras
Son despues buenos maridos.
Ya lo veremos. — Sintiera
Convencerme de que tiene
Alguna escepcion la regla.

Don Luis.

No seré yo la escepcion,
 Te lo ofrezco. Yo estoy fuera
 De combate. — La mayor
 Diversion que ahora me queda
 Es póneme en un rincon
 Y pasar horas enteras
 Viendo cómo pillo al vuelo
 Los guiños de inteligencia
 De los amantes. Es mucha
 Mi práctica en la materia,
 Y tengo yo tan presentes
 Las astucias y las tretas
 Que he visto usar...

Clara.

Y has usado...

Don Luis.

Y como todas emplean
 Los mismos medios... me río,
 Cuando en una concurrencia
 Veo á los pobres maridos
 Que en la sala se pasean
 Entre el recio tiroteo
 De miradas y de señas.

Clara.

Si no te equivocas nunca,
 Yo me doy la enhorabuena.

Emilia.

(Ap.) ¡Yo no! ¡Lo va á descubrir
 En cuanto entre por las puertas,
 Antoñito!...

Don Luis.

Pero es cierto,

Es cierto. La verdadera
 Felicidad no es andar
 Vagando de ceca en meca
 En pos de vanos placeres.
 Yo con todas mis riquezas
 Jamas he sido feliz.
 ¡La felicidad es esta!
 ¡Esta que ahora gozo! Hallar
 Una dulce compañera,
 Una casa, una familia...
 Esta vida me embelesa.
 Bien lo ves: yo casi nunca
 Salgo. De noche una vuelta
 Por el café, y al teatro;
 Acabada la comedia,
 A casa. Pero tú, Clara,
 Siento que no te diviertas

Mas. Mi deseo mayor
Sería verte contenta.

Clara. A tu lado lo estoy siempre

Don Luis. Es que yo quiero que seas

Completamente feliz

Como yo lo soy.

Clara. ¿De veras?

Don Luis. ¡Ah! ¡muy feliz! ¿no lo ves?

Tengo una confianza ciega

En tí. Vé al Prado, á tertulias,

Entra, sal, haz lo que quieras,

Vente conmigo al teatro.

Clara. De noche me da pereza

De salir.

Don Luis. ¡Pero estar siempre

Sola!... No, Clara. Qué vengan

Gentes á casa: los que iban

Cuando te hallabas soltera

A visitarte.

Clara. Si allí

No iba nadie: ya te acuerdas.

Como no fuera Antoñito...

Emilia. (¡No le digas!...)

Don Luis. Cierto. Ese era

Aquel jovencito...

Clara. Sí:

Aquel...

Don Luis. ¡Bonita presencia!

Allí le ví algunas veces

De visita; pero apenas

Entraba yo, se marchaba.

Clara. Es un chiquillo que empieza

A vivir: sin mundo: corto

De genio...

Don Luis. Pues ya que llega

La ocasion...

Emilia. (¡Yo estoy en áscuas!)

Don Luis. Diré á ustedes... como muestra

De mi práctica, que entonces

Creí columbrar en cierta

Jovencita, aquí presente,

Síntomas...

Emilia. ¡Vaya! — Si piensas

Que iba por mí, te equivocas.

Yo no he sido nunca de esas
Que tú dices. Yo no miro
A nadie : yo no hago señas
A nadie ; y aquí está Clara
Que diga... ¡No me desmientas!

Clara. Es verdad. — Y ya ves tú
Si sería una completa
Locura. Un chico sin pelo
De barba ! ¡Qué ! sin carrera
Todavía...

Don Luis. Me engañé :
Como él iba con frecuencia,
Y allí no había tertulia
Ni otro objeto que pudiera
Dar aliciente...

Emilia. Eso es.
¡Y el milagro me lo cuelgas
A mí !

Don Luis. ¿ Pues á quién ?

Emilia. Con nadie
Puede una hablar sin que crean
Estos hombres que hay intriga,
Y amores y... ¡ Estamos frescas !

(*Se levanta.*)

Clara. Anda, ponte la mantilla,
Que es hora de ir á las tiendas;
Y trae la mia.

Emilia. (No digas
Nada : no quiero que venga
Antoñito.)

ESCENA IV.

DON LUIS, CLARA.

Clara. Ya la has puesto
Como una grana. Se quema
Con tus bromas

Don Luis. ¿ Pero en fin,
Mi observacion era cierta ?

Clara. Sí.

Don Luis. ¡ Toma ! ¡ Tengo yo un ojo !...

Clara. Pero, por Dios, que no sepa

Emilia que te lo he dicho.

Don Luis.

¿Y por qué?

Clara.

Porque te tiembla.

Don Luis.

Pues yo acaso...

Clara.

Es sumamente

Tímida; y con las lindezas

Que dices de las mugeres...

Don Luis.

Y ese chico...

Clara.

Antes que vuelva...

Emilia te contará.

Ese chico no nos deja

A sol ni á sombra, nos sigue

Sin descanso, nos asedia.

No se ven; y ya conoces

Que la privacion fomenta

El amor en esa edad.

Por eso, Luis, yo quisiera

Una cosa...

Don Luis.

¿Qué?

Clara.

Si tú

Una noche le trajeras...

Sin darte por entendido...

Como que me le presentas

A mí, porque fué visita

De casa...

Don Luis.

Pero, ¿tú piensas

Casarlos?

Clara.

¿Estás en tí?

¿Casarlos? Para esponerla

A que al año se le antoje

Al niño ser calavera;

¿Y la haga infeliz? No, no.

Lo que quiero es que se vean

A su sabor, que se juren

Amor y constancia eterna

Cada minuto, que agoten

La cartilla de ternezas

Y requiebros; y verás

Cuando sus amores pierdan

El romántico barniz

De carta, escondite y reja,

Cómo los dos se fastidian

Y se acaba la comedia.

Don Luis.

¡Magnífico plan! — Amiga,

Te digo que eres maestra!
 Hoy mismo le traigo á casa.
 Tú siempre estarás alerta...
 No hay cuidado.

Clara.

Don Luis.

No te fies,

Que la ocasion...

Clara.

No la temas.

ESCENA V.

DICHOS, DON JUAN, RAMON.

(*Ramon viene como deteniendo á don Juan, quien sin atenderle se entra con el sombrero puesto.*)

Don Juan.

¡Qué recado! — Quita allá.

Ramon.

Es que...

Don Juan.

¿Ya no me conoces?

¿Dónde está Luis?

(*Llegando.*)

Don Luis.

¿Quién dá voces?

Don Juan.

¡Luisillo!

Don Luis.

¡Juan!

Don Juan.

(*Le abraza.*)

¡Voto vá!

El tunante de Ramon
 Quería pasar recado.
 Yo que estoy acostumbrado
 A colarme de rondon
 En tu casa...

Don Luis.

(*Indicando á Clara, con empacho.*)

Pero ahora...

Don Juan.

(*Reparando en Clara.*)

¡Calla!

Don Luis.

Ya ves...

Don Juan.

Es verdad:

Habiendo esta novedad
 No digo nada. — ¡Señora!

(*Se saludan.*)

Ya se vé, como hace un año

Que al extranjero marché
Y anoche mismo llegué
Con la Mala, no es extraño
Que ignorase... con que...

Don Luis.

(¡ Ay, Dios !

Qué burla me espera !)

Don Juan.

Ha sido

Muy bien hecho. — Hemos tenido
Un pensamiento los dos.

Don Luis.

¿ Es posible ?

Don Juan.

¡ Bravo, Luis !

¡ Es guapísima ! De veras.
Soberbia elección. — ¡ Si vieras
La que traigo de Paris !

Clara.

¡ Cómo !

Don Luis.

¿ Qué ?...

Don Juan.

Quando concluya

Un negocio... á casa voy
Y la traigo... Ha de hacer hoy
Amistades con la tuya.

Clara.

Pero...

Don Luis.

¡ Con que tú también !...

(¡ Se ha casado !... ¡ Respiremos !)
Si al cabo todos caemos...

Don Juan.

(*Se pasea, tomando algo del almuerzo.*)

Lo demás es un belén.
Andar á salto de mata,
Y esclavo de la querida...
¡ Vayan al diablo ! — Esta es vida
Mas cómoda... y mas barata.

Clara.

¡ Qué frases !

Don Luis.

(El casamiento

No le ha hecho mudar de estilo.)

Don Juan.

Así se vive tranquilo... —

¡ Esta tuya es un portento !

Poco te podrá gastar :

Tiene facha de hacendosa.

¡ La mia... la mia es cosa !...

Luisillo: ¿ quieres cambiar ?

Don Luis.

(*Con risa forzada.*)

¡ Viene muy bromista !

Clara.

(*Con ironia.*)

¡ Si !

ESGENA VI.

DICHOS, EMILIA.

(Emilia trae la mantilla puesta, y saca la de Clara.)

Emilia. ¿Vamos, Clarita?

Clara. *(Se pone la mantilla.)*

Al instante,

Don Juan. ¡Ay! ¡qué linda!... Este tunante
Las tiene á pares aquí!

¿Vive contigo?

Don Luis. Si tal:

Si es harmana...

Don Juan. Me interesa

Tambien. — ¿Cuándo una francesa
Ha de tener esa sal? —

¿Esta no tendrá querido?

¿Qué dice?

Emilia. *(Juan sé prudente.)*

Don Luis. *(¡Hay hombre mas insolente!)*

Clara. Pues, señor, yo me decido.

Don Juan. ¿A qué?

Don Luis. Nada: que me apesta

La francesa: que esta noche

Vuelvo á soplarla en el coche

Y me acomodo con esta.

(La toma del brazo.)

Emilia. *(Gritando.)*

¡Dios mio!

Clara. *(Con enfado.)*

¡Qué va usted á hacer!

Don Juan. Partí carré!

Don Luis. ¡Juan, repara!...

Don Juan. ¡Quita!

Emilia. ¡Suelte usted!...

Don Juan. ¿No es Clara

Tu querida?

Es mi muger.

Don Luis.

Don Juan. ¡Tu muger!...

(*Sorprendido, quitándose el sombrero.*)

Don Luis. Si; y ese modo
De hablar...

Don Juan. (*A Clara.*)

He sido un grosero,
Señora... — Este majadero
Tiene la culpa de todo.
Me ves hablar disparates
¿ Y no me avisas ?

Don Luis. Y á tí,
Quién te manda hablar así
Sin saber...

Clara. No mas debates.
No hay nada aquí que me choque.
El que trata solamente
Con cierta clase de gente,
¿ Qué extraño es que se equivoque ?

Don Juan. (¡ Me ha pegado á la pared !)

Clara. Vamos, niña.

Don Luis. (¡ Qué dirán !)

Clara. A Dios, Luis. — Señor don Juan,
Esta casa es muy de usted.

Don Juan. Hasta que mi aturdimiento
Logre el perdon alcanzar,
Vendré, aunque sepa abusar
De ese amable ofrecimiento.

Emilia. (¡ Pues como otra vez me asuste !...)

Clara. ¡ Jesus ! — No se necesita
Tal perdon. — Eso no quita
Que venga usted cuando guste.

Don Juan. (¡ Qué gracia tan seductora !...)

Don Luis. (*A Clara.*)

¿ Te marchas?... Saldré contigo.
Clara. No: quédate con tu amigo.
Vamos á tiendas ahora.

Don Juan. Por mí...

Clara. No no : que se esté.
Qué ha de hacer el pobre allí,
Oyendo hablar de *organdí*,
Y de *raso* y de *muaré*,

Y « vamos, llevo el vestido ?
 No sea usted tan carero... »
 Fastidiarse ; y yo no quiero
 Fastidiar á mi marido.

ESCENA VII.

DON LUIS, DON JUAN.

(*Don Luis se sienta con aire formal. Don Juan permanece de pié.*)

Don Juan. (¡Qué graciosa criatura ! —
 Mi virtud está en un tris. —
 ¡A un amigo!! — ¡Pobre Luis !
 ¡No tienes hora segura!)
Don Luis. ¡Me has dado un rato!...
Don Juan. Qué quieres.
 Si aun no he vuelto de mi espanto
 Tú que blasonabas tanto
 De conocer las mugeres!...
 ¡Tú casado !
Don Luis. A esa esperiencia
 Que adquirí en mi juventud
 Debo, Juan, esta quietud.
Don Juan. ¡Te has perdido con mi ausencia!
 Si tengo el menor indicio,
 ¡Cuando me voy de tu lado!
 Te encontraste abandonado
 Y diste en el precipicio.
 Pero sin ser adivino,
 ¿Quién sospecha?... Ya se ve,
 Cuando de aquí me marché
 ¡Ibas por tan buen camino!
Don Luis. Aquello era una ilusion.
 Solo aquí la dicha existe.
Don Juan. ¿Pero, cómo concebiste
 Esa fogosa pasion ?
Don Luis. No hubo tal pasion en mí.
Don Juan. Pues entonces no se explica...
 A no ser que fuera... — ¿Es rica?
Don Luis. No tiene un maravedí.

(*Se levanta.*)

Ni el dinero me movia,

Ni amor me ofuscaba el alma ;
 Por eso pude con calma
 Observar lo que valia.
 Yo que cansado ademas
 De esa vida borrascosa,
 Iba buscando otra cosa,
 Sin encontrarla jamas,
 Ví esta muger hechicera :
 Rompí los antiguos lazos,
 Y he hallado, Juan, en sus brazos
 Felicidad verdadera.
 En fin, tú caerás tambien ;
 Y ya me dirás si miento.

Don Juan.

De tan fatal pensamiento
 El Señor me libre, amen,

Don Luis.

Esas no son mas que frases.
 Tú estas cansado.

Don Juan.

No digo...

Don Luis.

Créeme, Juan, yo soy tu amigo :
 Es preciso que te cases.

Don Juan.

¿Cómo es eso?... Poco á poco.
 No exijas el sacrificio
 De que tambien pierda el juicio
 Porque tú te has vuelto loco.
 La amistad no llega á tanto.

Don Luis.

Eso dices porque ignoras
 Cómo se pasan las horas
 En esta vida de encanto.
 Mi muger es un tesoro,
 Es un ángel : no hay ninguna
 Que tales prendras reuna.
 ¡La estimaba ; y ya la adoro !

Don Juan.

Pues si no hay otra como ella,
 Y esa la pillaste ya,
 ¿ Con quién me caso ?

Don Luis.

Otra habrá :

Don Juan.

Confía en tu buena estrella.
 Serán mis maravedís
 Lo que busque, no mi amor ;
 Y en ese caso es mejor
 La que traigo de París.
 Porque esa, si yo la pillo
 En un renuncio, *laus Deo* :
 La acomodo en el correo,

Y á Francia. — Créeme, Luisillo :
 La muger no ama jamas.
 De soltera poco ó nada ;
 Pero despues de casada
 Suele amar...

Don Luis.

Don Juan.

A los demas.

Don Luis.

Hombre, alguna..

Don Juan.

Haré escepcion

En favor de tu muger.

Don Luis.

Gracias ; no era menester...

Don Juan.

Y tambien, por atencion,
 La haré en favor de su hermana,
 Que al fin es de la familia...

Don Luis.

¡ Hombre!... ¡ Harías con Emilia
 Una boda soberana !

Don Juan.

¡ Sí !

Don Luis.

Ello, habrá que desbancar
 A un rival...

Don Juan.

¡ Por eso no !

¡ Como me empeñase yo,
 Dónde iba el pobre á parar !

Don Luis.

¡ Pues hazlo ! ¡ Mira que es cosa
 De que no tienes idea

Lo que cautiva y recrea
 El cariño de una esposa !

Y no lo juzgues por ese
 Con que te tiene embaucado

La francesa : amor comprado,
 Por mucho que te embelese.

Ni es tampoco aquel delirio,
 Aquella fiebre de amante,

Abrasadora, incesante,

Que mas que gozo es martirio.

Es fuego que da calor

Al alma, sin abrasar :

Es conjunto singular

De la amistad y el amor.

Huye de tí el egoismo ;

Porque hay á tu lado un ser

Que tu pena y tu placer

Los siente como tú mismo.

En vez de frijolidad

Y de desprecio del mundo,

Se despierta en tí un profundo

Instinto de dignidad.
 Quieres merecer del hombre
 Respeto, aprecio, interes,
 Porque refleje despues
 En la que lleva tu nombre.
 — Ese tu eterno viajar.
 Por Francia, Italia, Inglaterra,
 Sin que haya un punto en la tierra
 Que alivie tu malestar,
 ¿Qué es sino cansancio, di?
 ¿Qué es sino un vago deseo
 De encontrar mas digno empleo
 A la vida que hay en tí?
 Pues esa eterna vagancia,
 Ese vivir volandero
 Que te hace tan estrangero
 En España como en Francia;
 La indiferencia fatal,
 O el tedio mas bien que sientes
 Cuando ventilan las gentes
 Algun negocio formal,
 Todo eso, que yo he probado
 Cuando como tú vivia,
 Se borra, Juan, desde el dia
 En que te miras casado!
 Ya por el público bien
 Te afanas, y en tí rebosa
 Con el amor de tu esposa
 El de tu patria tambien,
 Y el alma y los ojos fijos
 En su porvenir tendrás;
 Porque esta patria, dirás,
 Es la patria de mis hijos.
 En fin, Juan, el matrimonio
 Es origen, no lo dudes,
 De las mayores virtudes
 De la tierra.. — ¡Y... qué demonio!
 Mucho contra él se propala;
 Pero cuando todos dan
 En casarse... Vamos, Juan,
 No será cosa tan mala.

Don Juan.

(Despues de una pausa.)

¿Cuándo te casaste?

Don Luis.

¿Cuándo?

Hará tres meses.

*(Vuelve á sentarse.)**Don Juan.*

Corriente.

Pues voy á tener presente
Esa arenga; y si en pasando...
Vaya, no quiero alargarme,
Un año, dices lo que hoy,
Consiento por lo que soy...
¿En qué diré yo?... en casarme.

Don Luis.

Tendré la misma opinion;
No es Clara de esas mugeres...

Don Juan.

Te lo concedo, si quieres:
Es la misma perfeccion.
Pero no está en ella el mal;
Y aun cuando yo tropezara
Con otra segunda Clara,
No me casaria.

Don Luis.

¡Hay tal!

¿Ni aun teniendo esa fortuna
Querrias casarte?

Don Juan.

No.

Don Luis.

¿Pero por qué?

Don Juan.

Porque yo

No creo, Luis, en ninguna.
Juntos corrimos el mundo:
Tú has perdido la memoria;
Yo recuerdo aquella historia,
Y en su esperiencia me fundo.
Todas son á cual peor:
Yo me mantengo en mis trece.
La que mas santa parece
Es porque engaña mejor.

Don Luis.

Pues yo veo por ahí
Muchos maridos felices.

Don Juan.

¿Quién lo duda?

Don Luis.

Es que tú dices...

Don Juan.

Los predestinados, sí.
La culpa siempre es del hombre.
Todos tienen igual suerte;
Pero el que el riesgo no advierte
¿De qué quieres que se asombre?

El que de ellas solamente
 Ha visto el falso barniz,
 ¡ Se casa, y es muy feliz!
 No hay amigo ni pariente
 Que con caridad estraña,
 Como escamado le vea,
 En el deber no se crea
 De decirle : « ¡ usted se engaña! »
 Viene la suegra y el suegro,
 Y entre ellos y la muger,
 Y el amante, le hacen ver
 Que lo que era blanco es negro. —
 Pero yo que soy un galgo
 Que huele á media jornada,
 Y que aunque no vea nada
 He de presumir que hay algo,
 ¿ Iré á aumentar el artículo,
 Bastante crecido ya,
 De esa caterva, que está
 Constantemente en ridículo?

(*Poniendo el brazo sobre el cuello de don Luis.*)

¡ Cuántas víctimas, ¡ oh Luis!
 Hemos hecho!... — ¿ Qué es de aquel
 Intendente?...

(*Sonriendo.*)

Don Luis.

¿ Don Gabriel?

¿ El que jugaba al bis-bis?

Don Juan.

¡ Y ella cómo te quería!

Don Luis.

Era un volcan

Don Juan.

Y el simplon

Decía : « ¡ Es mucha pensión!

¡ Esta Enriqueta es tan fria! »

Don Luis.

¡ Pobre diablo!

(*Riendo.*)

Don Juan.

¿ Y tus amores

Con la rubia?... Con aquella...

Don Luis.

¡ Oh! ¡ Maruja!

Don Juan.

¡ Y su doncella,

Qué alhaja!

Don Luis.

Sí : la Dolores.

(*Se levanta.*)

Todos los días, mas fija
Que el sol, á la misma hora
Con carta de su señora...

Don Juan.

¿Conservas aun la sortija?

Don Luis.

Por ahí anda.

Don Juan.

¡Te la dió

En las barbas del marido!

Don Luis.

Pues no era aquel muy sufrido.

Don Juan.

Ella le domesticó.

Don Luis.

¡Tenia golpes soberbios!

Don Juan.

Y qué caricias le hacia

Cuando mas...

Don Luis.

¡Qué bien sabia

Fingir ataques de nervios!

Don Juan.

Y cuando dió en ir á misa

Sin dejar una mañana;

Y él decia : « ¡Qué cristiana

Es mi Maruja! »

Don Luis.

¡Qué risa!

Mereció por animal...

Don Juan.

¡Toma!

Don Luis.

¡Tan corto de alcances!...

Don Juan.

Pero entre todos tus lances,

El mas chistoso fué...

Don Luis.

¿Cuál?

Don Juan.

El de aquella con quien tú

Te estacionaste...

Don Luis.

¡Ah! sí : ¡Rosa!

Don Juan.

La facha mas candorosa...

¡Y era el mismo Belcebú!

Don Luis.

¿Qué lance? — ¿Cuando me dió

Una cita por el *Diario*?

Don Juan.

No...

Don Luis.

¿Cuando en aquel armario

Me tuvo escondido?

Don Juan.

No...

Eso á cualquiera le pasa. —

¡Cuando urdió aquel embolismo

Para que el marido mismo

Te presentase en su casa!...

Don Luis.

(*Mudando de color.*)

¡El marido mismo!...

Don Juan.

¡Pues! —

¿No te acuerdas?

Don Luis.

Sí... Me acuerdo...

Don Juan.

¡Y eso que aquel no era lerdo!

Don Luis.

¡No era... lerdo!

Don Juan.

No : al revés.

Hombre de mundo... y muy ducho...

Don Luis.

¿De mundo?

Don Juan.

Pero es en vano :

No basta el saber humano...

Don Luis.

Pues, ó yo me engaño mu. ho...

O, vamos... aquel marido...

Era torpe. Quién da un paso

Tan... No sé; pero en su caso

Yo lo hubiera conocido.

Don Juan.

¡Qué habias de conocer!

Ella lo prepararía

Con aquella maestría

Que tiene toda muger.

Con ese don infernal

De tal suerte le ofuscó,

Que al hombre le pareció

La cosa mas natural.

Don Luis.

(*Sentándose.*)

Es verdad... eso seria...

Don Juan.

¿Qué tienes?

Don Luis.

Nada.

Don Juan.

Ya estoy.

Estos recuerdos... — Me voy.

— Ya has hecho la tontería...

Con que adelante : á vivir.

(*Abrazándole.*)

Adios, chico.

Don Luis.

¿Volverás?

Don Juan.

¡Pues no he de volver! — Quizás

Me llegues tú á convertir.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

¡El marido mismo... sí!
 ¡El marido mismo fué! —
 Vino de tan buena fé
 A llevarme!... ¡Y luego allí
 Qué ridículo papel
 Entre las gentes hacia!
 Todo Madrid lo sabía,
 Todo Madrid... menos él.
 Me ha entrado un desasosiego ..

(Se levanta.)

Este Antoñito... — ¡Dios mio!
 Si en la relacion confio,
 Y le traigo á casa, y luego...
 No le traigo : se acabó. —
 ¿Y qué pretesto he de dar?
 ¡Si Clara llega á notar
 Que sospecho de ella!... No. —
 ¿Porque si no hay fundamento,
 Qué logro? mortificarla,
 Y si le hay, es avisarla
 Que se vaya con mas tiento. —
 Pero tambien, si es que existe
 Ese condenado plan
 Para traer al galan,
 ¡Traerle yo mismo... es chiste!
 Dice que á Emilia pretende,
 Pero Emilia lo negaba;
 Y Clara titubeaba
 Al explicarme... — Aquí hay duende. —
 ¡Qué bueno es haber corrido!
 Este lance lo acredita. —
 ¡Aquel candor de Rosita
 Cuando persuadió al marido,
 Es una leccion preciosa! —
 ¿Qué ardid pueden ya inventar
 Que yo no haya visto usar?
 ¡La esperiencia es mucha cosa! —

¡Y yo sin aprovecharme
De la que tengo! — Fortuna
Que en ocasion oportuna
Viene Juan á despertarme.
Yo traeré á Antoñito á casa.
— ¡Ramon!

ESCENA IX.

DON LUIS, RAMON.

Ramon.
Don Luis.

¿Señor?
El sombrero.

(Se va Ramon, y vuelve con el sombrero.)

Le traeré. Pero primero...
— Voy. — Yo sabré lo que pasa.
Tratemos de preparar
El campo. — ¡El tal Antoñito!... —
¡Pero, Dios mio! ¿está escrito
Que ninguno ha de escapar?...
(Se va por el foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, RAMON.

(Salen por el foro.)

Don Juan.
Ramon.
Don Juan.

¿Con que todos están fuera?
Sí señor.

Por eso vuelvo.
He hallado á Luis en la calle
Tan distraido, que habiendo,
Pasado yo junto á él,
Ni me ha visto. Y como tengo
Deseos de hablar contigo,
Dije : allá voy... Con que, hablemos.
Esplicame tú...

Ramon.

¡Ay! ¡Señor

Don Juan! ¡Usted nos ha muerto
 Con marcharse de Madrid!
 ¡Por ese viaje nos vemos
 Casados!

Don Juan.
Ramon.

¡Tú tambien!

No;

Pero es lo mismo. Estoy hecho
 Tan marido como el amo.
 Esta casa es un convento.
 Solo cada tres domingos
 Me dejan ir á paseo
 Un par de horas, y si tardo
 Dos minutos mas, ya hay gesto
 En la señora.

Don Juan.

¡Hola! Dime :

¿Qué tal genio?...

Ramon.

Un cancerbero

Conmigo... Me hace barrer,
 Me hacer ir á la compra; y luego
 Apuntar en un librote
 Lo que traigo, con sus precios;
 Y como falten dos cuartos,
 Me hace devanar los sesos
 Hasta que sale la cuenta
 Cabal. — Yo no soy para esto :
 ¡El órden me mata! ¡Usted
 Que me ha visto en aquel tiempo
 Dichoso ser confidente
 De los íntimos secretos
 Del amo, no descansar
 Estudiando el mejor medio
 De deslizar un billete,
 De entretener á un cochero,
 De acechar á algun marido,
 Y mientras estaba dentro
 El amo, ensayarme yo
 En conquistar el afecto
 De una linda camarera!...
 El que se ha criado en eso
 No puede... ¿Pues y propinas?
 ¿Y ser dueño del dinero
 Sin andar jamas con cuentas
 De esto pongo y esto debo?
 La verdad, señor don Juan,

El amo me tira, es cierto;
 Pero ya estoy hasta aquí
 De escoba y de casamiento.

Don Juan.

¡Pobre Ramon! ¡Eres digno
 De mejor suerte! Ya veo
 Que tú no has hecho traicion,
 Como el pobre Luis, á aquellos
 Principios que en nuestra escuela
 Aprendiste.

Ramon.

Nada de eso.
 ¡Calavera hasta la muerte!
 Y en esta casa no puedo...

Don Juan.

Anda, déjalo correr.
 Ten paciencia. Tras de un tiempo
 Viene otro. Quizá aquí mismo
 Las cosas muden de aspecto...
 Y entonces... (Este es muy listo;
 Y si no logro ponerlo
 De mi parte, es imposible
 Mi plan : lo descubre al vuelo.)
 Tú por volver á tu oficio
 Darías...

Ramon.

¡Lo que no tengo!

Don Juan.

Y como hombre de principios
 Fijos, no te importa un bledo
 Que la persona á quien sirvas
 Se llame...

Ramon.

Nada. ¡En habiendo
 Intriguilla, ya estoy yo
 En mis glorias, y dispuesto
 Á engañar al *sursum corda!*
 Al mismo Luis.

Don Juan.

Ramon.

Lo que es eso...
 Es mi amo...

Don Juan.

¡Pero es marido!

Ramon.

¡Es verdad!

Don Juan.

Y en el momento
 Que se casa un hombre, pierde...
 ¿No te acuerdas?

Ramon.

Sí me acuerdo,
 Sí señor. Pierde... ¿Cómo era?

Don Juan.

Pierde todos sus derechos
 Sociales, y se declara...

Ramon.

Eso es : se declara objeto

De hospitalidad. ¿Eh?

Don Juan. Mal

Pronunciado, pero 'es eso.
Objeto de hostilidad.

Ramon. Pues : como quien dice : ¡á ellos!

Don Juan. Y si á tí se te ofreciera
Una ocasion, por ejemplo.
De ejercer tu habilidad...
Aun cuando fuera aquí dentro,
¿Renunciarias, Ramon,
Á la gloria y al provecho
Que pudiera resultarte,
Por guardarle miramientos
Á un amo?... indigno de tí,
¡Débil! ¡apóstata!...

Ramon. Pero

En esta casa no alcanzo
Quién pueda ser... Yo no veo...
¿No me ves á mí?

Don Juan.

Ramon. ¡Usted!...

Don Juan. Calla.

Este es un golpe maestro.
¡Tu ama es preciosa! y merece
Que por compasion al menos
Se la saque de esa vida
De hacer cuentas y andar viendo
Cómo se barre y se cose;
En fin, de esos ministerios
Mecánicos.

Ramon. Eso sí.

¡Es un dolor! — ¡Con un cuerpo...
Y una cara!... y sin pensar
En mas que en quitar de enmedio
Los trastos, ¡y en que se barra!...
¡Oh! verás cómo la hacemos
Que se olvide de esas cosas.

Don Juan.

Ramon. ¡Será muy útil!

Don Juan. Te ofrezco

Trocar antes de dos meses
Este triste monasterio
En la mansion del placer.
Y tu ama dará el ejemplo.
Es decir, si tú me ayudas.

Ramon. ¿Con que usted, por lo que veo,

Ni á sus antiguos amigos
Perdona?

Don Juan.

Pero, hombre; puesto
Que mas tarde ó mas temprano
Alguno ha de ser, yo quiero
Adelantarme. Lo haré
Como amigo. Desde luego,
Por ser él, suprimiré
El escándalo. Y te advierto
Que es sacrificio. Ya sabes
Que no parece completo
El triunfo, sin la salsilla
De que corra.

Ramon.

Es verdad; pero
En casos como este, cuando
Hay amistad de por medio...

Don Juan.

Y luego, hay compensaciones.
A tu amo le volveremos
Al mundo, se distraerá.
La vida que hace es un mero
Paréntesis. Ahora mismo
Casi á apostarte me atrevo
Que tiene intriga. ¿Has oído
Tú?...

Ramon.

Nada.

Don Juan.

¿Pues, á que es cierto?
Tú obsérvalo bien, y como
Yo me equivoque...

Ramon.

Veremos.
Conmigo no se franquea.
Pero me pondré en acecho,
Y no se me escapará.

Don Juan.

Pues avísame al momento
Que lo sepas. ¡Ya verás
Llover sobre tí de nuevo
Los lances y las propinas! —
¡Ah! Cuidado. Lo primero
Es ganar á la doncella.
Tú ya sabes el secreto :
La haces el amor : la ofreces,
Si es preciso...

Ramon.

Está usted fresco.
¿Amor? — ¡Si es una argandeña
Como un puerco-espín! Yo, lleno

De amabilidad, por ver...
 Y en fin, por matar el tiempo,
 Me he acercado algunas veces...
 ¡Que si quieres! Siempre llevo
 Una coz. — Señor don Juan,
 Esto no es el bello sexo.
 Pues es preciso que insistas
 En tu plan. ¿Quién dijo miedo?
 Esa conquista te cubre
 De gloria. Ablandar un pecho
 De cal y canto.

Don Juan.

Ramon.

Benita.

Don Juan.

Ramon.

Si tal.

(*Dentro.*) ¡Ramon!

¿Quién te llama?

Creo

Que es la susodicha.

Don Juan.

Pues

Me voy. Cómprala un pañuelo.

(*Le da dinero.*)

¿Qué horas tiene Luis?

Ramon.

De noche

Va al teatro...

Don Juan.

¿Sí? — Hasta luego.

ESCENA II.

RAMON.

Pues señor, ya empiezo yo
 Á encontrarme en mi elemento.
 Propinas... Amores... Ande
 La...

Benita.

Ramon.

(*Dentro.*) ¿Ramon?

¡Otra te pego!

Es mi víctima futura.
 No la respondo : con eso
 Vendrá aquí, y empezaré
 El plan de ataque. Allá adentro
 Con la cocinera, es cosa
 Imposible. — Dicho y hecho,

ESCENA III.

RAMON, BENITA.

(Benita sale, y al verlo se queda parada, con enojo. Ramon ha tomado una actitud sentimental.)

- Benita. ¡ Sordo !
 Ramon. ¿ Quién ?
 Benita. ¿ Pues no oye usted
 Que le llaman ?
 Ramon. ¿ Será cierto ?
 ¡ Benita ! ¿ usted me llamaba ?
 Benita. Sí señor : ¿ á ver si aquello
 Ha sido en la vida un cuarto
 De peregil ?
 Ramon. ¡ Dios eterno !
 ¡ De peregil viene á hablarme !
 Benita. Todos los dias tenemos
 La misma cancion. La Juana
 Dice que es usted un mostrenco,
 Que no trae la compra bien
 Casi-nunca.
 Ramon. ¿ Ese concepto
 Tiene la Juana de mí ?
 ¿ Qué me importa ? A quien yo quiero
 Agradar no es á la Juana,
 Si no á ese rostro de cielo
 Que...
 Benita. Siempre trae las perdices
 Pasadas...
 Ramon. Pasado el pecho
 Tengo yo.
 Benita. De las dos libras
 De vaca, la mitad hueso...
 Ramon. Usted me lo hace roer,
 ¡ Ingrata !...
 Benita. El tocino, añejo.
 Ramon. Mas añejo es este amor...
 Benita. La leche, aguada...
 Ramon. Que siento...
 Benita. Los tomates...
 Ramon. En el alma...
 Benita. Podridos.

Con buen fin...

Ramon.

¿Pues con qué fin,
Que no sea santo y bueno,
Pudiera acercarme yo
A la alhaja de mas precio
Del cosechero de Arganda?
(Pues este negocio es serio.)
¡Oh! ¡Benita! ¿No seria
Un horror que algun paleta
De vara en cinto cargara
Con tan robusto majuelo?
Si usted se volviera allá
Llevando al lado... (¡le tengo
Una aversion al vocablo!)
Llevando al lado un... mancebo...
En fin... casi un señorito...
Míreme usted.

Benita.

Yo... en viniendo
Mi padre... se lo diré...
(¡No es mal mozo!) Siendo cierto...

Ramon.

¿Cómo cierto? Pues si traigo
En vez de lechuga, berros,
Si se me olvida barrer,
Si deajo caer al suelo
Los platos... ¿por qué será,
Sino porque me enageno
Pensando en esta Benita
Que me ha trabucado el seso?
Entonces... bien; porque, en fin,
¿A qué está una?

Benita.

Ramon.

¡Oh! ¡portento
De bondad!... (¡Es propietaria!)
Sí, ¡Benita!... El himeneo...

Benita.

¿Qué ha dicho usted?

Ramon.

El matrimonio...

Benita.

¡Ah!

Ramon.

Ligará con el tiempo
Esta mano...

(Va á tomársela.)

Benita.

Vaya, vaya...
Las manos quedas...

ESCENA IV.

, DICHO, CLARA, EMILIA.

(Clara trae un lio de compras.)

Clara. ¿Qué es esto?

¿Qué hacen ustedes aquí
En conversacion? ¡Me alegro!Ramon. Señora, yo bien he oido
La campanilla, mas yendo
A abrir, oí pasos, y dije
A Benita: ya han abierto.Clara. ¡Pues es oír! Porque yo
No he llamado.

Ramon. ¿No? Pues ello...

Clara. Salia gente; y entramos;
Con que...

Ramon. Pues yo...

Clara. *(Con severidad.)*

Vete adentro.

Ramon. Jurara!...

*(A una mirada de Clara se va.)**(Para abadesa*No hay otra. — Yo te prometo
Que he de ayudar á don Juan...
Y te domesticaremos.)

ESCENA V.

CLARA, EMILIA, BENITA.

Clara. Y tú, tampoco tenias
Que hacer?

Emilia. No la riñas.

Benita. Tengo,

Sí señora; pero á veces
Una...Clara. ¿Has aplanchado el cuello
Que te dije?

Benita

¡ Cuánto ha!

Clara.

Bien.

¿ Y no tienes ahí un cesto
De ropa que repasar ?

*Benita.**Clara.*

¡ Como si no hubiera tiempo !
No señor : lo que hay que hacer,
A hacerlo. Y en fin, no quiero
Verte mano sobre mano,
Ni en conferencias...

Emilia.

Yo creo

Que la riñes sin motivo.

Ella trabaja...

Clara.

No es eso.

¿ Qué sabes tú ?... — Vete al cuarto
De la labor.

ESCENA VI.

CLARA, EMILIA.

Clara.

Yo me entiendo.

Esta chica se vá echando
A perder. Hace algun tiempo
Que sin pedirme licencia,
Cosa que jamas ha hecho,
Sale de casa, y no dice
Dónde ha ido.

Emilia.

Eso no...

Clara.

Y luego

Este perillan se arrima
Demasiado ; y yo sóspecho...

Emilia.

¡ Oh ! lo que es él... ha servido
A Luis... y de tal maestro
Tal discípulo.

Clara.

Qué tema

(Examinando las compras que ha puesto en el velador.)

Le tienes!

Emilia.

Ya lo estás viendo.

¿ Y el hombre de esta mañana ?
Verás como vuelve.

Clara.

Bueno :

Que vuelva.

Emilia. ¿A darme otro susto?

Clara. Eso no : mira qué presto
Mudó de estilo.

Emilia. Verás
Cómo pervierte de nuevo
A Luis.

Clara. ¡Qué afán de anunciarme!...
Si yo creyera en agüeros. —
Por fortuna, Luis se encarga
De desmentirte con hechos;
Y hoy mismo tengo una prueba...
Sin duda con el objeto
De desenfadarme, el pobre...

Emilia. ¿Cuál es, dime?

Clara. Es un misterio.

Emilia. A propósito. — ¿Querrás
Esplicarme qué fué aquello
Que te dije el tirolés
Al oído, que al momento
Te hizo dejar los pendientes
Que ibas á llevar? — Has hecho
Mal.

Clara. Es verdad.

Emilia. Tan baratos...

Clara. ¡Mucho!

Emilia. ¡Y de un gusto tan nuevo!
Y no tenía otro par.

Clara. Pues esta noche has de verlos...

Emilia. ¿Dónde?

Clara. Aquí.

(Indicando sus orejas.)

Emilia. ¡Qué dices! ¿Cómo?

Clara. Para que vayas perdiendo
La mala opinión que tienes
De Luis, te diré el secreto
Del tirolés. Como somos
Parroquianos hace tiempo,
Me dijo aparte: señora,
No los lleve usted. — La advierto
(En confianza) que ha estado
Aquí hace pocos momentos
El señor don Luis en busca

De unos pendientes, que luego
Dijo que recogeria ;
Y yo al punto, conociendo
Que seria un regalito
Para usted, le iba á dar estos,
Que acabo de recibir.

Emilia.

¡Hola !...

Clara.

¿Te vas convenciendo ?

Emilia.

¡Vamos !...

Clara.

Yo voy á dejar
Que él me sorprenda primero ;
Y en seguida le doy...

(*Abriendo una cajita en que hay una sortija.*)

Emilia.

¡Ya !

Yo no acertaba... — Por eso
Has comprado esta sortija.

(*Mirándola.*)

¡Qué linda !

Clara.

Y de poco precio.

Emilia.

No he visto ninguna...

Clara.

Ayer

Dice que las recibieron.

Emilia.

Y otra igual le queda allí.

Clara.

No hay más que las dos.

Emilia.

Por cierto,

Clara...

Clara.

¿Qué ?

Emilia.

Se me han pasado

Unos deseos...

Clara.

¿Deseos

De qué ?

Emilia.

Me da cortedad.

Clara.

Vamos, habla. ¿El camafeo

Aquel ?...

Emilia.

No.

Clara.

¿El devocionario

Con forro de terciopelo

Y los adornos de plata ?

Emilia.

No. — La otra sortija...

Clara.

Pero,

Emilia, ¿no ves que son
Para hombre ?

Pues por eso.

Emilia.

¡Cómo!

Clara.

Vamos ; que me pongo

Emilia.

Colorada.

Ya comprendo.

Clara.

¿ Estás loca ?

¿ Por qué ?

Emilia.

Clara.

- Pues ;

Para Antoñito.

Y no veo...

Emilia.

Clara.

¡ Calla !

¿ Pues qué tiene ?...

Emilia.

Clara.

Tiene,

Y mucho.

¡ Ya ! Si queremos

Emilia.

Interpretar, como Luis...

Hasta lo mas... Mira ; tengo

Que corresponder tambien...

Vamos, te diré un secreto,

En pago de ese que tú

Me has revelado. — ¿ Ves esto ?

Hola... un brazalete.

Clara.

Emilia.

Sí.

Clara.

Emilia.

Cómo has sabido esconderlo...

Pues él me le dió en memoria,

Llorando de sentimiento...

¡ Qué bonito es ! — Cuando tú

Te casaste, conociendo

Que ya con la nueva vida

No seria fácil vernos. —

Con que es preciso que yo...

Clara.

No, Emilia. — Yo no exagero

Las cosas ; ya me conoces.

El brazalete... no hay riesgo

En que tú le hayas tomado ;

Pero en esto sí : es muy feo

En una niña el hacer

Regalos á un muchachuelo

Con quien no ha mediado nada

Formal, dándole derecho

A jactarse...

Emilia.

El no es capaz...

Y aquí no hay malicia.

Clara.

Pero

Como al mundo no le consta,

Juzgará de muy diverso

Modo.

Emilia.

La que es buena...

Clara.

Debe

Ademas...

Emilia.

¿Qué?

Clara.

Parecerlo.

Emilia.

El mundo...

Clara.

Ven á quitarte

(*Llamando.*)

La mantilla; mediremos

Ese lienzo, mientras Luis

Viene.

ESCENA VII.

DICHAS, RAMON.

Ramon.

¿Señora?

Clara.

Trae eso

A mi cuarto.

(*Se van.*)

ESCENA VIII.

RAMON, LUEGO DON LUIS.

Ramon.

(*Recogiendo las compras.*)

Me pilló.

Ha olido mi trapicheo

Amoroso...

(*Llevándose las.*)

Don Luis.

¿A dónde vas?

Ramon.

A llevar esto allá adentro.

Don Luis.

Y qué es eso? A ver, á ver.

Ramon. Yo no sé. Compras que ha hecho
La señora...

Don Luis. (Mirando las compras.)

¿Ya ha venido?

Ramon. Ahí está.

Don Luis. Medias... pañuelos...

¿Y esta cajita encarnada?

(La abre.)

¡Una sortija!... — Probemos. —

(Se la prueba.)

¡Hola!... Pues no es para ella.
Me viene a mí. — Es para dedo
De hombre. — No hay duda. — ¡Dios mío!...
¿Para quién será?

Ramon. ¿Lo llevo?

Don Luis. (No se me despintará.)

Sí, llévalo; y vuelve presto.

Ramon. (Se ha quedado pensativo.)

(Se va.)

ESCENA IX.

DON LUIS.

¿Será para mí? — No creo
Que esté de humor de regalos.
Porque ella, con el suceso
De esta mañana, noté
Á pesar de sus esfuerzos,
Que se fué muy enfadada
Conmigo. ¡Tendrá hoy un gesto!... —
De fijo : no es para mí. —
En fin, calma, y vamos viendo.
Lo primero es no ofuscarme.
El plan que traigo dispuesto
Es el mejor : la criada
Ha de saber... Yo me acuerdo
De que en todas mis intrigas

Siempre eran ellas...—Por medio
 De Ramon veré si logro
 Saber con maña...—No tengo
 Necesidad de nombrar
 Á mi muger : nada de eso.
 Decir á un criado... ¡No! —
 Con averiguar si es cierto
 Que hay amores entre Emilia
 Y Antoñito, voy derecho
 Á sacar la consecuencia
 Precisa. — Él es listo. Y luego...
 Dádivas quebrantan peñas! —
 ¡Oh! Como haya algo, lo pesco.

ESCENA X.

DON LUIS, RAMON.

Don Luis. Lo llevastes.
Ramon. Lo llevé.
Don Luis. ¿Y qué ha dicho?
Ramon. Regañar,
 Porque he tardado en entrar.
 Y yo le he dicho que usté
 Al mismo tiempo llegó...
Don Luis. ¿Y entonces?
Ramon. Me ha preguntado
 Si habia usted registrado
 El envoltorio...
Don Luis. (¡Hola!)
Ramon. Y yo...
 Le he dicho... que no.
Don Luis. ¡Bien hecho!
Ramon. Buscó esa caja encarnada...
Don Luis. ¿Y qué hizo con ella?
Ramon. Nada :
 La guardó...
Don Luis. ¿Dónde?
Ramon. En el pecho.
Don Luis. (Ahí es donde guardan ellas...)
 Tú lo llevarias todo
 Revuelto, de cualquier modo...
Ramon. No tal.

Don Luis.

¡Siempre te atropellas! —
 Vamos; si he de hacer tu suerte,
 Vida nueva : ya es razon
 Olvidar... Quiero, Ramon,
 Que trates de establecerte.
 Haz lo que yo. ¿No conoces
 Alguna?... Ahí está Benita,
 Muchacha honrada, bonita...
 ¡Oh! ¡no sabes tú los goces!...
 ¡Si señor! (Saquemos raja
 Por este lado tambien.)

Ramon.

¿Y ella?

*Don Luis.**Ramon.*

Como vé mi tren...

Ella quisiera andar maja...

*Don Luis.*Háblala : dila que vas
 Con buen fin...*Ramon.*

Eso es seguro.

Don Luis.

Que tu cariño es muy puro...

Ramon.

Por supuesto.

Don Luis.

Y lo demas

Corre de mi cuenta.

*Ramon.**(Escamado.)*

¿El qué?

Don Luis.

Que haya algunos regalillos...

*Ramon.**(Comamos á dos carrillos.)*

Eso siempre... ¡Ya se vé!...

¡Muchas gracias! (¡Calla, calla!

Don Juan me mandó observar...

Si la querrá conquistar...

¿Y seré yo la pantalla?)

Don Luis.

En fin, á ver si consiente...

*Ramon.**(¡Adios, majuelos de Arganda!)**Don Luis.*Y cuando la tengas blanda,
 Le has de decir que te cuente...*Ramon.*

¿Qué?

Don Luis.

Yo tengo una familia

Á mi cargo : soy su gefe ;

Y eso de que un mequetrefe

Engañe á la pobre Emilia...

Ramon.

¿A la señorita?

Don Luis.

Pues.

Yo tengo acá mi rece'lo

De que cierto jovenzuelo
La anda rondando... y ya ves.
¡Tan niña, tan candorosa!...
Ay, Ramon, me hace temblar.
¡Con cien ojos hay que estar!
(Ya entiendo; esto es otra cosa.)

Ramon.

Don Luis.

Pregúntale tú... Averigua
Con maña, si ese mocito,
Que ha de llamarse... Antoñito,
Era ya visita antigua :
Si le vió dar á entender
Que á la muchacha queria,
Y si ella correspondia...
Eso lo debe saber.
Hoy mismo quiere ese tonto
Venir aquí, y es preciso
Que yo viva sobre aviso...
Conque, Ramon, ¡hazlo pronto!
Por mi parte...

Ramon.

Don Luis.

Ramon.

Don Luis.

Ramon.

Don Luis.

¡Sí, por Dios!
(No hay duda : es la cuñadita.)
Sonsaca bien á Benita.
(¡Calla! ¡si querrá á las dos!)
Y por ahora, Ramon,
En prueba de tu terneza,
Como cosa tuya, empieza
Por hacerle esta espresion.

(Sacando una caja con pendientes.)

Ramon.

Don Luis.

Ramon.

Don Luis.

¿Y qué es esto?
Unos pendientes...
¡Qué bonitos!
Muy sencillos.

Ramon.

Don Luis.

Ramon.

Don Luis.

Di que con tus ahorrrillos...
Ya estoy.
Y á nadie le cuentas!...
¡Qué he de contar!
Bien : pues anda,
A ver si hoy mismo...

Ramon.

Don Luis.

Ramon.

Allá voy.
Vete, que vienen.
(Ya soy
El cosechero de Arganda!)

ESCENA XI.

DON LUIS, LUEGO CLARA.

Don Luis. Mi muger. — Seamos prudentes.
¡Bonita cara traerá
Con el lance de hoy!

Clara. (Saliendo.)
(¿Qué hará,
Que no me trae los pendientes?)

(*Llégase á él con aire festivo, y le toma cariñosamente del brazo.*)

Un buen marido, al volver
A su caso lo primero
Que debe hacer, caballero,
Es buscar á su muger
Y darla un abrazo; ¿estamos?

Don Luis. (¿Que cariño intempestivo
Es este? Yo no concibo...)

Clara. ¡Que estoy esperando, vamos!
Ese abrazo.

Don Luis. (La abraza.)

(¡Es singular!)

Clara. ¿Y nada mas?...

Don Luis. (¿Qué mas quiere?)

Clara. (¡Cuando trae algo, se muere
Por hacerlo desear!)—

Don Luis. ¿Por dónde has andado, dí?
Por las calles... sin objeto...
He encontrado á aquel sugeto.

Clara. ¿A quién?

Don Luis. A Antoñito.

Clara. ¡Ah!...

Don Luis. Sí.

Clara. ¿Y de mí, te has acordado?

Don Luis. (¡Muda de conversacion!)

Clara. (¡Cómo se hace el remolon!)

Don Luis. Y tú, dime, ¿qué has comprado?

Clara. ¿Yo?

(*Tentándole los bolsillos con disimulo, y fingiendo que le acaricia y le compone la corbata y el chaleco.*)

Don Luis.

Sí.

Clara.

(¿Dónde los tendrá?)

Con ver tanta baratija...

Don Luis.

(¡Si irá á darme la sortija!)

Clara.

Nada al fin.

Don Luis.

(No me la dá.

¡Si ahora yo se la sacara

Del pecho!...)

Clara.

(Aquí no los tiene.)

Don Luis.

(Pero no, no me conviene.)

Clara.

Poco has pensado en tu Clara.

Yo, como nunca me olvido

De mi Luis...

Don Luis.

(¡Qué soboncita! —

Lo mismo estaba Rosita

Con aquel pobre marido!)

Clara.

Fuí á una tienda á buscar

Una holanda muy barata;

Y he comprado otra corbata

Que te quiero regalar.

Don Luis.

¡Hola! otra corbata, ¿eh?

Te lo estimo. — Pero, Clara,

Estraño verte esa cara

Tan alegre, y tan...

Clara.

¿Por qué?

Don Luis.

Por la escena que ese tonto

De Juan...

Clara.

Sí, me incomodó.

Pero ya sabes que yo

Me desenfado muy pronto,

Y como tú no has tenido

La culpa... En fin; no fué nada. —

¿Y luego, dí, quién se enfada

Con tan amable marido?

Y hoy que va á darla á su esposa

El pobre una prueba mas...

Don Luis.

(Ya te entiendo.) Lo dirás

Porque te traigo...

Clara.

(Con viveza.) ¿Qué cosa?

Don Luis.

¿A Antoñito?

Clara.

(Picada.) Sí: eso es.

(Pues no me los da. ¿Qué aguarda?)

Don Luis.

(¡Qué tal! ¡Merezco una albarda!)

Clara.

(Pues aunque los tenga un mes...)

Don Luis. (¡Paciencia!) Le he dado cita...
 (¡Infame!) y vendré con él...
 (¡Estoy haciendo el papel
 Del marido de Rosita!)

ESCENA XII.

DON LUIS, CLARA, BENITA.

Benita. La sopa.
Clara. Vamos allá.
Don Luis. (Disimulo, hasta saber...)
Clara. ¿Vamos, Luisito, á comer?
Don Luis. Vamos.
Clara. (¡Caviloso está!)

ESCENA XIII.

DON LUIS, CLARA, BENITA, EMILIA.

Emilia. Clara, la sopa se enfria.
Clara. ¿Te hallo triste, Luis.
 (*Tomándole el brazo.*)

Don Luis. No tal.
 ¡Tú si que estás hoy jovial!
Clara. ¿Te pesa?
Don Luis. ¡No, vida mia!

ESCENA XIV.

EMILIA, BENITA.

(*Emilia detiene á Benita, que se iba con sus amos.*)

Emilia. Ven, escucha...
Benita. Señorita,
 Que van hácia el comedor.
Emilia. ¡Me vas á hacer un favor!
Benita. Pero...
Emilia. ¡Un momento, Benita!
Benita. Pronto.

- Emilia.* Despues que comamos,
Haces una escapatoria...
- Benita.* ¡Eso es! tendremos historia.
Me regañarán los amos.
- Emilia.* ¡Anda!...
- Benita.* Y luego la señora,
Si huele que salgo así,
Á quien reñirá es á mí...
- Emilia.* Yo seré tu defensora.
- Benita.* ¡Siempre con el papelito!...
¡Cásese usted!
- Emilia.* Ya verás
Cómo no te envío mas
Va á venir aquí Antoñito.
- Benita.* ¡Me alegro!
- Emilia.* ¿Con que despues
Irás, si?
- Benita.* ¿Dónde?
- Emilia.* Cerquita :
Á esa tienda tan bonita
De ahí enfrente...
- Benita.* ¿Al tirolés?
- Emilia.* Sí : que te dé una sortija
Igual á otra que mi hermana
Ha llevado esta mañana.
- Benita.* ¿Quiere usted que yo la elija?
- Emilia.* Si no hay mas que una.
- Benita.* Ya estoy.
- Emilia.* (Dándola dinero.)
Toma. — (Yo se la regalo.
¿Por qué ha de ser esto malo?)
Que nos llaman.
- Benita.* Allá voy.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, EMILIA.

(Es de noche. — Están sentadas á un velador tomando café.)

- Emilia.* ¿Y cuándo lo va á traer?
- Clara.* Ahora mismo.

- Emilia. ¡Ay!
- Clara. ¿Qué te pasa?
- Emilia. ¡Me lo has dicho tan de pronto!
Por poco vierto la taza
De café.
- Clara. ¡No es para menos
El susto! ¡Que viene á casa
Antoñito! ¡Vea usted! —
¿No te dije esta mañana
Que iba á hacer que lo trajeran?
Es verdad; pero ignoraba
Que fuese ahora mismo.
- Clara. Luis
- Le dijo que le esperara
En el café, y allá ha ido
Á buscarle.
- Emilia. ¡Estoy en ascuas!
¡Lo va á conocer!
- Clara. No temas.
- Emilia. ¿Tú no le habrás dicho?
- Clara. Nada.
- Emilia. No importa; en sintiendo pasos,
Me meto en mi cuarto.
- Clara. Vaya,
Déjate de tonterías.
Y á ver si desde hoy se acaba
El seguirnos por las calles,
Y andar haciendo esas farsas.
Y á viene aquí: con que...
- Emilia. Bien.
- Clara. Diselo tú.
- Emilia. Bien.
- Clara. (Se cansan
De amores antes de un mes.)
A nosotros ya nos basta
Con vernos este ratito
Por las noches. — ¿Dime, Clara,
Y se irá Luis al teatro?
- Clara. Sí.
- Emilia. Como hoy le dé la gana
De quedarse, nos divierte.
Yo me pongo á veinte varas
De Antoñito, y ni le miro.
Pero irá. Si él nunca falta

Al teatro; ¿no es verdad?

Clara. Nunca.

Emilia. A las siete se marcha,
Y hasta las doce... ¡Cinco horas!

Clara. Cinco horas.

(*Cavilosa.*)

Emilia. Cinco horas diarias

Para vernos. — Lo demas
Del dia pronto se pasa.
¡Y ya me ha de parecer
Mas corto con la esperanza
De que ha de llegar la noche!...
(¡Cinco horas!...)

Clara.

Emilia. ¿Qué piensas?

Clara.

Nada.

Emilia. ¡Ah! — No me has dicho... ¿Te dió
Los pendientes?

Clara.

No.

Emilia.

¿A qué aguarda?

Clara.

No sé : se le olvidaria...
(No quiero que Emilia caiga
En sospechas.) Tú tampoco
Le digas una palabra.

Emilia.

Yo no.

Clara.

Quizá me reserva
Alguna sorpresa...

Emilia.

¡Calla!

Pudiera ser.

Clara.

¿Sí? — ¿Por qué?

Emilia.

Porque desde esta mañana
Se me figura que está...
Así... yo no sé... con cara
Dé distraído...

Clara.

No.

Emilia.

Apenas
Comimos, se fué con tanta
Prisa...

Clara.

Le estaba esperando
Antoñito.

Emilia.

¡Y cómo tardan!

Clara.

(¡Esos pendientes!... No sé. —
No decirme una palabra

Siquiera... Y eso que yo
Bien le daba pie...)

Emilia.

¡Ay! ¡qué ansia

Se siente cuando se espera!

Clara.

(No sé : no sé. — Estoy tentada
por ir. Los tendrá en su cuarto,
En algun cajon...)

(Se levanta y llama.)

Emilia.

¿Te marchas?

Clara.

No. (Le voy á dar un chasco.
Se los quito, y cuando vaya
A buscarlos, en lugar
De los pendientes, se halla
Con la sortija.)

ESCENA II.

CLARA, EMILIA, RAMON.

Ramon.

¿Señora?

Clara.

Dí á Benita que me traiga
Una luz.

Ramon.

Yo la traeré.

Clara.

No : Benita.

Ramon.

No está en casa.

Clara.

¿Cómo es eso? — ¿Dónde ha ido?

Ramon.

No sé, señora.

Emilia.

(¡Es desgracia!)

Clara.

¡Otra tenemos! — No he dicho
Cien veces que nadie salga
Sin decírmelo?

Emilia.

(¡Ay, Dios mío!

Debo estar muy colorada. —

¡Pobre Benita!) Quizá...

De repente...

Clara.

¡Una muchacha

Sola, de noche!... Tendré

Al fin que enviarla á Arganda

Con su padre, antes que aquí...

Habrá ido cerca...

Emilia.

Clara.

Que vaya

Cerca ó lejos, nunca sale
Sin licencia una criada.
Y va de muchas.

Ramon.

(Y el amo

Tambien se marchó. — Caramba!
¿Será cosa de que yo
Esté empleando mi labia
Para él?)

Clara.

¿Y tú, no sabes?...

Ramon.

No sé...

Clara.

¡Tú no sabes nada! —

Trae una luz.

ESGENA III.

CLARA, EMILIA.

Emilia.

No te enfades.

Antes nunca te enfadabas
Así. ¡Has echado mal genio!

Clara.

Es que antes era un malva
Benita; y ahora...

Emilia.

No.

En fin, dame tu palabra
De no reñirla, y...

Clara.

¡Me gusta!

Emilia.

Y yo me encargo de echarla
Una peluca.

Clara.

¿Tú?... ¡Buena
peluca! — Tú la das alas
Con tus disculpas...

Emilia.

Ya véis;

Criada desde la infancia
Con ella... La quiero mucho.
Pero esta vez no me ablanda.
Y si me dejas, te ofrezco
Averiguar qué escapadas
Son estas, y que no vuelva
Nunca mas...

Clara.

Bien está : calla.

ESCENA IV.

DICHAS, RAMON, *con una luz.**Ramon.*

Aquí está ya.

Clara.

Dame.

Ramon.

¿Alumbro?

Clara.

No : dame. (¡ Si los hallára !

¿ Y la sortija ? — Aquí va.)

(Toma la luz, y entra en el cuarto de don Luis.)

ESCENA V.

EMILIA, RAMON.

Emilia.

(¡ He escapado en una tabla !)

Ramon.

(Se va al cuarto de mi amor!...

Y no ha querido que vaya

Con la luz!... ¿ Pues qué irá á hacer ?

Miraré por la ventana

Que da al pasillo.)

ESCENA VI.

EMILIA.

¡ No ha sido

Poca dicha!... — ¡ Por mi causa

Iba á sufrir otra riña

La pobre ! — ¡ Pero es cachaza

La suya ! Para una cosa

Que en dos brincos se despacha,

¡ Tanto tardar ! Por fortuna,

Ya no llevará mas cartas

A Antoñito... — ¡ Ay ! ¡ siento pasos !...

El será... — ¡ Y esa pesada

De Benita !... — ¡ Yo me escondo !...

ESCENA VII.

EMILIA, BENITA.

*(Benita viene vestida con esmero, aunque de mal gusto.
trae la mantilla puesta.)**Benita.*

¿ Señorita ?...

Emilia.

¿ Eres tú ? — ¡ Gracias

A Dios !

Benita. Aquí tiene usted
La sortija.

Emilia. ¡ Buena calma

(Abriendo la caja.)

Tienes ! te ha echado de menos.

Benita. ¡ Ay, Jesus !

Emilia. Pero yo estaba
Delante, y pude arreglarlo. —
¡ Igualita ! — Adios.

Benita. ¿ Y el ama ?

Emilia. Por allá dentro. — Me voy ;
No me conozca en la cara...

ESCENA VIII.

BENITA.

Todo me sale á mí mal.
La señora nunca llama
A estas horas ; y hoy... — ¡ Tampoco
He tardado tanto, vaya !
Yo no he hecho mas que alargarme
Ahí donde está mi paisana
Sirviendo... — ¡ Ya estaba yo
Rabiando por enseñarla
Mi regalo ! — ¡ Qué dentera
La he dado ! — ¡ Qué rabia ! — ¡ Anda !

(Se mira á un espejo, dando la espalda al cuarto de don Luis.)

¡ Estos sí que son pendientes
De lujo ! no los que gasta
La pobre : ¡ de similar !... —
¡ Cómo relucen ! — Mañana
Es domingo, y no me toca
Salir ! — ¡ Iria yo á casa
De la Gabina !... ¡ Mal año
Para Judas ! — ¡ Ay ! ¡ qué alhaja
Es Ramon ! ¡ Ya tengo novio !
Y dice que el amo trata

De casarnos. ¡Yo lo creo! —
 ¡Quién me tose á mí en Arganda
 Con este avío!...

(*Continúa mirándose al espejo.*)

ESCENA IX.

CLARA, BENITA.

(*Clara sale del cuarto de don Luis, con la luz.*)

Clara. (Es inútil:
 Todo lo he revuelto, y nada:
 No los tiene aquí. — ¡Dios mio!
 ¡No sé qué pensar!...) — ¡Muchacha!

(*Viendo á Benita.*)

Benita. ¡Ay!... ¡El ama!... ¡Me pilló!

(*Se cierra la mantilla, de modo que no se vean los pendientes.*)

Clara. ¿Dónde has ido?

Benita. Ahí cerca: á casa...

Clara. ¿A casa de quien?

Benita. Ahí cerca.

Clara. ¿Dónde?

Benita. A ver á la Anastasia.

Clara. ¡Y á estas horas!... — ¡Calle! ¡calle!

¡Y tan emperegilada!...

Benita. ¿Pues para qué quiere una
 La ropa?

Clara. ¡Pocas palabras!

¡Oiga! ¡el arrapiezo! — Sí;

¡Pues estoy yo bien temp!ada!...

Y va de muchas.

Benita. Pues una

Tiene...

Clara. No hay una que valga.

Benita. Suele tener...

Clara. Sin licencia,

Nunca has de salir de casa.

- Benita. Es que...
- Clara. ¡ Calle usted !
- Benita. A veces...
- Clara. ¡ Oiga ! ¿ hasta la nueva gracia
De ser respondona ?
- Benita. Pues
- Digo bien.
- Clara. ¡ Jesus ! ¡ qué alhaja
Se ha vuelto la niña !
- Benita. ¡ Toma !
- Clara. Vete adentro. Y si no callas,
Mañana mismo te planto
De patitas en Arganda,
Allá, á cuidar de las viñas.
Benita. Pues á mí no me hace falta
Cuidar de las viñas
- Clara. ¡ Hola !
- Benita. Y si ahora sirvo, mañana
Puede que... No ha de ser uná
Toda su vida criada.
- Clara. ¡ Vete !
- Benita. Y no es una ningun
Mónstruo ; que á nadie le falta...
Y puede que antes que muchos
Lo piensen...
- Clara. ¿ Qué dices ?
- Benita. Nada.

(*Se va.*)

ESCENA X.

CLARA.

¿ Qué quiere dar á entender ?
¡ Y qué tono, y qué brabatas !
Una chica tan humilde,
Tan dócil, ¡ que nunca alzaba
Los ojos del suelo !... Vamos,
No hay duda : ese buena máula
De Ramon la ha levantado
De cascos : seguro. — Vaya,
Que Luis me hace conocer

Una genticita... — Y gracias
Que él no vuelva...

(*Se sienta.*)

Esos pendientes
Me hacen cavilar... ¿Qué aguarda,
Si son para mí? Por fuerza,
Para mí son: él no trata
Persona á quien deba hacer
Ese obsequio... y si se hallara
En necesidad de hacerlo
Me lo diría... Es estraña
Su conducta. Y hoy... es cierto
Lo que decia mi hermana,
Está distraido. — Dios
Quiera que con la llegada
De ese calavera... Acaso
Saldrian juntos, y... (*Se levanta.*) — Vaya,
Estos maridos, no hay duda,
Ofrecen muchas ventajas,
Pero tambien es verdad
Que á la menor circunstancia,
Ya está una muger temblando
Que vuelvan á las andadas.
¡Dios mio qué haria yo
Para averiguar...

ESCENA XI.

CLARA, DON JUAN, RAMON.

(*Don Juan y Ramon asoman por el foro hablando, sin que al pronto los sienta Clara, que está sumergida en sus cavilaciones.*)

Don Juan. Me basta.
¿Y ella quién es?
Ramon. Aun que no estoy
Seguro...
Don Juan. Y dices que Clara
Le registra...
Ramon. Sí señor.
Don Juan. El campo es mio. Pues anda;
Y no olvides el toser...
Ramon. Descuide usted. — ¡Esto marcha!

ESCENA XII.

CLARA, DON JUAN.

- Don Juan.* Si ofendida, con razon,
Por aquel pasado lance,
Me permite usted que alcance
Un generoso perdon...
- Clara.* (¡Este lo debe saber!)
- Don Juan.* Sirva de merecimiento
Este mismo atrevimiento,
Que da, señora, á entender
El ansia con que lo imploro.
- Clara.* Algo es ya, señor don Juan,
Que usted confiese el desman
Que hizo agravio á mi decoro.
- Don Juan.* Pues bien, á esas plantas puesto,
Ya que humilde he confesado...
- Clara.* ¡No! no es justo á tal pecado
Dar la absolucion tan presto.
- Don Juan.* ¡Señora!... Cuando contrito
El penitente se postra,
Y la humillacion arrostra
De confesar su delito,
¿No alcanza siempre merced
Cuántas veces llega allí?
Pues si Dios perdona así,
¿No ha de perdonar usted?
- Clara.* Al perdon que Dios envía
Va unida una penitencia.
- Don Juan.* Ya espero con impaciencia
Que usted me imponga la mia.
- Clara.* ¡Muy grande tiene que ser!
- Don Juan.* No ha de parecerme grande,
A menos que usted me mande
No volverla mas á ver.
- Clara.* (¡Hola! Este viene con plan.)
- Don Juan.* ¡Fuera precepto inhumano!...
- Clara.* No se canse usted en vano:
No es esa, señor don Juan.
- Don Juan.* ¡Oh placer!... Si la sentencia
No es esa, ninguna habrá
Que me cueste...
- Clara.* Basta ya:

Oiga usted la penitencia.

Don Juan.

Pronuncie usted.

Clara.

Que en la vida,

Sin una prueba formal,

Vuelva usted á pensar mal

De toda muger nacida.

Don Juan.

¡Señora!...

Clara.

Y pues hizo Dios
Que un sexo de otro dependa,
Sea usted noble, y defienda
Al mas débil de los dos.

Don Juan.

¿A eso se reduce?

Clara.

Sí.

Don Juan.

Pues, señora, eso no es pena.

Clara.

¿Por qué?

Don Juan.

Porque me condena
A ser lo que siempre fui.

Clara.

¿Siempre fué usted?...

Don Juan.

Sí señora :

El mas ciego defensor
De ese sexo encantador,
Tan calumniado hasta ahora.

Clara.

¡Vea usted! — Pues á juzgar
Por el lance...

Don Juan.

El lance de hoy
Es la prueba de que soy
Quien se ha llegado á formar
Concepto tan elevado
De las mugeres...

Clara.

No entiendo
De qué modo...

Don Juan.

Conociendo
A Luis, y viendo á su lado
Una muger... Digo mal : —
Perdone usted mi franqueza :
Un prodigio de belleza,
No pensé que á rostro tal
Se uniese una alma tan pura ;
Porque cuando así acontece,
¿Qué hombre, y menos Luis, merece
Gozar de tanta ventura?

Clara.

La defensa es ingeniosa ;
Y ciertamente debia
Por tanta galanteria

Manifestarme orgullosa;
 Pero yo en esta ocasion
 Ni la admito ni la creo.

Don Juan.

¿Por qué?

Clara.

Porque en ella veo
 Que es todo exageracion.
 Usted quizá no ha advertido
 Que hace, al disculparse así,
 Una adulacion á mí,
 Y una ofensa á mi marido.
 Ni yo soy ese portento
 Celestial que usted pondera,
 Ni tampoco, aunque lo fuera,
 Creo yo que hay fundamento
 Para poder afirmar
 Que el pobre Luis no merece...

Don Juan.

Quizá...

Clara.

Digo... me parece...
 (Este me lo va á contar.)

Don Juan.

Pues ni adulo, ni exagero;
 Y usted muy pronto verá
 Que mi defecto es quizá
 Ser demasiado sincero.

Clara.

Así me gusta á mí un hombre!

Don Juan.

¿Le gusta á usted?

Clara.

Para amigo.

Don Juan.

¡Ah! si yo de usted consigo
 Merecer solo ese nombre...

Clara.

Poco á poco, caballero.
 Usted me ha llamado diosa;
 Y una amistad tan preciosa
 No se gana así: primero
 Haga usted méritos.

Don Juan.

Si:
 Con la amistad me contento;
 Aunque es otro sentimiento
 El que hay escondido aquí.

Clara.

Para amiga soy muy buena.

Don Juan.

¡Paciencia! ya que el destino
 No me deja otro camino
 Que envidiar la dicha ajena.

Clara.

No es la dicha ciertamente
 Para que así satisfaga.

Don Juan.

¡Ay! Es dicha que no paga

El que su precio no siente.

Clara.

¿Pues qué, Luis?...

Don Juan.

Si la fortuna

Me hubiera hecho poseer

Tan peregrina muger,

No miraría á ninguna...

Clara.

¿Pues qué, Luis?...

Don Juan.

¡Usted sería

La reina de mis amores!...

Clara.

(¡Dale con echarme flores!)

Pues Luis...

Don Juan.

¿Qué muger podría

Distraerme un solo instante

Del solo objeto querido?...

Clara.

Pues Luis...

Don Juan.

Luis... es un marido;

Y yo sería un amante.

Clara.

¡Pero es un marido fiel!

Don Juan.

¡Oh! sí. — Delante de gente

No querrá seguramente

Que haga usted un mal papel.

Clara.

¿Cómo? Pues qué... porque ignoro

La ofensa, ¿ya no hay ofensa?

¿Así en el mundo se piensa?

Don Juan.

Quedando á salvo el decoro...

Clara.

¿Pues qué, es justicia,*es razon

Que el marido nos provoque,

Y si faltamos, invoque

Las leyes de la opinion?

¡La opinion! con ellos blanda;

¡Con nosotras siempre dura!—

Yo me exalto... ¡Qué locura!...

Esto es tomar la demanda...

Por mi sexo... en general...

Don Juan.

Ya entiendo.

Clara.

Lo que es á mí,

Gracias á Dios, hasta aquí...

Pero nunca vendrá mal

Que usted me diga... hace ya

Tiempo que usted no le ve;

Pero como siempre fué

Su íntimo amigo, y quizá...

Don Juan.

(¡Bien! ¡Ya la veo venir!)

Clara.

Le guarda el mismo interes...

Don Juan.

Somos uña y carne...

Clara.

¡Pues!

Y usted me podrá decir...

Yo sé que Luis, hasta el día

En que me empezó á tratar,

No ha hecho mas que enamorar

Á cuanta muger veía.

Y ahora... No porque me espante,

Ni eso á mí me llegue al alma...

¡Jesus!... tengo yo una calma!...

Soy muger muy tolerante!

Pero usted lo sabe, él tiene

Esa fatal propension;

Y una muger de razon,

Si está advertida, previene

Esas cosas, y aun las corta...

O al menos tiene el placer

De hacerle al marido ver

Què lo sabe, y no le importa.

Con que, hable usted, es forzoso :

Como amigo, desde ahora...

Don Juan.

¡Aun no he ganado, señora,

Ese título precioso!

Clara.

Es verdad ; mas de este modo...

Don Juan.

¿Qué méritos he hecho yo

Para conseguir?... No, no :

En usted es bondad todo.

Clara.

Bien : mas cuando yo me digno

Anticipar...

Don Juan.

No lo acepto.

Usted me impuso un precepto ;

Fué muy justo : me resigno.

Clara.

Suele una al pronto creer...

Pero si despues advierte...

Don Juan.

¡Bondad! bondad!... ¿De otra suerte,

Cómo pudiera yo ser

Elevado á tanta altura?

¡Al colmo de mi esperanza!

¡Á la íntima confianza

De tan perfecta hermosura!

Clara.

Pues eso le empeña á usted...

(¡Qué terco!)

Don Juan.

(Bien va el asedio!)

Clara.

A ganar...

- Don Juan.* (La tengo en medio
De la espada y la pared.)
¡Yo la ganaré, lo juro!
Que tengo constancia y fé :
Yo algun dia ganaré
La amistad de un ser tan puro.
No me arredra el tiempo, no.
- Clara.* Algunos logran mas presto...
Hay simpatías...
- Don Juan.* ¿Qué es esto?
¿Que ha dicho usted?... ¡Sueño yo!
- Clara.* Nada... Que si usted me aclara ..
- Don Juan.* Es posible, ¡oh Dios! — Yo he sido
Tan feliz, que he conseguido,
En un dia, hermosa Clara,
El afecto, la amistad,
El cariño...
- Clara.* Poco á poco...
Que no he dicho...
- Don Juan.* ¡Yo estoy loco
De gozo... y de vanidad!
- Clara.* Amiga, sí...
- Don Juan.* Tierna amiga,
Y yo un amigo sincero.
- Clara.* Bien; pero la prueba espero ;
Y ha de ser que usted me diga...
- Don Juan.* Cuanto se encierra en mi pecho.
Ya no hay nada oculto aquí
Para usted. — ¿Y usted á mí
Me concederá el derecho
De exigir que entre los dos
No haya secretos?
- Clara.* (¡Me quema!)
Bien... sí... basta. — Pero...
- Don Juan.* (Al tema.)
- Clara.* Lo que urge...
- (*Ramon aparece á la puerta del foro, y tose.*)
- Don Juan.* (¡Maldita tos!)
¡Silencio! es él.
(*Con tono de inteligencia marcada.*)
- Clara.* (*Sorprendida del tono de don Juan.*)
¿Quién?

Don Juan.

Luis.

Clara.

¿Sí?

¿Pues cómo?...

Don Juan.

Ramon...

Clara.

(¡Qué escucho!)

Don Juan.

Él nos avisa : ¡es muy ducho!

Clara.

(¡Cielos! ¡Yo no estoy en mí!)

Don Juan.

¡Disimulo! — Ya tendremos

(La indica una silla, donde ella maquinalmente se sienta, y la pone un libro en la mano, que ella toma del mismo modo.)

Ocasión... — Si usted me ayuda,

Le haremos irse, no hay duda.

Clara.

¡Y usted sabrá!... — Ya hablaremos. —

(¡Dios mio! ¡esto es una cita!

Y yo le he dado derecho...

Estoy turbada. — ¡Qué he hecho!...

La curiosidad maldita!...)

Don Juan.

(El asunto va vencido.

Ya entre los dos al presente,

Hay un secreto pendiente,

Que ella oculta á su marido.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DON LUIS, ANTOÑITO.

Don Luis.

(A Antoñito.)

Entre usted. — ¡Hola! Juan : ¡tú

Por esta casa!

Don Juan.

Ahora mismo...

(Atestiguando con Clara.)

Clara.

Sí.

Don Luis.

(A Clara.)

Aquí tienes... (Qué encarnada
Se ha puesto!) á un amigo antiguo...

Clara.

¿Quién es?

Don Luis. (A Antoñito, que está retirado.)

Acérquese usted.

(*Don Luis se coloca entre Clara y Antoñito, y observa á los dos.*)

Antonio. Yo, señora.

Clara. ¡Hola! ¡Antoñito!

Don Luis. (¡Qué frialdad!)

Clara. Celebro mucho...

Antonio. Gracias.

Don Juan. (¿Quién será este chico?)

Antonio. (¡Qué gesto! — ¡Bien lo temí!

La hermana es el enemigo

Mayor que tengo.) — Señora...

Este caballero quiso

Con tanto empeño traerme...

¿No es verdad? que yo he cedido...

Don Luis. (Aun querrá que le agradezca...)

Clara. Ha hecho bien.

Don Luis. Siento infinito

Que desde mi casamiento

No hayamos nunca tenido

El gusto de hallar á usted...

Antonio. A esta señora la he visto

Alguna vez...

Don Luis. ¡Ya!

Clara. (En tono de burla.) De lejos.

Don Luis. (¡Disculpa al canto!)

Don Juan. (¡Era amigo

De la casa!)

Don Luis. Pues, señor,

Desde hoy puede usted, lo mismo

Que allá, visitar á Clara

Cuando guste. — Ya me ha dicho

Que es usted un jóven franco,

Amable...

Antonio. ¿De veras?

Don Luis. Digno

De estimacion...

Clara. Si : me debe

Tal concepto.

Antonio. Yo lo estimo,

Señora, y le juro á usted

Que á nada en el mundo aspiro
 Tanto como á merecer
 Que forme usted ese juicio
 De mí. — (Bien : por la peana
 Se adora al santo.)

Don Luis. (Es muy niño

Para fingir. — Por Emilia
 Ni siquiera le ha ocurrido
 Preguntar.)

Clara. Ya debe usted
 Saber que desde el principio,
 Tanto Emilia como yo...

Don Luis. (¡Qué tal! — Ella abre el camino
 Para que mienta.)

Antonio. ¡Ah! sí : Emilia...

Es verdad... le he merecido...
 Pero usted, señora, usted...

Don Luis. (No disimula : es novicio.)
 Tiene usted razon : aquí
 La persona que es preciso
 Adorar es esta alhaja.
 Esto no es muger, amigo :
 Esto es un ángel, un ángel
 Que del cielo ha descendido
 Á hacer feliz á este pobre
 Mortal... ¿No es cierto, bien mio?...

(Abrazando cariñosamente á Clara.)

(¡Qué rabie!... como rabiaba
 Yo, siempre que aquel marido
 Hacia fiestas á Rosa.)

Clara. Vamos, Luis, vamos, quietito :
 No seas pesado.

(Desasiéndose con sequedad.)

Don Luis. (¡Es claro!
 Delante de él... — ¡Otro indicio!)
 ¡Qué es eso! ¿Estás triste?

Clara. ¡Hola!

Ahora es cuando yo te digo
 Como antes tú me dijiste :
 ¿Luis, qué acceso de cariño
 Es este?

Don Luis. ¿Pues no estoy siempre
Del mismo modo contigo?
Tú estás hoy... Ne sé qué tienes...
¡Ah! ¡Ya caigo! — ¿Juan, le has dicho
A Clara?... ¿Has pedido ya
Perdon?...

Don Juan. Venia á pedirlo;
Pero á pesar de mis ruegos,
Aun no habia conseguido
Aplacar su justo enojo,
Cuando llegaste, y...

Don Luis. Pues, hijo,
Á ver cómo te compones.
Si no te indulta...

Don Juan. Yo abrigo
La lisonjera esperanza
De que así que me hayo oido
Todo lo que iba á decir
Cuando vino á interrumpirnos
Tu llegada, lograré
El perdon que solicito.

Clara. Si usted lo cumple...

Don Juan. Señora,
Ya vió usted que iba á decirlo...

Don Luis. Pues vamos, empieza; y yo
Seré juez.

Don Juan. No : ahora...

Don Luis. ¿Has visto
La humildad con que lo pide?
¡Vamos, Clarita! Yo fio
En que por mi intercesion...
Ven acá, Juan. — Antoñito,
Venga usted á presenciarse...
(¡Voy á darle otro martirio!)
Ea, en muestra de perdon,
Dale la mano.

Clara. ¡Luis!

Don Juan. (Fijos
Son los toros.)

(*Alargando la suya con humildad.*)

Don Luis. Te lo ruego.

Clara. ¡Pero, hombre!...

Antonio. (¡Pues el marido
Es mas amable!)

Don Luis. ¡Clarita!

¡Vamos!...

Clara. (Todos son lo mismo!)

(*Le da la mano.*)

Don Luis. ¡Eso es!—

Clara. (¡El hombre de mundo!)

Don Luis. (¡Lo que ella se ha resistido!)

Don Juan. (¡Este momento, señora!...) (*Ap. á Clara.*)

Clara. (Calle usted!) (*Ap. á don Juan.*)

Don Luis. (*A Antoñito.*) Ya son amigos:

¿Lo está usted viendo? — (¡Si Juan
Supiera que me ha servido
De instrumento!...)

Antonio. ¡Oh! en viendo hacer

Unas paces, me electrizo.

Clara. ¿Pero Emilia, dónde está?

(*A don Luis.*)

Dile que venga: Antoñito
Querrá verla.

Antonio. Si señora.

Don Luis. (*Llamando.*)

¡Emilia! — (Si me desvío
De aquí, le da la sortija
En mis barbas, como hizo
Aquella...)

ESCENA XIV.

DICHOS, EMILIA.

Emilia. ¿Llamas?... — ¡Ay Dios!...

(*Se sorprende viendo gente estraña.*)

Clara: Ven; que hay aquí un conocido.

¿No te acuerdas?

Emilia. Sí... El señor...

(Se saludan con empacho.)

Antonio. Señorita... yo... ¡Ay! ¡qué brincos
Me da el corazón!

(Emilia hace señas á Antoñito de que no la mire, y hable con Clara.)

Don Luis. ¡Albricias!

Que ha mostrado regocijo
Al verla. — ¿Si habré yo estado
Sospechando sin motivo?...

Emilia. (A Clara.)

(¡No me entiende! — Háblale tú.)

Antonio. (Me hace señas. — No adivino...)

Don Luis. (¡Pobre Clara!)

(Don Luis, como arrepentido de sus sospechas, va á acariciar á Clara, la cual le rechaza.)

Clara. Quita, quita.

(A Antoñito.)

¿Con que, sepamos, qué ha sido
De usted en todo este tiempo?

(Clara y Antoñito hablan. Don Luis empieza á escamarse de nuevo.)

Antonio. Señora, yo...

Don Juan. (Si consigo
Despertar en Luis sospechas
Por otro lado, me libro
De que las conciba acaso
De mí. — Con este chiquillo
Que la visitaba, y tiene
Facha...

(Clara se acerca á Antoñito, se sientan y siguen hablando. — Emilia se sienta mas distante y afecta no atender á nada. — Don Juan toma á don Luis del brazo, y se pasea con él. — Antoñito en la escena muda, se vuelve alguna vez á hablar á Emilia; pero esta lo evita siempre, haciéndole señas de que hable con su hermana.)

Antonio.

No tengo mas vicio.
Eso sí, todas las noches
Al teatro.

Clara.

No ha perdido
Usted aquella afición...

Don Juan.

Di : ¿quién es ese moçito?

Don Luis.

¿Ese?... Un jóven... que iba á casa
De Clara.

Don Juan.

Parece listo.

Don Luis.

¡ Hombre, no!

Don Juan.

Sí tal. Así,
Con ese aire de doctrino,
Se le conoce...

Don Luis.

¿ De veras?

Don Juan.

Ya sabes que yo los pillo
Al vuelo.

Don Luis.

Es verdad... Lo que es
Socarron...

Don Juan.

¡ Vaya!... Ese niño...
Le he estado observando...

Don Luis.

¿ Y qué?

Don Juan.

Con el tiempo...

Don Luis.

(Recordando.) Ah! si es el mismo
De quien te hablé esta mañana.

Don Juan.

¿ Cuál?

Don Luis.

El que anda haciendo guiños...

Don Juan.

¿ A quién?

Don Luis.

¿ Cómo á quién? A Emilia.

Don Juan.

¿ Sí? — Nunca lo hubiera dicho.

Don Luis.

¿ Por qué no?

Don Juan.

¿ Tú estas seguro?

Don Luis.

Yo... seguro... sí.

Don Juan.

Te digo

Que no puede ser.

Don Luis.

¿ Por qué?

Don Juan.

Porque eso, á un hombre corrido
Como yo, no se le escapa.
Y me alegro; porque, chico,
La verdad... estoy haciendo
Reflexiones... y me inclino
A tu cuñadita. — Al fin,
Con todos mis aforismos,
Creo que caigo. ¡ Hay en ella
Una gracia, un atractivo!...

Y seria chasco... — Pero
 No : si desde que ha salido
 No he dejado de mirarla...
 ¿Y á él?

Don Luis.

Don Juan.

Tambien. — Nada; ni indicios
 Siquiera... Me impongo yo
 Con una mirada... Y digo,
 ¡A esa edad! — Vamos, lo que es
 Entre Emilia y él... de fijo,
 No hay nada.

Don Luis.

Entre Emilia y él
 Crees tú que no...

Emilia.

(¡Qué fastidio!

No se van.)

Don Luis.

(Será posible!

Y como Juan está frio,
 Observa con mas acierto
 Que yo... — No hay mayor martirio
 Que la duda. — En el café,
 Cuando los dos nos pusimos
 A beber, me pareció
 Notar entre los amigos
 Risitas y cuchicheos...
 ¡Dios mio! ¿Estaré en ridículo?
 ¿Iré yo por esas calles
 Como iba el pobre marido
 De Rosita?...))

(*Un reloj de sobremesa da las ocho.*)

Emilia.

Son las ocho.

Antonio.

¿Sí? Pues lo que es hoy, prescindo
 Del teatro, por el gusto...
 Esto es, si no han decidido
 Ustedes salir...

Clara.

No tal :

Nosotras nunca salimos
 De noche. Quien va al teatro
 Diariamente es mi marido.

Antonio.

Pues ya es hora. — Y hoy estrenan
 Un drama...

Don Luis.

Sí : ya lo he visto
 Anunciado. Y siento mucho
 Perderlo. Por un descuido

De Ramon... Fué tarde, y ya
No halló billetes.

Emilia.

(¡Dios mio!)

Antonio.

No lo deje usted por eso :
Justamente... en el bolsillo
Traigo mi luneta...

(*Saca un billete, y se lo ofrece.*)

Don Luis.

No

Se prive usted...

Antonio.

No me privo

De nada... No piense usted
Que hago ningun sacrificio.

Don Luis.

(Lo creo.)

Antonio.

Tómela usted.

Yo no he de ir. Determino
Pasar la noche en la amable
Compañía...

Don Luis.

(¡Pues no es pillo

Que digamos!)

Antonio.

Tome usted.

Don Luis.

Ya es tarde...

Antonio.

No : si al principio

Hay sinfonía... ¡Es un drama
Precioso! — Yo le he leído. —
No lo pierda usted. Es obra
De un muchacho, amigo mio.
Tiene doce cuadros.

Don Luis.

(¡Sopla!)

Antonio.

¡Y qué versos tan bonitos!...

Don Juan.

¡Oh! pues no debes perderlo.

Don Luis.

Si ya...

Don Juan.

Llegas en dos brincos :

Está aquí al lado.

Clara.

Sí, Luis :

Vete. ¿Qué has de hacer metido
En casa?...

Don Luis.

(Estoy sofocado.)

Don Juan.

¡Anda, hombre!... (*Le da el sombrero.*)

Clara.

Anda.

Don Luis.

(No hay arbitrio!)

Antonio.

(*Le pone la luneta en la mano.*)

Vaya usted.

- Don Luis.* (Irme yo ahora...
¡Y echado por Antoñito!)
- Don Juan.* (Aparte á don Luis.)
Vete, que quiero entablar
Con Emilia...
- Don Luis.* Pues te exijo
Que hasta que vuelva, has de estarte
Aquí.
- Don Juan.* Si me dan permiso
Estas señoras...
- Emilia.* (¡Adios!)
Clara. Bien. (Con empacho.)
Don Luis. (¡La incomoda el testigo!)
Sí : acompaña á mi muger.
(Estando Juan, no hay peligro.)
- Don Juan.* Pierde cuidado.
- Don Luis.* Ea, pues ;
Hasta luego.
- Clara.* (¡Es mucho tino!)
Antonio. Que usted se divierta.
Don Luis. Gracias. —
Háblala de lo que has visto
(A don Juan.)
En Francia... En fin, entretenla.
(Se va.)
- Don Juan.* Bien. — (¡Cómo allana el camino,
Cuando á sí propio se pone
En ridículo un marido!)

ESCENA XV.

DON JUAN, CLARA, ANTOÑITO, EMILIA.

- Clara.* (A Antoñito.)
¿Y usted se priva de ver
Esa comedia?...
- Don Juan.* Quizá,
Señora, no faltará
Quien lo sepa agradecer.
- Emilia.* (Ya lo conoció.)

Clara. (Se levanta, y se acerca á un velador que hay en el otro extremo del teatro : allí se pone á hojear un libro.)

(Está visto *)
Luis se lo confía todo.)

Don Juan. (A Antoñito.)

¡Oh! ¡y usted lo ha hecho de un modo!...
Bien : ¡con arte! — ¡Es usted listo!
¿Usted sabe?... (Va á levantarse.)

Don Juan. (Haciéndole sentarse.)

Quieto, quieto.
Me declaro protector
De tan inocente amor.
Yo sé guardar un secreto. —
¿Y estos méritos, señora,

(A Emilia.)

Bastan á que usted perdone
Aquella ofensa?...

Clara. (¡Se pone
A hablar con Emilia ahora!)

Emilia. ¿Y usted de dónde ha sacado?...

Don Juan. ¿El amor, sabe ocultarse?...
Pueden ustedes hablarse,
Sin tener ningun cuidado,
Mientras yo entretengo á Clara. —
¡Gozad, felices amantes!
Disfrutad de estos instantes
Que la fortuna os depara.
(¡Qué bonita!)

Clara. (¡Se estasia
Con ella! — ¡Estoy impaciente!)

Don Juan. Y si acaso viene gente,
Yo aviso : usted se desvía
Y obedece al menor gesto...
Déjese usted gobernar,
Jóven incauto.

Clara. (¡Qué hablar!)
¿Señor don Juan?

Don Juan. (Bueno es esto :
Que me llama.)

Clara. Usted que ha estado
En Paris... ¿Es tan hermosa
La Magdalena famosa,
Comò muestra este grabado?
Don Juan. Sí señora : exáctamente.
¡Hola! ¡ vistas de Paris! —

(*Se sienta al lado de Clara, y siguen hablando.*)

Emilia. ¡Se lo va á contar á Luis!
Don Antonio. No importa : que se lo cuente.
Yo no puedo resolverme
Á vivir de esta manera.
El que espera desespera.

Emilia. ¿Te cansas ya de quererme?

Don Antonio. ¿De quererte, vida mia?
¡Eso, jamas! — Pero si
De no pasar junto á ti
Todas las horas del dia.
¡Esto no es vida, esto es muerte!
En fin, decidido estoy :
Si me amas, desde hoy
Une tu suerte á mi suerte.

Emilia. ¿Qué dices?

Don Antonio. ¡Prenda adorada!
Amor en el mundo es todo :
Y amándonos de este modo,
¿Qué necesitamos? ¡Nada!
Seis años llevo : á los siete
Soy abogado : hasta allá...
Viviremos... ¡Dios dirá!
Y en abriendo mi bufete...

Emilia. Vamos, vamos : ten paciencia...

Don Antonio. ¡Qué! ¿no te resuelves?

Emilia. No.

Antonio. ¡No amas tú como amo yo!...
¡No amas con esta vehemencia!

Emilia. Mas que tú. Y porque amo así,
No quiero dar este paso;
Y que luego llegue el caso
De verte infeliz por mí.
Yo te amo sin interés;
Por amarte... — Disfrutemos
Esta dicha; y no pensemos

En lo que será despues. —
 Cuando esté aquí mi cuñado,
 O no me mires, ó vete.

Antonio.

¿Por qué?

Emilia.

Porque no interprete
 De ese modo depravado
 Que suele, este puro amor
 Que él no conoce.

Antonio.

¡Es tormento!

Nos vemos solo un momento,
 Y ha de haber siempre un temor.

Emilia.

¿Y qué remedio? Es en vano

(*Saca la sortija.*)

Desesperarse. — Oye aquí.
 Para que pienses en mi...
 ¿Miran?

Antonio.

No.

Emilia.

(*Le pone la sortija.*)

Dame la mano.
 En los momentos de ausencia
 Consuélate con mirarla.

Antonio.

¡Ah! ¡te juro conservarla

(*Besándola.*)

Mientras dure mi existencia!

(*Siguen hablando.*)

Clara.

(*A don Juan.*)

Pero todo eso es muy vago.
 ¿Y qué quiere usted que diga?
 Lo que se dice á una amiga:
 Si no, no me satisfago.

Don Juan.

Clara.

Luis se lo ha contado á usted.

Don Juan.

Clara.

Don Juan.

¿Y qué amigo es el que abusa?...

¡Bien! ¡Muy bien...! ¿Usted se escusa?

(*Voy á tenderla una red.*)

¡Ay! ¡ese enojo inhumano

Me aterra, me desconcierta!...

¡Hará usted que me convierta
En el hombre mas villano!...

Clara.

No señor, de ningun modo.

Don Juan.

Bien : lo seré, lo seré.

Su secreto venderé.

Clara.

No.

Don Juan.

Sí; sépalo usted todo.

La engaña á usted.

Clara.

(*Se levanta.*)

Ay! — ¿De veras?

¿Es de veras?

Don Juan.

¡Sí señora! —

¿Quiere usted pillarlo ahora?

Clara.

¡Cómo!... ¿ahora?...

Don Juan.

A las primeras

Horas de la noche, sé

Que se ven en cierto puesto. —

Una mantilla... un pretesto...

Y yo la acompaño á usted.

Clara.

¿Y ella, quién es?

Don Juan.

(¿Qué le digo?)

Clara.

¡Pronto!

Don Juan.

(*Salgamos del paso*

Con cualquier embuste : el caso

Es que se venga conmigo.)

Va usted á saberlo ahora.

Clara.

¿Quién es?

Don Juan.

Es...

Clara.

(*Me desespera.*)

Don Juan.

¡Quien no merece siquiera

Descalzar á usted, señora!

Clara.

¡Eso mas!

Don Juan.

¡Muger liviana!...

Vamos pronto.

Clara.

Sí.

Don Juan.

(¡He vencido!)

(*Ramon se asoma al foro y tose.*)

Clara.

¡Cielos!

Don Juan.

¡El es!

Clara.

¡Mi marido!

Don Juan.

Disimule usted. Mañana...—

*(En voz alta, mirando el libro.)**Antonio.*¡Qué hermosa vista! — ¿Antoñito?
¿Mande usted?*Don Juan.*Venga usted presto.
¡Mire usted!... ¡mire usted esto!
¡Qué estampa! — (Aquí quietecito.)*Antonio.**(Queda al lado de Clara, mirando las estampas.)**Clara.*¡Qué hermosa!
(¿A qué volverá?)*Don Juan.**(Se sienta al lado de Emilia.)*¿Qué tal? ¿Cumplo lo que ofrezco?
Si en recompensa merezco
Que usted...

ESCENA XVI.

DICHOS, DON LUIS.

*(Don Luis al asomar por el foro, se detiene, ve á Antoñito al lado de Clara, y en un arranque de cólera tira el sombrero al suelo.)**Don Luis.*

(¡A su lado está!)

*Clara.**Emilia.*

} Ay!

*Antonio.**Clara.*

¿Qué tienes?

Don Juan.

¿Qué te ha dado?

Clara.

¿Vienes malo?

Don Luis.

Sí.

Clara.

¿De qué?

Don Luis.

De...

*Clara.*Siéntate. *(Le pone una silla.)**Don Luis.*

Yo no sé.

Antonio.

Yo sé lo que le ha pasado.

Don Luis.

¡Oiga!

Clara.

(¡Será con la dama!)

- Antonio. ¿A que sí?
- Don Juan. (Bien va el proyecto.)
- Antonio. Le ha hecho demasiado efecto
El primer acto del drama.
- Don Luis. (¿Se e-tá burlando de mí?)
- Antonio. Es tremenda aquella escena
En que el amante envenena...
- Don Juan. ¡Hombre! Pues si empieza así...
- Clara. (Con ironía.)
Quizá el calor...
- Don Luis. Sí.
- Clara. Se irrita
La sangre...
- Don Luis. Sí.
- Clara. Y la cabeza...
- Don Luis. (Mirándola, escamado.)
¡Sí!
- Clara. ¡Pobre! me dá tristeza...
- Don Luis. (A Clara levantándose.)
¡No me hagas caricias!... ¡Quita!
(¡Ay! ¡ es verdad!... Viene ciego.
Disimulemos.) Señores...
- Don Juan. Si : vámonos. — Son vapores...
(Toman los sombreros.)
- Clara. (Llama.)
Una luz. — Con el sosiego...
- Antonio. Que usted se alivie.
- Don Luis. Agradezco...
- Antonio. (A ver si tiene...) ¿Antoñito?
¿Mande usted?
- Don Luis. (Alargándole la mano.)
Nada : repito
Que esta casa...
- Antonio. (Haciendo cortesías.)
Y yo me ofrezco...

Clara. (¡No hay hombre que se corrija!)
 Don Luis. Esa mano.
 Antonio. Yo deseo...

(*Le da la mano.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, BENITA, *con una luz.*

Benita. ¿Señora?
 Clara. Alumbra... (¡Qué veo!...
 ¡Los pendientes!...)
 Don Luis. (¡La sortija!)

(*Don Luis y Clara se lanzan una mirada de indignacion. — Don Juan y Antoñito se despiden haciendo cortesías. — Cae el telon.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA.

(*Está sentada al velador, escribiendo.*)

« Mi hermana ha salido á misa :
 « Vete hácia San Sebastian .
 « Te haces el enconradizo,
 « Y la acompañas acá.
 « Nos veremos un instante
 « Con alguna libertad ;
 « Porque tambien mi cuñado
 « Ha salido, y no vendrá
 « Hasta cosa de las once,
 « Que es la hora de almorzar. » —

(*Doblando el papel en muchos dobleces.*)

No dirá que no aprovecho
 Las ocasiones. — Si está,
 Como acostumbra, esperando

Que me asome, en el umbral
Del tirolés, se la echo
Por el balcon. — Voy allá.

(*Éntrase por la izquierda.*)

ESCENA II.

DON LUIS, RAMON.

(*Salen por el foro. — Don Luis con capa y embozado, con el sombrero muy calado, y como recatándose. — Mientras habla, da la capá y el sombrero á Ramon, el cual los lleva dentro y vuelve luego á salir.*)

Don Luis. No hay duda : á la iglesia iba ;
Allí la dejo. Y por mas
Que he mirado dentro y fuera
Yo no he visto al perillan
Por allí. — Me vuelvo á casa,
Porque ya se va á acabar
La misa, y no quiero que ella
Sospeche que he ido detrás... —
Allí queda de rodillas,
Sin moverse, sin mirar
A ningun lado. — ¡ Dios mio !
¿ Seré yo tan animal
Que me esté martirizando
Sin fundamento ? — ¡ Ba, ba !
¿ No he visto yo la sortija ?
No la estoy viendo imitar
En todo aquellas astucias
De que fui cómplice allá
En otro tiempo... ¡ y que tengo
Tan presentes, por mi mal ! —
Vive Dios, que estoy pagando
Todo lo que he hecho pasar
A otros maridos. Parece
Castigo providencial
El mio. — Aquellos recuerdos
Siempre me han de atormentar.
¡ Cosa es de volverse loco !...

(*Sale Ramon.*)

¿Ramon?

Ramon.

¿Señor?

Don Luis.

Ven acá. —

Vamos, dime : ¿has hecho aquello?

Ramon.

¿Pues no ha visto usted brillar
En sus orejas?...

Don Luis.

Y vamos...

Ya viste anoche el galan,
Que vino aquí de visita.

Ramon.

¿A quién?

Don Luis.

A Antoñito.

Ramon.

¡Ah!

Don Luis.

Emilia, estando yo aquí,
Disimula... es natural.

Ramon.

(¡Qué rodeos! ¿A que piensa
Que yo se lo he contar
A su muger?)

Don Luis.

¿Con que, dime,

Dime : has sonsacado ya
A Benita?

Ramon.

¡Sí señor!

ESCENA III.

DICHOS, EMILIA.

(Emilia sale muy alegre, y se queda cortada al ver á don Luis.)

Emilia.

Ya va el pobrecillo. — ¡Ay!
(Ya está aquí. — ¡Qué pronto ha vuelto!
Se descompuso mi plan)

Don Luis.

Hola, Emilia. — (Mientras llega
Clara, quiero aprovechar...)

Emilia.

(Si no ha doblado la esquina,
Le haré señas...)

(Yéndose.)

Don Luis.

¿Dónde vas?

Ven aquí, querida Emilia.

Emilia.

Iba...

Don Luis.

Tenemos que hablar.

Emilia.

(¡Ay, Dios mío!)

Don Luis.

(Aparte á Ramon.)

Vete ahora...

Ramon.

(Con malicia.)

¡Ya estoy!

Don Luis.

Luego me dirás...

Ramon.

(Cuanto mas tarde lo sepa...)

Don Luis.

Ponte al balcon...

Ramon.

¡Voy allá!

Don Luis.

Oye : y en viendo que llega

La señora, sin tardar

Me avisas. — ¡Cuidado!

Ramon.

¡Estoy! —

*(¡Pues! lo dije. Anda detrás**De la cuñada. ¡En sabiendo**Que Antoñito es su rival!...)*

ESCENA IV.

DON LUIS, EMILIA.

Don Luis.

*(Mirando el reloj.)**(Ya no puede tardar Clara.)*

Con que, Emilia, la verdad :

¿Qué tal te fué anoche?

Emilia.

¿Añoche?

Don Luis.

Dime : ¿estuvieron en paz

Los rivales?

Emilia.

¿Qué rivales?

Don Luis.

¡Vamos!... Antoñito y Juan.

¿Quién ganó la palma?

Emilia.

Nadie.

Don Luis.

¡Vamos, ten franqueza!

Emilia.

¡Hay tal

Cosa! ¿No digo que nadie?

Don Luis.

Si Juan me ha dicho que está

Muerto por tí.

Emilia.

*(Con mentira**Quiere sacar la verdad.*

¡Ya está fresco!

Don Luis.

¿No se estuvo

A tu lado, sin cesar

De hablarte en toda la noche?

Emilia.

Sí.

Don Luis.

¿Sí? — ¿Con que sí?

Emilia.

Si tal.

(El quiere engañarme; y yo
Soy la que le va á engañar.)

Don Luis.

Pues... ¡Y Antoñito estaria
Ciego... dado á Barrabás!

Emilia.

¡Qué disparate!

Don Luis.

¿Pues cómo?

Emilia.

¿Hombre, no te he dicho ya
Que á mí, ni Antonio ni nadie
Se me ha acercado jamas
A hablarme de amor? — ¡Es mucho
Empeño de sospechar!...

Don Luis.

¿Con que no? ¡Pues yo le hallé
Alterado!... ¡es natural!

Emilia.

Te hacia el otro el amor...
¡Dale! ¡qué habia de estar
Alterado! — Allí se estuvo

(Señalando al velador.

Con mi hermana en santa paz...

Don Luis.

¿Dónde?

Emilia.

Allí... mirando estampas...

Don Luis.

¡Estampas!...

Emilia.

Pues : sin pensar
En el santo de mi nombre.

Don Luis.

(Cierto; ¡yo los vi!... ¡No hay mas!
¡Infames! ¡no cabe duda!)

Emilia.

(Me ha querido sonsacar,
Pero se ha llevado chasco.)

ESCENA V.

DICHOS, RAMON.

Ramon.

¡Señor!... ¡Señor!... Ahí está.

Don Luis.

(¡Traidora!)

Ramon.

Y viene...

Don Luis.

¿Con quién?

Ramon.

¡Con Antoñito!

(Con tristeza maliciosa.)

Don Luis.

(¡Qué tal! —
¡Digo!... y hace un cuarto de hora

Que se ha debido acabar
 La misa. — En un cuarto de hora...
 — ¡Bestia!... Si me estoy allá,
 Los sigo, y...)

Ramon.

(No la conquista.
 El chico la gusta mas.)

(*Se va.*)

ESCENA VI.

DON LUIS, EMILIA, CLARA, ANTOÑITO.

(*Clara sale del brazo de Antoñito, el cual trae el devocionario en la mano.*)

Emilia.

(¡Pues! ¡ahí viene!)

Antonio.

(Ya está en casa

El cuñado. ¡Voto va!)

Señorita... — Caballero...

Usted me ha de perdonar...

Al salir de misa dió

La feliz casualidad

De que encontrase á Clarita;

Y aunque no es hora de...

Don Luis.

¡Ya!

Antonio.

Como anoche quedó usted

Indispuesto... mi ansiedad

Por saber...

Don Luis.

¡Gracias!

Antonio.

(¡Qué cara!)

Don Luis.

(¡Es situación infernal

La de un marido! — ¡Tenerlo

Aquí... y no poderlo ahogar!)

¿No está usted mejor?

Antonio.

Sí estoy.

Don Luis.

¡Ay! Pues si eso fué no mas

Que con el acto primero,

Si usted se queda... ya, ya.

Don Luis.

(¡Me está chuleando!)

Antonio.

Yo fui,

Y aun alcancé la mitad.

¡Qué drama! ¡qué versos tiene!

Hay una escena al final

Del cuadro décimo, toda
 En seguidillas que está
 Versificada... ¿Pues digo,
 Y cuando van á quemar
 Los dos hereges... marido
 Y muger; y cada cual
 Dice, al subir á la hoguera,
 Un soneto?

Don Luis.

(Este truhan
 Se está burlando de mí,
 Y yo le voy á matar.)

Clara.

Lo que es el drama de anoche...
 El que le hizo tanto mal
 A Luis... tiene un desenlace...
 Que él no espera.

Don Luis.

(¡Se dará
 Un descaró!... ¡Yo estoy ciego!...
 ¡Yo voy á escandalizar!)

Antonio.

(Para no hablar y ver malas
 Caras, me voy al portal
 Del tirolés, que allí al menos...
 Si se asoma...) En fin...

(*Saludando.*)

Emilia.

(¡Se va!)

Antonio.

¡Señoras!... ¡Señor don Luis!...

Don Luis.

¡Abur!... (Me las has de pagar!)

ESCENA VII.

DON LUIS, CLARA, EMILIA.

Don Luis.

¡Qué larga ha sido la misa!

Clara.

¿Larga? — Pues yo... la verdad...
 Como tú eres tan casero...
 Creí que el tiempo que estás
 En casa... aunque yo esté fuera...
 No te debía pesar.

Don Luis.

Habrás rezado...

Clara.

No. — He ido

A una diligencia.

Don Luis.

¿Cuál?

Clara.

He ido á la agencia.

Don Luis.

¡A la agencia!

Clara.

A la agencia, sí : á encargár
Criada.

Don Luis.

¿ Para qué ?

Clara.

Ven,

Emilia. — Ya lo sabrás.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

Esto es hecho : no resisto.
¿ Qué espero ? ¿ qué hay que saber ?
Todo cuanto puede ver
Un marido, yo lo he visto.
Quizá no ha echado borron
En su honor : pero es el caso
Que la que da el primer paso,
Ya demuestra la intencion,
Y en la lógica del mundo
Pasa como verdadero,
Que la que ha dado el primero
Da sin remedio el segundo.
La deducccion será necia ;
No importa ; así hay que juzgar ;
Y nadie puede apreciar
Muger que el mundo no aprecia.
Mato á ese hombre... ¿ Y qué se gana ?
Evitar el riesgo de hoy.
Pero viene otro ; y estoy
En igual riesgo mañana.
No hay remedio : una vez ya
La confianza perdida,
No se recobra en la vida ;
Y pues á tiempo se está,
Evitemos desde aquí,
Evitemos, ¡ Dios piadoso !
El ridículo espantoso
Que va á caer sobre mí ! —
Pero antes de dar el paso .. —
¿ Ramon ? — No me ha de quedar
Escrúpulo : he de ápurar
Hasta las heces el vaso.

ESCENA IX.

DON LUIS, RAMON.

Ramon.

¿Señor?

Don Luis.

Ven acá, Ramon :

Cuéntame pronto...

Ramon.

¿Qué cosa ?

Don Luis.

Vamos, cuenta... y poca prosa.

Ramon.

(¡Ay! ¡cómo está! ¡hecho un león!)

Don Luis.

¿Te ha contado ya Benita?...

Ramon.

Toda su historia.

Don Luis.

Pues anda.

Ramon.

Benita nació en Arganda...

Don Luis.

Al grano.

Ramon.

¡Y desde chiquita

Se la trajo esta familia,

Que la quiere !

Don Luis.

(¡ Estoy deshecho !)

Ramon.

¡Es el ojito derecho

De la señorita Emilia!

Don Luis.

¿Y Emilia en fin?...

Ramon.

¡Es honrada!...

Don Luis.

Pero...

Ramon.

Y lo que es hasta el día...

Don Luis.

Con que...

Ramon.(*Con un arranque de queja.*)

¡Usted no merecía

Que yo le dijese nada!

Don Luis.

¿Qué es esto ?

Ramon.

A un criado fiel

Que siempre guardó en su pecho...

Don Luis.

¿Qué dices ?

Ramon.

Que siempre ha hecho

Con usted otro papel : —

Que nó fué nunca imprudente,

Ni tuvo el menor deslíz

En aquel tiempo feliz

En que era su confidente,

Guardarle este desengaño.

¡Temer que vaya y lo charle!...

Don Luis.

¡Pero hombre!...

Ramon.

¡Vamos, tratarle

Como si fuera un extraño!
En vez de llamarlo aparte,
Y decirle : oye, Ramon;
Tengo aquí en mi corazón
Un secreto que contarte.

Don Luis.

¡Cómo!... ¿qué dices?...

Ramon.

Secreto

Que confío á tu lealtad.
Oye mi debilidad...
Y ayúdame en este aprieto.

Don Luis.

(Dios mio... ¡Y yo que creía
Que nadie había notado!...)

¿Con que tú has adivinado?...

Ramon.

¡No, que se me escaparía!

Don Luis.

¡Pues! Al que tiene la espina
De los celos, cosa es clara,
Se le conoce en la cara.

¡No hay duda! ¡estoy en berlina!

Porque no hay pasión que dé
Entre la pícara gente

Mas tormento al que la siente,
Ni mas risa al que la ve.

Ramon.

En diez años que he vivido

Con usted... ¿Diez años?... Mas.

Don Luis.

Dime, dime : y los demas,

¿Crees tú que lo han conocido?

Ramon.

Ninguno se lo malicia.

Don Luis.

¡Respiro! — Y dí; ¿hay fundamento
De temer?

Ramon.

¡Señor, yo siento

Dar una mala noticia!

Don Luis.

¿Mala?

Ramon.

¡Remala!

Don Luis.

Dí, ¿cuál?

¿Qué te ha dicho esa muchacha?

¡Vamos, pronto!... ¡habla!... ¡despacha!...

Ramon.

¡Que tiene usted un rival!

Don Luis.

¿Un rival?... ¿Ese canalla?...

Ramon.

Antoñito, sí señor :

Ese es quien hace el amor

A la...

Don Luis.

¡No la nombres!... Calla. —

- ; Jamas tu labio revele
 Ese nombre! — ; Me sonrojo!...
Ramon. ; Yo lo creo! — ; Es mucho antojo!
 ; Preferir á ese pelele!...
Don Luis. (Venderme así!... ; Oh Clara!... ; Clara!...)
 Vamos... cuéntamelo todo :
 Como empezó... de qué modo...
Ramon. Antes que usted se casara.
Don Luis. ; Antes! !...
Ramon. ; Mucho antes! — Benita
 Ha sido la protectora ;
 Y hoy riñó con la señora,
 Por no sé qué sortijita
 Comprada para ese bicho,
 Y cartas que le ha llevado,
 Y el ama la ha amenazado
 Con echarla. — Esto me ha dicho.
Don Luis. No digas mas : ; basta ya!
Ramon. Usted debe despreciarla.
Don Luis. ; Sí, la desprecio!
Ramon. Y dejarla...
Don Luis. Lo haré, y hoy mismo será. —
 ; Ay! ; no te cases, Ramon!
 ; No te cases! escarmienta...
Ramon. Ya; pero el que se contenta
 Con su muger...
Don Luis. ; Qué ilusion!
 ; Ya ves lo que á mí me pasa!
 Me caso como un bendito :
 Dejo el mundo : me limito...
 A lo que tengo en mi casa...
Ramon. ; Ya! eso sí.
Don Luis. Nada mas quiero ;
 Y el primer recien venido...
Ramon. ; Pero usted huele á marido!
 Y el otro al fin es soltero.
Don Luis. ; Separacion! — No se ria (Ap.)
 Mas de mí. — Voy á escribir. —
 La daré para vivir
 Mi hacienda de Andalucía.

ESCENA X.

DICHOS, DON JUAN.

Don Juan. ¡Hola! Luisillo, ¿qué tal?
¿Se pasó ya el arrechucho?

Don Luis. (Abrazándolo tiernamente.)

¡Juan!... ¡No te cases!

Don Juan. ¡Qué escucho!

Don Luis. ¡Tú eres mi amigo leal!

Don Juan. ¡Oh! eso sí.

Don Luis. ¡Pues no te cases!

Don Juan. ¿Ni con Emilia tampoco?

Don Luis. ¡Con ninguna!

Don Juan. ¡Tú estás loco!

Don Luis. ¡No, Juan!

Don Juan. Pues, ¿y aquellas frases?

Don Luis. Ya te diré. — En este estado,
No se encuentran mas qué abrojos.

Don Juan. ¡Cómo!

Don Luis. Hay que cerrar los ojos...

Don Juan. Pero...

Don Luis. ¡O vivir desgraciado!

(Se va á su cuarto.)

ESCENA XI.

DON JUAN, RAMON.

Don Juan. ¿Qué es esto? ¿qué tiene?

Ramon. ¡Toma!

¿Pues no se lo dije á usted?

Enamorado y celoso.

Don Juan. ¿Celoso de su muger?

Ramon. ¡Qué! no señor. Ahora mismo

Me ha confesado de quién.

Don Juan. ¿De quién?

- Ramon. De su cuñadita.
 Don Juan. ¡Qué dices! ¿De Emilia?
 Ramon. ¡Pues!
 Anda tras de ella hace mucho.
 Don Juan. ¡Y me la ofrecia ayer
 Por esposa! — ¡Ah! ¡gran bribon!
 ¡Quiere hacerme su merced
 El editor responsable! —
 ¡Pillo! Yo me vengaré.
 Su muger tiene sospechas...
 Ramon. ¿Si? Por fuerza. Si está él
 Que no disimula. Acaba
 Ahora mismo de saber
 Que Antoñito es preferido,
 Y se ha puesto hecho un Luzbel.
 Don Juan. ¡Ya caigo! Por eso yo
 Le notaba un no sé qué...
 ¡Ella viene!
 Ramon. Pues me voy.
 (Se va.)
- Don Juan. Si se lo digo, va á arder
 La casa. — ¡Mejor! A rio
 Revuelto...

ESCENA XII.

DON JUAN, CLARA.

- Clara. Yo le diré
 A mi marido...
 Don Juan. ¡Señora!
 Clara. (¡Qué posma!)
 Don Juan. ¡Perdone usted!
 Decidido vengo ya
 A cumplir aquel cruel
 Precepto...
 Clara. No es necesario...
 Don Juan. Anoche no estaba bien
 Enterado...
 Clara. Si por cierto...
 Don Juan. Pero ya...

- Clara. Todo lo sé.
Tengo à esa digna rival
Dentro de casa.
- Don Juan. ¡Tal vez!
- Clara. Ya recuerdo la indirecta.
Me dijo usted que es muger
La tal, que no merecia
Descalzarme. ¡Y así es!
- Don Juan. (¡Pues no es poco vanidosa!)
- Clara. Y ahora mismo sin perder
Tiempo, la acabo de echar
De mi lado.
- Don Juan. ¡Cómo! ¿A quién?
- Clara. A la niña desenvuelta...
- Don Juan. ¿Es posible?... ¡tanta hiel! ..
(¡A su hermana! — ¡Lo que ciegan
Los celos à una muger!)
- Clara. ¿Y dónde ha de ir?... A la calle.
- Don Juan. Pero...
- Clara. ¡A la calle!
- Don Juan. ¿Pues qué,
Abandona usted así?...
Clara. ¡Infame! corresponder
De esa manera al cariño
Con que desde la niñez
La he mimado...
Don Juan. ¡Eso es verdad!
- Clara. Así ha llegado à tener
Esos humos!
- Don Juan. ¡Ya!
- Clara. A escaparse
De casa...
Don Juan. ¿De casa?
- Clara. Pues.
Don Juan. (¡Qué tal! ¡la niña inocente!)
Pero, dónde quiere usted
Que vaya, ¡sola!...
- Clara. Y à ese
Hipócrita yo le haré
Entender si es noble accion
Divertirse en corromper
A una muchacha. .
- Don Juan. ¡Ese sí!

¡Ese merece!...

Clara.

Y tambien

A ese alhaja de criado,
Que sin duda ha sido el que...

Don Juan.

¡Calma, señora! Estas cosas
Se hacen...

(En tono de intimidad amistosa.)

Clara.

Y tambien á usted.

Don Juan.

¿A mí?

Clara.

A usted. — Que si un momento

Pude, por satisfacer
Esta duda, tolerar
Lo que una muger de bien
No consiente á ningun hombre
Cuyas intenciones ve,
Ya es tiempo de que usted sepa
Que se ha engañado esta vez.

Don Juan.

Como no diga usted eso,

Señora, por el placer

De darme unas calabazas

Que no he buscado, no sé...

Clara.

¿Va usted á hacerme la escena

Del desden con el desden?

La sé de memoria.

Don Juan.

Juro

Que ningun otro interes

Que el de la amistad... (Con esta

No saco partido. — A ver

Si con la hermana, que ahora

Sale de casa...) Y en fé

De que es así... ¿Usted persiste

En la idea de espeler

A esa infeliz?...

Clara.

Si señor.

Don Juan.

Pues yo la recogeré.

Clara.

¿Usted?

Don Juan.

Si señora, yo.

Yo soy su amparo.

Clara.

Muy bien.

Don Juan.

Yo me la llevo á mi lado.

Clara.

Me alegro.

Don Juan.

¡Yo velaré

Por su inocencia!

Clara.

¡Oh! eso sí:

¡Por supuesto! — Herede usted

A su amigote. — Ahí esta:

Cargue usted con ella.

Don Juan.

¿Eh?

ESCENA XIII.

DON JUAN, CLARA, BENITA.

(Benita sale con mantilla puesta, llorando á lágrima viva.)

Benita.

¡Señora!...

Clara.

No, no te aflijas.

Mira, el señor quiere ser

Tu protector...

Benita.

(Va hacia él llorando.)

¡Caballero!...

Don Juan.

¡Quita, quita!...

Benita.

¡Yo no sé

Por qué me despide!...

Don Juan.

Bueno.

Yo tampoco.

Benita.

¡Quiero ver

Al amo!... ¿Dónde está el amo?...

Clara.

¡Calla, infame!

Benita.

¡Yo sé que él

Me protege!...

Clara.

¡Sal de aquí!

¡Bribona!

Don Juan.

(¡Con que esta es!

¡Y ese bruto de Ramon!...)

ESCENA XIV.

DICHOS, RAMON.

Ramon.

¡Qué gritos!...

Don Juan.

¡Camueso!

Ramon.

¿Qué?

- Don Juan.* ¡Si no es Emilia, borrico!
Que es esta.
- Ramon.* ¡Benita!
- Don Juan.* ¡Pues!
- Ramon.* ¡Ay! ¡San Francisco! ¡Por eso
Me ha querido á mí tambien
Casar con ella!
- Benita.* ¡Caramba!
¡Despues que una cobra ley!...

ESCENA XV.

DICHOS, EMILIA.

- Emilia.* ¿Qué sucede?
- Benita.* ¡Ay! ¡Señorita
De mi vida! Venga usted;
Que la señora me ha echado.
- Emilia.* ¡Te ha echado! — ¿Por qué? por qué?
- Benita.* ¡Ella lo sabe!
- Emilia.* (¡Yo soy
La causa! ¿Qué debo hacer?)

ESCENA XVI.

DICHOS, DON LUIS.

(*Don Luis sale de su cuarto con un papel en la mano : se detiene
contemplando á Clara.*)

- Don Luis.* (¡Que oculte tanta doblez
Bajo ese aire de candor! —
Pero es preciso. — ¡Valor! —
¡La hablo por última vez!)
- Benita.* (*Se acerca á él llorando.*)
- Don Luis.* ¡Ay, señor! ¡Me ha despedido!
¡Oiga! — Tú te habrás negado
A hacer lo que te ha mandado...
— ¿No es eso, Clara?
- Clara.* ¡Eso ha sido!

Don Luis. (Lo que me dijo Ramon.
¡Pues! — Si aun me quedara duda...)

Benita. ¡Señor, si usted no me ayuda!

Clara. ¡Pídele su intercesion!

Don Luis. ¡Clara!... Ya es en vano todo :
No necesitas echarla.

Clara. ¿No? — Yo misma he de plantarla
En la calle de este modo.

(Va hacia ella.)

Don Luis. Estáte quieta.

(Deteniéndola.)

Clara. ¡Traidor!
¿Te atreves?...

Don Luis. ¡No escandalices! —
¿Vamos, y por qué no dices
La causa de ese rencor?

Clara. ¿Tú me provocas? ¡ingrato!...
Quieres que en público diga
La razon que á esto me obliga?...

Don Luis. Eso es echarlo á barato.
Díla, sí.

Clara. ¡Se ha visto tal!

Benita. ¡Diga usted!

Emilia. ¡Habla!

Clara. ¡Por vida!...

Don Juan. (No hay cosa mas divertida
Que una riña conyugal.)

Clara. (Trayendo con violencia á Benita.)

Cuenta sin avergonzarte
Lo de anoche. ¿A dónde fuiste?
Y otras mil veces...

Emilia. (¡Ay triste!)

Clara. De cierto tiempo á esta parte.

Benita. ¡Ay! Señorita! ¿usted vé?...

Clara. Vete al punto de mi casa.

Don Luis. Basta, Clara : esto ya pasa...

Clara. ¡Vete!

Don Luis.

(Acercándose á Clara.)

¡Yo tambien me iré!
Ella, porque ya no quiere,
Lo sé, servirte á tu gusto.
Yo, Clara, porque no es justo
Que sabido, lo tolere.

Clara.

¡Luis!... ¿Qué dices?

Don Luis.

Sí, los dos.

Clara.

¿Quieres humillarme mas?

Don Luis.

¡No finjas!

Clara.

¿Tan ciego estás?...

Don Luis.

Lo he resuelto. — Toma. — ¡Adios!

(La da el papel.)

Clara.

¿Qué es esto? (Leyendo.)

Benita.

(A Emilia.)

¿Lo está usted viendo?
¡Por usted! — ¡Yo bien decia!
No llores.

Emilia.

Benita.

¡Yo bien temia
Lo que me está sucediendo!

Juan.

(A don Luis.)

¿Con que á la chita callanda
Tú te arreglabas con ella?

Don Luis.

¡Yo!... ¿Con quién?

Don Juan.

Con la doncella.

¿Te vas á vivir á Arganda?

(Siguen hablando : don Luis muestra estrañeza.)

Clara.

(Leyendo.)

¡Qué veo! — ¡Cielos!... ¿De quién?

Emilia.

(A Benita.)

Ya que es ese tu delito,
No has de salir.

Clara.

(Leyendo.)

¡De Antoñito!

¡Luis se ha vuelto loco!

Emilia. (A Benita.)

Ven.

Clara. (Leyendo.)

¡Separacion!

Emilia. Todo, si,
Aunque el contarle me aflija,
Se lo diré.

Clara. (Leyendo.)

¡La sortija!
¡Como! Si la tengo aquí. (La saca.)

(*Emilia se acerca trayendo de la mano á Benita.*)

Emilia. Clara, aunque al dar este paso
Me muera, hacerlo me toca;
Y quiero que de mi boca
Sepas la verdad del caso.
Yo defendí su inocencia:
La culpada aquí yo he sido.
Cuantas veces ha salido
De casa, sin tu licencia,
Y despues de resistirlo,
Es porque yo la he enviado.

Clara. ¿Tú?

Emilia. Yo: con carta ó recado...
A quién, escuso decirlo.

Clara. ¿Y anoche?

Emilia. Instándola mucho,
Logré que fuese... hice mal,
Por la otra sortija igual.

Clara. ¿Para Antoñito?...

Don Luis. ¡Qué escucho!
Con que hay dos sortijas?

Clara. Sí,
Mira.

Don Luis. ¿Y la otra?

Emilia. El la tiene.

Don Luis. ¿Dónde está?

Emilia. Muy pronto viene.

¿Le llamo?

Don Luis. Llámale aquí.

ESCENA XVII.

DICHOS, *menos* EMILIA.

Don Luis. ¡Clara! Clara!... ¡Sí! esta es!

(*Mirando la sortija.*)

Clara. ¿Y por qué no me la diste?
¿Y tú, para quién trajiste
De casa del tirolés?...

Don Luis. ¡Ah!.. ¿Los pendientes?.. ¡Perdona!..
Quise ganarla... — Pues mira,
Toda esta infame mentira
Es obra de esa bribona.

Clara. ¡De ella! — Ven acá, Benita.

(*La trae de un brazo, y don Luis á Ramon.*)

Don Luis. (A Benita.)

Tú le has dicho á este tunante
Que Antoñito...

Ramon. Era el amante...

Clara. ¿De quién?

Benita. De la señorita.

Don Luis. (A Ramon.)

¡Infame! ¿Pues no me has dicho
Que era rival mio?

Ramon. Sí,

Pero fué porque creí
Que usted tenia capricho
Por su cuñada.

Don Luis. ¡Bribon!

Don Juan. (¡Qué enredo tan singular!)

Clara. ¡A lo que has dado lugar
Con esa necia aprension!..
¡Pero de dónde ha nacido!...

Don Luis. Ayer, hablando con Juan,
Recordé cierto galan,

A quien el mismo marido...

Clara. ¡Ya! Y el señor, que es profundo
En esto de intrigas...

Don Juan. No :
Yo no le dije...

Don Luis. ¡Fuí yo,
Yo solo!...

Clara. ¡El hombre de mundo!

ESCENA XVIII.

DICHOS, EMILIA, ANTOÑITO.

(*Emilia sale de lo interior. Antoñito viene de la calle.*)

Emilia. Aquí viene...

Antonio. ¡Emilia!... — Tate!

Don Luis. ¿Dónde estaba?

Emilia. Ahí cerca.

Antonio. Pues :

En casa del tirolés.

Don Juan. ¡Como! ¿en el escaparate?

Emilia. Tôdo se sabe, Antoñito.

Ha habido necesidad
De declarar la verdad.

Antonio. Me alegre. — Ya estaba frito;

Y resuelto, á fé de Antonio,

Sin consultar mas contigo,

A presentarme á este amigo,

(*Por don Luis.*)

Y pedirte en matrimonio.

Don Luis. (*Mirando la sortija.*)

¡Esa mano!... (¡Ella es!) — ¿Muchacha,
Qué dices tú?

Emilia. ¡Yo... si hubiera

Acabado su carrera...

Don Luis. ¡Jóven es!

Clara. Esa no es tacha.

Emilia. ¿No decias?...

Clara.

He adquirido
 Convencimiento profundo
 De que el tener mucho mundo
 No hace feliz á un marido.
 Lo que él con otros ha hecho
 Cree que hacen todos con él;
 Y esa sospecha cruel
 Le tiene en continuo acecho.
 Ella las mañas pasadas
 Del marido sabe ya;
 Y al menor paso que dá
 Cree que ha vuelto á las andadas.
 ¿De manera que á uno y otro
 De qué les viene á servir
 Tanto mundo? — De vivir
 Eternamente en un potro.
 Luego... á la menor sospecha...
 Nūnca falta algun amigo...

Don Juan.

(¡ Adios! Esto va conmigo...)

Don Luis.

(Fijando la vista en don Juan.)

¡Hola!

Don Juan.

La paz ya está hecha,
 Con que...

Don Luis.

Adios, Juan.

Don Juan.

(No es extraño

Que esté tan arisca ahora.
 Lleva tres meses...) ¡Señora!

(Saludando.)

(Volveré dentro de un año.)

ESCENA XIX.

DICHOS, menos DON JUAN.

Don Luis.

¿Dí, con que este?...

Clara.

¡Te has lucido!

Sospechas del inocente;
 Y de ese que es justamente...

(Don Luis hace ademán de ir tras él. Clara le detiene.)

¿Qué vas á hacer? — Ya se ha ido.
Déjalo estar.

Don Luis.

¡Voto á bríos!

¿Con que no tenemos medio
De escapar?

Clara.

No hay mas remedio

Que echarse en brazos de Dios.

Don Luis.

¡Ah! en los tuyos!

(*La abraza.*)

Clara.

Haces bien. —

Niños, á casarse pronto.

Antonio.

(*A Emilia.*)

¡Tu mano! —

Emilia.

(*Con vergüenza.*)

Anda, no seas tonto.

Clara.

Y quiero haceros tambien

Un pequeño regalito.

Yo tengo en Andalucía

Una posesion... que es mia,

¿No es verdad?... Aquí está escrito.

(*A don Luis, mostrando un papel que venia dentro la carta.*)

Don Luis.

(*Aparte á Clara.*)

¡Calla!...

Clara.

Luis es tan galante,

Que me la ha cedido á mí...

Para que yo fuese allí

A habitar en adelante.

Yo os la regalo; y espero

Que acepteis...

Don Luis.

Pero...

Clara.

(*Aparte á don Luis.*)

El haber

Dudado de tu muger

Te ha de costar el dinero.

Don Luis.

¡Qué quieres! Lo vi de un modo

Tan claro !

Clara.

No viste nada :

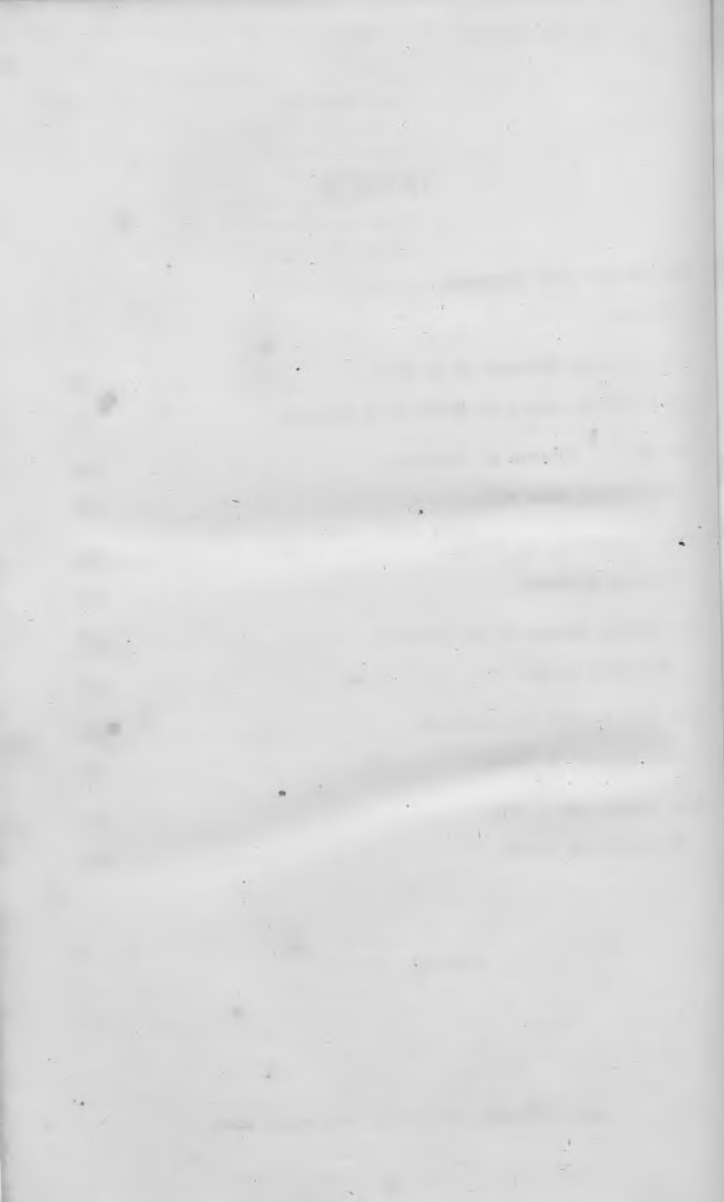
Es que tu vida pasada
Viene á envenenarlo todo.
Pon en olvido profundo
Esa esperiencia fatal;
Que no basta pensar mal
Para ser *hombre de mundo*.

FIN DE LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

ÍNDICE

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA	1
<i>Pelayo</i>	2
DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA	46
<i>La Niña en casa y la Madre en la máscara</i>	47
DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA	140
<i>Indulgencia para todos</i>	141
DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE	225
<i>Guzman el Bueno</i>	226
DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS	298
<i>¡Muérete y veras!</i>	299
DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH	386
<i>Los Amantes de Teruel</i>	387
DON VENTURA DE LA VEGA	452
<i>El hombre de mundo</i>	453

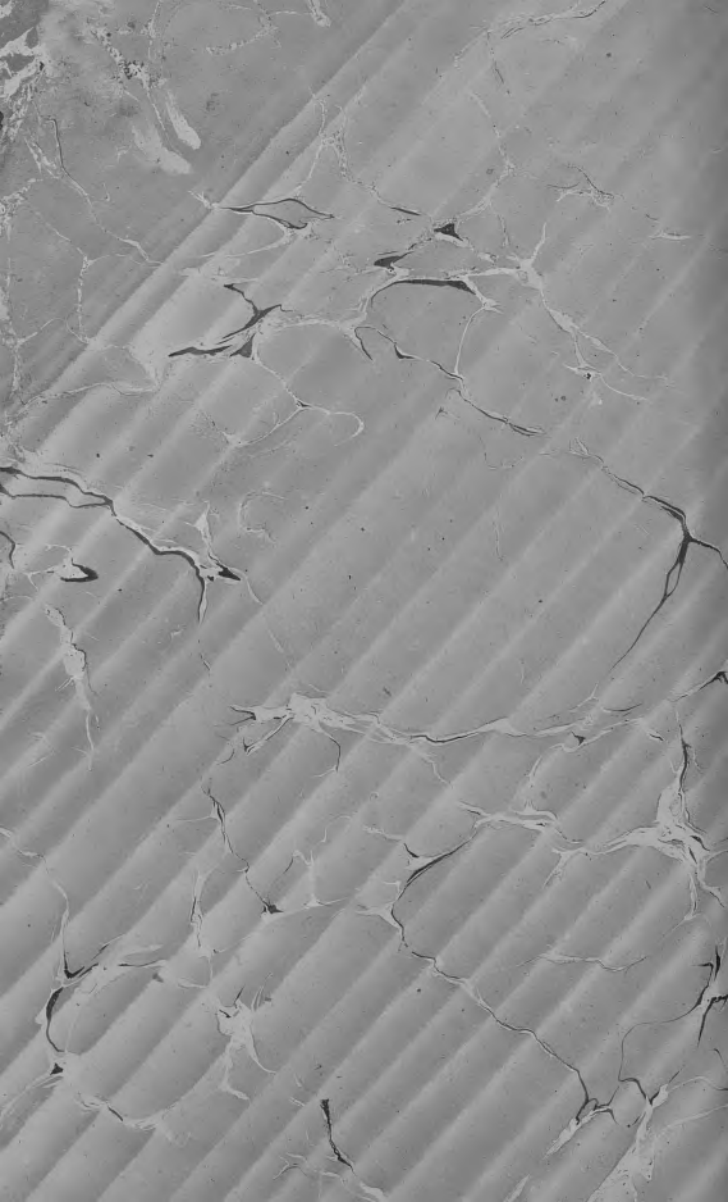
FIN DEL ÍNDICE.

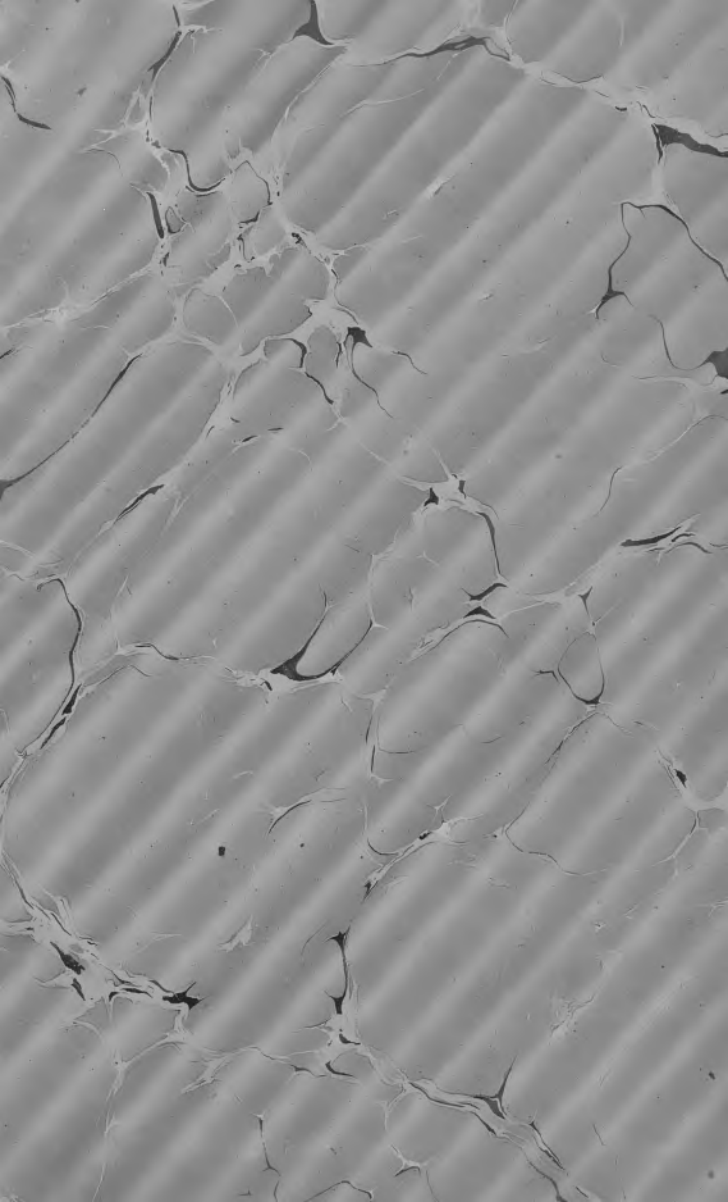


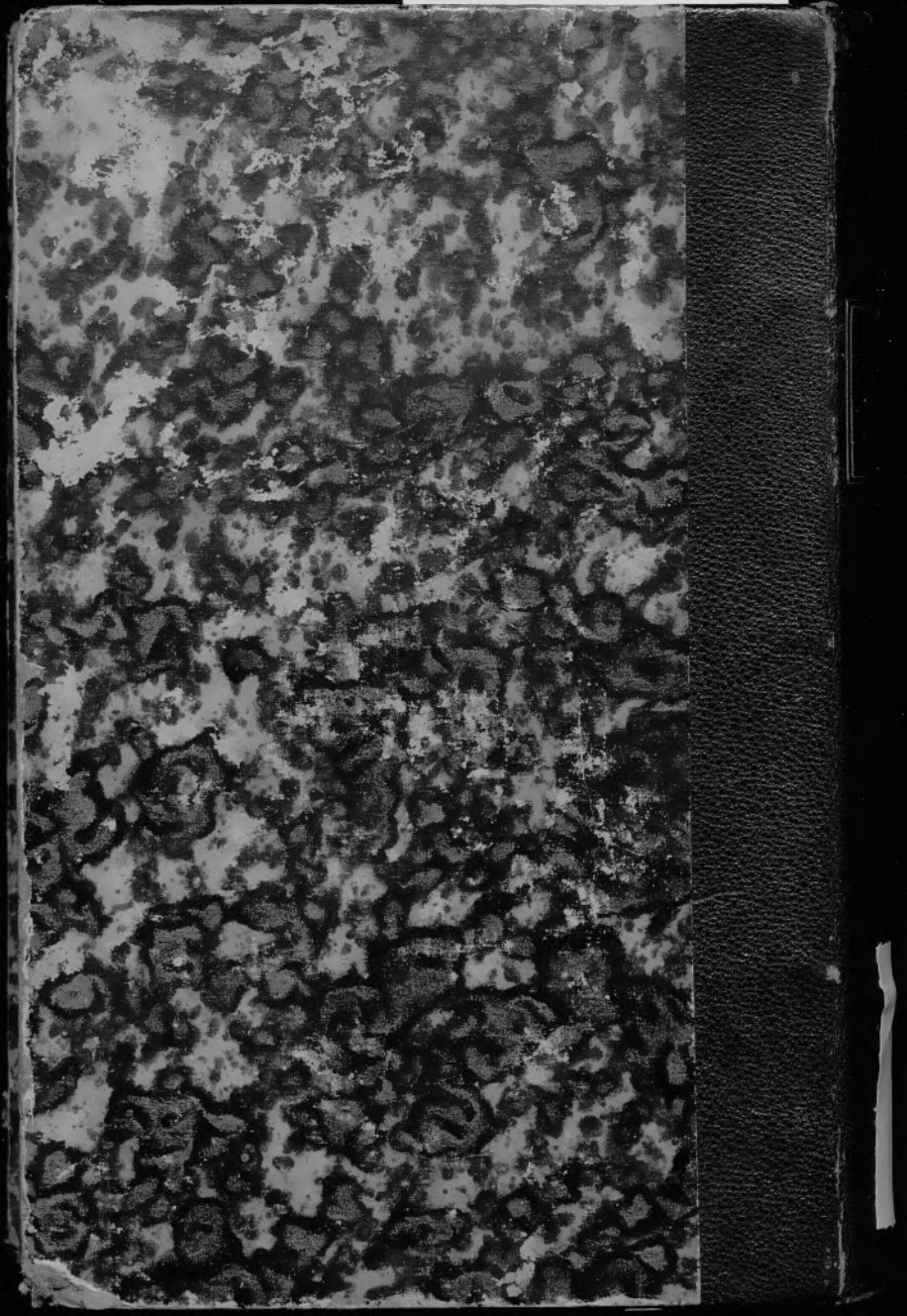
60 €

-

(61) 28









CARLOS DE OCHOA

—
COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS



G 42601